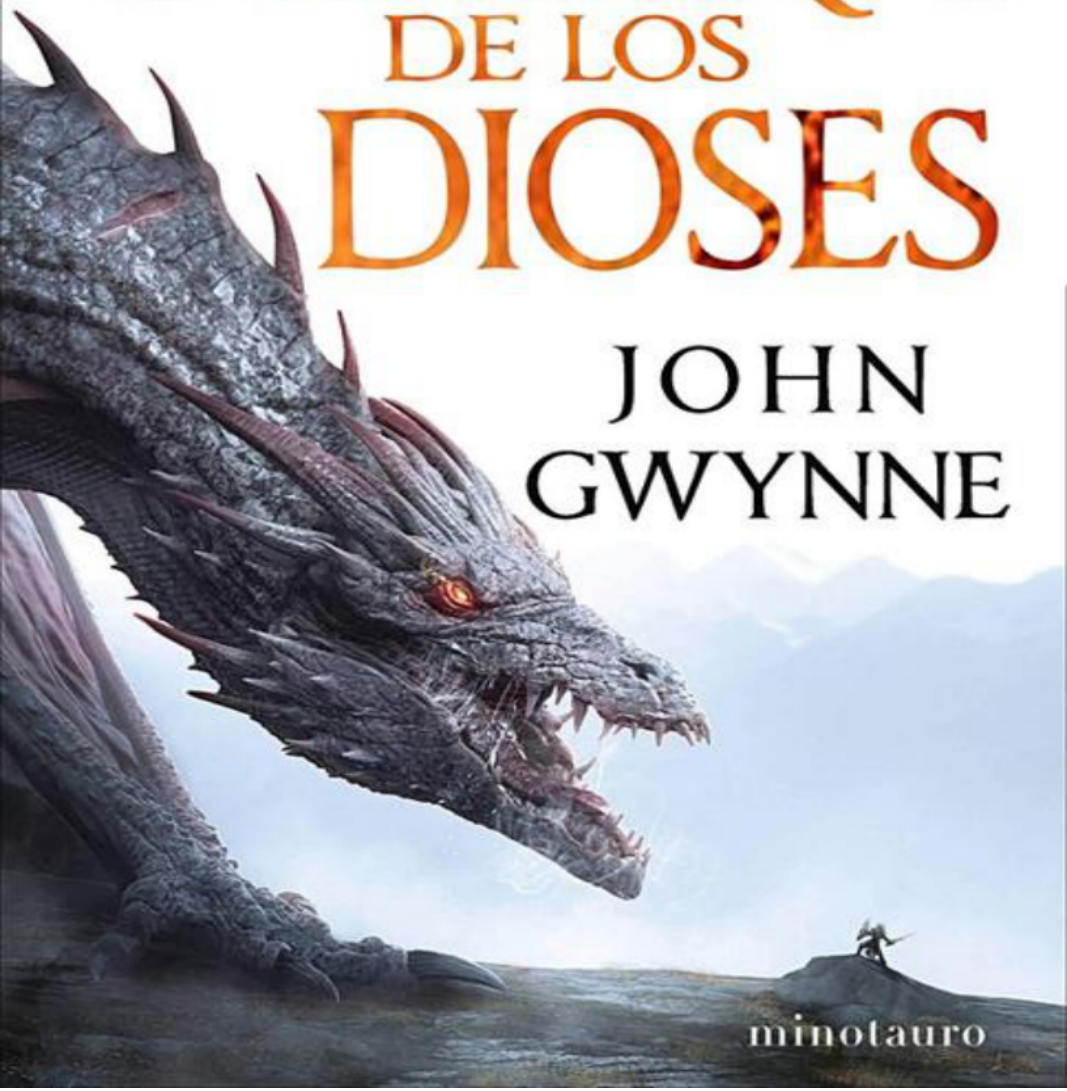
LA SOMBRA DE LOS DIOSES

JOHN GWYNNE



minotauro

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITA
CAPÍTULO UNO. ORKA
CAPÍTULO DOS. VARG
CAPÍTULO TRES. ORKA
CAPÍTULO CUATRO. VARG
CAPÍTULO CINCO. ELVAR
CAPÍTULO SEIS. ORKA
CAPÍTULO SIETE. ELVAR
CAPÍTULO OCHO. ORKA
CAPÍTULO NUEVE. ELVAR
CAPÍTULO DIEZ. ORKA
CAPÍTULO ONCE. VARG
CAPÍTULO DOCE. ORKA
CAPÍTULO TRECE. VARG
CAPÍTULO CATORCE. ELVAR
CAPÍTULO QUINCE. ORKA

CAPÍTULO DIECISÉIS. VARG
CAPÍTULO DIECISIETE. ORKA
CAPÍTULO DIECIOCHO. VARG
CAPÍTULO DIECINUEVE. ORKA
CAPÍTULO VEINTE. VARG
CAPÍTULO VEINTIUNO. ELVAR
CAPÍTULO VEINTIDÓS. ORKA
CAPÍTULO VEINTITRÉS. ELVAR
CAPÍTULO VEINTICUATRO. ORKA
CAPÍTULO VEINTICINCO. ELVAR
CAPÍTULO VEINTISÉIS. VARG
CAPÍTULO VEINTISIETE. ELVAR
CAPÍTULO VEINTIOCHO. ORKA
CAPÍTULO VEINTINUEVE. ELVAR
CAPÍTULO TREINTA. VARG

CAPÍTULO TREINTA Y UNO. ORKA
CAPÍTULO TREINTA Y DOS. ELVAR
CAPÍTULO TREINTA Y TRES. ORKA
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. VARG

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO. ORKA
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS. VARG
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE. ORKA
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO. ELVAR
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE. VARG
CAPÍTULO CUARENTA. ORKA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO. VARG
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS. ELVAR
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES. VARG

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO. ELVAR
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO. VARG
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS. ORKA
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE. VARG
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO. ELVAR
CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE. ORKA
CAPÍTULO CINCUENTA. ELVAR
CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO. ORKA
CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS. ELVAR
CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES. VARG
GLOSARIO
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Ha pasado un siglo desde que los dioses lucharon y se extinguieron. Ahora solo quedan sus huesos, que prometen un gran poder a aquellos lo suficientemente valientes como para buscarlos.

Mientras los susurros de guerra resuenan en la tierra de Vigrið, el destino sigue los pasos de tres guerreros: una cazadora en una búsqueda peligrosa, una mujer noble que busca la fama en la batalla y un esclavo que busca venganza entre los mercenarios conocidos como los Hermanos de Sangre.

Los tres darán forma al destino del mundo, ya que una vez más cae bajo la sombra de los dioses.

LA SOMBRA DE LOS DIOSES

John Gwynne

minotauro

Para Caroline,
mi amor,
mi corazón,
mi todo.
Siempre

VIGRID
LLANURA DE LA BATALLA
MONTE KLORAFELL
OSKUTREP
SIMA VAESEN
SIMA VAESEN
ISLAS ISKALT
LAGO HORNDAL
CORDILLERA DORSAL
NASTRANDIR
STERL
GRIMHOLT
RIO HAVTA
SNAKAVIK
RIO SLAGEN
TYNGGARTH
DARL
FELLUR
RIO DRAMMUR
LUGA
N
O
E
S
ULAZ
VALDAI
ISKIDAN
Tim Paul 2021

Ya llega volando el dragón tenebroso como la sombra,
la fulgurante serpiente surge de las colinas de la Oscuridad de la Luna;
sobrevuela la llanura y en sus alas
lleva cadáveres.

Völuspá

CAPÍTULO UNO

ORKA

Año 297 de Friðaröld, la Edad de la Paz.

—La muerte es parte de la vida —susurró Orka en el oído de su hijo.

A pesar de que Breca tenía el brazo extendido hacia atrás, con la lanza de fresno aferrada en su pequeño puño con los nudillos blancos y apuntando directamente al reno que tenían delante, Orka vio la duda en sus ojos, en la tensión de su mandíbula.

«Es demasiado sensible para este mundo de dolor», pensó Orka. Abrió la boca para reprenderlo, pero una mano le tocó el brazo, una mano enorme al lado de la manita de Breca, con la piel áspera a diferencia de la suave de Breca.

—Espera —dijo en voz baja Torkel a través de las trenzas de su barba. El frío condensó su aliento. Estaba a la izquierda de Orka, sólido y grande como una roca.

Los músculos de la mandíbula de Orka se contrajeron, con las palabras severas ya formadas en su boca.

«En este mundo severo son necesarias las palabras severas.»

Pero se mordió la lengua.

La luz del sol primaveral moteaba el suelo a través de las ramas que se mecían suavemente y destellaba reflejada en la nieve escarchada, el último beso gélido del invierno en aquel bosque de la montaña. En el claro, una docena de renos pacían y un macho con una cornamenta imponente vigilaba la manada de hembras y crías mientras masticaban y rascaban el musgo y los líquenes de los troncos y las piedras.

Un movimiento de ojos de Breca, una respiración contenida, seguida del arranque de un movimiento explosivo: la torsión de sus caderas, el balanceo del brazo. La lanza salió de su puño y la afilada punta de hierro surcó el cielo silbando. Un orgullo de madre colmó a Orka. Era un buen lanzamiento. En cuanto había visto salir la lanza de la mano de su hijo supo que daría en el blanco.

Durante el mismo latido del corazón en el que Breca arrojó la lanza, el reno que había escogido levantó la mirada del tronco del que estaba arrancando los líquenes. Sus orejas se agitaron y el animal dio

un brinco hacia adelante. Los renos de la manada que había a su alrededor se pusieron en movimiento, saltaron y corrieron en torno a los árboles. La lanza de Breca se hundió en el tronco y el asta vibró. Un instante después llegó un estrépito desde el este, un crujido de ramas que se partían, y del sotobosque surgió una figura enorme, con el pelaje del color de la pizarra y unas largas garras, que se detuvo para explorar el claro. Los renos huyeron en todas direcciones cuando la bestia se paseó entre ellos ajena a todo lo que la rodeaba. La sangre manaba de las numerosas heridas que recorrían su cuerpo, tenía los largos dientes recubiertos de una sustancia viscosa y la lengua le colgaba de la boca abierta. Y tal como había aparecido volvió a desaparecer en la penumbra del bosque.

—¿Qué… era eso? —preguntó Breca con los dientes apretados, alzando la mirada hacia su madre y su padre. Sus ojos saltaron de Orka a Torkel.

—Un lobo demoníaco —gruñó Torkel, que rápidamente se puso en movimiento dejando a un lado el sigilo del cazador. Se abrió paso por el sotobosque para entrar en el claro empuñando una lanza de gruesa asta y partiendo ramas.

Orka y Breca lo siguieron. Torkel hincó una rodilla en el suelo, se quitó un guante con los dientes y humedeció las yemas de los dedos con la sangre del lobo. Se llevó los dedos a la punta de la lengua y escupió. Luego se puso en pie y siguió el rastro de sangre hasta el borde del claro, desde donde escrutó la oscuridad que se extendía más allá.

Breca fue a recuperar su lanza, cuya punta se había hundido hasta la mitad en el tronco de un pino, y tiró de ella para extraerla. La punta no salió a pesar de su esfuerzo. Miró a su madre. Su cabello azabache enmarcaba unos ojos verdes grisáceos en un rostro pálido y manchado de barro, con una nariz recta y una mandíbula fuerte. Era la viva imagen de su padre y la opuesta a la de ella. Salvo por los ojos. El niño tenía los ojos de Orka.

—He fallado —se lamentó Breca dejando caer los hombros.

Orka agarró el asta de la lanza con la mano enguantada y tiró con fuerza para arrancarla del tronco.

—Ya —dijo devolviendo a Breca su lanza, que era medio brazo más corta que la suya y que la de Torkel.

—No ha sido culpa tuya —le consoló Torkel desde el borde del claro. Seguía escudriñando la oscuridad. Una gruesa trenza de pelo negro entrecano sobresalía de su gorro de lana. Frunció la nariz—. El lobo demoníaco los asustó.

—¿Por qué no ha matado a ningún reno? —preguntó Breca

recogiendo la lanza corta que le alargaba su madre.

Torkel levantó la mano para mostrarle las ensangrentadas yemas de los dedos.

—Estaba herido, no pensaba en la cena.

—¿Qué puede haber herido así a un lobo demoníaco? —dijo Breca.

Silencio.

Orka cruzó a grandes zancadas el claro hasta el otro extremo y examinó con la lanza presta en la mano la tenebrosa abertura por la que el lobo había emergido del sotobosque. Se quedó quieto y ladeó la cabeza. Un sonido débil recorría flotando el bosque como si fuera niebla.

Gritos.

Breca corrió hasta su madre, aferró la lanza con las dos manos y apuntó a la oscuridad.

—Torkel —gruñó Orka torciendo el cuello para mirar a su marido por encima del hombro.

Torkel aún estaba buscando con la mirada el lobo herido. Tras realizar una última batida con los ojos por la penumbra del bosque, sacudió los hombros envueltos en pieles, dio media vuelta y se dirigió hacia su mujer.

Más gritos, débiles y lejanos.

Orka y Torkel intercambiaron una mirada.

—La granja de Asgrim está en esa dirección —dijo ella.

—¡Harek! —exclamó Breca al pensar en el hijo de Asgrim. Breca jugaba con él en la playa de Fellur cuando visitaba con sus padres la aldea para comprar provisiones.

Otro grito, débil y etéreo, llegó a través de los árboles.

—Será mejor que echemos un vistazo —sugirió Torkel en voz baja.

—Sí —repuso Orka.

Su aliento se condensaba en torno a ellos mientras atravesaban el bosque con el suelo cubierto de un grueso y mullido mantillo de hojas de pino secas. Era primavera y en las tierras bajas ya habían aparecido los primeros signos de la nueva vida, pero el invierno aún se aferraba con uñas y dientes a aquellas laderas boscosas como si fuera un veterano guerrero encorvado que no quisiera renunciar a su pasado. Caminaban en fila india, con Orka a la cabeza, escudriñando tanto el sendero que seguían, y que había abierto el lobo a través de la maleza, como la oscuridad impenetrable que los envolvía. La nieve vieja y helada crujía bajo sus pies. Los árboles dieron paso a una cresta con escarpados barrancos que caían hacia el oeste; las nubes deshilachadas

se deslizaban por el cielo abierto debajo de ellos. Orka echó un vistazo abajo y divisó a lo lejos las delgadas columnas de humo de las chimeneas de Fellur. La aldea de pescadores se levantaba en la orilla oriental de un fiordo profundo y de un negruzco color azul, en cuyas aguas tranquilas rielaba el pálido sol. Las gaviotas lo sobrevolaban y emitían sus característicos chillidos.

—Orka —dijo Torkel.

Su mujer se detuvo y se dio la vuelta. Torkel destapó una cantimplora de cuero con agua y se la pasó a Breca, quien, a pesar del frío, tenía la cara roja y sudorosa.

—Sus piernas no son tan largas como las tuyas. —Torkel sonrió debajo de la barba y la cicatriz que le cruzaba el rostro desde la mejilla hasta la mandíbula le torció la boca.

Orka dirigió la mirada hacia el camino que habían seguido y aguzó el oído. Hacía un rato que no oía gritos, así que asintió a su marido y sacó su propia cantimplora.

Se sentaron un momento en las rocas y contemplaron el paisaje verde y azul como si fueran dioses en la cima del mundo. Al sur, el fiordo más allá de Fellur se adentraba en el mar, y la accidentada costa serpenteaba al oeste y luego al sur, jalonada y recorrida por profundos fiordos y ensenadas. Unas nubes grises como el hierro se amontonaban sobre el mar y su brillo amenazaba nieve. A lo lejos, al norte, una cordillera de montañas con las faldas verdes y las cimas nevadas se adentraba en la tierra y llenaba el horizonte de este a oeste. Aquí y allá se atisbaba el resplandor de un acantilado imponente, y las antiguas raíces de hueso de la montaña no eran más que un destello ceniciento desde aquella distancia.

—Contadme más cosas sobre la serpiente Snaka —dijo Breca mientras contemplaban juntos las montañas.

Orka no dijo nada y mantuvo la mirada fija en las ondulantes cumbres.

—Si te contara esa saga de cabo a rabo, pequeñajo, se te helarían la nariz y los dedos, y cuando te levantaras para caminar los dedos de los pies se te partirían como el hielo —dijo Torkel.

Breca se quedó mirando a su padre con sus ojos verdes grisáceos.

—Ah, ya sabes que no sé decirte que no a nada cuando me miras así —protestó Torkel con un jadeo, y su aliento se transformó en niebla—. Está bien. Te contaré la versión breve. —Se quitó el gorro de lana y se rascó el cuero cabelludo—. Lo que ves hasta donde alcanza tu vista es Vigrið, la Llanura de la Batalla. La tierra de los Reinos Rotos. En cada palmo de tierra que se extiende entre el mar y aquellas montañas, y un centenar de leguas más allá de ellas, los dioses

lucharon y murieron. Y Snaka era el padre de todos ellos. Hay quien afirma que era el más grande de todos.

—Seguro que era el más grande —le interrumpió Breca con voz seria y los ojos como platos.

—¿Quién está contando esta historia, tú o yo? —dijo Torkel arqueando una ceja negra.

—Tú, padre —respondió el niño agachando la cabeza.

Torkel gruñó.

—Snaka era el más grande, por supuesto. También era el más viejo, el padre de los dioses. Lo llamaban el Antiguo, y se había hecho monstruosamente enorme, lo cual también te habría pasado a ti si hubieras comido hasta saciarte todos los días desde el nacimiento del mundo. Pero sus hijos tampoco eran para tomárselos a broma. Águila, Oso, Lobo, Dragón…, toda una hueste. Los hermanos lucharon entre ellos y Snaka murió asesinado por sus hijos. Con su muerte, el mundo se hizo pedazos, reinos enteros se desmoronaron, saltaron por los aires, y los mares entraron en la tierra. Aquellas montañas son todo lo que queda de él y sus huesos están cubiertos por la tierra que él mismo destruyó.

Breca resopló y sacudió la cabeza.

—Debió ser un verdadero espectáculo.

—Ya lo creo, muchacho. Cuando los dioses van a la guerra es cosa seria. Su perdición provocó la destrucción del mundo.

—Sí —concordó Orka—. Y con la caída de Snaka se abrió la sima, y los vaesen y todas las demás criaturas de dientes y garras y poder que poblaban el mundo de abajo fueron libres en nuestro mundo de cielo y mar. —Desde el lugar elevado en el que se encontraban el mundo parecía puro e impoluto, un hermoso y salvaje tapiz de oro, verde y azul tendido sobre el paisaje.

Pero Orka sabía que la verdad era una saga sangrienta. Miró a su derecha y vio en el suelo las gotitas de sangre del lobo herido. Dentro de su cabeza vio cómo esas gotas se expandían y formaban charcos, más sangre rociaba el suelo, cuerpos fantasmagóricos caían, heridos y destrozados, oyó voces que gritaban…

«Este es un mundo de sangre. De dientes y de garras y de hierro afilado. De vidas breves y de muertes dolorosas.»

Orka notó una mano en el hombro. Torkel pasaba el brazo por encima de la cabeza de Breca para tocarla. Una inspiración brusca. Orka parpadeó y exhaló un suspiro largo y entrecortado mientras arrinconaba esas imágenes dentro de su cabeza.

—Fue un buen lanzamiento —dijo Torkel dando unos golpecitos a la lanza de Breca con la cantimplora, aunque seguía mirando a Orka.

—Pero fallé… —murmuró el niño.

—Yo también fallé mi primer lanzamiento en mi primera cacería —repuso Torkel—. Y tenía once años. Tú solo tienes diez. Además, tu lanzamiento ha sido mejor de lo que fue el mío. El lobo te privó de tu presa, ¿eh, Orka? —Revolvió el pelo de su hijo con una mano enorme.

—Fue un buen lanzamiento —dijo Orka, mirando las nubes al oeste, ahora más cerca. Un viento del oeste las empujaba y Orka percibía el sabor de la nieve en el aire, un frío cortante que crepitaba como la escarcha en su pecho. Tapó la cantimplora, se puso en pie y echó a andar.

—Cuéntame más cosas sobre Snaka —le gritó Breca a su espalda.

Orka se detuvo.

—Qué rápido te olvidas de tu amigo Harek —reprendió a su hijo con el ceño fruncido.

Breca bajó la mirada al suelo, se levantó y siguió a su madre.

Orka condujo a la familia de vuelta al interior del pinar, donde los sonidos se atenuaban siniestramente, el mundo menguaba a su alrededor y las sombras cambiaban, y continuaron ascendiendo por las colinas. A medida que subían el mundo se volvía gris en torno a ellos, las nubes tapaban el sol y un viento frío pasaba silbando entre las ramas.

Orka usó la lanza como bastón cuando el terreno se hizo más escabroso y avanzó por unas rocas resbaladizas que subían como escalones junto a un arroyo espumoso. El agua helada la salpicaba y se filtraba a través de las botas y de las tiras de tela que le envolvían las piernas. Un mechón de pelo rubio se había salido de la trenza y Orka se lo puso detrás de la oreja. Aminoró el paso al recordar las piernas cortas de Breca, a pesar de que sentía un cosquilleo en las venas que hacía vibrar sus músculos. El peligro siempre había tenido ese efecto en ella.

—Estad preparados —dijo Torkel a su espalda, y entonces Orka también lo olió.

El aroma de hierro de la sangre, la pestilencia de intestinos vaciados.

«El hedor de la muerte.»

Llegaron a una cresta llana donde se habían talado los árboles y se había deforestado el terreno. Delante de ellos apareció una gran cabaña con el techo de hierba junto a un puñado de cobertizos, todos ellos pegados a la pared de un barranco. Una empalizada más alta que Orka rodeaba la cabaña y los cobertizos.

La granja de Asgrim.

En el lado oriental de la granja, un sendero descendía

serpenteando de las colinas y llegaba hasta la aldea de Fellur y el fiordo.

Orka avanzó unos pasos, pero se detuvo y levantó la lanza mientras Breca y Torkel llegaban a la llanura.

Los grandes portones de la empalizada estaban abiertos y en el suelo, entre ellos, yacía un cuerpo completamente inmóvil y con las extremidades descoyuntadas. El viento hizo crujir uno de los portones. Orka oyó el grito ahogado de Breca.

Orka supo que era Asgrim, con sus espaldas anchas y el cabello gris como el hierro. Un brazo peludo sobresalía de la manga desgarrada de su túnica.

Cayó un copo de nieve, un beso gélido en la mejilla de Orka.

—Breca, quédate detrás de mí —dijo avanzando sigilosamente. Los cuervos se elevaron graznando del cadáver de Asgrim, protestando mientras se alejaban batiendo las alas y se posaban en las copas de los árboles. Uno de ellos se instaló en un poste de la puerta y los observó.

Empezó a nevar y el viento arremolinaba la nieve a lo largo y a lo ancho de la llanura.

Orka bajó la mirada hacia Asgrim. Llevaba puestos una túnica de lana y unos pantalones, una buena capa de pieles, un empañado brazalete de plata en un brazo. Tenía el cabello cano y el cuerpo enjuto, y la túnica desgarrada dejaba a la vista sus músculos vigorosos. Había perdido una de las botas. A su lado yacían los restos de una lanza y, un poco más allá, un hacha ensangrentada. En el pecho tenía un agujero y en la túnica de lana había una costra oscura de sangre seca.

Orka se arrodilló, recogió el hacha, la puso en la palma de la mano abierta de Asgrim y cerró sus dedos entumecidos alrededor del mango.

—Emprende el viaje de las almas con una hoja en el puño —musitó.

Oyó a su espalda la respiración de Breca, un jadeo irregular. Era la primera persona que veía muerta. Había visto muchos animales muertos, pues había ayudado en numerosas ocasiones a sacrificarlos para la cena, a destriparlos y a desollarlos, a poner en remojo los tendones para coser y atar, a curtir el cuero para las botas, los cinturones y las fundas para los cuchillos seax. Pero ver a otro ser humano a quien habían arrancado la vida era una cosa muy diferente.

«Al menos la primera vez.»

Además era un hombre a quien Breca había conocido. Había visto el brillo de la vida en él.

Orka concedió un momento a su hijo, que contemplaba el cadáver

con una expresión de estupor en los ojos. A un par de pasos de donde estaban había un charco de sangre en la hierba y un rastro en el suelo que se alejaba de él, como si hubieran arrastrado un cuerpo herido.

«Así que Asgrim hirió a alguien.»

—¿Era él quien gritaba? —preguntó Breca sin despegar los ojos de Asgrim.

—No —respondió Orka mirando la herida en el pecho del muerto. Una puñalada en el corazón; debió ser una muerte rápida. Mejor así, porque las bestias carroñeras ya habían picoteado su cuerpo. En los ojos y en los labios tenía unas heridas rojas causadas por los cuervos. Orka puso una mano en la cara de Asgrim y levantó lo que quedaba de su labio superior para mirar dentro de su boca. Encías y alvéolos ensangrentados. Frunció el ceño.

—¿Dónde están sus dientes? —preguntó en voz baja Breca.

—Los tennúr lo atacaron —gruñó Orka—. Les gustan más los dientes humanos que a una ardilla una nuez. —Echó un vistazo alrededor escrutando la línea de árboles y el estriado barranco en busca de algún indicio de las pequeñas criaturas de dos patas. En solitario eran un fastidio, pero en manada podían ser letales, pues tenían unos dedos huesudos y afilados y unos dientes que cortaban como cuchillas.

Torkel rodeó a Orka y entró sigilosamente en el recinto, trazando un arco amplio en el aire con la punta de la lanza mientras investigaba.

Se detuvo y levantó la vista hacia la chirriante puerta.

Orka pasó por encima del cadáver y se paró al lado de Torkel.

Había un cuerpo clavado a la puerta, con los brazos extendidos y la cabeza caída.

Idrun, la esposa de Asgrim.

Ella no había tenido una muerte tan rápida como su marido.

Tenía el vientre rajado y los intestinos se apilaban en el suelo, enmarañados como si fueran una enredadera en el tronco de un roble centenario. Aún despedían calor y humeaban mientras la nieve se depositaba en sus curvas resplandecientes. El rostro de la mujer había quedado petrificado con un rictus de dolor.

«Los gritos eran suyos.»

—¿Quién habrá hecho esto? —masculló Torkel.

—¿Vaesen? —sugirió Orka.

Torkel señaló las runas grabadas en la puerta, todas con ángulos agudos y líneas rectas.

—Una runa de protección.

Orka negó con la cabeza. Las runas protegían de todo menos de

los vaesen más poderosos. Miró de nuevo a Asgrim y la herida en su pecho. Los vaesen rara vez usaban armas, ya que la naturaleza los había dotado de instrumentos de muerte y destripamiento. Había unas manchas oscuras en la hierba: sangre coagulada.

«Hay sangre en el hacha de Asgrim. Hubo más heridos, pero se los llevaron.»

—¿Han sido personas? —murmuró Torkel.

Orka se encogió de hombros y una nube de aliento condensado salió de su boca mientras pensaba en ello.

—Todo es mentira —masculló Orka—. Lo llaman la Edad de la Paz porque la guerra antigua ha terminado y los dioses han muerto, pero si esto es paz… —Alzó la mirada al cielo, hacia las nubes bajas y la nieve que ahora caía copiosamente, y de nuevo miró los cadáveres ensangrentados—. Estamos en la edad de la tormenta y el asesinato…

—¿Dónde está Harek? —preguntó Breca.

CAPÍTULO DOS

VARG

Varg retorció el cuello sin detenerse para echar un vistazo por encima del hombro, tropezó y estuvo a punto de caerse, pero siguió corriendo. La ribera rocosa daba paso a la arena y los guijarros negros a medida que el río se ensanchaba y los espesos árboles y los acantilados que lo habían confinado estaban más diseminados según se acercaba al fiordo. Ya percibía la proximidad de la ciudad comercial de Liga, una multitud de aromas y de sonidos le asaltaban los sentidos.

Echó otro vistazo atrás. No había rastro de sus perseguidores, pero sabía que seguían ahí. Apretó el paso.

«¿Cuánto tiempo llevo corriendo? ¿Nueve días? ¿Diez?»

Bajó la mano a la bolsa de piel que llevaba en el cinturón, inspiró el aire impregnado de salitre y siguió corriendo.

Le quemaban las piernas, tenía los pulmones hinchados y el flujo constante de sudor le entraba en los ojos, pero mantuvo el ritmo, con una respiración profunda y largas zancadas.

«Podría no parar nunca de correr. Solo necesito un suelo bajo los pies. Pero los acantilados me han empujado hacia el mar y ya estoy muy cerca de él. ¿A dónde iré? ¿Qué puedo hacer?»

El pánico corrió por sus venas.

«No puedo dejar que me atrapen.»

Siguió corriendo y los guijarros crujían bajo sus destrozados zapatos de cuero.

El río desembocaba en un fiordo y se ensanchaba como si fuera la boca de una serpiente abierta para engullir su presa. Liga apareció a lo lejos, una ciudad comercial y un puerto construidos en la orilla sudeste del fiordo. Varg se detuvo, apoyó las manos en las rodillas y contempló la ciudad. Una masa bulliciosa y pestilente de edificios partía desde la playa de arena negra y se extendía sinuosamente hasta donde las colinas del fiordo se lo permitían. Una empalizada rodeaba la ciudad para proteger los edificios y a las personas que se hacinaban dentro. La ciudad trepaba por la ladera de una montaña, en cuya parte más alta se alzaba una casa comunal con vigas de madera y la techumbre de hierba, que se encorvaba como si fuera un jarl que observaba a su pueblo sentado a la mesa del estrado de una sala de hidromiel. El cielo sobre la ciudad estaba colmado del humo de las chimeneas y el olor de la grasa era intenso en el aire. Muelles y

embarcaderos se adentraban en el agua negruzca del fiordo y una multitud de embarcaciones cabeceaban suavemente en el puerto. Un barco destacaba entre los demás, un drakkar, una estilizada nave dragón, con la proa alargada, que parecía un lobo marino en medio de un rebaño de ovejas. A su alrededor se agolpaban esbeltos byrding y una multitud de knarr, con sus vientres repletos de mercancías llegados de lugares de los que Varg seguramente nunca había oído hablar. Porque Varg ni siquiera sabía su propia edad; desde que tenía memoria había contado treinta inviernos rigurosos y otros tantos veranos deslomándose encadenado en la granja de Kolskegg, solo veinte leguas al noreste siguiendo el río, y en todos esos años su amo nunca lo había llevado a Liga en uno de sus numerosos viajes de negocios.

No era que se hubiera quedado con las ganas de acompañarlo. Los olores le daban náuseas; si bien la mezcla del aroma de la grasa y de la carne en el fuego hacía que le rugieran las tripas, y la idea de estar tan cerca de tanta gente era inconcebible para él. Dio unos pasos involuntarios hacia atrás, de regreso al congosto del río por el que había llegado corriendo.

«Pero no puedo volver. Me atraparán. Debo seguir adelante. Tengo que encontrar un galdramaðr o una bruja seiðr.»

Se frotó la cabeza rapada, hurgó debajo de la capa y sacó un grueso collar de hierro. Metió la mano en un bolsillo de la capa y volvió a sacarla con una llave. Abrió el collar y, con un escalofrío, se puso el gélido hierro alrededor del cuello y lo cerró con un crujido. Volvió a cerrarlo con la llave y la guardó de nuevo en la capa. Se quedó inmóvil un momento, giró el cuello e hizo una mueca. Una respiración irregular. Después se puso derecho, se alisó la túnica manchada de barro y se cubrió la cabeza con la capucha de la capa antes de reanudar la marcha.

Una gran puerta con runas grabadas estaba abierta y había dos guardias vestidos con cotas de malla apoyados contra uno de los postes. Uno era un hombre con la barba gris y estaba sentado en un tocón. El otro guardia era una mujer más joven, con el pelo recogido en una trenza tirante; llevaba un seax colgado del cinturón y empuñaba una lanza. La mujer miró a Varg cuando vio que se acercaba y se adelantó para x el paso.

—¿Qué asunto te trae a Liga?

—Debo buscar alojamiento para mi amo —respondió Varg con los ojos clavados en el suelo—. Me han ordenado que me adelante a su llegada. —Hizo un gesto vago hacia atrás, en dirección al valle.

La guardia lo escrutó de arriba abajo y luego miró detrás de él,

hacia la entrada vacía del valle.

—¿Y cómo sé yo que es verdad lo que dices? ¿Quién es tu amo? Descúbrete la cabeza.

Varg pensó en las posibles respuestas que podría darle, en la dirección en la que llevaría el interrogatorio a cada una de ellas y en cuánto revelarían. Se echó la capucha hacia atrás lentamente y dejó a la vista la cabeza rapada y el rostro manchado de sudor. Abrió la boca. Un carro tirado por dos bueyes se detuvo a su espalda; en el banco del conductor iba sentado un comerciante vestido elegantemente, acompañado de un puñado de hombres libres que empuñaban lanzas y porras.

—Deja pasar al hombre, Slyda —gruñó el guardia de la barba gris desde su tocón.

—Mi amo es Snepil. —Varg dijo el primer nombre que le vino a la cabeza. Snepil era un hombre de quien sabía que no habría salido en su persecución de inmediato, ya que la última vez que lo vio tenía los ojos desorbitados y una respiración anhelosa mientras él lo estrangulaba. No recordaba cómo habían llegado sus manos al cuello de Snepil; lo único que recordaba era haber parpadeado mientras los estertores de Snepil se filtraban en su cabeza a través de una neblina rojiza.

La guardia repasó con la mirada a Varg una última vez, se echó a un lado y le indicó con un gesto que pasara.

Varg volvió a ponerse la capucha y se introdujo en Liga como un piojo en una barba. Los olores y los sonidos lo golpearon como si se hubiera sumergido en el mar. Los edificios con las paredes de madera flanqueaban las calles anchas y resbaladizas por el barro, atestadas de comerciantes que gritaban y exponían toda clase de productos en mesas de caballetes. Rollos de telas teñidas, agujas y peines de hueso, cabezas de hacha, cuchillos, elegantes vainas para armas blancas, fíbulas para capas y amuletos de bronce, cuencos de madera, fardos de lino y de lana, balas de pieles de lobo y de oso, pieles de reno, pellejos de marta y de zorro. Los ojos de Varg se abrieron con una expresión de sorpresa cuando vio colmillos y dientes de morsa. Otros comerciantes vendían cuernos de hidromiel y cerveza. Ollas burbujeantes con conejo o estofado de ternera humeaban sobre los fuegos, con los trozos de nabo y de zanahoria nadando en su superficie y la grasa brillante. Otros ofrecían cuartos de filetes de carne de ballena, arenques ahumados y piezas de bacalao que exponían colgados. Varg incluso vio a un comerciante que vendía partes de vaesen: sangre seca de Faunir; el diente de un trol, grande como un puño; un cuenco lleno de globos oculares de skraeling; y un

collar tejido con el cabello de un espíritu froa. Todo era inabarcable y abrumador.

Un espasmo en el estómago le recordó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que comiera; no lo sabía con exactitud, pero no hacía menos de tres o cuatro días desde que tuvo la suerte de capturar un salmón en el río. Se acercó a un vendedor que estaba de pie detrás de una gran olla con estofado, cortando con un cuchillo enorme la pata de un cerdo por la articulación. El hombre era un tipo orondo y con una barba rala, y llevaba puestas unas botas con el interior forrado de piel de borrego y una elegante túnica de lana verde, aunque el cuello y los puños de las mangas estaban desgastados y deshilachados.

Varg se quedó mirando el interior de la olla, salivando, y sus retortijones rápidamente se volvieron dolorosos.

—¿Quieres algo para calentarte el estómago? —le preguntó el vendedor dejando el cuchillo y levantando un cuenco.

—Sí, eso estaría genial —respondió Varg.

—Media moneda de bronce —dijo el vendedor. Luego se quedó callado y miró de arriba abajo a Varg. Bajó el cuenco, echó hacia atrás la capucha de su cliente y al ver su cabeza rapada entrecerró los ojos —. Largo de aquí, sucio thrall —espetó con gesto ceñudo.

—Puedo pagar —dijo Varg.

El vendedor arqueó una ceja.

—Primero quiero ver la moneda.

Varg metió la mano en la capa y sacó una bolsita, aflojó el cordón de cuero, sacó una moneda de bronce y la dejó caer en la mesa del vendedor. La moneda rodó por el canto hasta que cayó sobre uno de los lados y mostró el rostro de una mujer impreso en la otra cara. Era un rostro de perfil con una nariz afilada, con el cabello peinado hacia atrás y recogido en una trenza tirante sobre la nuca.

—Un helka —dijo el vendedor con la barba erizada.

—La reina Helka —repuso Varg. Él nunca la había visto y solo la conocía de oídas. Se decía de ella que era tan orgullosa que se creía que podía controlar la mitad de Vigrið. La crueldad que mostraba con sus enemigos era legendaria.

—Se llama a sí misma reina solo para poder cobrarnos impuestos hasta por las piedras —gruñó el vendedor.

—¿No lo aceptas, entonces? —preguntó Varg alargando la mano para recoger la moneda.

—Yo no he dicho eso —se apresuró a decir el vendedor extendiendo el brazo.

En menos de lo que dura un parpadeo, Varg agarró el cuchillo

que el vendedor había dejado sobre la mesa y partió en dos la moneda. Recogió una mitad entre los dedos índice y pulgar y dejó la otra donde estaba.

—Por cierto, ¿cómo ha acabado una bolsa llena de helkas en manos de un sucio thrall? ¿Y dónde está tu amo? —gruñó el vendedor mirándolo con recelo.

Varg lo miró a los ojos y volvió a tender la mano lentamente hacia la mitad de la moneda partida que seguía en la mesa.

El vendedor se encogió de hombros, llenó con un cacito el cuenco de estofado y se lo ofreció a Varg.

—Dame también un poco de pan —dijo Varg.

El vendedor cortó una rebanada de una hogaza de pan con la corteza negra.

Varg mojó el pan en el estofado y lo chupó. Los regueros de grasa corrieron por su mentón y se introdujeron en la barba que se dejaba crecer desde hacía unos días. El estofado estaba aguado y demasiado caliente, pero a Varg le sabía a gloria. Cerró los ojos, mojó el pan y lo chupó hasta que se le acabó, luego vació el resto del estofado dentro de la boca, dejó el cuenco encima de la mesa y eructó.

—Había visto hombres hambrientos, pero tú… —comentó el vendedor. Silbó y esbozó media sonrisa.

—¿Hay algún galdramaðr o alguna bruja seiðr en Liga? —preguntó Varg limpiándose el estofado de la barbilla con la manga.

El vendedor se dibujó una runa en el pecho y frunció el ceño.

—No. ¿Y por qué querrías mezclarte tú con gente como esa?

—Eso es asunto mío —respondió Varg. Hizo una pausa—. Es un asunto de mi amo. ¿Sabes dónde podría encontrar uno?

El vendedor hizo el ademán de darse la vuelta.

Varg puso la otra mitad de la moneda de bronce encima de la mesa.

El vendedor lo miró como sopesándolo.

—Los Hermanos de Sangre arribaron ayer. Llevan a bordo una esclava que es una bruja seiðr.

«¡Los Hermanos de Sangre!»

Eran famosos en toda Vigrið y muy probablemente en otras tierras. Eran una banda de mercenarios que se vendían al mejor postor, cazaban monstruos vaesen, buscaban reliquias de los dioses para ricos jarlar, luchaban en disputas fronterizas y protegían a ricos y poderosos. Los escaldos cantaban sus hazañas alrededor de las hogueras.

—¿Dónde están? —preguntó Varg.

—Los encontrarás en la casa comunal de Liga. Son invitados del

jarl Logur.

—Gracias —dijo Varg. Volvió a meter la mano en la bolsa y arrojó sobre la mesa otra media moneda de bronce.

—¿Y esto por qué? —quiso saber el vendedor.

—Por tu silencio. Nunca me has visto.

—¿Visto a quién? —dijo el otro hombre mirando a su alrededor. Esbozó una sonrisa que torció su barba rala al mismo tiempo que estiraba la mano para coger las monedas.

La mano de Varg salió disparada más rápida que la del vendedor y agarró a este por la muñeca. Miró al vendedor a los ojos, le sostuvo la mirada un largo momento y luego lo soltó; en el mismo movimiento cogió el cuchillo de la mesa y lo sopesó.

—¿Cuánto?

—Puedes quedártelo —dijo el vendedor encogiéndose de hombros.

Varg asintió y guardó el cuchillo debajo de la capa. Volvió a cubrirse con la capucha y se adentró en el gentío.

Recorrió las calles de Liga y pasó junto a un muelle que bullía de actividad; hombres y mujeres descargaban un knarr, un barco mercante, recién llegado al puerto. El vientre de la embarcación era amplio y profundo, muy bajo sobre el agua. A Varg le pareció oír los relinchos atenuados de los caballos procedentes de las profundidades de su casco. Otras dos naves similares se acercaban al puerto impulsadas por los remos. Un grupo de hombres y de mujeres con aspecto extraño estaba desembarcando del knarr amarrado. Llevaban gorros de fieltro y piel y caftanes con fíbulas de plata, pantalones a rayas azules y anaranjadas, abombados por encima de las rodillas, con las piernas envueltas por unas vendas ceñidas desde las rodillas hasta los tobillos. Su piel era oscura como el cuero curtido, y los escoltaba un puñado de guerreros cubiertos con unas largas capas de pequeñas láminas metálicas imbricadas que resplandecían como si fueran escamas cuando se movían. De la cintura de los guardaespaldas colgaban unas espadas corvas. Los hombres exhibían unos largos bigotes con forma de U invertida y llevaban la cabeza afeitada, salvo por una larga y solitaria trenza de cabello. Varg se detuvo para observarlos cuando se dieron la vuelta y gritaron a los marineros del barco. Las pasarelas cayeron con un golpetazo sobre el embarcadero y las grúas giraron para colocarse sobre la bodega de la embarcación.

—¿De dónde son? —preguntó Varg a una operaria del puerto que pasó corriendo junto a él cargando un grueso cabo sobre el hombro.

—De Iskidan —gruñó la operaria sin detenerse.

—¡Iskidan! —Varg silbó. La lejanísima tierra allende el mar en

dirección sur. Había oído historias sobre Iskidan, sobre sus anchos ríos y sus llanuras cubiertas de hierba, sobre su sol inmisericorde y Gravka, la Gran Ciudad. Una parte de él siempre había pensado que solo era una fantasía, un lugar donde la mente buscaba refugio en los fríos e inclementes meses de invierno.

Varg lanzó una última mirada a los extranjeros y reanudó la marcha. Giró para entrar en una empinada calle que ascendía en dirección a las abruptas laderas que rodeaban la ciudad. La sala de hidromiel del jarl Logur se encontraba a los pies de las montañas. El hedor a pescado se atenuaba a medida que dejaba atrás el puerto, sustituido por el olor a orines y excrementos. En la calle se habían tallado unos escalones que conducían al gran arco de una puerta, más allá de la cual se veían las gruesas vigas de madera de la casa. En los escalones, hombres y mujeres se agolpaban hombro con hombro. Varg se detuvo un momento buscando un modo de entrar y después se deslizó entre un hombre y una mujer con la intención de subir los escalones.

Una mano lo agarró del hombro.

—Espera tu turno como todos los demás —espetó una mujer. Tenía el pelo oscuro, un rostro duro y afilado y ojos gélidos. Vestía una túnica de lana y una capa con ribetes de pieles, y de su cinturón colgaban un seax enfundado y un destral.

—Tengo que ver a los Hermanos de Sangre —dijo Varg.

—¡Ja! ¿No es eso lo que queremos todos? —replicó la mujer—. ¿Qué te hace especial a ti?

Varg la miró y luego echó un vistazo a la muchedumbre que lo rodeaba.

—¿Toda esta gente está aquí por los Hermanos de Sangre?

—Hummm… —gruñó la mujer—. ¿Para qué habría venido si no?

—¿Por qué?

—Hay un baúl vacío y un puesto de remero libre en su drakkar.

—¿Un baúl vacío? —dijo Varg frunciendo el ceño.

—¿Es que te has dado un golpe en la cabeza? —dijo la mujer apretándose la sien con el dedo a través de la capucha. A Varg no le gustó ese gesto—. Uno de los Hermanos de Sangre ha muerto y están realizando una prueba de armas para sustituirlo.

—Ah. —Varg asintió. Empezaba a hacerse una idea de la situación.

—Así que espera tu turno —dijo la mujer mirándolo de arriba abajo—. ¿O es que tienes prisa para dar con tu culo en la tierra?

La gente que los rodeaba rio.

Varg se limitó a mirar el suelo y a esperar.

La multitud subía lentamente los escalones. Según se acercaba al edificio, Varg oía los gritos que salían de su interior salpicados por alaridos de dolor. Un flujo lento y constante de caras ensangrentadas bajaba por los escalones. Algunos gemían y necesitaban ayuda para caminar; otros salían sin conocimiento, transportados por otros.

Varg llegó al último escalón y echó un vistazo por encima de los hombros de la gente que tenía delante. El arco de la puerta daba paso a un espacio abierto que se extendía delante de la sala del jarl Logur, un edificio enorme de madera adornada con volutas que se levantaba sobre unos gruesos pilotes de piedra. La plaza que había entre la puerta y el edificio estaba cubierta de barro pisoteado y salpicado aquí y allá de manchas brillantes. Los guerreros, cincuenta o sesenta hombres y mujeres de aspecto temible, cercaban la zona. Algunos llevaban puesta una brynja, una cota de malla con los eslabones remachados, y de la cintura les colgaba una espada. Varg solo había visto una espada una vez antes en su vida, cuando el drengr local visitó la granja de Kolskegg para recaudar los impuestos en nombre de la reina Helka. Varg sospechó entonces que solo la espada valía más que todos los productos que se cargaron en el carro más el cofre con monedas que Kolskegg entregó al hombre. Un guerrero calvo y musculoso, con la barba trenzada más gris que negra, atrajo la mirada de Varg. En la cintura llevaba una espada enfundada en una vaina sencilla, una brynja cubría su cuerpo fornido y brazaletes y collares de oro y plata envolvían sus brazos y su cuello. Solo la espada y la brynja probablemente valían tanto como toda la granja de Kolskegg. Uno podía hacerse rico en el negocio de la muerte. El calvo estaba charlando con una mujer con el cabello azabache y una serie de tatuajes azules que le recorrían el mentón y el cuello. Era la bruja seiðr. Varg se sorprendió al ver el collar de hierro alrededor del cuello de la mujer e instintivamente se llevó una mano a la garganta. Mientras hablaba, el veterano guerrero se apoyaba en un hacha, con la punta del largo mango hincada en el suelo. La brutal cabeza de hierro del arma tenía un saliente inferior en forma de gancho, por lo que era conocida con el nombre de hacha barbuda. Varg estaba acostumbrado a ver hachas, las había usado durante años y los callos de sus manos daban fe de ello, pero aquella no estaba hecha para cortar troncos, sino para matar. Varg apartó la mirada porque la visión del arma le provocó una sensación de desasosiego. Todos los guerreros reunidos en la plaza exhibían una gran variedad de armas colgadas del cinturón. Algunos llevaban el escudo circular a la espalda, otros lo habían dejado apoyado contra los muros o los escalones del edificio. Unos cuantos estaban pintados de un color azul pálido como el cielo

invernal y encima una vela roja que Varg reconoció como el sigilo del jarl Logur, pero la mayoría de los escudos que había en la plaza estaban pintados de intenso negro, y sobre ese fondo oscuro todos ellos presentaban unas salpicaduras rojas, como si alguien los hubiera rociado con sangre.

En el centro de la plaza había dos hombres luchando. O, siendo más precisos, desde el punto de vista de Varg los que se batían eran un hombre y un árbol. El más bajo era ágil de pies y bailaba con un escudo en la mano alrededor del más alto, que llevaba el torso descubierto, unos pantalones de lana atados con una cuerda y una barba roja trenzada que le caía hasta la cintura. Tenía unas extremidades y un tronco robustos, con unos músculos nudosos y abultados como las raíces de un roble centenario. Mientras Varg los observaba, el hombre más pequeño amagó hacia la derecha y atacó por la izquierda a su rival de la barba roja para golpearlo con el umbo de hierro del escudo en las costillas, y a continuación le lanzó un gancho de derecha en el estómago. Un gruñido fue la única protesta del guerrero de la barba roja, que al mismo tiempo asestaba un puñetazo a su oponente y lo alcanzaba justo encima de la nuca cuando el otro ya se agachaba para esquivarlo de un salto. El hombre más pequeño dio una docena de pasos tambaleantes hacia atrás, con las piernas repentinamente flojas, y el tipo de la barba roja salió disparado hacia él.

—Nombre —dijo una voz.

Varg pestañeó y desvió la mirada del espectáculo.

—Nombre —repitió el hombre apoyándose en el poste de la puerta con los brazos cruzados. Su estatura era más o menos la misma que la de Varg y era de constitución delgada, tenía el cabello rojizo recogido en pulcras trenzas y la barba arreglada, ungida con aceite y lustrosa. Llevaba puesta una cuidada brynja y unas exquisitas volutas adornaban la vaina de su seax.

—Varg —respondió Varg. Su respuesta natural a una orden era obedecer sin pensar. En la granja de Kolskegg, cualquier otra cosa tenía como consecuencia un porrazo o un azote.

—¿Varg qué?

Varg lo miró con sorpresa.

El hombre delgado suspiró.

—Te explicaré cómo va esto —añadió el hombre—. Si yo digo «nombre», tú me das tu nombre completo. Por ejemplo, yo soy Svik Hrulfsson, o Pelo Enmarañado, porque mi pelo nunca está enmarañado. Así que vamos a intentarlo de nuevo. ¿Nombre?

—No lo sé. —Varg se encogió de hombros—. Nunca conocí a mi

padre ni a mi madre.

Svik lo miró de arriba abajo.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—¿Hacer el qué?

—Luchar con Einar Medio Troll.

—Yo no deseo luchar con nadie —respondió Varg—, y mucho menos contra alguien llamado Medio Troll. —Respiró hondo—. Lo que yo quiero es contratar a vuestra bruja seiðr.

Svik lo miró con sorpresa.

—Vol no está disponible —respondió lanzando una mirada a la mujer tatuada que conversaba con el hombre calvo.

—Tengo que hablar con ella —insistió Varg—. Es… importante.

—Ajá, para ti tal vez. —Svik se encogió de hombros—. Pero para nosotros no lo es.

—Necesito hablar con ella —dijo Varg, sintiendo cómo el pánico comenzaba a apoderarse de él.

—¿Qué es tan importante? ¿Necesitas una pócima de amor? ¿Quieres tirarte a una hermosa thrall de tu granja?

—¡No! —exclamó Varg—. No quiero una pócima de amor. —Negó con la cabeza—. Es otra cosa mucho más importante.

—¿Más importante que tirarse a alguien? —dijo Svik arqueando una ceja—. No sabía que podía existir una cosa así.

Las risas estallaron detrás de Varg.

—Necesito a vuestra bruja seiðr para un akáll.

Svik frunció el ceño.

—Una invocación… Esa es una cosa seria.

—Es un asunto serio —repuso Varg, acariciando con las yemas de los dedos la bolsita que llevaba en el cinturón.

—La respuesta sigue siendo no —dijo Svik—. Vol usa sus talentos para los Hermanos de Sangre. Para nadie más. No trabaja a comisión. Aunque la reina Helka en persona subiera estos escalones y pidiera lo mismo que tú, la respuesta seguiría siendo la misma.

Varg sintió que la esperanza se desvanecía dentro de él y un frío helador en el fondo del estómago.

De la plaza llegó un estrépito. Varg se volvió y vio que el guerrero enorme, Einar Medio Troll, golpeaba con el puño el escudo de su oponente. La madera crujió y se hizo añicos.

—¿Por qué Einar no tiene escudo? —preguntó Varg.

—Para dar a sus rivales una oportunidad. —Svik se encogió de hombros. Se inclinó hacia él y añadió en un susurro—: Aunque en realidad es una oportunidad muy pequeña.

Einar agarró por el cuello y la entrepierna a su oponente, que se

puso a chillar, lo levantó en el aire y lo lanzó contra el suelo. Se oyó un golpe seco y los chillidos cesaron. El hombre que yacía tirado en la tierra se quedó repentinamente inmóvil. Hombres y mujeres corrieron hasta el guerrero inconsciente y lo sacaron en volandas de la plaza.

Varg observó a Einar, fornido, robusto y amenazante. Un par de marcas en su cuerpo eran la única prueba de que ya había participado en al menos una veintena de peleas. Volvió a mirar a Svik.

—Lucharé con él —aseveró Varg.

CAPÍTULO TRES

ORKA

Orka caminaba al lado del carro, en cuya plataforma viajaban los cuerpos de Asgrim y de Idrun, su mujer. Estaban cubiertos con una basta manta de lana y en algunos lugares la sangre se había filtrado. Orka olfateó el aire y miró alrededor. Los árboles eran cada vez más escasos en torno a ellos y el terreno se nivelaba gradualmente mientras avanzaban por el camino a Fellur, el pueblo pesquero en la orilla del fiordo.

Breca llevaba el carro, con una mano agarraba las riendas del poni peludo que habían encontrado en el establo de Asgrim y en la otra empuñaba la lanza corta, que usaba como bastón. Orka le había confiado la tarea de guiar el vehículo para que tuviera algo con lo que ocupar la mente después de lo que había visto en la granja de Asgrim, además de que así ella podía estar atenta a los árboles que flanqueaban el camino.

«En estas colinas hay asesinos que campan a sus anchas.»

Habían registrado de arriba abajo la granja de Asgrim sin encontrar rastro de Harek. Torkel había descubierto unas huellas en el camino que descendía por la ladera, el suelo removido, pero las pisadas abandonaban enseguida el camino para adentrarse de nuevo en el espeso bosque. Tras una acalorada discusión se habían puesto de acuerdo en que Torkel seguiría el rastro mientras Orka y Breca llevaban los cuerpos a Fellur. Orka había querido ser quien siguiera el camino peligroso para encontrar a los asesinos de Asgrim, pero los dos sabían que Torkel era mejor rastreador. Al final, su marido le había sonreído antes de internarse en el bosque, silencioso como el humo a pesar de su gran tamaño, y Orka había mirado ceñuda la espalda de Torkel, pues su preocupación se manifestaba en forma de ira; luego expresó su desaprobación con un resoplido y enfiló por el camino al mismo tiempo que ordenaba a Breca que se ocupara del poni.

—¿Papá encontrará a Harek? —preguntó Breca sin levantar los ojos del suelo. Habían dejado atrás la nieve, en altitudes mayores, y el camino estaba lleno de charcos y de barro a causa de la nieve y el hielo derretidos.

—Quizá —gruñó Orka. Echó la vista atrás, hacia las colinas veladas por las nubes. Torkel le había jurado que si encontraba al chico y a los asesinos de Asgrim regresaría sin intentar capturarlos

solo.

«Pero es un mentiroso. Y le partiría el corazón dejar al chico en peligro… si sigue vivo.»

Estaba ansiosa por entregar los cadáveres de Asgrim y de Idrun a la jarl de Fellur y salir en busca de su marido antes de que se metiera en problemas.

El pueblo pesquero apareció entre los árboles. Estaba compuesto por un par de docenas de edificios de zarzo y barro con los tejados de paja que se apiñaban alrededor de una casa comunal más grande. Una pequeña empalizada cercaba la población, aunque la madera estaba podrida en algunas partes y terminaba mucho antes de llegar a la playa de arena negra.

«Pero aquí están a salvo. Los vaesen prefieren los lugares solitarios y oscuros, donde pueden permanecer ocultos.»

Orka alcanzaba a ver las redes de pesca tendidas en la playa, secándose y en espera de ser reparadas. Un puñado de embarcaderos de madera se adentraban en el agua, la mayoría vacíos, aunque había amarrados unos pocos byrding costeros y barcas de pesca.

Las cabras balaron al paso del carro. Orka alargó la zancada de sus largas piernas para alcanzar a Breca.

Había un guardia apoyado en uno de los postes de la puerta de la empalizada, un hombre al que Orka conocía de vista, aunque no sabía su nombre. El guardia le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza sin molestarse en mirar lo que había en el carro. Siempre que Torkel y ella iban al pueblo llevaban el carro cargado de pieles para venderlas, así que ¿por qué iba a ser diferente esta vez? Orka saludó con una cabezada al guardia y atravesó la puerta con una sensación cada vez más intensa de opresión en la cabeza y en el pecho. Alzó la vista hacia el travesaño de la puerta que pasaba por encima de su cabeza y vio el destello del hueso hundido en la madera: el nudillo de un dios muerto en el que todavía palpitaba su poder, que ayudaba a mantener a los vaesen fuera del pueblo. La opresión que sentía en la cabeza remitió mientras se adentraba en la calle embarrada y dejaba atrás la puerta. Aunque no había centinelas en la entrada, el bullicio en el pueblo era notable, con un río de gente que se dirigía a la casa comunal. Allí era también adonde Orka se encaminó, pues esperaba encontrar a Sigrún, la jarl de Fellur.

Con Breca a su espalda, pasaron por delante de porquerizas que eran auténticos lodazales, del resplandor anaranjado y el martilleo de una forja, y de una taberna, de la que emanaba un intenso hedor a cerveza, cebada y orina.

—¿Qué pasa? —preguntó un hombre al salir de la taberna

deslumbrado por la luz del día. Orka lo conocía, era Virk, un pescador con el que Torkel y ella habían hecho negocios muchas veces. Era un hombre grande, con una cara ancha y sin pelos en la lengua. Se había herido el brazo cuando una tempestad lo sorprendió en su barca, así que dejaba que sus dos hijos salieran a la mar mientras él se curaba. Tenía los ojos vidriosos y las venas rojas se le marcaban en las mejillas. Orka olfateó el aire e hizo una mueca. A juzgar por el olor que emanaba de él, Virk estaba mejor en el mar.

—Son Asgrim e Idrun —dijo Orka señalando con la cabeza el carro.

Virk se fijó en las manchas de sangre en la manta de lana que cubría los cuerpos.

—Y Harek ha desparecido —añadió Breca.

—¿Cómo? —quiso saber Virk. La gente comenzó a congregarse alrededor del carro.

—De viejos no —murmuró Orka, y continuó caminando.

Virk los siguió junto a otros lugareños y se corrió la voz.

El carro entró en un patio que había delante de la casa comunal, donde había reunidas cuarenta o cincuenta personas, por lo menos la mitad de la población de Fellur. Y seguía llegando gente.

Un hombre joven salió de la casa comunal. Era Guðvarr, sobrino de la jarl Sigrún, y uno de sus drengir, con otros tres guerreros. Guðvarr avanzó con aire arrogante y se detuvo entre dos columnas de madera que había delante de la amplia escalera que bajaba al patio. Sobre su cadera colgaba una espada y su túnica de lana roja estaba adornada en el cuello, los puños y el dobladillo con sinuosos ribetes tejidos con la técnica de tablillas. En un brazo exhibía un brazalete de plata. Llevaba el cabello negro ungido y peinado hacia atrás, ligado a la altura del cuello con una cinta de cuero y un hilo de plata. La pelusa de una barba incipiente cubría su mentón y una esfera de humedad brillaba debajo de su afilada nariz.

Orka miró a su hijo. Para Breca, cualquier hombre con espada era suficiente para impresionar su mente llena de sagas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Orka a Virk, que se había colocado a su lado. A pesar de que era un hombre alto, tenía que levantar un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

— Guðvarr ha llegado esta mañana por el río en un snekke. Se dice que Sigrún lo ha enviado de avanzadilla para que prepare su regreso.

—¿La jarl Sigrún no está?

Virk miró a Orka como si estuviera tocada del ala.

—La jarl Sigrún fue convocada… —Virk carraspeó—. Quiero

decir, invitada a la corte de la reina Helka en Darl. Hace más de dos meses que partió.

Orka arqueó una ceja y asintió.

—¡Tengo noticias! —gritó Guðvarr, y la muchedumbre se calló. El sobrino de Sigrún dejó que el silencio se alargara. Era obvio que estaba disfrutando de su momento delante de la multitud—. Debo informaros de que la jarl Sigrún volverá a estar entre nosotros dentro de nueve días. Me ha pedido que os diga que la reina Helka es justa, buena y sabia, y que no habría cosa peor que no jurarle fidelidad. Estar bajo su cuidado será beneficioso para nuestro pueblo.

—¡Su cuidado! —masculló Virk—. Hace nada éramos todos hombres y mujeres libres en Fellur, y los reyes y las reinas eran unos jarlar estúpidos que habían crecido demasiado y se les habían quedado pequeñas las botas.

Orka no disentía de él.

—¡Querrás decir DOMINIO, no CUIDADO! —gritó Virk. Otros presentes sumaron sus voces a la del pescador.

—Los tiempos están cambiando —respondió Guðvarr mirando con ferocidad a Virk y a la multitud—. El jarl Störr nos amenaza desde poniente y los vaesen son cada vez más descarados matando y robando. Nos irá mejor si nos unimos con los fuertes, y la reina Helka es la más fuerte.

Más murmullos.

—Cuando la jarl Sigrún regrese se celebrará un althing en la Roca de los Juramentos, donde todos tendréis la oportunidad de dar vuestra opinión sobre estos importantes asuntos —declaró Guðvarr señalando un islote rocoso en medio del fiordo, cubierto de musgo, helechos y árboles batidos por el viento.

Se alzaron voces de la muchedumbre protestando y lanzando preguntas.

—Reservad vuestros lamentos para mi tía y el althing —gruñó Guðvarr—. Esto es todo.

Orka le quitó las riendas del poni a Breca y tiró de ellas para poner al animal en marcha. La gente se apartó para dejar pasar el carro.

—¡Drengr Guðvarr! —gritó Orka abriéndose paso por la multitud.

Guðvarr se detuvo, se dio la vuelta y miró a Orka, a Breca y el carro. Se limpió la gota de moco que le colgaba de la nariz.

El silencio se instaló alrededor de Orka mientras avanzaba con el carro hacia la escalera de la casa comunal. Las ruedas chirriaron cuando el poni se detuvo.

—¿Qué quieres? —espetó Guðvarr bajando los primeros dos

escalones. Fijó la mirada en la manta manchada de sangre extendida sobre la plataforma del carro. Los tres guerreros que lo acompañaban, dos mujeres y un hombre, se colocaron detrás de él. Llevaban lanzas, hachas y seax colgados del cinturón.

—Son Asgrim e Idrun —dijo Orka—. Estaba con mi marido y mi hijo cazando en las colinas cuando oímos gritos, fuimos a echar un vistazo y los encontramos asesinados en su granja. —Tiró de la manta.

Muchas de las personas reunidas en el patio contuvieron la respiración.

—¡Ya lo veis! —gritó Guðvarr—. ¡Los vaesen están asesinando en nuestras propias colinas! ¡Necesitamos la fuerza de la reina Helka!

—No han sido los vaesen —le corrigió Orka.

—¿No? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Guðvarr mirándola con suspicacia. La gota de moco había empezado a crecer de nuevo debajo de su nariz—. ¿Eres una bruja seiðr que puede ver el pasado? —Miró a Orka con altivez, como si acabara de ganar un concurso de ingenio.

—No necesito ser una bruja seiðr para reconocer una herida de espada en el corazón cuando la veo —respondió Orka—. Los vaesen cazan con los dientes y las garras, no con espadas de hierro. —Hizo una pausa, mirando el labio torcido por la mueca de desprecio de Guðvarr—. Esperaba de Guðvarr, el feroz drengr, que se diera cuenta de ello nada más verlo. —Orka se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas, pues sabía que solo le acarrearían problemas, pero no le gustaba la expresión de arrogancia y engreimiento de la cara de Guðvarr.

Se oyeron unas risitas en el patio y Guðvarr se puso rojo.

—Unos solitarios viviendo fuera del pueblo… Estaban buscándose problemas —dijo mirando con ferocidad a Orka.

—Asgrim e Idrun no buscaban esto —replicó Orka.

—Y se han llevado a su hijo Harek —añadió Breca con su vocecita aguda.

—Niños raptados —dijo Virk, que había seguido a Orka a través de la multitud—. No es la primera vez que oigo hablar de una cosa así.

Orka miró al pescador con cara de desconcierto.

Guðvarr bajó la escalera de la casa comunal y se detuvo delante de Orka. Ella era más alta y corpulenta, pero él tenía la arrogancia de los poderosos en los ojos, esa convicción de ser mejor, más veloz. Orka sintió un hormigueo en las venas y que sus sentidos se aguzaban. El heraldo de la violencia.

—Si yo digo que estaban buscándose problemas es que se los estaban buscando —aseveró Guðvarr con una voz que salió como un

silbido a través de sus dientes apretados, como una espada que saliera de su funda—. Como estás haciendo tú ahora.

Los tres guerreros que se habían quedado en la escalera dieron un paso al frente y bajaron las manos a las armas.

Orka miró fijamente a Guðvarr y sintió la tensión de los músculos de la mandíbula. Sintió la sangre bombeada en las venas. Oyó voces lejanas dentro de la cabeza, gritos, una imagen le vino a la mente, la de un hacha hundiéndose en un cráneo…

—Estás temblando —observó Guðvarr—. ¿Me tienes miedo? Porque harías bien en temerme.

Orka parpadeó. Vio el temblor de su brazo, de su puño, que se transmitía a su lanza. Miró a Breca, cuyos ojos llenos de preocupación saltaban de su madre a Guðvarr. Respiró hondo.

—Los he traído porque pensé que a la jarl Sigrún le gustaría saber que en sus colinas hay asesinos y ladrones de niños —dijo Orka escogiendo cuidadosamente sus palabras. El corazón le latía con fuerza y la sangre temblaba en sus venas. Decidió controlarse. Intentó controlarse—. Y porque no sabía si Asgrim e Idrun tenían parientes aquí. Deberían ser enterrados bajo un túmulo. Eso sería lo correcto.

Silencio. Guðvarr miró fijamente a Orka. Ella le sostuvo la mirada sin inmutarse. Sintió que el ardor de la emoción la abandonaba y en su lugar se instalaba un frío helador en sus venas. Una parte de ella, recóndita, sabía que eso no era buena señal.

—Mamá —dijo una voz que se filtró a través de la neblina gélida que se había formado dentro de su cabeza—. Mamá, papá ha vuelto —dijo la voz, y algo le tiró de la manga.

—Orka.

La voz de Torkel.

Orka pestañeó, desvió la mirada de Guðvarr y vio a Torkel caminando hacia ella, abriéndose paso por la multitud con la lanza en la mano y el gorro de lana empapado en sudor.

—¿Va todo bien? —preguntó Torkel. Sus ojos saltaron de su mujer a Guðvarr y después a los tres guerreros drengir que se habían detenido en la escalera. Sus cejas negras se juntaron como un nubarrón y su boca compuso una mueca seria. A Orka le pareció que su cuerpo aumentaba de tamaño a medida que la ira crecía dentro de él, y sus ojos dejaron de transmitir preocupación para adquirir una expresión indescifrable y letal.

—Estábamos hablando del túmulo para Asgrim e Idrun —dijo Orka espirando lentamente. Se obligó a sonreír para dar la bienvenida a su esposo y la expresión fría y severa de Torkel se suavizó una pizca.

Guðvarr miró a Orka y luego a Torkel. Orka se fijó en que el

drengr miraba la lanza de su marido, el tamaño y la corpulencia de Torkel.

—Mi marido se quedó para seguir el rastro de los asesinos de Asgrim. Se llevaron a su hijo, Harek.

—¿Los has encontrado? —preguntó Guðvarr.

—No —respondió Torkel.

Los labios de Guðvarr recuperaron la mueca de desprecio que Orka ya consideraba su gesto natural.

—Seguí su rastro hasta un río —continuó Torkel—, uno de los muchos que corren por las colinas y desembocan en el Skarpain. Encontré indicios de tres barcas arrastradas por la orilla. Quienes mataron a Asgrim y a Idrun huyeron por el río.

Guðvarr asintió con la cabeza.

—Lo investigaremos.

Orka pensó en presionarlo, en preguntarle cuántas lanzas lo acompañarían, si llevaría perros, si enviaría gente y barcos río arriba. Sin embargo miró a Torkel y luego a Breca.

«Esta no es nuestra lucha. No es nuestro problema.»

—Volvamos a casa —dijo a su familia, luego dio media vuelta y echó a andar.

CAPÍTULO CUATRO

VARG

Varg entró en la plaza que había delante de la sala de hidromiel, pasó por encima de un charco de sangre coagulada y se detuvo.

Sentía su propio pulso palpitando en los oídos, atenuando todos los demás sonidos, pero veía los rostros sonrientes y las bocas que se movían de la multitud reunida alrededor de la plaza mientras las monedas cambiaban de manos. Una mujer con dos perros lobo a sus pies lo observaba mientras mordisqueaba una manzana. Tenía un cuerpo enjuto y el cabello plateado recogido en una trenza que parecía una cuerda. Una cicatriz blanca le atravesaba un ojo devastado. Llevaba puesta una brynja y empuñaba una lanza; del cinturón le colgaban un hacha y un seax. Parecía demasiado vieja para ser una guerrera, con unas profundas arrugas alrededor de los ojos y de la boca. Cuando sus miradas se cruzaron, sonrió a Varg, pero el gesto, más que tranquilizarlo, le produjo inquietud. Era la clase de sonrisa que se le dedicaba a un loco que creía que podía volar antes de tirarse por un precipicio.

La mujer tiró la manzana, sacó una moneda de una bolsita que llevaba en el cinturón y se la dio a un hombre que estaba de pie a su lado.

Varg se dio cuenta de que estaban apostando sobre cuánto tiempo aguantaría.

Einar se encorvó para susurrar algo al calvo de la barba cana y a la mujer tatuada. Mientras hablaba se limpió la sangre de los nudillos con un trapo y se lo pasó a otra guerrera, una mujer alta y rubia, otro miembro de los Hermanos de Sangre, a juzgar por el escudo negro y la brynja. La mujer cogió el trapo, lo guardó debajo del cinturón y agarró un escudo de madera que estaba apoyado sobre los escalones de la sala de hidromiel. Sus ojos se fijaron en los de Varg y enfiló hacia él para ofrecerle el escudo.

Varg lo miró. Listones de madera de tilo encolados y con el borde reforzado con piel, un umbo en el centro y un asa de madera remachada en la parte posterior.

—Te será más útil si lo usas que si lo miras —dijo la mujer. Su nariz y su barbilla eran largas y delgadas, afiladas como la proa de un drakkar.

Varg negó con la cabeza.

—No lo quiero.

—No seas tonto. ¿Cuánto tiempo crees que aguantarás contra Medio Troll sin él?

Varg volvió a sacudir la cabeza. La verdad era que nunca había tenido un escudo en la mano, así que mucho menos lo había utilizado en una batalla.

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, es tu vida.

—Pero guárdame esto —dijo Varg quitándose la capa. La dobló y se la ofreció a la mujer.

La mujer la cogió, frunció la boca y la dejó caer al suelo.

—Yo no soy una thrall a la que puedas dar órdenes. ¿Cómo te llamas?

—Varg.

—¡No tiene nombre! —gritó Svik.

—¡Ni escudo! —respondió la mujer. Miró de nuevo a Varg—. Ni sensatez —dijo para acabar, y dio media vuelta.

»¡VARG EL INSENSATO DESAFÍA A EINAR MEDIO TROLL POR UN LUGAR EN LOS REMOS Y EN EL MURO DE ESCUDOS DE LOS HERMANOS DE SANGRE! —bramó la mujer mientras regresaba al lado del hombre calvo y de Einar.

La multitud prorrumpió en un rugido cuando Einar entró en la plaza. El gigantón frunció el ceño al ver que Varg no llevaba escudo, pero siguió caminando.

Al verlo de cerca, a Varg le pareció que Einar era aún más grande. Su cara estaba formada por losas de hueso y pelo rojo y sus puños semejaban yunques. Varg se tocó la bolsa que llevaba en el cinturón, lanzó una mirada a la bruja seiðr Vol, que observaba la escena con sus ojos oscuros, y miró de nuevo a Einar.

«Hago esto por ti, Frøya.»

Respiró hondo, sacudió los brazos y las manos y dio unos saltitos sobre las puntas de los pies.

Einar se cernió sobre él y tapó el sol.

—Cuando caigas al suelo, no te levantes —gruñó el gigantón antes de lanzarle un gancho de derecha.

El puño de Einar cortó el aire con un silbido encima de la cabeza de Varg y este asestó una serie de puñetazos en el estómago del gigantón que sonaron como si abofeteara un trozo de carne. Fue como golpear el tronco de un árbol. Einar no dio muestra alguna de haber notado algo. Varg se agachó y se echó hacia la derecha para eludir otro gancho que pasó rozándole la cabeza, luego se acercó a su rival y le dio una patada en la rodilla. El hombre gruñó y su barba se movió

cuando hizo una mueca de dolor.

«Eso sí lo has sentido, ¿eh, grandullón?»

Un puño grande y duro como un martillo voló en dirección a Varg, que amagó con irse a un lado y se fue al otro para, con el aire silbando al lado de su cara, propinarle un puñetazo a Einar en la entrepierna.

Varg había luchado muchas veces, en la granja. La primera vez había sido antes de que le saliera la barba, con el resto de los thrall para conseguir otro cuenco de caldo para Frøya, que estaba tiritando por la fiebre. Luego luchó con más frecuencia, cuando descubrió que era una manera infalible de ganarse en secreto unas monedas o una ración extra de comida. Y finalmente para Kolskegg, cuando su amo se enteró de la velocidad de sus puños y lo obligó a participar en combates contra los campeones de otros propietarios de tierras. Había ganado para Kolskegg un cofre de plata, pero para ello había tenido que enfrentarse con hombres y mujeres más grandes y fuertes que él. Sin embargo, jamás había peleado con un hombre capaz de aguantar un golpe en las pelotas, por muy grande y fuerte que fuera.

El golpe de Varg fue perfecto, un derechazo asestado con las piernas bien afirmadas en el suelo; toda la potencia de sus piernas y de sus caderas se canalizó al brazo flexionado y su muñeca alcanzó su posición óptima en el instante previo al impacto.

Pero la explosión de dolor se produjo en el puño de Varg, se propagó por su muñeca y subió por su brazo. Varg retrocedió tambaleándose. No había sido un impacto en una superficie blanda y dúctil, sino en algo duro como el hierro.

—¡Ja! —Einar sonrió—. Los renacuajos ya lo habían intentado antes. El herrero Jökul me ha hecho una protección —dijo, y a continuación propinó a Varg un puñetazo en la cara como si lo golpeara con un martillo de carne.

A pesar del dolor atroz de la mano, Varg consiguió moverse y el puño de Einar impactó en su hombro en vez de hacerlo en la mandíbula. El golpe lo levantó del suelo y lo envió volando por el aire. Varg aterrizó con un crujido de huesos y rodó por el barro.

Einar enfiló hacia él con determinación.

Varg apoyó una mano en el suelo y se puso de rodillas, con la mano maltrecha apretada contra el costado. Las náuseas le revolvían el estómago. Entonces la bota de Einar impactó en sus costillas y Varg volvió a salir volando, dando vueltas en el aire como si no pesara nada.

El suelo se alzó para acogerlo y Varg se estrelló de cabeza contra el barro. Vio las estrellas. Tenía la visión borrosa y un dolor

insoportable en las costillas. Se obligó a darse la vuelta y apoyó una rodilla en el suelo. Vio que Einar se acercaba de nuevo.

—Te dije que no te levantaras —gruñó el gigantón.

Un sentimiento de rabia floreció dentro de Varg. El espacio delimitado para la lucha era el único lugar donde nadie podía decirle lo que tenía que hacer, donde había sido libre, donde podía dar rienda suelta a la rabia que lo consumía. Ahora esa rabia fluía por sus venas, incandescente.

Varg flexionó las piernas y saltó hacia Einar gruñendo, pasó rodando entre las piernas del gigantón y se puso de pie a su espalda. Le asestó un puñetazo en los riñones con la mano sana y luego una patada en la pantorrilla que obligó a Einar a hincar una rodilla en el suelo.

Se hizo el silencio en la multitud, como si todo el mundo estuviera conteniendo la respiración, y se oyó un rugido ensordecedor.

Einar soltó el brazo hacia atrás y golpeó a Varg en la mandíbula. No fue un golpe fuerte, al menos no lo suficiente para partirle un hueso, pero sí para derribarlo. Medio Troll se puso en pie, con el rostro desencajado por la ira, y levantó una pierna con la intención de aplastar la cabeza de su oponente.

Varg rodó por el suelo, se abrazó al tobillo de Einar cuando la bota del gigantón impactó en el barro y se apretó contra él.

—¡Suéltame, pedazo de mierda! —gruñó Einar sacudiendo la pierna, pero Varg se aferraba a ella. El dolor se había propagado por todo su cuerpo y Varg se deslizaba hacia una región que quedaba más allá de él. Abrió la boca y mordió la pierna de Einar. Atravesó los pantalones y las tiras de lana que envolvían la pierna y clavó los dientes en su pantorrilla.

Medio Troll bramó.

Varg notó el sabor de la sangre y mordió más fuerte.

El alarido se hizo más agudo y Einar de repente se quedó inmóvil. Varg atisbó con un ojo un puño que volaba hacia su cara y mordió aún más fuerte, apretando los dientes.

Dentro de su cabeza se produjo una explosión de luz blanca.

Dolor. Como martillazos en la cabeza. Cuchilladas en el costado. Agujas clavadas hasta el fondo en la mano. Intentó abrir los ojos, pero descubrió que no podía hacerlo.

«¿Estoy muerto? ¿Estoy en el Vergelmir, en la cámara de Lik-Rifa? ¿O algún espíritu malvado me ha cosido los párpados?»

Más dolor, en todo el cuerpo, pero sobre todo en la cabeza, en las

costillas y en la mano. Un sonido, un rumor de agua. Gruñó y vio su esfuerzo recompensado con un montoncito de arena en la boca. Se dio la vuelta para tumbarse bocarriba, levantó la mano sana para palparse los ojos y notó una costra pegajosa. Sangre seca. Se frotó los ojos y consiguió entreabrirlos.

La luna y las estrellas eran una mancha espectral en el cielo negrísimo.

«Así que estoy vivo.»

Por un momento no recordó nada; no tenía ni idea de dónde estaba ni de lo que le había pasado.

Se pasó la lengua por los dientes y los labios agrietados y notó el sabor a sal y a hierro. Escupió sangre a la arena.

«No es solo mi sangre.»

Recordó un sonido fragmentado, un hombre que gritaba de dolor.

Apareció una imagen en su cabeza, un puño enorme que se dirigía a toda velocidad hacia él.

Entonces los recuerdos se precipitaron como si hubiera reventado una presa.

«Einar Medio Troll, los Hermanos de Sangre…»

Se incorporó y vio que estaba sentado en una orilla de arena negra. A su espalda, el viento pasaba silbando entre las ramas de los árboles. Un millar de luces centelleaban en Liga y un resplandor, como del fuego agonizante de una hoguera, alcanzaba el cielo encima de la ciudad, todo ello cercado por la empalizada que rodeaba Liga. Las naves crujían y cabeceaban fondeadas en el fiordo y la luna y las estrellas transformaban el agua negra en plata fundida.

Se palpó las partes del cuerpo que más le dolían. Las costillas, una mano sobre la túnica de lana. La piel estaba intacta, solo era el dolor con el contacto. Probablemente tendría una o dos costillas rotas. Se miró la mano maltrecha; los nudillos estaban de un morado negruzco en la oscuridad de la noche, e hinchados. Intentó cerrar la mano, pero el dolor y la hinchazón lo detuvieron. Luego se llevó la mano sana a la cara. Tenía un tajo en el ojo cubierto por una costra de sangre seca y todo ese lado de la cara hinchado. La mandíbula le palpitaba. Un diente bailaba dentro de su boca.

Acarició con las yemas de los dedos el collar de hierro.

Pánico.

«¡La llave! ¡La capa!»

Se levantó tambaleándose, haciendo caso omiso al dolor, y se palpó todo el cuerpo. Descubrió con alivio que la bolsita seguía colgada del cinturón. Aflojó con dedos torpes el cordón de cuero y

soltó un largo suspiro cuando vio que el contenido seguía allí.

«Pero mi collar de thrall…»

Y entonces reparó en una sombra más oscura en la arena negra; era su capa de lana, cuidadosamente doblada. Se agachó, la recogió y buscó en los bolsillos secretos. Notó algo pesado y frío…, el cuchillo que le había dado el vendedor; en el mismo bolsillo estaba la bolsa con las monedas, intacto, a juzgar por su peso; y luego encontró la llave.

Permaneció inmóvil un largo momento mientras lo inundaba la sensación de alivio. Luego introdujo la llave en la cerradura utilizando una sola mano y por fin oyó el clic cuando la llave giró. El collar se abrió con el chirrido de las bisagras oxidadas por el sudor y lo guardó en el bolsillo de la capa junto con la llave.

Caminó con paso inseguro hasta la orilla del fiordo, se arrodilló, formó un cuenco con las manos y bebió el agua gélida a pequeños sorbos. El agua pasó por su garganta y llegó a su estómago como si fueran esquirlas de hielo, dolorosamente afiladas y refrescantes. Se echó agua en la cara y estuvo un rato intentando limpiarse la sangre. Luego sacudió la cabeza y roció el aire con gotas de agua. Llenó una cantimplora que llevaba en el cinturón y se puso en pie, tiritando. Se ciñó torpemente la capa a los hombros, la abrochó y enfiló pesadamente hacia el bosque.

Ascendió por una suave cuesta a través de los pinos. Cuando había andado cuarenta o cincuenta pasos perdió de vista el resplandor del fiordo que dejaba atrás. La luz de la luna se filtraba por las ramas de los árboles desde lo alto y moteaba el suelo de plata. Se puso de rodillas y apartó con las manos las hojas secas del suelo hasta que tuvo un círculo de tierra dura. Luego fue a buscar algo con lo que encender un fuego. Regresó con una brazada de leña y la depositó en el espacio que había limpiado. Abrió la bolsa donde llevaba las herramientas para encender fuego y sacó una piedra, un pedernal y un puñado de ramitas secas y se puso manos a la obra. Enseguida empezó a soplar suavemente las primeras chispas para hacer brotar las llamas.

Era bueno mantenerse ocupado, ya que la desesperación empezaba a apoderarse de él.

Había fracasado.

Se sentó, estiró las manos hacia el fuego para intentar derretir el hielo de los huesos y miró fijamente las llamas.

«Lo siento, Frøya.»

Sintió cómo crecía la pena que había encerrado en un recóndito lugar de su mente, de su corazón, detrás de unos sólidos muros. Una desesperación que semejaba hielo golpeaba y tiraba abajo esos muros.

Sepultó la cabeza entre las manos y el llanto comenzó a formarse en su pecho y ascendió imparablemente por su garganta. Su hermana. Su única amiga.

No guardaba el menor recuerdo de su padre ni de su madre, solo lo que le había contado Kolskegg, que los había comprado a Frøya y a él cuando eran niños. Kolskegg le había dicho que sus padres se los entregaron a cambio de una hogaza de pan y una docena de huevos de pato cuando Varg tenía cinco años y Frøya cuatro. Habían pasado toda su vida como thrall, y cada uno de los hermanos había sido el único consuelo y el único apoyo del otro. Varg puso la mano en la bolsa que colgaba de su cinturón.

«Y ahora está muerta y yo no sé cómo vengarla.»

Al cabo de un rato, Varg levantó la cabeza y se frotó los ojos. Se estremeció por el dolor.

«Esto no ha terminado aún —se dijo—. He llegado demasiado lejos para rendirme ahora. Tiene que haber un galdramaðr o una bruja seiðr en algún lugar de Vigrið dispuesto a ayudarme a cambio de unas monedas. Daré con él, esté donde esté. Y si no lo encuentro en Vigrið cruzaré el mar hasta Iskidan y buscaré por todos los Reinos Rotos hasta que encuentre a alguien que me ayude. Nada me detendrá.»

Respiró hondo y el aire entró a ráfagas en sus pulmones. Empujó los recuerdos para sepultarlos en un rincón profundo y oscuro.

Una rama crujió entre los árboles.

Varg se levantó instintivamente y saltaron chispas del fuego cuando lo pisoteó para intentar apagarlo. Se quedó inmóvil, escuchando, escudriñando la oscuridad impenetrable.

Un gruñido grave y retumbante.

Una figura emergió del sotobosque. Era un hombre arrastrado por un perro que tiraba de la correa. Aparecieron otras figuras detrás de él. El perro saltó hacia Varg.

Varg se apartó y estiró un brazo para quitarse de encima el animal. La fuerza del golpe lo arrojó contra el tronco de un árbol y el perro fue a caer encima del fuego. Se produjo otra erupción de chispas y el pelo del animal se prendió.

—¿Creías que podrías escapar de nosotros para siempre? —espetó una voz femenina. Una mujer apareció de detrás del hombre que sujetaba el perro y apuntó con una lanza el pecho de Varg.

Varg se apartó del árbol y hurgó en su capa. La lanza se clavó en el tronco. Varg sacó el cuchillo del vendedor de Liga y partió el asta de la lanza. La mujer blandió la mitad del asta que seguía en su mano como si fuera una porra y trató de atizar a Varg en la cabeza, pero este esquivó el golpe al mismo tiempo que deslizaba el filo del

cuchillo por el cuerpo de su agresora. Se oyó un alarido. La mujer se llevó las manos al costado y se derrumbó sobre las rodillas.

El perro se revolvía en el suelo, gañendo y con el pelaje envuelto en llamas. El hombre que lo sujetaba se quitó la capa y envolvió con ella al animal para intentar sofocar el fuego. Surgieron otros hombres de la penumbra, tres, cuatro por lo menos… Era difícil precisarlo a oscuras, pero Varg vio que todos empuñaban lanzas. Miró a su alrededor con desesperación y echó a correr hacia un hueco que divisó entre los árboles. Sintió un golpe en las pantorrillas y se tambaleó. Intentó mantener el equilibrio, pero tropezó con una raíz y sus rodillas cedieron. Apoyó una mano para parar la caída y soltó un grito desgarrador cuando sintió la punzada de dolor en la mano maltrecha.

Recibió otro golpe en la espalda que lo tiró de bruces al suelo. La boca se le llenó de hojas de pino y de tierra. Se dio la vuelta y arremetió con el cuchillo. Notó que la hoja se clavaba en una pierna y oyó otro alarido. Un hombre cayó al suelo a su lado y el cuchillo clavado en su pierna escapó de la mano de Varg.

Un pie lo golpeó en el pecho cuando intentó levantarse y otro hombre le pisó la muñeca. Varg gruñó e intentó darse la vuelta, pero el asta de una lanza lo aporreó en la frente y volvió a estamparse contra el suelo del bosque. Tenía sangre en los ojos. La punta de una lanza sobrevoló su garganta. Otro hombre le pisaba la otra muñeca para inmovilizarlo en el suelo.

Varg alzó la mirada, resollando y con la cabeza palpitante.

—¿Creías que no te encontraría? —dijo el hombre que se cernía sobre él. Las llamas temblorosas iluminaban su rostro, que era fuego y sombra. Era un hombre corpulento, con la barba negra y una cicatriz que le cruzaba el labio y fijaba en su boca una mueca de desdén permanente.

—Leif —espetó Varg—, no deberías haberme seguido.

—¡Ja! —gruñó Leif—. Tendrías que haber corrido más rápido y más lejos para escapar de mí después de lo que le hiciste a mi padre. Lo mataste como a un animal. Solo pude reconocerlo por la cadena.

Varg no lo recordaba. Una neblina roja ofuscaba su mente mientras mataba a Snepil, y cuando volvió en sí estaba sentado en el suelo, aturdido, rodeado de sangre y de la carnicería.

—Has perdido el collar, Varg el thrall —dijo Leif.

—No soy un thrall —gruñó Varg. Respiró hondo a pesar del dolor —. Tu padre me engañó. Gané mi libertad y él rompió su promesa. Soy un hombre libre, igual que tú.

Uno de los hombres que lo inmovilizaban le dio una patada en la

cara y Varg escupió sangre.

Leif rio.

—Eres Varg el thrall, y ahora eres mi thrall. Eres de mi propiedad. Me perteneces. A mí, Leif Kolskeggson, hijo del hombre al que asesinaste. —Leif lanzó una mirada a uno de los hombres que tenía al lado—. Ponle un collar y encadénalo como a un perro. —Apoyó la punta de la lanza en el pecho de Varg, la deslizó por su torso y trazó una línea de sangre sobre las costillas con el filo del arma—. Me gustaría desangrarte, pero la muerte sería un regalo para ti.

Leif clavó la lanza en el suelo y se sentó en cuclillas al lado de Varg. Lo registró por si acaso llevaba armas encima. Cuando hurgó debajo de su capa sonó un tintineo y sacó la bolsa con las monedas.

—Robadas a mi padre, sin duda —dijo Leif, y escupió en la cara a Varg—. Voy a encadenarte a mi caballo y te arrastraré hasta la granja —añadió lentamente, saboreando cada una de las palabras que salían de su boca con el leve temblor de la ira—. Una vez allí, haré que te azoten hasta que no puedas tenerte en pie. Hasta que vea tus huesos. Y luego te pondré a trabajar otra vez. Para mí. Ganarás dinero para mí hasta el final de tu asquerosa y miserable vida.

Varg se revolvió y se agitó hasta que liberó una mano. Le cayó una lluvia de patadas y encogió el cuerpo. Se quedó inmóvil en el suelo, resollando.

—¡Mi pierna! —gimoteó una voz cerca de él. Era el hombre a quien Varg había atacado con el cuchillo. La hoja seguía hundida en su pierna.

—Ese thrall cabrón me ha roto las costillas —jadeó otra voz. Era la mujer, que estaba sentada con la espalda apoyada en un árbol y una mano apretada contra una herida negra y brillante que tenía en el costado.

Leif se puso de pie, se acercó al hombre y se agachó a su lado, agarró el mango de madera del cuchillo y lo extrajo de la pierna del guerrero herido, quien profirió un alarido estridente.

—Orl, ocúpate de sus heridas —ordenó al hombre que seguía sentado junto al fuego, tranquilizando al perro. El animal gimoteaba; las llamas se habían extinguido y tenía algunas partes del pelaje carbonizadas.

Orl se levantó y lanzó una mirada de consternación a Varg mientras caminaba hacia los guerreros heridos. Era un hombre viejo, con el cabello cano ralo y lacio, y llevaba puesto un collar de hierro.

—Has herido a mi chica —murmuró hacia Varg mientras sacaba un cuchillo y se arrodillaba junto a la mujer herida para cortar la túnica y limpiarle la herida. El perro lo siguió renqueando.

Leif sopesó el cuchillo.

—Asesinaste a mi padre —dijo, y cortó el aire con el cuchillo—. Mataste a tres hombres libres. —El aire silbó cuando lo cortó otras dos veces con el cuchillo—. Ahora has herido a dos de mis hird. —Apuntó con el cuchillo a Varg—. Estoy pensando que recibirás una parte de tu castigo ahora. Así tendrás algo en lo que pensar durante el viaje de vuelta a la granja. —Miró a los dos hombres que estaban de pie junto a Varg—. Estiradle un brazo y sujetadlo fuerte.

Varg miró a Leif y luego a los dos hombres cuando uno de ellos le agarró la mano mientras el otro le torcía el otro brazo para pegárselo a la espalda.

«¡Va a cortarme la mano!»

Varg se lanzó contra los hombres, revolviéndose y pataleando, pero el que tenía a su espalda lo sujetaba con fuerza y sintió un dolor atroz en el hombro, como si su brazo estuviera a punto de romperse. Se dejó caer, jadeando.

—No te preocupes. Cuando lleguemos a la granja Orl te tallará un brazo de madera para que puedas trabajar —dijo Leif frunciendo la boca.

Detrás de Leif sonó un crujido de ramas. Leif se dio la vuelta y todos clavaron la mirada en la oscuridad.

Un hombre salió de entre los árboles. Era alto y corpulento, con la cabeza afeitada y una barba cana. Una cota de malla destelló a la luz de la luna. Empuñaba con las dos manos, como si fuera un bastón, una larga hacha barbuda. Aparecieron unas sombras detrás de él, unas manchas más oscuras. La mujer del pelo plateado surgió de la penumbra flanqueada por la pareja de perros lobo. Los animales gruñían con el pelo del lomo erizado.

—Soltadlo —dijo el hombre de la barba cana.

Leif levantó el cuchillo.

El hombre de la barba cana se movió con tal velocidad que Varg no fue capaz de seguirlo con la mirada y en un abrir y cerrar de ojos Leif se plegó por la mitad y el cuchillo cayó al suelo. Los hombres que sujetaban a Varg se pusieron en movimiento rápidamente, agarraron las lanzas y atacaron al hombre de la barba cana mientras Leif tosía y sufría arcadas arrodillado en el suelo.

Los perros lobo se abalanzaron sobre los hird de Leif, apresaron con los dientes la pierna de uno de ellos y lo derribaron.

Se oyó un crujido de troncos partidos. Einar Medio Troll salió del bosque y de un puñetazo lanzó volando por el aire a través de las ramas a uno de los guerreros de Leif, que desapareció en la oscuridad. Otra figura adelantó como un rayo al hombre de la barba gris; era

Svik, el hombre delgado y pelirrojo con el que Varg había hablado al llegar a la sala de hidromiel. Tenía el rostro desencajado y empuñaba un seax cuya fría hoja de hierro resplandecía. Svik esquivó una lanza que se dirigía hacia él, se acercó al que la empuñaba y deslizó el filo del seax por el asta. Se oyó un grito y unos dedos seccionados cayeron al suelo. La lanza también cayó y Svik agarró al guerrero que chillaba por la túnica de lana y le asestó un cabezazo. El guerrero se derrumbó con un gorgojeo.

Se hizo el silencio en el claro, solo roto por las respiraciones, el viento en los árboles y los gruñidos de Leif. Varg miró fijamente al hombre caído, demasiado aturdido para moverse, arrodillado, con una mano apoyada en el suelo y la otra en la entrepierna. Le caía la saliva de la boca. Orl se sentó recostado contra un tronco con los ojos como platos. Su perro gruñía a los recién llegados.

Svik se acercó con paso resuelto a Orl y lanzó un gruñido grave y animal al perro, que metió la cola entre las piernas, gimió y se acurrucó contra Orl.

Svik rio mientras se limpiaba la sangre de le frente y de la trenza de la cabeza.

El hombre de la barba gris pasó junto a Leif y se detuvo al lado de Varg.

—Es… mío —balbuceó Leif—. Es mi thrall. Es mi veregildo legítimo. Debe responder por… asesinato.

—No —espetó el hombre de la barba cana con una voz áspera como la grava—. Ahora es un Hermano de Sangre.

CAPÍTULO CINCO

ELVAR

—¡Remad, pandilla de niðing, cobardes zurullos de troll! —bramó Sighvat al mismo tiempo que marcaba el ritmo golpeando un barril con un trozo de cuerda anudado.

Elvar apretó los dientes y tiró del remo. Los músculos de su espalda y de sus hombros protestaron. Una ola levantó el drakkar, el dragón de la proa apuntó al cielo de pizarra y el remo de Elvar hendió el agua. Sintió una ausencia de peso en la boca del estómago cuando perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse del baúl. La proa volvió a caer y escindió las olas salpicadas de hielo. Una explosión de espuma marina sobrepasó los costados del barco y el viento la arrojó contra la espalda de Elvar como si fuera granizo. Se limpió con la manga el aguanieve y se apartó un mechón de pelo rubio de la cara, corrigió la posición del remo, encontró el ritmo y se encorvó para remar, concentrada en el movimiento, en la sensación de abrasamiento que recorría hasta la última fibra de sus músculos cuando se contraían y se dilataban. Delante de ella, la ancha espalda de Grend llenaba todo su campo visual, con los mechones canos de su cabello oscurecidos por el sudor y el agua salada. Delante de Grend estaba Sighvat con su enorme barriga, marcando el ritmo, aunque Elvar solo lo atisbaba cuando se lo permitía el balanceo del cuerpo de Grend. Y detrás de Sighvat, de pie en la popa, estaba Agnar, su jefe. Estaba riendo como si fuera el día de su onomástica, con la barriga llena de hidromiel y la trenza de pelo rubio agitada por el viento. Sus manos aferraban la caña del timón mientras luchaba contra los elementos para guiar el *Jarl de las olas* a través de dos promontorios curvos y dejaban a la espalda el mar abierto y las nubes radiantes.

—¡REMAD! —volvió a gritar Sighvat, y cincuenta remos se hundieron en el espumoso mar, las espaldas se encorvaron y los músculos se tensaron mientras el barco se abría paso por las olas.

—¡PLAYA! —gritó una voz desde la proa del drakkar.

Elvar sintió una explosión de fuerzas renovadas al oír ese grito, pues contenía la esperanza de que pronto cesarían la fatiga y el dolor de los músculos. Había sido bastante fácil encontrar la isla de Iskalt, reconocible por las venas rojas de fuego que brillaban en las entrañas de la montaña que dominaba la isla, pero más difícil había sido dar con una playa donde desembarcar. Elvar se encorvó y tiró, se encorvó

y tiró.

De algún lugar detrás de ella le llegaron fragmentos de la cantinela de Kráka, la thrall corrompida que empleaba su magia oscura para mantener las serpientes y otros vaesen marinos lejos del casco de su drakkar.

Una punta negra de roca granítica apareció a su izquierda. Las focas y los frailecillos instalados en ella observaban la nave con el dragón en la roda que se deslizaba ante ellos. Elvar notó que las aguas se calmaban alrededor del *Jarl de las olas*, como obedeciendo a algún encantamiento rúnico. Los remos encontraban menos resistencia a medida que entraban en aquel puerto natural, las olas se aplacaban y una ancha estela de espuma blanca se extendía detrás de ellos. Agnar bramó una orden a Sighvat.

—¡MEDIO TIEMPO! —gritó Sighvat ralentizando el ritmo con el que golpeaba el barril.

Elvar aminoró la velocidad de las paladas y sintió que la agitación bullía en su interior y se mezclaba con el cansancio.

«Hemos llegado.»

Otro grito de Agnar.

—¡DENTRO REMOS! —ordenó Sighvat. Dejó de aporrear el barril, enfiló con determinación por la cubierta y pasó junto a Elvar de camino a la proa.

Elvar entró el remo por la porta. En torno a ella se oyó el sonido de la madera golpeada cuando los remeros depositaron los remos en sus soportes y giraron la tapa de la porta. Se produjo un chirrido de madera cuando el *Jarl de las olas* se deslizó a lo largo de un embarcadero de madera, rozándolo. Agnar ató la caña y se paseó por la cubierta bramando órdenes.

Elvar se puso en pie, se estiró y oyó el crujido de los huesos de su cuello y de su espalda. Luego abrió su baúl, desenrolló un trozo de piel de oveja y sacó la brynja. Las anillas de hierro resplandecieron por la grasa de la piel de oveja que protegía de la oxidación su valiosa cota de malla. Con la facilidad debida a los años de práctica, levantó la cota de malla, introdujo los brazos en ella y después se la puso encima de la cabeza. Una sacudida y una contorsión y la cota de malla se deslizó por sus hombros y su torso. Se puso un cinturón fino para descargar una parte del peso de la brynja de los hombros y sacó del baúl el cinturón de las armas, del que colgaban una espada, un seax y un hacha. Desenvainó un palmo de la espada para asegurarse de que no estuviera atascada y la dejó caer de nuevo en el interior de la funda. Era una costumbre que había aprendido de Grend y que repetía desde que puso por primera vez las manos alrededor de la

empuñadura de una espada. Finalmente sacó del baúl el gorro de lana basta y se cubrió la cabeza con él. A continuación levantó el yelmo, unas bruñidas placas de hierro con franjas y una cortina de malla para proteger el cuello. Ajustó el casco para tener una visión óptima a través de los orificios para los ojos y se lo abrochó. Sonrió a Grend mientras este seguía el mismo procedimiento y giraba los hombros para colocarse la brynja. Él la miró sin que su rostro surcado de arrugas y severo trasluciera emoción alguna, lo cual provocó que la sonrisa de Elvar se ensanchara. Elvar fue entonces a buscar el escudo, que estaba encajado en un soporte que se extendía a lo largo de la regala. Lo sacó, deslizó la mano por el asa de madera y su puño se acomodó detrás del umbo. Después se acercó al soporte donde estaban las lanzas, cogió la suya y esperó las órdenes de Agnar, ansiosa por desembarcar.

Agnar estaba gritando unos nombres, diez o doce, de aquellos que se quedarían a bordo para custodiar el barco. Luego ordenó al resto que desembarcaran y todos, Elvar y Grend entre ellos, saltaron por la borda al embarcadero de madera en el que Sighvat había amarrado la embarcación.

El viento impelía algunos copos de nieve mezclados con el aguanieve. El cielo estaba cubierto de nubes hinchadas. Elvar miró alrededor y vio que el embarcadero conducía a una playa de guijarros. Había redes de pesca tendidas entre postes, secándose o esperando a ser reparadas, y nasas para cangrejos apiladas delante de un puñado de ahumadores. El casco viejo y podrido de un barco yacía abandonado, y los charranes y las gaviotas posados encima de él observaban a los recién llegados. La playa ascendía abruptamente y los guijarros daban paso a la tierra. Sobre un cresta que dominaba la playa había hacinadas un par de docenas de casas de las que salían unas delgadas columnas de humo que desaparecían en el cielo cargado de nieve. Al otro lado de las casas daba comienzo un bosque de álamos y abedules, y entre las copas de los pinos se vislumbraban más edificios achaparrados. El terreno se alzaba en colinas que rápidamente se transformaban en impresionantes precipicios con las paredes de granito afiladas como dientes, que ascendían hacia la cima de la montaña de fuego de la isla. Unos delgados tentáculos rojos que relumbraban en la roca oscura como si fueran el fuego de una forja estriaban los precipicios.

En el pueblo había movimiento. Gente envuelta en pieles salía de las casas para mirarlos. Algunos corrían, otros empuñaban lanzas y arcos de caza.

«Odio los arcos —pensó Elvar, y escupió al embarcadero

torciendo los labios—. Es un arma de cobardes. ¿Cómo va a ganar fama en la batalla un guerrero matando de lejos?»

Elvar levantó el escudo rojo, con una espada, un hacha y una lanza entrecruzados pintados encima de él.

—¡Por los dioses muertos, qué frío! —masculló Biórr sonriendo a Elvar, con el escudo terciado a la espalda. Pateó el suelo y se sopló una nube de vaho en las palmas de las manos.

Elvar le lanzó una mirada, vio el interés en sus ojos y miró a otro lado.

—Hace buen día —dijo. En realidad sentía que el frío de un cadáver se filtraba en su cuerpo y que sus músculos estaban helándose, silenciosos como la muerte.

El *Jarl de las olas* crujía a su lado, cabeceando perezosamente sobre el resplandeciente mar negruzco salpicado de hielo. Tan al norte, la primavera solo era algo que se conocía de oídas.

—¡Elvar, Grend, venid conmigo! —gritó Agnar.

Los guerreros se apartaron para dejar pasar a Elvar, que enfiló con la cabeza levantada, consciente del honor que Agnar estaba reservando para ella, la más joven de su banda.

«La más joven y la más feroz», se dijo Elvar. Y no era una afirmación baladí, teniendo en cuenta el gesto despiadado de los guerreros que iba dejando atrás, todos ellos plagados de cicatrices de batalla y armados hasta los dientes. Paseó la mirada por el *Jarl de las olas* y vio que los guerreros que quedaban a bordo custodiando la nave la miraban fijamente. Kráka estaba sentada en la proa, con el cabello negro empapado en sudor y agua del mar pegado a la cabeza como si fueran las alas plegadas de un cuervo. Su collar de thrall y la cadena tintinearon cuando se movió para mirar a la joven guerrera. Uno de los vigilantes de la nave le dio una patada y Kráka se estremeció y levantó las manos. Elvar miró a otro lado.

Agnar estaba esperándola. Llevaba una piel de oso negra encima de la cota de malla, un torques de plata alrededor del cuello y un gran número de brazaletes en los brazos. Empuñaba un escudo en una mano y tenía la otra apoyada en la espada que le caía sobre la cadera. De su cinturón colgaba una tira de lana deshilachada y cubierta de sangre seca. Una gruesa franja de pelo rubio, recogido en una trenza de guerrero, recorría la parte central de su cabeza, por lo demás afeitada. Se puso el yelmo y se lo abrochó antes de que Elvar llegara hasta él.

Sighvat miraba torvamente detrás de Agnar, con la cota de malla ceñida a su voluminoso cuerpo y un hacha barbuda prendida del cinturón. Llevaba un saco de cáñamo colgado de un hombro y en la

otra mano aferraba una cadena en cuyo extremo había un hombre bajito y rechoncho que temblaba con el cuerpo encogido, envuelto en una capa de piel de foca. Tenía el cabello largo y lacio y sus ojos hundidos eran dos pozos negros.

—Acompáñame —ordenó Agnar a Elvar cuando esta se detuvo delante de él. Luego dio media vuelta y enfiló con determinación por el muelle, con Sighvat arrastrando al thrall encadenado y Elvar y Grend a su espalda.

Agnar se llevó un cuerno a los labios y lo tocó. El viento transportó el sonido, que retumbó como un lamento en la playa.

Los guijarros crujieron bajo las botas de Elvar cuando abandonaron el muelle para adentrarse en la playa. Una muchedumbre se congregó ante ellos.

—¡Somos los Terrores de la Batalla! —bramó Sighvat con su voz cavernosa—. ¡Somos asesinos de vaesen, cazadores de corrompidos, cosechadores de almas! ¡Si no habéis oído hablar de nuestra fama en la batalla, estaremos encantados de haceros una demostración!

Se oyeron gruñidos y risas entre los guerreros que Elvar tenía a su espalda.

La multitud que se había formado delante de ellos, unos sesenta o setenta habitantes del pueblo envueltos en pieles de foca y con algunos niños aferrados a las piernas de los adultos, cuchicheaba. Había otros que observaban la escena desde las puertas de sus casas. Entre el gentío se atisbaban lanzas, algunas apuntando a los recién llegados. Elvar vio también arcos flechados y la duda en los ojos de aquellas personas, que parecían al borde de la violencia. Superaban en número a los Terrores de la Batalla, tenían unos cuerpos enjutos y un aspecto despiadado. Elvar sabía que solo los más fuertes podían sobrevivir tan al norte, donde el mundo parecía unir fuerzas contra los vivos y los vaesen eran más osados. Sin embargo, por muy duras que fueran aquellas gentes, no eran los Terrores de la Batalla, guerreros esculpidos y curtidos en la guerra y en la sangre. Elvar solo vio un puñado de escudos y ninguna cota de malla entre las personas que se apiñaban delante de ellos.

—Vigílalos con tu vista de halcón —le dijo en voz baja Agnar cuando se detuvo en la playa.

Elvar, Grend y Sighvat se quedaron detrás de él y el resto de la banda de guerreros se desplegó a ambos lados.

—¡ESCUDOS! —gritó Agnar.

Elvar oyó a su espalda el estrépito de las armas de madera de tilo golpeadas unas contra otras y el rumor y el crujido de las botas que se desplazaban por los guijarros mientras la línea se apretaba.

—Hay un hombre con vosotros —gritó Agnar—. Se llama Berak. Es alto y grande como un granero. Tiene cicatrices en un lado de la cara. Lo acompañan una mujer y un niño. Debió llegar hace dos o tres días. Entregádnoslo y vuestra sangre no manchará esta playa.

Elvar observó los rostros de los habitantes del pueblo y vio orgullo y hostilidad en algunos, ira en otros.

Agnar sacó el andrajoso trozo de lana del cinturón y lo sostuvo en alto.

—Lo encontraré con vuestra ayuda o sin ella. Mi thrall hundur conoce su olor. No escapará. —Agnar lanzó el trozo de lana ensangrentado al hombre que había al final de la cadena de Sighvat, que lo miró como si estuviera envenenado.

Sighvat tiró de la cadena que rodeaba el cuello del thrall.

—*Hlýð* —gruñó Agnar, y una serie de venas rojas temblaron en el collar del thrall.

El thrall gimoteó, recogió el trozo de lana del suelo y sorbió por la nariz y resopló con la cara hundida en él.

—La decisión de ayudar o de estorbar es vuestra —continuó Agnar. Paseó la mirada por la gente, sacó una bolsa llena de monedas del cinturón y la lanzó a los pies de los lugareños—. Tenéis que decidir entre prosperar y morir. —Agnar se encogió de hombros como si no le interesase la decisión que finalmente tomaran.

Un hombre alto salió de la multitud, envuelto en pieles y en una piel de foca. Empuñaba una lanza y en el cinturón llevaba un cuchillo largo con la empuñadura tallada en un diente de morsa. Su barba estaba recogida en una multitud de trenzas enhebradas en anillos de hueso.

—Soy Hrut, el jarl de Iskalt —declaró el hombre.

«¡Un jarl! —pensó Elvar mirándolo de arriba abajo—. ¿Dónde están el oro y la plata? ¿Dónde están tu espada y tu cota de malla? ¡No te dejarían entrar ni en la letrina de un verdadero jarl de tierra firme!»

—Y no sé de ningún Berak que viva en mi isla —añadió Hrut.

—Sí que lo conoces —respondió Agnar—. Lo que quizá no sepas es que está ¡CORROMPIDO! —Dijo esta última palabra gritando y echando saliva por la boca—. Los dioses lo han tocado y solo traerá sangre y muerte a vuestras vidas. No lo protejas.

Elvar advirtió movimiento en las últimas filas de la multitud. Un hombre alto con una lanza y una capa confeccionada con pieles de zorros blancos extendida sobre los hombros se agachó para hablar con la niña que estaba a su lado, que no podía tener más de siete u ocho años. La niña asintió, echó a correr por la playa y desapareció entre

las cabañas.

—Allí —le dijo Elvar a Agnar señalando con la lanza a la niña que corría como un rayo.

Agnar avanzó con paso resuelto con la intención de rodear a Hrut, pero este dio un paso a la derecha para interponerse en su camino.

Agnar se detuvo y lanzó una mirada por encima del hombro hacia Elvar.

—Sigue a la niña —ordenó Agnar. Luego desenfundó la espada y la sangre roció el aire. Era un movimiento que Elvar practicaba todos los días para transformar la extracción de la espada en un golpe en diagonal, de izquierda a derecha. Agnar escondió la maniobra detrás del escudo, y los ojos de Hrut solo mostraron que el jarl se había dado cuenta de lo que estaba pasando cuando vieron el destello del acero. El jarl dispuso de un instante para mover la lanza y apartarse, pero la espada de Agnar atravesó el asta de la lanza y la punta de acero se abrió paso por la barba de Hrut y le rajó el mentón y el labio inferior. La sangre roció el aire y volaron dientes.

Hrut lanzó un alarido de dolor y de rabia y Agnar se abalanzó sobre él con el escudo levantado y asestando golpes con la espada.

La multitud que se agolpaba detrás de Agnar gritó indignada y muchos calaron las lanzas y se lanzaron hacia la reyerta. Las flechas surcaron silbando el aire.

Elvar echó a correr y pasó junto a Agnar y Hrut mientras oía el grito de batalla de los Terrores de la Batalla a su espalda y el ruido de sus armas golpeando los escudos. También sonó detrás de ella el crujido de los guijarros pisoteados por unas botas que la seguían, pero Elvar no tuvo que mirar atrás para saber que era Grend. La joven guerrera rodeó la muchedumbre que tenía toda su atención puesta en Agnar y en Hrut y corría para defender a su jarl. Un hombre con el arco flechado salió del gentío por un costado y disparó a los Terrores de la Batalla. Desde la playa llegó un grito. Elvar cambió bruscamente de dirección y el lugareño del arco solo la atisbó un instante antes de recibir su embestida. El umbo del escudo de Elvar se hundió en un lado de la cabeza del arquero, que cayó al suelo como una vela cortada.

Elvar se quedó parada junto al hombre y buscó con la mirada a la niña. Divisó el punto por el que había desaparecido entre las cabañas que había en la playa y echó a correr hacia allí.

Advirtió un movimiento a su derecha e instintivamente se agachó e inclinó el cuerpo hacia un lado al mismo tiempo que se contorsionaba para colocar en posición el escudo.

La hoja de una lanza se deslizó por su brynja haciendo saltar

chispas. Elvar golpeó el asta de la lanza con el borde del escudo y la mujer que lo empuñaba retrocedió tambaleándose. Elvar arremetió con la espada y la hoja se hundió en el hombro y la espalda de la mujer atravesando pieles y cuero. La sangre salió a borbotones y la mujer chilló y se derrumbó sobre una rodilla. Blandió el asta de la lanza con la intención de desjarretar a Elvar, pero entonces su cabeza explotó reventada por el hacha de Grend. La lanza cayó repicando sobre los guijarros. Grend gruñó mientras extraía el hacha y la sangre y los sesos de la mujer le rociaron la cara. Los dos guerreros se miraron y luego Elvar salió disparada. Atisbó a Sighvat y al thrall, que seguían a Grend. También a Biórr.

Elvar se adentró entre las casas y buscó algún indicio de la niña que había huido de la playa. Se detuvo y contuvo la respiración para escuchar. El viento arrastraba hasta ella los gritos que se producían a su espalda y el estrépito de los metales que chocaban. Se abstrajo de ese ruido y oyó unos susurros, entre ellos los de una voz grave, casi un gruñido. Echó a correr. Atravesó serpenteando una maraña de casas, rodeó unas redes de pesca tendidas para ser reparadas y llegó a una puerta que oscilaba sobre una bisagra. Era una cabaña con la estructura de madera situada al final del pueblo, con la paredes de zarzo y barro seco. Por su tamaño daba la impresión de que dentro solo había una estancia. Elvar enfiló despacio hacia la casa, con el escudo levantado. Se asomó por la puerta abierta para echar un vistazo al interior penumbroso y vio el resplandor débil de un fuego. Grend llegó a su lado y Elvar le indicó con un gesto que rodeara la cabaña para ir a la parte de atrás. Grend asintió con la cabeza y se marchó. Elvar empujó con el pie la puerta, con la fuerza suficiente para aplastar con ella a quien pudiera estar escondido detrás de ella, e irrumpió en la cabaña con el escudo y la lanza levantados. Giró el cuerpo para encarar a un posible agresor que pretendiera atacarla por la espalda.

La cabaña estaba vacía.

Las llamas oscilaban en el hoyo para el fuego excavado en la tierra dura en el centro de la habitación. Una olla colgaba de una cadena encima de ellas. En su interior borboteaba un guiso de pescado. Una mesa, tres sillas, dos jergones. Elvar espetó los colchones y vio que una luz se filtraba en la cabaña. Entraba por un agujero que había en la base de la pared del fondo, lo suficientemente amplio como para que un hombre grande pudiera pasar reptando a través de él.

Las botas y las envolturas de lana gris de las piernas de Grend aparecieron al otro lado del agujero.

Elvar dio una patada a la pared y la capa de zarzo y barro se agrietó y cayeron algunos trozos. Volvió a patear la pared y cayeron más fragmentos de barro comprimido, lo que dejó a la vista el parduzco entramado de ramas que había debajo. El hacha de Grend cayó sobre la pared y derribó una sección entera.

Elvar y Grend se quedaron quietos, mirándose en silencio.

Elvar oyó una respiración jadeante y el tintineo de cadenas a su espalda. Sighvat y el thrall aparecieron en la puerta de la cabaña y el corpachón del Terror de la Batalla bloqueó la luz que entraba en la habitación. El thrall se dejó caer a cuatro patas en el suelo de tierra y olisqueó el suelo.

A continuación apareció Biórr, con la cara roja a causa de la lucha y de la carrera desde la playa.

—¿Es él? —gruñó Sighvat al thrall.

El hombre encadenado gateó hasta el jergón, hundió la cara en la paja y aspiró profundamente el olor que desprendía. Luego levantó la mirada hacia Sighvat y asintió.

Ruido de pasos. Agnar apareció en la puerta con la espada manchada de sangre hasta la empuñadura. Los guerreros se apiñaron detrás de él. Su mirada saltó de Sighvat al thrall.

—¿Dónde está? —gruñó el líder de los Terrores de la Batalla.

Elvar señaló el agujero en la pared. Grend estaba buscando huellas en el otro lado.

—Por ahí —dijo el arisco guerrero poniéndose derecho y apuntando con el hacha ensangrentada los árboles que marcaban el comienzo del penumbroso bosque. La siniestra y amenazante montaña de fuego de Iskalt se alzaba detrás.

—A por ellos —aseveró Agnar.

CAPÍTULO SEIS

ORKA

Orka se despertó con un jadeo. Por un momento no recordó dónde estaba y solo veía una escena muy real dentro de su cabeza: sangre y lucha, cuerpos que caían alrededor de ella, el rugido del mar, los sonidos de la violencia; oía altos y claros los gritos de guerra y los alaridos de los moribundos, como si estuviera en medio de una cruenta batalla en vez de acostada sobre un jergón empapado en sudor en su granja. Fijó la mirada en las vigas de madera que había encima de ella y dejó salir el aire con un suspiro profundo e irregular mientras comenzaba a reconocer el lugar donde se encontraba. Cuando se tranquilizó un poco, abrió las manos con los nudillos blancos que había cerrado alrededor de los bordes del colchón.

La luz cenicienta del amanecer se filtraba a través de las contraventanas. Torkel dormía a su lado, con su espalda peluda pegada a ella y un pie encima de la manta de lana. Su pecho subía y bajaba con un ritmo lento y suave marcado por unos ronquidos profundos. Orka estiró el brazo para tocarlo, pero se detuvo antes de que sus dedos rozaran la piel de su marido.

«Déjalo dormir. ¿Por qué cargarlo con mi debilidad?»

Retiró el brazo y pasó los pies por encima del borde del jergón para apoyarlos en el suelo. Se quedó sentada un rato, con la cabeza sepultada entre las manos, y esperó a que su cuerpo se relajara y se secara el sudor. Le habría gustado tener una jarra de hidromiel o de cerveza al lado de la cama, pues sentía en los huesos la necesidad de un trago. Para entorpecer los recuerdos y el dolor. Sintió un ramalazo de rencor hacia Torkel por pedirle que bebiera menos. Luego se puso unos pantalones de lana, unas botas de cuero y una saya de lino, atravesó de puntillas la habitación y abrió muy despacio la puerta para no despertar a Torkel. Su idea era encender el fuego y despertar a su marido y a Breca cuando tuviera preparadas las gachas con miel y nata, pero cuando entró en la sala de la cabaña, que ocupaba buena parte de la vivienda, aparte del dormitorio donde dormían ella y Torkel, sintió una especie de cosquilleo en la sangre y supo que algo iba mal.

¿Dónde estaba Breca?

Miró en el catre del niño, que estaba junto al lar apagado, donde a Breca le gustaba acostarse con el tenue resplandor del fuego y el

crepitar de las brasas en los ojos y en los oídos.

El colchón estaba vacío y la manta de lana yacía a los pies.

Orka sintió que la sangre se helaba en sus venas y la preocupación revoloteaba como si fueran unas alas dentro de su pecho.

—¡Breca! —gritó mientras registraba la sala y miraba apresuradamente detrás de mesas, mantas y armarios. Oyó un ruido a su espalda cuando Torkel salió del dormitorio descalzo, con los pantalones puestos y envuelto en una manta. Tenía los ojos somnolientos y los músculos de su cara aún no se habían enterado de que se había despertado.

—Con el ruido que estás haciendo podrías despertar a los dioses muertos —rezongó Torkel.

—¡Breca no está! —espetó Orka. El terror que le hacía un nudo el estómago se reflejaba en la acritud de su tono.

—¿Has mirado fuera? —sugirió Torkel—. A lo mejor ha ido a buscar agua, o leña.

—Soy yo quien hace esas cosas por la mañana. Él duerme hasta que lo despierto —dijo Orka.

—¿En serio? —dijo Torkel frunciendo el ceño.

Orka lanzó una mirada fulminante a su marido.

—Y lo pregunta el hombre que duerme como un oso que estuviera hibernando hasta que el olor de las gachas lo despierta.

—Tú ganas —repuso Torkel. Se encogió de hombros—. Aun así, tal vez esté fuera. A lo mejor lo despertó algo como, por ejemplo, la vejiga.

—No es un viejo como tú. Él puede aguantarse las ganas de mear.

Torkel abrió la boca para replicar, pero se lo pensó mejor y regresó al dormitorio. Salió de nuevo con las botas puestas y tirándose de los puños de la túnica de lana. Orka había ido a sacar la lanza del armario y en ese momento abría la puerta para salir con paso resuelto a la luz del nuevo día.

Se detuvo en el primer escalón de la escalera que bajaba al patio y escrutó la granja. No se veía a nadie en el cobertizo de la leña, la forja ni el horno del carbón. Tampoco daba la impresión de que alguien hubiera estado hurgando en ellos.

—¡Breca! —gritó mientras bajaba a la carrera la escalera y sus botas se hundían en el barro.

Dejó atrás el huerto de hierbas y hortalizas y la colmena. Cuando pasó junto al establo echó un vistazo dentro y vio al poni peludo con la cabeza apoyada en la puerta de la cuadra, mirando la bala de heno en la que estaba clavada la horca de dos púas, tal como Orka la había

dejado la noche anterior. Siguió caminando y se detuvo al llegar al riachuelo de aguas rápidas y limpias que atravesaba la granja. Se agachó junto a una roca cubierta de musgo, hundió la punta del asta de la lanza en el agua helada y la introdujo en un hueco que había debajo de la roca.

—Spert, despierta —gruñó Orka.

Una figura oscura, con un cuerpo largo como el brazo de Orka y tan grueso como uno de los troncos que Torkel tenía por piernas, salió desenroscándose de debajo de la roca y se estiró dentro del agua. Su cuerpo quitinoso y segmentado culminaba en un aguijón oleoso y afilado como una aguja que se curvaba sobre su lomo. Una multitud de patas largas se apoyaron en el fondo del riachuelo y la criatura se arrastró hacia Orka sacando la cabeza del agua.

—Comida —graznó el spertus con una voz que era como si se rascara piel seca. Miró a Orka con una cara inquietantemente humana, con unos ojos saltones debajo de unos pliegues de piel y una boca con demasiados dientes afilados.

—¿Has visto a Breca? —preguntó Orka.

—Spert duerme hasta la hora de comer —masculló la criatura. Miró a su alrededor buscando a Breca, que solía llevarle todas las mañanas un cuenco de gachas con sangre y saliva—. Hambre —protestó.

—Debería matarte, monstruo inútil —gruñó Orka poniéndose en pie.

—Ingrata —replicó la criatura con un hilo de voz áspera—. Spert trabaja duro. Spert os protege de los vaesen.

—Si es verdad que nos proteges, ¿dónde está Breca? —gruñó Orka.

El spertus pestañeó.

—No puedo vigilar todo y a todos todo el tiempo —refunfuñó—. A veces tengo que dormir.

—¡Orka! —gritó Torkel a su espalda.

Orka se dio la vuelta y Spert se sumergió con un chapoteo para regresar a su guarida debajo de la roca.

Torkel estaba arrodillado junto al postigo que había en uno de los dos batientes de la gran puerta que solo abrían cuando llevaban el carro y el poni a Fellur con productos para vender. En el resto de las ocasiones entraban y salían por ese portillo que se cerraba con un cerrojo de hierro. Orka fue corriendo hasta Torkel con el miedo retumbando dentro de su cabeza como si fuera un tambor.

—Ha estado aquí —dijo Torkel señalando la huella nítida de una bota en el barro de la mitad del tamaño de la de su mujer—. Y ha

usado esta puerta.

El cerrojo de hierro estaba descorrido y la puerta estaba entornada. Torkel la empujó para abrirla y echó un vistazo al claro que se extendía al otro lado, rodeado por el bosque. Había más huellas de botas en el barro.

El pánico se propagó por las venas de Orka como el veneno de una víbora.

Volvió a oír dentro de su cabeza las palabras que Virk había dicho en Fellur: «Niños raptados».

—¿Otras personas? —preguntó Orka. La rabia y la ansiedad que sentía eran tan grandes que no le permitían interpretar lo que veía en el suelo. Sus ojos escrutaron el claro y trataron de penetrar la oscuridad que envolvía el sotobosque—. ¿Se lo han llevado como a Harek, el chico de Asgrim?

—No hay huellas de nadie más —respondió Torkel poniéndose en pie. Cruzó la puerta marcada con runas y giró a la izquierda seguido por Orka. Torkel se había puesto el cinturón de las armas, del que colgaban el seax y el destral. Su mujer llevaba la lanza.

«Es suficiente para defendernos si nos atacan», pensó Orka.

Atravesaron sigilosamente el claro. En algunas zonas la nieve todavía cubría la hierba, que estaba húmeda por el rocío que comenzaba a evaporarse con los primeros rayos del sol. Después pasaron bajo las copas de unos árboles altos en dirección nordeste para adentrarse en un mundo crepuscular. Orka seguía a su marido, pues sabía que no había un rastreador mejor. Torkel avanzaba con paso resuelto y cada pocos latidos del corazón bajaba la mirada para escrutar el suelo y después devolvía la vista al frente. Siguieron corriente arriba el sinuoso riachuelo que atravesaba su granja y ascendieron una pequeña colina. Orka miraba a un lado y a otro intentando detectar el movimiento de vaesen o de otros depredadores, pero no veía nada extraño. El silencio y la quietud reinaban en el bosque, que daba la impresión de estar conteniendo la respiración.

«¿Dónde estará? Como alguien o algo le haya hecho daño, yo…»

Le vino a la cabeza la imagen de un hacha que caía, de un chorro de sangre.

Orka respiró hondo y sintió cómo la ira crecía en su interior, el cosquilleo del hielo que corría por sus venas. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para contenerla. Su hijo la necesitaba y lo único importante en ese momento era encontrarlo. No servía de nada dejarse cegar por la ira.

El terreno se niveló cuando coronaron una cresta. Ante ellos se extendía una charca con su gélida agua negra y quieta. El arroyo que

cruzaba su granja nacía allí.

—¡Breca! —gritó Torkel.

En la orilla de la charca había acuclillada una figura oscurecida por las sombras.

—Papá —exclamó Breca volviéndose hacia sus padres. Su voz infantil resonó en el silencio.

Orka echó a correr hacia su hijo y adelantó a Torkel. La súbita sensación de alivio y alegría derritió el hielo que el miedo había formado en su pecho. Breca estaba agachado junto a la charca. Unos lirios blancos flotaban en el agua, pálidos como el invierno. Orka se dejó caer al suelo, gateó hasta su hijo y lo envolvió con los brazos. Lo abrazó tan fuerte que Breca gruñó y jadeó. Le besó en las mejillas, parpadeó para enjugarse las lágrimas de los ojos y le acarició el desgreñado pelo negro.

—Alejaos del agua —dijo Torkel cuando llegó junto a ellos, mirando con recelo la charca. Olisqueó el aire—. Noto el olor a näcken. —Desenfundó el seax y lo hundió en el fango blando—. Alejaos —repitió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Orka a Breca en voz baja mientras tiraba de su hijo para alejarlo de la orilla.

La idea de que un näcken se hubiera alejado tanto de su río de la montaña se formó en la cabeza de Orka, pero la preocupación y el alivio por haber encontrado a Breca la arrinconaron.

—Oí un ruido —dijo Breca cuando su madre lo soltó. Miró su capa, que llevaba doblada en el regazo, y la abrió.

Orka soltó un grito ahogado y cayó sobre el trasero al echarse hacia atrás.

Había una criatura enroscada sobre el regazo de su hijo. Medía tal vez la mitad de una de las piernas de Orka si se ponía en posición erguida. Tenía brazos y patas con garras gruesas y puntiagudas en vez de dedos, y unas alas frágiles y finas como el pergamino plegadas alrededor del torso. Sangraba por debajo de un ala y tenía la piel manchada de sangre. Tenía una nariz y un mentón afilados, unos grandes ojos negros y unas venas oscuras que estriaban su piel rosada y sin pelo, como de una rata recién nacida. La criatura giró la cabeza y miró a Orka, abrió la boca, que era muy amplia, y dejó a la vista dos hileras de dientes; los delanteros eran afilados, y los del fondo, planos como muelas. En el labio tenía un pequeño corte del que salía un fino reguero de sangre.

—Es un tennúr —dijo Torkel detrás de Orka.

Orka apoyó una rodilla en el suelo y le dio a Breca una bofetada en la mejilla con el dorso de la mano. El niño cayó de espaldas al

suelo.

—¡Has salido de la granja…, te has puesto en peligro… por esto! —espetó Orka poniéndose en pie—. Los vaesen merodean por aquí y hay asesinos y ladrones de niños. —Hizo unos sonidos ininteligibles con la garganta—. ¡Idiota descerebrado! ¡Podrían haberte llevado, o comido, o matado! —El terror de que hubiera podido haber pasado una cosa así se apoderó de ella y levantó la mano para darle otro guantazo.

El tennúr, que seguía en el regazo de Breca, extendió las alas con un chasquido para proteger al niño y bufó a Orka mostrándole los dientes a pesar de que parecía demasiado débil para ponerse en pie.

Torkel agarró por la muñeca a su mujer con su enorme mano.

—Ya ha quedado claro lo que piensas.

Orka podría haber luchado con él y haberle ganado, pero los largos años a su lado le habían enseñado a confiar en el criterio de su marido, incluso cuando le hervía la sangre y estaba en desacuerdo con él. Sobre todo cuando le hervía la sangre y estaba en desacuerdo con él.

Breca la miraba con la mejilla ya hinchada y amoratada. Sus ojos se desviaron hacia su padre.

—Ha sido una insensatez salir de la granja —le reprendió Torkel con la voz y la mirada severas—. Somos afortunados de tener un hijo que todavía respira y conserva toda su sangre en las venas.

A Breca le temblaba el labio inferior.

Torkel respiró hondo.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Oí un grito —respondió Breca mirando el tennúr, que había vuelto a acurrucarse en su regazo, con las alas plegadas ceñidas a su cuerpo—. Está herido.

«Tú podrías estar herido. O muerto.»

Orka abrió la boca para volver a reñirlo.

—Ahora está callado —apuntó Torkel.

—Eso es porque le he dado uno de mis dientes —dijo Breca, y sonrió. Un hueco en las encías demostraba la verdad de sus palabras.

—¡Cómo! —exclamó Orka con los dientes apretados.

—Tú me dijiste que a los tennúr les gustan los dientes. Se me movía un diente de leche, así que me lo arranqué y se lo di a ella. —Breca se encogió de hombros y puso la yema de un dedo en el hueco rojo de sus encías—. Me está saliendo otro.

—¿A ella? —inquirió Orka.

—Ajá. Se llama Vesli. Ella misma me lo ha dicho.

Orka sacudió la cabeza. Torkel silbó.

—¿Podemos quedárnosla? —preguntó Breca mirando a sus padres con ojos suplicantes.

El sonido de la risa de Torkel resonó entre los árboles.

CAPÍTULO SIETE

ELVAR

Elvar parpadeó con sudor en los ojos y se le empañó la vista momentáneamente mientras escrutaba la oscuridad.

—¡Alto! —gritó Agnar una docena de pasos delante de ella.

Los guerreros que la rodeaban se detuvieron.

Elvar exhaló una nube de vaho y se limpió el sudor de los ojos. Se descolgó el escudo de la espalda, lo apoyó contra un árbol y se agachó junto a un arroyo de corriente rápida. Grend se detuvo a su lado y luego se alejó unos pasos en la oscuridad, con la mirada siempre vigilante.

Habían ascendido a una altura considerable y ahora nevaba copiosamente. Los copos se colaban a través de las ramas de los árboles y eran más abundantes alrededor del arroyo, en cuya orilla crepitaba el hielo. Elvar se sacó un guante con los dientes, destapó la cantimplora y la vació de un trago. Luego se encorvó para sumergir el recipiente de cuero en el centro del arroyo, donde el agua no estaba helada, para rellenarla. El agua borboteaba, y estaba tan fría que quemó los dedos de Elvar como si fueran llamas. Tomó otro trago largo. El agua era cortante como el hielo. Las piedras depositadas en el fondo del arroyo brillaban con vetas de colores.

La ascensión desde el pueblo de pescadores había sido dura. Elvar entreveía el pueblo a lo lejos a través de las ramas de los árboles y el *Jarl de las olas* fondeado en la bahía, todo ello difuminado por la nieve. Una empalizada semicircular separaba el pueblo del bosque. Las estacas de madera estaban marcadas con runas de protección contra los vaesen. Elvar también divisó unas manchas en la playa, cuerpos y sangre sobre los guijarros que señalaban el lugar de la batalla.

«No puede decirse que haya sido una batalla de verdad. Ha acabado casi antes de empezar», pensó Elvar.

Agnar había matado al jarl, Hrut, y una docena de lugareños habían sucumbido frente al muro de escudos de los Terrores de la Batalla. Eso había bastado para convencer al resto de los habitantes del pueblo para que depusieran las armas. La única herida que habían sufrido los Terrores de la Batalla era una flecha clavada en la pantorrilla de Trud. A Elvar le parecía oír las imprecaciones del guerrero transportadas desde la playa por el viento y la nieve, su rabia

por haber tenido que quedarse abajo. Agnar había dejado una docena de guerreros con Trud para vigilar a los prisioneros, de manera que eran veintiséis los Terrores de la Batalla que se habían adentrado en las colinas boscosas y nevadas junto a su líder.

—¡En pie! —bramó Sighvat cuando Agnar se adentró unos pasos en el bosque.

—Hundur, guíanos —ordenó Agnar al thrall, que se arrodilló para olfatear el suelo. Su nariz sobrevoló brevemente una fina capa de nieve y el esclavo dio un salto adelante, lo que hizo que la cadena enganchada a su collar se tensara cuando Sighvat tiró de ella. Elvar tapó la cantimplora, se la colgó del cinturón y volvió a ponerse el guante. Cuando se levantó resbaló con una piedra cubierta de nieve y hielo, pero una mano la agarró del brazo para evitar su caída. Elvar se volvió, vio el rostro de Biórr y, sin pensárselo, le devolvió la sonrisa franca. Biórr no soltó inmediatamente su brazo, así que Elvar tiró de él para liberarse y se colgó el escudo a la espalda. Grend se interpuso entre Elvar y Biórr y clavó una mirada feroz en el guerrero.

Biórr sonrió y dio un paso atrás.

—Solo ayudaba —se excusó Biórr. Luego miró a Elvar—. Creo que a tu padre no le caigo bien.

«No es mi padre», pensó Elvar. Se habían puesto en marcha de nuevo y se adentraban en las tinieblas.

El sendero era estrecho y seguía el arroyo, que quedaba a su izquierda. Pero a su derecha los árboles eran altos y crecían espaciados. Elvar apretó el paso y abandonó el sendero para avanzar sigilosamente por una fina capa de nieve, esponjosa a causa del mantillo que había debajo. Adelantó a unos cuantos guerreros que la precedían en la fila para acercarse un poco más a Agnar, Sighvat y el thrall. Grend la siguió a poca distancia.

Oyó más pasos a su espalda y echó un vistazo atrás. Vio que Biórr también había abandonado el sendero para avanzar a través del bosque y sus pies seguían las huellas que habían dejado sus botas y las de Grend.

Delante apareció un montículo oscuro y el thrall aminoró el paso hasta detenerse delante de él. Lo olisqueó. El montículo despedía humo y los copos de nieve que caían en él se derretían. De su superficie sobresalían una especie de grumos.

Elvar se acercó a él y un hedor insoportable le asaltó las fosas nasales.

—Heces de troll —dijo el thrall. Alargó la mano, agarró uno de los grumos y lo arrancó del montón, que se separó del resto con un ruido de succión.

El thrall sostuvo en alto un hueso grande, de una pierna o un brazo. Elvar no podía saberlo con certeza a causa de los excrementos y del cieno que goteaban de él. Otra ráfaga de pestilencia le cortó la respiración y le abrasó la garganta. Se tapó la nariz con el brazo y reprimió las ganas de vomitar.

Agnar paseó la mirada por el bosque con el gesto ceñudo. Movió la cabeza de izquierda a derecha y sus ojos se detuvieron en Elvar, situada en su flanco a cierta distancia.

—Elvar, Grend, Biórr, puesto que tenéis tantas ganas de liderar, seréis el hocico del jabalí. Adelantaos y explorad el terreno —dijo con un gruñido Agnar, si bien Elvar sabía el honor que estaba haciéndoles —. Permaneced donde podamos veros —añadió.

Elvar asintió y la embargó una sensación que era una mezcla de orgullo y de miedo. Orgullo por haber sido escogida, y miedo porque había la posibilidad de que se topara con un troll macho adulto. Los Terrores de la Batalla habían cazado más de uno antes, pero nunca lo habían hecho con las fuerzas mermadas y recorriendo a ciegas un bosque. Los trolls eran unas criaturas ferozmente territoriales. Los machos eran individuos solitarios hasta que detectaba la cercanía de una hembra en celo, en cuyo caso competían entre ellos por ganarse su afecto. Luchaban y el ganador se apareaba con la hembra. La pareja ya no se separaba mientras durase la gestación, y tras el nacimiento permanecían juntos uno o dos meses más. Después el macho regresaba a su territorio.

Por lo tanto, podía haber uno, dos o más trolls, si la hembra había parido. Y los trolls recién nacidos no eran mucho más pequeños que Elvar. Además eran ágiles y fuertes y tenían un apetito voraz. Y les encantaba la carne humana.

—Apretemos el paso. No quiero que mi presa acabe en el estómago de un troll —dijo Agnar.

Elvar se puso en marcha, regresó al sendero y avanzó por él al trote. Grend se quedó entre los árboles y se mantuvo a la misma altura que su compañera, mientras que Biórr se colocó a su izquierda y corrió en paralelo al arroyo, acompañado por el crujido de la nieve bajo sus botas. Elvar sentía cómo su corazón latía al ritmo de sus zancadas mientras escrutaba el sendero y los árboles que lo flanqueaban. El camino se empinaba y serpenteaba entre las rocas, cada vez más frecuentes. Algo atrajo su mirada, una línea plateada que brillaba en las difusas zonas iluminadas por los rayos de sol que se filtraban a través de los ramajes.

Un hilo de telaraña, grueso como un dedo de Elvar, se extendía desde el tronco hueco y podrido de un pino hasta las copas de los

árboles. Elvar lo recorrió con la mirada y vio la espiral de la telaraña tendida entre las ramas, de la que colgaban unas sombras oscuras. Ratas. Un cuervo. Una marta, grande como un gato.

Arañas del hielo.

Elvar se pasó adelante el escudo que llevaba a la espalda sin dejar de correr, silbó para atraer la atención de Grend y de Biórr y señaló con la lanza.

«Somos demasiados», pensó Elvar. Aun así escudriñó las copas de los árboles solo para cerciorarse. Había visto lo que era capaz de hacer el veneno de una araña del hielo. Podía helarte la sangre en las venas y pararte el corazón.

Unos copos de nieve grandes como hojas caían a su alrededor y atenuaban los sonidos del bosque. Grend era una sombra oscura que revoloteaba a su derecha, mientras que Biórr avanzaba más lentamente por la nieve y las rocas que poblaban la orilla del arroyo, cada vez más profundo, turbulento y espumoso. Nevaba abundantemente sobre Biórr, ya que el techo de ramas era menos denso encima del riachuelo, de manera que el terreno por el que transitaba el otro guerrero era más resbaladizo y difícil.

«Así aprenderá que no debe seguirme —se dijo Elvar—. Aunque ha demostrado que tiene pelotas provocando a Grend.»

Elvar echó un vistazo atrás y atisbó en el sendero al thrall, que corría encorvado. Sighvat resoplaba como si fuera un fuelle detrás de él.

Llegó un sonido a través de los árboles, un bufido lejano y constante, como de un gato enfadado. Sonó más fuerte. «¿Una cascada?» En cualquier caso, Elvar corría en la misma dirección. Las piernas y los pulmones empezaban a quemarle. Otro sonido perforó el bosque. Fue un rugido retumbante que tapó todos los otros ruidos, y durante unos segundos ni siquiera se oyó el rumor de la cascada.

—Un troll —dijo con la intención de alertar a Grend y a Biórr, pero lo que salió de su boca se pareció más a un chirrido que a un grito de alerta. Sin embargo no fue necesario nada más; Grend y Biórr debieron oírlo, ya que aminoraron el paso y desviaron los ojos del camino para mirar a Elvar.

Esta no veía nada y se limitó a levantar en alto la lanza para avisar a Sighvat. Luego echó a correr, si bien con más cautela que antes.

El camino se escarpó abruptamente y luego se niveló. Elvar entró en una llanura nevada y observó con los ojos entornados los escasos árboles que se alzaban bastante separados unos de otros. Un torrente de fuego líquido se precipitaba por la pared de granito de un barranco

como si fuera una cascada, rugiendo y silbando, y caía sobre una burbujeante y agitada balsa de lava. La nieve que caía en ella se fundía y se evaporaba, de manera que había una niebla permanente que se arremolinaba en el aire.

De pie en la orilla oriental de la balsa de lava había dos figuras, una mujer y un niño, tan cerca del borde como era posible. De la roca fundida emanaban ráfagas de aire caliente. Entre Elvar y la mujer y el niño había otras dos figuras, una más alta que la otra.

Un troll y un hombre.

Estaban luchando.

El hombre era corpulento, tenía una barba espesa y estaba envuelto en pieles. Su cabeza llegaba más o menos a la altura de la barriga del troll. Blandía una lanza con las dos manos y arremetía con ella y se agachaba cuando el troll lo atacaba con un nudoso garrote de madera, recubierto de clavos de hierro tan largos como el antebrazo de Elvar. El garrote impactó contra el suelo y se produjo una explosión de tierra. El hombre saltó hacia atrás, rodó por el suelo y se puso en pie de un brinco al mismo tiempo que asestaba una lanzada a su rival en la pierna.

—¡MÍO! —rugió el troll con una voz atronadora que incluso se alzó por encima del estruendo de la cascada y de la balsa de lava.

Grend se acercó a Elvar. Biórr se quedó parado y observaba la escena en silencio.

El thrall llegó corriendo junto a Elvar y se oyó el tintineo de la cadena cuando Sighvat coronó resoplando la cima y entró en el claro llano, sudando y con la cara roja. Dejó caer a la nieve el saco que había estado cargando con un ruido metálico.

Agnar y el resto de los guerreros surgieron de los árboles y se desplegaron alrededor de Elvar.

El troll estaba desnudo. Era un macho joven a juzgar por los cuernos afilados y cortos que se curvaban encima de su gran cabeza cubierta de musgo y sus testículos hinchados, que se balanceaban como si fueran dos piedras dentro de un saco. De su mandíbula despuntaban unos colmillos y tenía unas piernas gruesas como pinos jóvenes. Su piel escamosa estaba incrustada de musgo y líquenes.

—¡MÍO! —repitió la bestia.

—No, ese hombre es mío —gruñó Agnar, aunque Elvar sabía que el troll estaba refiriéndose a la tierra. Su territorio.

—¡MÍO! —berreó de nuevo el troll espumajeando por la boca, con los ojos desorbitados y las venas hinchadas de la rabia. Arremetió de nuevo con el garrote y el hombre se apartó a duras penas. El arma impactó en un tronco y se produjo un estruendo de desgarramiento

cuando las raíces se movieron arrancadas del suelo y el árbol se balanceó antes de desplomarse. Los clavos de hierro quedaron incrustados en el tronco y el troll perdió el equilibrio. El hombre aprovechó la ocasión para abalanzarse sobre él y asestarle un golpe con la lanza. La punta del arma trazó una línea roja que atravesaba las costillas del monstruo.

Con un bramido de dolor, el troll extrajo el garrote del árbol en medio de una lluvia de astillas y se dio la vuelta para encarar al hombre.

—Ya podéis ir liquidando a ese troll. Necesito al hombre —gritó Agnar—. De dos en dos. Sin muro de escudos. Eso solo ofrecería un blanco más fácil al troll.

Sighvat hurgó en el saco que había dejado a sus pies y sacó un martillo y una gruesa estaca de hierro. A continuación levantó la cadena del thrall y arrastró a este hasta el árbol más cercano, enhebró la cadena por la estaca y la clavó con el martillo al tronco. Luego regresó al saco de donde extrajo un collar nuevo y otra cadena.

Elvar se adelantó, pero se detuvo cuando advirtió un movimiento de la madre y del niño. La madre sacó algo de debajo de la capa. Tenía la forma de una tabla de cera o de un libro de pergaminos, aunque Elvar había visto muy pocos de ambos a lo largo de su vida, y siempre en la corte de jarlar ricos. La mujer echó el brazo hacia atrás y arrojó el objeto, que voló dando vueltas por el aire y cayó a la balsa de lava. Las llamas lo devoraron antes de tocar la roca fundida. Un silbido y desapareció para siempre. La mujer gritó algo al hombre que luchaba con el troll. La bestia le lanzó un bramido y la mujer tiró del niño y los dos huyeron de allí corriendo por una escarpada pendiente cubierta de pedregal y salpicada de pinos, entre los que discurría un sinuoso sendero. Elvar le tocó el hombro a Agnar y señaló a la mujer y al niño.

—Bien —dijo el líder de los Terrores de la Batalla. Bramó unas órdenes y cuatro guerreros salieron corriendo hacia el sendero de la ladera.

Elvar sopesó la lanza y la arrojó, pero la moharra resbaló por el hombro escamado del troll. Elvar resopló con los dientes apretados y desenfundó la espada en el mismo momento en que Grend se acercaba a ella. Juntos enfilaron con paso resuelto hacia el troll y el hombre, con los escudos levantados y pegados el uno al otro. Elvar levantó la espada para sacar la hoja por encima del borde del escudo con la punta hacia delante. La nieve derretida se convertía en fango bajo sus pies a medida que se acercaban a la balsa de lava y las ráfagas de aire caliente golpeaban sus rostros. Otros guerreros avanzaban en parejas

en torno a ellos, formando un amplio arco.

Alguien arrojó una lanza que se clavó en la espalda del troll. El lanzamiento había sido bueno y la punta atravesó la gruesa piel del monstruo, pero no alcanzó una gran profundidad. Un reguero de sangre comenzó a correr por la espalda del troll, siguiendo el contorno de sus músculos.

El troll lanzó un rugido de dolor, agarró la lanza que tenía clavada y se la arrancó. Se volvió dando la espalda al hombre que trataba de aplastar y sus espesas cejas se juntaron con una expresión de confusión. Miró la lanza que sujetaba y luego vio a los nuevos guerreros que avanzaban hacia él. Su rostro se descompuso, sus facciones se tensaron, sus músculos se hincharon y las venas y los tendones de su cuello se pusieron rígidos.

—¡MÍO, MÍO, MÍO! —bramó el troll con una voz lo suficientemente fuerte para hacer temblar el mundo, y luego se puso en movimiento. Las gruesas uñas de sus enormes pies de tres dedos levantaron nieve y tierra del suelo. La aparición de aquellos nuevos intrusos en su dominio debió aumentar considerablemente su cólera, porque se olvidó del garrote que blandía, bajó la cabeza y cargó contra los guerreros con los cuernos y los colmillos, como si fuera una competición entre machos para quedarse con la hembra.

Los guerreros saltaron a un lado, pero el troll era veloz a pesar de su corpulencia y golpeó el escudo de un guerrero. El escudo se hizo añicos como si fuera un puñado de astillas y los cuernos y los colmillos de la bestia atravesaron la cota de malla del guerrero y perforaron su torso. La mujer que formaba pareja con el guerrero herido salió volando por el aire y aterrizó en la balsa de lava. Su alarido cesó de golpe cuando el fuego líquido incineró su cuerpo con las crepitaciones de carne quemada y las ráfagas de aire caliente arrastraron unas partículas de ceniza.

El troll frenó en seco y levantó la cabeza. El guerrero ensartado en sus cuernos chillaba al mismo tiempo que golpeaba débilmente con el hacha el cráneo del monstruo. El troll agarró el brazo del guerrero y le agitó la cabeza, que chorreó sangre en todas direcciones. La bestia tiró entonces salvajemente de él y el grito del guerrero se convirtió en un chillido estridente mientras carne, tendones y músculos se desgarraban y los huesos se partían, hasta que el guerrero quedó colgando del puño del troll. Este sacudió la cabeza y los músculos de su espalda y de su cuerpo vibraron. El agonizante guerrero cayó gimoteando de los cuernos e impactó con otros dos Terrores de la Batalla.

Se arrojaron más lanzas; una se clavó en un hombro del troll y

otra se hundió entre sus costillas. La sangre manaba como si fuera icor. El troll chilló y asestó un porrazo que destruyó un escudo y rompió el brazo de la guerrera que lo empuñaba. Esta echó a correr y el troll salió en su persecución levantando el garrote.

Elvar se lanzó como un rayo hacia él seguida por Grend. Se acercó por el flanco, corriendo mientras el garrote del troll cortaba el aire con un silbido y golpeaba a la mujer con el brazo roto. Se oyó un ruido de succión intercalado con el crujido de huesos partidos. La mujer desapareció, reducida a un irreconocible montón de huesos triturados en un saco de pellejo. La sangre flotaba en el aire como si fuera niebla.

Agnar se acercó al troll por detrás, soltó el escudo, se elevó de un salto y clavó la espada empuñada con las dos manos en la espalda del troll. Elvar oyó el chirrido del hierro atravesando las costillas mientras la hoja de Agnar se hundía hasta el fondo.

La bestia soltó un alarido que hizo temblar la nieve acumulada en las copas de los árboles, arqueó la espada y agitó con frenesí los brazos. Agnar intentó permanecer agarrado a la empuñadura de su espada, pero fracasó en su empeño y voló por el aire.

Elvar se agachó bajo los testículos oscilantes del monstruo cuando este se revolvió y se retorció para intentar llegar con las manos a la herida en la espalda y le hundió la espada en la parte alta del muslo, con la esperanza de que la fisiología del troll fuera como la suya.

Un chorro de sangre manó alrededor de la empuñadura de la espada al seccionar la arteria y golpeó de lleno en la cara a Elvar. La guerrera cayó despatarrada al suelo, pero la espada seguía clavada en el troll. Elvar se alejó de allí a trompicones. Grend la sujetó y asestó un hachazo demoledor a los testículos del troll para arrancárselos de cuajo.

La sangre oscura manaba al ritmo de su corazón. Al cabo de tres o cuatro latidos, el troll se tambaleó y cayó sobre una rodilla. Miró fijamente a Elvar, que estaba tendida en la nieve empapada de sangre.

—Mío —dijo como un niño desconcertado. Después se derrumbó sobre un costado con una erupción de nieve, suspiró y ya no se movió.

Un grito de victoria resonó en el claro. Los Terrores de la Batalla agitaron los escudos y las lanzas en el aire.

—¿Estás herida? —preguntó Grend, levantándose y tendiendo una mano a Elvar.

—Yo… no —respondió ella. Apoyó una rodilla en el suelo y agarró la muñeca de Grend para impulsarse y ponerse en pie. Estaba cubierta de sangre espesa y humeante, pero no era suya. Se acercó al

troll y agarró la empuñadura de su espada, apoyó una bota en la pierna del monstruo y tiró. La hoja salió con un ruido de succión.

Gritos. Otro chillido atrajo su atención, giró sobre los talones y vio que el hombre que había estado luchando con el troll clavaba la lanza en un miembro de los Terrores de la Batalla y le infligía una herida profunda en el hombro. Mientras Elvar lo observaba, el guerrero bajó el brazo con el que sostenía el escudo y el hombre le hundió la moharra en la garganta. Del cuello del guerrero salió un chorro de sangre brillante mientras él gargareaba. Seis o siete guerreros rodearon al hombre envuelto en pieles, todos ellos con los escudos levantados, y estrecharon el círculo en torno a él. Sighvat se encontraba detrás de ellos, haciendo molinete con la cadena por encima de la cabeza.

Ahora que veía al hombre envuelto en las pieles al lado de otros seres humanos y no de un troll, Elvar se dio cuenta de que era enorme, alto y corpulento, con una larga barba que casi le llegaba al cinturón. Cortaba el aire con la lanza trazando arcos letales mientras retrocedía ante los escudos que lo acorralaban.

El hombre se acercó un poco más a la balsa de lava y el aire caliente le golpeó la espalda. El estruendo de la balsa y de la cascada era ensordecedor. A lo largo de su capa de pieles brotaron chispas y su cabello comenzó a chamuscarse cuando dio otro paso atrás. Se detuvo y torció el gesto al comprender que estaba atrapado. Se produjo un cambio en sus ojos cuando miró a los Terrores de la Batalla que se acercaban inexorablemente. Respiró hondo y sus músculos se tensaron antes de la carga. Pero la cadena de Sighvat le golpeó la cabeza y lo derribó. Al caer perdió la lanza. El hombre se incorporó con las manos y las rodillas apoyadas en el suelo. Sangraba por la mejilla. Levantó una rodilla y tendió la mano hacia la lanza. Sighvat se abrió paso por el semicírculo de Terrores de la Batalla y propinó un puñetazo en el mentón al hombre. Su cabeza salió disparada hacia atrás y volvió a derrumbarse, giró el cuerpo para ponerse de costado y escupió sangre. Hizo el ademán de levantarse de nuevo.

«¿Cómo es posible que siga consciente?», se preguntó Elvar. Había visto a Sighvat luchar en el cuadrilátero. Cuando daba un puñetazo a alguien, normalmente quien lo recibía no volvía a levantarse.

Sighvat se puso a bramar órdenes. Algunos guerreros apuntaban sus lanzas al cuello del hombre caído mientras otros colocaban manillas de hierro y cadenas alrededor de sus muñecas. En los enormes puños de Sighvat apareció un collar de thrall cuando obligaron al hombre a ponerse de rodillas con los brazos encadenados. Sighvat se acercó para colocarle el collar, pero el hombre abrió los

ojos con una expresión de terror al ver el objeto y derribó a dos de los guerreros que sujetaban sus cadenas al intentar ponerse en pie.

Agnar se adelantó apuntando su espada al cuello del hombre.

—Yo no me levantaría, Berak —dijo Agnar.

El corpulento prisionero se quedó quieto, miró la punta de la espada dirigida a su garganta y luego a Agnar.

—Te equivocas de hombre —replicó Berak.

—No. Eres Berak Bjornasson. Hace mucho tiempo que sigo tu rastro.

El hombre negó con la cabeza.

—Acepta las cadenas. Sería la mejor decisión. Vuelve a rebelarte y ordenaré a Sighvat que te golpee con el collar que te pondrá hasta que sangres. No puedes escapar de nosotros. Eso tiene que quedarte claro.

Berak desvió la mirada de Agnar hacia los guerreros que tenía a su espalda y sus ojos pasaron por Elvar y Grend. Más de veinte hombres y mujeres lo apuntaban con sus hierros afilados. Agachó la cabeza.

—No soy quien tú piensas.

—Mi thrall hundur dice lo contrario. —Agnar señaló con la espada al thrall aún amarrado al árbol. El esclavo los miró con el gesto contraído en una expresión de sufrimiento.

Sighvat deslizó el collar alrededor del cuello de Berak y golpeó el perno con el pomo de su seax.

—Se equivoca —insistió el hombre vestido con las pieles, dejando caer los hombros.

—¿Estás seguro de que es él? —le susurró Elvar a Agnar en el oído.

Agnar la miró con el ceño fruncido.

—Sí —afirmó.

—Es solo que… Sí, es grande, y fuerte, pero he visto… —Elvar hizo una pausa mientras escogía con sumo cuidado sus palabras, como si hubiera más oídos a su alrededor que los de Agnar—. He oído historias sobre los berserkir. Esperaba… más.

Agnar se encogió de hombros.

—Observa —dijo. Se volvió hacia la ladera, de donde regresaban dos guerreros con los prisioneros, una mujer y un niño—. Traedlos aquí.

Los guerreros empujaron bruscamente a la mujer y al niño en dirección a Agnar, con las muñecas ligadas con un trozo de cuerda. Agnar agarró al niño del pelo negro y despeinado y le puso la punta

de la espada en la garganta.

—¡No! —gritó la mujer, y Sighvat la derribó de un porrazo en la espalda.

—Confiesa —espetó Agnar al hombre, que le sostuvo la mirada.

Agnar alejó un centímetro la espada del cuello del niño y brotó un hilo de sangre.

—No —dijo Berak. Se había producido un cambio en su voz y sonó más grave, más parecida a un gruñido que a una palabra.

Agnar sonrió.

—Lo desangraré aquí mismo. Contemplaremos cómo su vida se desparrama por la nieve y lo verás agitarse y morir como un pez destripado.

Elvar miró a otro lado. Asesinar niños no era la idea que ella tenía de ganarse una fama en la batalla.

—¡Mira! —espetó Agnar a Elvar, y ella fijó la mirada en el prisionero arrodillado.

El hombre cerró los ojos y pareció tomar aire con una inspiración increíblemente larga.

Agnar tiró del pelo del niño, que soltó un gañido.

Berak abrió los ojos de golpe. Ahora despedían destellos de color ámbar y no parecían humanos. Mientras Elvar lo miraba, el hombre pareció hincharse, crecer, y las pieles que envolvían sus hombros y su torso se tensaron.

—Suéltalo —gruñó Berak. Su boca había cambiado y las puntas de sus dientes parecían más afiladas.

—No —respondió Agnar, y volvió a retorcer el mechón de pelo del niño. Otro gañido.

El hombre se puso en pie a duras penas, rugiendo, y se lanzó hacia Agnar con los brazos extendidos, arrastrando consigo a seis hombres y a Sighvat como si fueran unos cachorros agarrados a un lobo.

O a un oso.

—*¡HALDA!* —bramó Agnar dando involuntariamente un paso atrás.

Se produjo un destello rojo en el collar de hierro que rodeaba el cuello del hombre vestido con las pieles. Berak dio otro paso inseguro, y después otro, como si estuviera caminado a través del agua. Finalmente se detuvo y se quedó paralizado. Miró con ferocidad a Agnar, con todos sus músculos temblorosos, como si estuviera luchando contra una fuerza invisible. Unas venillas rojas estriaban sus ojos y la espuma y la sangre se acumulaban en sus labios mientras

gruñía y hacía rechinar los dientes al mismo tiempo que arañaba el aire con las manos. Elvar se fijó en que sus uñas habían crecido hasta adquirir el aspecto de garras.

—Ponte de rodillas —ordenó Agnar.

Berak lo miró con los ojos rebosantes de furia.

—*¡Á HNÉN!* —espetó Agnar, y el hombre envuelto en las pieles se dejó caer al suelo, jadeando.

El niño y la mujer estaban llorando.

Agnar se volvió a Elvar.

—¿Aún tienes dudas? —le preguntó con los labios torcidos por la sonrisa.

Elvar negó con la cabeza.

Agnar volvió a mirar al hombre postrado a sus pies.

—Eres Berak Bjornasson y la sangre del dios muerto Berser corre por tus venas. Estás corrompido, eres un berserkir y se te busca por el asesinato de tres jarlar, por deuda de sangre y por veregildo. Y ahora estás en mi poder —declaró Agnar, y sonrió—. Me pagarán una buena suma por ti.

El líder de los Terrores de la Batalla paseó la mirada en derredor, por el cadáver del troll y sus guerreros, los que seguían en pie y los caídos.

—Recoged a nuestros muertos. Descuartizad al troll. Coged todo aquello que tenga algún valor.

CAPÍTULO OCHO

ORKA

Orka estaba sentada en la escalera de la vivienda de su granja y deslizaba la piedra de afilar por la hoja del seax. No quitaba el ojo a Breca, que estaba recogiendo los huevos del gallinero. El chico constantemente se distraía de su labor para lanzar una mirada al pequeño carro en el que estaba sentada la tennúr, vendada y tapada con mantas.

La escalera crujió y Torkel se sentó a su lado.

—Esa cara es la de alguien que está pensando demasiado —dijo Torkel inclinándose hacia su mujer para mirarla a los ojos. Le apartó un mechón de pelo rubio del semblante pétreo—. Y me gustaría saber qué está sucediendo dentro de esa cabeza tuya.

Orka desvió los ojos de Breca para mirar a su marido.

—Estaba pensando en que eres incapaz de decirle que no a nuestro hijo —respondió monótonamente Orka, señalando con los ojos la tennúr sentada en el carro de Breca.

Torkel frunció la boca y se encogió de hombros.

—Ya. Quizá sea culpable de eso, pero él tiene tus ojos, y no recuerdo la última vez que te dije que no a ti. Los dos tenéis un extraño poder sobre mí.

—Tú nunca te atreverías a decirme que no a nada —replicó Orka, que no pudo evitar que una leve sonrisa suavizase la dura expresión de su boca.

—¡Ja! Eso es verdad. —Torkel sonrió. Se acercó un poco más a su mujer y le acarició la mejilla con los labios. Orka sintió el cosquilleo de su barba.

—Pero eres demasiado blando con él —dijo Orka.

—Quizá lo que pasa es que tú eres demasiado dura —susurró Torkel.

Orka le clavó una mirada fulminante.

—El mundo es duro y nosotros no estaremos siempre aquí para protegerlo. No solo somos sus padres, también somos sus maestros.

—Sí, tienes razón —repuso Torkel—. Pero solo tiene diez años y ya ha aprendido muchas cosas. Déjale ser niño. Aún falta mucho tiempo para que entre en ese mundo oscuro.

—¿Y si a la tennúr le da por degollarnos mientras dormimos? ¿O si cogemos una fiebre y morimos? ¿Cómo ayudará a Breca tu blandura

entonces?

El corpulento Torkel volvió a encogerse de hombros.

—La tennúr no le hará daño, ni a nosotros. Hemos visto suficiente del filo cortante de la vida. A su edad, yo llevaba un collar de thrall en el cuello y me habían abierto la espalda a latigazos. —Torkel miró a su mujer—. Recuerda todo lo que hemos visto y sufrido. Quiero protegerlo de todo eso mientras pueda.

Orka asintió y dejó de afilar el seax. El filo de la hoja resplandecía, cortante como una cuchilla.

—Ya, yo intento hacer lo mismo. Pero me preocupo. No siempre estaremos aquí para protegerlo…

Torkel pasó un brazo por los hombros de su mujer y la apretó tan fuerte que Orka notó que le crujían los huesos.

—Ay, mujer, te preocupas demasiado —dijo deslizando un dedo por el contorno afilado de la mejilla y del mentón de Orka—. Mira a tu alrededor. Somos personas libres. Somos los propietarios de nuestra propia granja. No estamos atados por juramentos ni contratos. El aire es limpio y puro aquí arriba. Estamos a las puertas de la primavera, el sol brilla y tenemos un hijo maravilloso que criar. —Sonrió a Orka y la miró de una manera que ella conocía perfectamente—. He estado pensando que quizá a Breca le gustaría tener un hermanito o una hermanita, para que le ayude en sus tareas.

—¡Ja, ja, ja! —Orka sorbió por la nariz—. Es peligroso cuando piensas. Además, ya somos demasiado viejos.

—¡Viejos! —exclamó Torkel con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos—. Yo me siento como un joven potro ante el que se extienden infinitos prados verdes. Siempre estaré aquí, contigo y con Breca. —Pateó en la escalera y relinchó como un semental—. Tenemos la vida que habíamos soñado, así que disfrutémosla.

Orka negó con la cabeza.

—Eres como la magia rúnica para mí, Torkel Ulfsson. ¿Cómo es posible que hayamos vivido los mismos horrores y combatido en las mismas batallas? Pienso en las cosas terribles que hemos hecho y… —Orka suspiró—. No me siento como una yegua joven delante de prados verdes. ¿De dónde sacas tanta fuerza cuando yo estoy tan débil?

—¿Débil tú? ¿Es que te has vuelto loca, mujer? Jamás se me ocurriría retarte a un pulso. No hablemos ya de un duelo holmganga.

—No me refiero a la fuerza física ni a la destreza con las armas. Me refiero a la fuerza de aquí. —Se golpeó fuerte la cabeza con la punta del dedo y la invadió una ira incontrolable. ¿Por qué no era capaz de descansar, de cortar las cuerdas que la ataban a los fantasmas del pasado?

Torkel suspiró y Orka vio la preocupación en sus ojos.

—Todos y cada uno de los días de mi vida tomo una decisión —declaró Torkel, ya sin sonreír—. Pienso en lo que tenemos. En lo que veo delante de mí. En ti. En Breca. Y se me hincha el corazón y la cabeza me da vueltas. No queda espacio para pensar en el pasado.

Orka miró a su marido, su nariz torcida de tantas veces que se la había roto, los ojos oscuros y afables rodeados de arrugas profundas. Se inclinó hacia él, le puso una mano en la nuca y lo empujó hacia sí para besarlo con fuerza.

Cuando lo soltó, Torkel había recuperado la sonrisa.

—¡Ah, pero te quiero! —murmuró— Y quiero a mi hijo. —Miró a Breca, que aún tenía la mejilla amoratada por la bofetada de Orka—. Hoy ha aprendido una lección.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Orka mirando también a Breca. Estaba arrastrando el carro con una cuerda en dirección al riachuelo. Cuando llegó a la orilla sacó un cuenco y se arrodilló junto a la roca de Spert. La cabeza con la piel gris de la criatura emergió del agua y miró al niño.

—Llegas tarde. Spert está muerto de hambre —gruñó la criatura.

—Pues toma —dijo Breca depositando el cuenco encima de una roca que había junto al agua—. Come antes de que te dé algo y te mueras.

La criatura salió del agua caminando con su multitud de patas y el segmentado cuerpo resplandeciente. De repente se detuvo, levantó la cabeza y olfateó el aire agitando sus puntiagudas antenas.

—Vaesen —dijo con los dientes apretados, y su boca pareció agrandarse. La piel que la rodeaba se replegó y los huesos de sus mandíbulas sobresalieron para dejar a la vista unos dientes afilados y radiantes. Bufó y de su garganta emanó un vapor negro que formó una nube en el aire.

—¡No! —espetó Breca levantando la mano—. Es Vesli. —Señaló a la tennúr herida en el carro, que miraba fijamente a Spert con los labios dilatados en una mueca que era una mezcla de miedo y amenaza, como un zorro acorralado.

El humo negro que salía de la boca de Spert dejó de borbotear y permaneció suspendido en el aire.

—Está herida. La han expulsado de la manada. Está sola, como lo estabas tú.

—No confíes en los vaesen —murmuró Spert.

Breca rio.

—¡Pero si tú eres uno!

—Bueno —gruñó Spert—. Los tennúr son astutos, no se puede

confiar en ellos. Te robará los dientes. —Una de las numerosas patas de Spert se levantó del suelo para acariciar sus resplandecientes colmillos—. A Spert le gustan sus dientes.

La tennúr se movió en el carro y las mantas que la cubrían cayeron y dejaron a la vista el vendaje que Breca le había puesto alrededor de las heridas.

—Vesli será leal —dijo con una voz que sonó como el rumor del viento entre las hojas de los árboles—. Vesli jura lealtad al spertus y al niño maður. —Miró a Spert y luego a Breca—. Vesli jura que será amiga del spertus y del niño maður. Y los amigos no se roban los dientes.

Spert miró fijamente a Vesli con una expresión pensativa en su rostro demasiado pequeño y arrugado, demasiado similar al de un hombre anciano.

—Júralo con sangre —dijo el spertus—. La sangre es vinculante.

Vesli miró a Spert y luego a Breca. Se encogió los hombros y agitó las alas para poner una garra en la palma de la mano. Deslizó lentamente la uña por la piel para hacer brotar la sangre y a continuación apretó el puño y la sangre goteó.

—Vesli jura ser fiel y leal al niño maður Breca y a su guardián spertus. Vesli lo jura por su sangre.

Spert miró fijamente a Vesli y su cuerpo también se plegó como si encogiera los hombros, respiró hondo y aspiró por la boca la nube negra que flotaba en el aire. Luego metió la cabeza en el cuenco y se puso a comer las gachas mezcladas con la sangre y la saliva de Orka, pues era ella quien lo había capturado y con quien se vinculó hacía ya muchos años. Spert comía y sorbía ruidosamente.

—Al parecer, tiene una nueva mascota con la que jugar. Como si Spert no fuera suficiente —dijo Orka con el ceño fruncido.

—Ese pequeño cabrón malvado no es una mascota —dijo Torkel—. Pero Spert hace bastante bien su trabajo. Todos dormimos más tranquilos con él. En cuanto a la tennúr, ahora tendrá un vínculo con Breca. Tendrá una deuda de sangre con él, si sobrevive. Creo que nuestro hijo está bien protegido. Además, los vaesen viven muchos años y siempre está bien tener amigos. ¿Te tranquiliza pensar que un tennúr cuidará de Breca cuando nosotros seamos comida para los gusanos? —Torkel sonrió a su mujer y le dio un codazo cómplice.

—No sonreirás tanto cuando un día te despiertes y descubras que ese pequeño diablo te ha arrancado todos los dientes.

Torkel pestañeó horrorizado y se tapó la boca con la mano.

—¿Crees que sería capaz de hacer una cosa así?

Orka enfundó el seax y se levantó de la escalera.

—Eso que has dicho antes… lo de darle un hermano a Breca… —Tendió una mano hacia su marido y Torkel esbozó una sonrisa—. Será mejor que nos demos prisa. Tu sonrisa no me parecerá tan seductora cuando solo haya encías en tu boca y tus dientes estén en la barriga de Vesli.

Torkel le cogió la mano, se puso en pie y entraron juntos en la casa.

Unos sonidos atravesaron la granja: el relincho de un caballo, el tintineo de arreos y el ritmo regular de cascos.

—¡Breca, mete en casa a tu nueva amiga! —gritó Orka mientras entraba en la casa para ir a buscar la lanza. Volvió a salir, se detuvo en lo alto de la escalera y aguzó el oído.

Torkel desapareció dentro de la vivienda y regresó con un hacha en las manos que tenía un mango que era tan largo como él y la cabeza barbuda y afilada. Orka miró el arma y dentro de su cabeza oyó un grito desgarrador y vio la silueta de un guerrero recortada sobre las llamas, blandiendo un hacha larga que chorreaba sangre. Se le puso la carne de gallina y empezó a sudar. Miró a Torkel y vio que su marido tenía esa expresión letal en los ojos, como la de un tiburón cuando ataca.

Torkel miró a su mujer.

—Hay ladrones de niños en estas tierras. No pienso permitir que se lleven a mi hijo.

Orka asintió con un movimiento seco. Sacudió la cabeza y todos los músculos de su cuerpo para espantar los recuerdos como hace el caballo con las moscas.

Juntos enfilaron hacia la puerta de su granja mientras Breca cogía en brazos la tennúr y subía corriendo la escalera para entrar en casa.

El ruido de cascos sonó más alto. Había más de un caballo. Orka avanzó con paso firme hasta la puerta, con Torkel a su lado. Resonó un golpe en la madera, como dado con la punta del asta de una lanza o el pomo de una espada.

—¡Torkel! ¡Orka! ¡Abrid la puerta!

Orka fue la primera en reaccionar. Descorrió un cerrojo, miró a través de una mirilla y dirigió un gesto de asentimiento con la cabeza a su marido. Juntos empujaron con los hombros el travesaño de roble que mantenía cerrada la puerta y lo depositaron en el suelo. La puerta se abrió con un chirrido de bisagras.

Tres jinetes los miraban sentados en sus monturas: un hombre joven y dos mujeres, todos ellos guerreros. El hombre llevaba una espada en la cintura, prendida de un cinturón que ceñía una magnífica brynja a su cuerpo; de la punta de su larga nariz colgaba un moco

brillante. Las mujeres vestían prendas de cuero hervido y lana y se cubrían la cabeza con gorros de fieltro y de piel. Sus lanzas descansaban en el pliegue interior de sus codos.

—Guðvarr —dijo Torkel saludando con la cabeza al recién llegado.

Orka vio que la luz regresaba a los ojos de su marido. Ambos sabían que ellos no eran los ladrones de niños. No habrían sido capaces de derribar a Asgrim ni a Idrun.

—¿Qué trae a tres guerreros drengir a nuestra puerta? —quiso saber Orka—. Estáis muy lejos de Fellur.

Guðvarr miró a Orka con la expresión de quien hubiera comido algo que le había dejado un regusto desagradable en la boca. Nada le habría gustado más a Orka que limpiarle el moco de la nariz.

—La jarl Sigrún ha regresado —dijo Guðvarr—. Ha convocado el althing. Se celebrará dentro de seis días, en la Roca de los Juramentos, en el fiordo.

—¿Has hecho este viaje tan largo solo para decirnos eso? —preguntó Orka.

—Ajá. Se tratarán asuntos importantes. La jarl Sigrún quiere que todas las personas que viven en su dominio estén presentes para escuchar lo que tiene que decir.

—¿Y si nosotros no queremos escuchar lo que tiene que decir? —refunfuñó Orka.

Guðvarr la miró con sorpresa, como si le pareciera imposible que pudiera darse una cosa así.

—Entonces deberíais buscar otro sitio donde vivir —espetó una de los drengir que lo acompañaban, una mujer alta y delgada, con el cabello castaño recogido en una trenza y unas facciones prominentes y angulosas—. Si elegís vivir en el dominio de la jarl Sigrún, bajo su protección, asistiréis al althing.

—Bien dicho, Arild —gruñó Guðvarr.

—Os lo agradecemos —dijo Torkel—. Sois bienvenidos si deseáis comer o beber y dar descanso a vuestros caballos. El viaje debe de haber sido largo y duro. —Hizo un gesto con la mano hacia el patio y la casa.

—No —dijo Guðvarr negando con la cabeza—. Aún tenemos que visitar otras tres granjas. Después regresaremos a Fellur. —Tiró de las riendas de su caballo para dar media vuelta y miró a los granjeros por encima del hombro—. ¡Dentro de seis días, en la Roca de los Juramentos! —les recordó, y los jinetes se pusieron en marcha por el estrecho sendero que atravesaba el claro en dirección al bosque.

Torkel y Orka cerraron la puerta y volvieron a colocar el

travesaño.

—No quiero ir a ese althing —dijo Orka—. Sigrún solo hablará de la reina Helka, de los jarlar y las reinas y sus mezquinas disputas.

—Yo tampoco deseo ir —repuso Torkel mesándose la barba y con la mirada perdida—. Pero tampoco nos conviene llamar la atención. Se notaría nuestra ausencia. Al menos Guðvarr la notaría.

—Es un cabrón —gruñó Orka.

—Ya lo creo —dijo Torkel—. Un cabrón que hablará mal de nosotros. Sugiero que vayamos al althing, mantengamos la cabeza gacha y la boca cerrada, y volvamos a casa tranquilamente. —Se encogió de hombros—. Una voz dentro de mi cabeza me dice que deberíamos escuchar lo que va a decir Sigrún. Si Helka ha puesto sus ojos en Fellur y en estas colinas…

Se miraron cuando Breca asomó la cabeza por la puerta de la vivienda, con la tennúr acurrucada entre sus brazos.

—En ese caso iremos al althing de Sigrún —dijo Orka exhalando un largo suspiro y asintiendo con la cabeza, a pesar de que el miedo le oprimía el estómago. Había visto antes esa expresión en los ojos de Torkel y nunca había sido una buena señal.

CAPÍTULO NUEVE

ELVAR

Elvar se despertó tiritando. Una luz tenue brillaba en sus ojos. Las piedras de la playa se clavaban dolorosamente en su espalda a pesar de la capa y de la cota de malla. El rumor rítmico de la marea en los guijarros fue lo primero que oyó. Encima de ella, el toldo tendido entre las lanzas que hacían de postes, una vela de repuesto que se había utilizado para dar un mínimo de protección contra las inclemencias del tiempo, se había combado por el peso de la nieve caída durante la noche. Elvar se dio la vuelta y salió gateando al aire libre.

El sol, una mancha de color bronce que teñía las colinas y la montaña que dominaban la isla, estaba saliendo a su espalda. Al oeste, encima del mar que se extendía detrás del *Jarl de las olas*, que cabeceaba y crujía amarrado en el muelle, el cielo era de un pálido color azul. El viento procedente de la bahía la golpeaba como si fueran esquirlas de hielo que le arañaban la piel. El mar se movía lánguidamente y las gruesas placas de hielo que el deshielo primaveral había arrancado de las Islas del Hielo, situadas más al norte, flotaban a la deriva en su superficie. Elvar divisó a lo lejos las siluetas de otras islas, como si fueran las espaldas encorvadas de gigantes sumergidos. Olas espumosas lamían la orilla.

«Odio el norte», se dijo. Se puso en pie y se estiró. La piel de foca que había utilizado como manta cayó al suelo cuando hizo rotar los hombros para repartir el peso de la brynja. Aún estaban en la playa de Iskalt y, a pesar de que los habitantes del pueblo habían sido sometidos y permanecerían bajo vigilancia hasta su partida, se sentía más segura con la cota de malla puesta.

Otros guerreros continuaban durmiendo debajo del toldo. Elvar vio las largas botas de Biórr, que sobresalían de las demás y que eran motivo de burla. Más arriba en la playa vio a Grend agachado junto a un fuego, sirviendo gachas de una olla de hierro en cuencos de madera. El guerrero la vio y enfiló hacia ella acompañado por el crujido de los guijarros bajo sus botas.

—Ha parado de nevar —dijo el guerrero alargando un cuenco con gachas a Elvar. Esta lo envolvió con las manos y el calor que desprendía se filtró a través de los mitones de lana.

—Tenías que despertarme para el último turno de guardia —

protestó con el ceño fruncido Elvar. Su cuerpo agradecía la amabilidad de Grend tras la lucha con el troll, la dura ascensión por las colinas y la caminata de regreso, pero no había alcanzado la posición que ahora ocupaba en los Terrores de la Batalla eludiendo sus obligaciones. Ella era esa que siempre hacía más que los demás, así se había ganado un sitio en la primera fila del muro de escudos.

«La amabilidad debilita», las palabras de su padre sonaron dentro de su cabeza.

Elvar sopló las gachas, se metió una cucharada en la boca y disfrutó del alimento caliente.

—No podía dormir —se disculpó Grend encogiéndose de hombros, pero los cercos oscuros en torno a los ojos lo delataban. Ya no era joven y los inviernos se acumulaban sobre sus espaldas, aunque era muy probable que todavía pudiera hacer morder el polvo a cualquiera de los miembros de los Terrores de la Batalla, incluido Sighvat. Elvar le había visto hacerlo, cuando el hidromiel circulaba alrededor de un fuego y los guerreros fanfarroneaban y se arrojaban desafíos como si fueran lanzas. Grend nunca fanfarroneaba. No necesitaba hacerlo. Bastaba con mirarlo a los ojos.

Se oyó un rumor, como un trueno lejano, pero Elvar sintió que las vibraciones trepaban por sus botas y hacían temblar sus huesos. Los guijarros de la playa se movieron como si fueran granos de arena deslizándose entre los dedos de una mano. A lo lejos, las estribaciones de la montaña de fuego se estremecieron, los árboles se agitaron, bancos de nieve se precipitaron y las venas rojas de lava brillaron intensamente. Elvar sintió miedo, y el mundo pareció detenerse cuando toda la gente que estaba en la playa interrumpió lo que estaba haciendo y se volvió hacia la montaña.

Y entonces el mundo recuperó la normalidad. El rumor se debilitó como el estruendo de una tormenta lejana.

—Lik-Rifa se revuelve en sus cadenas —murmuró Grend.

—La diosa dragón murió hace mucho tiempo, si es que alguna vez existió —repuso Elvar.

Grend la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Todo el mundo sabe que no murió con el resto de los dioses el día del Guðfalla —gruñó Grend—. La engañaron astutamente y quedó atrapada en una cámara debajo de Oskutreð, el Gran Fresno, así que no pudo estar al lado de Snaka, su padre.

Elvar se encogió de hombros.

—¿Y de qué va a alimentarse un dragón durante trescientos años encerrado en una cámara de piedra donde solo hay raíces y tierra? —Elvar resopló—. Si de verdad existió, seguro que se murió de hambre.

—Roba el alma de los guerreros que atraviesan su cámara cuando emprenden el viaje de las almas —dijo Grend—. Todo el mundo lo sabe. Por eso debemos morir con un arma en la mano, para luchar con ella cuando atravesamos Vergelmir, su cámara oscura. Es la última prueba del guerrero.

—Solo es un cuento de hadas para que los niños se porten bien —replicó Elvar rememorando las historias que su padre les había contado a ella y a sus hermanos sobre Lik-Rifa. Según él, se comía a los niños que se escapaban de casa por la noche.

—Entonces, ¿cómo explicas eso? —preguntó Grend señalando con la cabeza la montaña estriada de venas rojas—. ¿No has notado cómo se movía el suelo?

—El hecho de que no sepa la causa de algo no significa que lo haya hecho una diosa dragón —respondió Elvar.

—Por eso no tienes amigos. —Grend resopló y sacudió la cabeza.

Elvar gruñó y volvió a concentrarse en sus gachas. Mientras comía, paseó la mirada por la playa y vio a un grupo de guerreros de los Terrores de la Batalla que salían de las cabañas del pueblo, muchos de ellos empujando barriles de pescado en conserva y de carne de tiburón en salmuera. Se dirigían al embarcadero, al *Jarl de las olas*. Dos hombres transportaban un haz de colmillos de morsa atados con una cuerda. Otros llevaban sobre los hombros pieles enrolladas, de oso, de reno y de zorro del ártico. Un par de guerreros guiaban media docena de cabras por la playa en dirección al embarcadero acompañados por los balidos de los animales. Agnar apareció con su capa de piel de oso negra, y detrás de él, Sighvat, a cuya espalda, encadenados, iban el thrall hundur y el nuevo prisionero, Berak, seguidos por una docena de Terrores de la Batalla. Aparecieron más guerreros en la playa, escoltando a la mujer de Berak y a su hijo.

Agnar vio a Elvar y cambió de dirección para enfilar hacia ella. Sighvat se llevó el cuerno a los labios y sopló. El sonido, fuerte y melancólico, retumbó por toda la playa. Todos los que seguían durmiendo debajo de la vela de repuesto del *Jarl de las olas* se despertaron en ese momento, salieron gateando del improvisado refugio y se lamentaron por el frío que los recibió. Extrajeron de los guijarros las lanzas que hacían de soportes y enrollaron la vela. Elvar vio que Biórr se levantaba con los ojos somnolientos y el cabello negro enmarañado. Cuando la vio, Biórr inclinó la cabeza y le sonrió.

—No me gusta —gruñó Grend.

—A ti no te gusta nadie a quien yo le guste —replicó Elvar.

Grend se encogió de hombros sin desmentir esa afirmación.

Agnar se detuvo delante de Elvar y de Grend, buscó debajo de su

capa y sacó la mano cerrada alrededor de un objeto. La abrió. Era uno de los colmillos del troll, largo como un cuchillo; en uno de sus extremos había hecho un agujero por el que había ensartado un cordón de cuero. Agnar lo pasó alrededor de la cabeza de Elvar y se lo colgó del cuello.

—Lo hiciste bien —la felicitó el líder de los Terrores de la Batalla, y se marchó.

Sighvat lo siguió. El thrall hundur caminaba con la cabeza agachada y los hombros caídos. Berak, el nuevo prisionero, no despegaba los ojos de su mujer y de su hijo, a quienes los guerreros conducían en dirección al muelle. El collar y las manillas de hierro le habían dejado en carne viva el cuello y las muñecas.

Elvar sonrió a Grend, con el pecho henchido de orgullo mientras levantaba el colmillo y lo contemplaba. Un colmillo de troll valía más que su peso en oro, pero eso a Elvar le traía sin cuidado. Eran el honor que Agnar le había concedido y la fama que se había ganado en la batalla lo que encendía el fuego dentro de su pecho. Todos los Terrores de la Batalla que había a su alrededor la observaban y asentían con la cabeza. Todos llevaban un trofeo similar obtenido tras matar a un rival: un hueso, un diente, un colmillo, una garra… Todos ellos entregados por Agnar cuando este juzgaba que se lo habían ganado.

«Llevo menos de tres años navegando con los Terrores de la Batalla y nadie ha llegado más alto que yo en ese tiempo.»

—Tuyo fue el golpe definitivo —dijo Grend con una sonrisa que apenas alcanzó las comisuras de sus labios. Sus dientes destellaron entre la barba entrecana—. Es lo justo.

Elvar devolvió a Grend el cuenco vacío y enfiló hacia donde había estado la tienda de campaña improvisada para recoger el escudo y la lanza. Grend se acercó a la orilla, se agachó en la espuma y lavó los cuencos. Al final del embarcadero, los guerreros estaban subiendo a bordo del *Jarl de las olas* los barriles y las pieles. Elvar vio a la mujer prisionera y al niño sentados en el borde del muelle, esperando. El niño balanceaba las piernas sobre los guijarros y la espuma del mar.

Biórr se acercó a ellos con dos cuencos de gachas humeantes y se los ofreció. La mujer aceptó uno con cautela y dijo algo a su hijo. Biórr se agachó al lado del pequeño y le dio el otro cuenco.

Entonces Agnar se puso a bramar órdenes y el embarcadero se convirtió en un hervidero de actividad. Los guerreros saltaron por encima de la borda a la cubierta del *Jarl de las olas*. Elvar enfiló a grandes zancadas por la playa en dirección al muelle y pasó junto al bastidor en el que se había tendido la piel del troll para rascarle la

grasa. Junto a este había un saco con el esqueleto de la bestia, obtenido tras hervir los huesos para separarlos de la carne. También había barriles con las partes valiosas del monstruo, la piel enrollada, un tarro con sus dientes, los testículos en salmuera, el corazón y el hígado en un barril con hielo. Las uñas de los pies se molerían para convertirlas en polvo. Todo eso se vendería a buen precio.

Elvar saltó con agilidad del muelle a la cubierta del barco, sorteó las cabras que estaban siendo llevadas a la popa del drakkar, donde las encerrarían debajo de una vela usada como toldo. Luego dejó la lanza en el soporte situado en el centro de la nave, la cambió por su remo y se dirigió a su baúl. En la amura del barco estaba acurrucada la corrompida Kráka, durmiendo.

Elvar llegó a su baúl, encajó el escudo en la rendija que recorría la pared interior del casco, se quitó los mitones, se desabrochó el cinturón de las armas, lo enrolló alrededor de la espada, el hacha y el seax, abrió el baúl y guardó todo dentro. A continuación se quitó el otro cinturón, donde llevaba el morral con los utensilios para encender fuego y la bolsa con los medicamentos, además de que le ayudaba a repartir el peso de la cota de malla, y también lo metió en el baúl. Después se encorvó, sacudió el cuerpo para deslizar la brynja alrededor de la cabeza como si fuera una serpiente mudando la piel y la envolvió en una piel de oveja. Finalmente cerró el baúl, se abrochó la capa de piel de foca en torno al cuerpo con una fíbula de hierro y volvió a ponerse los mitones.

Todos las personas que tenía a su alrededor realizaban el mismo procedimiento; los guerreros almacenaban y acumulaban provisiones, llenaban sus baúles, guardaban la cota de malla y las armas. Sighvat estaba al final de la cubierta con los dos thrall con los collares, clavando anillas y pernos de hierro en la madera de la regala para que no pudieran moverse libremente. La mujer y el niño fueron trasladados a empujones debajo del toldo para que se sentaran junto a las cabras.

Algo atrajo la mirada de Elvar, en el agua, a estribor. Unas placas de hielo se movieron y una de ellas se elevó impelida por la marea. Se produjo el borboteo de una zambullida, se formaron unas ondas en el mar y una estela de espuma blanca.

—¡ATENTOS AL AGUA! —gritó Elvar.

Hubo un momento de silencio cuando todas las cabezas se volvieron hacia ella en el mismo instante en que Elvar se levantaba de un salto de su baúl y corría hacia su lanza. A continuación se produjo una erupción de hielo y agua salada y un monstruo con un cuerpo de serpiente emergió del mar. Su cabeza, recubierta de escamas, era del

tamaño de una de las cabañas de la playa, y su boca abierta, cuyo interior de carne blanda era de un intenso color rojo sangre, estaba llena de hileras de dientes afilados como cuchillas.

—¡SJÁVARORM! —bramó Agnar cuando la cabeza de la serpiente golpeó el toldo bajo el cual balaban las cabras.

La sangre y los gritos colmaron el aire cuando el monstruo lanzó una dentellada y echó la cabeza hacia atrás con un trozo de vela ensangrentada y media cabra colgando de la boca. Los otros animales huyeron despavoridos y la mujer y el niño echaron a correr en diferentes direcciones.

Volaron lanzas hacia la serpiente y algunas perforaron su sinuosa piel de color verde grisáceo. Manó sangre oscura de las heridas. El monstruo elevó la cabeza en el aire y abrió las fauces mientras se tragaba la media cabra. Luego su cabeza y parte de su cuerpo cayeron sobre la cubierta del drakkar e hicieron añicos la regala. El barco se balanceó salvajemente y se oyeron más gritos. Sighvat se adelantó con paso resuelto y asestó un hachazo al cuerpo del monstruo, justo debajo de la base del cráneo. La serpiente se agitó, embistió a Sighvat y lo lanzó por el aire. Luego se deslizó hacia el otro lado y golpeó al niño, que intentaba llegar a donde estaba su madre. El pequeño voló por el aire y cayó al mar.

Berak lanzó un rugido y salió disparado detrás de su hijo, sin embargo, las cadenas del cuello y de las muñecas tiraron hacia atrás de él. El berserkir agitó brazos y piernas y gritó, pero las cadenas no se rompieron.

Elvar no se lo pensó dos veces, se encaramó de un salto a la regala y buscó con la mirada algún rastro del niño. Divisó una sombra debajo de las olas, hundiéndose, así que soltó la lanza, tomó aire y se arrojó al mar.

Oyó la voz de Grend gritando su nombre.

El agua estaba helada, tan fría que la sintió como si fuera un torno aplastándole el pecho. Vio al niño, que miraba hacia arriba con los ojos desorbitados y los brazos extendidos, y se impulsó con las piernas hacia él. Sus dedos se tocaron y con un último pataleo, le agarró la muñeca, se dio la vuelta dentro del agua y nadó hacia la superficie. El cuerpo de la serpiente se hallaba cerca, grueso como un tronco, sumergido en las tinieblas líquidas. Por fin Elvar emergió del agua y aspiró con un jadeo una bocanada de aire frío. La serpiente levantó la cabeza de la cubierta del *Jarl de las olas* y se zambulló en el mar, lo que provocó una ola que alejó a Elvar y al niño del barco.

Alguien saltó de la nave y se oyó un estrépito cuando Grend impactó con el agua y nadó con enérgicas brazadas hacia Elvar.

El niño tenía la cabeza fuera del agua y estaba gritando, Elvar supuso que llamaba a su madre o a su padre, y agitaba brazos y piernas debajo del agua como si fuera una foca con una lanza clavada.

La serpiente volvió la cabeza bruscamente al oír el alboroto y fijó sus ojos negros en ellos. Con una sacudida ondulante del cuerpo, se lanzó hacia allí, cortando el agua con las fauces abiertas como la roda de un drakkar. Su estela elevó a Grend, que bramó y nadó con más vigor, pero Elvar sabía que no llegaría antes que la serpiente. El guerrero cambió de dirección y se acercó a la serpiente, chocó con su cuerpo y sacó un cuchillo del cinturón para apuñalarla con frenesí. La espuma del mar se tiñó de rojo, pero el monstruo no se percató de lo que estaba pasando.

Elvar bajó la mano buscando un arma, pero no encontró nada. Entonces recordó que había guardado el cinturón de las armas en el baúl.

«Voy a morir.»

El miedo se apoderó de ella. La serpiente tenía la boca abierta y el agua corría por sus colmillos.

Elvar apretó los dientes, maldijo a la serpiente que se deslizaba a toda velocidad hacia ella, cogió aire y se preparó para sumergirse, con la estúpida esperanza de esquivar las fauces del monstruo.

De repente el cuerpo de la criatura se onduló con un estremecimiento y un sonido nuevo, un canto agudo y fúnebre, se filtró a través del ruido atronador de las olas. El monstruo sacó la cabeza del agua, se volvió hacia el barco y se detuvo.

Encima de la regala había una mujer cantando.

La serpiente sostuvo la cabeza sobre la superficie del agua, con el cuerpo inmóvil, flotando sobre las olas. Después emitió un silbido irregular y se sumergió. La masa de su cuerpo se elevó en el aire y después desapareció bajo el mar provocando una erupción de espuma con la cola. En cuestión de segundos el mar quedó en calma, como si la serpiente nunca hubiera existido.

Grend llegó junto a Elvar, le envolvió un brazo con el suyo y la arrastró hacia el barco. Desde la borda les lanzaron un cabo y varios brazos los subieron a la cubierta, donde Elvar se agitó como si fuera un pez, jadeando y temblando.

La madre del niño dejó de cantar y corrió hasta su hijo, lo arrancó de los brazos de Elvar y lo abrazó con fuerza mientras él sollozaba.

—Idiota —masculló Grend cuando cayó a la cubierta desde el otro lado de la regala y se tumbó al lado de Elvar. Se incorporó y la miró—. ¿Estás herida?

—No, aunque no siento los dedos de los pies.

—Espero que ese pez te los haya arrancado, así aprenderás la lección. Idiota.

—Me has seguido. ¿En qué te convierte eso a ti? —dijo Elvar sonriendo.

—En un idiota aún más grande —murmuró Grend.

Elvar notó una mano en la mejilla. Era la madre del niño.

—Gracias —susurró la mujer.

Elvar asintió con la cabeza mirando a los ojos a la mujer. Eran pálidos, del color azul grisáceo del mar en un día sin viento. Su cabello era claro y su tez pálida; debajo de la túnica y de la capa ceñidas al cuello se entreveían las líneas sinuosas de unos tatuajes azules.

—¿Qué tiraste a la balsa de lava? —le preguntó en voz baja y con un tono reposado.

La mujer pestañeó, su boca adquirió un gesto duro y miró fijamente a Elvar.

Agnar apareció a su lado y miró a la madre del niño.

—Así que eres una bruja seiðr, con sangre de Snaka en las venas —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Si no fuera porque están todos muertos, pensaría que los dioses están sonriéndome.

La mujer no dijo nada.

Agnar entornó los ojos.

—Como uses tus poderes con mi tripulación, lo que quedará de tu hijo no servirá ni siquiera para alimentar una serpiente.

La mujer le sostuvo la mirada y asintió escuetamente.

Agnar sonrió de nuevo.

—¡Traedles ropa seca! —gritó. Luego dio media vuelta y enfiló por la cubierta sorteando charcos de sangre y agua mientras los guerreros limpiaban los restos de las cabras y revisaban las tracas del casco donde la serpiente había golpeado el barco. Llegó a la proa del *Jarl de las olas*, desde donde el dragón tallado en la roda contemplaba el mar. Allí estaba sentada la thrall Kráka. Esta levantó la mirada hacia él y Agnar estiró el brazo y la abofeteó.

—Tu tarea es proteger este barco y esta tripulación de los vaesen marinos —espetó.

—Lo siento, señor —dijo Kráka sangrando por el labio—. No estaba preparada. Me quedé dormida. —Negó con la cabeza—. Estuve cantando para proteger la nave durante el largo viaje hasta aquí. —Su tez era gris como la madera de fresno, con unas arrugas profundas que le daban el aspecto de cera derretida.

«La magia de la bruja seiðr tiene un precio», pensó Agnar. Levantó la mano para volver a pegarla, pero se lo pensó mejor y la

bajó.

—Tal vez te he exigido demasiado. —Dejó uno de los cuernos del troll en el regazo de Kráka, que acarició con su manos largas y huesudas la punta suave y recubierta de pelusa—. Aquí tienes algo de lo que puedes sacar poder. Para el camino de vuelta a casa.

—Gracias, señor —murmuró Kráka.

—Haz que surquemos estas aguas sin peligro —dijo Agnar acariciando con los dedos la cadena de hierro que la ataba—, y mantén las serpientes alejadas de nuestro barco.

La thrall levantó la mirada hacia él.

—*Hlýða og fá verðlaun* —dijo Agnar en la lengua galdur. Unas estrías rojas recorrieron el hierro frío y en el cuello de Kráka apareció un mapa de fuego.

—Sí, señor —dijo ella asintiendo con la cabeza.

Agnar dio media vuelta y enfiló hacia la caña del timón. La nave ya estaba limpia y las cabras supervivientes habían regresado a su redil. Los hombres y las mujeres de la tripulación aguardaban sentados en sus baúles.

Elvar se quitó la ropa mojada y se puso unos pantalones y una túnica de lana antes de regresar a su baúl, se sentó y respiró hondo. Aún tenía el pulso acelerado por la impresión de verse delante de la sombra de la muerte, por la euforia por haberla esquivado, por la alegría de estar viva. Una catarata de emociones la inundaba. Grend se sentó delante de ella y le lanzó una última mirada sombría.

—¡REMOS! —bramó Sighvat.

Elvar giró la tapa de la porta, introdujo el remo por el agujero y se puso cómoda encima del baúl, sosteniendo el remo sobre las olas.

Soltaron las amarras y empujaron con las lanzas para apartarse del muelle. La marea los llevó mar adentro.

—¡REMOS! —repitió Sighvat, y cincuenta remos escindieron el frío mar—. ¡TIRAD!

Elvar se movió. Su espalda y sus hombros se encorvaron y tiraron mientras Sighvat buscaba el trozo de cuerda anudado para marcar el ritmo con un viejo escudo. El drakkar avanzó perezosamente al principio, mientras salía de la bahía, pero poco a poco fue ganando velocidad y comenzó a abrir un tajo blanco a través de las tenebrosas aguas verdosas. Un gélido viento del norte hizo brotar lágrimas en los ojos de Elvar, aunque su cuerpo entró en calor al cabo de cincuenta latidos del corazón y poco después el sudor comenzó a evaporarse en su frente.

Pasaron entre los dos brazos curvos de granito negro que formaban la bahía, donde seguían las focas y los frailecillos, y después

salieron a mar abierto, recibiendo el viento por la banda de estribor. La altura de las olas aumentó repentinamente. Elvar advirtió movimiento en el agua, cosas que ascendían y se deslizaban por debajo de las olas mientras Agnar luchaba con el timón. La proa viró hacia el sur y Kráka comenzó a entonar su canción de las serpientes. La melodía escindió el silbido del viento y el rugido del mar y se desplegó como una red de pesca. A partir de entonces desaparecieron las figuras que se atisbaban bajo las olas.

—¡MÁSTIL! —bramó Sighvat.

Una docena de guerreros retiraron los remos y saltaron a la cubierta para fijar el mástil en la fogonadura que estaba en el centro de la nave. A continuación introdujeron unas cuñas y las golpearon con los martillos para asegurar el palo. Entretanto, otros guerreros tiraron de la driza para levantar la verga y la vela blanca del *Jarl de las olas* se desplegó y colgó flácidamente durante unos segundos, como un odre vacío, mientras los hombres ataban las jarcias, hasta que capturó el viento del noroeste que soplaba con fuerza en aquel canal entre las islas y el drakkar cabalgó hacia el sur como un semental del mar.

—¡REMOS! —gritó Sighvat.

Elvar levantó el remo del agua, lo introdujo chorreando y lo dejó en el centro de la nave. Luego se sentó en el banco y respiró hondo varias veces mientras el dolor en la espalda y en los hombros remitía lentamente.

Alguien se sentó a su lado y Elvar vio que era Agnar. Estaba sonriendo, como siempre cuando se echaban al mar. Sighvat se había hecho cargo del timón y los llevaba hacia el sur.

—No sé si eres muy valiente o si estás muy loca. Tal vez estés como una cabra —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo se te ocurre tirarte a un mar infestado de serpientes?

Elvar se encogió de hombros. Tampoco ella sabía si era valiente o estaba loca. «Quizá esté loca. No pierdo el tiempo pensando en ello. ¿Eso significa que deja de considerarse valentía?»

Agnar se quitó un brazalete de oro y lo deslizó por el brazo de Elvar hasta que quedó apretado a él.

—Gracias, señor —dijo entre dientes Elvar.

—El valor y la locura son cualidades admirables a la hora de enfrentarse con un vaesen y merecen una recompensa —dijo Agnar. Se le borró la sonrisa de los labios—. Quiero que sepas que tengo la intención de llevar a nuestra presa a Snakavik. El jarl Störr es famoso por su guardia de thrall berserkir y creo que él nos pagará el mejor

precio.

Elvar miró fijamente a Agnar. Se sentía como si acabara de caerle una piedra dentro del estómago y le aplastara la alegría que había sentido al recibir el brazalete de Agnar.

Agnar se encogió de hombros.

—Me parecía que debías saberlo cuanto antes. ¿Es un problema para ti?

—No —respondió Elvar cuando consiguió hablar de nuevo, aunque la agitación que sentía en el estómago le decía lo contrario.

—Bien. —Agnar se puso en pie—. Has llegado muy alto en los Terrores de la Batalla. Considéralo otra batalla, una en la que no luchas con el filo de tu arma sino con el cerebro y la astucia.

Elvar asintió y Agnar se alejó.

Grend se volvió sentado en su baúl y la miró sin decir nada.

—Así que volvemos a casa —dijo Elvar.

CAPÍTULO DIEZ

ORKA

Orka ascendía por el serpenteante camino que conducía a la Roca de los Juramentos. Un viento del oeste barría la isla en el fiordo y agitaba las aguas que la rodeaban, arrojando olas con las crestas espumosas a la playa que había delante de Fellur. Orka se detuvo, echó la vista atrás y contempló la multitud de embarcaciones a remo que se dirigían a la isla de la Roca de los Juramentos. La mayoría eran barcos de pesca y snekkar ligeros, aunque también vio un drakkar partiendo del muelle del pueblo. Treinta remos lo catalogaban como un drakkar pequeño, aunque su casco y las tracas tenían unas líneas pulcras y amenazantes y la proa se alzaba alta y orgullosa. Su visión hizo hervir la sangre en sus venas.

La jarl Sigrún y sus drengir.

—Vamos, mamá —dijo Breca tirándole de la manga. Estaba entusiasmado con su primer althing. Torkel caminaba con grandes zancadas delante de ellos y desapareció al doblar una roca cubierta de musgo.

Orka gruñó y reanudó la marcha siguiendo el camino que ascendía sinuosamente a través de helechos y árboles vencidos por el viento, hasta que el terreno se nivelaba y el sendero se adentraba en un claro. Allí se alzaban los restos de una enorme roca con inscripciones rúnicas. Había sido más alta en otro tiempo, pero ahora era poco más que un tocón y las sutiles runas angulosas apenas se entreveían en las esquirlas irregulares de su base.

Breca soltó un grito ahogado y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Torkel apoyándose en el tronco torcido de un espino. Llevaba puestos el gorro de lana y la capa de piel de lobo encima de la túnica de lana; un seax y un destral colgaban de su cinturón.

—Es más pequeña de lo que esperaba —respondió Breca.

—Bueno, hubo un tiempo en el que fue más grande. Tal vez tan alta como una sala de hidromiel —dijo Torkel—. La machacaron a martillazos.

—Es una pena —se lamentó Breca.

Torkel arqueó una ceja.

—¿Por qué destruir algo que alguien consideró digno de ser construido? —explicó Breca.

—¡Ja, ja, ja! He ahí un pensamiento profundo. —Torkel sonrió—. Esto… Algunos disfrutan con la destrucción. Pero en este caso no fue eso lo que pasó. Esta era una piedra de juramentos, donde las personas hacían sus juramentos de sangre a los dioses, sellaban sus alianzas con ellos y los adoraban. Y adorar a los dioses muertos ahora está prohibido. Se castiga con la muerte.

Una imagen cruzó la mente de Orka, la de una mujer en una jaula de hierro sostenida en alto, con los cuervos picoteando sus ojos y su lengua.

—No me parece justo —dijo Breca—. ¿Qué mal puede hacer?

—¿Qué mal? —Torkel se echó a reír—. La mayoría de la gente te dirá que los dioses muertos hicieron mucho mal. Destruyeron el mundo. Por eso se odian. Por eso cuando los pocos seres humanos que sobrevivieron al Guðfalla salieron de las ruinas de la caída de Snaka empezaron a odiar y a perseguir a los descendientes de los dioses, aquellos cuya sangre estaba corrompida por su linaje.

Breca se mordió el labio mientras reflexionaba sobre las palabras de su padre.

—Entonces, ¿por qué se celebra aquí el althing?

—Otra buena pregunta y otro pensamiento profundo. —Torkel se encogió de hombros—. Quizá porque el pasado está arraigado en nuestra sangre y nuestros huesos —murmuró—. Es una cuerda invisible que nos ata a él, nos guste o no.

Orka se fijó en el ceño fruncido de su hijo y se dio cuenta de que al niño no le convencía mucho la respuesta. Se acercó a su marido para resguardarse del viento detrás de su enorme cuerpo y del tronco del espino. Asintió con la cabeza para darle las gracias a Virk, el pescador que se había ofrecido a llevarlos en su barca de remos a la Roca de los Juramentos junto a sus dos hijos, Mord y Lif.

El claro estaba llenándose de gente procedente de muchas leguas a la redonda para el althing. Las praderas que se extendían alrededor de Fellur estaban ocupadas por tiendas de campaña, pues el althing podía alargarse varios días y todas las personas que vivían dentro de los límites de las tierras de la jarl Sigrún estaban obligadas a asistir, o al menos debía hacerlo un representante de cada familia. Orka veía pescadores y granjeros, curtidores y herreros, constructores de barcos y peleteros, individuos de toda clase y condición que vivían en los dominios de la jarl Sigrún, cuya población crecía año tras año junto con su renombre.

Orka advirtió que Virk la miraba de reojo y le hizo una seña para que se acercara.

—Gracias por traernos —dijo Orka. Le ofreció una pieza de cobre

tallado.

—Guárdalo —dijo Virk—, y acuérdate de mí la próxima vez que vengáis al pueblo con vuestras pieles.

Orka asintió.

—Eso está hecho, siempre y cuando tengamos una plaza en tu barca para volver a la playa una vez que esto acabe.

—Eso dependerá de lo generosos que seáis con vuestras pieles —respondió sonriendo.

—Dime —dijo Orka inclinándose hacia Virk. Le susurró—: ¿Se sabe algo del hijo de Asgrim, Harek?

La sonrisa de Virk se desvaneció y el pescador negó con la cabeza.

—Guðvarr envió exploradores al río, al lugar al que las huellas llevaron a tu marido. Pero eso es todo. No ha enviado barcos ni perros. —Sacudió la cabeza—. No le importan nada Asgrim ni Idrun, a pesar de que eran personas libres y tenían el mismo derecho a que se hiciera justicia como cualesquiera otras, pero…

Orka sabía de lo que hablaba Virk, pues recordaba las palabras de Guðvarr.

«Estaban buscándose problemas», había dicho el drengr. Orka notó que se le torcía el labio de la rabia al recordarlo. «“Buscándose problemas”, como si fuéramos inferiores por vivir fuera del pueblo.»

—¿Y de los otros niños? —preguntó Orka—. Dijiste que Harek no era el primero que desaparecía.

El pescador se encogió de hombros.

—A los Haraldurson, de Howbyr, les robaron dos hijas y un hijo. Por la mañana encontraron los jergones vacíos. Los niños habían desaparecido sin dejar rastro. Y una familia de Kergarth cuyo nombre no recuerdo… Encontraron a los padres muertos y sus hijos habían desaparecido. —Virk miró fijamente a Orka—. A mí no me parece una coincidencia.

Orka asintió. Howbyr estaba a diez o doce leguas al norte y Kergarth estaba a seis leguas siguiendo la costa.

—Circulan otros rumores, de más niños robados, pero esos casos solo los conozco de oídas.

—Deben ser niðing, forajidos —sugirió Orka—. Roban a los niños y luego los venden como thrall. —Se formó en su cabeza la imagen de Breca raptado en plena noche y un collar de hierro que se cerraba alrededor de su cuello. El miedo le oprimió el pecho y un estremecimiento de rabia le recorrió el cuerpo. Puso una mano en el hombro de su hijo.

—Estoy de acuerdo —repuso Virk—. Tal vez deberíamos salir a capturarlos. A lo mejor lo hacemos mejor que Guðvarr. Aunque eso no

debería ser difícil, porque es un cachorrito que juega a ser un jarl.

—Capturar ladrones y asesinos no es lo mismo que pescar —repuso Orka.

—No siempre he sido pescador —dijo Virk encogiendo los hombros y dejando caer una mano a la cabeza del hacha que colgaba de su cinturón—. Y sospecho que tu marido y tú tampoco habéis sido siempre tramperos.

—Vivimos en Vigrið, la Llanura de la Batalla —dijo Orka encogiéndose de hombros—. Allí solo los tontos no aprenden a defenderse.

Virk levantó las manos hacia Orka al reparar en su mirada inexpresiva.

—Vuestro pasado es asunto vuestro. Pero preferiría teneros a Torkel y a ti a mi lado en una pelea que a esa comadreja llorona —dijo señalando con la cabeza a Guðvarr—. En cuanto a esos niðing… —Virk torció el gesto—. Los asesinos y los ladrones de niños no merecen respirar el mismo aire que nosotros.

Orka asintió. Siempre había sabido que Virk no era un simple pescador. Había visto otros hombres como él, cuyas emociones borboteaban bajo la superficie como las serpientes en las aguas tranquilas del fiordo. Con ellos la violencia siempre estaba a punto de estallar. Sabía perfectamente que los verdaderos guerreros no eran los fanfarrones como Guðvarr, sino aquellos que nunca amenazaban violencia…

El murmullo de una multitud de conversaciones decayó y Orka levantó la cabeza y vio que un grupo de guerreros formado por una docena de drengir entraba en el claro. Entre ellos estaba Guðvarr, que avanzaba ufano enfundado en su brynja, con la espada sobre la cadera y el moco colgando permanentemente de la nariz. Las mujeres que lo habían acompañado a la granja de Orka iban con él. Orka no había podido olvidar a Arild, la que tenía una cara que parecía un cuchillo de carnicero. Todos estaban radiantes en sus cotas de malla, el cuero brillante y con los aros de plata o bronce. Se desplegaron formando un semicírculo ante los restos de la piedra de los juramentos para permitir que la jarl Sigrún entrara en el claro seguida por otra docena de drengir.

La jarl era una mujer alta, aunque no tanto como Orka, ni tan corpulenta. Sin embargo caminaba con una fuerza y una elegancia que revelaban que se estaba en presencia de una guerrera. Llevaba puesta una cota de malla de anillas remachadas y un torques de plata alrededor del cuello. En los brazos exhibía más brazaletes de plata. No se había convertido en jarl con palabras amables y buenas acciones;

era una verdadera guerrera que había conquistado un trozo de tierra y había luchado con cualquiera que la hubiera desafiado. Hombres y mujeres la habían apoyado, atraídos por su fuerza y su promesa de tierras y estatus, y de esa manera había crecido su poder. Era una historia que Orka había visto repetida un centenar de veces. Esa tierra había sido libre en el pasado, pero ahora estaban dividiéndola en pequeños trozos esos mezquinos jarlar, hombres y mujeres ávidos de riqueza y poder. Unos tenían más éxito que otros y se difundía la fama que se ganaban en la batalla, sus riquezas aumentaban y atraían a los guerreros, que acudían en manada para ponerse a su servicio. La jarl Sigrún no era la más poderosa, aun así seguía siendo una fuerza que no debía tomarse a broma. El hecho de que llevara ocho años gobernando y siguiera respirando decía mucho sobre ella.

Un paso por detrás de la jarl, como un perro fiel, caminaba otra guerrera, una mujer con el rostro demacrado y cubierto de cicatrices, los costados de la cabeza afeitados y el pálido cuero cabelludo recorrido por sinuosos tatuajes. Una tupida trenza de pelo gris y negro le cruzaba la parte central cabeza desde la frente hasta la nuca. Vestía unos pantalones lisos y una túnica de lana, y de su cinturón colgaban dos seax, uno delante y otro a la espalda.

Y un collar de thrall le ceñía el cuello.

Sin embargo, lo que llamó la atención de Orka fueron sus ojos, inexpresivos e inmisericordes, con los que escrutaba la multitud como si estuviera estudiando una presa.

La jarl Sigrún tenía muchos thrall, para limpiar, cocinar y trabajar en sus granjas, pero era la primera vez que Orka la veía con uno que era guerrero. Y esta tenía una expresión que Orka había visto antes.

Emanaba desesperanza.

Al verla se le puso la carne de gallina, como si una araña estuviera correteando por su espalda.

—Sed todos bienvenidos —dijo la jarl cuando se detuvo delante de la piedra de los juramentos, con los drengir desplegados en torno a ella como si fueran una mano con los dedos ligeramente flexionados. La thrall guerrera merodeaba a su espalda. La voz de Sigrún sonó fuerte y rebosante de confianza, y se elevó por encima del silbido del viento para llegar a los oídos de los centenares de personas que había reunidas—. No soy una de esas personas que hablan mucho y sin sustancia, así que iré al grano y lo diré con pocas palabras: he jurado lealtad a la reina Helka. —Se levantó la manga de la túnica de lana para mostrar un corte reciente en el antebrazo, apenas cubierto por una costra—. Y he sellado mi juramento con sangre.

Un murmullo resonó en el claro.

—¡Entonces has venido para darnos la buena noticia de una subida de los impuestos! —exclamó Virk al lado de Orka. Otras voces le expresaron su apoyo y su enfado.

La jarl Sigrún volvió los ojos hacia el pescador y lo miró fijamente durante un largo momento. Virk le sostuvo la mirada. Orka percibía la ira que emanaba de él.

—No. He venido para deciros que el mundo está cambiando y que debemos cambiar con él —contestó Sigrún—. Me convertí en la jarl de Fellur hace ocho años y juré por mi sangre y por mi vida proteger el pueblo y a aquellos que vivían en él. Eso es lo que he hecho, y he extendido esa protección para que podáis vivir más seguros en las llanuras y en las colinas que hay hasta donde alcanzan vuestros ojos.

—En un día nublado, es posible —susurró uno de los hijos de Virk en el oído del otro.

—Pero no puedo protegeros de lo que se avecina —declaró Sigrún.

—¡Aquí la vida va bien tal como está! —replicó Virk.

—¡No necesitamos cambios, ni a Helka! —añadieron sus hijos al unísono.

—Es cierto, la vida ha ido bien aquí, en Fellur, pero la vida se divide en estaciones, y las estaciones no duran siempre. Los jarlar están levantándose en toda Vigrið, jarlar poderosos de los que yo sola no puedo protegeros. El jarl Störr en el noroeste ha expandido sus fronteras hacia el sur y hacia el este y ha puesto sus ojos en estas tierras. En este fiordo. El jarl Orlyg de Svelgarth, al este, ha realizado incursiones en nuestro territorio. Y la reina Helka, también ella es… ambiciosa.

«Jarlar ambiciosos… Ya he visto el precio que nos hacen pagar. Y Helka se hace llamar reina. Solo quiere sacar la cabeza por encima de la manada y controlarlos a todos. Es exactamente lo que Torkel temía. Incluso peor.»

Orka y Torkel se miraron con el ceño arrugado como si fuera un nubarrón.

—¡Quiere nuestras tierras y el fruto de nuestro trabajo! —espetó Virk—. ¡Nos convertirá en arrendatarios que le pagarán unos impuestos por una tierra en la que hemos cazado, que hemos domesticado y labrado sin su ayuda!

La thrall guerrera dejó de caminar en círculo detrás de la jarl y volvió su mirada inexpresiva hacia Virk. Permaneció inmóvil de una manera que no parecía natural.

Uno de los hijos de Virk puso una mano en el brazo de su padre,

pero este se lo quitó de encima.

De la multitud salieron muchos gritos de apoyo al pescador.

Un hombre se adelantó. Llevaba puesto un elegante sombrero de fieltro rojo ribeteado de pieles, y una barba pálida, recogida con anillas de oro, le colgaba sobre el pecho de la túnica de lana, también roja. Orka y Torkel habían hecho negocios con él en alguna ocasión. Se llamaba Fálki Torilsson y había sido granjero, pero unos yacimientos de estaño que descubrió debajo de sus prados le habían hecho rico.

—Virk solo dice lo que muchos de nosotros pensamos, jarl Sigrún —declaró Fálki haciendo una respetuosa reverencia—. Imagino que todos tendremos que pagar impuestos a cambio del honor de recibir la protección de Helka. ¿Es así?

Sigrún se encogió de hombros.

—Es muy probable, Fálki. Así son las cosas en el mundo. Fíjate en Iskidan, en el sur. Es un vasto reino gobernado por una única ciudad, Gravka, y por un señor, el emperador Kirill. Hacia eso se encamina Vigrið. Ocurrirá pronto y lo presenciaremos. La estación está cambiando, el otoño dará paso al invierno, tal vez, pero después llegará la primavera para aquellos que sobrevivan al frío.

—Ajá. Helka se convertirá en emperadora, como Kirill de Gravka —espetó Virk—. Pero no olvides que él erigió su trono sobre una montaña de cadáveres ni que hay más thrall que personas libres en Iskidan. Además sacrifican niños.

La jarl Sigrún se echó a reír.

—No pensaba que fueras de los que se creen las sagas que se cuentan a los niños, Virk.

—Es verdad. He surcado los mares y lo he visto con mis propios ojos —dijo Virk.

—Y también has vaciado muchos cuernos llenos de hidromiel y quizá solo has soñado esas cosas —replicó Sigrún. Sus palabras provocaron las risas de sus drengir. Guðvarr fue el que rio de manera más estentórea—. Si esas cosas fueran verdad, haría todo lo que estuviera en mi poder para impedir que ocurrieran aquí. —La jarl frunció el ceño—. Pero no voy a mentiros, Helka querrá nuestro dinero y nuestro juramento. Y voy a deciros una verdad aún más dura: si yo la hubiera rechazado, ella de todos modos habría venido y conquistado a la fuerza esta tierra. No tenemos la fuerza necesaria para detenerla. Nos habría matado a mí y a los más fuertes de los nuestros y habría puesto a uno de los suyos como jarl en la sala de hidromiel —concluyó Sigrún sacudiendo la cabeza.

Orka asintió y respetó a Sigrún por reconocer esa dura verdad.

Sin embargo, sus pensamientos iban por delante y dentro de su cabeza visualizaba con vivos colores el camino que Helka habría emprendido, los campos cubiertos de sangre y cadáveres que habría dejado a su paso en sus ansias de gobernar toda Vigrið.

—No obstante, también hay beneficios —señaló Sigrún.

—¡Beneficios! —gruñó Virk, aunque otros asistentes, como Fálki, escucharon con atención a la jarl.

—Así es. Como, por ejemplo, estar en el bando vencedor. Solo es una cuestión de tiempo que Störr y Helka se enfrenten cara a cara, y el que salga ganador obtendrá como premio toda Vigrið. Eso podría ser bueno para nosotros.

—¿Y si Helka pierde? —preguntó otra voz.

—No perderá —aseguró Sigrún—. He visto sus drakkar y sus escuadras de guerreros. Los huesos de la diosa muerta Orna se yerguen sobre su fortaleza de Darl. He visto las alas. —Recorrió lentamente con la mirada la multitud congregada—. No perderá. —Sus ojos se detuvieron en Virk—. Y los impuestos son parte de la vida, son el camino hacia la seguridad y una vida larga. La reina Helka nos protegerá en las grandes batallas de Vigrið, y yo continuaré protegiéndoos a todos de la mejor manera que pueda.

Un pensamiento estaba cobrando forma en la mente de Orka; recuerdos de batallas y de sangre se agitaban dentro de su cabeza como las serpientes al oler la sangre en el agua.

—Pedirá un hird de aquí —dijo Orka en voz alta sin darse cuenta.

Torkel gruñó apoyado en el árbol y cambió de postura. La gente que estaba más cerca de Orka se volvió para mirarla.

Orka recordó las palabras de Torkel: «Vayamos al althing, mantengamos la cabeza gacha y la boca cerrada…».

—¿No es así, jarl Sigrún? —preguntó Orka.

—Es posible —respondió a regañadientes la jarl.

—Sí. Lo hará —afirmó Orka—. Se llevará todos los brazos fuertes que posean una lanza o un hacha para luchar en su guerra. La gente de Fellur engrosará sus escuadras de guerreros. —Orka paseó la mirada por la multitud y vio en los ojos de los demás que empezaban a comprender que tendrían que dejar las herramientas para ponerse a afilar las lanzas y las hachas, y que verían cómo la ola de la guerra arrastraba a sus hijos y a sus hijas.

—Aún queda mucho tiempo para eso y pueden ocurrir muchas cosas —dijo Sigrún—. Pero será mejor que estar sentados en nuestros campos y en nuestros barcos de pesca cuando las hordas de guerreros del jarl Störr aparezcan en el horizonte o entren remando en el fiordo. Él no nos ofrecerá protección, sino hierro y sangre y collares de thrall.

Esta es la única opción que veo para protegernos a todos.

—¿Protegernos? —exclamó Virk—. ¿Cuando ni siquiera eres capaz de protegernos de los asesinos y los ladrones de niños?

Los ojos de Sigrún se posaron fugazmente en Guðvarr.

—Mi sobrino me ha contado lo que les ha pasado a Asgrim y a Idrun.

—Y a Harek —añadió Breca con su voz aguda y chillona.

Orka se sintió orgullosa de su hijo por tener el valor de alzar la voz por su amigo en una reunión como esa.

—Ajá —dijo Virk saliendo de la masa de gente—. Un niño raptado y dos adultos asesinados que vivían dentro de nuestras fronteras, bajo tu protección. —Paseó la mirada por la multitud y espetó—: ¿Qué clase de protección es esa?

—¡Deberías retroceder y cerrar esa boca! —le amenazó Guðvarr.

—¡Y tú deberías aprender a dirigir una búsqueda y cumplir tu deber en ausencia de nuestra jarl! —gruñó Virk.

Algunas risas recorrieron la muchedumbre, varias cabezas asintieron y se oyó un murmullo de aprobación.

Guðvarr frunció la boca y su cuello se puso rojo. Dio un paso en dirección a Virk.

—Mi sobrino me ha hablado sobre ese crimen —espetó la jarl elevando la voz y con aspereza, sujetando a Guðvarr—. Él ha hecho todo lo posible.

—¡Eso es mentira! —contestó Virk.

La jarl Sigrún lo miró fijamente.

—No deberías hablar así a tu jarl —dijo la thrall guerrera que estaba al lado de Sigrún, y algo en su voz hizo que todo el claro se callara.

—Ahora pedirás perdón a mi tía por tus insultos —dijo Guðvarr.

Virk miró a Guðvarr y luego a Sigrún, aunque no pudo evitar mirar de reojo a la thrall guerrera.

—Perdón —dijo el pescador—. No era mi intención insultarte, jarl Sigrún. No pienso que seas una mentirosa. —Hizo una pausa y volvió a mirar a Guðvarr—. La culpa de todo esto yace a los pies de tu sobrino.

—¡Hice todo lo posible para encontrarlos! —protestó Guðvarr alzando la voz.

—¡Chillas como un hurón atrapado en una trampa! —dijo Virk—. Si no eres capaz de encontrar tu propia nariz para limpiarla, ¿cómo vas a encontrar niños raptados, asesinos y ladrones?

Se oyeron algunas risotadas entre los asistentes.

Guðvarr se quedó perplejo, movió los labios y unos balbuceos

escaparon de su garganta. Se limpió la nariz goteante con el puño de la túnica.

—¡Holmganga! —espetó—. Te desafío, aquí y ahora. —Bajó la mano a la espada.

—Basta, Guðvarr —ordenó la jarl Sigrún.

—Ya es tarde —respondió con aspereza Guðvarr—. El desafío se ha lanzado, delante de mi jarl, del pueblo de Fellur, de la piedra de los juramentos. No hay vuelta atrás.

Sigrún negó con la cabeza.

«Ella sabe tan bien como todos que Guðvarr no puede echarse atrás ahora —pensó Orka—. Ni Virk puede declinar el desafío si quiere marcharse de aquí con su honor intacto.»

Virk dio otro paso en el claro sin despegar los ojos de los de Guðvarr.

—Acepto el desafío —declaró.

La jarl Sigrún inspiró con rabia.

—De acuerdo —dijo—. Que cada uno de vosotros elija un segundo y se prepare. Haremos un descanso hasta que los dos estéis listos y se dispongan las varas de avellano.

Virk dio media vuelta y regresó junto a sus hijos.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó uno de ellos—. ¡Es un drengr!

—Solo es un cachorro con delirios de grandeza porque es pariente de la jarl —dijo Virk, que había recuperado la calma. Miró a Orka.

Torkel debió adivinar lo que estaba a punto de ocurrir, porque despegó los labios y empezó a levantar la mano. Sin embargo, las palabras salieron antes de la boca de Virk.

—¿Serás mi segundo? —preguntó el pescador a Orka.

Orka miró a los ojos a Virk.

—Debería serlo uno de tus hijos, Mord o Lif. Tienes parientes para que te guarden las espaldas.

—No. Si pierdo y alguno de ellos es mi segundo, intentará atacar a Guðvarr —dijo Virk, y se inclinó hacia Orka—. Se manejan bien con las armas, pero no son rival para un drengr —susurró—. Lo único que te pido es que, si yo pierdo, les recuerdes la regla del holmganga y me pongas el hacha en la mano para no hacer desarmado el viaje de las almas.

Orka respiró hondo y miró a Torkel. Su marido tenía una expresión ceñuda y negaba con la cabeza, pero sabía cuál sería la respuesta de su mujer.

Orka asintió.

—Está bien —dijo—. Lo haré.

CAPÍTULO ONCE

VARG

Varg abrió los ojos y vio unas figuras borrosas y unas sombras encima de él. Pestañeó y los objetos poco a poco recuperaron su nitidez; las manchas imprecisas se transformaron en vigas de madera y un techo abovedado. Las palomas hacían arrullos en las vigas y un cuervo negro encorvado parecía mirarlo fijamente. La luz del sol se filtraba a través de los agujeros para el humo y las grietas de las contraventanas cerradas.

Varg intentó darse la vuelta porque se le clavaba algo en la espalda, pero el esfuerzo que tenía que hacer le pareció excesivo y se quedó como estaba. Flotaba un olor a hidromiel rancio, grasa fría y humo de leña. A sudor y orina. Un murmullo de voces pasó cerca de él y oyó un estruendo lejano de madera golpeando madera y un par de imprecaciones. Advirtió un dolor leve en el costado y otro más agudo en las costillas cuando intentó moverse.

—¡Vaya! ¡Varg el Insensato se ha despertado! —exclamó una voz.

Sonaron unos pasos y una cara apareció encima de él. Era un rostro apuesto, con una barba pelirroja arreglada y ungida con aceite.

—Svik —dijo Varg. Su voz salió del pozo seco de su garganta como un graznido, tropezando con sus labios. De nuevo intentó ponerse de lado, pero parecía una tarea demasiado exigente para su cuerpo.

—Dame una mano. Pareces un pez coleando fuera del agua —dijo Svik con una sonrisa de oreja a oreja. Agarró la muñeca de Varg y tiró de él para que pudiera sentarse con la espalda apoyada contra la pared de madera.

Varg descubrió que se encontraba en una habitación amplia, en una cama improvisada con juncos amontonados junto a la pared y detrás de un grueso pilar de madera en el que se habían tallado intrincados nudos decorativos. Dos largas mesas con bancos recorrían la sala a lo largo, separadas por los lares. Las mesas llegaban hasta el pie de un gran estrado sobre el que había otra mesa larga, dispuesta en perpendicular a las otras dos, de manera que el señor o la dama que se sentara a ella podía observar a sus súbditos. El suelo estaba cubierto de juncos secos, que eran la causa de los picores en la espalda de Varg. Aquí y allá había manchas de humedad, de cerveza derramada u orina, y Varg imaginó que la noche anterior se habría

celebrado un banquete. Se dio cuenta de que tenía la capa doblada debajo de él, colocada a modo de almohada. La tocó y notó algo duro envuelto en ella. Eran su collar y el cuchillo.

Se sentía débil como un cordero recién nacido; los brazos y las piernas le pesaban como si fueran de plomo y su cuello a duras penas podía sostener erguida la cabeza. Tenía la garganta seca y un regusto nauseabundo en la boca. Se pasó la lengua por los dientes e hizo una mueca.

—¿Qué me habéis hecho? —preguntó Varg lanzando una mirada acusadora a Svik, que lo miraba con interés, vestido con una elegante túnica de lana verde con diseño de espiga. Unos brazaletes helicoidales de plata le envolvían los brazos y en el cuello llevaba un torques también de plata cuyas dos puntas eran sendas cabezas de serpiente.

—Salvar tu miserable vida —respondió Svik sin borrar la sonrisa —. Tenías fiebre, por la herida de lanza en el costado que te hizo tu amiguito Leif Kolskeggson.

«¡Leif!»

Varg bajó la mirada y se levantó la túnica, manchada de sangre y desgarrada en el punto donde la había atravesado la lanza de Leif. Vio un corte alargado y rojizo, cosido con precisión con un hilo de tripas o tendones hervidos. La herida estaba cauterizada y tenía los bordes rojos y en carne viva. Los recuerdos revolotearon en la cabeza de Varg como si fueran las alas de una polilla, entre ellos el de un hombre calvo que le ofrecía una tira de cuero para que la mordiera.

—Ah, así que ya lo recuerdas —dijo Svik. No era una pregunta.

—Ajá —gruñó Varg frotándose la cara con las palmas de las manos. Rememoró el ataque de Leif con una claridad pasmosa; los recuerdos se precipitaban uno encima de otro, como el agua en los rápidos de un río. Bufó con los dientes apretados. Lanzó la mano hacia el cinturón y encontró la bolsa.

—No hemos tocado ni una sola de tus cosas. No somos ladrones — dijo Svik. Torció la boca y añadió—: Bueno, al menos que tengas algo que valga la pena robar. Pero no es el caso.

Varg desenganchó la bolsa del cinturón y hurgó en su interior. Suspiró aliviado.

—¿Ves? —dijo Svik—. ¿Te apetece un poco de queso? —Abrió el morral que llevaba en el cinturón, sacó un trozo de queso duro y cortó una fina loncha.

El estómago de Varg rugió cuando cogió la loncha de queso y la engulló casi entera. Frunció el ceño y alzó la mano derecha delante de los ojos. La cerró. No le dolió. Bueno, notó una ligera molestia, pero

ya no era el dolor punzante que sintiera antes. Se palpó todo el cuerpo. Recordó haber despertado junto al fiordo y sentirse como si un troll le hubiera dado una paliza, con las costillas rotas, la cara hinchada y sin poder abrir un ojo. Quedaba un leve residuo de ese dolor, pero era apagado y lejano.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó a Svik.

—Seis días —respondió el otro—. Pensaba que morirías, pero no dejé a las ratas que te mordisquearan los dedos de los pies, solo por si las moscas. Ten, bebe. —Svik ofreció a Varg un cuerno para que bebiera.

Varg olió el contenido.

—No te fías de nadie, ¿eh? —dijo Svik, que no perdía la sonrisa simpática en ningún momento, como si le hiciera gracia un chiste que Varg no comprendía—. Solo es cerveza aguada.

Varg tomó un sorbo. Estaba fría y fue como introducir felicidad en estado líquido en su boca. Intentó no bebérsela de un trago.

—¿Por qué me habéis ayudado? —quiso saber—. Perdí contra Einar.

—Todo el mundo pierde contra Einar —dijo Svik—. Nunca se nos pasa por la cabeza que no vaya a ganar. Sin embargo fue tu manera de perder lo que llamó nuestra atención. —Svik silbó y sacudió la cabeza—. Einar todavía cojea. ¡Mordiste a Medio Troll! Nunca había visto una cosa así, aunque es posible que Einar tarde algún tiempo en perdonarte.

Svik le cogió el cuerno vacío de las manos y a cambio le puso un cuenco de madera con una cuchara, lleno de gachas humeantes con un poco de miel.

—Despacio —dijo Svik cuando vio que Varg se quemaba la boca.

—Está… buenísimo —susurró Varg. Las gachas estaban cremosas y calientes y la miel, dulce. Varg cerró los ojos mientras el placer de la comida y de la cerveza lo embargaban. Se olvidó de Svik y de Einar, de Kolskegg y de los Hermanos de Sangre, y se limitó a comer.

Un murmullo de risas lo sacaron de su ensimismamiento y abrió los ojos.

Svik estaba riendo.

—Eres un hombre que disfruta de los pequeños placeres de la vida.

—No he comido decentemente desde… —Hizo una pausa—. Hace mucho tiempo.

—Ya se ve. Pareces un lobo famélico atrapado en una trampa.

Varg siguió comiendo las gachas obligándose a mantener los ojos abiertos.

—Gracias —balbuceó con la boca llena.

Svik dejó caer la cabeza hacia delante.

Se oyó un rumor de pasos por los juncos y Varg miró detrás de Svik. Una guerrera de gran estatura avanzaba hacia ellos con un escudo negro en la mano. Era la mujer rubia que había ofrecido a Varg un escudo antes de su pelea con Einar. Ya no llevaba puesta la cota de malla, solo una sencilla túnica de lana ceñida con un cinturón tejido con tablillas. Sin embargo había algo en sus andares, en la forma en que miraba fijamente a Varg, que evocaba un ave rapaz. Parecía… peligrosa. Se detuvo delante de Varg y lo miró detenidamente sin prestar atención a Svik.

—Levántate —espetó.

Varg la miró desconcertado.

—Yo también me alegro de verte, Røkia —dijo Svik.

—Cierra el pico, pavo real presumido —replicó Røkia sin despegar los ojos de Varg.

—¿Qué es un pavo real? —preguntó Varg con la boca llena de gachas.

—Un imbécil arrogante, vanidoso y enamorado de sí mismo —respondió Røkia.

—Tienes uno delante de los ojos —dijo Svik—. Los pavos reales son aves, grandes, espectaculares y hermosas. Solo pueden encontrarse en el sur de Iskidan, más allá de la gran ciudad de Gravka.

—Levántate —repitió Røkia como si Svik no existiera—. Y coge esto. —Le alargó el escudo negro.

—Ya te dije que no lucho con escudo.

—Le llamaste el Sin Escudo y el Insensato, ¿lo recuerdas? —intervino Svik.

—Exacto —respondió Røkia—. Luchar sin escudo es un disparate. No puedes formar parte de los Hermanos de Sangre si no sabes manejar un escudo. Son órdenes de Glornir, no mías. A mí me da igual que te corten en mil pedazos en tu primer muro de escudos, pero Glornir es mi jefe, así que levántate. Cógelo.

«¡Mi primer muro de escudos!»

Varg se tragó la comida que tenía en la boca y miró a Svik. Se sentía como si hubieran pasado su cuerpo por una trituradora y las gachas eran como una piedra dentro de su estómago. La idea de combatir en un muro de escudos no era agradable.

—Tiene razón —dijo Svik sonriendo—. Querías ser uno de los Hermanos de Sangre. —Se encogió de hombros sin dejar de sonreír—. Y si Glornir ha ordenado que lo hagas, más te vale obedecer.

—¿Glornir? —preguntó Varg.

—El tipo que te ha salvado la vida —dijo Svik.

—Nuestro jefe. Glornir Rompeescudos —explicó Røkia.

—Tiene un montón de nombres —añadió Svik encogiendo los hombros—. Mi preferido es Glornir Regalaoro.

Røkia hizo un mohín a su compañero.

Varg lo recordó. Era el guerrero calvo que había irrumpido en el claro justo cuando Leif iba a cortarle la mano. Tenía una deuda con él. Sin embargo, también recordó por qué había ido allí, por qué se había enfrentado con Einar Medio Troll. «Vol, la bruja seiðr.»

Varg depositó cuidadosamente el cuenco vacío en el suelo y se levantó. La habitación se movió ligeramente y él se tambaleó. Røkia le lanzó el escudo y él lo agarró por el borde recubierto de piel sin tratar. La guerrera giró sobre los talones y cruzó la sala. Varg se fijó en que llevaba un escudo colgado a la espalda.

Miró a Svik.

—Te sugiero que la sigas —dijo el guerrero—. A menos que no te importe llevarte una paliza además de la lección que sospecho que va a darte.

Varg respiró hondo, giró el escudo, lo agarró por el asa de madera y su brazo izquierdo se deslizó por la superficie curva del umbo de hierro. Después siguió a Røkia. Ahora que la sed y el hambre no reclamaban su atención, las preguntas empezaron a acumularse en su cabeza y a dar vueltas como una bandada de cuervos.

Salió a la claridad del radiante día primaveral por unas puertas batientes. Dos pilares de madera enmarcaban una amplia escalera que descendía al patio donde había luchado con Einar Medio Troll. A juzgar por la altura del sol, era poco después de mediodía. El patio estaba lleno de guerreros practicando el combate. Entre los escudos negros con salpicaduras rojas de los Hermanos de Sangre se veían algunos escudos azules con la brillante vela roja del jarl Logur. Varg divisó inmediatamente a Einar Medio Troll, pues sus hombros y su cabeza se alzaban por encima de las cabezas de los guerreros más altos que se encontraban allí. En ese momento estaba enfrentándose simultáneamente con dos guerreros de Logur. Einar blandía en una mano descomunal un escudo que era tan grande como una mesa y un hacha en la otra.

Varg buscó a Vol, la bruja seiðr tatuada, pero no la vio. Sin embargo sí distinguió a la mujer con el cabello plateado, que estaba ejercitándose en el patio con un hombre. Sus dos perros la observaban tumbados al sol. Cerca de allí reconoció al hombre calvo con la barba entrecana que lo había salvado en el bosque situado en las afueras de Liga.

«Glornir.»

Estaba luchando con un guerrero que destacaba en medio de los Hermanos de Sangre. Era un hombre delgado y de estatura media, pero llevaba la cabeza afeitada salvo por una larga franja de cabello trenzado ungido con aceite, negro y brillante como el azabache pulido. Tenía la piel oscura, a diferencia de todas las otras personas que había en el patio, que la tenían clara, y vestía un caftán de lana gris, abrochado en el centro, y unos pantalones holgados envueltos con unas vendas ceñidas desde los tobillos hasta las rodillas. Blandía un escudo negro con salpicaduras rojas y una espada con la hoja corva y un solo filo. Había algo en él que a Varg le resultaba familiar.

—¡Deja de mirar como si fueras una virgen en un burdel y baja aquí! —le gritó Røkia desde el patio.

Las cabezas de los guerreros se volvieron hacia él sonriendo y riendo. Varg se ruborizó y notó la tirantez de los puntos en el costado mientras se apresuraba a bajar por la escalera.

Røkia lo esperaba junto a un barril lleno de lanzas.

—Tengo que hablar con vuestra bruja seiðr —dijo Varg, que sentía la muerte de su hermana como una pesada losa que le aplastaba el corazón. Tenía que terminar una tarea y esa responsabilidad lo consumía como si fuera un fuego.

—¿Has usado alguna vez una lanza, Insensato? —le preguntó Røkia haciendo oídos sordos a sus palabras.

—Ajá. —Varg asintió con la cabeza—. Una lanza para cazar jabalíes. —En realidad le habían entregado una lanza con la moharra oxidada fijada a una torcida asta de fresno. Él solo había sido uno de los muchos batidores que levantaban los jabalíes en la espesura del bosque para que Kolskegg y sus hombres libres arrojaran sus lanzas con las puntas resplandecientes y las astas rectas. Él solo había visto el culo de los jabalíes cuando huían de él.

—Bien. Entonces coge este asador para cerdos —dijo Røkia tirándole una lanza.

Varg la agarró torpemente con la mano derecha y luego intentó empuñarla con las dos manos, pero olvidó que asía el escudo con la otra mano y el borde del escudo chocó con el asta de la lanza.

—No, no es una lanza para usarla con las dos manos. No eres lo suficientemente bueno para eso —dijo Røkia enfilando hacia él—. Primero practicaremos con el escudo —añadió negando con la cabeza. Apoyó su lanza en la pared de la sala de hidromiel y le hizo una seña a Varg para que siguiera su ejemplo.

—Tengo algunas preguntas. Necesito hablar con vuestra bruja seiðr —dijo Varg.

—Tus preguntas pueden esperar. Glornir me ha dicho que tienes que empezar tu entrenamiento y eso es lo que vamos a hacer. Además, Vol no está aquí.

—¿Dónde está? —preguntó Varg.

—Bueno —dijo Røkia, de nuevo haciendo oídos sordos a sus palabras—. Hay dos tipos de lucha. El uno contra uno o en el muro de escudos. Empezaremos con el uno contra uno. Pon en posición el escudo.

Varg miró a Røkia, vio que tenía la mandíbula apretada y supo que no conseguiría nada discutiendo con ella.

«Y estoy en deuda con esta gente —se dijo—. Me salvaron de Leif. Me salvaron la mano.»

Levantó el escudo para cubrirse desde el pecho hasta los muslos con el brazo pegado al cuerpo.

—No —espetó Røkia dándole una patada en el escudo que envió a Varg contra la escalera de la sala de hidromiel, donde cayó de culo.

Una punzada de dolor irradió desde su herida. Oyó una risita a su espalda y se volvió. Svik estaba apoyado en uno de los pilares de la sala de hidromiel, con los brazos cruzados y una sonrisa de oreja a oreja. Hizo un gesto a Varg para que se levantara.

—Se hace así —dijo Røkia levantando del suelo a Varg antes de que este tuviera la oportunidad de ponerse en pie por sí mismo—. Primero tienes que afirmar los pies. —Bajó la mirada y su boca se torció como si estuviera a punto de regañarlo, pero se contuvo y asintió con la cabeza—. Hummm… —murmuró arqueando una ceja.

Varg tenía las piernas separadas y los pies alineados con los hombros, el izquierdo ligeramente adelantado y las rodillas flexionadas.

—Bueno, por lo menos ya sabes que nunca debes estar rígido —dijo mirando con recelo a Varg—. ¿Y eso?

Varg nunca había usado un escudo, pero había luchado un centenar de veces con los puños y sabía que el equilibrio era fundamental.

—Hummm… —dijo Røkia asintiendo con la cabeza—. Ahora levanta el escudo.

Varg hizo lo que le pedía y lo pegó al cuerpo.

Røkia frunció la boca.

—Solo te diré una vez cómo se hacen las cosas. Así. —La guerrera agarró el borde del escudo de Varg y lo separó de su cuerpo para dejar un espacio entre el brazo y el torso—. Así. De esta manera, si algo

atraviesa la madera, una lanza, una espada, una flecha, un hacha, no se hundirá también en tu cuerpo y no morirás a las primeras de cambio. —Miró a Varg a los ojos—. Es lo que prefieren casi todos los guerreros, ¿no? Vivir un poco más de tiempo.

Varg asintió.

—El escudo no solo protege —continuó Røkia—. También es un arma. Un golpe en la boca con el borde del escudo puede arrancar un montón de dientes y el umbo es capaz de partir el cráneo. —Sonrió y en sus ojos apareció un brillo feroz que puso los pelos de punta a Varg —. Pero primero nos centraremos en la defensa. A ver, protege el cuerpo dejando un poco de espacio entre el pecho y el escudo. Pero el brazo debe estar pegado a él desde la muñeca hasta el codo. De lo contrario, hasta el golpe más débil lo apartará y te dejará desprotegido ante algo más afilado y doloroso. ¿Lo has entendido?

Varg asintió. Siempre había aprendido rápido, cualquiera que fuera la tarea nueva que le encomendaran en la granja de Kolskegg. Era como si viera una imagen en su cabeza de lo que Røkia le describía.

Røkia retrocedió para recuperar su lanza, la levantó por encima de la cabeza y atacó a Varg con ella.

Varg detuvo el golpe con el escudo, pero le siguió otro, y luego otro, todos ellos en distintos puntos (arriba, abajo, en el umbo, en el borde), con el fin de poner a prueba su agarre y su equilibrio. Todos los golpes producían una sacudida en su mano y las vibraciones subían por su brazo hasta el hombro. La fuerza de los mandobles de Røkia aumentó hasta que saltaron astillas. Finalmente la guerrera asintió y bajó la lanza.

—Hummm… —gruñó Røkia, lo que Varg interpretó que era la manera que tenía la guerrera de expresar su satisfacción.

Varg fue a buscar su lanza, que seguía apoyada en la pared.

—¿Qué haces? —espetó Røkia.

—¿Ahora no toca practicar con la lanza?

—¡Ja, ja, ja! —Røkia arrugó el ceño—. ¿Es que ya eres un maestro del escudo?

—No —respondió Varg—, pero ¿qué más hay que aprender? Solo es un escudo.

Una sonrisa gélida atravesó el rostro de Røkia.

—Deja la lanza donde está. ¿Crees que lo normal en una pelea es que uno de los combatientes se quede quieto?

—No —respondió Varg.

—Por lo tanto, quizá deberías aprender a moverte con el escudo… Y a defenderte de un enemigo que se mueve alrededor de ti.

—Røkia se acercó a Varg mirándolo a los ojos—. Levanta el escudo.

Varg afirmó los pies en el suelo y sostuvo el escudo como le había enseñado. Røkia empezó a moverse amagando con atacarlo por la izquierda para hacerlo finalmente por la derecha. Varg sintió un ramalazo de dolor en el hombro y soltó un grito ahogado de sorpresa cuando se dio cuenta de que Røkia le había hecho un corte con la lanza. No era muy profundo, pero sí lo suficiente para hacer que la sangre manchara su túnica. Røkia se colocó detrás de él y Varg se alejó de un salto antes de recibir una lanzada en la espalda, se dio la vuelta y levantó el escudo. Røkia sonrió cuando le asestó un golpe bajo con la lanza.

—Jamás me pierdas de vista cuando te escondas detrás del escudo —dijo con los dientes apretados la guerrera—. Es la manera más rápida de morir.

Varg arremetió con el escudo para detener el golpe de Røkia, pero esta de alguna manera cambió el lado sobre el que apoyaba su peso y retrocedió con la fluidez y la ligereza de la niebla. La lanza giró en su mano para invertir su posición y de repente la hoja apareció pegada a la garganta de Varg.

Varg se quedó paralizado, con la respiración jadeante, y sintió que una gotita de sangre corría por su cuello.

—¿Estás preparado para aprender? —dijo Røkia apartando la lanza.

—Sí —respondió Varg.

CAPÍTULO DOCE

ORKA

Orka estaba de pie al lado de Virk. Sostenía el escudo que uno de los drengir de Sigrún le había entregado por orden de la jarl. Había otros dos escudos en la hierba, apoyados contra un árbol. Virk aguardaba pacientemente, con la mano apoyada en el hacha que colgaba de una vuelta de su cinturón. Ambos observaban en silencio mientras hombres y mujeres colocaban y fijaban varas de avellano en el suelo para delinear el cuadrilátero en el que Virk y Guðvarr debían luchar. Guðvarr miraba con ferocidad a Virk desde el otro lado del cuadrilátero mientras una de los drengr que lo había acompañado a la granja de Orka le susurraba algo en el oído.

—Arild le está explicando lo que debe hacer para matarme —dijo Virk. La situación parecía divertirlo. Buena parte de su rabia y de su tensión se había evaporado ahora que las cosas se habían puesto en marcha. Orka había visto esa misma reacción en guerreros veteranos. Virk la sonrió—. Eres mi segunda. ¿No deberías darme consejos para que gane?

—Hunde el hacha en su cráneo —dijo Orka.

La jarl Sigrún se acercó a Guðvarr y se inclinó hacia él; sus labios se movieron.

Virk soltó una carcajada.

Guðvarr se apartó de Sigrún con el gesto ceñudo.

Orka notó un tirón en la manga y vio a Breca cuando miró abajo.

—¿Qué están haciendo, mamá? —preguntó el niño mirando a los guerreros que colocaban las varas de avellano.

Orka se agachó al lado de su hijo.

—Es un holmganga —le explicó—. Es un duelo ritual que se utiliza para resolver disputas. Se hace así para que sea justo, para que los parientes del perdedor no puedan exigir un veregildo ni una deuda de sangre.

Breca asintió lentamente.

—¿Para qué son las varas de avellano?

—Tienen que luchar dentro del cuadrado. Si alguno de ellos pone un pie al otro lado de una vara, significa que se rinde. Si pone los dos quiere decir que es un fugitivo. En la lengua antigua *holmganga* significaba «irse de la isla». Antes se pensaba que era mejor luchar en una isla, si había la posibilidad, ya que no hay manera de escapar de

ella. Por lo tanto era más probable que la disputa se resolviera más rápidamente. Si uno de los contendientes huye, el otro lo tiene que perseguir. Como estamos en una isla, el desafío de Guðvarr puede celebrarse aquí.

Breca asintió mientras asimilaba toda la información.

—¿Y por qué Virk tiene tres escudos?

—Es una de las reglas —respondió Orka—. Si se destroza un escudo, se hará una pausa para sustituirlo. Tres escudos destruidos, bueno… —Orka se encogió de hombros—. Entonces mereces perder.

—¡Preparados! —bramó una voz.

La jarl Sigrún salió del cuadrilátero definido por las varas de avellano con la thrall guerrera pegada a su espalda. Hizo una seña con la cabeza a Virk y a Guðvarr para que se acercaran a ella.

—Lucha bien. No mueras —le dijo Breca a Virk cuando este entró en el cuadrilátero de varas.

—No te separes de tu padre —ordenó Orka a su hijo antes de seguir a Virk.

—Se aplican las reglas del holmganga —declaró Sigrún cuando Virk y Orka llegaron a su lado—. Hay que decidir si la primera sangre es sumisión o muerte. —Miró con severidad a su sobrino. Este le sostuvo la mirada un instante y después la desvió.

—Sumisión —balbuceó Guðvarr.

«Ah, eso es lo que le susurraba antes al oído la jarl», pensó Orka.

—Sabia elección —dijo Sigrún—. Preferiría que los hombres de Fellur lucharan contra nuestros enemigos en vez de hacerlo entre ellos. —Miró a Virk.

—Estoy de acuerdo —dijo el pescador a pesar de que parecía decepcionado.

—Bien. —Sigrún asintió con la cabeza—. Entonces, luchad.

La jarl y su thrall salieron del cuadrado mientras Orka le entregaba a Virk el escudo que sujetaba. El pescador lo cogió y lo levantó para tantear su peso.

—¿Qué tal? —le preguntó Orka. Sabía que ese era el brazo herido que lo mantenía en tierra y alejado de su barco de pesca.

—Bien —gruñó Virk, aunque enseguida dejó caer el brazo y sostuvo el escudo pegado al costado. Sacó el hacha del cinturón y cortó el aire con ella girando perezosamente la muñeca. Era el hacha de un granjero, hecha para construir vallas y muebles, pero estaba afilada y parecía equilibrada.

«Partirá un cráneo tan bien como un poste de madera.»

Orka se inclinó hacia Virk.

—Hazle un corte cuanto antes. No tiene pelotas para ver correr su propia sangre por su piel —le susurró antes de salir del cuadrado de varas de avellano y colocarse al lado de los hijos de Virk.

Torkel y Breca se quedaron cerca. La multitud se apiñaba alrededor y se respiraba la emoción en el aire. Virk se limitó a asentir con la cabeza tras oír el consejo de Orka, sin despegar los ojos de Guðvarr, que estaba recibiendo el escudo de su segunda, Arild. Cuando ella salió del cuadrilátero, Guðvarr desenfundó la espada. Orka se fijó en que era una buena hoja, con el pomo trilobulado y la empuñadura forrada de piel y de hilo de plata.

—¿Sabes usarla, excremento de comadreja? —espetó Virk.

Guðvarr hizo una mueca y corrió hacia Virk, que lo esperó parado. El drengr levantó su pesada espada por encima de la cabeza para asestar un golpe y Virk alzó el escudo y retrocedió para absorber el impacto del metal. Guðvarr siguió a Virk lanzando una serie de furiosos mandobles, pero el pescador evadió todos los golpes y los detuvo con el escudo. Aparecieron rajas en la piel sin tratar del borde y saltaron astillas por el aire.

Mirando a los dos guerreros era fácil pensar que Guðvarr no tardaría en poner de rodillas a su adversario. Virk no llevaba puesta una cota de malla ni una armadura de cuero, solo una túnica de lana y una camisa, además tenía un brazo herido y se ganaba la vida como pescador, mientras que Guðvarr era joven, lucía una magnífica brynja y empuñaba una espada. Y encima era un drengr, una posición reservada para los guerreros experimentados forjados en la batalla.

«Pero pocas batallas debe haber visto Guðvarr, por no decir ninguna —pensó Orka—. Aunque no se puede negar que tiene cierta destreza con la espada.»

Orka se fijó en cómo mantenía el equilibrio a pesar de que asestaba unos golpes demoledores con la espada y en lo bien que sostenía el escudo.

«Ha practicado muchas horas en el patio de armas. Pero no es lo mismo hacerlo bien en el entrenamiento que hundir el acero en el cuerpo de otro hombre. Y su ira lo domina.»

El escudo de Virk recibió otro espadazo y el pescador retrocedió otro paso que lo acercó un poco más al límite marcado por las varas de avellano. Orka reparó en su mueca de dolor y en que le costaba mantener levantado el brazo con el escudo.

Guðvarr sonrió y dirigió otro golpe a la cabeza de Virk.

El pescador detuvo el golpe con el escudo y giró el brazo para empujar hacia abajo la espada de Guðvarr, que golpeó la tierra. Virk deslizó el pie derecho y aprovechó que Guðvarr se desequilibraba y se

tambaleaba para golpearle el hombro con el hacha. Se oyó un crujido de hierro cuando las anillas de la brynja se partieron, salió un chorro de sangre y el drengr soltó un gañido de dolor al mismo tiempo que perdía la espada, se derrumbaba sobre las rodillas, enredado en su escudo, y caía de bruces al suelo.

La multitud gritó y los hijos de Virk chillaron hasta casi quedarse sin voz.

Guðvarr se revolvió en el suelo, sacó el brazo de debajo del escudo y se dio la vuelta para tumbarse bocarriba. Virk se acercó a él con el rostro exultante y jubiloso de la batalla y levantó el hacha. Guðvarr se cubrió el rostro con un brazo y chilló.

—Sumisión —graznó el joven guerrero.

Virk sostuvo el hacha en alto un momento y luego lo bajó.

—Has huido, excremento de comadreja —gruñó Virk señalando el lugar donde yacía despatarrado el drengr, más allá del límite marcado por las varas de avellano.

Guðvarr hizo una mueca de vergüenza y de dolor mientras trataba de alcanzar la espada. Gimoteó cuando su brazo cayó sin fuerza al suelo. El hacha le había abierto un tajo en los músculos del hombro.

Virk alejó la espada del drengr de una patada.

—¡No eres más que un niðing! —gritó el pescador—. Ahora dilo, di que te sometes a mí, excremento de comadreja.

Guðvarr miró con ferocidad a su oponente.

—¡Dilo! —espetó Virk.

—¡Tú eres el niðing! —espetó Guðvarr—. Ganar o perder no cambia nada. Siempre serás un gusano debajo de mis pies.

Virk permaneció inmóvil un momento, mientras las palabras de Guðvarr calaban en él. Una serie de contracciones recorrió su rostro, hasta que finalmente gruñó dejando a la vista los dientes y volvió a levantar el hacha.

Guðvarr chilló mientras el hacha descendía hacia su cabeza.

La jarl Sigrún gritó.

Orka flexionó las piernas y saltó para abalanzarse sobre Virk y alejarlo de Guðvarr.

Orka atisbó una figura con el rabillo del ojo y a continuación un cuerpo embistió a Virk y lo tiró al suelo antes de que ella llegara al pescador. Orka atravesó como un rayo el espacio que había dejado vacío Virk, dio un par de pasos tambaleantes antes de estabilizarse y se dio la vuelta mirando el suelo.

Virk se agitaba y luchaba con lo que había encima de él.

Entretanto Guðvarr se arrastraba por el suelo con su brazo sano para alejarse de la escena.

Orka observó con desconcierto a Virk, intentando comprender lo que estaba sucediendo. Entonces vio con nitidez el cuerpo que estaba enredado con el del pescador.

Era la thrall guerrera. Empuñaba un seax en cada mano y asestaba con ferocidad una puñalada detrás de otra en el torso de Virk. El veterano pescador chillaba con el cuerpo convertido en una fuente de sangre.

La thrall escupió y gruñó a la cara de Virk mientras lo destripaba. La sangre empapaba el suelo ante la mirada atónita de todo el mundo. Breca estaba cerca de allí, con la boca abierta y los ojos como platos.

Virk sacudía los brazos con convulsiones y el hacha resbaló de sus dedos. La cabeza le colgaba sin fuerza del cuello.

La thrall paró. Tenía los labios recubiertos de espuma y los ojos ambarinos. Abrió la boca y mostró unos dientes inusitadamente afilados, profirió un rugido bestial y hundió los dientes en la cara de Virk para desgarrarla y arrancar trozos de carne.

Orka se puso en movimiento inmediatamente y sus pies resbalaron en el suelo cuando se precipitó hacia la thrall. Una voz dentro de su cabeza le decía que parara, que Virk ya estaba muerto, que no había nada que hacer.

«No —discutió consigo misma mientras se movía—. Soy su segunda y él luchó correctamente. Ganó. No merece el deshonor de acabar desfigurado.»

Aún la separaban un par de pasos de la thrall cuando otra figura, alta y corpulenta, se adelantó y lanzó por el aire a la thrall de una patada en las costillas. Se oyó un ruido de carne desgarrada cuando los dientes de la thrall se separaron de la cara de Virk. La esclava guerrera voló por el aire media docena de pasos, rodó por el suelo al aterrizar y se incorporó acuclillada. Sus ojos ambarinos destellaron mientras buscaban a su agresor.

Era Torkel.

El granjero se acercó al cuerpo de Virk y afirmó los pies en el suelo.

La thrall le mostró los dientes ensangrentados.

—Este hombre ya está muerto. Tu tarea ha terminado, hija de Ulfrir —dijo Torkel.

La thrall se lanzó hacia él empuñando los seax.

—¡NO! —gritó una voz. A Orka, que aún estaba moviéndose y ya había llegado junto al cuerpo de Virk, le pareció que era la de la jarl Sigrún.

Torkel se apartó para eludir a la thrall y le asestó un puñetazo en la cabeza que la mandó al suelo, al mismo tiempo que gruñía porque uno de los seax de la thrall le rajó el cuerpo y apareció una línea roja en su túnica desgarrada.

Una furia incandescente estalló en la cabeza de Orka, que se abalanzó sobre la thrall.

—*NIÐUR, Á JÖRÐU, HLŸDDU MÉR* —bramó una voz. Un fulgor rojo destelló en el collar de la thrall y esta chilló y se desplomó en el suelo agitando los brazos y las piernas.

Unas manos agarraron a Orka y tiraron de ella. Se dio la vuelta y forcejeó gruñendo para zafarse de los brazos que la envolvían.

—Soy yo, soy yo —le repitió una y otra vez una voz en el oído. Era Torkel, intentando apaciguar el fuego que rugía dentro de su cabeza.

—Mamá, mamá. —Breca estaba llorando.

Orka respiró hondo y de manera irregular y sintió que su ira se aplacaba lentamente. Vio el rostro de su marido apretado contra el suyo.

—Estoy bien —masculló Orka.

Torkel la soltó y asintió con la cabeza.

Orka miró alrededor y vio a los hijos de Virk, Mord y Lif, agachados junto al cuerpo de su padre. La multitud reunida en el claro los observaba en silencio. Puso una mano en el costado de Torkel y cuando la retiró estaba manchada de sangre.

—Tienes un corte.

—Solo es un rasguño —gruñó Torkel desviando la mirada de su mujer para posarla en la thrall.

La jarl Sigrún estaba de pie junto a la esclava tendida en el suelo. Sus labios apretados trazaban una línea recta. Los drengir habían invadido el cuadrilátero de varas de avellano y desenfundado las armas.

—Te ordené que lo detuvieras, no que lo mataras —espeto la jarl con una voz fría y dura como el hierro.

La thrall la miró fijamente, con los ojos todavía ambarinos y sus dientes afilados y ensangrentados.

—Eres mi thrall. Tienes que obedecerme —continuó Sigrún, pero los ojos de la esclava la miraban con una expresión desafiante y sus labios torcidos componían un gruñido silencioso.

—*Brenna, sársauki* —dijo Sigrún. Otro destello de estrías rojas recorrió el collar de la thrall y esta gimoteó. El color ámbar desapareció de sus ojos y unos temblores recorrieron su mandíbula y

sus labios hasta que sus dientes perdieron su filo.

—*Brenna, sársauki* —repitió Sigrún, esta vez más fuerte y con un tono más severo. Un fuego rojo relumbró en el corazón del collar de hierro y la thrall agitó los brazos y las piernas y gimoteó como un perro atado a una estaca y apaleado.

—Piedad, señora —suplicó con los dientes apretados la thrall—. Soy tu servidora —gruñó. Se arrastró hasta la jarl y pegó la frente a las botas de Sigrún.

La jarl asintió y volvió la mirada hacia el cadáver de Virk. Sus hijos lloraban arrodillados junto a él.

—Justicia —exigió el mayor, Mord, mirando a Sigrún.

—Vuestro padre infringió las reglas del holmganga —respondió la jarl—. Todos los asistentes al althing lo oyeron: Virk y Guðvarr acordaron luchar hasta la sumisión. Guðvarr aceptó someterse, aun así, Virk levantó el hacha para asestarle una herida mortal.

—¡Le provocó ese… niðing! —bramó el hijo menor, Lif, señalando a Guðvarr.

—Ten cuidado, jovencito —dijo Guðvarr poniéndose de nuevo en pie mientras Arild le vendaba el hombro—. O te retaré a un holmganga a ti también.

—¡Silencio! —le espetó Sigrún a Guðvarr.

El drengr desvió la mirada rudamente.

—Virk infringió las reglas del holmganga, así que ya se ha hecho justicia —continuó la jarl dirigiéndose a los hijos del pescador—. Sin embargo… —Lanzó una mirada a la thrall y negó con la cabeza—. Envolved a vuestro padre y lleváoslo de aquí. —Paseó la mirada por la multitud—. El althing se interrumpirá durante el tiempo que necesiten los hijos de Virk para preparar adecuadamente el cuerpo de su padre.

—Ayúdame a sacarlos de aquí antes de que hagan que los maten —le dijo en voz baja Torkel a su mujer antes de enfilar hacia los hijos de Virk—. Vamos —dijo desabrochándose la fíbula de la capa para cubrir con esta el cadáver de Virk.

Orka agarró la mano de Breca, tiró de ella para que su hijo la acompañara y juntos ayudaron a Mord y a Lif a amortajar el cuerpo de su padre.

Cuando terminaron, los cuatro levantaron el cadáver sobre los hombros y salieron del claro. Mord y Lif lloraban en silencio. Al llegar a un recodo en el camino, Orka echó un vistazo atrás. La multitud había entrado en el cuadrilátero y conversaba acaloradamente mientras recogía las varas de avellano; alrededor de la mancha de la sangre de Virk en el suelo había un espacio vacío. Sigrún estaba

hablando con Guðvarr, con la thrall sentada a sus pies. La esclava guerrera miró a Orka y su grupo, se llevó uno de los seax a la boca y lamió la sangre de la hoja.

CAPÍTULO TRECE

VARG

Varg entró en la sala de hidromiel. Estaba exhausto y el sudor le quemaba los ojos. Tenía la túnica pegada al cuerpo y le dolían las extremidades como si estuvieran llenas de plomo. Røkia lo había obligado a seguir practicando en el patio hasta mucho tiempo después de que todos los demás hubieran terminado sus ejercicios y se hubieran marchado. Lo único que había evitado que su obsesivo entrenamiento se prolongara durante toda la noche hasta el amanecer había sido un grito de un voz incorpórea que Varg sospechó que pertenecía a Glornir. Este parecía ser la única persona de quien Røkia acataba una orden.

Ya había anochecido y se habían encendido las antorchas en la sala de hidromiel. Las llamas oscilaban, las sombras bailaban y el denso humo permanecía suspendido entre las vigas. Los thrall estaban preparando las mesas para la cena.

Varg vio que su capa seguía doblada convertida en una almohada debajo de una columna, así que la cogió.

—Siéntate allí —dijo Røkia a su espalda. La acompañaba Svik, con quien conversaba en susurros.

Varg se tambaleó, apoyó una mano en el banco para equilibrarse y miró en la dirección que le señalaba Røkia. Había un hueco al final de un largo banco, el lugar más alejado de la mesa situada encima del estrado. Varg se sentó allí sin pensar. Røkia y Svik pasaron junto a él y ella se volvió para mirarlo.

—Ya has luchado antes —dijo Røkia.

—Sí —reconoció Varg—, pero solo con los puños.

—Hummm… —gruñó ella.

—Y con los dientes —añadió Svik. La sonrisa torció su barba roja —. Como demuestran las marcas de mordisco en la pierna de Einar Medio Troll, y su cojera.

Varg se encogió de hombros.

Svik rio.

Røkia se marchó.

—Lo has hecho bien —le felicitó Svik antes de seguir a su compañera.

—Me asusta la idea de morir —murmuró Varg sin poder controlar los movimientos de su mandíbula.

—Todos nacemos para morir —le respondió Svik por encima del hombro.

La sala comenzó a llenarse de hombres y mujeres que iban dejando sus escudos y sus lanzas apoyados contra la pared antes de sentarse en los bancos mientras los thrall ponían sobre la mesa comida y bebida: cuencos de skyr cremoso y cuajada y tarros de miel; las bandejas estaban llenas de rodajas de carne de cordero seca y ahumada, tajadas de conejo y de ternera, filetes de carne de ballena y barriles de carne de caballo flotando en suero de leche. Pan recién horneado, todavía caliente. Bacalao seco, de sabor intenso y salado. Arenques fermentados en salmuera, morcillas, calderos de estofado que brillaban por la grasa y en la que nadaban trozos de zanahoria, chirivía y cebolla. Y cuernos de hidromiel caliente especiado con enebro para ayudar a bajarlo todo. Varg nunca en su vida había visto tanta comida y bebida junta. Los aromas eran casi mareantes. Su estómago gruñó como si fuera un oso que acaba de despertarse en su cueva.

El jarl Logur estaba sentado a la mesa del estrado, con el pecho robusto y la voluminosa barriga embutidos en una túnica de elegantes bordados. Llevaba la larga cabellera cana recogida en una trenza hilvanada con hilo de oro. El oro también adornaba su cuello y sus brazos, y Varg pensó que parecía un hombre que reía mucho. Por lo menos en ese momento estaba riendo, inclinado susurrando en el oído de una mujer que estaba sentada a su derecha. Esta era alta y elegante y tenía un rostro extravertido y franco. Llevaba el cabello, más cano que rubio, recogido en un moño encima de la cabeza y un vestido de lana azul oscuro debajo de un hangerok bordado. Un cinturón tejido con tablillas del que colgaban unas llaves le rodeaba la cintura. Ella también rio mientras empujaba el hombro de Logur para apartarlo. Glornir, el jefe calvo de los Hermanos de Sangre, se sentaba al otro lado del jarl. Y junto a él, Vol, la bruja seiðr, con un collar de thrall apretado alrededor de su cuello tatuado.

Røkia y Svik enfilaron siguiendo el banco, él caminando con paso arrogante, como si fuera el dueño del lugar, y se sentaron en la otra punta del banco en el que se había sentado Varg, lo más cerca posible para un guerrero de la mesa del estrado que ocupaban Logur y Glornir. Varg también vio allí a Einar Medio Troll y al hombre del aspecto extraño, con la cabeza afeitada y la larga trenza de cabello, que había estado entrenando con Glornir.

Un hombre joven se dejó caer en el banco al lado de Varg. Debía de tener su misma edad. En la cabeza llevaba una mata de pelo negro rebelde y tenía una barba ensortijada y desgreñada y unos ojos azules

y de mirada penetrante. Vestía una túnica ennegrecida y con quemaduras y tenía unas manos y una muñecas gruesas.

—Así que tú eres el asesino —dijo el joven.

—¿Asesino? —exclamó Varg frunciendo el ceño—. No soy ningún asesino.

—He oído que te buscaban por asesinato.

—No fue un asesinato —gruñó Varg—. Fue una pelea justa… Si es que puede considerarse justa una pelea de cuatro contra uno.

—Yo no veo la diferencia —repuso el joven encogiéndose de hombros—. Ahora eres uno de los nuestros. —Sonrió—. Me llamo Torvik —dijo ofreciendo el brazo a Varg.

Varg lo miró un momento y se lo estrechó.

—Varg.

—Ya sé cómo te llamas —dijo Torvik—. Eres Varg el Insensato, el pirado que mordió a Medio Troll.

—No entiendo por qué todo el mundo sigue hablando de eso —masculló Varg.

Torvik se echó a reír, como si Varg hubiera contado un chiste.

—Come —dijo Torvik arrancando un trozo de pan de la hogaza que tenía delante y mojándolo en un cuenco con estofado—. Debes estar famélico como un lobo hambriento en invierno después de haber estado practicando todo el día con Røkia.

Varg no necesitó que se lo repitiera. Empezó con una gruesa rebanada de pan y mantequilla, requesón y bacalao salado. Cada bocado le sabía a gloria. El hidromiel estaba caliente y dulce y el sonido de las conversaciones y de las risas colmaba la sala. Rápidamente remitieron los dolores que afligían su cuerpo.

—¿Eres un Hermano de Sangre o un drengr del jarl Logur? —le preguntó a Torvik con la boca llena de pescado.

—Soy un Hermano de Sangre —respondió Torvik sentándose derecho—. Bueno, lo seré. De momento hago de explorador para ellos bajo las órdenes de Edel.

—¿Edel? —preguntó Varg.

—Es la jefa de los exploradores —dijo Torvik señalando a la mujer del cabello plateado sentada cerca de la mesa del estrado. Sus perros devoraban los trozos de cordero que ella les echaba.

Varg asintió.

—Y también soy aprendiz de Jökul Mano de Martillo —añadió Torvik señalando en otra dirección, a un hombre corpulento y de cintura ancha que estaba sentado cerca de Svik y de Røkia.

—¿Un herrero? —preguntó Varg volviéndose de nuevo a Torvik y mirando las quemaduras que tenía en la túnica y en los brazos.

—No es un simple herrero, aunque es el mejor herrero que hay en toda Vigrið —afirmó Torvik.

—Por lo menos el más rápido seguro que es —dijo Varg—, para mantener en buen estado el equipamiento de los Hermanos de Sangre.

—Ajá, también es rápido, pero, mira. —Torvik levantó el brazo y se subió la manga de la túnica para enseñarle un brazalete trenzado de plata con hilo de bronce y una cabeza de perro en cada extremo.

Varg contuvo el aliento. Era una pieza magnífica y probablemente valía más que todo el dinero que él había ganado en los cuadriláteros.

—¿Qué quieres decir con que serás un Hermano de Sangre?

—Todavía no he hecho el juramento, pero solo es cuestión de tiempo. Glornir dice que todos los que aspiran a entrar en los Hermanos de Sangre antes tienen que demostrar su valía con un acto de valor o de lealtad.

Varg asintió.

—De manera que tú y yo somos compañeros de viaje —dijo Torvik sonriendo a Varg—. Seremos como hermanos.

—Yo no tengo hermanos. Solo una hermana.

—He dicho que seremos como hermanos —puntualizó Torvik con la boca llena de estofado—. ¿Tienes una hermana?

—Está muerta —respondió Varg antes de meterse comida en la boca para poner fin a la conversación.

El hidromiel fluía en abundancia mientras avanzaba el banquete. Las voces de los Hermanos de Sangre y los drengir se elevaban a medida que relataban sagas y alardeaban de sus gestas. Un ruido atrajo la mirada de Varg. Einar estaba echando un pulso con tres drengir de Logur a la vez. Medio Troll rompió a reír cuando estrelló los brazos de sus adversarios contra una fuente llena de verdura y otros guerreros rugieron para expresar su satisfacción.

Los thrall revoloteaban entre las mesas retirando fuentes vacías y rellenando jarras, cuernos y cuencos. Varg los miraba con una sensación de incomodidad en el estómago. No hacía mucho tiempo él había estado en su lugar. Sabía que ahora estaba sentado en el sitio menos honroso de la sala, el más alejado del jarl, pero el simple hecho de estar sentado a esa mesa era casi inconcebible para él, un honor completamente inesperado y que ni siquiera había creído posible. Los Hermanos de Sangre lo habían salvado, había entrenado con ellos en el patio de armas y ahora comía y bebía sentado a la mesa del jarl porque era uno de ellos. Era aún más embriagador que el hidromiel que había en su cuerno y en su estómago. Sintió una risa que borboteaba en su garganta al pensar en lo absurdo que era todo, pero también sintió germinar la semilla del orgullo en su pecho.

«Frøya no se lo creería si pudiera verlo, y estaría orgullosa de mí.»

Otra emoción nació en su pecho, algo que era tan incompresible para él como su libertad. Sentía un atisbo de alegría.

Una alegría que llegaba acompañada de un sentimiento de culpa por estar divirtiéndose cuando el cuerpo frío de Frøya yacía bajo tierra.

Pero había algo más. Algo de lo que había dicho Torvik se había introducido en su mente como un gusano en un trozo de carne podrida.

«Todos deben demostrar antes su valía.»

Respiró hondo y frunció el ceño.

Un estruendo. El jarl Logur estaba golpeando la mesa.

—Un banquete magnífico —dijo mientras se hacía el silencio—. ¡*Skál* por vosotros! —Levantó el cuerno hacia ellos y bebió un buen trago.

—*¡Skál!* —rugieron los comensales, y sus voces retumbaron en las vigas cuando todos extendieron el brazo para coger sus cuernos. Varg levantó el suyo y bebió.

—Pero ¿qué es un banquete sin una buena saga que nos haga hervir la sangre, eh? —dijo Logur, y sus palabras provocaron más golpes a la mesa y gritos. El jarl sonrió, con el hidromiel goteándole de la barba, y señaló la figura que permanecía a la sombra de un pilar. Se adelantó un hombre con una lira de siete cuerdas apoyada en el brazo. Era moreno y apuesto, y vestía una túnica verde de lana con el cuello y el dobladillo adornados con un bordado de trenzas. En sus brazos brillaban a la luz de las antorchas unos brazaletes de plata.

Se hizo el silencio cuando subió al estrado.

—Galinn, el escaldo de Liga —anunció el jarl Logur—. El mejor escaldo del mundo.

—Te lo agradezco, jarl Logur, el más generoso señor que hay bajo el sol y la luna —dijo Galinn.

—¿Quién soy yo para contradecir al famoso Galinn? —dijo Logur sonriendo. Los guerreros rieron—. Y es verdad, con medio pan y un cuenco inclinado he hecho muchos amigos —dijo recostándose en la silla.

Galinn se colocó sobre la tarima y paseó la mirada por las mesas antes de poner los dedos en las cuerdas de la lira. Tocó una música dulce y melancólica que a Varg le evocó el murmullo del agua corriendo por un arroyo y el sonido de la batida de las alas de las aves. Luego el escaldo empezó a hablar.

El Vackna resonó fuerte,
el cuerno del despertar, audaz y atronador,
retumbando en las colinas mientras el sol rojo se alzaba,
inundando toda Vigrið,
esta Llanura de la Batalla,
esta tierra de ceniza,
esta tierra de perdición.
Los dioses despertaron de su letargo,
cayó Snaka, el reptil mudó la piel, ese asesino de almas.
Despertando a los lobos, gritó fuerte Ulfrir, el que rompe las cadenas corrió rugiendo,
se precipitó al Guðfalla,
la caída de los dioses.
Orna de las alas de águila apareció gritando,
batiendo las alas,
despedazando con las garras,
desgarrando con el pico, lacerando la carne.
La astuta dragona,
Lik-Rifa,
la descuartizadora de cadáveres de las colinas de la Oscuridad de la Luna, agitando la cola mientras se desliza a ras de suelo.
Berser desencadenado, espumajeando por la boca, desgarrando con las uñas.
Los dioses en el esplendor de su guerra, el valeroso Svin, el malvado Tosk, el embustero Rotta.
Dioses y estirpe, con sus guerreros prestos,
descendientes con la sangre corrompida, luchando su guerra,
todos acudieron a la Llanura de la Batalla.
La muerte se consumó,
rojos corrieron los ríos,
la tierra impregnada del hedor de la carnicería.
Allí lucharon,
allí cayeron,
Berser atravesado, Orna desgarrada, Ulfrir masacrado.
La astuta Lik-Rifa no compareció, encadenada en una cámara profunda,
bajo las ramas de Oskutreð, el Gran Fresno.
Y cayó Snaka, la devastación de la serpiente, el veneno ardió, destruyó la tierra, derribó las montañas,
agrietó las faldas del Monte Eldrafell.
Hielo y fuego,
llama y nieve,
los vaesen salieron del pozo,
y el mundo murió…,

y renació una nueva vida…

El silencio se prolongó en la sala de hidromiel. Todos miraban al escaldo, aunque, si eran como Varg, se habían perdido en la Llanura de la Batalla y contemplaban la ferocidad de las huestes y la caída de

Snaka como si se hallaran allí.

De repente se produjo un estruendo en las puertas del edificio y Varg pensó por un momento que seguía inmerso en la historia y que estaba oyendo el eco de los tambores, los gritos de los guerreros. Pero entonces las puertas se abrieron y una ráfaga de aire frío entró en la sala de hidromiel, agitó e hizo crepitar las llamas de las antorchas y sus dedos helados sacaron a rastras a Varg de la saga del escaldo.

Unas figuras se plantaron en el hueco de la puerta: dos guerreros del jarl Logur enfundados en cotas de malla y empuñando lanzas y, entre ellos, otras cuatro personas. Una de ellas era un hombre vestido con un magnífico caftán de lana y un gorro con el reborde de pieles; unos pantalones holgados a rayas le cubrían las piernas, envueltos en unas tiras de tela desde los tobillos hasta las rodillas. Las otras tres personas eran dos mujeres y un hombre, y llevaban puestas unas armaduras de láminas metálicas que resplandecían como las escamas de los peces a la luz de las antorchas. Los tres exhibían en la cabeza un yelmo de hierro con un penacho de crines de caballo y un velo de anillas de hierro para protegerse el cuello. De sus cinturones colgaba un carcaj y una funda para el arco, así como una espada curva y un hacha de mango largo. El yelmo del hombre tenía unos ribetes de oro, y la empuñadura de cuero de su espada también estaba envuelta en hilo de oro. Los tres tenían una única trenza larga que se enrollaba debajo del yelmo, como el hombre que Varg había visto entrenando con Glornir en el patio de armas.

En el antebrazo del hombre se posó un halcón con las alas lustrosas y un pico corvo y afilado.

Varg recordó haber visto otras gentes parecidas desembarcando de un barco en el muelle a su llegada a Liga. Un estibador le había dicho que era una nave procedente de la lejana Iskidan.

El alboroto propio del banquete cesó y todas las miradas se posaron en los recién llegados.

Los dos guardias drengir escoltaron a los visitantes hasta el estrado donde estaba la mesa del jarl. Logur los miró desde su posición elevada. El escaldo Galinn había desaparecido.

—Sergei Yanasson de Ulaz solicita la hospitalidad del jarl Logur —dijo uno de los drengr que acompañaban a los forasteros. El hombre del gorro con el reborde de pieles dio un paso al frente e hizo una elaborada reverencia.

—Mis saludos, jarl Logur —dijo Sergei—. Es un honor estar en tu sala de hidromiel. Tu riqueza, tu fama en la batalla y tu hospitalidad son conocidas allende los mares, en la lejana Iskidan y en todos los reinos del Gran Kan, Kirill el Magnífico.

—Sé bienvenido, Sergei —dijo Logur agitando una mano—. Y ahórrame todas estas chorradas, viejo zorro. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo. —Logur se puso en pie, bajó del estrado y estrujó al otro hombre con un fuerte abrazo. Cuando se separaron, Logur sonrió y lo miró a los ojos.

—¿Por qué hablas como si fuera la primera vez que nos vemos, amigo mío?

Sergei agachó la cabeza.

—Me haces un gran honor. No soy más que un humilde comerciante del sur —dijo. Se encogió de hombros—. Traigo unos importantes invitados de mi patria y quería hacer una entrada ampulosa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso me gusta más! —exclamó sonriendo Logur. Sus ojos se desviaron hacia el hombre y las mujeres que había detrás de Sergei—. ¿Y quiénes son esas personas importantes que has traído a mi sala de hidromiel?

—Él es el príncipe Jaromir, hijo del Gran Kan —dijo Sergei dando un paso a un lado—. Lo escoltan dos de sus druzhina, como es su derecho.

—No es un honor tan grande —le susurró Torvik a Varg—. Se dice que el Gran Kan tiene doscientas concubinas y mil hijos, y allí donde va el kan lo sigue un séquito de doscientas druzhina.

—Príncipe Jaromir, sé bienvenido a mi casa —dijo el jarl Logur inclinando la cabeza y haciendo un gesto con la mano.

Jaromir se desabrochó el yelmo y una de sus guardias se adelantó y lo levantó para quitárselo. El príncipe llevaba la cabeza afeitada salvo por una trenza rubia que le caía sinuosamente sobre la espalda. Miró a Logur con unos penetrantes ojos azules. Tenía un rostro apuesto de facciones angulosas y lucía una barba corta y arreglada. Inclinó la cabeza hacia Logur.

—Perdona mi llegada no anunciada —dijo Jaromir—. Podría haber enviado mensajeros para que hubieras tenido la oportunidad de preparar un recibimiento digno de mí, pero he viajado sin demora y no deseaba que me precediera la noticia de mi llegada. —Paseó la mirada por la sala y volvió a posarla en el jarl.

El silencio en la sala se hizo más profundo; solo se oían las crepitaciones de las antorchas y el aleteo y los chillidos esporádicos del halcón. El sonido del ave sobresaltaba a Varg.

—Bienvenido a la Llanura de la Batalla, la tierra donde se libró la guerra de los dioses y que más duramente la sufrió—dijo el jarl Logur —. Sé bienvenido a mi lar. Os invito a comer, a beber y a sentaros a mi mesa. —Su sonrisa se ensanchó y sus dientes resplandecieron—.

Como humilde jarl que soy, es lo mejor que puedo ofrecerte, aun siendo un príncipe de Iskidan.

—Te lo agradezco. —Jaromir volvió a inclinar la cabeza con un movimiento seco y preciso que recordó al halcón posado en su brazo —. Pero no he cruzado a caballo Iskidan ni he surcado el mar para sentarme a tu mesa y comer tu comida. A pesar de que tiene un aspecto… delicioso. Estoy aquí…

—No puedes llevártelo —dijo una voz detrás del jarl Logur.

Todas las miradas se volvieron hacia Glornir, que seguía sentado, recostado en su silla.

—¿Cómo? —preguntó Logur.

—A Sulich —dijo Glornir señalando con la cabeza al guerrero con la cabeza afeitada que estaba sentado entre los Hermanos de Sangre—. El príncipe Jaromir no puede llevárselo.

Jaromir clavó una mirada feroz en Glornir y luego giró la cabeza como lo haría el halcón posado en su brazo para mirar a Sulich, que estaba sentado entre Einar Medio Troll y Svik. Sulich no le devolvió la mirada; en cambio, extendió lentamente una mano y pinchó un trozo de cordero ahumado, se lo metió en la boca y lo masticó con aparente deleite.

—¿Quién eres tú para negarle algo a Jaromir, hijo de Kirill el Magnífico, príncipe de Gravka y de toda Iskidan? —preguntó Jaromir a Glornir.

—¿Que quién soy yo? —dijo Glornir—. No soy un gran señor ni un jarl, tampoco un príncipe como tú. Pero soy el jefe de los Hermanos de Sangre, y eso me hace responsable de mi gente. Me llaman el Regalaoro. He jurado cuidar de ellos y protegerlos.

—Y Rompeescudos —apuntó Røkia.

—Y Robaalmas —añadió Svik.

—Rebanador, Descuartizador, Machacador —dijo Einar con las cejas juntas componiendo un gesto feroz.

Glornir se encogió de hombros.

—Tengo muchos nombres. Pero el meollo de la cuestión es que ellos me han hecho un juramento y yo se lo he hecho a ellos. De permanecer juntos. De luchar juntos. De vivir o morir juntos. Sulich hizo ese juramento y lo selló con sangre. Así que ya ves… —Glornir se levantó lentamente y su cuello crujió cuando lo estiró hacia un lado y luego hacia el otro—. No puedes llevártelo.

—Ha cometido algunos crímenes graves por los que debe responder —dijo Jaromir.

—Me temo que no me estás entendiendo —repuso Glornir.

Una de las mujeres que estaba detrás de Jaromir se adelantó

envolviendo con la mano la empuñadura de su sable.

—Le cortaré la cabeza por su insolencia, gran príncipe —espetó la guardia con los dientes apretados.

Se oyó el chirrido de sillas y mesas cuando más de sesenta guerreros, todos los Hermanos de Sangre, se levantaron a lo largo y a lo ancho de la sala de hidromiel. Torvik se puso de pie al lado de Varg, quien también se levantó antes siquiera de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡Un momento! —gritó Sergei saltando con los brazos abiertos para colocarse entre la guerrera druzhina y Glornir—. Esta no es la manera, príncipe —suplicó balanceando la cabeza—. Sus modos no son nuestros modos. Debemos perdonar sus modales bárbaros.

Jaromir miró a Sergei y luego a Glornir.

—Alto, Ilia —ordenó el príncipe—. Seguiremos el consejo de nuestro estimado amigo Sergei. —Miró al jarl Logur—. Te pido disculpas. No es mi intención manchar de sangre tu sala de hidromiel. Pero se trata de un asunto serio y quiero resolverlo. —Paseó la mirada por la sala—. Liga es un puerto comercial y te ha dado todo lo que tienes, pero en Gravka hay letrinas más refinadas que esta sala. Yo podría ayudar a esta ciudad. Podría ayudarte y traer un río de riqueza como nunca has imaginado, si consiguiéramos llegar a un acuerdo.

Logur miró fijamente al príncipe.

—No quiero que haya mala sangre entre nosotros —declaró el jarl —, pero la tradición de nuestra tierra no respalda tu petición. No puedes entrar en la sala de hidromiel de un jarl con esas exigencias. ¿Dónde están las pruebas? ¿Dónde está el testimonio de hombres libres honrados y dignos de confianza? Este asunto debe ser tratado en un althing. —Logur se encogió de hombros—. Además, Glornir es amigo mío.

—Tengo pruebas y testimonios —replicó Jaromir—. Piensa en lo que he dicho. Mañana regresaré con todo lo que pides y te pediré justicia. Por segunda vez. No habrá una tercera. —El príncipe dio media vuelta y salió de la sala con paso resuelto. Su halcón emitió otro chillido.

Las puertas se cerraron con un golpe atronador y se instaló el silencio en la sala.

—Menudo gilipollas —dijo Svik.

CAPÍTULO CATORCE

ELVAR

Elvar levantó el remo y lo introdujo por la porta mientras el *Jarl de las olas* surcaba la espuma y se deslizaba chirriando por los guijarros de la orilla. Agnar desató la espadilla del timón para que no quedara atrapada en el fondo. Sighvat saltó del barco y avanzó chapoteando por el agua hacia la estrecha playa seguido por un puñado de Terrores de la Batalla. Las gaviotas abandonaban sus nidos en los acantilados y los sobrevolaban en círculo chillando.

Estaban a dos días de viaje al sur de Iskalt, de manera que ya habían recorrido más o menos la mitad de la distancia hasta Snakavik con la ayuda de un fuerte viento del noroeste que había hinchado la vela del *Jarl de las olas* y los había empujado a toda velocidad en dirección sur. Pero ahora el viento había cambiado y soplaba frío y cortante del este, lo que había frenado su avance. Agnar había elegido para acampar esa isla, la punta más meridional de las Islas del Hielo, al atisbar una playa que ofrecía un lugar seguro para desembarcar y ver que estaban acumulándose los nubarrones en el horizonte, que lo animaban a buscar resguardo. El sol era un pálido resplandor velado por las nubes que se escondía detrás de unas escabrosas laderas cubiertas de hierba cuando los Terrores de la Batalla desembarcaron y amarraron el *Jarl de las olas* a las rocas con cabos. La playa era demasiado estrecha para acogerlos a todos, así que, mientras la mayoría de los guerreros arrastraban el drakkar por la playa para depositarlo por encima de la línea de la marea, Biórr y unos cuantos más fueron enviados a buscar un sitio decente donde instalar el campamento. Elvar estaba apoyada, recuperando el aliento después de haber estado tirando del cabo, cuando el joven guerrero regresó e informó de que había encontrado un sitio en la cima de una colina cercana desde donde se veía el barco. Agnar dejó cinco hombres con el drakkar, Trud entre ellos debido a la herida de flecha, y los demás siguieron a Biórr por un sinuoso sendero que ascendía por la colina, acompañados por los quejidos de Trud, que sonaban más altos que los chillidos de las gaviotas. Sighvat se ocupaba de los nuevos prisioneros, Berak, su mujer y su hijo. La bruja seiðr Kráka y el thrall hundur los seguían de cerca. El sendero serpenteaba por la ladera cubierta de hierba y brezo hasta que finalmente llegaba a una meseta. Un espacio abierto de hierba pastada por las cabras daba paso a un macizo de

granito cubierto de musgo y líquenes, tan alto y tan ancho como una sala de hidromiel, y una arboleda de alisos en el margen oriental de la planicie los protegía del viento cortante.

—Es un buen sitio —dijo Agnar volviéndose para echar un vistazo ladera abajo, hacia el *Jarl de las olas*.

Los Terrores de la Batalla se prepararon para acampar, excavaron un agujero en el suelo, recogieron leña para encender un fuego y buscaron un arroyo donde rellenar las cantimploras. Cuando cayó la noche, las llamas crepitaban y el estofado borboteaba en una olla que colgaba del soporte de hierro. El olor del cordero y de la grasa hacía rugir el estómago de Elvar. Sighvat sirvió el estofado a todos; llenó el cuenco de Elvar y después el de Grend. Elvar se volvió hacia Kráka, la bruja seiðr, que observaba con interés el macizo de granito cubierto de musgo junto al que habían acampado. La bruja seiðr tendió una mano y acarició la superficie de la roca con las yemas de los dedos.

—¿Qué haces? —preguntó Agnar a Kráka. El líder de los Terrores de la Batalla estaba sentado de espaldas a la roca.

—Es una piedra de los juramentos —dijo Kráka.

—Solo es una montaña pequeña —repuso Sighvat mirando de arriba abajo la roca. Un par de guerreros se echaron a reír.

—Todas las piedras de los juramentos fueron destruidas —dijo Grend al lado de Elvar, que ya lo sabía.

Agnar se levantó con el ceño fruncido.

—¡Hundur! —gritó, y el thrall hundur se acercó con la cabeza agachada y olfateó un par de veces el aire arrugando la nariz.

—No huelo nada, señor.

—Aquí —dijo Kráka trazando unas líneas en el musgo con los dedos.

El thrall rascó el musgo para arrancarlo de la roca, apretó la cara contra el granito y lo olisqueó.

—Sí —susurró—. Está ahí: sangre vertida, juramentos pronunciados, vagos como un recuerdo.

El hundur rascó un poco más de musgo.

—Hay una manera más fácil —dijo una voz. Pertenecía a la prisionera, que se levantó de donde estaba sentada con su marido y su hijo.

—Uspa, no —dijo el prisionero, Berak. Hizo el ademán de agarrar la mano de su mujer y sus cadenas tintinearon.

—Déjala —espetó Agnar. Luego preguntó a Uspa—: ¿Una manera más fácil de hacer qué?

—De ver la piedra de los juramentos —respondió Uspa.

—Yo ya la veo —dijo Sighvat frunciendo el ceño—. Es tan grande que tapa todo lo demás.

—Me refiero a la inscripción —aclaró Uspa.

Agnar se volvió hacia la roca.

—Enséñamelo —ordenó.

Uspa se adelantó.

—¡Mamá! —gritó el niño.

—No pasa nada, Bjarn —dijo ella con una sonrisa tranquilizadora. Cuando se acercó a la roca y a Agnar tendió una mano con la palma abierta hacia arriba—. Hazme un corte.

Agnar desenfundó el seax y lo deslizó por la palma de Uspa. Brotó una línea de sangre. Ella dejó que la sangre manara y cerró la mano para que se extendiera, luego volvió a abrirla y la apretó contra la roca, en el espacio donde el thrall hundur había arrancado el musgo.

Elvar la observó detenidamente, se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y se obligó a respirar.

No sucedió nada. La sangre de Uspa, un reguero oscuro y brillante, corrió por la superficie de granito, buscando su camino.

Entonces, unas inesperadas vibraciones sacudieron la roca, como si esta fuese un antiguo gigante que despertara de la muerte y tomara su primera y titubeante bocanada de aire después de mucho tiempo. De la roca salió una nube de humo. Elvar oyó un grito ahogado de Sighvat cuando un resplandor manó desde la palma de la mano de Uspa como si fuera un chorro de metal fundido vertido en un molde y ascendió en espiral para expandirse por la superficie de granito. El musgo y el liquen que recubrían la roca brillaron. Aparecieron más regueros de fuego que surcaron la roca a lo largo y a lo ancho hasta sus raíces. El musgo y el liquen empezaron a ponerse negros, a quemarse y a desprenderse de la roca para dejar a la vista la superficie que cubrían.

Elvar observaba boquiabierta. Todos los miembros de los Terrores de la Batalla guardaban silencio en torno a ella. Grend bajó la mano al hacha que colgaba de su cinturón. Sighvat olvidó el cucharón lleno de estofado que tenía en la mano.

Y entonces Uspa retiró la mano y retrocedió para mirar la superficie de la roca junto con los demás.

Runas e imágenes recorrían la roca como si fueran un tapiz que surgía del suelo a sus pies y se elevaba para tocar el cielo llenando todo el campo visual de Elvar. Eran imágenes de un dragón pálido colérico, encerrado en una jaula dentro de una cámara entre las raíces de un gran árbol. Había un lobo en una llanura, atado con una gruesa cadena; unas pequeñas figuras se arremolinaban a su alrededor y lo

acometían con sus armas mientras la bestia aullaba con la mandíbula desencajada.

—Ulfrir, el dios lobo —masculló Kráka.

—Es el Guðfalla —musitó Biórr—. La caída de los dioses.

Eran tantas las imágenes que Elvar tenía dificultades para absorberlas todas: figuras colgadas de las ramas de los árboles, incontables, alas esqueléticas desplegadas en sus espaldas.

—El Bosque de la Horca —dijo Elvar. Recordaba esa historia. Los dioses Orna y Ulfrir habían encontrado a su primogénita muerta, con las alas arrancadas. Lo había hecho Lik-Rifa, la diosa dragón, la propia hermana de Orna. Como venganza, Orna y Ulfrir persiguieron a los descendientes de Lik-Rifa tocados por la diosa y los asesinaron, les abrieron en canal la espalda, les extrajeron las costillas como si fueran una grotesca imitación de alas y colgaron sus cuerpos de los árboles.

Águila de sangre, se llamaba ahora.

«La primera enemistad de sangre», pensó Elvar.

Las imágenes se sucedían de manera ininterrumpida relatando la historia de los dioses durante la guerra: el oso Berser, el águila Orna, el perro Hundur, la rata Rotta y muchísimos más. Y Snaka, el padre, el creador, deslizándose sinuosamente en torno a todos ellos, con el brillante veneno goteándole de los colmillos cuando se sumó a la sangrienta contienda y consumió a sus hijos.

—Creía que todas las piedras de los juramentos habían sido destruidas —dijo Sighvat.

—Estamos en el culo del mundo —dijo Agnar—. Esta ha sobrevivido. —El líder de los Terrores de la Batalla observaba detenidamente la enorme losa de piedra y sus ojos seguían las relumbrantes líneas que trazaban las imágenes—. De ahí procede tu estirpe —dijo dirigiéndose al encadenado Berak, señalando la imagen de un oso gigante con las fauces abiertas y echando saliva por la boca.

Berak no dijo nada y se limitó a mirar la imagen con una expresión feroz.

—Son los padres y las madres de los corrompidos como yo —dijo Kráka—. Snaka amaba a sus criaturas, cuando no los devoraba, y lo mismo puede decirse de sus hijos —añadió admirando la serpiente que recorría con su ondulado cuerpo la pared de granito.

—¿Por qué luchaban? —preguntó en voz baja Sighvat—. ¿Qué desencadenó una guerra que estuvo a punto de destruirlo todo?

—Los celos y el asesinato —respondió Uspa—. Una enemistad de sangre. La dragona Lik-Rifa creía que su hermana estaba conspirando para matarla, y la rata Rotta alimentó su paranoia. Asesinó a la hija de Orna y de Ulfrir, creó los vaesen en secreto para acabar con Orna y

con todos los que la apoyaban. Pero Orna descubrió sus intenciones y atrajo a Lik-Rifa hasta las cuevas y las cámaras que había debajo de Oskutreð, el Gran Fresno, y con la ayuda de sus hermanos encerró allí a Lik-Rifa. Eso provocó la guerra.

—Lik-Rifa solo es un cuento de hadas —dijo Elvar sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Cómo puedes decir eso? —balbuceó Sighvat—. Mira la piedra. Mira la diosa.

—Son historias grabadas en la piedra —repuso Elvar—. Algunas me las creo, pero solo cuando hay pruebas que puedo ver y tocar. Los corrompidos, esos por cuyas venas corre un resto de la sangre de un dios, son reales, en efecto. Veo la sangre del perro Hundur en ti… —Señaló al thrall hundur—. Del oso Berser en ti… —dijo señalando a Berak—. Y de Snaka en vosotras dos. —Sacudió la mano en dirección a Kráka y Uspa—. He oído tu canto de la serpiente y he visto cómo ahuyenta al sjávarorm. Esas son las pruebas que pido. Y en mis viajes con los Terrores de la Batalla he visto muchos otros corrompidos… En la lejana Iskidan vimos la encarnación de la sangre del toro en un ser humano, la de la sangre del halcón y la del caballo. Pero nunca en toda mi vida he visto a un hijo del dragón ni he oído hablar de él a nadie en quien pueda confiar. Pensad en ello un momento: ¿alguno de vosotros ha oído hablar alguna vez de un corrompido con sangre de dragón? —Paseó la mirada por el claro sin hacer distinción entre miembros de los Terrores de la Batalla y corrompidos. Vio que algunos guerreros negaban con la cabeza y les oyó murmurar que nunca habían oído algo así—. Ya lo veis. No existen. No pueden existir, Lik-Rifa es un cuento de hadas que alguien se inventó para entretener y asustar a los niños para que se portaran bien.

El silencio se dilató mientras todos reflexionaban sobre las palabras de Elvar.

Uspa carraspeó y escupió, lo que hizo que Elvar frunciera el ceño.

—Si algo he aprendido en mis viajes es que hay muchas cosas en este mundo que ignoro o no comprendo —dijo Agnar—. El hecho de que no haya visto algo no quiere decir que no exista. Y espero que el hijo del dragón exista, ¡porque creo que se pagaría un buen precio por él y llenaríamos todos nuestros baúles de oro!

Todos los guerreros recibieron con una ovación las palabras de su líder. Agnar se encogió de hombros y sonrió mirando a Uspa.

—Por lo menos es una buena historia, y nos recuerda por qué debemos odiar a los dioses y perseguir a sus descendientes. Su codicia, sus celos, sus enfrentamientos de sangre que estuvieron a punto de destruir el mundo… Por eso no podemos permitir que vuelvan a ser

poderosos en este mundo, ni siquiera bajo la forma de sus hijos corrompidos. —Se desvaneció su sonrisa y escupió al suelo. Luego se volvió de nuevo hacia la resplandeciente piedra de los juramentos—. Por lo menos tenemos algo que nos alumbre mientras cenamos y podremos dormir tranquilos sabiendo que nada nos atacará por sorpresa en la oscuridad.

Elvar se despertó con un grito ahogado y abrió los ojos. O, mejor dicho, intentando gritar, pero sentía una presión en la garganta que la asfixiaba. Solo uno de sus ojos se abrió y advirtió un débil resplandor en el aire procedente de la piedra de los juramentos. El otro, sin embargo, solo veía oscuridad, como si una costra de sangre coagulada hubiera pegado sus párpados. Tenía las muñecas y los tobillos ligados y algo se arrastraba por su cuerpo. Intentó moverse, se revolvió, y notó el movimiento de algo húmedo y viscoso que la apretaba.

—Grend —consiguió decir con un estertor. Giró ligeramente la cabeza y vio a Grend acostado a su lado. Tardó un momento en comprender qué estaba viendo. Algo pálido, translúcido y rezumante cubría su cuerpo como si fuera grasa de ballena derretida en una olla.

Entonces los vio.

Eran gusanos nocturnos. Delgados y pálidos, no más gruesos que un dedo pulgar y de la longitud de un seax, pero había centenares de ellos, no, miles. Elvar los entreveía retorciéndose y contorsionándose en el suelo entre Grend y ella, como si fueran un cubo de larvas cubiertas de mocos. Detrás de Grend había otros miembros de los Terrores de la Batalla luchando con ellos; también Kráka y los prisioneros.

Elvar reprimió el impulso de gritar, pues sabía que si abría la boca le entrarían en la garganta y la ahogarían. Notaba sus cuerpos segmentados agitándose en su cara y acariciándola con su pelusa.

Grend giró la cabeza para mirarla con un grito mudo detrás de sus ojos como platos. Uno de los gusanos nocturnos estaba intentando introducirse entre sus labios apretados y otro trepaba por su nariz. Grend movió una mano y una maraña de gusanos se deslizó por ella, con los cuerpos todavía enterrados en el suelo, inmovilizando al guerrero.

Berak lanzó un rugido amortiguado y se levantó del suelo haciendo tintinear sus cadenas. Las venas de su cuello se hincharon cuando se arrancó los gusanos del cuerpo y los lanzó volando por el aire. Berak se quedó quieto un momento, con una expresión feroz en el rostro, mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo. Luego

arrancó los gusanos de los cuerpos de su mujer y de su hijo y los levantó del suelo.

Un alarido. El orondo Sighvat gritaba de terror, pero Elvar vio que se movía, despegaba los brazos del suelo y los gusanos nocturnos aferrados a ellos volaban por el aire. Luego el guerrero hizo rodar su voluminoso cuerpo y aplastó a los gusanos que tenía debajo. Elvar oyó cómo reventaban sus pieles y vio centenares de pequeñas explosiones de fluido. Sighvat se puso en pie empuñando el hacha y el seax y la emprendió a golpes contra las criaturas que agarraban a Agnar.

Elvar vio que un gusano llegaba a su nariz. La criatura dejó de retorcerse un momento y luego se introdujo en su fosa nasal izquierda. Elvar gimoteó y chilló por dentro, corcoveó y agitó brazos y piernas mientras sentía cómo el gusano se adentraba en su cuerpo.

Una figura se detuvo a su lado. Era Agnar. El líder de los guerreros pisoteó y golpeó con frenesí los gusanos. Luego oyó la voz de Grend gritando, rugiendo, y el silbido del hierro cortando el aire. Inmediatamente notó que su mano y su pierna derechas estaban libres. Elvar giró el cuerpo para arrancar los gusanos que le envolvían la muñeca izquierda y rápidamente se puso de rodillas con las manos apoyadas en el suelo, jadeando. Grend la ayudó a ponerse en pie. Elvar agarró por la cola el gusano que estaba hurgando en su nariz y tiró poco a poco, reprimiendo el impulso de sacarlo de golpe, pues sabía que si lo hacía seguramente dejaría la mitad del gusano dentro. La criatura salió de su nariz con un sonido de succión y Elvar lo sostuvo en el aire un momento. El gusano se movió y se agitó hasta que Elvar lo tiró al suelo y lo pisoteó. Le sobrevino una arcada y vomitó bilis.

—¿Estás bien? —le preguntó Grend sin dejar de pisotear las criaturas que se agitaban en el suelo intentando envolverle los tobillos para derribarlo.

—Sí —espetó Elvar al mismo tiempo que sacaba el seax y arremetía con furia contra los gusanos que se arrastraban alrededor de sus botas.

Los guerreros de los Terrores de la Batalla se habían levantado a lo largo y a lo ancho del campamento, pero Elvar atisbó una figura semienterrada en el suelo movedizo, con la expresión de la muerte en los ojos abiertos y convulsiones en el cuello por los gusanos que se agitaban dentro de él.

Biórr había prendido una rama con las brasas del fuego y estaba quemando gusanos nocturnos. Las criaturas se consumían con un silbido y explotaban. Otros guerreros prendieron más ramas y se sumaron a Biórr. Los gusanos huían agitándose y regresaban a la

tierra.

Y de repente desaparecieron todos y dejaron a Elvar y a los demás mirando a su alrededor con incredulidad y jadeando. Elvar se volvió hacia la piedra de los juramentos y vio que su resplandor estaba atenuándose, pero aún seguía allí, palpitando en la oscuridad.

«¿Es posible que la piedra de los juramentos los haya llamado de algún modo? ¿Los ha atraído ella? Nunca había visto tantos juntos…»

Agnar tosió y escupió mientras paseaba su mirada feroz por el claro sembrado de gusanos muertos.

—Nunca volveré a dormir —dijo Sighvat.

—¡Volvamos al *Jarl de las olas*! —ordenó Agnar.

CAPÍTULO QUINCE

ORKA

Orka agitó la sartén negra que estaba apoyada en la parrilla de hierro sobre el fuego. Las llamas se avivaron, los trozos de jamón ahumado y cebolla crepitaron y el humo ascendió hacia las altas vigas de su granja buscando el agujero de salida.

Orka vio unos deditos que se acercaban a la sartén y los golpeó con la cuchara de madera.

—Espera hasta que esté listo —dijo.

—Pero la tripa me ruge como si fuera un oso que acaba de despertarse, mamá —protestó Breca.

—Y la mía —murmuró Torkel, que estaba remendando su gorro de lana sentado en una silla.

—Huele bien —chilló la tennúr al lado de Breca.

Orka miró con el ceño fruncido a la criatura, que no se había separado de Breca desde el mismo momento que puso los pies en la granja. Las heridas del vaesen parecían estar curándose bien.

—Espero que Mord y Lif estén bien —dijo Breca.

—Sobrevivirán, siempre y cuando no hagan una estupidez —dijo Orka, recordando cómo Torkel y ella habían impedido que Mord cogiera el hacha de su padre y atacara a Guðvarr y a la thrall de la jarl Sigrún.

No hacía ni medio día que habían regresado a casa, pues se habían quedado más tiempo del previsto en Fellur para ayudar a los hijos de Virk a construir un túmulo para su padre. Después Mord y Lif los invitaron a su casa y los agasajaron con bacalao salado y salmón ahumado, si bien el ambiente de tristeza no los había abandonado. Mord había jurado vengarse y Lif no había parado de llorar. Cuando Orka, Torkel y Breca se marcharon, los dos chicos, ambos pálidos y con los ojos rojos, se habían tranquilizado un poco. Torkel les había sugerido que los acompañaran a su granja en las colinas, pero los dos declinaron la invitación. Todavía cabeceaban muchas embarcaciones en el fiordo, amarradas a la Roca de los Juramentos, pues el althing continuaba, y Torkel aconsejó a los hermanos que no volvieran a la reunión.

Ahora era tarde y fuera la oscuridad era densa como la grasa, el viento susurraba en el bosque y todos estaban cansados y hambrientos después de la ascensión a las colinas y de ocuparse de las tareas de la

granja. Spert se había quejado con vehemencia y les había acusado de conspirar para matarlo de hambre por llevarle tarde las gachas regadas de sangre y saliva, pero Breca había conseguido aplacar la furia del vaesen con un cuenco que era el doble de grande del que le daban habitualmente. Ahora Spert dormía en su pequeña cueva submarina, saciado e hinchado.

Orka cogió un cuenco de madera y se lo dio a Breca, luego cogió uno de los panes planos que había puesto a calentar en las piedras que rodeaban el fuego y le echó una cucharada de skyr y tomillo, a continuación pinchó un trozo de jamón y lo puso encima, y finalmente echó unos trozos de cebolla frita.

Breca cogió el cuchillo de comer y ensartó el jamón, arrancó un trozo y se lo metió en la boca. La carne estaba demasiado caliente y Breca jadeaba mientras intentaba masticarla.

—Ten paciencia. Te quemarás el estómago —dijo Orka.

Torkel tendió su plato hacia ella y Orka se lo llenó. Mientras ella le servía la comida, Torkel le acarició el dorso de la mano y Orka sintió un cosquilleo en el estómago. Le sentó bien esa sensación, ya que la preocupación le encogía el estómago desde que se habían llevado el cadáver de Virk de la Roca de los Juramentos. En un primer momento había pensado que se le pasaría una vez que llegaran a casa y estuvieran lejos del althing, pero había ocurrido todo lo contrario, y la preocupación había seguido creciendo dentro de ella hasta convertirse en un miedo que se propagaba por sus venas como un veneno.

Orka llenó su plato y miró a Vesli, que la observaba frunciendo la nariz puntiaguda, con un hilito de baba tendido entre la boca y la barbilla. Orka gruñó entre dientes, puso un poco de su ración de jamón y cebolla en un cuenco y se lo dio a la tennúr.

La tennúr alargó la mano con cautela y cogió el cuenco, hundió la cabeza en él y masticó y trituró la comida haciendo mucho ruido.

Orka arrugó el ceño.

—Odio a Guðvarr y a la jarl Sigrún —soltó de repente Breca con una expresión feroz en el rostro mientras soplaba la comida caliente.

Orka seguía observando cómo comía la tennúr, con sus dos hileras de dientes cortando y masticando a un ritmo alarmante. Vesli vació el cuenco en un abrir y cerrar de ojos, chascó los labios y se relamió. Luego miró a Orka.

—Rico —dijo.

Orka la miró ceñuda y se imaginó a la criatura triturando dientes humanos.

—¿Los odios? —inquirió Torkel arqueando una ceja y con trozos

de cebolla pegados a la barba—. El odio no sirve para nada. —Se encogió de hombros—. A veces hay que matar, pero nunca lo hagas con odio en el corazón porque te consumirá como si tuvieras gusanos debajo de la piel.

—Pero lo que han hecho… —dijo Breca—. Virk ganó y lo mataron. No es justo.

—Tienes razón, no es justo —repuso Torkel—. Pero Guðvarr no es una persona justa. Lo único capaz de hacer que el mundo sea justo es esto de aquí. —Torkel se inclinó hacia su hijo y le puso un dedo en la sien—. Tu cerebro. Las decisiones que tomes. Elige tratar a los demás justamente y dormirás mejor por las noches.

—Pero ¿y si los demás no me tratan a mí justamente, como hicieron con el pobre Virk? —preguntó Breca. Tenía el rostro desencajado por la ira.

—Ah, esa es una reflexión demasiado profunda para alguien tan joven —respondió Torkel con la boca llena de pan y de skyr—. Siempre que puedas evitar una pelea manteniendo la cabeza alta y el honor intacto, hazlo. Virk tenía ganas de pelea y ganó, tienes razón. Pero la decisión de batirse en duelo con el sobrino de la jarl no fue la más astuta. Si Virk se hubiera mordido la lengua, o si hubiera hablado con más respeto y menos ira, probablemente todavía respiraría.

—¿Tenía buenos dientes? —preguntó con su voz estridente Vesli.

Todos se volvieron a mirar a la pequeña tennúr.

—Los muertos no necesitan los dientes —añadió Vesli encogiéndose de hombros. Bajó la mirada y sacudió sus alas finas como el papel.

Torkel se echó a reír.

—Si yo hubiera sido un guerrero adulto habría ayudado a Virk —afirmó en voz baja Breca. Miró a su padre—. Quiero aprender a combatir con la espada.

—Yo prefiero el hacha —dijo Torkel.

—Las hachas son para cortar leña —gruñó Breca.

—Son tan buenas como las espadas para partir cabezas —repuso Torkel. Se quedó callado un momento y luego encogió los hombros—. Seguramente mejores. Un arma no es más que acero duro y afilado. Solo es una herramienta. La persona que la empuña es quien la hace mejor o peor.

—Yo quiero ser bueno con la espada —insistió tozudamente Breca.

Torkel intercambió una mirada con Orka y exhaló un largo suspiro.

Orka volvió a recostarse en su silla, cruzó los pies y comió

mientras Torkel seguía conversando con su hijo acerca del honor y de la vida pacífica. Sabía que su marido tenía razón, pero una parte de ella pensó como Breca cuando estuvo en el cuadrilátero de varas de avellano, mirando el cuerpo sin vida de Virk. Merecía ser vengado y sus hijos tenían el derecho de hacerlo. Pero ellos eran demasiado jóvenes e inexpertos con las armas, y estaban tan ansiosos por hacerlo que seguramente no habrían sido capaces de llevar a cabo su venganza de manera que después pudieran echar la vista atrás y saborearla.

«Es un mundo oscuro y los actos oscuros lo gobiernan, nos arrastran hasta un río turbulento al que no podemos resistirnos.» Se imaginó a Guðvarr, esa comadreja sin honor, tendido en el cuadrilátero de varas de avellano, con la mirada perdida y el hacha hundida en la cabeza…

Parpadeó y sacudió la cabeza. Se daba cuenta del camino por el que estaban llevándola sus pensamientos y no le gustaba. La voz de Torkel penetró en su cabeza, hasta lo más hondo, tranquilizadora y apaciguadora, como un fuego que hiciera retroceder las sombras que se agitaban y arremolinaban en sus venas. Se le cerraron los ojos, vencidos por el sueño.

Una mano le tocó el pie y Orka despertó con un sobresalto. Dio un brinco y bajó la mano al seax que llevaba en el cinturón, pero entonces vio el rostro sonriente de Torkel.

—Estabas roncando como un oso —dijo su marido.

—Hummm… Mira quién fue a hablar —replicó su mujer poniéndose derecha en la silla.

El fuego seguía encendido. Breca y Vesli estaban sentados al otro lado de la mesa. El niño estaba tallando un trozo de madera con el cuchillo mientras charlaba con la tennúr.

—Creo que es la hora de roncar en una cama blanda —le dijo Torkel a su mujer.

—Ajá —gruñó Orka poniéndose en pie y estirándose.

Toda la familia cooperó en las tareas nocturnas. Breca recogió los platos vacíos y la sartén, los puso en su pequeña carretilla y salió con ella de la casa para lavarlos en el arroyo. Vesli agitó las alas y se posó sobre los platos apilados. Orka y Torkel los siguieron a la oscuridad del exterior.

Cada uno de ellos encendió una antorcha y la llevó consigo. Breca le dio la suya a Vesli para que la aguantara. Torkel se dirigió a las puertas de la granja para comprobar los cerrojos y las cerraduras y luego emprendió su rutinaria patrulla alrededor de la empalizada.

Orka enfiló hacia el granero, dejó la antorcha en un soporte de hierro clavado a la puerta y fue a ver cómo estaba el poni. Se quedó un rato limpiando la cuadra y echó heno en el comedero del animal. Cuando terminó, le dio un puñado de avena al poni y le rascó la cabeza mientras masticaba.

Cuando salió del granero y cogió la antorcha de la puerta vio que los demás ya habían terminado sus tareas. Cruzó el patio y entró en la casa. El fuego continuaba encendido en el hogar, pero las llamas eran bajas e iluminaban en ráfagas de ámbar y sombras la estancia. Breca ya estaba acostado, tapado con una manta de lana. Vesli estaba acurrucado en el suelo a su lado. Orka se agachó junto a su hijo y lo observó un momento; su rostro estaba pálido e inmóvil y su pecho subía y bajaba con un ritmo lento y regular. Alrededor del cuello llevaba un cordón de cuero con un colgante de madera, una espada, pequeña pero bien tallada, con el pomo trilobulado y la guardia corva. Orka soltó una risotada ahogada.

«Qué chico más testarudo. Quiere aprender a luchar con la espada y así nos lo recordará todos los días.» Torkel debía haber hecho el orificio en la espada y buscado el cordón.

Tendió una mano y le acarició el pelo. Breca abrió sus grandes ojos y la miró con expresión seria.

—Estoy triste por Mord y Lif, mamá —dijo con la voz somnolienta.

—Lo sé —repuso Orka—. Y me alegra que sea sí. Eso quiere decir que tienes un corazón grande.

—¿Cómo van a vivir sin su papá?

—Bueno, si son capaces de controlar su ira y no hacen que los maten en un holmganga, no se morirán de hambre. Virk los educó bien. Tienen un barco para pescar y un negocio. Eso es lo que intentamos hacer nosotros como padres. Tenemos que enseñar a los hijos a sobrevivir cuando ya no estemos.

—Yo no quiero que papá ni tú os vayáis nunca —dijo Breca. Pestañeó con los ojos humedecidos por unas lágrimas repentinas.

«Es inevitable. La muerte llega para todos», pensó Orka, aunque no lo dijo en voz alta. Ya podía ver el tempestuoso gesto ceñudo de Torkel.

—¿Cómo eran tu mamá y tu papá? —le preguntó Breca.

—Casi no los recuerdo —confesó Orka—. Conservo en la memoria imágenes sueltas de ellos, como hojas flotando en una charca. La sonrisa de mi madre mientras se peinaba los cabellos rojos. «Sus gritos. El dorso de la mano de mi padre…»

—¿Cuántos años tenías cuando murieron?

—Diez, quizá once.

—Si tú te mueres, yo nunca te olvidaré —dijo Breca con los ojos oscuros muy abiertos.

—Yo quería olvidarlos. —Orka se encogió de hombros—. Me alegra que tú no sientas lo mismo.

—Mamá, ¿tú…? —Breca dejó la pregunta a medias y miró a otro lado.

—¿Qué? Es mejor hacer una pregunta que guardársela.

—Cuando llevamos los cuerpos de Asgrim e Idrun a Fellur, aquel hombre, Guðvarr, dijo que estabais temblando, que le teníais miedo…

—Ajá, eso dijo —repuso Orka recordando a aquella comadreja en la escalera de la sala de hidromiel de la jarl Sigrún, con el moco colgando de su nariz—. ¿Y?

—¿Tenías… miedo? —quiso saber Breca.

Orka rememoró los sentimientos que la recorrieron en aquel momento, la sangre y la muerte, la rabia expandiéndose por sus extremidades y provocándole un cosquilleo en las venas y un estremecimiento en los músculos. Había sentido miedo, en cierto sentido. Pero no de Guðvarr, sino de lo que habría sido capaz de hacerle.

—Sí.

Breca se quedó boquiabierto.

—El miedo no es malo —explicó Orka—. ¿Cómo puedes ser valiente si no eres capaz de sentir miedo?

—No lo entiendo —dijo Breca con el ceño fruncido.

—El valor es tener miedo de llevar a cabo una tarea y hacerla de todos modos.

La frente de Breca se arrugó mientras reflexionaba sobre esa idea y luego una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios. Sus ojos se movieron y frunció el ceño, se incorporó en la cama y apoyó una mano en el hombro de su madre.

—¿Qué es eso? —dijo Orka volviéndose.

Breca se puso de pie en su jergón, de puntillas, e intentó alcanzar una telaraña que había en el ángulo de una viga. Una polilla había quedado atrapada en ella y agitaba las alas, y una gorda araña había salido de su guarida y estaba suspendida de un hilo que vibraba.

—Déjala, Breca. Es la naturaleza. Vivimos en un mundo rojo de dientes y garras. Los pájaros se comen a los ratones, los gatos se comen a los pájaros, los lobos se comen a los gatos, etcétera. No puedes cambiarlo.

—Ah, mamá, pero mira lo asustada que está la polilla —dijo Breca saltando en la cama, pero todavía sin poder llegar a la telaraña

—. Ver cómo tu muerte se acerca con unos colmillos como esos, ser envenenado pero seguir vivo mientras se te escapa la vida. Seguro que no es una buena muerte.

Orka se encogió de hombros. El niño tenía razón.

La araña se deslizó rápidamente por el hilo en dirección a la desesperada polilla.

—Y si tú estuvieras atrapada en una red y alguien pudiera ayudarnos —continuó Breca—, pero en vez de hacerlo nos diera la espalda y se marchara, ¿qué pensarías? —Saltó un poco más alto y consiguió tocar la telaraña. La araña se detuvo en seco.

«Si alguien te dejara morir, lo estrangularía. Lo apuñalaría, lo destriparía y…»

Orka negó con la cabeza.

«Esa cabeza tuya es demasiado grande —gruñó Orka, pero se levantó y sacudió la telaraña para liberar la polilla. Esta cayó al suelo y revoloteó en círculo para desprenderse de los restos de telaraña que seguían aferrados a su cuerpo, y luego echó a volar libre.

Breca sonrió a su madre como si hubiera ganado una batalla.

—Ahora, a dormir —dijo Orka inclinándose para volver a arropar a su hijo. Le dio un beso en la mejilla. Breca la envolvió con un brazo, la apretó fuerte y se dejó caer de nuevo en el jergón. Orka se puso derecha y enfiló sigilosamente hacia el fondo de la vivienda. Cuando entró en el dormitorio, se volvió para mirar otra vez a su hijo. Breca estaba acurrucado en su cama, embozado con la manta. A su lado vio el destello de los ojos de Vesli, observándola. Cerró la puerta.

La luz de la luna se filtraba a través de las contraventanas y plateaba el dormitorio. El corpachón de Torkel era una mole que roncaba en la cama. Orka se quitó rápidamente las botas y los calcetines de lana, se desabrochó el cinturón y lo dejó sobre un baúl grande que había a los pies del lecho. A continuación se quitó la túnica de lana y camisa interior, los pantalones y se metió en la cama al lado de Torkel. Él estiró una mano enorme y le acarició la cadera.

—¿Vas a decirme ahora qué es lo que te preocupa? —murmuró Torkel con la voz gangosa por el sueño.

Orka respiró hondo y sintió que el gusano que tenía en el estómago se estiraba.

—La nueva thrall de Sigrún —susurró.

Silencio. Torkel se dio la vuelta para mirarla. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos.

—Ya. Es una úlfhéðnar.

—Probó tu sangre. Vi cómo la lamía de su seax. —Orka buscó con los dedos la herida en el cuerpo de su marido, una línea delgada que

le cruzaba las costillas, ya cubierta por una costra. No había sido un corte profundo.

—Eso no lo sabes. Podría haber sido la sangre de Virk. En cualquier caso es una úlfhéðnar, no una hundur. Para ella no tendría ningún significado.

—Los corrompidos se han cruzado, ya lo sabes. Podría ser las dos cosas.

Torkel exhaló un largo suspiro.

—Deberíamos marcharnos de aquí —continuó Orka—. Ahora, antes de que sea demasiado tarde. Deberíamos irnos lejos de los mezquinos jarlar y sus mezquinas disputas, lejos de Helka y Störr y su guerra de codicia.

—Pero este es nuestro hogar. Lo hemos construido con nuestras propias manos, con nuestra sangre y nuestro sudor.

—No, mi hogar es este —espetó Orka poniendo la mano abierta en el pecho de Torkel—. Breca y tú sois mi hogar. Mi hogar está dondequiera que estemos juntos.

Permanecieron callados un rato, Orka con la palma de una mano en el pecho de su marido y peinándole el pelo revuelto con los dedos de la otra, y él con la mano apoyada en la cadera de su mujer.

—Sí, tienes razón —dijo Torkel rompiendo el silencio.

Orka se sintió aliviada. Había esperado una dura discusión.

—Bien —repuso—. Mañana iré al Fresno y hablaré con el espíritu Froa.

—Sí, eso será por la mañana —dijo Torkel—. Pero ahora… —Su mano ascendió por la cadera de su mujer, trazó el contorno de su cintura y continuó subiendo.

Orka encontró los labios de su marido en la oscuridad.

Orka salió sin hacer ruido del dormitorio y cerró la puerta mientras Torkel continuaba durmiendo. Encontró un cuenco vacío en la mesa y escupió en él, sacó el seax del cinturón, se pinchó ligeramente en el pulpejo de la mano y dejó caer la sangre dentro del cuenco para mezclarla con la saliva.

«Esto debería evitar que Spert se amotine, o que se muera de hambre.»

Mientras cruzaba sigilosamente la estancia lanzó una mirada a Breca, que era una sombra oscura arrebujada en el jergón. Vesli se estiró pero no se despertó. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y eligió una lanza del armario, una con una gruesa asta de madera de fresno y la larga moharra cubierta con una funda de cuero. Miró de reojo el

hacha de mango largo de Torkel que colgaba encima de la puerta y salió. Aún estaba oscuro y la luz de la luna palidecía ante la inminente llegada del amanecer.

—Spert —susurró Orka al llegar al arroyo. Introdujo la punta del asta de la lanza debajo de la roca de la criatura y el agua se agitó.

—¿Señora? —balbuceó Spert saliendo del agua.

Orka se agachó a su lado.

—Tengo que salir a un recado, pero debería estar de vuelta antes del mediodía. Vigila la granja hasta mi regreso.

—Sí, señora —dijo Spert. Hizo una pausa y sus antenas se agitaron—. Tengo hambre. Falta mucho para mediodía. ¿Vas a dejar que Spert sufra y se muera de hambre, como la otra vez?

—Tú no te mueres —espetó Orka—. Desgraciadamente. —Respiró hondo—. Breca te calentará las gachas en cuanto se despierte y te traerá el desayuno —dijo antes de levantarse y enfilar hacia la puerta. Arrojó la lanza por encima de la empalizada y luego se elevó de un brinco para agarrarse al borde de la cerca, se encaramó a ella y saltó al otro lado. Aterrizó sobre la tierra blanda. No quería marcharse de la granja dejando las puertas abiertas.

Recogió la lanza y se puso en marcha en dirección sureste, atravesó el claro que rodeaba la granja y se adentró en el bosque. Estaba oscuro, pero Orka conocía el camino. Un sendero ascendía serpenteando entre los árboles y Orka llegó a una cresta alta mientras el sol despuntaba en el borde del mundo; el resplandor dorado bañaba las copas de los árboles de un valle que se extendía delante de ella, teñido de un rojo intenso.

Orka descendió de la cresta usando la lanza como bastón. Cuando el terreno comenzó a nivelarse, el sol ya se había alzado desde las colinas y comenzaba a oírse con fuerza el murmullo de un río. Normalmente, cuando llegaba a ese punto Orka sentía un cambio profundo en su interior, como cuando se vuelve a tomar aire después de una larga exhalación, pero esta vez no fue así. En cambio notó cómo regresaban los tentáculos del miedo que se había desvanecido la noche anterior y ahora se contorsionaban y se agitaban en sus venas.

Los árboles se enralecían a su alrededor y a través de sus ramas se filtraban fragmentados haces de luz. Enseguida salió a un prado atravesado por un río. Delante del prado se alzaba una suave loma en la que crecía un fresno.

Orka se detuvo abruptamente y se quedó boquiabierta, con la lanza colgada de la mano.

El fresno había sido destruido. En la cima de la loma sobresalía un tocón talado y ennegrecido y el tronco destrozado yacía en el

suelo.

—No —musitó Orka. Echó a correr escrutando con desesperación el prado—. ¡Froa! —gritó, a pesar de que sabía que era inútil. Froa era el espíritu del Gran Fresno, una criatura de madera, corteza y savia, cuya vida estaba ligada al fresno, del que había nacido y al que custodiaba. Y entonces la vio: una figura tendida en la ladera de la loma, junto al tronco derribado. Orka corrió hacia ella, se detuvo con un resbalón y contempló la figura tirada en la hierba. Era una mujer alta que semejaba una escultura de madera, más alta que Orka, de una edad indeterminada, con una larga melena llena de hojas y ramas que le envolvía el cuerpo hasta la cintura. Tenía los ojos abiertos y desorbitados, los brazos tendidos hacia el tronco caído y la boca abierta en un rictus de dolor.

La última vez que Orka la había visto, Froa reía y bailaba y le había ofrecido una mano en señal de amistad. Orka contemplaba ahora su cadáver. El cuerpo de Froa había sido descuartizado a hachazos y donde lo habían quemado había unas manchas negras.

—¿Qué han hecho, Froa? —farfulló Orka dejándose caer de rodillas.

Froa, el espíritu del Fresno, la guardiana del bosque, nacida de una semilla de Oskutreð, el gran árbol que se había alzado en el corazón de Vigrið, la Llanura de la Batalla, mientras los dioses se enfrentaban en su batalla final. Orka le acarició la cara. Estaba fría y dura.

—Quería darte las gracias por protegernos mientras vivimos en tu bosque y pedirte consejo sobre a dónde podríamos ir, un lugar donde aún viva uno de los tuyos.

Froa la miraba con la expresión de la muerte congelada en su rostro.

«¡Ah! ¿Quién o qué te ha hecho esto? ¿Quién se atrevería a hacer una cosa así? ¿Y quién tiene tal poder?»

Los froa eran vaesen poderosos, cuyos espíritus estaban ligados a su fresno. Vivían y morían con él, así que este froa seguramente habría luchado hasta el final para salvar el árbol. Orka se puso de pie y se acercó al tocón. Habían talado el árbol con muchas hachas y también lo habían quemado. Algunas partes de la corteza estaban negras y tenían ampollas. Miró el suelo y vio la tierra revuelta y las raíces desenterradas que habían atacado a sus agresores. También había unas manchas oscuras en la hierba. Orka se agachó y tocó una con las yemas de los dedos. La sangre estaba oscura y coagulada, casi negra.

Se puso de pie e inspeccionó la zona. Encontró más manchas de

sangre.

«Esto es obra de muchos. Algunos murieron o sufrieron graves heridas. No abandonaron aquí a sus muertos.»

El miedo que recorría sus venas aumentó.

«¿Los que han hecho esto serán los mismos que mataron a Asgrim y a Idrun y que han raptado a Harek?»

Un murmullo en la brisa, débil y etéreo; procedía del oeste, del otro lado de la cresta que Orka había ascendido para llegar allí.

Gritos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

VARG

Varg se despertó por el dolor. Tenía todo el cuerpo lastimado; en los músculos sentía unas molestias que no había experimentado antes, a pesar de que había trabajado en la granja desde que tenía memoria y luchado en cuadriláteros. Se dio la vuelta y se incorporó gruñendo.

«Odio a Røkia.»

Tenía costras en los diversos puntos donde ella lo había herido intencionadamente con la lanza y le dolían los músculos como si corriera fuego por sus venas: los del brazo y el hombro izquierdos de sujetar el escudo durante todo el día, y los de la espalda, el torso y las piernas de intentar evadir las acometidas de Røkia. Además tenía ampollas en la mano derecha de empuñar la lanza que finalmente le había permitido coger.

Sin embargo, el dolor muscular no era nada en comparación con el de la cabeza. Una pulsación constante y rítmica extendía sus garras a lo largo de su cuello para llegar a su estómago revuelto.

Cerró los ojos y sepultó la cabeza entre las manos.

«Odio el hidromiel más que a Røkia.»

—No hay cordero para el lobo perezoso —dijo una voz.

—¿Eh? —gruñó Varg abriendo un ojo.

—Eres un dormilón —dijo Svik deteniéndose a su lado.

—¿Un dormilón? —Varg frunció el ceño y abrió el otro ojo. La luz que entraba en la habitación era cegadora y Varg se sintió como si le achicharrara el cerebro. En la granja siempre se había levantado antes de que amaneciera, así que en el fondo Svik tenía razón. Sin embargo eran circunstancias excepcionales. Primero, un hombre llamado Medio Troll le había dado una paliza hasta dejarlo al borde de la muerte, lo cual no sucedía todos los días. Después había recibido una tunda de patadas y puñetazos por parte de un grupo de hombres libres que tenían la firme intención de cortarle la mano y arrastrarlo cincuenta leguas por un suelo pedregoso. Durante seis días había estado postrado en la cama, sudando y retorciéndose por la fiebre, y nada más despertar había recibido las burlas, el entrenamiento, las puñaladas, los empujones y otra vez las puñaladas de una pirada cuyos ojos rebosaban muerte y desprecio. Y para acabar se había despertado con la sensación de tener una versión en miniatura del

herrero Jökul viviendo en su cabeza, golpeando el yunque con el martillo dentro de su cráneo.

Levantó la cabeza para mirar a Svik.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Svik.

—Cuando he despertado pensaba que estaba muerto —masculló Varg—. Y cuando me he sentado he deseado estarlo. Jamás volveré a beber hidromiel.

Svik rio con carcajadas estentóreas y francas.

—¡Si tuviera un brazalete por cada vez que he oído eso, o que lo he dicho yo mismo, tanto da, sería tan rico como un jarl!

Los thrall habían encendido los lares y colgaban ollas de hierro sobre las llamas. Otros guerreros ya se habían levantado de las esteras extendidas en los márgenes de la sala. El aroma de las gachas y la miel impregnaba el aire y a Varg le rugieron las tripas.

—Tienes suerte de que Røkia esté hablando con Glornir, porque ya estaría pinchándote con la lanza para que salierais a entrenar.

—Querrás decir clavándomela.

—Ah, tienes toda la razón. —Svik sonrió.

«Siempre está sonriendo, y casi siempre por mis desgracias.»

Varg intentó levantarse, se tambaleó y Svik le ofreció la mano. Varg frunció el ceño e instintivamente la rechazó.

—Aceptar ayuda no es una señal de debilidad —dijo Svik agarrando a Varg del brazo para que no se cayera.

Varg se encogió de hombros.

—En el lugar del que yo vengo no me ayudaría nadie, aunque lo pidiera.

—Ya no estás allí —dijo Svik, por un momento sin sonreír y con el gesto serio.

«Tardaré un poco en acostumbrarme», pensó Varg. Él nunca había pedido ayuda, ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerlo alguna vez, pues sabía que nadie le ayudaría. Llevaba tanto tiempo viviendo sin amigos y solo, con su hermana Frøya como única amiga, que para él simplemente era el estado natural de la vida.

Se volvió para mirar a Røkia, que seguía charlando con Glornir. Vol, la bruja seiðr, se había unido a ellos. También el jarl Logur, su mujer y algunos de los guerreros que le habían jurado lealtad. Varg enfiló hacia el grupo, respirando lentamente para tratar de controlar la agitación en su estómago.

Cuando llegó al estrado reparó en una nueva presión incipiente en su cabeza, como si estuviera soportando un gran peso. Miró arriba, pero solo vio la gruesa viga de madera y un cuervo de centelleantes ojos negros posado en ella. Pero entonces advirtió algo incrustado en

la viga. Era un objeto pálido y alargado, como un fragmento de hueso, y uno de sus extremos tenía un brillo argénteo.

—No te pondré en esta posición. —La voz de Glornir rechinaba como las olas del mar en una playa de guijarros—. Jamás podré agradecer tu generosidad al sentar a mi pestilente tripulación a tu mesa, invitarlos a beber tu hidromiel, a comer tu carne y a tirarse a tus thrall en sus esteras.

—Siempre eres bienvenido, Glornir. Los Hermanos de Sangre siempre tendrán un sitio al lado de mis lares, ya sea para pasar un día o todo un invierno.

—Te lo agradecemos —dijo Glornir—, y te compensaremos por ello. Pero hoy partiremos con la marea. De todas maneras mi tripulación está inquieta. No está hecha para holgazanear.

Logur gruñó y abrazó a Glornir.

—Me ocuparé de que partas con los barriles y las barrigas llenos. Me encargaré de todo —dijo el jarl, y se marchó seguido por sus guardias.

Su mujer se quedó un momento.

—Lo que en realidad ha querido decir es que va a pedirme que me encargue de todo —dijo sonriendo.

Glornir hizo una reverencia y dijo:

—Gracias, Sälla.

La mujer del jarl también se marchó. Glornir levantó entonces la cabeza, vio a Varg y arrugó el ceño.

—Escuchar a escondidas no es una cualidad admirable —dijo el líder de los Hermanos de Sangre.

—No era esa mi intención —se disculpó Varg—. Yo… quería hablar contigo.

Glornir lo miró sin cambiar la expresión.

—Habla.

Varg vio que todo el mundo estaba mirándolo. Glornir, Røkia, Vol. Svik a su espalda. Edel, la jefa de los exploradores, con sus dos sabuesos. Otros miembros de los Hermanos de Sangre.

«¿Cómo he llegado aquí? La vida me arrastra sobre una gran ola.»

—En primer lugar, quería darte las gracias —dijo Varg—. Me has salvado de Leif Kolskeggson, de lo cual te estoy muy agradecido.

Glornir dejó caer la cabeza para expresarle que aceptaba su agradecimiento, pero no dijo nada.

—Hummm… —gruñó Røkia.

—Has dicho «en primer lugar» —señaló Vol con una voz dulce que contrastaba con su rostro severo y los tatuajes que se entrelazaban en su cuello y en su mandíbula. Debajo de los tatuajes llevaba un

collar de thrall, pero Vol no se comportaba como ningún otro thrall que Varg hubiera conocido. La bruja seiðr transmitía seguridad en sí misma y había dignidad en sus ojos—. Eso significa que quieres decir algo más.

—Así es —dijo Varg. Cerró los ojos y recordó la cara de Frøya—. Tengo una petición. Es una tarea que solo puede realizar un galdramaðr o una bruja seiðr. —Volvió a abrir los ojos y miró directamente a Vol.

—¿Qué tarea? —quiso saber esta.

—Un akáll.

Vol chasqueó la lengua.

—No es una tarea sencilla. Se trata de revivir los últimos instantes de una vida…

—Lo sé, pero es… todo para mí.

—Necesitas… —empezó a decir Vol.

—No —tronó Glornir interrumpiéndola.

Varg se volvió al líder de los Hermanos de Sangre.

—Me dijeron que Vol ejercía sus artes solo para los Hermanos de Sangre. Me lo dijo Svik. Me dijo que la única manera que había de que ella hiciera eso por mí era que me convirtiera en un Hermano de Sangre. —Varg lanzó una mirada acusadora a Svik, quien se encogió de hombros.

—Es verdad —dijo Svik con una sonrisa de exasperación asomando en las comisuras de sus labios.

—Y soy un Hermano de Sangre —continuó Varg mirando de nuevo a Glornir—. Tú mismo se lo dijiste a Leif Kolskeggson. ¿O habría que añadir Mentiroso a la larga lista de nombres de Glornir Regalaoro?

Se oyeron silbidos y gritos ahogados, de Røkia y del resto de las personas que se encontraban en la sala de hidromiel. Miradas sombrías.

—Aún no eres un Hermano de Sangre —aseveró Glornir.

Varg frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué luché con Einar Medio Troll y me hizo picadillo? ¿Por qué ha estado ella maltratándome y alanceándome? —espetó señalando con el dedo a Røkia. Esta le sonrió con una frialdad que hizo que le hirviera la sangre en las venas. Su ira iba en aumento.

—¿Y por qué te salvé yo la vida cuando Leif tenía levantado el cuchillo y te acusaba de asesinato? —dijo sin alterarse Glornir.

—No soy un asesino —dijo lentamente Varg, controlando la ira que borboteaba en sus venas.

—Eso es lo que dices tú —replicó Glornir—, y pronto sabré lo que

eres. Pero me gustaría que respondieras mi pregunta. ¿Por qué te salvé la vida?

Varg pestañeó. Todas las emociones se agitaban dentro de él; la confusión y la ira se mezclaban en su interior.

—No lo sé —balbuceó Varg—. Svik me dijo que fue porque mordí a Einar… —Dejó a medias la frase al darse cuenta de lo ridículo que sonaba.

—Te salvé porque tienes potencial —dijo Glornir—. Tienes un pie en la sala de hidromiel, pero todavía no eres uno de los nuestros. Ser un Hermano de Sangre es un honor, y uno que no se otorga a la ligera. No aceptamos a un guerrero cualquiera simplemente porque sea rápido con los puños. Hay que tener… las cualidades adecuadas. Habilidad en el combate. Te falta destreza con las armas, pero Røkia me ha dicho que eres rápido, que tienes equilibrio y un espíritu guerrero. Eso lo vimos cuando te enfrentaste con Einar. El valor y la fuerza son necesarios para ser uno de los nuestros, evidentemente, pero es necesario que tengas algo más. Debes tener las cualidades adecuadas aquí. —Glornir se adelantó y le clavó un dedo en la frente a Varg—. Y aquí. —Le clavó otro dedo en el pecho, a la altura del corazón—. Lealtad y devoción hasta la muerte. ¿Posees esas cualidades? —Glornir se encogió de hombros—. El tiempo juzgará. Hasta entonces, considérate un aprendiz. Te enseñaremos, te alimentaremos, te protegeremos. A cambio, tú aprenderás, obedecerás y lucharás. Y entonces… —Glornir sonrió y eso transformó su semblante—. Ya veremos. —Olfateó el aire, arrugó la nariz y miró a Varg de arriba abajo, las costras de sangre, la túnica manchada de sudor, la mugre y la suciedad incrustadas en la piel.

»Ten —dijo Glornir. Hurgó en un morral que le colgaba del cinturón y sacó una bolsita que ofreció a Varg. En su interior tintinearon las monedas—. Cómprate algo de equipo. De lo contrario, muy probablemente te pondremos debajo de un túmulo tras tu primera escaramuza, antes de oírte pronunciar el juramento. Partiremos con la marea, así que date prisa.

Varg miró la bolsa.

—No seas tonto —dijo Svik—. Cógela.

Varg la cogió.

—Te lo agradezco —masculló.

Glornir ya se alejaba de allí. Vol observó un momento a Varg y luego siguió al líder de los Hermanos de Sangre.

—Me alegra haber aclarado por fin este asunto —dijo Svik frotándose las manos—. ¡Ahora vayamos a gastar esas monedas!

CAPÍTULO DIECISIETE

ORKA

Orka corría con el pecho palpitándole y los pulmones ardiendo. Olía el humo en el aire. Ya había dejado atrás el valle del fresno y había ascendido por la cresta sin detenerse, la había cruzado y se había lanzado como un rayo por la ladera opuesta, a través del bosque, en dirección a la granja.

Atisbó el resplandor de las llamas entre las ramas. Se le metía el sudor en los ojos, le pesaban las piernas como si fueran de plomo mientras corría y las ramas la fustigaban, pero eso no la detenía. Gritos. Una nube de humo negro atravesaba el bosque.

Un estruendo rítmico. El suelo tembló y las ramas de los árboles se agitaron como si el dios muerto Berser hubiera despertado y estuviera aporreando un tambor de guerra.

Orka siguió corriendo. Las voces se mezclaban con el chisporroteo del fuego.

Un estrépito, un grito de batalla, un chillido agudo y aterrorizado.

«Breca.»

El miedo y la rabia bullían en su interior, fundiéndose, alimentándola. El estruendo del hierro y del acero al chocar. Más gritos.

Sus pies se enredaron en las plantas trepadoras y estuvo a punto de caerse, pero se equilibró con la lanza y continuó corriendo, sorteando árboles y haciendo camino a través de helechos y juncos. El corazón le aporreaba el pecho y la sangre palpitaba dentro de su cabeza. El terreno comenzó a nivelarse y supo que ya estaba cerca de casa. De repente se dio cuenta de que el ruido había cesado. Solo oía las crepitaciones de las llamas. Densos bancos de humo se arremolinaban entre los árboles.

Y entonces salió al claro que rodeaba la granja.

La puerta estaba abierta y una de las hojas colgaba de una sola bisagra. Al otro lado de la puerta y de la empalizada, las paredes y el tejado de la vivienda estaban envueltos en unas llamas deslumbrantes que ascendían al cielo. Las fumaradas se arremolinaban a lo largo y a lo ancho del patio y ocultaban gran parte de la casa.

Orka quitó la funda de cuero de la hoja de la lanza y la tiró al suelo mientras corría hacia la puerta. Al cruzarla advirtió que el poste

de madera en el que estaban grabadas las runas galdur que protegían la granja estaba quemado y destruido, lo cual solo podría haber hecho un galdramaðr o una bruja seiðr.

Había una multitud de huellas de botas y gallinas y cabras muertas diseminadas por el suelo del patio. Las puertas del granero y del establo estaban abiertas. No había ni rastro de *Resoplido*, el poni. Había una figura tirada sobre la roca del arroyo; era Spert, completamente inmóvil, con un agujero en el cuerpo segmentado del que manaba icor negro. A su alrededor yacían otros cuerpos más pequeños, una docena de vaesen tennúr. Todos parecían muertos.

Orka paseó la mirada por la granja mientras trataba de comprender lo que había pasado. La puerta de la vivienda estaba destrozada y en el suelo de la entrada había unos cuerpos tendidos.

«Atacaron la granja y Torkel se refugió en casa, cerró la puerta. Prendieron fuego a la vivienda y tiraron abajo la puerta. Torkel se enfrentó con ellos allí, donde el espacio es más estrecho, antes de que entraran.»

Subió corriendo la escalera y lanzó una mirada a los cadáveres mientras pasaba por encima de ellos. Pertenecían a un hombre y una mujer vestidos con las prendas de cuero y pieles típicas de los bosques. Los dos tenían unas atroces heridas rojas, profundas hasta los huesos. Los jergones ardían en el interior de la casa, y del techo consumido por el fuego caían unos fragmentos enormes que al chocar con el suelo provocaban una erupción de chispas y llamas.

Encontró otras dos personas muertas en la vivienda. El reguero de cadáveres llevaba hasta unas figuras apiladas en el suelo, junto al lar.

Orka corrió a través del humo y sorteando las llamas hasta que llegó al montón de cuerpos.

Eran cinco o seis cadáveres, de hombres y de mujeres, entrelazados, con las extremidades extendidas y unos profundos tajos. Uno de los hombres tenía un hacha de mango largo hundida en el cráneo y la cabeza abierta desde la coronilla hasta el mentón. Los demás parecían haber sufrido el ataque de dientes y garras.

Torkel yacía en el centro.

De su torso sobresalían las empuñaduras de dos seax, una en el pecho y la otra en el estómago. Estaba cubierto de sangre, tanto de sus propias heridas como de las heridas de los que yacían en torno a él. Su pecho aún se movía y la sangre le moteaba los labios cuando exhalaba el aire con una respiración superficial e irregular.

—¿Y Breca? —le preguntó Orka, pero su marido no le respondió —. ¡BRECA! —gritó girando en círculo y recorriendo frenéticamente la estancia con la mirada, pero solo oyó las crepitaciones de las llamas y

el crujido de la madera. Levantó los cadáveres que rodeaban a Torkel buscando a su hijo. Debajo de una mujer atisbó una figura pequeña, retiró el cuerpo arrastrándolo y descubrió que era Vesli, la tennúr. El vaesen estaba inmóvil, con las alas caídas y la cara y la cabeza recubiertos de sangre.

Torkel entreabrió los ojos y vio a su mujer.

—Se han llevado a Breca —gruñó. Un hilo de sangre corrió desde la comisura de sus labios.

Orka se inclinó hacia él y pasó los brazos por debajo de sus hombros, agarró su cuerpo y tiró para sacarlo a rastras de la casa. Torkel intentó hablar, pero su voz era apenas un resuello que las crepitaciones de las llamas impedían oír.

De repente se oyó un estrépito, un sonido de desgarramiento, y una porción del techo se desmoronó y provocó una explosión de llamas. A través del boquete en el tejado se vislumbraba el cielo azul. Toda la vivienda crujió, la madera protestaba, las llamas crepitaban, el humo se arremolinaba, una cascada de chispas se precipitaba alrededor de Orka.

Arrastró a Torkel fuera de la casa, lo bajó por la escalera y lo depositó en el suelo. Estaba pálido; la sangre en sus labios brillaba y contrastaba con su tez de alabastro. Orka se arrodilló a su lado, le levantó la cabeza y le apartó con una caricia el cabello apelmazado por el sudor de la cara. El terror era una mano que le estrujaba el corazón.

Torkel fijó la mirada en sus ojos.

—Se lo han llevado —jadeó de nuevo con sangre fresca en los labios—. No pude impedirlo. —Hizo una pausa y un espasmo de dolor le torció los labios entre estertor y estertor—. Lo intenté.

—Lo traeré de vuelta —dijo Orka. La furia y el miedo bullían en su sangre. Quería salir corriendo en busca de su hijo, encontrarlo y abrazarlo, destripar y matar a los que se lo habían llevado, machacarles la cabeza y degollar a quienes le habían hecho eso a Torkel. Pero era incapaz de separarse de su marido.

Los labios de Torkel se movieron y el aire salió de su boca con un silbido. Orka se inclinó hacia él.

—Hijo del dragón —gruñó Torkel con los dientes apretados. Gotas de saliva ensangrentada le rociaron los labios y la barbilla cuando su cuerpo se puso rígido con una convulsión de dolor.

—Respira. Sigue respirando —dijo Orka. Era una orden, una súplica, al cuerpo agonizante de Torkel.

—Lo… siento —farfulló Torkel con una voz que era poco más que un suspiro. Sus dedos temblorosos trataron de tocar el rostro de su

mujer. Y entonces murió.

—No —susurró Orka agarrando la mano de su marido. Negó con la cabeza. Las lágrimas le empañaron los ojos. Tenía los músculos de la mandíbula y del cuello tensos, contraídos. Le costaba respirar—. No, no, no, no, ¡NO! —gritó levantando la cabeza y aullando al cielo sucio de humo.

Orka puso la cabeza de Torkel en el suelo, le acarició los labios con las yemas de los dedos y se limpió la sangre de su marido de la cara dejándose unas franjas de mugre desde la frente hasta la barbilla. Se puso en pie lentamente mientras un viento frío le atravesaba el corazón. Revisó su cinturón de armas y acarició las empuñaduras del seax y del destral. Luego buscó con la mirada la lanza antes de recordar que la había dejado en la casa para arrastrar a Torkel. Con unos pasos rápidos y decididos regresó a la vivienda, contuvo la respiración y se adentró en la densa nube de humo para regresar donde estaban los cadáveres tendidos alrededor del lar. Agarró la lanza y oyó un ruido, una especie de silbido. Vio que la tennúr se movía. Orka levantó al vaesen, que tenía los ojos abiertos y la mirada perdida.

«Una última cosa», se dijo.

Fue hasta el hacha de mango largo de Torkel enterrada en la cabeza del hombre, apoyó un pie en el cadáver y extrajo el arma. Después echó a correr para salir de la casa. Los pilares de madera crujieron, se astillaron y cedieron.

Se produjo una explosión de humo y llamas cuando Orka salió de un salto por la puerta y bajó por la escalera mientras la casa se desmoronaba a su espalda. Inspiró profundamente cuando una nube de humo y de ceniza la envolvió y esperó a que se posara. Cuando pudo respirar de nuevo, depositó a Vesli en el suelo al lado de Torkel. El vaesen respiraba y sus extremidades se movían con temblores. Orka puso el hacha en la mano de su marido y la cerró alrededor del mango. Luego atravesó con paso resuelto el patio, cruzó la puerta de la empalizada y buscó huellas.

No fue difícil dar con ellas. Una gran cantidad de botas y los cascos de un caballo habían aplastado la hierba del suelo y el rastro se dirigía hacia el este, en dirección a las colinas boscosas. Orka también vio sangre, unas brillantes gotitas de color escarlata que moteaban el suelo. Lanzó una última mirada atrás, hacia la puerta de la granja y el cuerpo de Torkel, y se puso en marcha. Atravesó el claro corriendo con largas zancadas y se adentró en el bosque siguiendo el rastro de

sangre y huellas de los que habían asesinado a su marido y raptado a su hijo.

No habían hecho ningún esfuerzo para ocultar su paso por el sotobosque y Orka siguió el ancho sendero que habían abierto a través de la maleza. El rastro continuaba hacia el este y poco a poco se desviaba hacia el norte, colina abajo. Orka imaginó adónde se dirigían antes de oír el río.

«Igual que los asesinos de Asgrim. Torkel siguió su rastro hasta un río. Tres barcos, dijo. Una tripulación de entre doce y treinta personas. Menos los diez que Torkel había enviado al viaje de las almas.»

Orka apretó el paso. El sendero era claro. Pensar en Breca encendía un fuego en su estómago. No podía sacarse de la cabeza la cara de Torkel, la sangre en sus labios; aún oía su voz susurrada. El dolor le oprimía el pecho y se fundía con una ira forjada a fuego. Miedo, rabia, dolor… Todas esas emociones corrían por sus venas y se mezclaban para formar algo nuevo.

De repente oyó el relincho de un caballo que atravesaba el murmullo del agua corriente.

Orka aminoró el paso, echó un vistazo al cielo y vio que era poco más de mediodía. Los árboles eran cada vez más escasos y atisbó el río un poco más adelante, por el que corrían las turbulentas y centelleantes aguas del deshielo de las montañas. También vislumbró dos o tres figuras, tal vez más. Abandonó el camino y se adentró en la maleza, trazó sigilosamente un semicírculo a través del bosque y se agazapó detrás de un árbol rodeado de helechos y salvia.

Observó el río desde su posición.

Había un barco en la orilla. *Resoplido*, el poni, estaba tirado en el suelo, muerto, y la sangre que manaba del tajo que tenía en el cuello empapaba el suelo. Tres hombres y una mujer estaban descuartizando al animal con destrales y seax. Todos eran delgados y tenían una expresión severa; vestían prendas de lana, cuero y pieles. Habían dejado las lanzas en la orilla y empuñaban hierros afilados. Un montón de menudillos humeaban al aire frío. El río borboteaba y espumaba y más adelante se dividía en dos canales que corrían alrededor de un peñasco de granito.

Orka respiró hondo para aquietar los temblores que agitaban su cuerpo, musitó un juramento y salió de detrás del árbol, levantó la lanza y la arrojó. Se puso en movimiento antes de que la lanza alcanzara su objetivo y sacó el seax de la funda que le cruzaba el vientre al mismo tiempo que extraía el hacha del lazo en el cinturón. Se oyó un alarido y un gorgoteo cuando la lanza atravesó a un hombre alto y corpulento que vestía una túnica de lana verde con una capucha

marrón. La lanza entró por su espalda y salió por su pecho con un chorro de sangre y él cayó de bruces sobre el poni muerto.

Sus tres compinches se quedaron paralizados un instante, la mujer con el destral suspendido en el aire, en mitad de un golpe dirigido a la articulación de los cuartos traseros de *Resoplido*. Sus miradas se deslizaron desde su compañero muerto hacia Orka, que corría hacia ellos, gruñendo y con las hojas de sus armas destellando a la luz del sol primaveral.

Los dos hombres se echaron a un lado. Uno de ellos era viejo y canoso; el otro, un muchacho demasiado joven para tener algo más que una pelusilla rala en el mentón. La mujer afirmó los pies en el suelo y se encorvó con las piernas flexionadas y el destral levantado. Orka giró bruscamente a la izquierda y su velocidad y su repentino cambio de dirección pillaron por sorpresa al anciano. Orka desvió con el hacha el seax que el hombre dirigió hacia ella y con un giro del brazo hundió la hoja del destral en la muñeca de su oponente. El hombre soltó un gemido y Orka lo embistió y le clavó el seax hasta el fondo en el estómago. Los dos se tambalearon, con los cuerpos pegados como si fueran dos amantes. Orka tiró hacia arriba del cuchillo, desgarrando carne hasta que la hoja se clavó en las costillas del hombre, luego empujó a su víctima y el anciano cayó hacia atrás chillando y con los tobillos enredados en los intestinos. Orka salió desequilibrada hacia el río, se dio la vuelta, sus pies se deslizaron por el suelo y cayó de rodillas al suelo.

El hacha de la mujer cortó con un silbido el aire donde solo un instante antes había estado la cabeza de Orka. Esta arremetió con el destral y el seax e hirió a la mujer en el tobillo y en el muslo. La mujer chilló, se tambaleó y apoyó una rodilla en el suelo al mismo tiempo que asestaba un hachazo de revés que encontró la espalda y el hombro de Orka. La sangre salió a borbotones por el tajo abrasador y doloroso. Orka rugió a la mujer y se abalanzó sobre ella. Las dos cayeron al suelo y rodaron por la orilla escupiendo y gruñendo. Orka atisbó unas botas que se acercaban. El muchacho corrió hasta ellas y dudó qué hacer mientras buscaba un hueco por el que atacar. El hacha de Orka salió volando por el aire y Orka agarró de la muñeca a su rival y le asestó un cabezazo. Se oyó el crujido de cartílago roto. Un torrente de sangre inundó la boca y la mandíbula de la mujer, que puso los ojos en blanco y dejó caer los brazos.

Un dolor atroz recorrió la cintura de Orka, que chilló, se quitó de encima a la mujer aturdida y rodó por la orilla del río seguida por el muchacho, que intentaba a la desesperada apuñalarla con el seax. Orka levantó su cuchillo y saltaron chispas de los seax cuando

chocaron, a continuación lanzó una patada a los tobillos del muchacho, que cayó al suelo a su lado. Orka se dio la vuelta y le clavó el seax hasta el fondo en el muslo. Oyó un grito. Notó que la punta del cuchillo chocaba con el hueso y se apartó cuando el muchacho se volvió hacia ella.

Orka se levantó a duras penas del suelo y escupió sangre. Un dolor insoportable le recorría la espalda y el hombro; también la cintura. Pero no le prestó atención y caminó los pocos pasos que la separaban del destral. Se agachó para recogerlo del suelo.

El muchacho intentó levantarse, gritó y se derrumbó de nuevo. Envolvió con la mano la empuñadura del seax de Orka hundido en su pierna.

La mujer gruñó mientras recobraba el conocimiento.

Orka se acercó a ella y la miró a los ojos.

—Matasteis a mi marido y os llevasteis a mi hijo —espetó Orka levantando el hacha.

—¡Piedad! —gritó la mujer levantando una mano.

El hacha de Orka seccionó varios dedos y se hundió en la cara de la mujer. Un grito ahogado que cesó abruptamente. Unos pies tamborilearon en la hierba.

Orka volvió a ver el rostro cubierto de sangre de Torkel y la voz de Breca resonó en su cabeza. Habían sido los gritos de su hijo en la granja los que oyó desde el árbol del espíritu Froa. Extrajo el destral con el rostro desencajado y los ojos empañados por las lágrimas y asestó otro hachazo, y luego otro, y otro; su brazo subía y bajaba, y el crujido de los huesos se transformó en un ruido de chapoteo cuando el hacha comenzó a golpear carne triturada. Orka gritó, profirió un alarido feroz y atormentado de rabia y de dolor mientras seguía machacando los restos de la mujer. Los pegotes de sangre y hueso salpicaban a Orka y la cubrían de rojo.

Oyó un gemido a su espalda y bajó el ritmo de los hachazos hasta que los interrumpió definitivamente, jadeando. Se dio la vuelta.

Miró al muchacho.

Estaba tirado en el suelo, con una mano cerrada alrededor del seax de Orka que tenía hundido en la pierna. Con la otra mano empuñaba su cuchillo y apuntaba con él a Orka. La miraba con los ojos desorbitados, paralizado, temblando. Tenía la cara pálida como la leche agria, con un rictus de dolor, de terror y de asco. Las lágrimas surcaban la mugre que le cubría las mejillas.

Orka introdujo el mango del destral por el lazo del cinturón y enfiló hacia el cadáver del hombre derrumbado sobre el poni descuartizado. Agarró el asta de la lanza, apoyó un pie en el cuerpo en

el que estaba clavada y tiró para extraerla. Después se encaminó hacia el muchacho.

—¡Atrás! ¡Atrás o te destriparé! —gritó con desesperación el chico, con el rostro desencajado y agitando el seax en su mano temblorosa.

—No podrías destripar ni a un pez muerto —espetó Orka acercándose a él. Apartó el cuchillo del muchacho con la lanza y se la clavó en el antebrazo. Él chilló y dejó caer el seax. Orka lo apuntó con la lanza.

—¡Por favor! —graznó el muchacho arrastrando la espalda por el suelo para alejarse de ella. Gimió de dolor cuando el seax que tenía hundido en la pierna se movió. Se dio cuenta de que no podría ir muy lejos cuando sintió en la espalda el lametazo del río.

Había un barco varado en la orilla, con ocho remos. En el suelo se veían los surcos profundos que habían dejado otras dos embarcaciones. Unas manchas de sangre llevaban hasta el espacio que había ocupado una de ellas.

«Hay heridos entre los supervivientes. ¿Breca?»

Orka miró al norte, colina abajo, y vio el agua espumosa alrededor de la oscura cuña de granito que dividía el río en dos canales. Dos caminos que los niðing que habían raptado a su hijo podrían haber seguido. Volvió a mirar al muchacho tendido en el suelo delante de ella.

—¿Dónde está mi hijo? —le preguntó Orka apuntándole al pecho con la lanza.

Él la miró, cubierto de sangre y mugre, y luego miró la lanza. De repente torció el cuerpo y se arrojó de espaldas al río. Orka se lanzó hacia él para agarrarlo por el tobillo y tiró del muchacho para subirlo de nuevo a la orilla. A continuación levantó la lanza, la giró para agarrarla de revés y hundió la punta en el hombro del muchacho para que se clavara en su carne y en sus músculos.

Él chilló con las mejillas surcadas de lágrimas y los mocos colgándole de la nariz.

—Voy a matarte —dijo Orka—. Tus días han llegado a su fin.

El muchacho gritó y le suplicó mientras Orka sostenía la lanza clavada en su cuerpo.

—Dime lo que quiero saber y será rápido —espetó Orka—. O sentirás más dolor. —Hizo una pausa y miró fijamente el rostro estriado de lágrimas del muchacho hasta que el sollozo se transformó en un gimoteo contenido y estuvo segura de que tenía toda su atención—. ¿Dónde está mi hijo?

—Se lo han llevado por el río —farfulló el muchacho.

Orka empujó la lanza y el chico chilló. La punta de la lanza se hundió, atravesó el hombro y se clavó en la tierra para inmovilizarlo en el suelo.

—Eso ya lo sé, excremento de comadreja —gruñó Orka—. ¿Adónde se lo han llevado? ¿Qué bifurcación del río han tomado?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —balbuceó el muchacho—. Yo he venido con mi tío. —Lanzó una mirada al anciano derrumbado sobre el poni muerto.

—Tomaste la decisión equivocada —dijo Orka.

—El muchacho asintió, gimoteando.

—Me dijo que me pagaría con oro si trepaba una empalizada y abría una puerta. Tengo buena vista, brazos largos y pies veloces —dijo resollando.

—Tú abriste la puerta de mi granja —dijo fríamente Orka. La imagen de la cara de Torkel con los labios ensangrentados pasó fugazmente por su cabeza. Giró la lanza dentro del brazo del muchacho.

Él chilló, se retorció y volvió a chillar.

—¿Quién se ha llevado a mi hijo? ¿Quién es el jefe, el que da el oro?

—No… no puedo decírtelo —jadeó el muchacho con regueros de saliva colgándole de la boca.

Orka apretó el puño alrededor de la lanza.

—Basta, por favor —suplicó el muchacho.

—Dime su nombre.

—Yo… le tengo miedo —dijo gimoteando el chico. Orka reparó en un fuerte olor a amoniaco cuando la vejiga lo traicionó y una mancha oscura se expandió por sus pantalones.

—Deberías tenerme miedo a mí —espetó Orka. Volvió a girar el asta de la lanza. Luego se inclinó, agarró la empuñadura del seax que seguía hundido en la pierna del muchacho y frotó lentamente la punta del cuchillo contra el hueso del muslo.

Esperó a que el chico dejara de gritar. Tardó un rato.

—Dime su nombre.

El muchacho la miró con los ojos de quien ha enloquecido por el dolor.

—Drekr —balbuceó finalmente.

Orka extrajo la lanza del hombro del chico y, cuando este abrió la boca para gritar, la hundió en su pecho y apoyó todo su peso en ella. Notó cómo la moharra se hundía entre las costillas y le perforaba el corazón.

Un chorro de sangre oscura salió a borbotones de la boca del muchacho y ahogó sus gritos. Y entonces la vida se apagó en sus ojos.

Orka sacó la hoja de la lanza y la limpió en la túnica del muchacho. Se volvió para mirar fijamente el río, el peñasco de granito en la que el agua espumaba y se bifurcaba. Más allá de la roca, los dos ríos gemelos serpenteaban y desaparecían a medida que el terreno descendía hacia el fiordo y Fellur.

—Drekr —susurró Orka al frío cielo azul.

CAPÍTULO DIECIOCHO

VARG

Varg recorría las calles de Liga guiado por Svik y Røkia. En poco tiempo, y con su ayuda, había comprado dos sayas de lino, unos pantalones de lana, una túnica gris también de lana con diseño de espiga, vendas para las piernas con los ganchos de bronce, unos zapatos de piel de cabra, un gorro de lana, calcetines, guantes de cuero forrados de lana, un cinturón con la hebilla de bronce, un seax con una sencilla funda de cuero y la empuñadura de cuerno de alce, y una elegante capa de piel de foca. Además de un saco de cáñamo en el que meterlo todo. Se sentía como si fuera un jarl rico y los comerciantes lo adulaban. Sabía que eso no significaba nada, que solo lo hacían por sus monedas y los dos Hermanos de Sangre que lo acompañaban, pero una parte de él se sentía… bien. Era una sensación extraña, una que no había sentido desde hacía mucho tiempo.

Vio al vendedor que le había regalado el cuchillo y le dio una moneda por la amabilidad con la que lo había tratado cuando era un mísero thrall. Además pagó un plato de estofado y pan para Svik y Røkia.

—¿Puede ser también un trozo de queso? —le preguntó Svik al vendedor.

—Te gusta el queso, ¿eh? —observó Varg.

—¿Y a quién no? —respondió Svik frunciendo el ceño mientras cogía el queso.

Siguieron caminando. Røkia se detuvo en un puesto que exhibía seax y hachas sobre una mesa de caballetes.

—Necesitas una de estas —dijo Røkia sopesando un hacha. Se la pasó a Varg. Este la cogió y examinó el equilibrio del arma. El mango era corto y la cabeza, corva y extraordinariamente pesada. El hacha no era algo nuevo para él, pues había cortado un montón de leña durante sus años en la granja de Kolskegg, sin embargo nunca había tenido en sus manos una como esa.

—Está diseñada para ser arrojada —explicó Svik—. Fíjate en la curva del mango y de la hoja.

—Ah —dijo Varg golpeándose la palma de la mano con el contrafilo del arma.

—¿Alguna vez has luchado con un hacha? —le preguntó Røkia.

—No. Ya os lo he dicho, solo con los puños.

—Ya, bueno, entonces deberías tener una. Recibirás una lanza y no puedes permitirte comprar una espada.

—Tampoco sabrías usarla —señaló Svik—. Seguramente acabarías cortándote la cabeza. Lanza, seax y hacha son un buen punto de partida.

—Y siempre va bien llevar unas cuantas armas en el cinturón —dijo Røkia—. Nunca sabes lo que encontrarás en la siguiente vuelta del camino.

Varg no estaba seguro de cómo se sentía con toda esa cháchara sobre técnicas de combate. Su única motivación hasta ese momento había sido vengarse de Frøya; hacer gritar a su asesino. Se sentía raro, y un traidor, permitiendo que otros pensamientos ocuparan su mente.

«Es la manera de cumplir mi juramento —se dijo—. No es el camino más directo, pero es el único que he encontrado.»

—Entonces me quedo el hacha —le dijo al vendedor y sacó más monedas de la bolsa—. ¿Y una de esas? —preguntó señalando una magnífica brynja de resplandecientes anillas engrasadas que colgaba de un soporte.

—No puedes permitírtela —dijo Svik.

—Además, es mejor quitarle una al cadáver de tu enemigo —añadió Røkia—. Es mejor ganarla en un combate. ¿Cómo esperas si no ganarte tu fama en la batalla? —Miró a Varg como si tuviera delante a un majareta.

Se le pasó por la cabeza la idea de que si se enfrentaba con un guerrero cubierto con una cota de malla, lo más probable sería que su rival fuera un guerrero experimentado, por lo menos mucho más experimentado que él, que además contaría con la ayuda y la protección adicionales de las anillas de hierro. Por lo tanto, las probabilidades de que Varg sobreviviera el tiempo suficiente para quitarle la brynja al cadáver de su rival no eran altas. Además, la fama en la batalla era una cosa en la que Varg no había pensado en su vida. Incluso cuando luchaba en el cuadrilátero siempre lo hacía solo por la siguiente comida, y después porque Kolskegg no le había dado opción.

—Una cota de malla es una maravilla —dijo Svik—, y va muy bien para mantener el hierro afilado fuera del cuerpo. Pero lo importante es esto. —Dio unas palmadas a un sencillo yelmo que había encima de la mesa: cuatro láminas de hierro remachado con tiras y una protección para la nariz—. A un tajo en el cuerpo puedes sobrevivir, pero a uno en la cabeza… —Se encogió de hombros.

Varg lo levantó y miró en su interior. Estaba forrado con piel de oveja y tenía unas correas de cuero para ajustarlo a la cabeza. Se lo

probó y se abrochó la correa que se ceñía al mentón.

—Bien —dijo Røkia dándole unos golpecitos con los nudillos.

—Además te tapa el pelo, y eso está bien —dijo Svik—. Te sugiero que no te lo quites hasta que tengas un cabello largo y bonito como el mío.

Røkia resopló.

—Mira esto —dijo Svik señalando otros artículos expuestos en la mesa. Había pedernales y eslabones para sacar chispas, anzuelos de pesca y tripas de animal para coser heridas, rollos de vendas de lino y otro objeto plano de hierro fijado a un mango curvado de madera y cuero.

—¿Qué es eso? —preguntó Varg.

—Un hierro para cauterizar heridas —explicó Røkia, arqueando de nuevo las cejas ante su ignorancia.

—Hemos comprado todo lo que necesitas para abrir agujeros en los demás. —Svik sonrió—. Pero debes tomar algunas precauciones por si alguien te abre un agujero a ti.

—Me parece razonable —murmuró Varg. Se sentía como si estuviera marchando a ciegas por un camino del que no sabría regresar.

—Bien. Entonces ya hemos terminado —dijo Røkia mirando el sol en el cielo—. Será mejor que volvamos.

Varg había tirado la túnica y los pantalones viejos al fuego que se había encendido detrás de la sala de hidromiel, debajo de las escarpadas paredes de unos precipicios y de los pinos. También había arrojado los zapatos, que tenían más agujeros que cuero. Después se había frotado el cuerpo con agua helada de un barril utilizando un cepillo de hirsutos pelos de caballo y con jabón hecho con ceniza y sebo. Svik le había puesto delante un plato con cordero frío y encurtidos mientras se vestía y él se había llenado la boca de carne ahumada mientras se ceñía las vendas a las pantorrillas y se abrochaba el cinturón. Finalmente pasó la correa del yelmo de hierro alrededor del cinturón para que colgara de él junto a las armas. Se sentía raro con el peso del hacha, el seax, el yelmo y el cuchillo colgando de su cinturón junto con el morral y le parecía inconcebible estar vestido de esa guisa. Sin embargo era agradable estar limpio y vestido con esas ropas tan elegantes, que no se habría puesto en lo que le quedaba de vida si se hubiera quedado en la granja de Kolskegg. Notó que se le dibujaba una sonrisa en las comisuras de los labios y deseó que Frøya pudiera verlo. Se le borró la sonrisa al pensar en el

cadáver frío y sepultado de su hermana.

—Mucho mejor —dijo Svik mirando a Varg cuando se levantó—. Ya no pareces un thrall o un miserable mendigo. Ah, y esto es tuyo. Es un regalo de Glornir —añadió sosteniendo en alto el escudo pintado de negro que había usado el día anterior durante el entrenamiento.

Varg se lo terció a la espalda y cogió el saco con el resto de las cosas que había comprado en Liga. Entonces sonó un cuerno y Svik apremió a Varg para que fueran al patio de la sala de hidromiel, donde el jarl Logur y su mujer Sälla estaban parados delante de la puerta abierta, rodeados por una docena de sus guardias. Glornir estaba a la cabeza de los Hermanos de Sangre, enfundado en una radiante brynja, con el casco de hierro colgado del cinturón y un hacha larga en las manos. Detrás de él se congregaba una masa de guerreros con los escudos negros con salpicaduras rojas terciados a la espalda, un batiburrillo de brynja, túnicas de lana, cuero hervido y curtido, con lanzas y hachas largas en las manos, apoyadas en los hombros.

Los dos señores se saludaron con una cabezada y Glornir condujo a sus guerreros fuera del patio. El líder de los Hermanos de Sangre vio a Varg y a Svik en un lado del patio y dijo algo, levantó una mano y Vol le entregó una lanza con el asta de madera de fresno y la moharra cubierta con una funda de cuero.

—Ahora esto es tuyo —dijo, y le arrojó la lanza a Varg. Este la cazó al vuelo con manos seguras—. Pertenecía a Aslog, cuyo sitio en los remos ocuparás tú ahora. Era un buen guerrero, aunque no lo suficiente para conservar la cabeza —añadió Glornir—. Ya no necesita la lanza, pues ha emprendido el viaje de las almas. Podría darte fama en la batalla.

Varg asintió sin saber qué decir. Glornir reanudó la marcha y se adentró en las calles de Liga a la cabeza de sus Hermanos de Sangre. Varg y Svik se sumaron a la columna de guerreros.

Enfilaron por una calle ancha. La gente se apartaba para dejar pasar a los Hermanos de Sangre.

—¿Cómo está tu cabeza? —preguntó una voz. Era de Torvik, el aprendiz de herrero.

—Como si tuviera dentro a tu herrero intentando salir de ella a martillazos —respondió Varg.

—¡Ja, ja, ja! El hidromiel es un arma de doble filo, ¿eh? —dijo Torvik frotándose las sienes—. Hace que el mundo sea mejor un rato, y luego peor. Muchísimo peor.

Los guerreros continuaron avanzando sin prestar demasiada atención al orden de marcha.

—El jarl Logur es bueno con los Hermanos de Sangre —dijo Varg pensando en la cantidad de comida y de hidromiel que los guerreros debían de haber consumido en siete u ocho días.

—Ajá, pero los Hermanos de Sangre han sido buenos con él —repuso Torvik.

—¿A qué te refieres?

—A la reliquia divina que hay en la sala de hidromiel de Torvik. Los Hermanos de Sangre se la dieron.

—¿Qué reliquia? —preguntó Varg.

—El fragmento del Cuerno Vackna, el mismo que convocó a los dioses en la Llanura de la Batalla el día del Guðfalla. Está colocado en la viga que hay encima de la mesa de Logur y le ha ayudado a hacerse rico.

—Ah. —Varg asintió al recordar que había visto un trozo de hueso blanco en la viga y la extraña sensación que parecía emanar de él. Todo el mundo sabía que las reliquias tenían poderes. La reina Helka había llegado tan alto en tan poco tiempo porque había desenterrado el esqueleto de Orna, y ahora las alas del águila gigante estaban desplegadas sobre su fortaleza de Darl—. Glornir fue muy generoso entregándosela a Logur.

—No fue Glornir, sino Machacacráneos, nuestro anterior líder.

—¿Machacacráneos? —Varg recordó las historias que los thrall de la granja de Kolskegg contaban alrededor del fuego sobre un guerrero terrible y despiadado.

—Machacacráneos murió, pero los Hermanos de Sangre siguen vivos —intervino Svik—. Y los Hermanos de Sangre han hecho mucho más por Logur que darle un trozo de cuerno de vaca.

—Entonces, ¿a qué se dedican los Hermanos de Sangre? —preguntó Varg. Quería averiguar algo más sobre esa tripulación de la que empezaba a formar parte.

—Protegemos este puerto de los piratas y los saqueadores —respondió Svik—. Somos los lobos que protegen el rebaño.

—Pensaba que los lobos se comían los rebaños —señaló Varg.

Svik le sonrió y contestó:

—A veces lo hacemos. —Se encogió de hombros—. Pero no los rebaños que nos pagan.

La calle desembocaba en los muelles y Varg enseguida se dio cuenta de que algo iba mal.

Todo el mundo, estibadores, comerciantes y mercaderes, corría. Un puñado de guardias del jarl Logur con sus escudos azules corría en sentido contrario. Varg fue uno de los últimos Hermanos de Sangre en salir de la calle y entrar en el puerto. Se oían gritos, el estrépito de

cientos de pies golpeando el suelo y, por encima de todo el estruendo, el sonido de cascos de caballos.

Glornir llevó a los Hermanos de Sangre hacia el *Lobo del mar* a través de la muchedumbre que corría y gritaba. El ruido de los cascos sonaba cada vez más alto. Varg se puso de puntillas para mirar por encima de las cabezas de los guerreros. Y entonces un vasto espacio vacío apareció delante de los Hermanos de Sangre. Los muelles de piedra estaban desiertos cuando se acercaron al embarcadero en el que estaba amarrado el *Lobo del mar*.

Una fila de caballos, ancha y profunda, bloqueaba el paso. Los jinetes llevaban en la cabeza unos yelmos de hierro con penachos de crines de caballo y el cuerpo cubierto por unas largas cotas de láminas metálicas. Jaromir estaba a la cabeza de ellos, con Ilia a su lado. Tenía en la mano un arco corvo flechado.

Glornir avanzó algunos pasos más antes de detenerse y levantó una mano. Los Hermanos de Sangre se detuvieron detrás de él y se desplegaron a lo ancho de la explanada; se pasaron adelante los escudos que llevaban a la espalda y los empuñaron; se abrocharon las correas de los yelmos. Los perros de Edel gruñeron.

Jaromir golpeó suavemente a su caballo con los talones y la montura se adelantó dejando atrás la multitud de druzhina, cuyas lanzas centelleaban al sol primaveral.

—Me disponía a visitar a tu jarl Logur con mi petición y mi prueba —dijo—, pero entonces me dijeron que tu drakkar estaba preparándose para zarpar. —Sorbió por la nariz—. Solo los culpables huyen.

Glornir no dijo nada y se limitó a mirar con gesto inexpresivo a Jaromir.

—Entrégame a Sulich —espetó Jaromir—. Sé un hombre inteligente. Salva a tus guerreros y tu barco. —Echó un vistazo por encima del hombro hacia un par de jinetes situados en la entrada del embarcadero, aguardando con antorchas en las manos. Varg también vio unas figuras que se dirigían al *Lobo del mar*.

—Debes de haber pasado demasiado tiempo al sol si pensabas que te entregaría a uno de los míos —gruñó Glornir negando con la cabeza —. No. —Empuñó el hacha larga con las dos manos y la sostuvo cruzada sobre el cuerpo. El escudo con las salpicaduras de sangre colgaba a su espalda.

Jaromir frunció la boca, levantó el arco y soltó la cuerda con un movimiento tan rápido que Varg no fue capaz de seguirlo con la mirada. Se oyó el silbido del hierro que surcaba el aire y después un crujido; la flecha partida cayó a los pies de Glornir, mientras su hacha

larga giraba en sus manos.

El tiempo se detuvo un momento mientras Jaromir y sus druzhina miraban boquiabiertos. Luego Jaromir alargó la mano para coger un puñado de flechas.

—¡DISPARAD! —bramó, y cuarenta o cincuenta flechas volaron desde los arcos.

Varios guerreros de los Hermanos de Sangre se adelantaron a toda prisa y juntaron los escudos alrededor de Glornir. Varg vio a Einar y a Røkia entre ellos, junto a muchos otros, encorvados detrás de sus escudos para proteger a Glornir. Las flechas cayeron como una avalancha y repicaron en la madera de tilo. A continuación se oyó un alarido. Einar se puso derecho y arrojó una lanza que cortó el aire, se clavó en el pecho de un guerrero druzhina y lo tiró del caballo convertido en una fuente de sangre.

Jaromir guardó el arco en la funda que le colgaba sobre la cadera y desenvainó el sable, lanzó un grito y espoleó su caballo. Los guerreros echaron a correr detrás de él, con las lanzas caladas.

—¡MURO DE ESCUDOS! —bramó Glornir.

Los Hermanos de Sangre se pusieron en movimiento alrededor de Varg, levantaron los escudos y los juntaron. Varg se quedó donde estaba, con el escudo levantado y sin saber qué hacer. Delante del muro de escudos sonó un estruendo que se propagó hasta donde estaba Varg. Los caballos y los guerreros gritaban y los aceros chocaban.

Varg oyó el ruido de cascos de caballos a su espalda y se volvió. Un grupo de guerreros a caballo cargaba al galope hacia ellos por el muelle y saltaban chispas de las piedras al recibir el impacto de los cascos.

—¡ATENTOS! —gritó Svik al lado de Varg. Una fila de guerreros de la retaguardia del muro de escudos se dio la vuelta y volvió a formar para encarar al nuevo enemigo.

—¡El yelmo! —le gritó Svik a Varg.

Varg se dio cuenta de que era el único Hermano de Sangre que no se había puesto el yelmo. Se toqueteó el cinturón con dedos torpes, incapaz de desabrochar la correa del yelmo y se dio por vencido. El ruido atronador de los cascos de los caballos no ayudaba.

Miró arriba y se dio cuenta de que se había quedado desprotegido, con los jinetes galopando hacia él. No se lo pensó dos veces y levantó el escudo delante de sí como Røkia le había enseñado. Un guerrero espoleó su montura en su dirección y un caballo grande como una montaña se lanzó hacia él con el jinete enfundado en una radiante armadura y empuñando en alto un sable.

Varg se quedó mirando su muerte, vagamente consciente de que Svik estaba gritando su nombre y lo apremiaba para que volviera al muro de escudos. Era demasiado tarde. Lo único que veía era el rostro feroz del guerrero, la barba ungida de aceite y el frío y radiante acero. El tiempo pareció correr más lento; los músculos de los hombros y del pecho del caballo se contraían y se dilataban. Varg se deslizó hacia un lado sin bajar el escudo y el sable lo golpeó con un estruendo seco. La fuerza del impacto hizo vibrar los huesos del brazo de Varg hasta el hombro y le entumeció los músculos. Entonces el jinete pasó de largo y Varg lo atacó instintivamente con la lanza, dirigiendo la punta hacia la cintura del guerrero. La moharra debería haber perforado malla y carne y hundirse hasta el fondo debajo de las costillas del jinete. Sin embargo, la punta rebotó y a Varg se le escapó de las manos la lanza, que cayó al suelo. Varg se la quedó mirando y se dio cuenta de que no había quitado la funda de cuero de la moharra.

En torno a él, otros druzhina estaban embistiendo a Svik y el muro de escudos, y se oyeron más gritos y alaridos. Un chorro de sangre roció las piedras grises.

El jinete que había atacado a Varg tiró de las riendas y giró la montura.

Varg no se lo pensó dos veces, soltó el escudo y echó a correr hacia el guerrero. Se elevó de un salto, se agarró a las crines del caballo y se encaramó al lomo del animal. El druzhina se dio la vuelta e intentó golpear con el sable a Varg. Un codo envuelto en malla impactó en la nariz de Varg, que empezó a sangrar, pero Varg no cedió y rodeó al jinete con un brazo mientras buscaba a tientas el seax con la otra mano. Encontró la empuñadura de cuerno, sacó el cuchillo de la funda e intentó clavarlo en la parte baja de la espalda de guerrero, pero las láminas metálicas de la cota lo impidieron. El seax se deslizó por el hierro haciendo saltar chispas hasta que encontró un hueco minúsculo allí donde las fíbulas y las correas de cuero mantenían la cota ceñida al cuerpo del guerrero. La hoja del cuchillo se introdujo por esa fisura, perforó lana y lino y entró en la carne. Varg empujó con todas sus fuerzas y el guerrero arqueó la espalda sobre la silla de montar y profirió un grito que se volvió más agudo a medida que Varg hundía la hoja en su cuerpo. Varg sentía cómo las fuerzas abandonaban a su enemigo, y con un último giro y un empujón final, tiró al jinete de la silla de montar. El guerrero se estrelló contra el suelo de piedra, donde se quedó retorciéndose de dolor.

Varg se acomodó jadeando en la silla de montar y se quedó sentado allí sin saber qué hacer. Nunca había montado a caballo.

Encima de él parecía mucho más alto que la impresión que daba cuando se veía desde el suelo, y sentía la potencia del animal entre sus piernas, las contracciones de sus músculos.

El combate se desarrollaba con ferocidad en torno a él. Los caballos se empinaban y relinchaban y los Hermanos de Sangre mantenían firme su muro de escudos. Aquí y allá había alguna que otra escaramuza aislada. Edel y sus perros derribaron un caballo.

—Por el culo peludo de Berser, ¿qué haces ahí subido? —le gritó Svik con una sonrisa salvaje escindiendo su rostro salpicado de sangre.

Varg se limitó a mirarlo desde el lomo del caballo.

Sonaron los cuernos y guerreros con los escudos azules entraron en tropel en el puerto. El jarl Logur estaba allí, bramando órdenes, pero el combate se había interrumpido y tanto los Hermanos de Sangre como los druzhina miraban fijamente en dirección al fiordo.

Tres drakkar enormes y estilizados se deslizaban por el mar mientras hacían sonar los cuernos desde las cubiertas. Sus velas negras mostraban la imagen de un águila con las alas desplegadas y el pico y las garras preparadas para atacar.

Incluso Varg sabía a quién pertenecía ese símbolo.

La reina Helka había llegado a Liga.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ORKA

Orka cruzó las puertas de su granja. Las llamas se habían extinguido y buena parte de la vivienda se había derrumbado; aún quedaban algunos pilares y travesaños en pie, negros y deformados como huesos enfermos. El humo flotaba denso en el aire y la brisa lo arrastraba lentamente. Fue directamente hasta el cuerpo de Torkel, que yacía con el hacha en la mano y los ojos abiertos. Una nueva ola de dolor la arrasó; sintió un espasmo en el estómago, se dio la vuelta y se inclinó para vomitar en el suelo.

—Señora —graznó una voz.

Orka advirtió movimiento junto al arroyo. Vesli, la tennúr, estaba arrodillada al lado del cuerpo tendido sobre la roca de Spert. Escupió, se limpió con la manga la bilis de la barbilla y enfiló hacia allí con paso resuelto, sin poder abstraerse del dolor de las heridas en la espalda, el hombro y la cintura. En torno al riachuelo yacían los cadáveres diminutos y retorcidos por la agonía de una docena de tennúr. También había un hombre, vestido con las mismas prendas de lana y cuero que aquellos con los que Orka había luchado en el río. Ropa de leñadores. Estaba tirado en el suelo, con una lanza clavada en el costado. Tenía un pie dentro del agua y la boca abierta en un grito mudo. La mitad de su cara estaba negra y cubierta de ampollas, con las venas hinchadas y oscuras formando una telaraña. En el centro de la hinchazón tenía una pequeña herida circular, como una picadura.

«El aguijón de Spert.» No era la primera vez que Orka veía lo que les hacía a los intrusos.

—Spert está vivo —dijo Vesli. La tennúr se había limpiado la herida de la cabeza. Ahora que no estaba cubierta de sangre se veía un tajo irregular que le cruzaba la cabeza desde la frente hasta la coronilla. No era la herida de una hoja afilada, más bien parecía un mordisco.

Orka miró a Spert. Los segmentos quitinosos de su largo cuerpo subían y bajaban con la respiración superficial de la bestia, y la herida que tenía en el costado estaba cubierta por una capa negra de icor coagulado. Orka frunció el ceño. La herida estaba cosida con una especie de hilo claro que pasaba de un lado al otro del tajo para cerrarlo. Una extraña sustancia, espesa y opaca, como cola hervida,

cubría la herida. Vesli había empapado en el arroyo una venda de lino y la sostenía encima de la boca de Spert para que bebiera gota a gota.

—¿Le has cosido tú la herida? —preguntó Orka.

Vesli asintió con la cabeza, miró a Orka y vio las manchas de sangre en su túnica.

—Vesli te ayudará también a ti. Vesli es buena curando heridas.

«Yo soy buena infligiéndolas», pensó Orka.

Spert abrió lentamente sus ojos saltones al oír la voz de Orka.

—Señora —resolló.

Vesli se movió, abrió las alas y revoloteó alrededor de la espalda y el hombro de Orka mientras con unos dedos afilados sorprendentemente delicados le apartaba la túnica para examinarle las heridas. Utilizó la venda de lino que tenía en la mano para limpiarle el tajo profundo. Luego se oyeron unos escupitajos y Vesli le frotó la herida con alguna cosa. Orka no sabía qué era, pero en pocos segundos el dolor agudo en la espalda y el hombro comenzó a remitir.

Orka se arrodilló al lado de Spert y le puso una mano en la cabeza.

—Estoy aquí —dijo.

—Spert lo siente —graznó el vaesen—. Spert lo intentó. Spert mató muchos vaesen, pero el malvado maður atacó a Spert con una lanza. —Tosió y un temblor recorrió su cuerpo. Salió icor negro de su boca.

Orka lanzó una mirada al cadáver del hombre tendido junto al arroyo.

«Se lo hiciste pagar.»

Vesli se posó revoloteando en el suelo y con sus dedos afilados tiró de la túnica de Orka para examinar el corte que tenía en la cintura. La tennúr chasqueó la lengua, empapó y escurrió la venda de lino en el arroyo y limpió con ella también esa herida.

—Has hecho lo que has podido, Spert —dijo Orka dejando que Vesli hiciera su trabajo—. Ahora descansa. Recupérate.

—¿Y Breca? —preguntó Spert mirando a Orka.

Vesli se desentendió un momento de la herida que estaba curando.

Orka respiró hondo y se dio cuenta de que no podía decirlo en voz alta:

«Ha desaparecido.»

En cambio, preguntó:

—¿Qué ocurrió aquí?

Spert movió la boca y tosió.

Vesli dejó caer la cabeza.

—Los maður y los vaesen saltaron la empalizada. Spert luchó con ellos. Torkel se encerró en casa. —Miró las ruinas carbonizadas de la vivienda y se puso una mano de dedos puntiagudos en el cuello—. Fuego y humo, horrible, todos nos asfixiamos. Torkel abrió la puerta y luchó. —Produjo un chasquido con la garganta—. Torkel feroz. Torkel cambió, se convirtió en… —Miró a Orka y asintió con la cabeza—. Los guerreros y los vaesen entraron en la casa, tennúr también. —Vesli hizo una pausa, hizo una mueca y escupió al suelo—. Tennúr sin juramento y otros.

—¿Qué otros? —gruñó Orka.

—Skraeling y… algo más. Humano, pero no —dijo Vesli—. Como Torkel, pero… no. —La tennúr se encogió de hombros.

—¿Un corrompido? —soltó Orka—. ¿Humano pero también animal?

—Sí, sí —respondió Vesli—. Un hombre, con dos garras largas y afiladas. Luchó con Torkel. Un hombre malvado, feroz.

«¿Garras? ¿Los seax en el cuerpo de Torkel?»

—¿Viste sus ojos? —preguntó Orka.

Vesli asintió.

—Eran rojos, como las brasas.

Orka dejó salir un gruñido grave.

—¿Y luego? —preguntó. Sabía la respuesta y no quería oírla, pero al mismo tiempo no podía no hacerlo.

—Los tennúr entraron volando y trataron de capturar a Breca —dijo Vesli con otra mueca atroz—. Vesli luchó con ellos. —Puso una mano en la herida de su cabeza y sus alas vibraron cuando se encogió de hombros—. Lo siguiente que Vesli recuerda es a Orka sacándola de la casa. Vesli se lo agradece.

Orka asintió.

Vesli dio un paso atrás para observar las heridas en la cintura y el hombro de Orka.

—¿Vesli ha ayudado? —preguntó la tennúr con una leve sonrisa en los labios que dejaba entrever sus diminutos y afilados dientes.

Orka se puso de pie y se estiró. Hizo girar con cautela el hombro y giró la cintura. Aún sentía dolor en las dos heridas, pero menos. Se palpó con las yemas de los dedos el tajo en la cintura y notó algo pegajoso.

—Orka se curará más rápido ahora —dijo Vesli.

—¿Cómo lo haces? —quiso saber Orka.

Vesli tosió, escupió un pegote de flema viscosa y se puso a amasarla con los dedos hasta que se coaguló y se puso filamentosa,

como un tendón.

Orka decidió en ese momento que prefería no salir de su ignorancia.

—Spert y tú estáis eximidos de vuestro juramento —dijo Orka mirando a Vesli y después a Spert, y sus heridas—. Los dos os lo habéis ganado.

—Vesli te ayudará.

—Me ayudarás cuidando a Spert. —Orka alzó la vista al cielo. Todavía había unos tentáculos de humo negro en el aire—. Llévalo lejos de la granja. Podría venir gente del pueblo. Si os encuentran, os matarán. —Orka regresó al lado del cadáver de Torkel y contempló su rostro pálido y lleno de cicatrices.

«Me quedaría aquí contigo y nunca te abandonaría, amado marido, si eso fuera posible.»

Exhaló un suspiro largo y entrecortado. Sabía qué debía hacer. Fue al granero y buscó una pala, luego regresó al patio, contó los pasos y se detuvo a poca distancia del lado oeste de la vivienda. Se puso a cavar en el suelo. Enseguida el metal golpeó algo sólido con un ruido sordo. Orka siguió cavando para desenterrar un baúl de madera. Cuando retiró toda la tierra que lo cubría, agarró un asa de cuerda y tiró para sacar el baúl del hoyo, descorrió el cerrojo y levantó la tapa.

Un torrente de recuerdos: de Torkel, de batallas, de muertes, de gritos de moribundos. Viejos amigos, viejos enemigos. Algunos que habían sido ambas cosas. Orka sacudió la cabeza y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Había luchado contra esos recuerdos durante mucho tiempo, les había dado la espalda, había intentado borrarlos, o enterrarlos como había hecho con el baúl.

Pero esta vez no.

Ahora los recibió con los brazos abiertos. Dejó que crecieran y camparan a sus anchas dentro de su cabeza hasta que solo vio imágenes de batalla y sangre.

«Porque eso es lo que soy. Es mi pasado, y mi futuro hasta que Breca esté a salvo a mi lado.»

Sacó del baúl un seax con una funda de cuero lustroso, decorado con trenzas, con la empuñadura de colmillo de morsa y adornos y anillos de plata. A continuación sacó un puñado de brazaletes de oro y de plata enredados. Recogió la pala del suelo, regresó junto al cadáver de Torkel y depositó el seax y los brazaletes a su lado. Primero cavó una tumba no demasiado profunda y se agachó junto a su marido solo por estar cerca de él. Cuando estuvo preparada, agarró las empuñaduras de los dos seax hundidos en su cuerpo y los extrajo con un gruñido. Los miró largamente y los arrojó al suelo antes de

arrastrar el cuerpo de Torkel al interior de la tumba.

Vesli llegó acompañada por el zumbido de sus alas e intentó ayudarla tirando de la túnica. La tennúr era sorprendentemente fuerte para su tamaño.

El cuerpo de Torkel se deslizó al fondo de la tumba, todavía con la mano cerrada alrededor del mango del hacha larga. Orka lo colocó correctamente sobre su pecho y después puso el seax enfundado a su lado. A continuación introdujo la mano de su marido en los brazaletes y subió estos por sus brazos. Se puso en pie y reunió trozos de madera y piedras que encontró desperdigados por el patio para construir un túmulo sobre el cadáver de su marido. Cuando quedaba el último hueco por rellenar, solo la cara de Torkel era visible. En ese momento Orka regresó al baúl, introdujo las dos manos y sacó una piel de oveja enrollada, la dejó en el suelo y la desenrolló para dejar a la vista una brynja de anillas remachadas. Había permanecido enterrada dentro del baúl más de diez años, pero resplandecía como si fuera nueva porque la grasa y la ausencia de aire habían evitado que se oxidara. Orka se desabrochó el cinturón de armas con el seax, el hacha y un morral con yesca y ramitas secas y lo dejó en el suelo. Luego levantó la brynja, metió los brazos en ella y sus manos buscaron las mangas; finalmente introdujo la cabeza y la cota de hierro se deslizó en torno a ella como si fuera el cuerpo enroscado de una serpiente. Orka agitó el cuerpo y se contorsionó para que la cota se deslizara por su cabeza y por su torso hasta que quedó colgando justo encima de sus rodillas. Giró la cintura a un lado y a otro, sacudió los hombros y los hizo rotar para que la cota de malla se acomodara correctamente en torno a su cuerpo y acostumbrarse a su peso, que recaía sobre todo en los hombros. Le apretaba la herida. Se agachó y sacó del baúl una bolsa con monedas que tintinearon con el movimiento. Después recogió su cinturón de las armas y se lo abrochó ceñido al cuerpo para que soportara una parte del peso de la brynja y aliviar un poco los hombros.

Pasó así un rato, sintiendo cómo el hierro se asentaba sobre su cuerpo, como si nunca se lo hubiera quitado. Luego se dio la vuelta y fue al granero, buscó un saco de cáñamo y lo llenó con provisiones: un tarro de avena, tiras secas de carne de cerdo salada y truchas ahumadas envueltas en lino, una bolsa de piel de foca con suero y un queso curado; una hogaza de pan negro; una olla y una sartén de hierro; y una cantimplora de madera y cuero. Llenó esta última en el arroyo y lo metió todo en el saco, se lo colgó del hombro y lo dejó al lado del túmulo de Torkel.

El sol caía sobre el mar y alargaba la sombra de Orka. Esta supo

que había llegado el momento de partir. Sin embargo no se movió de donde estaba y contempló a Torkel. Con un suspiro, se agachó y recogió los seax que le habían arrebatado la vida. Eran largos como un antebrazo y gruesos en la guarda, con una hoja ancha de un solo filo y un repentino estrechamiento cerca de la punta. Las empuñaduras eran de madera de fresno, recorridas por unos adornos entrelazados y con un tope de cobre, un alfiler por el que pasaba un cordón de cuero donde habría estado el pomo de una espada. Orka los miró detenidamente y se guardó uno en el cinturón. Una sensación de frío, semejante al hierro congelado, penetró en su sangre y llegó hasta su médula. Levantó el otro seax y deslizó el filo por su antebrazo. Brotó una línea de sangre. Sostuvo el brazo encima del hueco del túmulo y contempló cómo la sangre corría por su piel, llegaba a la palma de su mano abierta y goteaba sobre el rostro de Torkel desde las puntas de sus dedos.

—Soy sangre. Soy muerte. Soy venganza —dijo con una voz monótona e inexpresiva. Luego limpió el seax, lo guardó en el cinturón y puso los últimos trozos de madera y las últimas piedras en el túmulo para encerrar dentro a su marido. Se agachó para coger el saco y la lanza y salió por la puerta de la empalizada.

Con el zumbido de sus alas cortando el aire, Vesli revoloteó a su alrededor y se mantuvo suspendida en el aire a su lado.

—Vesli va contigo, ayudará a la señora a traer de vuelta a Breca —dijo la tennúr.

—No —respondió Orka—. La muerte es mi única compañera. Quédate aquí y ayuda a Spert.

Vesli miró los dos seax que habían asesinado a Torkel en el cinturón de Orka.

—¿Qué vas a hacer con ellos, señora?

Orka miró a lo lejos, más allá de las colinas, donde Fellur era una mancha lejana mucho más abajo.

—Encontraré al dueño de estos cuchillos y se los devolveré —gruñó Orka.

CAPÍTULO VEINTE

VARG

Varg se sentó en la piedra fría del puerto y se miró las manos. Le temblaban y la sangre corría por su piel en sinuosos regueros.

Había un ajetreo de gente a su alrededor. Los drengir del jarl Logur invadieron el puerto y formaron un muro de escudos azules y lanzas amenazantes que separaba a Glornir y los Hermanos de Sangre del príncipe Jaromir y sus jinetes druzhina. Se oían gritos y los relinchos de los caballos. Uno de los hombres de Jaromir, vestido con una armadura de láminas imbricadas y con el yelmo con el penacho de crines de caballo torcido, yacía en el suelo después de haber caído del caballo. La sangre manaba de la herida que Varg le había infligido en el costado y formaba un charco en las piedras. Sin embargo, Varg solo veía los ojos del guerrero, inexpresivos y vacíos, con la mirada perdida.

Sin vida.

«Le he quitado la vida.»

Varg había matado antes, pero no recordaba nada. Lo único que sabía era que había vuelto en sí con las manos alrededor del cuello de uno de los hombres libres de Kolskegg, y que al mirar a su alrededor había visto un puñado de cadáveres, entre ellos el de Kolskegg, con la garganta desgarrada.

Ese hombre tendido delante de él era otra cosa. Lo recordaba todo, pero sobre todo la sensación de su seax raspando las láminas metálicas de la armadura del druzhina antes de encontrar la fisura y hundirse en su cuerpo; la carne separándose y el chorro de sangre caliente. Qué fácil había sido, como rajar un odre de vino. La fuerza del guerrero abandonaba su cuerpo junto con su sangre.

Varg sintió un espasmo en el estómago y vomitó en las piedras.

—Hummm… —dijo una voz.

Varg alzó la mirada y vio a Røkia de pie delante de él. Tenía el cuerpo salpicado de sangre y flechas clavadas en el escudo. La guerrera desvió la mirada hacia el druzhina muerto y el charco de vómito entre los pies de Varg.

—Así que es la primera vez que matas a un hombre.

Varg no estaba para dar explicaciones, así que escupió un pegote de bilis y se limitó a mirar a Røkia.

—Cada vez será más fácil —dijo la guerrera, y se encogió de

hombros.

Sonaron los cuernos acompañados por el chirrido de madera rozando madera. Varg se puso en pie y vio que el primero de los tres enormes drakkar se acercaba a un muelle vecino. Se lanzaron cabos y se amarró la embarcación. Ya habían plegado la vela con el águila y la habían arriado, aun así Varg contempló boquiabierto la nave. Cuando aún estaban lejos en el fiordo, los tres barcos dragón habían causado una fuerte impresión, pero habían sido las águilas de sus velas las que habían detenido el combate y enmudecido el puerto de Liga. La representación dorada de Orna, la diosa águila, sobre las velas negras. Orna, quien había sido asesinada el día del Guðfalla y ahora era el emblema de la reina Helka. Ahora que lo veía de cerca, Varg se fijó en que el drakkar casi doblaba en tamaño al *Lobo del mar*.

Unas figuras saltaron al muelle desde la embarcación y colocaron una pasarela por la que empezó a desembarcar la gente que viajaba en el barco. Seis, ocho, diez, doce personas que se desplegaron por el muelle de cara a Varg y el puerto formando un semicírculo. Eran guerreros, hombres y mujeres, enfundados en cotas de malla. Llevaban los dos lados de la cabeza afeitados y cubiertos de intrincados y fluidos tatuajes. Espadas y seax colgaban de sus cinturones y se cubrían con unas capas de lana ribeteadas con pieles. A pesar de la distancia, Varg comprendió que había algo diferente en aquellos guerreros, simplemente por su modo de caminar. Sus andares transmitían esa seguridad en sí mismos que Varg había empezado a acostumbrarse a ver en los Hermanos de Sangre y los drengir del jarl Logur, pero advertía algo más en esos guerreros del muelle, una fluidez especial en sus movimientos. Se movían como si fueran una bandada de pájaros, o una manada de lobos, como si supieran en todo momento dónde estaban los demás sin necesidad de mirar. Sin embargo, lo que más llamó la atención a Varg fue el collar de thrall en sus cuellos. Era la primera vez que veía un thrall guerrero.

Una mujer alta y con un cabello largo y negro como las alas de un cuervo descendió por la pasarela detrás de los guerreros. Llevaba el pelo recogido en la nuca con una tirante trenza hilvanada con hilo de oro, y una capa roja cerrada con un broche también de oro se precipitaba como una catarata desde sus hombros. Cuando la brisa del fiordo hacía ondear la capa, los brazaletes que tenía en los brazos resplandecían. Ella también caminaba como una guerrera, con la espada sobre la cadera. El arma tenía el pomo y la guarnición de oro, y un hilo también de oro enrollado en la empuñadura de cuero. La vaina del arma estaba profusamente decorada, con la boquilla y la contera de oro.

«La reina Helka.»

La seguía un hombre joven con el pelo negro, alto y corpulento, vestido con unas ropas casi tan distinguidas como la reina, pero donde ella llevaba oro, él tenía plata. Lo acompañaba otro hombre, igualmente alto, vestido con una túnica oscura y pantalones holgados, con la barba y el cabello rubios, recogidos en unas trenzas en las que había enredados lo que parecían unos trozos de peltre o hueso. Un grueso y retorcido torques le rodeaba el cuello como si fuera una serpiente dormida. No llevaba armas en el cinturón, solo un bastón nudoso en la mano, pero caminaba con la misma confianza en sí mismo que los Hermanos de Sangre. Detrás de él desembarcaron más guerreros en cota de malla, empuñando lanzas y con escudos terciados a la espalda, si bien ninguno de ellos era thrall.

Helka enfiló con determinación por el embarcadero. Su séquito seguía su paso delante y detrás de ella.

El jarl Logur se adelantó para recibirla y Varg vio que Jaromir desmontaba, le daba las riendas de su caballo a un druzhina y se dirigía hacia la reina.

—Bienvenida, reina Helka —exclamó Logur caminando hacia ella, acompañado por dos de sus guardias.

Helka se detuvo y los guerreros que se habían desplegado delante de ella plantaron los pies en el suelo y cortaron el paso a Logur. Helka dijo unas palabras y dos de los guerreros se apartaron para que Logur pasara entre ellos, pero no así sus guardias.

—Hermoso recibimiento—oyó decir Varg a la reina Helka mientras paseaba la mirada por los guerreros esparcidos por el puerto: Hermanos de Sangre, druzhina a caballo y los hombres de Logur.

—Había una discrepancia. Pero estaba resolviéndola —explicó Logur.

Helka lo miró fijamente un momento y luego asintió con la cabeza.

Jaromir llegó donde estaba la guardia de thrall de la reina Helka caminando como si diera por sentado que se apartarían para dejarle pasar. Sin embargo no lo hicieron y lo miraron fijamente con unos ojos fríos e inexpresivos. Uno de ellos lo olfateó.

—¡Soy el príncipe Jaromir, hijo de Kirill el Grande, kan de toda Iskidan! —declaró voz en grito para que todo el mundo lo oyera.

La reina Helka miró de reojo a Logur y de nuevo a Jaromir.

—Tienes visitantes ilustres —le dijo a Logur—. Bienvenido a mi reino, príncipe Jaromir. Espero que mi jarl te haya ofrecido todas las comodidades.

—¡Pues no, no lo ha hecho! —espetó furioso Jaromir—. Vine con

una petición razonable y la ha rechazado. La sangre de mis guerreros se ha vertido en esta… —Hizo una mueca cuando señaló el puerto de Liga.

—¿Qué esperabas al atacar a los Hermanos de Sangre? —replicó el jarl Logur.

Helka levantó una mano y arqueó una ceja volviéndose a Logur.

—Este no es el lugar adecuado para discutir esta clase de asuntos —dijo la reina—. Logur, llévanos a tu sala de hidromiel, donde el príncipe Jaromir y yo nos sentaremos y él podrá referirme sus quejas.

—Mi reina —dijo Logur dejando caer la cabeza.

El jarl echó a andar delante de Helka y los guardaespaldas de la reina se apartaron para franquearle el paso. Logur pasó junto a Jaromir sin mirarlo siquiera, abandonó el embarcadero para entrar en el puerto y una docena de sus escudos azules lo flanquearon. Helka dio una orden mientras seguía a Logur y sus guardias permitieron a Jaromir que caminara a su lado. Toda la comitiva se puso en marcha. Glornir y los Hermanos de Sangre que lo rodeaban retrocedieron para separarse un poco más de los druzhina de Jaromir y ampliar el espacio libre para que pasara Helka. La reina se detuvo cuando vio a Glornir y le hizo un gesto para que se acercara. El líder de los Hermanos de Sangre se adelantó con el escudo terciado a la espalda y el hacha larga apoyada en el hombro. Levantó la mano cuando media docena de sus guerreros hicieron el ademán de seguirlo y le susurró algo a Einar antes de que la escolta de Helka lo rodeara.

Varg observó la procesión que desfilaba ante él. Los guardaespaldas de Helka marchaban delante de la reina, moviendo la cabeza a un lado y a otro mientras escudriñaban con ojos de depredador las multitudes que los flanqueaban. Varg los encontraba inquietantes y sintió un cosquilleo en las venas mientras los miraba. Un aura de violencia casi tangible los envolvía, algo así como la calima en un abrasador día de verano. Uno de ellos lanzó una mirada al druzhina muerto a los pies de Varg y luego miró a este, como si supiera que lo había matado él.

Sus miradas se encontraron y Varg dio un paso involuntario atrás. Había esperado ver en los ojos del guerrero arrogancia, una altanería fría y feroz, pero lo que vio en ellos lo dejó petrificado.

Tristeza.

Después pasaron los demás. El hombre joven que iba detrás de la reina charlaba con el rubio que caminaba ayudándose del bastón. Varg se fijó en los pequeños huesos, que parecían cráneos de ratas y de pájaros, y en los anillos de peltre enredados en el cabello y colgando de las trenzas del hombre rubio, que además tenía las manos

cubiertas de tatuajes intrincados que desaparecían debajo de las mangas de la túnica.

La procesión entera pasó ante él y continuó por el muelle para adentrarse en la calle que conducía a la sala de hidromiel de Logur.

—¿Tienes sed? —le preguntó Svik a Varg en el oído, ofreciéndole la cantimplora destapada.

Varg se dio cuenta de que estaba sediento, cogió la cantimplora y tomó un trago largo de agua.

—¿Queso? —le preguntó Svik cortando un trozo de un queso que sacó de su morral. Tenía las manos ensangrentadas, como Varg.

—No —gruñó Varg. Solo de pensar en comida se le revolvió el estómago—. ¿Quiénes son?

—¿Quiénes? —masculló Svik con la boca llena de queso.

—Los guardaespaldas de la reina Helka.

La habitual jovialidad de Svik se marchitó.

—Son su manada de lobos —respondió con el gesto sombrío.

Varg arrugó el ceño.

—Son úlfhéðnar —continuó Svik—. Trall corrompidos, descendientes de Ulfrir, el dios lobo.

—Parecen feroces… y desdichados —dijo en voz baja Varg.

—Ajá. Bueno, son thrall. Los tratan bien y les dan lo mejor de lo mejor, pero siguen siendo esclavos —explicó Svik—. A nadie le gusta vivir arrodillado.

—No —musitó Varg tocándose el cuello. No llevaba puesto el collar, pero la marca seguía ahí, como un peso sobre su alma.

—Pero son buenos en la batalla —dijo Svik—. Son unos cabrones feroces.

«Me lo creo.»

—¿Quién era el hombre que iba detrás de Helka? —preguntó Varg.

—Hakon, su hijo. Iba hablando con Skalk, el escaldo y galdramaðr de Helka.

«Un galdramaðr…»

En torno a ellos, los Hermanos de Sangre se sentaron a esperar a Glornir. Mientras tanto se ocuparon de las heridas tras la breve escaramuza con Jaromir y sus druzhina. Varg vio que algunos guerreros arrancaban las flechas clavadas en sus escudos y ayudaban a sus compañeros a limpiar y vendar las heridas. Una guerrera había caído con una flecha clavada en el ojo.

Los druzhina hacían lo mismo y atendían a sus heridos. Una fila de escudos azules de Logur separaba a los bandos enfrentados.

Varg fue a recoger su escudo y su lanza, que yacían en el suelo.

Apoyó el escudo contra una pared y vio una fisura en la pintura negra, en el punto donde el sable del druzhina lo había golpeado. Torció el gesto al ver la funda de cuero que todavía cubría la moharra de la lanza.

«Soy un idiota.»

—Eres un idiota —dijo una voz detrás de él. Varg se dio la vuelta y vio a Røkia partiendo los astiles de las flechas clavadas en su escudo, cuyas puntas arrancaba luego desde la cara interior—. Atacaste a un druzhina de Iskidan sin quitarle la funda a la lanza.

—Ya —gruñó Varg.

Svik se echó a reír.

—Y todavía llevas el yelmo colgado del cinturón —añadió Røkia.

Más risas de Svik.

—Insensato —masculló Røkia negando con la cabeza.

—Ya, pero él está vivo y su enemigo ha emprendido el viaje de la almas —dijo otra voz.

Varg se dio la vuelta y vio a Sulich, el hombre que había sido el motivo de la batalla. Llevaba el escudo cruzado a la espalda y el sable envainado sobre la cadera. Se acercó al druzhina muerto y se agachó junto a él, le desabrochó el yelmo y se lo quitó. Chasqueó la lengua.

El muerto era un hombre joven, más que Varg, y llevaba el bigote recogido con unos anillos de plata. Sulich dejó el yelmo en el suelo y giró el cadáver para buscar con las manos el tajo que Varg le había hecho con el seax. Luego examinó la cota de malla y tiró de las costuras y del hueco por el que el cuchillo se había deslizado.

—Buen viaje, hermano —musitó Sulich poniendo la palma de la mano en los ojos del muerto. Luego recogió el yelmo y se puso en pie —. Esto es tuyo ahora —dijo ofreciéndole el yelmo a Varg.

Varg lo miró desconcertado y negó con la cabeza. La idea de quedárselo le resultaba repulsiva.

—No soy un buitre carroñero que roba a los muertos.

Sulich arrugó el rostro.

—No insultes tu victoria —dijo—. Es el botín de la batalla. Él lo sabía. —Sulich miró de nuevo el cadáver—. Sí, está muerto, pero todas las personas mueren. El ganado muere. Todo lo que respira acaba muriendo algún día. Luchó bien, así que murió bien. Lo único que nos sobrevive es la fama que ganamos en la batalla, y esto… —Agitó el yelmo en dirección a Varg—. Esto cuenta tu historia. Que en el día de hoy, Varg el Insensato derrotó a un poderoso druzhina de Iskidan. —Sus labios dibujaron una sonrisa—. A pesar de que no quitó la funda de su lanza y tenía el yelmo en el cinturón en lugar de en la cabeza. A mí me parece una saga digna de contarse alrededor de un

fuego, ¿no?

Sonaron risas en torno a ellos y algunos gritos de conformidad.

Varg se limitó a mirar a Sulich.

—Tiene razón —dijo Svik—. Mira a tu alrededor.

Varg obedeció y vio que los guerreros de los Hermanos de Sangre estaban despojando de su equipo a los druzhina que habían caído. Incluso había un druzhina desnudando a la camarada muerta de los Hermanos de Sangre sin que estos hicieran nada para impedírselo.

—Es la tradición —dijo Svik.

—Ajá —gruñó Røkia—. ¿Cómo quieres ganarte si no tu fama en la batalla?

—Y es un equipo bueno —añadió Sulich—. Esa cota de láminas es un botín fabuloso.

—Entonces quédatela tú —dijo Varg.

El semblante de Sulich cambió y el buen humor y la sonrisa se desvanecieron, sustituidos por un ceño fruncido. Dejó el yelmo en el suelo y se marchó.

—¿Qué pasa? —preguntó Varg.

—Le has insultado —dijo Svik encogiéndose de hombros—. Ningún guerrero cogería nada de la victoria de otro. Eso sí es robar. No hay honor en ello. —Svik le rascó la cabeza a Varg con los nudillos —. Y Sulich tiene más honor que la mayoría de los guerreros.

—Aún tengo mucho que aprender —masculló Varg.

—Nadie te pidió que salieras a luchar con Einar Medio Troll —repuso Svik—. Este es el mundo en el que te has metido tú solito, el que has elegido. Más te vale aprender a vivir en él. Vamos, te ayudaré. —Svik se arrodilló al lado del druzhina muerto y se puso a desabrocharle la cota de láminas. Lanzó una mirada a Varg y dijo—: Venga, que no soy tu thrall.

Varg se agachó y ayudó a Svik a despojar al guerrero de su equipo: un cinturón con un cuchillo de mango largo y la vaina del sable, la espada que estaba tirada en el suelo y que Varg recogió; un arco curvo con su funda y un carcaj con flechas con las plumas grises. A continuación se pusieron manos a la obra con la cota de láminas. Esta era pesada y tenía unos paneles adicionales para proteger los muslos, los hombros y la parte superior de los brazos. Debajo de ella el guerrero vestía una gruesa cota de lana acolchada, pero Varg se la dejó puesta.

—¿Cómo transportáis todo esto de un sitio a otro? —preguntó Varg cuando lo tuvo todo apilado delante de su escudo, al lado del saco de cáñamo lleno con lo que había comprado en el mercado esa mañana.

—Puesto —dijo Svik encogiéndose de hombros—. Es lo más fácil. O lo guardamos en el baúl del barco.

—¿Qué baúl? —preguntó Varg.

—¡Por los dioses muertos! —exclamó Svik—. ¿Es que no sabes nada? El baúl en el que te sentarás para remar cuando estés a bordo del *Lobo del mar*.

—Ah… —dijo Varg.

Un sonido atrajo su atención y Glornir salió de una calle y enfiló a grandes zancadas hacia ellos con el gesto ceñudo. Lo seguían a escasa distancia otras tres personas. Una de ellas era el hombre rubio con el bastón que Varg había visto en compañía del hijo de Helka. Svik le había dicho que se llamaba Skalk y que era el escaldo y el galdramaðr de la reina. Las otras dos eran un hombre y una mujer, ambos simples guerreros en cota de malla.

—¡Preparaos para zarpar! —bramó Glornir según se acercaba a sus guerreros. Sobrepasó a Varg y a los demás y los Hermanos de Sangre se pusieron en pie y siguieron a su líder.

Los guardias del jarl Logur habían alejado a los druzhina del muelle que llevaba al drakkar de los Hermanos de Sangre y Glornir enfiló por el embarcadero de madera en dirección al *Lobo del mar*. Sin detenerse, subió de un salto al barco y comenzó a bramar órdenes.

Varg intentó recoger todo su equipo. Enganchó el yelmo con el penacho de crines de caballo al cinturón y se colgó el escudo a la espalda, cargó sobre un hombro la cota de láminas y el cinturón de las armas del druzhina y el saco de cáñamo sobre el otro, agarró torpemente la lanza y echó a andar detrás de los Hermanos de Sangre. Svik caminaba a su lado, sonriendo.

Llegaron al *Lobo del mar* y Svik subió al barco con agilidad, se dio la vuelta y esperó a que Varg saltara por encima de la borda. Normalmente era un tipo ágil y con un buen sentido del equilibrio, pero llevar encima una carga que pesaba más que su propio cuerpo no le ayudaba. Aun así consiguió embarcar sin resbalar ni caerse mientras la nave se balanceaba suavemente.

La drakkar se llenó rápidamente. Levantaron el mástil y lo introdujeron en la fogonadura, todavía con la vela de lana recogida. Einar agarró una maza enorme y fijó el palo en su sitio. Los perros lobo de Edel encontraron unos cabos amontonados y se acurrucaron encima de ellos.

—Tu baúl —dijo Svik con una pomposa reverencia mientras guiaba a Varg por la cubierta del barco, señalando un baúl situado entre dos cuadernas del drakkar.

Con un gruñido de alivio, Varg dejó caer el saco de cáñamo y

depositó la cota de láminas en la cubierta de madera. Después descorrió el pestillo del baúl y lo abrió. Era grande y estaba vacío, así que rápidamente guardó en él todas sus cosas y volvió a cerrarlo y a correr el pestillo cuando terminó.

—Pon aquí el escudo —dijo Svik al mismo tiempo que se quitaba el suyo de la espalda y lo introducía en un estante con una ranura fijada a lo largo del borde de la regala.

Varg cogió el escudo, lo metió en el hueco y lo empujó para que quedara bien sujeto.

—Ahora deja la lanza y coge un remo —continuó Svik señalando un soporte lleno de remos.

Varg cogió uno y se sentó en su baúl, giró la tapa de la porta del remo y lo pasó por el agujero.

—Ahora ponte cómodo. Tu culo y ese baúl van a hacerse amigos íntimos. —Svik sonrió asomando la cara por encima de la tapa de su baúl, inmediatamente delante de Varg. De pronto frunció el ceño—. ¿Sabes remar?

—Sí —gruñó Varg. Había remado en pequeños botes de pesca en el lago que lindaba con la granja de Kolskegg y transportado mercancías por el río, pero nunca en el mar.

La mayoría de los Hermanos de Sangre ya estaban sentados y con los remos en las manos. Glornir se dirigió a la proa con Vol a su lado y seguido por Skalk y los dos guerreros de Helka. Cuando llegó, se dio la vuelta para mirar a sus hombres.

—Hermanos de Sangre, tenemos un trabajo. La reina Helka tiene un problema en el norte de su reino, un problema que está devorando a su pueblo. Vamos a descubrir qué es y acabaremos con él.

Los guerreros aclamaron el anuncio. Varg sintió un escalofrío, y emoción.

Glornir miró a Skalk y a los dos guerreros.

—Buscad un remo —les dijo—. Si vais a añadir vuestro peso a mi barco, tendréis que trabajar. —Glornir se dio la vuelta y le hizo una seña a Vol para que lo sustituyera en la proa.

La bruja seiðr ocupó su sitio y apoyó una mano en la roda del barco. Glornir volvió a recorrer la cubierta para dirigirse a la caña del timón, que se encontraba en la popa.

Se desataron las amarras, se recogieron y se guardaron. Einar y unos cuantos más empujaron con los remos para apartar la nave del muelle, y la corriente del fiordo los llevó lentamente mar adentro.

—¡REMOS! —bramó Einar, y sesenta remos se levantaron sobre el agua negra y helada del fiordo.

»¡TIRAD! —gritó Einar.

Varg hundió el remo en el agua sin apenas salpicar y tiró sin despegar los ojos de Svik, que estaba sentado delante de él, para seguir su ritmo.

Empujando y tirando, el drakkar se alejó del muelle y del puerto de Liga, lentamente a principio, pero ganando velocidad.

Las cimas cubiertas de pinos se alzaban a sus espaldas, surcadas por cascadas que semejaban regueros de lágrimas, mientras el *Lobo del mar* se deslizaba por el fiordo. Glornir puso rumbo suroeste. Una estela de espuma blanca borboteaba desde la proa y alguien comenzó a cantar. Era una canción alegre y metafórica sobre la caída de los dioses, y Varg se puso a cantar con los demás.

«No puedo creer que esté aquí, en un drakkar como un Hermano de Sangre más, navegando hacia la aventura y la fama en la batalla.»

La conocida semilla de la culpa germinó dentro de él, pero no fue capaz de superar el cosquilleo de la emoción en el estómago. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras remaba.

Estaba navegando por el ancho mar con los Hermanos de Sangre.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ELVAR

Elvar miraba en dirección a la fortaleza de Snakavik a través de la lluvia y de la niebla. La oscuridad y las nubes preñadas de lluvia la envolvían y la ocultaban, pero sabía que estaba allí. Elvar estaba sentada en su baúl, con el remo recogido, mientras el *Jarl de las olas* se deslizaba por las aguas negruzcas y verdosas de un ancho fiordo solo con la mitad de los remeros. Los acantilados grises, velados por la niebla, se alzaban a ambos lados, rebosantes de gaviotas que chillaban hambrientas en sus nidos. Había habido un tiempo en el que Elvar estaba tan acostumbrada a ese coro incesante que se repetía todas las primaveras que ni siquiera era consciente de él, pero ahora que estaba de vuelta después de tanto tiempo no oía otra cosa.

Una sombra apareció en la niebla delante del barco, alta y vasta como una montaña, que cobraba forma como si estuviese saliendo de las nubes.

Bjarn silbó. Estaba sentado cerca de Elvar, agarrado a la mano de su madre.

Un morro y unos colmillos largos como árboles emergieron de la niebla encima de ellos, con unas cuencas oculares profundas y tenebrosas, a medida que el cráneo jaspeado de una serpiente gigante cobraba forma.

—Mamá —musitó Bjarn con la voz temblorosa.

—No pasa nada —lo tranquilizó Uspa apretándole la mano—. Está muerta. Es el cráneo de Snaka. Los días de sus oscuras acciones terminaron hace mucho tiempo, aunque ha dejado su marca en la tierra.

Snakavik surgió de la niebla delante de ellos. Elvar estiró el cuello para mirar su parte más alta. El extremo occidental de la cordillera Dorsal empezaba ahí. Las laderas escarpadas y los picos envueltos en niebla se perdían en la distancia. De esa cordillera sobresalía la parte superior del cráneo inmenso y pálido de una serpiente, mostrando los colmillos y con las cuencas de los ojos vacías: el cráneo de Snaka, cuyo tamaño era inconcebible hasta que lo tenías delante. Allí había caído el temible Snaka, el más viejo, el padre de los dioses, asesinado el día del Guðfalla, haciendo añicos el mundo durante su destrucción y transformándolo. Snaka había destrozado el suelo al caer, lo que permitió que las aguas del mar inundaran la tierra y crearan el fiordo

que ahora surcaban. Las rocas salieron volando por los aires y aterrizaron alrededor de su cadáver para formar la cadena montañosa que atravesaba de punta a punta el continente de Vigrið. La carne del dios muerto se pudrió sepultada por la tierra amontonada y las rocas, pero el cráneo de la serpiente, su espinazo y sus costillas se conservaron y ahora eran un recordatorio colosal y permanente del legado de los dioses.

«Al menos Snakavik está a salvo de los vaesen, así que podremos dormir sin tener que preocuparnos de que los gusanos nocturnos nos estrangulen.»

Los huesos de los dioses eran un escudo contra los vaesen, si bien Elvar no estaba segura del porqué. Tal vez fuera un poder en residual en sus huesos y en su médula. Cualquiera que fuera la razón, los vaesen evitaban las reliquias de los dioses.

La visión de Snakavik hacía que Elvar se sintiera insignificante, como una vulgar tachuela en un cubo lleno de clavos. Y esa era la sensación que la había empujado a huir de Snakavik. Respiró hondo mientras intentaba contener el torbellino de recuerdos que habían permanecido enterrados durante mucho tiempo y que ahora amenazaban con salir ante la visión de su hogar. Miró de reojo a Grend. Ese también había sido su hogar, durante más tiempo del que ella llevaba en este mundo, pero si la visión del cráneo de Snaka removía algo en el interior del veterano guerrero, su cara no lo revelaba.

En la parte más alta del cráneo se había construido una fortaleza, sobre una meseta de granito de la que emergía la cabeza. Una sala de hidromiel y las torres de la entrada semejaban los cuernos y las escamas en la frente del dios serpiente.

Dentro, debajo y alrededor del cráneo y de las laderas circundantes se había construido una fortificación y un puerto, a partir de los cuales había crecido una ciudad a lo largo de las décadas. Elvar entreveía las torres y las murallas de madera que se extendían sinuosamente alrededor del cráneo, trazando unas líneas oscuras sobre el hueso blanco que desde la distancia parecían pequeñas venas. El resplandor de un millar de antorchas que ardían en la ciudad levantada en el cráneo de la serpiente iluminaba las cuencas oculares y las fauces abiertas como si el ancestral Snaka destellara con un fuego malvado.

La tripulación guardaba silencio mientras remaba para entrar en el puerto de Snakavik, pasando entre los dos arcos de colmillos que emergían del agua. La mandíbula de la serpiente muerta descansaba en las profundidades del fondo del fiordo, pero las puntas de sus

colmillos inferiores sobresalían de la superficie del agua como si fueran los huesos blanquecinos de una ballena muerta, dejando entre ambos un espacio lo suficientemente ancho para que pasaran veinte drakkar simultáneamente.

El sonido cambió cuando entraron en el cráneo cavernoso; resonaba y reverberaba, fuerte, pero extrañamente atenuado. Delante del *Jarl de las olas*, por una ladera que alcanzaba la parte más alta del cráneo de Snaka, se extendían el puerto y la ciudad, bullentes de vida y de actividad, con más drakkar, knarr y snekkar atracados en su maraña de muelles y embarcaderos que los que Elvar era capaz de contar. A su espalda, Agnar bramaba órdenes desde la caña del timón y los guiaba hacia un muelle con un amarradero libre. Elvar vio a una oficial portuaria bien vestida que enfilaba por el muelle en dirección a ellos, seguida por un puñado de guardias armados.

«Los funcionarios del jarl Störr siguen tan pendientes como siempre de su dinero.»

—¡REMOS! —gritó Sighvat.

Los remeros levantaron los remos y los introdujeron por las portas mientras el *Jarl de las olas* se deslizaba hacia su sitio en el muelle. Varios guerreros de los Terrores de la Batalla saltaron al embarcadero cargados con las amarras y ataron los cabos. Las tracas del *Jarl de las olas* rascaron la estructura de madera. Agnar desembarcó y habló con la oficial del puerto, una mujer envuelta en lana roja ribeteada con pieles de marta, con la cabeza cubierta con un gorro de lana y pieles y aros de plata alrededor de los brazos y del cuello. Los guardias en cota de malla que la acompañaban se mantuvieron cerca de ella y miraron a Agnar y su tripulación de Terrores de la Batalla como solían hacerlo los guerreros aburridos, juzgándolos. Apenas había problemas en Snakavik, al menos en los tiempos en los que Elvar vivió allí. El jarl Störr era un gobernante severo y, a pesar de la prosperidad de su reino, su floreciente comercio y sus riquezas, no era un hombre tolerante ni paciente. Elvar lanzó una mirada a una serie de postes altos como mástiles que se alzaban en fila en el puerto, de los que colgaban unas jaulas metálicas con unas chirriantes bisagras oxidadas. Contenían esqueletos, con los huesos picoteados por los cuervos y demás aves carroñeras. En una de las jaulas había un cadáver en proceso de descomposición; era imposible saber si se trataba de un hombre o de una mujer. Un brazo roído colgaba entre dos barrotes y la brisa agitaba los jirones de la túnica.

Una bolsa de dinero pasó de las manos de Agnar a las de la oficial portuaria con el pago por el amarre del *Jarl de las olas*. La funcionaria le entregó un bloque de madera con inscripciones rúnicas y se marchó

seguida por los guardias.

Agnar pronunció entonces media docena de nombres en voz alta, los de los guerreros que deberían quedarse a bordo para vigilar el barco. Todos los demás saltaron por encima de la borda para desembarcar.

Elvar ya se había puesto la brynja y abrochado el cinturón de las armas alrededor de la cintura. Una capucha de lana marrón le cubría la cabeza y los hombros para protegerlos de la lluvia. Como tenía por costumbre, extrajo una fracción de la espada de la vaina y la dejó deslizarse de nuevo al interior de la funda. Había dejado el escudo incrustado en la ranura de la borda junto al baúl y su lanza seguía en el soporte de la cubierta. Sighvat desembarcó acompañado por el tintineo de las cadenas de su prisionero, el berserkir Berak. La mujer y el hijo de este los siguieron. Biórr y Trud eran sus guardianes. Trud todavía cojeaba por la flecha que le había alcanzado en la pantorrilla en la isla de Iskalt. Era delgado y nudoso como una cuerda de morsa; tenía el rostro picado y lleno de cicatrices y las mejillas y los huesos angulosos. En último lugar desembarcaron Kráka, la bruja seiðr corrompida, y el thrall hundur, que rápidamente se pusieron al lado de Agnar.

Elvar estaba junto a Grend, toqueteando en silencio el colmillo de troll que colgaba de su cuello. Era liso y frío como el colmillo de una morsa y le gustaba la sensación que le producía tocarlo. Grend llevaba puesta la brynja y el hacha y el seax colgaban de su cinturón. También se había cubierto el negro cabello trenzado con una capucha de lana.

Agnar lanzó un grito y los Terrores de la Batalla enfilaron por el muelle en dirección a la ciudad portuaria de Snakavik. Pasaron por delante de las chirriantes jaulas para los criminales, en cada uno de cuyos postes había clavado un letrero con inscripciones rúnicas. En el más cercano a Elvar se leía: «Adorador de un dios muerto». Atravesaron el puerto y pasaron ante los almacenes de pescado y una veintena de tabernas que apestaban a hidromiel rancio y orines. Elvar miró con el ceño fruncido las estrechas calles y los muros, como si pudiera ahuyentar el hedor a pescado, salmuera y humanidad con la mirada. A juzgar por su cara, Grend empleaba la misma táctica, pero ninguno de los dos estaba teniendo éxito.

A pesar de que el sol aún estaba alto en el cielo, la ciudad portuaria de Snakavik vivía sumida en un crepúsculo u oscuridad permanente, pues el cráneo de la serpiente solo dejaba entrar la luz natural por los orificios de su boca abierta, las cuencas oculares y unas pocas fisuras que estriaban el grueso hueso. Esa era la razón por la que había antorchas encendidas en todas partes y el humo del aceite

de ballena y de foca flotaba denso en el aire, lo que aumentaba la asfixiante sensación de opresión. Elvar notó que se le ponía la carne de gallina al darse cuenta de cuánto amaba el mar abierto y la vida con los Terrores de la Batalla.

«Vivir una vida en la que podría haber muerto muchas veces es preferible a vivir un solo día en esta apestosa ciudad de mierda.»

La calle se empinaba, los edificios se alzaban y se apoyaban unos en otros, la muchedumbre era como un enjambre de moscas: pescadores, guerreros, comerciantes, vendedores y putas apoyadas en las bocas de los callejones, en cuyas sombras a veces centelleaba el hierro de un asesino que esperaba para arrebatarle las monedas o la vida al cliente de una puta.

Llegaron a un cruce de calles y Agnar se detuvo.

—Búscanos una taberna con espacio suficiente para todos los Terrores de la Batalla, que venda cerveza e hidromiel de calidad —le dijo Agnar al renqueante Trud, y le dio una bolsa con monedas.

Trud gruñó y enfiló por la calle de la derecha. Biórr ordenó a los prisioneros que lo siguieran.

—Sighvat, Huld, Sólín, venid conmigo —dijo Agnar, y echó a andar por la empinada calle que subía la colina acompañado por Kráka y el thrall hundur.

Elvar exhaló un largo suspiro, en parte aliviada y en parte decepcionada por no haber sido uno de los elegidos. El resto de los Terrores de la Batalla siguieron a Trud y a Biórr. Elvar permaneció donde estaba un momento antes de salir tras ellos.

—¡Elvar! —gritó una voz. Era Sighvat. Se había detenido y estaba mirando en su dirección—. Por aquí. Ven con nosotros, idiota.

Elvar intercambió una mirada con Grend y dio media vuelta para seguir al grupo de Agnar y Sighvat.

Siguieron subiendo, recorriendo las serpenteantes calles de la ciudad incrustada en el cráneo. Al cabo de un rato Sighvat estaba rojo y jadeaba empapado en sudor. Pasaron por delante de una taberna ante la que había una docena de guerreros charlando, apoyados en un muro y bebiendo de cuernos. Todos ellos iban bien vestidos y portaban un equipo de guerra magnífico: malla de hierro, cuero y lana; algunos incluso exhibían una espada sobre la cadera, lo que siempre era señal de un jefe generoso. Elvar se fijó en que todos tenían una pluma negra de cuervo atada al pelo. Algunos llevaban el escudo cruzado a la espalda o lo habían apoyado contra el muro de la taberna. Los escudos estaban pintados de color gris y unas alas negras desplegadas rodeaban el umbo.

«Son Alimentadores de Cuervos.» Elvar los conocía. Eran una

banda famosa por su brutalidad, liderada por Ilska la Alimentadora de Cuervos, o Ilska la Cruel, como la llamaban algunos.

Los guerreros miraron de soslayo a Agnar y sus compañeros cuando pasaron por delante de la taberna. Agnar era famoso, un hombre que había ganado mucha fama en la batalla y con una gran reputación, y Huld y Sólín llevaban a la espalda los escudos rojos con la lanza y el hacha pintados, el conocido símbolo de los Terrores de la Batalla.

Uno de los Alimentadores de Cuervos, un guerrero rubio con una jaspeada barba roja y dorada, miró con expresión lasciva a Elvar y le sonrió.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —le dijo haciéndole una seña con el cuerno de hidromiel. Miró a Sighvat, con su voluminosa barriga, y al canoso Grend—. Te prometo que te lo pasarás mejor que con esos vejestorios. —Le lanzó un beso. Tenía una multitud de aros de plata alrededor de los brazos y del cuello.

Grend aminoró el paso y lanzó una mirada siniestra al hombre.

—¿Tienes algo que decir, viejo? —preguntó el guerrero.

Elvar se interpuso entre ellos y empujó a Grend para que siguiera caminando. Luego miró de arriba abajo al Alimentador de Cuervos.

—Antes me tiraría al viejo Svin, el jabalí muerto —espetó Elvar. Dio media vuelta y echó a andar.

Se oyeron algunas risas entre los compañeros del guerrero rubio, así como una ristra de insultos que siguió a los Terrores de la Batalla mientras seguían calle arriba. Sighvat gruñó a Huld que no hiciera caso de las provocaciones cuando ella volvió la cabeza para lanzarles una mirada asesina.

Doblaron una esquina y dejaron atrás la taberna y a los Alimentadores de Cuervos.

Los puntos de control se sucedían, y cada vez que llegaban a uno, Agnar se detenía para hablar con los guardias y les mostraba el permiso de amarre que la oficial portuaria le había entregado, además de entregarles un puñado de monedas para que agilizaran el proceso de entrada en la fortaleza. Finalmente llegaron a la cima llana de la ladera y desde allí emprendieron la ascensión por una escalera serpenteante construida con unos travesaños de madera más gruesos que el mástil de un barco, y lo suficientemente anchos para que subieran por ellos una docena de personas simultáneamente. Recorría la parte posterior del cráneo de Snaka y se alzaba en espiral sobre la ciudad, hasta desaparecer en una de las fisuras que había en el hueso de la serpiente.

Elvar se detuvo para echar un vistazo por encima de los gruesos

postes del antepecho y contempló la ciudad, que se desparramaba por la ladera como unas gachas burbujeantes vertidas de una olla. Las luces destellaban a través del humo. Divisó el *Jarl de las olas* cabeceando en el puerto, tan lejano que parecía tan pequeño como una tachuela. Grend le gruñó algo y Elvar se dio la vuelta y entró en el túnel de hueso. Las paredes rezumaban humedad y los escalones de madera estaban resbaladizos. El humo de los braseros de aceite flotaba denso a su alrededor.

Elvar contó los escalones como hacía cuando era niña.

—Doscientos doce —dijo jadeando cuando emergieron a la luz del día en la coronilla del cráneo, como si fueran los gusanos que salen de una herida. Los recibieron un viento cortante y frío y una lluvia fina que se arremolinaba como si fuera un banco de niebla. Elvar tomó una bocanada de aire fresco y sintió cómo el frío crepitaba en sus pulmones. El sol estaba poniéndose en el horizonte y arrojaba un resplandor tenue a través de los nubarrones.

Un camino de tablas de madera conducía hacia el este a través del cráneo, en dirección a la meseta de granito sobre la que se erigía la fortaleza de Snakavik. La última luz del día acariciaba la gruesa muralla de madera y la recia torre de la entrada. Se veían los tejados de los edificios que había en el interior de la fortaleza, en cuyo corazón se levantaba la sala de hidromiel. A pesar de la distancia, Elvar distinguía las sinuosas vigas con forma de serpiente del tejado de la sala de hidromiel, cuyo tamaño superaba el de algunas ciudades que Elvar había visto en sus viajes. Detrás de la sala se alzaba una torre galdur, donde los galdramaðr aprendían las artes oscuras.

Enfilaron en silencio por el camino. Grend caminaba delante de ella, con la capucha puesta y la cabeza gacha, encorvado para protegerse del viento y de la lluvia. La puerta estaba abierta, con una docena de guardias apostados a cada lado. Había más guerreros con yelmo vigilando la entrada desde la torre. Iban enfundados en unas cotas de malla magníficas y empuñaban escudos amarillos con una serpiente enroscada alrededor del umbo de hierro y con la boca abierta. Una mujer salió a recibirlos, una capitana, a juzgar por su equipo de batalla. Llevaba puesto un yelmo con unos oscuros orificios para los ojos y con ribetes de bronce, y su mano descansaba sobre el pomo de una espada envainada.

Elvar se quedó en la cola del grupo y esperó en silencio mientras Agnar hablaba con la capitana, siguiendo el mismo procedimiento que ya había repetido una docena de veces: le mostró el permiso de amarre, le entregó algunas monedas y señaló a Berak.

La capitana miró al hombre encadenado y asintió con la cabeza.

Bramó una orden a uno de sus guerreros, un muchacho con una lanza, que dio media vuelta y los condujo al interior de la fortaleza.

Recorrieron unas calles anchas con casas comunales a ambos lados, algunos alojamientos para los hird del jarl Störr, el séquito de drengir que le habían jurado fidelidad, y luego entraron en otra calle inundada por el humo de las forjas de los herreros, cuyos martillos resonaron en sus oídos. Delante de ellos apareció una vasta explanada dominada por la sala de hidromiel de Snakavik. Una amplia escalera y unas columnas de madera conducían a las puertas en las que se habían tallado unos profundos relieves. Una hilera de establos, en cuyo interior relinchaban los caballos, ocupaba uno de los lados de la plaza. Delante de la puerta de la sala de hidromiel había apostados unos guerreros enfundados en radiantes brynja y yelmos y empuñando relucientes lanzas.

El muchacho que los guiaba subió a la carrera por la escalera y conversó con los centinelas. Uno de ellos entró en la sala.

—Esperad aquí —les había dicho su guía mientras subía por la escalera, y el grupo de Agnar se había quedado esperando abajo.

Elvar miró a su alrededor y se dio cuenta de que los guerreros los observaban con una expresión fría. La mayoría fijó sus ojos en Berak, que mantenía la cabeza agachada y la cara oculta por el largo cabello, mojado y suelto.

La capucha de lana de Elvar se pegaba a su cabeza, empapada por la llovizna, mientras la noche caía sobre la plaza. Se encendieron antorchas y braseros, cuyas llamas se agitaban con el viento.

Las puertas crujieron y el guerrero les hizo una seña para que lo siguieran.

Agnar subió por la escalera a la cabeza del grupo y entró en la sala de hidromiel del jarl Störr. Elvar pasó bajo el arco de la puerta y se adentró en una cámara con el techo abovedado, en cuyas penumbrosas vigas dormían los cuervos. Unas largas hileras de mesas y bancos conducían al fondo de la sala, donde estaba situada la mesa alta del jarl Störr. Detrás de ella había una tarima con un único sillón, y un poco más atrás, lo que parecía una cabeza esculpida en mármol. Era enorme, como una piedra, y tan alta como una persona. En ella se había tallado la cabeza de un hombre con la frente ancha, una nariz protuberante y unos labios gruesos; tenía los ojos cerrados, y unas vetas oscuras que recorrían la superficie de mármol parecían brillar a la luz de las antorchas.

Agnar y sus compañeros siguieron a una escolta de guerreros, a los que fueron sumándose otros guerreros que rodearon al grupo. Más hombres y mujeres armados se posicionaron en los márgenes de la

sala, a lo largo de las paredes iluminadas por las antorchas. En el centro de la sala había varios lares encendidos y los thrall daban vueltas a jabalíes y venados ensartados en asadores; la grasa de los animales goteaba y chisporroteaba en las llamas mientras se preparaba la cena para los hombres libres del jarl Störr y aquellos que le habían jurado fidelidad.

Se abrió una puerta en el fondo de la sala y entraron unas figuras. Un hombre alto y delgado encabezaba el grupo. Vestía una túnica de lana azul marino, con el cuello y el dobladillo adornados con sinuosos ribetes tejidos con la técnica de tablillas, ceñida por un cinturón con la hebilla de plata en el que llevaba un seax de bella factura. Una cadena de plata, del que colgaba un colmillo de serpiente, le rodeaba el cuello, y en torno al bíceps llevaba un grueso brazalete también de plata que representaba una serpiente mordiéndose la cola. Tenía el cabello oscuro, con algunos reflejos plateados, peinado hacia atrás y recogido sobre la nuca, y la barba arreglada, recorrida por una sola trenza trabada en la punta con un aro de plata. Unas cejas espesas ensombrecían sus ojos, y su nariz era delgada y afilada.

«El jarl Störr.»

Se sentó en el sillón de la tarima. El resto de las personas que entraron detrás de él por la puerta del fondo se instalaron a su alrededor. Eran unos doce o catorce hombres y mujeres, todos ellos altos y corpulentos, con unos cuellos y hombros musculosos debajo de las túnicas y el gesto ceñudo e implacable. Llevaban el cabello hilvanado con hilo de oro y de plata, y las barbas de los hombres brillaban ungidas con aceite. Todos llevaban unas gruesas cadenas de las que colgaban unas garras de oso de hierro y hachas en los cinturones.

Y todos ellos también llevaban el collar de thrall.

Se instalaron alrededor del jarl como si fueran perros; algunos se sentaron a sus pies, otros bajaron del estrado y se desplegaron por el espacio que separaba este de la mesa alta, y otros se apoyaron en las paredes, sumidos en la penumbra.

Tres personas más, dos hombres jóvenes y una mujer, entraron por la puerta y subieron al estrado. Los dos hombres tenían el pelo oscuro, unas cejas espesas que proyectaban su sombra sobre los ojos y una nariz fina; rasgos que delataban su parentesco con el jarl Störr.

La mujer era rubia, alta y con aire soberbio, mayor que los dos hombres. Un collar de huesos le rodeaba el cuello y tenía las manos cubiertas por unos tatuajes de runas que se perdían bajo los puños de su túnica de lana amarilla.

Los tres se colocaron detrás del jarl Störr.

Los guerreros que conducían a Agnar se detuvieron cuando llegaron al espacio que separaba los bancos de la mesa alta y se hicieron a un lado para que Agnar se quedara delante del jarl.

—Bienvenido, Agnar Broksson, líder de los Terrores de la Batalla —dijo el jarl Störr. Pasó revista a la gente que lo acompañaba. Sus ojos se detuvieron un momento en Elvar y finalmente se posaron en la cabeza agachada de Berak. Miró de nuevo a Agnar.

—Bienhallado, jarl Störr. —Agnar hizo una reverencia.

—Me han dicho que tienes mercancía a la venta… Mercancía de mi interés —dijo Störr.

—Así es, mi señor —dijo Agnar.

Elvar no estaba acostumbrada a oír a su jefe hablar con esa deferencia a otra persona, y no le gustaba.

—Te traigo a Berak Bjornasson —continuó Agnar—. Está corrompido, es un berserkir, buscado por asesinato, por deuda de sangre y por veregildo por tres jarlar. Te lo traigo a ti primero como muestra de respeto, y porque conozco tus gustos.

Agnar hizo una señal a Sighvat, quien gruñó una orden y tiró de la cadena que aferraba. Berak dio un paso adelante tambaleándose, alzó lentamente la cabeza y clavó una mirada feroz en el jarl Störr.

Se alzaron unos gruñidos desde los berserkir desplegados alrededor del jarl Störr y se instaló una tensión repentina en el aire, como de presagio de tormenta.

—Me lo traes primero a mí porque piensas que te pagaré el precio más alto —dijo el jarl resoplando y agitando una mano. Miró en silencio a Berak durante unos segundos—. Y si es verdad lo que afirmas, entonces has acertado. Te pagaré bien. Valoro mucho a los berserkir.

—Es verdad —dijo Agnar—. Mi thrall hundur olió su rastro y mi bruja seiðr ha confirmado su linaje.

—Mmm… —murmuró el jarl, tamborileando con los dedos en el brazo de su sillón—. Ojalá este fuera un mundo en el que pudiera fiarme de la palabra de todas las personas. —Miró a la mujer que estaba detrás de él—. Silrið —dijo haciendo un gesto con la mano.

La mujer rubia bajó del estrado y fue hacia ellos. Vestía una túnica y pantalones holgados, con la parte inferior de las piernas ceñidas con unas vendas sobre las que se entrecruzaban unos cordones de cuero. De su cinturón colgaba un seax, más corto de lo habitual, inadecuado para el muro de escudos. La hoja de acero destelló cuando la mujer desenfundó el cuchillo al llegar a Berak y lo sostuvo con indiferencia en el aire. Berak la miró con ferocidad.

—Necesito un poco de tu sangre —dijo Silrið—. Te aconsejo que

me la des voluntariamente.

Elvar vio que Berak se ponía tenso. Los músculos de su espalda y de sus piernas se pusieron rígidos de repente. Pasaron unos segundos interminables y después Berak espiró y levantó un brazo, se subió la manga de la túnica y dejó a la vista un antebrazo musculoso y peludo.

Agnar le había advertido de lo que les pasaría a su mujer y a su hijo si causaba problemas.

—Bien —murmuró Silrið mientras deslizaba el seax por el brazo de Berak. Brotó una línea de sangre. Dio media vuelta para regresar a la tarima y enfiló hacia la escultura de la cabeza que había detrás del sillón del jarl. Se detuvo delante de la cabeza, que era más alta que ella—. ¡Despierta, Hrung!

La estatua permaneció completamente inmóvil.

Silrið dio una patada en la barbilla de la estatua y unas vibraciones recorrieron la superficie de mármol, como si hubiera tocado el agua plácida de un estanque. La boca de la estatua se movió ligeramente.

—*¡Hrung, vaknaðu!* —bramó Silrið.

Los ojos se abrieron. Eran unos ojos opacos y brumosos, pálidos como perlas. Se movieron lentamente a un lado y a otro. Poco a poco perdieron su aspecto somnoliento y se fijaron en Silrið. Los labios de la estatua también se movieron.

—Estaba soñando —dijo la cabeza gigante. Su voz resonó en la sala. Elvar sintió que atravesaba su cuerpo como un trueno lejano.

—Ya hablaremos de eso luego, antiguo Hrung. Ahora tu jarl necesita tus servicios.

Los ojos brumosos se movieron para mirar al jarl Störr sentado en su sillón y de nuevo a Silrið.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Hrung.

—Quiero que pruebes una sangre. Dinos lo que puedas sobre ella —dijo Silrið levantando el seax manchado de sangre.

Hrung olisqueó el cuchillo y Elvar tuvo la impresión de que aspiraba todo el aire de la sala de hidromiel. Luego abrió la boca y sacó la lengua gorda y pálida. Silrið apoyó la hoja del seax en ella y limpió la hoja con cuidado de no cortar al gigante.

Hrung cerró la boca y los ojos y guardó silencio un momento. Elvar vio que movía la lengua y la apretaba contra la parte interior de las mejillas. Luego volvió a abrir los ojos y escupió a la tarima un pegote de flema rojiza.

—Es sangre de Berser, o yo soy un enano —dijo la cabeza.

El jarl Störr sonrió.

—Llévatelo —ordenó.

Silrið regresó al lado de Berak acompañada por dos de los altos y corpulentos thrall que se habían sentado a los pies del jarl y tres guerreros. Berak los esperó.

Silrið tendió la mano hacia Sighvat para que le entregara la cadena, pero él se quedó mirándola a los ojos.

—Todavía no hemos acordado un precio —dijo Agnar.

—El doble de lo que habrías recibido en cualquier otro lugar —dijo el jarl Störr—. Aprecio tu olfato para los negocios, así que si encuentras más corrompidos…

Agnar agachó la cabeza.

—Agradezco tu generosidad, mi señor, y mi lealtad a ti está garantizada —dijo. Luego hizo una señal con la cabeza a Sighvat.

«Tu lealtad al dinero del jarl Störr, querrás decir», pensó Elvar, que no pudo evitar que se le dibujara media sonrisa en los labios.

Silrið cogió la cadena y se la llevó a Berak, con los dos berserkir pegados a él, sorbiendo por la nariz y bufando.

—Bienvenido, hermano —gruñó uno de ellos.

Berak no le prestó atención y siguió a Silrið con la cabeza agachada y arrastrando los pies.

—Silrið traerá tu pago —dijo el jarl Störr. Era claramente una despedida.

Agnar agachó la cabeza, dio media vuelta y enfiló hacia la puerta, seguido por Elvar y su reducido grupo.

—¡Un momento! —gritó una voz que hizo vibrar el cuerpo de Elvar. La cabeza gigante tenía los ojos muy abiertos y arrugaba la nariz mientras olfateaba la sala. Sacó la lengua y la paseó por el aire como si lo saboreara. Luego volvió a cerrar la boca e hizo chascar los labios—. Elvar —dijo fuerte y claro.

El jarl Störr miró a Hrung y los dos hombres que estaban detrás de él dieron un paso al frente.

—No puede ser. Te equivocas —dijo el jarl Störr.

—Elvar está aquí —dijo Hrung. Su voz grave resonó en la sala.

Elvar se detuvo con un suspiro y se dio la vuelta, sin apenas percatarse de que Grend se volvía a su lado y el grupo de Agnar se detenía. Se llevó las manos a la capucha y se descubrió.

—Hola, padre.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

ORKA

Orka avanzó sigilosamente entre los árboles cada vez más escasos. Fellur apareció delante de ella como una sombra más oscura sobre el lienzo azabache de la noche. El viento barría el bosque, agitaba las ramas y levantaba la espuma blanca en el fiordo, que reflejaba la débil luz de las estrellas y la luna. La brisa transportaba el crujido de los barcos.

Llegó al último árbol y esperó con los ojos bien abiertos. Luego miró al este. El alba todavía era poco más que un pensamiento en plena noche, mientras todos dormían.

«Excepto para los cazadores —pensó Orka—, los merodeadores y los que se mueven en las sombras.»

Pero ella sabía que tendría que moverse pronto. Había tardado más de media jornada en viajar desde su granja hasta Fellur, y luego había necesitado algo más de tiempo para esconder la lanza y el saco de cáñamo. No los necesitaba para lo que se disponía a hacer, pero el amanecer no la esperaría y tenía que hacer un trabajo que requería oscuridad. Cada segundo que pasaba separada de Breca incrementaba su dolor, como garras raspándole los huesos, pero algo en su interior le decía que había tomado la decisión más inteligente, en vez de elegir uno de los dos canales del río sin saber por cuál de ellos se habían llevado a su hijo. Necesitaba información y había una imagen que no podía sacarse de la cabeza, la de la nueva thrall de la jarl Sigrún lamiendo la sangre de Torkel de su seax.

La franja de terreno sin árboles que se extendía entre el bosque y la puerta del pueblo estaba llena de las tiendas de campaña de aquellos que habían acudido para asistir al althing. Aquí y allá, las brasas anaranjadas de las hogueras casi apagadas resplandecían en la oscuridad. Orka musitó un juramento antes de salir de los árboles y enfilar entre las tiendas de campaña. Se tomó su tiempo para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, evitando mirar directamente las brasas, hasta que dejó atrás el campamento y se detuvo delante de las puertas cerradas.

No había centinelas.

Dio unas zancadas y saltó para encaramarse a la muralla, se agarró a la parte superior de la madera, se impulsó para pasar una pierna por encima de la empalizada y la inercia empujó el resto de su

cuerpo. Sus pies aterrizaron en el barro con un sonido de chapoteo y Orka se quedó quieta, agachada, escuchando.

Diez latidos de su corazón, veinte. No oyó nada. Se puso derecha y se adentró con sigilo en el pueblo, engullida por la oscuridad.

Reinaba el silencio en Fellur. Ni siquiera los perros se movían a su paso. Enseguida llegó a la explanada, fría y desierta, y la sala de hidromiel se alzó oscura contra la luz de las estrellas. Vislumbró algo en la escalera que subía a la puerta de la sala de hidromiel, una sombra más oscura. Era un centinela que dormitaba sentado, apoyado contra una columna, con una gruesa piel alrededor de los hombros.

Orka se deslizó por el borde de la explanada, siempre con la espalda pegada a un pared. Se detuvo en seco. Un ruido.

Un gruñido, procedente del patio que se extendía delante de la escalera de la sala de hidromiel.

Miró fijamente en esa dirección y unas figuras cobraron forma. Había dos individuos tirados en el suelo, con los brazos levantados y las muñecas ligadas, atados a un poste. Uno de ellos lloraba; era un sonido triste, patético. El otro parecía dormido o inconsciente.

Las nubes se abrieron y la luna inundó de luz el patio brevemente, hasta que las nubes volvieron a ocultarla.

Pero Orka había visto quiénes estaban atados al poste.

Mord y Lif, los chicos de Virk.

«Volvieron al althing.»

Si estaban atados a una estaca en el patio, habían cometido un crimen y estaban esperando el juicio, o la ejecución del castigo.

Orka miró al guardia que dormía en la escalera. Tendría que haber dejado a los muchachos allí, y estuvo a punto de hacerlo, pero vio la cara de Breca dentro de su cabeza.

«Estoy triste por Mord y Lif, mamá», le había dicho.

Hizo rechinar los dientes y se deslizó por el patio encorvada. Se colocó detrás de los hermanos y puso una mano en la boca del que estaba despierto, Lif, el más joven de los dos. Notó que se ponía rígido y forcejeaba y le chistó en el oído.

—Soy Orka. Estate quieto.

El chico se quedó inmóvil.

—Voy a soltarte. Como hagas algún ruido te mataré yo misma —le susurró en el oído.

Lif asintió. Orka quitó la mano de su boca y lo rodeó para dejar al chico entre el guardia que dormitaba en los escalones de la sala de hidromiel y ella, luego tocó a Mord, que estaba desplomado contra el poste. De la herida en el cuero cabelludo salía un hilo de sangre, pero aún respiraba.

—Volvimos —susurró Lif—. Intentamos matar a Guðvarr, pero fracasamos. Mañana nos juzgarán: bandolerismo o ejecución, dijo Sigrún.

Orka se puso un dedo en los labios y se escabulló en dirección al guardia dormido. Mientras desenfundaba el seax se dio cuenta que el guardia era una mujer; los mechones rubios escapaban de la capucha de su capa y brillaban a la débil luz de las estrellas.

La madera crujió cuando apoyó todo su peso en el primer escalón.

La guardia se movió y abrió los ojos.

Orka le clavó el seax en la garganta y lo empujó mientras le tapaba la boca con la otra mano, hasta que oyó que la punta tocaba la columna vertebral de la mujer. Extrajo el cuchillo con un chorro de sangre, oscura a la luz de las estrellas. La guardia se desplomó con un gargareo y ya no se movió. Orka limpió la hoja en la capa de pieles de su víctima y colocó el cuerpo de la guardia de manera que pareciera que seguía durmiendo antes de regresar sigilosamente al lado de Lif.

El chico la miraba con los ojos como platos.

Orka se puso un dedo en los labios y cortó la cuerda que ataba a Lif y a Mord al poste. Lif fue el primero en estar libre y sujetó a su hermano cuando sus brazos cayeron como un peso muerto y su cuerpo se inclinó hacia el barro.

Orka pegó la boca al oído de Lif y le susurró:

—Llévate a tu hermano a la barca, reúne todas las provisiones que te quepan en un saco y espérame en el fiordo, lo más cerca que puedas de la parte trasera de la casa de hidromiel. Si no estoy aquí cuando veas el primer indicio del amanecer, vete.

Orka desapareció antes de que Lif pudiera decir nada.

Se deslizó silenciosamente a través de las sombras, siguiendo el muro de la sala de hidromiel hasta que llegó casi a la parte de atrás. No había ninguna abertura en ese lado, solo una ventana cerrada. Eso indicaba que era el dormitorio de la jarl Sigrún. Orka sabía que los drengir estarían durmiendo en la estancia principal de la sala, alrededor de los lares, aunque no estaban todos los guerreros de Sigrún. Durante su descenso desde las colinas Orka se había cruzado con una partida de jinetes, formada por seis guerreros que habían jurado fidelidad a la jarl, más otros guerreros a pie y otros conduciendo un carro tirado por bueyes. Guðvarr no estaba entre ellos. Orka había supuesto que tenían órdenes de investigar el incendio y el humo de su granja. Sin embargo, eso todavía dejaba al menos una docena de drengir en Fellur, que Sigrún querría tener a su alrededor para garantizar la seguridad durante el althing.

«Y el thrall también estará con ella.»

Orka se detuvo junto a la ventana cerrada, desenfundó sigilosamente el seax e introdujo la punta en la cerradura. Hurgó con el cuchillo lentamente, con delicadeza, hasta que notó que el mecanismo cedía. Entonces la abrió con un movimiento rápido, subió al marco de la ventana abierta y entró en la cámara.

Oscuridad, un fuego encendido, una cama, dos figuras acostadas en ella. Un movimiento en los pies de la cama cuando alguien se estira en sueños alrededor de la chimenea. El resplandor de las llamas en el hierro: el collar de la thrall.

Orka se adentró en el dormitorio y las figuras acostadas en la cama se movieron. Una manta de lana retirada reveló a la jarl Sigrún y a su amante desnudos, con los cuerpos entrelazados. El hombre estaba despierto; desenredó las piernas de las de Sigrún y se incorporó de lado apoyado sobre un codo. Era delgado, y la luz de las estrellas y del fuego delineaban sus músculos.

Orka le rebanó la garganta. La sangre manó de la herida y el hombre se derrumbó sobre la cama gargareando. Sigrún se despertó con un sobresalto y trató de incorporarse, pero Orka le golpeó la mandíbula con la empuñadura del seax y la jarl volvió a caer sobre el colchón. Orka dirigió entonces su cuchillo hacia la thrall, que estaba a sus pies, con medio seax ya fuera de la funda, y apoyó la punta de su hoja en la garganta de la otra mujer.

—Suéltalo —espetó con los dientes apretados Orka.

La thrall la miró fijamente, con un destello ámbar en los ojos y los músculos en tensión. Suspiró y soltó la empuñadura del seax para que se deslizara de nuevo al interior de la funda. Levantó la mano vacía.

—Quiero saber sus nombres y adónde han ido —dijo Orka.

La thrall abrió la boca para hablar.

—Ni se te ocurra mentirme —le advirtió Orka—. Sé que has sido tú. Vi que probabas la sangre de mi marido. —Un temblor la recorrió, un ataque de rabia. Se tomó un momento para recuperar el control, para reprimir el impulso de apuñalar, matar y destruir—. Sus nombres. Y su destino.

La thrall vaciló un momento y luego asintió con un movimiento seco de la cabeza.

—Yo solo soy una niðing thrall —gruñó la mujer—. No doy órdenes, las obedezco.

—¿Y quién dio la orden? ¿Quién mandó matar a mi marido y raptar a mi hijo?

Silencio. Los ojos de la thrall fijos en los de Orka brillaban con un resplandor ámbar.

—¡Habla, hija del lobo! —gruñó Orka.

—Mi nombre es Vafri —dijo la thrall—, y soy descendiente de Ulfrir, el gran dios lobo, y de Hundur, el perro. Éramos orgullosos y fuertes. — Sacudió la cabeza y frunció la boca—. Si voy a morir, quiero que conozcas mi nombre y mi linaje.

—No me importa nada lo que erais. Ahora eres una thrall, y te compadezco por ello, pero eres la razón por la que mi marido está muerto… —Le temblaba la mano, con los nudillos blancos, alrededor de la empuñadura del seax—. ¿Quién lo ordenó? —espetó Orka—. No volveré a preguntártelo.

Vafri arrugó el labio y sus dientes destellaron.

—Mi señor es Hakon, hijo de la reina Helka. Me dio la orden de informar de cualquier indicio de los corrompidos.

—¿Informar a quién? —preguntó Orka con los dientes apretados.

Otro silencio.

La hoja de Orka se movió y trazó una línea de sangre en el cuello de Vafri.

—Es… un hombre a quien conviene no contrariar —dijo la thrall.

—Dime su nombre.

—Drekr —gruñó la thrall con la voz temblorosa.

Orka exhaló un largo suspiro. La cabeza le daba vueltas. El muchacho del río le había dado el mismo nombre.

—¿Y adónde ha llevado ese tal Drekr a mi hijo?

Vafri se encogió de hombros.

—Eso no me lo han dicho.

Orka giró la muñeca y la punta del seax abrió un surco profundo en la piel de la thrall.

—Lo juro, no lo sé —dijo Vafri con los dientes apretados.

—Pues prueba a adivinarlo —le sugirió Orka—. Tienes la astucia del lobo. ¿Adónde crees que han llevado a mi hijo?

Otro largo silencio. Las miradas fijas en los ojos de la otra.

—A Darl, tal vez —dijo Vafri. Sus ojos se movieron para mirar fugazmente detrás de Orka. Se oyó el crujido de una cama y Orka se volvió. La jarl Sigrún tenía la mano tendida hacia su cinturón de las armas.

Un puño golpeó la mandíbula de Orka. Vafri había actuado en cuanto Orka desvió la mirada de ella. Orka cayó hacia atrás al mismo tiempo que asestaba un tajo al aire con el seax para mantener alejada a la thrall y sacudió la cabeza para hacer desaparecer las chiribitas que bailaban en sus ojos. Luego deslizó un pie por el suelo, en diagonal hacia atrás, para acercarse a Sigrún, a la vez que

desenfundaba otro seax del cinturón, uno de los que había extraído del cadáver de Torkel.

Sigrún envolvía con la mano la empuñadura de su espada y se había puesto en pie al mismo tiempo que desenvainaba el arma. Gritó y en respuesta se oyó movimiento al otro lado de la puerta del dormitorio, en el espacio principal de la sala de hidromiel. Resonó una voz. Orka lanzó un tajo en diagonal de arriba abajo, de derecha a izquierda, y Sigrún cayó con un alarido y perdiendo sangre por una herida roja que le cruzaba el rostro desde la frente hasta el mentón.

Vafri gruñó y corrió hacia Orka empuñando un seax, con un fulgor ambarino en los ojos y exultante por la batalla. Orka recordó cómo la thrall había atacado y arrollado a Virk, así que soltó un bufido y se abalanzó sobre ella para sorprenderla.

La thrall arremetió con el cuchillo y Orka se balanceó hacia un lado para que la cota de malla recibiese el filo del seax. Luego envolvió con el brazo izquierdo el brazo de Vafri y lo inmovilizó, tiró con fuerza y oyó el crujido del hueso que se rompía. La thrall lanzó un grito ahogado y el impulso de la carrera la lanzó contra el cuerpo de Orka, con la boca abierta y unos dientes repentinamente afilados que buscaron su cara y su cuello mientras con la mano libre trataba de arañarla con unas uñas cortantes como garras. Orka sintió un dolor abrasador en las mejillas y asestó un cabezazo a la thrall que le machacó la nariz y el labio superior. Se oyó el crujido del cartílago al partirse; un chorro de sangre, un labio desgarrado, dientes sueltos. A Vafri se le doblaron las piernas. Aún estaba consciente, gruñía y echaba babas y sangre por la boca cuando Orka le hundió el seax que empuñaba en la mano derecha en el estómago.

La thrall se plegó alrededor del cuchillo con un gruñido y gimoteando.

Se oyó el ruido de botas y de voces detrás de la puerta.

Orka empujó a Vafri al mismo tiempo que extraía el seax y la thrall se tambaleó y se derrumbó sobre las rodillas, sangrando por la nariz y el vientre, hasta que finalmente cayó de lado apretándose la herida en el estómago con una mano mientras alargaba la otra hacia la empuñadura de su seax, que yacía en el suelo cerca de ella.

Gritos fuera. Una patada derribó la puerta y aparecieron unas siluetas recortadas en el vano.

La jarl Sigrún avanzó hacia Orka tambaleándose y levantando la espada por encima de la cabeza, con la cara abierta y cubierta de sangre. Orka interceptó la espada con el seax y la empujó a un lado. Sigrún perdió el equilibrio y cayó sobre la cama.

Desde la puerta llegó un grito gutural cuando los drengir

irrumpieron en el dormitorio empuñando espadas y hachas. Guðvarr fue el primero en entrar, blandiendo la espada delante de él y con el hombro vendado por la herida que le había infligido Virk. Se quedó paralizado un momento al ver la sangre y los cuerpos a la luz del fuego y de la luna y luego sus ojos se fijaron en Orka.

Orka le arrojó el seax. Guðvarr dio un salto atrás, se estrelló contra los drengir que estaban a su espalda y todos cayeron al suelo. El seax se clavó en la jamba de la puerta y vibró unos segundos. Orka rápidamente dio un paso adelante y arrancó el seax de los dedos de la thrall, cuya mano cayó a plomo al suelo.

—Recorrerás el camino de las almas sin tu cuchillo —gruñó Orka a la moribunda. Luego dio media vuelta, corrió hasta la ventana y saltó a la oscuridad.

Aterrizó con el hombro, pero el suelo blando absorbió el impacto de la caída y rodó unos metros. Consiguió levantarse, todavía con el seax en la mano, y echó a correr. Desde la ventana de Sigrún llegaba el eco de los gritos. Luego se oyó el ruido de alguien que saltaba desde la ventana y caía al suelo. Otras voces sonaban más lejanas: drengir que salían por la puerta de la sala de hidromiel.

Orka corrió por un callejón y salió a una calle, se detuvo con un patinazo y se puso derecha. Luego giró a la derecha para entrar en otro callejón. En las casas se encendían antorchas y asomaban cabezas por las puertas a medida que los gritos de los drengir de la jarl Sigrún despertaban el pueblo.

Orka recorrió otra calle de cuyas casas salía la gente y luego enfiló por un callejón, hasta que por fin vislumbró el resplandor del fiordo entre los edificios.

El sonido alto y estridente de los cuernos retumbaba en el pueblo mientras este se desperezaba.

Orka salió del callejón como una exhalación y descendió por una suave pendiente que llevaba al fiordo. La playa estaba salpicada de embarcaciones que pasaban la noche en la arena, y un pequeño embarcadero se adentraba en el agua. Los pies de Orka chacoloteaban en la madera mientras corría buscando la barca de Lif y de Mord entre el resto de los barcos amarrados en el muelle.

Entonces vio a los hermanos sentados en los bancos de su pequeña barca de pesca, con los remos preparados. Orka hizo un último esfuerzo, deslizó los pies por la madera y saltó a la barca, en la que aterrizó desmañadamente.

—¡Remad! —gritó jadeando mientras se levantaba del suelo—. Hacia el sur, mar adentro.

Mord y Lif hundieron los remos en el agua sin rechistar. Mord

tenía un vendaje ensangrentado alrededor de la cabeza.

Se oyó un estrépito de pasos en el embarcadero y voces que les gritaban. Una flecha surcó el aire silbando y desapareció casi sin salpicar en el agua, a la derecha de Orka. Esta vio a Guðvarr en el muelle, gritando insultos y jurando venganza, con las venas del cuello hinchadas. La barca ganó velocidad y se adentró en la oscuridad dejando una estela de espuma plateada.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

ELVAR

Elvar se despertó antes del amanecer. Por un momento no supo dónde estaba. El olor a hidromiel, cerveza y orines le ayudó a recordar. Se encontraba en el henil de una taberna de Snakavik. Tenía la cabeza llena de recuerdos y de emociones; el sentimiento de culpa, la ira y el orgullo se agitaban dentro de su cabeza como si estuvieran atrapados en un torbellino. Se dio la vuelta y se sentó. Grend estaba cerca de ella y su voluminoso cuerpo era una sombra mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad. En torno a ella roncaban hacinados los cuerpos de los Terrores de la Batalla. Se puso las botas y se levantó, cogió el cinturón de las armas que había dejado enrollado junto a ella y enfiló entre sus compañeros. Un tenue resplandor le reveló la ubicación de la trampilla y bajó a la taberna por la escalera.

Había mesas y bancos repartidos por una amplia sala. El suelo estaba cubierto de juncos secos y aquí y allá había manchas de orina. El fuego del lar y un brasero con pestilente aceite de ballena alumbraban el espacio con una luz trémula.

Biórr y Trud estaban allí, despiertos. Biórr removía una olla con gachas sobre un pequeño fuego mientras Trud, sentado con las piernas estiradas, se cortaba las uñas con un cuchillo. Uspa y Bjarn estaban sentados en un banco en un rincón de la sala, tapados con una manta. En la mesa que tenían delante había un tablero de tafl. Bjarn le sonrió cuando la vio bajando por la escalera. También Biórr.

A través de una puerta llegó un ruido de ollas y Elvar atisbó al tabernero y a su mujer.

—¿Gachas? —le preguntó Biórr cuando Elvar llegó al suelo y se estiró. Estaba llenando dos cuencos que llevó a Uspa y a Bjarn.

Elvar no tenía muchas ganas de compañía. Había esperado sentarse sola a una mesa oscura y poner orden en sus recuerdos. Pero la sonrisa del chico, Bjarn, la atrajo.

El banco chirrió cuando lo arrastró por el suelo para sentarse con ellos. Dejó el cinturón de las armas enrollado con la espada, el seax y el hacha encima de la mesa, al lado del tablero de tafl. Trud había levantado los ojos de sus uñas para seguirla con la mirada; la saludó con una cabezada y volvió a concentrarse en su tarea.

Biórr le llevó un cuenco y una cuchara, puso una jarra de miel en la mesa y echó una cucharada en el cuenco de Bjarn.

—Gracias —dijo Uspa.

—Sigamos jugando —dijo Biórr cogiendo un par de dados hechos con huesos—. Tu jarl no escapará de mis guerreros —añadió parodiando la mueca feroz de un guerrero.

—Eso ya lo veremos —respondió Bjarn retorciéndose las manos, ansioso por mover sus piezas.

Elvar hundió la cuchara en las gachas y sopló mientras repartía el peso de la brynja por su cuerpo. Había dormido con ella puesta. A pesar de que había vuelto a casa después de casi cuatro años viajando con los Terrores de la Batalla, no se sentía segura allí. Sobre todo después del reencuentro con su padre de la noche anterior.

El jarl Störr se había quedado estupefacto al verla, aunque solo sus ojos lo habían traicionado. Torun, su hermano mayor, había sido más expresivo, mientras que Silrið, la galdramaðr, se había mostrado tan inescrutable e indiferente como siempre. El único que había demostrado algo parecido a alegría por el inesperado regreso de Elvar había sido Hrung, la cabeza del gigante, que la había recibido con una sonrisa cariñosa.

«Recuerda toda la cerveza y el hidromiel que le echaba en esa boca grande.»

Torun le había dicho que era una vergüenza que se hubiera ido como lo hizo y más aún que ahora regresara sin avisar. Broðir, su hermano menor, había hecho poco más que mirarla con una expresión de decepción. Cuando Torun se calló, su padre había tomado la palabra.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó—. Dudo que sea por lealtad.

Si su padre no hubiera añadido esa última parte, Elvar se habría quedado y habría hablado con él. Sin embargo se dio la vuelta y se marchó sin pronunciar una palabra, y cerró la puerta a su espalda mientras su hermano mayor volvía a gritarle.

«Es extraño cómo volvemos al comportamiento de nuestra infancia cuando estamos de nuevo en presencia de la familia.»

«Tenía tantas cosas que decir… Había preparado un bonito discurso.»

Pero había algo en su padre que aplastaba todo pensamiento racional dentro de su cabeza. Siempre había sido así.

—Es mejor comerlas calientes —le dijo Biórr.

—¿Eh?

—Las gachas. Es mejor comerlas calientes. Cuando se enfrían saben a cola de ballena. —Biórr miró el cuenco—. Quizá sea cola de ballena.

Bjarn rio entre dientes.

—¿Alguna vez has probado la cola de ballena? —le preguntó Elvar.

—Te sorprendería saber las cosas que he probado. Un hombre es capaz de muchas cosas cuando se muere de hambre —respondió Biórr con su sonrisa radiante—. No siempre he sido este ejemplar de hombre refinado, sano y con éxito que tienes delante de ti esta mañana.

Elvar no pudo evitar que sus labios esbozaran una sonrisa. Sus ojos se volvieron distraídamente hacia las ventanas de la taberna, donde la oscuridad empezaba a clarear.

«Ya es por la mañana.»

—Mamá, ¿dónde está papá? —preguntó Bjarn levantando la mirada de la partida de tafl, que parecía estar ganando.

Uspa miró a su hijo y movió los labios, pero no salió ninguna palabra de su boca.

—Tu papá ha tenido que irse una temporada —dijo Biórr—. Nos ha pedido que cuidemos de ti hasta que vuelva.

Trud chasqueó la lengua y Elvar miró a Biórr.

«“Es mejor una verdad dura que una mentira piadosa”, solía decir mi padre», pensó Elvar. Pero al mirar la cara de Bjarn y ver la lágrima corriendo por la mejilla de Uspa, Elvar se sintió sorprendentemente conmovida por la ternura de Biórr.

Las tablas de madera crujieron encima de sus cabezas y una figura llenó el hueco de la trampilla. Unas botas bajaron por la escalera.

—¿Por qué no me has despertado? —protestó Grend cuando llegó al suelo. Hizo crujir los huesos del cuello, se abrochó el cinturón de las armas y enfiló hacia Elvar. Miró a Uspa y a Bjarn y luego fulminó con los ojos a Biórr, quien en cambio le sonrió.

—¿Gachas? —le preguntó Biórr levantándose.

—Yo me las serviré —gruñó Grend, y se dirigió a la olla que había encima del fuego. Llenó un cuenco y se sentó con ellos, entre Elvar y Biórr.

El goteo de Terrores de la Batalla que se despertaban, bajaban por la escalera y se distribuían por la taberna fue continuo. El tabernero y su mujer aparecieron con una olla de gachas recién hechas que colgaron encima del fuego, jarros con cerveza aguada y cuernos y jarras para servírsela. Agnar también bajó, seguido como si fueran unos perros fieles por Kráka y el thrall hundur. Miró a Elvar, asintió con la cabeza y fue a sentarse a una mesa que estaba junto a la puerta.

Llegó un grito atenuado de arriba y todas las miradas se alzaron. Sighvat se había quedado atascado en el hueco de la trampilla. Alguien debió empujarlo desde arriba, porque se oyó un ruido de desgarramiento y Sighvat tuvo que agarrarse a la escalera para no caer al suelo de la taberna.

—¿Cómo consiguió subir, primero de todo? —preguntó Elvar con el ceño fruncido.

—Todo es posible cuando tienes la cantidad suficiente de hidromiel en el estómago —dijo Biórr—. Al menos eso te parece en el momento. Y el hidromiel es un buen analgésico.

Elvar volvió a sonreír.

Grend gruñó.

Sighvat saltó desde la escalera y se arregló la túnica.

—Maldito henil —masculló—. Debieron hacerlo para un enano.

Se sirvió gachas hasta que vació la olla y pidió más. El tabernero y su mujer llevaron más copos de avena y los mezclaron con leche y agua mientras seguían bajando más Terrores de la Batalla. La taberna no tardó en estar casi llena de gente. Los guerreros ocupaban la mayoría de las mesas. Elvar comió sus gachas en silencio mientras Biórr y Bjarn retomaban su partida de tafl. Daba la impresión de que el jarl tallado en hueso y los guerreros que le quedaban a Bjarn iban a superar a los guardias de Biórr.

Uspa se deslizó por el banco para acercarse a Elvar.

—¿Qué pasará ahora con nosotros? —le preguntó casi en un susurro.

Elvar la miró y sintió empatía con esa mujer. Era una bruja seiðr y su marido un corrompido, también su hijo, pero había pasado de una vida en libertad con su familia a perder a su marido y llevar un collar de thrall alrededor del cuello. Agnar y los Terrores de la Batalla destacaban como cazadores de corrompidos y Elvar siempre había mantenido las distancias con sus prisioneros, pues sabía que en eso consistían su vida y su reputación, pero esta vez un sentimiento la removía por dentro. Tal vez porque había salvado al chico de la serpiente.

«Fue una decisión tomada por el bien de los negocios —se dijo—. El chico nos dará dinero o podremos utilizarlo para presionar a Uspa. Una bruja seiðr es un bien muy valioso.»

Sin embargo, una parte de ella detectaba la mentira en su razonamiento. Miró a Uspa y no pudo evitar que un sentimiento de piedad brotara en su interior.

«¿Una verdad dura o una mentira piadosa?»

—No lo sé —respondió Elvar eligiendo la opción dura—. A lo

mejor Agnar os venderá en el mercado de thrall, o se quedará contigo y venderá a Bjarn. Quizá os venda a los dos, juntos o a casas diferentes. —Se encogió de hombros—. Yo no soy la jefa de los Terrores de la Batalla, así que no tomo esas decisiones.

—Pero estás cerca del jefe —dijo Uspa. Lanzó una mirada al colmillo de troll que colgaba del cuello de Elvar y al brazalete que Agnar le había entregado.

Elvar volvió a encogerse de hombros.

—Tenemos que marcharnos de Snakavik —continuó Uspa, con fuego en los ojos y bufando por la nariz.

«Tiene miedo —pensó Elvar—. Yo lo tendría si estuviera en su lugar.»

—¿A qué vienen tantas prisas por irte de aquí? Tu marido es un thrall del jarl Störr. Solo abandonará Snakavik para ir a luchar. Si te quedas aquí, por lo menos estarás cerca de él. Tal vez incluso puedas verlo de vez en cuando.

—Tenemos que marcharnos —repitió Uspa.

La puerta de la taberna se abrió y la luz cenicienta de Snakavik inundó la sala. Un guerrero entró, una mujer pertrechada con un magnífico equipo de guerra y una brynja que resplandecía como si acabara de frotarla con arena. Llevaba el cabello oscuro recogido en una trenza y una cicatriz le cruzaba la mejilla y el labio superior. Elvar la reconoció.

Gytha, el paladín de su padre. La fama en la batalla de Gytha era ampliamente conocida, e incluso el tabernero salió de la cocina y la recibió con una reverencia.

Gytha miró a su alrededor y vio a Elvar, y a Grend sentado a su lado. Saludó con la cabeza al veterano guerrero.

—Bienvenida a casa —le dijo a Elvar, aunque apenas desvió la mirada de Grend.

Elvar asintió con la cabeza. No se fiaba de las palabras que pudieran salir de su boca.

Hubo un momento de silencio. Grend se mantuvo mudo como una piedra. Pero entonces Gytha echó un vistazo por encima del hombre e hizo una señal. Dos guerreros más entraron en la taberna cargando un baúl.

—Es para Agnar —explicó Gytha.

«El pago por Berak. Mi padre dijo la verdad, paga bien por un berserkir.»

Agnar se levantó del banco, donde había permanecido escondido detrás de la puerta de la taberna. Elvar vio que bajaba la mano a la empuñadura de la espada mientras se ponía en pie. Bramó una orden

y Sighvat se adelantó para coger el baúl que llevaban los guerreros.

—El jarl Störr ha venido para ver a su hija —dijo Gytha dirigiéndose a Agnar y a toda la gente que había en la taberna. Paseó la mirada en derredor. Expresiones de desconcierto le devolvieron la mirada. Solo Agnar y unos pocos más conocían el linaje de Elvar. Los ojos de Gytha se posaron en Elvar—. Desea tener un poco de intimidad.

—Pues es un buen momento para llevar eso al *Jarl de las olas* —dijo Agnar dando una palmada al baúl—. ¡Terrores de la Batalla, seguidme! —gritó cruzando la puerta de la taberna.

Sighvat salió detrás de él y el resto de los guerreros se pusieron en pie y lo siguieron.

Biórr miró a Elvar al reparar en que no hacía ningún ademán de abandonar la taberna. Elvar podía ver la luz encendiéndose dentro de su cabeza.

—Eso te incluye a ti —gruñó Grend con el gesto ceñudo dirigiéndose a Biórr.

Biórr se levantó lentamente.

—¿Estarás… bien? —le dijo a Elvar—. Puedo quedarme si quieres.

Grend resopló y apoyó las manos en la mesa para levantarse.

Elvar puso una mano en el brazo de Grend.

—Me he ganado un sitio en el muro de escudos de los Terrores de la Batalla —respondió con desdén a Biórr, apretando el colmillo de troll que le colgaba del cuello—. ¿Por qué iba a necesitar que te quedaras? ¿Crees que soy un niðing que necesita protección?

Biórr se encogió de hombros, levantó las manos y les hizo un gesto a Uspa y a Bjarn para que lo siguieran. Trud se levantó, guardó el cuchillo y se puso detrás de la mujer y el niño. Fueron los últimos en marcharse.

Entraron más guerreros en la taberna, una guardia que había jurado fidelidad al jarl Störr. Se desplegaron a lo largo y a lo ancho de la sala para inspeccionarla y asegurarse de que todo el mundo había salido. Dos guerreros subieron al henil y gritaron desde arriba que ya no quedaba nadie.

Entonces entró el jarl Störr. Vio a Elvar y enfiló directamente hacia ella seguido por sus hermanos, Torun y Broðir, y, detrás de ellos, Silrið, una de las pocas mujeres galdramaðr en toda Vigrið, acompañada por el tintineo de su collar de cráneos de animales. El jarl se sentó enfrente de su hija y Torun y Broðir tomaron asiento al lado de su padre. Silrið se quedó de pie detrás de Störr.

—Hija —dijo el jarl. La miró largamente, como evaluándola.

Elvar se sintió como si estuviera descubriendo los secretos de su alma —. Nunca debiste marcharte —dijo en el silencio de la taberna.

Elvar frunció la boca mientras sentía cómo la rabia, una cosa informe llena de bilis, nacía en su interior. Inspiró hondo intentando controlarla. Intentando romper el patrón de comportamiento de su infancia, cuando su padre la regañaba y ella tenía un arrebato de ira contra él que no servía de nada; siempre se sentía inútil, se enfadaba consigo misma porque no era capaz de dominar sus emociones y hablar con franqueza con su padre.

—No me arrepiento de haberme marchado —dijo finalmente—. Me he ganado una reputación, una fama en la batalla.

—¿Fama en la batalla? ¿A sueldo de un comerciante cualquiera? —dijo el jarl Störr.

—Agnar y los Terrores de la Batalla son unos guerreros formidables, conocidos en toda Vigrið y más allá. En lugares que tú nunca has pisado, lugares donde nadie te conoce —respondió Elvar.

Su padre resopló.

—Es posible que sea un guerrero competente, pero eso no cambia el hecho de que se gana la vida mercadeando con carne y matando. Solo es un comerciante niðing, una puta que se acostaría con el que le pagara la suma más alta.

A Elvar le hirvió la sangre. Los insultos vertidos contra su jefe avivaron el fuego de su ira. Pero volvió a tomarse un momento para dominar ese sentimiento y tragarse las palabras que se formaban en su garganta como si fueran las primeras lanzas arrojadas en una batalla.

—Tú estás encantado de pagarle —dijo en cambio Elvar—. ¿En qué te convierte eso?

—En una persona sensata —respondió su padre encogiéndose de hombros—. Si vende algo que quiero… Pero dejemos de hablar de Agnar y de su banda de mercenarios. He venido para hablar sobre ti, tu familia, tu futuro. —Tamborileó con los dedos en la mesa—. Cuando te marchaste… La forma en que lo hiciste me cubrió de vergüenza. Hiciste que la gente dudara de mí. Algunos se regodearon en secreto. Si no puede controlar a su hija, decían, ¿cómo va a controlar el futuro de Snakavik? —Suspiró—. Tuve que derramar sangre para recuperar el control de este reino. Mucha sangre.

—He ahí por qué no me entiendes —dijo Elvar—. Tú no me controlas. Nadie lo hace ni lo hará nunca.

—¡Eres la hija de un jarl! —exclamó su hermano mayor, Torun—. Padre te lo ha dado todo, y a cambio tienes unas responsabilidades.

—¿Cuál? ¿Ser un títere para su política? —espetó Elvar—. ¿Para que me intercambie, me venda como una puta thrall a un marido rico

por un trozo de tierra? ¿Para que me tumbe y deje que me are como si fuera un campo, que plante su semilla en mi vientre y me pase la vida criando gorrinos como si fuera una cerda?

Torun inspiró, fuera de sí.

—Sí —respondió—, si ese es el deseo de padre.

—Me pregunto si lo aceptarías tan rápido si fueras tú a quien utilizara como moneda de cambio, si fueras tú el que tuviera que tirarse a un cerdo sudoroso y convertirse en una zorra que tuviera un hijo detrás de otro.

—Estaría encantado de complacer a mi padre en cualquier cosa que me pidiera —respondió Torun.

—Bueno, pues entonces cásate tú con el cerdito de Helka y disfruta del polvo. Yo lideraré la escuadra de guerreros —dijo Elvar.

Grend resopló, que era lo más cerca que estaba de reír. Torun frunció el ceño.

El jarl Störr esbozó media sonrisa.

—Ay —suspiró recostándose en la silla—. Es más difícil manejar a mis hijos que el resto de Snakavik y mi reino juntos. —Negó con la cabeza—. Quiero que vuelvas conmigo, hija. Con nosotros. Tu sitio está aquí.

—No me casaré con Hakon solo para expandir un poco tus fronteras.

—¿Un poco? —exclamó Torun—. ¡El reino de padre y el de Helka juntos abarcarían más de la mitad de Vigrið!

—Me da igual —dijo Elvar encogiéndose de hombros—. He nacido para la tormenta de la batalla y el muro de escudos. Me ganaré mi reputación por mis propios méritos, no casándome con alguien.

—¿Qué reputación? —preguntó con desprecio Torun—. ¿La tuya? A mí me parece que estás aprovechándote de la reputación de Grend. Estoy seguro de que te cubre las espaldas en todos los conflictos, para protegerte. Siempre fue el perro de madre y ahora es el tuyo.

Elvar se levantó sin darse cuenta y envolvió la empuñadura de su espada con la mano.

—Yo te enseñaré la hoja afilada de mi reputación, hermano, y Grend puede quedarse sentado donde está.

Torun se puso rojo.

«La última vez que nos vimos fue poco después de mi decimoséptima onomástica. Entonces te gustaba humillarme en el campo de entrenamiento. Esta vez será diferente.»

—Elvar lucha sus propias batallas —dijo Grend con una voz áspera por la tensión—. Se ha hecho un nombre y es respetada, y temida.

Elvar miró a Grend con sorpresa. El veterano guerrero rara vez elogiaba a alguien o algo, y todas las personas que estaban en la taberna lo sabían.

Grend miró a Torun.

—Si yo fuera tú, me sentaría —le dijo al hermano de Elvar.

Torun deslizó la mano hacia la empuñadura de su espada.

El jarl Störr miró con expresión severa a su hijo.

—Para de ladrar —dijo sin alzar la voz—, o tendrás que irte.

La mirada furiosa de Torun saltó de Elvar a Grend y luego a su padre, hasta que finalmente, amilanado, dejó caer los ojos.

—Bien —dijo Störr fijando su mirada de párpados pesados en Elvar—. He venido para hablar contigo, hija, porque quiero que nos reconciliemos. Me gustaría que volvieras a mi lado. —Elvar abrió la boca, pero el jarl levantó una mano para que se callara—. Quizá un matrimonio de alianza con Helka no sea la única opción. Hay otras maneras de colmar nuestras ambiciones. —Se encogió de hombros y miró de soslayo a Silrið.

—Siempre hay más de un camino para atravesar el bosque —dijo Silrið—. Si se es lo bastante valiente para buscarlo, y quizá lo bastante fuerte para talar un par de árboles.

El jarl Störr gruñó.

—En cualquier caso —dijo—. Me gustaría que te quedaras conmigo, Elvar Störrsdottir. Tal vez haya llegado el momento de que tengas tus propios drengir, de que lideres tu propia escuadra de guerreros.

Esas palabras pillaron desprevenida a Elvar e hicieron que se diluyera su ira.

Su padre se puso en pie.

—Piensa en ello —le dijo—, y ven a verme cuando tengas una respuesta.

Elvar lo miró perpleja.

El jarl se dio la vuelta y abandonó la taberna seguido por Torun, Broðir, Silrið y su escolta. Broðir vaciló cuando llegó a la puerta y se volvió para mirarla.

—Vuelve con nosotros, hermana —dijo sonriendo tímidamente. Y añadió antes de marcharse—: Torun es un capullo y te he echado de menos.

Gytha espetó una orden y los drengir que quedaban también abandonaron la taberna. La guerrera miró a Grend y cerró la puerta al salir.

Elvar miró fijamente a Grend. Se sentó, con una flojera repentina en las piernas, y se echó a reír.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

ORKA

—¡Ahí! —dijo Orka señalando una densa mata de juncos altos que crecían en el orilla del río, y que eran poco más que un conjunto de sombras a la primera luz del alba.

Mord y Lif se encorvaron para cambiar la trayectoria de la barca de pesca y remaron hacia los juncos. Los dos hermanos estaban empapados en sudor y agotados, pero no menos que Orka, que se había turnado con ellos en los remos durante las largas horas de oscuridad que habían precedido el amanecer.

La proa de la barca se adentró en los juncos y encalló en la capa de sedimentos. Orka saltó a la orilla desde la proa y sus pies chapotearon en el agua. Escudriñó la orilla un momento hasta que vio lo que buscaba, el asta recta, pálida y gris de la lanza entre los juncos vencidos. La recogió del suelo junto con el saco de cáñamo atado a ella y volvió a subir a la barca.

Lif la miró con sus oscuros ojos muy abiertos. Tenía el cabello azabache y era tan alto como Virk, su padre, pero, a diferencia de él, que era corpulento y torpe, Lif era delgado y ágil. Su barba rala y la palidez de su tez revelaban su juventud. No debía de tener más de diecisiete o dieciocho inviernos.

—¿Qué pasa? —gruñó Orka.

—¿Estás herida? —preguntó el muchacho—. Estás llena de sangre.

Orka se asomó por encima de la borda y miró su reflejo en el agua del río. Tenía la cara y el pelo impregnados de sangre seca y el sudor había abierto a través de las costras unos surcos que parecían dibujos rúnicos. Se llevó una mano a la cabeza y se sacó un trozo de hueso del pelo.

—No es mía —dijo recordando el hacha y a la mujer que había asesinado en la orilla del río el día anterior. Le parecía mucho más lejano.

—Ah —musitó Lif, que decidió no pronunciar en voz alta las preguntas que traslucían sus ojos.

Mord estaba desplomado sobre su remo. La sangre se filtraba a través del vendaje en su cabeza. Él se parecía más a su padre; era rubio y corpulento y una espesa barba poblaba su mentón.

Orka pasó por encima del mástil desmontado y le puso una mano

en el hombro.

Mord levantó la cabeza para mirarla.

—Tenemos que hablar —balbuceó—. ¿Por qué hemos dado un rodeo tan grande?

—Hablaremos después —dijo Orka—. Ahora no hay tiempo. Pongámonos en marcha —gruñó ayudando a Mord a ponerse en pie y a ir a la popa de la barca, donde había un cabo enrollado y una red. Luego empujó la embarcación con la lanza para alejarla de los juncos, se sentó en el banco y cogió el remo de Mord. Miró a Lif.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que remar? ¿Adónde vamos? —masculló Lif.

—Nos alejaremos un poco más. Luego buscaremos un sitio seguro para acampar —dijo Orka.

Lif la miró con los ojos rodeados por unos cercos negros, pero asintió con la cabeza. Hundieron los remos en el río y tiraron.

Orka y Lif tiraban de la barca por la orilla del río. Se detuvieron para ayudar a Mord a desembarcar y a tumbarse debajo de un sauce. Luego los dos arrastraron un poco más la barca por la orilla y la introdujeron entre unas matas de mirto y enebro que la escondían casi por completo de la vista. El sol matinal disipaba poco a poco la niebla que flotaba perezosamente sobre el río. Orka se puso de pie y miró en la dirección de la que habían venido, el ancho río que discurría como una serpiente por un valle de paredes escarpadas antes de verter sus aguas en el fiordo donde se levantaba Fellur. Al otro lado del río divisó las colinas que se alzaban hacia los acantilados. Aún podía ver el lugar donde estaba su granja.

«Ahora es un túmulo, no un hogar.»

Se produjo un estallido de pena y de rabia en su interior. El enfrentamiento con Sigrún y la thrall y la posterior huida, el esfuerzo agotador con los remos, el dolor de los músculos y la fatiga habían mantenido en un segundo plano todo lo demás durante algún tiempo.

Orka trasladó el saco desde la barca y lo dejó caer al lado de Mord, se sentó con la espalda apoyada contra el grueso tronco del árbol y rebuscó en su interior.

Lif se arrodilló junto a su hermano, le quitó la venda empapada en sangre de la cabeza y fue al río para lavarla.

Mord se incorporó y miró fijamente a Orka.

—Ten —dijo ella ofreciéndole una tira de carne de cerdo salada.

Mord la cogió, le dio un mordisco y masticó.

—¿Por qué hemos dado un rodeo en el fiordo?

Lif regresó escurriendo el vendaje.

—Para engañar a ese niðing de Guðvarr? —sugirió Lif mirando a Orka.

—Ajá —gruñó Orka masticando una tira de cerdo. Le dio unas cuantas a Lif—. Nos ha visto remar hacia el sur, mar adentro.

—Por lo tanto, cuando amaneció salió a buscarnos en esa dirección —dijo Lif sonriendo.

—Eso espero —repuso Orka—. Es lo bastante idiota para eso.

—Pero la jarl Sigrún no es idiota —apuntó Mord—. Habrá enviado barcos y exploradores en todas direcciones, mar adentro y a lo largo de la costa del fiordo.

—Ajá —dijo Orka—. Es posible. Pero quizá la jarl Sigrún esté demasiado ocupada mientras le cosen la cara como para pensar en otras cosas.

Lif arqueó una ceja mientras limpiaba la herida de Mord, que parecía producida por el golpe de un objeto sin filo, como una porra, el asta de una lanza o la empuñadura de una espada. Luego volvió a colocarle la venda alrededor de la cabeza.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Lif mientras vendaba a su hermano—. ¿Qué le ha pasado a la jarl Sigrún en la cara para que necesite puntos? ¿Y dónde están Torkel y Breca?

Orka no dijo nada y continuó masticando el trozo de carne. Desenfundó los tres seax que llevaba en el cinturón, los dos que había extraído del cuerpo de su marido y el que le había quitado a la thrall de Sigrún. Había dejado su hacha hundida en el vano de la puerta del dormitorio de la jarl. Giró el cuchillo de la thrall en la mano, contemplando las figuras talladas en el hueso de la empuñadura, unas cabezas de lobo con las fauces abiertas.

«Apropiado para una úlfhéðnar.»

Había sangre en dos de los seax, ahora unas manchas negras y secas. Orka abrió el morral, sacó un trapo y un poco de aceite y se puso a limpiar las hojas.

—Torkel está muerto. Lo asesinaron —dijo monótonamente mientras frotaba los seax—. Y a Breca lo han raptado. Fui a ver a la jarl Sigrún para hablar con ella sobre eso.

—¿Y le abriste la cara con un cuchillo? —preguntó Lif.

Orka hizo oídos sordos.

Se instaló el silencio entre ellos mientras Orka limpiaba los seax. Luego los dejó en el suelo y abrió el saco, de donde sacó una hogaza de pan y un queso curado redondo. Cortó lonchas y rebanadas para los tres.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lif con la boca llena de pan negro.

—Regresaremos a Fellur sin que nadie nos vea y mataremos a ese niðing de Guðvarr —propuso Mord.

Orka lo miró a los ojos.

—¿Orka? —dijo Lif.

—Haced lo que queráis —respondió ella encogiéndose de hombros.

—¿Adónde vas tú? —quiso saber Lif.

—No voy a volver a Fellur —gruñó Orka.

—¿Adónde vas a ir entonces? —insistió Lif.

Orka lo miró con ojos inexpresivos.

—Voy a encontrar a mi hijo.

—Y nosotros vamos a matar a Guðvarr —repitió Mord.

Lif miró a su hermano con lástima.

—¿Cómo? —le preguntó.

Mord abrió la boca, pero no salieron palabras de ella.

—Ayúdanos —le pidió Lif a Orka.

—No —dijo Orka.

—No necesitamos la ayuda de nadie —dijo Mord con rabia—. Nosotros somos los que tenemos que matar a Guðvarr. Nuestro padre está muerto por su culpa. Nosotros tenemos que cobrarnos la deuda de sangre con él y con esa asquerosa thrall de la jarl Sigrún.

—Solo tenéis que matar a Guðvarr —dijo Orka.

—No, a Guðvarr y a la thrall —la corrigió Mord—. La culpa de que nuestro padre muriera es de Guðvarr, pero fue la thrall quien le infligió las heridas mortales.

—La thrall de Sigrún tiene un agujero en el estómago. Es posible que ya esté muerta —dijo Orka masticando un trozo de queso.

Mord y Lif miraron a Orka con los ojos como platos y moviendo la boca como si fueran peces.

—Tal vez aún esté viva, pero la mayoría de la gente muere cuando la destripan —añadió Orka.

Volvió a instalarse el silencio. Lif miraba a Orka con una mezcla de terror y de incredulidad.

—Pues mataremos a Guðvarr —dijo finalmente Mord.

—Ya intentamos matarlo y acabamos atados a aquel poste —señaló Lif. Miró a Orka—. Eres astuta y has tenido los huevos necesarios para entrar en el dormitorio de la jarl Sigrún. Además sabes manejar las armas si has sido capaz de hacerle un agujero en el estómago a la thrall. ¿Qué consejos puedes darnos para llevar a cabo nuestra venganza?

Orka exhaló un largo suspiro.

—Esperad —dijo—. No es prudente volver corriendo con todo

Fellur agitado como si fuera un avispero al que se le ha dado una patada. Esperad a que las aguas se calmen, a que abandonen la búsqueda y la gente se ponga a cultivar los campos o a recoger la cosecha. Ese es el momento de atacar.

—Me gusta —dijo Lif asintiendo con la cabeza—. ¿Ves, Mord? Eso es lo que yo llamo un plan astuto.

—Demasiado tiempo —protestó el otro hermano—. Quiero a Guðvarr muerto hoy. O mañana a más tardar.

Orka volvió su mirada inexpresiva hacia Mord.

—¿Es que aún no has aprendido que lo que tú quieras no importa? —Orka volvió a encogerse de hombros—. Vosotros me habéis pedido consejo. No tenéis por qué seguirlo.

—Yo creo que deberíamos escuchar a Orka —dijo Lif masticando lentamente un trozo de pan. Era evidente que su cerebro estaba trabajando—. Y tenemos que aprender a manejar las armas.

Mord hizo una mueca.

—¡Yo ya sé usar un arma! —exclamó.

—Ya, ese chichón que tienes en la cabeza lo demuestra —repuso Lif.

—Me superaban en número —masculló Mord.

—Podrías enseñarnos —le dijo Lif a Orka.

Orka lo miró perpleja.

—No —respondió.

—Te enfrentaste con la jarl Sigrún y su thrall guerrera y las derrotaste. Nosotros no somos tan buenos y los huesos de nuestro padre claman venganza —insistió Lif—. No quiero defraudarlo.

—Estoy ocupada con mi propia venganza. No tengo tiempo para la vuestra —gruñó Orka.

—Podríamos ayudarte —dijo Lif.

—No —replicaron Orka y Mord a la vez.

—¿Por qué no? —preguntó Lif.

Orka miró a los hermanos.

—No quiero vuestra ayuda. No la necesito. Si venís conmigo, lo más seguro es que hagáis que os maten. O que me maten a mí.

—Podríamos ayudarte —repitió tercamente Lif—. ¿Adónde vas para llevar a cabo esa venganza tuya?

—Al noroeste —murmuró Orka volviendo la vista hacia el norte, donde se encontraban la fortaleza y la ciudad de Darl, donde resplandecían las cumbres nevadas de la cordillera Dorsal.

—Adondequiera que vayas llegarás mucho más rápido si te llevamos en nuestra barca —dijo Lif—. Si nos dejas, tendrás que

caminar, ya que la barca es nuestra.

Orka lo miró fijamente a los ojos.

—Podría quitaros la barca.

Lif torció el gesto al oír aquello y un destello de miedo y de dolor apareció en sus ojos. Mord maldijo entre dientes y bajó la mano al lazo del cinturón destinado al hacha, pero estaba vacío porque habían dejado en la barca todas las armas que habían recogido apresuradamente durante su huida.

—No voy a quitaros la barca —les tranquilizó Orka—. Caminaré.

—¿Crees que los que se llevaron a Breca caminan? —le preguntó Lif.

Orka sintió una punzada de dolor, como de un puñal clavado en el estómago, al oír el nombre de su hijo.

—No —respondió—. Seguí su rastro hasta el río. Se lo llevaron en un barco.

El silencio se alargó mientras Orka reflexionaba sobre eso.

—Está bien —dijo rompiendo el silencio—. Llevadme hasta Darl y yo os enseñaré todo lo que pueda.

CAPÍTULO VEINTICINCO

ELVAR

Elvar tomó otro trago de hidromiel del cuerno y notó que le caía un hilito de la bebida por la barbilla.

—Ya has bebido suficiente —dijo Grend.

Elvar le lanzó la mirada siniestra que él había usado con ella en multitud de ocasiones. Grend se encogió de hombros y se recostó en el banco.

Seguían sentados en la taberna de Snakavik. Elvar había bebido una cantidad ingente de cerveza e hidromiel. Fuera estaba oscureciendo, se encendían las antorchas y el humo flotaba denso en el aire, aunque siempre oscurecía antes en Snakavik que en el resto del mundo, pues el cráneo de la serpiente tapaba el sol. Agnar y la mayoría de los Terrores de la Batalla habían regresado y entrado en el local como si fueran espectros mientras Elvar se consumía pensando en todo lo que le había dicho su padre, escogiendo las palabras cuidadosamente, como si fuera un cuervo picoteando unos huesos viejos.

«Nunca debiste marcharte, me ha dicho. Quiero que vuelvas conmigo. Agnar de los Terrores de la Batalla es un mercenario, una furcia, ha dicho…»

Hizo rechinar los dientes.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó en un susurro Grend. Su voz se confundió con el murmullo de la taberna—. Es decir, aparte de triturarte los dientes hasta reducirlos a un polvo fino.

—No lo sé —masculló Elvar hoscamente.

La perplejidad se había transformado en ira mientras daba vueltas en la cabeza a las palabras de su padre. Como siempre, decía más con lo que callaba que con las palabras que pronunciaba. Su encuentro no había sido como había esperado.

«Los sentimientos de ser constantemente juzgada, de ser una decepción y de no estar a la altura son los recuerdos más vivos que tengo de crecer siendo la hija del jarl Störr.»

—Te ha ofrecido tus propios drengir. Una escuadra para ti sola —dijo Grend.

Elvar asintió. Era lo que siempre había deseado, ser la líder de una escuadra de guerreros, demostrar su valía, pero su padre quería venderla como si fuera una preciosa paridora para Hakon, el hijo de la

reina Helka, para que sus hijos reinaran en toda Vigrið. Por eso se había marchado, para escapar de ese destino.

«Habría sido la vida de una thrall, por mucho que el collar hubiera sido de oro.»

—¿Tú qué harías en mi lugar? —le preguntó a Grend.

El veterano guerrero resopló.

—Como si alguna vez hubieras escuchado mis consejos…

—Podría hacerlo —dijo Elvar.

Grend se encogió de hombros.

—Tu padre te ofrece lo que querías, así que tómalo. Pero yo no soy ningún lumbreras, y lo único que sé es que el jarl Störr nunca lo dice todo. Cada plan que comparte esconde otro en su interior. —Volvió a encogerse de hombros—. Hagas lo que hagas, yo te seguiré. —Se miró la palma de la mano y la cicatriz blanca que la recorría. Elvar recordó el momento en que vio brotar la sangre de la herida y las palabras que Grend había pronunciado, el juramento que había hecho—. Es… desconcertante —añadió Grend—, cuando algo no sucede como esperabas.

—Ya —dijo Elvar asintiendo con la cabeza. Tomó otro trago de hidromiel.

—Al menos Torun sigue igual.

—Nunca defrauda —gruñó Elvar. Su hermano solo había empeorado las cosas, como siempre—. Torun nació siendo un capullo y solo ha envejecido.

Los dos soltaron una carcajada.

—¿Algo divertido? —preguntó una voz al lado de Elvar.

Elvar se volvió y vio a Biórr sentado, jugando al taflcon Bjarn. No se había dado cuenta de que estaba en la taberna ni de que se había sentado tan cerca de ella. Se encogió de hombros sin saber por dónde empezar.

—Así que tú eres Elvar Störrsdottir —dijo Biórr con voz monótona, sin levantar los ojos del tablero y las figuras de madera.

Elvar dio otro trago al cuerno de hidromiel.

—Sí —dijo entre dientes.

—¿Por qué la hija de un jarl renunciaría a una vida de privilegios, riquezas y poder y la cambiaría por un remo y una vida de violencia y muerte? —dijo Biórr sin dirigirse a nadie en particular.

Grend se revolvió al lado de Elvar.

—Para demostrar lo que valgo —dijo Elvar antes de que Grend tuviera la oportunidad de amenazar al joven guerrero—. Para ganarme una reputación.

—Eso ya lo has conseguido —dijo Biórr lanzando una mirada al

colmillo de troll que colgaba del cuello de Elvar.

—Elvar es la guerrera más valiente que conozco —intervino Bjarn levantando sus grandes ojos oscuros hacia Elvar—. Me salvó de una serpiente.

—Grend nos salvó a los dos —dijo Elvar.

—Así que abandonaste Snakavik para ir en busca de una reputación —dijo Biórr.

—Sí. Y para vivir libre, para ser dueña de mi vida, no una pieza en un tablero de taflque mi padre pueda mover a su antojo y sacrificar. —Elvar agitó la mano en dirección al tablero que había entre Biórr y Bjarn. El chico movió su jarl hacia una brecha que sus fieles guerreros habían abierto en las filas de sus atacantes. Los guerreros de madera de Biórr rodeaban al jarl y formaban una red que se cerraba alrededor de él con la intención de capturarlo y matarlo.

«Así me siento yo —pensó Elvar—. No importa lo lejos que vaya, la ola de mi vida me arroja de nuevo aquí, a Snakavik y la red de planes de mi padre. ¿Debería abandonar a los Terrores de la Batalla y ocupar mi sitio al lado de mi padre, participar en sus intrigas políticas y en sus batallas, involucrarme en la guerra por Vigrið?»

Elvar exhaló un largo suspiro y se dio cuenta de que Biórr estaba observándola.

—¿Qué? —preguntó mirando con ferocidad al joven guerrero.

—Estaba pensando que tienes una cara agradable de ver —respondió él torciendo los labios y mostrándole los dientes—. Unas mejillas bonitas, unos ojos que me cortan el aliento y esos labios…

La silla de Grend crujió cuando cambió de postura y se volvió para fulminar con la mirada a Biórr.

—Pero eres mucho más que lo que se ve —concluyó Biórr.

Elvar arrugó el ceño.

—Estás librando una batalla dentro de tu cabeza. No puedo verla, pero es importante, y una gran carga sobre tus hombros. —Biórr se inclinó hacia delante—. Podría ayudarte.

Grend soltó un gruñido gutural.

—Ella no es para los tipos como tú —dijo el veterano guerrero con una voz que sonó como un sable saliendo de la vaina lentamente.

Trud estaba sentado cerca de ellos, absorto en su pasatiempo habitual de cortarse las uñas con un pequeño seax. De un cordón de cuero que le rodeaba la muñeca colgaba un trozo de hueso arrancado del cráneo de una criatura que había matado nada más unirse a los Terrores de la Batalla. Soltó una risotada ahogada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Grend.

—Solo estoy impaciente por ver si el cachorrito será lo suficientemente rápido para escapar de los dientes y de las garras del viejo lobo —respondió Trud.

Grend estiró un brazo y puso una mano en la muñeca de Biórr.

—Tienes razón, Elvar elegirá su propio camino. Siempre lo ha hecho. Pero yo estoy aquí para pisotear a las ratas en las sombras, a los que le sonríen y ocultan sus intenciones. Soy el que les aplasta la cabeza antes de que puedan arañar o morder.

Biórr desvió la mirada del tablero de taflpara mirar a Grend y luego la mano de este alrededor de su muñeca. Elvar percibió un cambio en los ojos del joven. La sonrisa y la expresión risueña permanentes parecían haber sido sustituidas por una expresión dura y fría.

Sonaron unos pasos de botas y Sighvat se plantó detrás de ellos.

—El jefe quiere hablar contigo —le dijo a Elvar.

Elvar se puso en pie y esperó a que el mundo dejara de dar vueltas a su alrededor. Grend también se levantó.

—Yo no he oído que el jefe te haya llamado a ti, hombretón —dijo Sighvat.

—Yo voy donde va Elvar —gruñó Grend—. Agnar ya lo sabe, y cuanto antes lo entiendas tú, mejor para todos.

Sighvat asintió con la cabeza y condujo a Elvar y a Grend por la taberna, rodeando mesas y bancos. Su enorme corpachón chocaba con los codos y los hombros de todo aquel que encontraba en su camino. Dentro del local estaban mezclados los Terrores de la Batalla con ciudadanos de Snakavik, pescadores, vendedores y artesanos, guerreros y putas. Agnar estaba sentado en un rincón, con la capa de oso colgada en el respaldo de su silla. Como Elvar, todavía llevaba puesta la cota de malla. Su cinturón de las armas estaba encima de la mesa, junto a un jarro con forma de cuerno tallado y una jarra de cerveza.

Agnar les invitó a sentarse y Sighvat fue a buscar comida.

—No voy a entrometerme, tus asuntos son solo tuyos —dijo Agnar—. Solo quería asegurarme de que estabas… bien. —Su mirada saltó del cuerno con hidromiel que tenía Elvar en la mano al hidromiel que brillaba en su barbilla.

—No estoy mal —dijo Elvar frunciendo la boca mientras se dejaba caer en la silla. Grend acercó otra silla.

Agnar asintió como si Elvar hubiera dicho mucho más de lo que expresaban sus palabras.

Encima de ellos, las vigas del techo crujían rítmicamente. Cuando Agnar alquiló el henil de la taberna, el tabernero había desalojado a

media docena de prostitutas que le alquilaban el espacio. A decir por el sonido, las prostitutas estaban recuperando el dinero que habían dejado de ganar, sobre todo gracias a los Terrores de la Batalla, ahora que ya habían cobrado.

Sighvat regresó y dejó encima de la mesa una bandeja con comida: un trozo de jamón curado, queso y pan plano, un cuenco con mantequilla, nata y fresas.

Elvar hizo el ademán de cortarse una loncha de jamón.

—Esto es mío —espetó Sighvat poniendo una mano protectora delante de la comida—. Iré a buscar lo tuyo —dijo, y volvió a marcharse.

—Sighvat no comparte la comida —dijo sonriendo Agnar.

El gigantesco guerrero regresó con otra bandeja con jamón y pan plano.

—Este es tu plato —dijo sentándose. El banco crujió. Cortó una gruesa loncha de jamón y un poco de queso, envolvió todo con el pan plano y le dio un enorme mordisco.

—¿Qué pasa? —dijo al ver la mirada de Elvar clavada en él.

—Nada —respondió Elvar, y cogió un trozo de jamón de su plato.

Agnar sonrió y se encogió de hombros.

—Mi padre me ha pedido que ocupe mi sitio a su lado. Me ha ofrecido drengir y una escuadra de guerreros propia —explicó Elvar.

«Se merece que le diga la verdad», se dijo.

Agnar había sido bueno con ella al aceptarla en su banda cuando solo tenía diecisiete inviernos. Entonces le había contado la verdad y él había mantenido la boca cerrada durante casi cuatro años. Le había prometido que no recibiría un trato especial, que se ganaría un sitio en el muro de escudos o sería expulsada, y le estaba agradecida por ello. Eso era lo que siempre había deseado, la oportunidad de ser juzgada por sus propios méritos, su habilidad, su valor… Se llevó la mano al colmillo de troll que colgaba de su cuello.

«Y sigo aquí.»

Agnar abrió el baúl que tenía al lado, sacó dos bolsas y las arrojó sobre la mesa, hacia donde estaban Elvar y Grend.

—Vuestra parte del botín de los Terrores de la Batalla. Tu padre paga bien por los berserkir y la carne de troll se vende a buen precio en los mercados de Snakavik.

Elvar se quedó mirando las bolsas con el dinero.

Grend cogió las dos y las guardó debajo de la capa.

Agnar se inclinó sobre la mesa.

—Déjate guiar por el corazón y la cabeza. Pero quiero que sepas

que, cualquiera que sea la decisión que tomes, siempre tendrás un remo en el *Jarl de las olas*. Has demostrado lo que vales, Elvar Matatrolls.

Agnar le tendió un brazo, el saludo entre guerreros.

Elvar recibió con orgullo las palabras de Agnar y esbozó una sonrisa. Se inclinó hacia él y le estrechó el brazo.

«Es un comerciante y una puta.» Las palabras de su padre daban vueltas dentro de su cabeza.

«Es un amigo», espetó Elvar a su padre imaginario, aunque el recuerdo de Agnar en la sala de hidromiel del jarl Störr, negociando la venta del berserkir, seguía fresco en su memoria.

—Infórmame de tu decisión cuando la tomes —dijo Agnar, y cogió un poco de comida del plato.

Elvar se recostó en la silla y suspiró.

La verdad era que no sabía qué hacer.

Y entonces se le ocurrió una idea.

Se puso en pie y la silla se tambaleó detrás de ella.

—Gracias, jefe —dijo por encima del hombre cuando ya enfilaba hacia la puerta de la taberna. Una mano la agarró cuando llegó a ella.

Era Uspa, con la cabeza cubierta por la capucha. Trud la observaba desde las sombras.

—¿Cuándo nos marcharemos de Snakavik? —le preguntó Uspa con tono suplicante.

Elvar la miró con perplejidad y se quitó de encima la mano de la mujer.

—No lo sé.

—Ya te lo he dicho. Tengo que irme de aquí —susurró Uspa.

—Dime por qué y hablaré con el jefe —replicó Elvar.

Uspa miró a los ojos a Elvar.

—Estás borracha —dijo la mujer con una mueca de asco—. Cuando estés sobria te lo diré.

Elvar se encogió de hombros.

—Entonces quizá la espera se te hará larga —dijo, y la apartó para salir a la ciudad bañada por una luz crepuscular. Dio un par de pasos vacilantes y se detuvo un momento para respirar una bocanada de aire más limpio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Grend cuando salió de la taberna detrás de ella.

—Voy a hablar con la cabeza de Hrung —respondió Elvar.

Elvar subió los escalones de la sala de hidromiel de su padre. Gytha la

guiaba y Grend la seguía. La ascensión a través de Snakavik y el túnel del cráneo le habían despejado la mente y los vientos cortantes que aullaban alrededor de la fortaleza parecían haber limpiado el alcohol de sus venas.

Gytha la condujo por el interior de la sala. Los thrall preparaban las mesas para la cena, sacaban fuentes llenas de carne y jarras de hidromiel y atendían los lares. Elvar agarró una jarra y Gytha levantó una mano hacia el thrall que intentaba recuperarla.

Elvar subió al estrado y rodeó el sillón de su padre, en ese momento vacío. Gytha se detuvo delante de la cabeza de Hrung, que tenía los ojos cerrados, los músculos de la cara relajados y la boca caída, como sus largos bigotes. Parecía estar durmiendo.

—Está dormido —dijo Gytha—. Te dije que te traería aquí, pero también te advertí que no serviría de nada. El gigante tiene ahora un sueño más largo y profundo que antes. Aunque eso no impedirá que tu padre me azote por esto.

—No lo hará —le aseguró Elvar—. Soy Elvar Störrsdottir, ¿cómo ibas a desobedecerme?

Gytha arqueó una ceja.

—No le he avisado, y por eso seré juzgada.

—Entonces infórmale de que estoy aquí. —Elvar se encogió de hombros—. Pero no te des demasiada prisa. Dame unos minutos con Hrung y luego me iré.

—El antiguo está durmiendo de todas maneras —dio Gytha mientras se daba la vuelta. Se detuvo al lado de Grend y le acarició el brazo con las yemas de los dedos. Grend mantuvo la vista fija al frente y Gytha se marchó.

—Deberías hablar con ella —dijo Elvar—. Pasa algún tiempo con Gytha mientras estamos en Snakavik.

—No —gruñó Grend.

Elvar miró al veterano guerrero y suspiró.

—Hrung —dijo, pero la cabeza del gigante no se movió.

Elvar sostuvo la jarra debajo de la enorme nariz del gigante, hundió los dedos en el hidromiel y le salpicó los labios.

La cara vibró con un temblor de carne. La nariz inspiró, los labios se separaron y la gorda lengua de Hrung probó el hidromiel. Sus párpados se abrieron temblorosamente y descubrieron sus ojos somnolientos.

—Elvar —dijo con voz tronante.

—Te he traído un regalo —dijo ella levantando la jarra.

—Ah, siempre fuiste mi favorita —dijo la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja.

—No es un gran cumplido teniendo en cuenta que tienes que elegir entre mi padre, mis hermanos y yo —repuso Elvar. Vertió un poco de hidromiel en la boca de Hrung y el licor corrió por su lengua y se precipitó por la garganta. Elvar observó la mancha que se expandía lentamente por la madera que había a sus pies.

—Ah, qué bien sabe, aunque no tenga los efectos de antaño —suspiró Hrung.

—Eso es porque solo eres una cabeza —dijo Elvar mirando la mancha que crecía alrededor de sus pies.

—Aún estás llena de sabiduría —aseveró Hrung con una voz profunda.

—Te he echado de menos. —Elvar sonrió. No se había dado cuenta de la verdad de sus palabras hasta ahora que las pronunciaba. Los pocos recuerdos agradables que guardaba de Snakavik eran algunos momentos puntuales con su hermano pequeño, Broðir, y sus conversaciones con Hrung.

—Yo también te he echado de menos, pequeña —dijo Hrung—. Me he aburrido mucho sin ti. —Se relamió—. Y he estado muy seco.

Elvar vertió un poco más de hidromiel en la lengua de Hrung y su garganta retumbó de placer.

—Ah, estos años sin ti han sido áridos y vacuos. No ha pasado un solo día desde que te marchaste en que no haya deseado que el jarl Störr y Silrið me hubieran dejado muerto en la garganta de Snaka.

—Recuerdo el día en que te sacaron del fiordo —dijo Elvar, aunque entonces solo había visto tres inviernos. Estaba sentada sobre los hombros de Grend, en uno de los muelles del puerto—. Pensé que parecías triste. Tenías los ojos y las mejillas cubiertos por unas algas rojas y daba la impresión de que habías llorado sangre.

—Quizá lo había hecho —dijo Hrung—. No es agradable que te trague un dios serpiente y te arranque la cabeza. Peor aún es que un fragmento del poder agonizante de Snaka se filtrara en mí y me condenara a vivir cuando habría preferido descansar muerto con mis hermanos gigantes. Aunque, por muy mala que pueda ser esta vida, es mejor que los trescientos años que pasé en el fondo del fiordo, con la única compañía de los colmillos de Snaka y los peces. —Miró de arriba abajo a Elvar y sus ojos se detuvieron en el colmillo de troll y en los brazaletes. Respiró hondo por sus enormes fosas nasales, con la fuerza suficiente para agitar la trenza de Elvar—. Así que has encontrado lo que buscabas. Apestas a fama y a grandes hazañas.

Elvar se encogió de hombros.

—Y no has conseguido librarte del viejo parlanchín —añadió Hrung volviendo sus ojos opacos hacia Grend.

El veterano guerrero se limitó a mirar inexpresivamente al gigante.

Unas voces y el repiqueteo de pasos de muchos pies en la madera resonaron en el pasillo que se extendía detrás de la sala.

«Gytha ya debe de haber avisado a mi padre de mi presencia aquí», pensó Elvar.

—Me quedaría más rato, pero mi padre ya viene para echar a perder nuestro reencuentro.

—Haz tu pregunta, entonces —dijo Hrung.

—¿Tan obvio es? —preguntó Elvar.

Hrung rio entre dientes y el sonido reverberó en el pecho de Elvar.

—Por mucho que te guste mi compañía, creo que la necesidad te ha traído aquí. Pregunta, pequeña.

—Mi padre me ha hecho una oferta para que me quede en Snakavik, a su lado. Me ha ofrecido guerreros, una escuadra. Todo lo que siempre he querido.

La cabeza de Hrung se movió y los músculos seccionados de su cuello se contrajeron. Era un asentimiento.

—Eso se sabe —dijo—, pero no es una pregunta.

—Mi pregunta es: ¿debería aceptar su oferta?

Gytha apareció en la puerta de la sala de hidromiel haciendo gestos a Elvar para que se marchara.

Hrung miró a Elvar y sus ojos opacos se arremolinaron como nubes de tormenta.

—Tengo que irme —dijo Elvar.

—Silencioso, reflexivo y audaz en la lucha, el retoño del jarl debería ser —entonó Hrung.

Elvar frunció el ceño.

—Silencioso, reflexivo y audaz. Me esfuerzo para ser esas cosas —dijo Elvar—. Pero eso no responde mi pregunta. ¿Cuándo ser audaz? He ahí el meollo de mi pregunta. ¿La propuesta de mi padre es una lucha? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿O debería ser audaz en la batalla por Vigrið y unirme a mi padre cuando ataque a la reina Helka?

Hrung guardó silencio. Solo las nubes en sus ojos se movían.

Voces en el pasillo.

—Por favor —suplicó Elvar con los dientes apretados—. Dame una respuesta clara, aunque solo sea por una vez.

Hrung torció la boca para sonreír.

—Esa no es mi manera, pequeña —dijo la cabeza—. Échale la culpa al viejo Snaka. Él nos creó a mí y a mi raza de gigantes con un

amor por las palabras y los acertijos. Debes desentrañar mi regalo hasta encontrar el oro que contiene.

—Así que un acertijo —dijo Elvar, mirando alternativamente a Hrung y la puerta.

—Para responder tu pregunta, te haré yo otra. ¿Puede el sol ser frío, o el mar secarse, o el lobo convertirse en cordero?

Grend gruñó.

—¿Para qué sirve una cabeza que habla si solo suelta tonterías?

Los ojos de Hrung se fijaron en Grend.

—Los ojos son para ver, los oídos para oír y la cabeza para comprender. A menos que ya tengas la cabeza llena de paja, como te pasa a ti, Grend el Parlanchín —dijo Hrung con su voz cavernosa.

Grend entornó los ojos y movió la mano hacia el hacha que colgaba de su cinto.

—¿Qué piensas hacer, guerrero ofendido? ¿Cortarme la cabeza? —exclamó riendo Hrung. Sus carcajadas retumbaron en toda la sala.

Elvar también rio mientras vertía el resto del hidromiel en la lengua de Hrung. Luego dio media vuelta y echó a correr. Grend la siguió. Cruzó como un rayo la puerta, adelantó a Gytha y salió al crepúsculo cuando la sombra de su padre ya llenaba el pasillo que había a su espalda.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

VARG

Varg estaba de pie en la popa del *Lobo del mar*, detrás de Torvik y de otro puñado de guerreros. Había más a su espalda, todos ellos empujándose, riendo y cantando mientras otros saltaban desde la regala de estribor y hacían el baile de los remos, saltando de un remo a otro, y la nave se adentraba en un fiordo rodeado de escarpadas laderas. Al parecer, sobrevivir a una tormenta de verano merecía una celebración entre los Hermanos de Sangre. Varg no podía estar más de acuerdo; en la boca del estómago perduraba un residuo del terror que lo había atenazado cuando las olas levantaban el barco y los cielos estriados de rayos vertían una lluvia torrencial que incluso le había impedido verse la mano delante de la nariz. Había estado seguro de que iba a morir y los recuerdos fragmentados se habían amontonado en su cabeza como las explosiones incandescentes de los relámpagos que resquebrajaban el cielo encima de él, con los bramidos de Einar de fondo gritando órdenes y la figura apenas distinguible de Glornir, atado con una correa a la regala para no salir disparado por la borda y mantener aferrada la caña del timón. Ahora el cielo estaba despejado, como si la tormenta nunca hubiera existido, el aire era fresco y el sol desaparecía por el borde del mundo y bronceaba el mar en calma y el fiordo.

Torvik se subió a la regala, miró a Varg y a los demás y saltó al primer remo, se tambaleó un momento, pero rápidamente recuperó el equilibrio y saltó al siguiente. Solo hacía dos días de su partida de Liga, pero Varg tenía la impresión de que había pasado toda una vida.

«Es como una vida nueva, como si hubiera renacido.»

Tenía las manos en carne viva y llenas de ampollas a causa de los remos y por haber manipulado lo que le parecían metros y metros de jarcias empapadas de agua del mar. Su cara estaba roja y quemada por el sol y la ropa calada por la repentina tormenta que los había embestido desde el norte. Y aun así estaba… feliz. Era una sensación extraña, porque lo único que había conocido en su vida eran el trabajo duro y la miseria, y la única luz que había visto durante la larga oscuridad de la servidumbre fue Frøya. Se puso tenso al recordar a su hermana y sintió un cosquilleo de culpa en el estómago que le recordó por qué estaba allí, el juramento que había hecho. Encontrar su cuerpo y vengar su asesinato. Destripar y descuartizar a los asesinos

de su hermana. Lo había jurado cuando todavía estaba cubierto de sangre delante del cadáver aún caliente de Kolskegg, y ahora ese juramento revoloteaba dentro de su cabeza y en su sangre como si fuera un cuervo de alas negras graznando que el tiempo corría.

«No te he olvidado. Nunca te olvidaré. Y mi juramento sigue en pie. Lo cumpliré. Pero no es malo que experimente alegría alguna que otra vez mientras recorro ese camino ni que haga amigos, ¿verdad? ¿Debería parecerme… incorrecto?»

—Vamos, Insensato —gritó una voz detrás de él.

Svik lo empujó y Varg abrió los ojos con perplejidad y negó con la cabeza cuando vio que no había nadie entre él y la regala. Subió de un salto a la borda y permaneció allí arriba un momento. Mientras alrededor de la mitad de la tripulación participaba en aquel baile de los remos, la otra mitad seguía remando, y treinta remos subían y bajaban impulsando la nave. Delante de Varg, Torvik saltaba de un remo a otro sonriendo y gritando. Varg inspiró hondo y saltó al primer remo después de calcular en qué momento hacerlo de manera que el remo estuviese bajando cuando aterrizara en él. El remo comenzó a subir y se le separaron los pies y se le doblaron las rodillas. Sintió cómo el aire se arremolinaba a su alrededor, agitó los brazos y se equilibró encima del remo. Se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Muévete! —gritó Svik, que se había subido a la regala y esperaba su turno para saltar al primer remo.

Varg sonrió, saltó y aterrizó con el pie izquierdo en el siguiente remo, que estaba bajando en ese momento. Cogió impulso y saltó al siguiente, y así fue pasando de remo en remo como si fueran las piedras que cruzaban un río, demasiado pequeñas para apoyar los dos pies a la vez en ellas.

Se oyó un grito y el estrépito de un cuerpo que caía al agua. Varg lanzó una mirada hacia allí y vio que Torvik había desaparecido en el abrazo azul del fiordo. A continuación se produjo una explosión de espuma que destellaba con el sol cuando el guerrero emergió en la superficie. Varg siguió corriendo por todo el lado de estribor de la nave hasta que saltó a la proa. La bruja seiðr Vol lo recibió con una sonrisa y una inclinación de la cabeza desde su sitio habitual en la proa, acompañada por uno de los perros de Edel, que jadeaba y miraba a Varg dándole golpecitos para que le rascara el cuello. Varg lo complació antes de volver a saltar para subirse a la regala de babor. Le resbaló un pie y saltó de nuevo, voló por el aire ligero como una pluma y aterrizó con un golpetazo en el primer remo. Varg atisbó la barba negra y los dientes del herrero Jökul cuando le sonrió por encima de su remo.

Varg le devolvió la sonrisa mientras flexionaba las piernas y saltaba hacia delante. Estaba aprendiendo muchas cosas en el poco tiempo que llevaba con los Hermanos de Sangre, como el uso del escudo y de la lanza bajo la implacable tutela de Røkia o el arte de la navegación más o menos de casi todos, pero había ciertas habilidades innatas en Varg que no necesitaba que nadie se las enseñara. Resistencia, determinación y equilibrio. Era ágil. En la granja de Kolskegg, durante la celebración del solsticio de invierno que seguía a la cosecha, Varg había participado en la carrera por los árboles, donde aquellos dispuestos a hacerlo debían cruzar un río lleno de troncos talados que giraban y se movían bajo los pies. Se sabía de hombres y de mujeres que habían muerto aplastados o ahogados durante la dura prueba, pero Varg había ganado todos los años desde su primera participación, cuando solo contaba once inviernos. Por lo tanto estaba disfrutando de la prueba de los remos y lo hacía mejor que la mayoría de los Hermanos de Sangre, como atestiguaban los gritos y el estrépito de los cuerpos que caían al agua que resonaban a su alrededor.

Tenía la popa a la vista. Un puñado de remos subían y bajaban entre él y Glornir, sentado a la caña del timón. Varg aterrizó en un remo y dobló la pierna para seguir el ritmo del remo, pero este dio una sacudida debajo de su pie y bajó cuando debería haber subido. Varg agitó los brazos y recuperó el equilibrio durante una fracción de segundo, pero su pie se deslizó por el remo y él cayó de cabeza al mar. Vislumbró una cara cubierta de barba roja mirándolo a través de la porta del remo; Einar Medio Troll sonreía mientras contemplaba cómo caía y se zambullía en el mar.

El agua estaba fría como el hielo y le faltaba el aliento. Se sumergió, su cuerpo giró y chapoteó con los pies y las manos, desorientado. Soltó un poco de aire y siguió el rastro de burbujas hasta que su cabeza finalmente emergió del mar y volvió a tomar aire con una respiración jadeante.

El casco del *Lobo del mar* se deslizó pilotado por Glornir hacia una orilla poco profunda en el fiordo. Aún había algunos guerreros saltando de remo en remo, Svik entre ellos. Varg nadó hacia la costa junto con cerca de una docena de hombres.

Llegaron los gritos desde la cubierta del drakkar y se arrojó por la borda la piedra del ancla incrustada en la estructura de madera. Glornir prefería mojarse los pies que rascar el casco de la nave con el fondo del fiordo. Los Hermanos de Sangre estaban saltando por la borda y llegando a tierra firme cuando Varg tocó pie y continuó caminando por el agua. En la orilla había una figura esperándolo.

Era Røkia, con un escudo y una lanza en las manos.

Varg sacudió la cabeza cuando salió del mar. Una ráfaga de viento lo golpeó y tiritaba a pesar de los rayos calientes del sol crepuscular.

—Será broma, ¿no? —dijo Varg—. Estoy calado hasta los huesos, injustamente, debería añadir, porque Einar Medio Troll me tiró del remo.

—Yo nunca bromeo —respondió Røkia con una expresión pétrea.

«Eso es verdad», se dijo Varg. Suspiró.

—Dame un momento para que me cambie de túnica y de pantalones y me seque con los pocos rayos de sol que quedan.

—¡Ja! Eso es justo lo que habría esperado de un guerrero insensato —repuso Røkia—. ¿Crees que el enemigo esperará amablemente a que te seques los pies y el culo antes de atacarte en un fiordo o un río? No, caerá sobre ti como un lobo e intentará descuartizarte aprovechando la buena suerte de pillarte desprevenido. Debes aprender a luchar y sobrevivir en las peores condiciones, no en las mejores.

—Eso es lo que he hecho toda mi vida —masculló Varg.

Røkia le lanzó el escudo y echó a andar con paso resuelto sin oír o haciendo oídos sordos a las palabras de Varg. Este cazó al vuelo el escudo antes de que le dejara la boca sin dientes y siguió caminando pesadamente a Røkia por la orilla herbosa del fiordo. Divisó a Svik encaramado en la regala del *Lobo del mar*, bailando con los brazos levantados.

«Debe haber ganado el baile de los remos.»

Røkia se dio la vuelta y esta vez le arrojó la lanza, que Varg agarró con destreza. La moharra estaba cubierta con la funda de cuero.

—¡Ven a matarme! —le retó Røkia con una sonrisa gélida en los labios, levantando el escudo y afirmando los pies en el suelo.

Varg percibió el olor del humo de los fuegos que estaban encendiéndose, sobre los que se colgaban las ollas de hierro para preparar la cena, y oyó las crepitaciones de la mantequilla mientras se derretía en las sartenes. Le rugieron las tripas.

Suspiró y dejó caer los hombros. Luego respiró hondo y se irguió.

«Vamos allá. Recibir una paliza de Røkia es el único camino hacia la comida.»

Levantó el escudo y revisó el agarre de la lanza como Røkia le había enseñado. Solo hacía unos días que habían partido de Liga, pero Røkia le había puesto en las manos el escudo y la lanza todas las noches para continuar el entrenamiento. Al principio habían seguido practicando exclusivamente con el escudo, añadiendo el concepto de

que el escudo era un arma tanto defensiva como ofensiva y abundando en el uso del umbo de hierro y el borde de piel. La segunda noche le dio una lanza y le enseñó las dos formas principales de empuñarla. Ahora se acercaba a Røkia empuñándola por encima de la cabeza, con el asta inclinada hacia abajo y la moharra apuntando al umbo del escudo de su maestra. A pesar de que sabía que esa manera de coger la lanza era más débil, le proporcionaba mayor alcance que si la agarraba invertida, que era como Røkia empuñaba la suya.

«Esta manera es mejor para aproximarse, así tengo una posibilidad de herirla antes de que ella pueda alcanzarme con sus golpes.»

Røkia gruñó cuando Varg se acercó y este lo interpretó como una aprobación por su elección. Varg intentó entonces golpearla en los hombros y en las piernas, buscando un punto débil alrededor del escudo.

—Pasos laterales —gruñó Røkia por encima del borde del escudo —. No encontrarás un hueco si vienes de frente a mí como si fueras un jabalí viejo y estúpido.

Varg tomó nota y se deslizó a izquierda y a derecha sin dejar de arremeter con la lanza. Sus golpes casi encontraban el cuerpo de Røkia, pero siempre terminaban con el ruido seco de la funda de la moharra al impactar en el escudo revestido de lino. Y entonces Røkia atacó usando el agarre inverso de la lanza para desviar la de Varg, dio otro paso hacia él y deslizó la moharra por el interior del escudo para arañarle el pecho. Su rostro anguloso se acercó tanto a la cara de Varg que este percibió el olor a manzana y cebolla de su aliento.

—Ahora está herido —dijo Røkia sonriéndole y golpeándole en el pecho con el escudo.

Varg dio un paso atrás, tropezó con el pie que Røkia había colocado a escondidas detrás de él y cayó de culo a la hierba. La miró desde el suelo, con la moharra enfundada de Røkia apoyada en el cuello.

Era una postura a la que estaba habituándose.

—Es un buen comienzo —dijo Røkia—, pero cuando has fallado al intentar darme deberías haberte apartado de mí y cambiar el agarre. Y nunca dejes de luchar hasta que uno de los dos esté muerto. Te he herido con mi golpe, pero no era mortal. Al menos de manera inmediata.

Røkia le ofreció el brazo y lo levantó del suelo.

—Otra vez —dijo.

Varg hacía cola con un cuenco en la mano. Ya había oscurecido y el sol estival había desaparecido en el horizonte hacía rato. Ahora las estrellas tachonaban el cielo encima de su cabeza. Se había cambiado la ropa empapada en sudor y en agua del mar por una túnica y unos pantalones limpios de su baúl. Las hogueras ardían y las sombras bailaban en el suelo. De fondo se oía el sonido de las olas que lamían la orilla del fiordo y el crujido del *Lobo del mar* en el agua. Llegó a la olla que colgaba sobre el fuego y se llenó el cuenco de estofado de pescado, luego dio media vuelta y buscó un sitio donde sentarse. Vio a Svik encorvado hablando con Einar Medio Troll, que era tan grande como la piedra contra la que estaba recostado. Svik sacó una hogaza de pan de debajo de la capa y se la dio a Einar. Luego se sentó al lado del grandullón.

—Felicidades por tu victoria en los remos —dijo Varg cuando llegó donde estaban Svik y Einar.

—El secreto está en los reflejos. —Svik sonrió inclinando la cabeza—. No me gusta mojarme —añadió—. Se me estropea la barba. Así que he trabajado mi agilidad y mi equilibrio.

—Yo no tengo que preocuparme por eso —repuso Varg frotándose la cabeza y el mentón. Aunque descubrió con sorpresa que le había crecido el pelo y que ya no le rascaba la palma de la mano.

—No, pero crecerá —dijo solemnemente Svik—. Pronto tendrás un pelo tan bonito como el mío. Lo hiciste bien en los remos. Es una pena que… resbalaras.

—Yo no resbalé. Me tiraron —gruñó Varg sin poder evitar mirar a Einar—. Cómo quizá ya sepas. —Miró la hogaza de pan de la que Einar arrancaba trozos—. Y como Einar sabe perfectamente.

—Me gusta el pan —gruñó Einar.

—¿Estamos en paz ya? —le preguntó Varg al hombretón.

—No —respondió Einar sin mirarlo. Arrancó otro trozo del pan que Svik le había dado, lo mojó en el estofado de pescado y lo chupó. Luego levantó lentamente la cabeza para mirar a Varg—. Te has mojado, pero veo que ya estás seco. Yo, en cambio, puedo contar tus dientes en la marca que me dejaste en la pierna, y podré seguir haciéndolo durante todos los años que viva.

—Era una pelea. —Varg se encogió de hombros.

—Eso es verdad, Medio Troll —dijo Svik—. Tú querías machacarle los huesos con los puños.

—Me estaba reprimiendo —dijo Einar sorbiendo por la nariz—. Estaba siendo amable. Incluso le dije que no se levantara. ¿Y cómo me lo paga? ¡Mordiéndome! —Hizo una mueca—. No me gusta que me muerdan.

—Ahora ya me ha quedado claro —le aseguró Varg—, y juro que nunca más pondré mis dientes en ti.

—Mmm… —gruñó Einar frunciendo el ceño.

Varg creía poder ver cómo trabajaba el cerebro del gigantón mientras reflexionaba sobre sus palabras. Con otro resuello atronador, Einar arrancó un trozo de pan de la hogaza y se lo ofreció a Varg.

—Bueno, siéntate y come.

—Gracias —dijo Varg. Creía que eso sería lo más parecido a una tregua que conseguiría. Estaba sentándose al lado de Einar cuando apareció Torvik y se unió a ellos.

—He oído que Einar te tiró al fiordo —dijo el joven aprendiz de explorador y de herrero con una sonrisa de oreja a oreja.

Varg miró a Torvik y luego a Einar.

—Yo… resbalé.

Einar asintió con la cabeza y un gruñido que Varg interpretó como una muestra de aprobación retumbó en el pecho del enorme guerrero.

Torvik miró a los tres.

—Resbalaste en el remo de Einar, como hizo un número inusualmente alto de guerreros, y Svik ganó —dijo Torvik—. Mmm…

Varg sorbió ruidosamente del pan.

—Es cierto. La fortuna me sonríe —dijo Svik atusándose el bigote rojo—. Además soy un excelente bailarín sobre los remos. ¿Qué queréis que os diga? ¿Un poco de pan para el estofado? —preguntó Svik sonriendo, ofreciéndole un trozo a Torvik.

—He oído que Machacacráneos era un excelente bailarín sobre los remos —dijo Torvik aceptando el pan que le tendía Svik.

—¿Machacacráneos? —dijo Svik arqueando una ceja—. No, el jefe era grande y pesado como un oso. Bailar sobre los remos no era una de sus habilidades. Sin embargo, machacar cráneos con el hacha larga…

—¿Cómo pudo caer un guerrero como él? —masculló Torvik—. He oído que fue en una batalla en el mar. Cayó por la borda del *Lobo del mar* vestido con la cota de malla y se ahogó. —Negó con la cabeza.

—Ajá —dijo Svik con una inusitada expresión melancólica en la cara. Suspiró y negó con la cabeza—. Fue una batalla durísima, eso no puede negarse. —Paseó la mirada por el campamento mientras los Hermanos de Sangre cenaban y añadió en un susurro—: Yo de ti no hablaría tan alto de la muerte de Machacacráneos estando tan cerca de Glornir. Aún llora la pérdida de su hermano. Es un dolor que carga pesadamente sobre los hombros.

Torvik asintió.

Sonaron unos pasos y el murmullo de las conversaciones cesó. Glornir enfiló hacia la hoguera con Vol a su lado y seguido por Skalk, el galdramaðr de la reina Helka, que llevaba su nudoso bastón en la mano. Lo acompañaban los dos guerreros del séquito de la reina, enfundados en sus radiantes y magníficas brynja. Varg había averiguado que el hombre con la cicatriz encima de la ceja que le torcía un ojo se llamaba Olvir, mientras que la mujer con el rostro orgulloso y los labios finos era Yrsa. Los dos llevaban una espada sobre la cadera y una capa oscura sobre los hombros, cerrada con un broche de plata con forma de alas de águila. No se despegaban nunca de Skalk. Varg los había visto turnarse en el banco de los remos y achicar agua sin descanso durante la tempestad que había azotado el *Lobo del mar*.

—¡Escuchad, Hermanos de Sangre! —gritó Glornir cuando llegó junto al fuego—. Para aquellos que no lo sepan aún, este de aquí es Skalk, célebre escaldo y galdramaðr de la reina Helka. Tiene algo que contaros sobre nuestra misión.

Varg miró fijamente a Skalk. Era un hombre alto, con un rostro franco y unas arrugas de expresión profundas como las garras de un cuervo en los ojos. Tenía la espalda y el pecho anchos, y todo en él rezumaba el porte de un guerrero, no de un hechicero.

«Es un galdramaðr… Podría pedirle que realizara un akáll y así me ahorraría un montón de tiempo. Quién sabe cuánto tiempo pasará hasta que Glornir considere que he demostrado mi valía.

—Siempre es bueno saber lo que nos aguarda, ¿no? —dijo Skalk asintiendo con la cabeza y sonriendo a los Hermanos de Sangre—. Por lo tanto, os contaré para qué os ha contratado mi reina y todo lo que yo sé sobre la tarea que desea que llevéis a cabo. Nos dirigimos a la fuente del río Slågen, donde tiene su origen este fiordo. —Señaló la penumbra vidriosa del fiordo que quedaba a sus espaldas, con las estrellas rielando en su superficie—. Ese río nos llevará hasta las estribaciones de la cordillera Dorsal, en la frontera noroccidental de los territorios de mi reina. Allí hay algo que está matando a sus súbditos.

—¡Será un carnero vigoroso o una cabra ofendida! —exclamó Svik. Las risas estallaron a su alrededor—. Todos hemos oído historias sobre la soledad de los que viven a la sombra de las Dorsales y lo que eso puede hacerle a un hombre.

—No es un asunto para reír —dijo Skalk, tomándose un momento para mirar fijamente a Svik—. No te haría tanta gracia si fuera tu familia la que estuviera… menguando. Al principio, la gente desaparecía de las granjas y de lugares más remotos, y pensamos que

se debía a incursiones del jarl Störr a través del río. —Frunció el ceño y apareció un destello de fuego en sus ojos al mencionar el nombre del jarl—. La región linda con las tierras del jarl Störr y, aunque oficialmente hay paz entre el jarl y mi reina —paseó la mirada por los guerreros y esbozó una sonrisa cómplice, dejando a la vista unos pequeños dientes blancos debajo del bigote rubio—, todos sabemos que el jarl instruye a sus drengir en las artes de la guerra de incursiones.

Algunos Hermanos de Sangre asintieron, y a Varg le pareció que estaban evocando momentos de su pasado.

—Pero entonces empezamos a encontrar a las personas que habían desaparecido —continuó Skalk—. O partes de ellas. —Otro fruncimiento del ceño—. Habían sido devoradas. Por lo menos algunas. —Negó con la cabeza—. Una reina debe proteger a su pueblo, así que hay que actuar. Sin embargo, los hird de la reina están dispersos a lo largo de las fronteras, así que pensó en vosotros, los Hermanos de Sangre, célebres por vuestra bien ganada reputación. Y se dio el caso de que se enteró de que estabais en sus tierras, en Liga. —Abrió los brazos y esbozó otra sonrisa—. Hay vaesen sueltos en los dominios de la reina Helka, asesinando y devorando a su pueblo, y hay que detenerlos.

—¿Qué vaesen? —preguntó una voz. Varg vio que era Røkia.

Skalk se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. No ha habido testigos. Unos con dientes grandes y garras largas, imagino, a juzgar por las marcas de los mordiscos y las heridas en los restos que hemos encontrado. Trolls, o huldra, o quizá vittor, o espectros. No lo sé. Pero sean lo que sean, sospecho que hay más de uno o de dos.

—¿Cuántos muertos habéis encontrado? —preguntó Svik.

Skalk lo miró antes de responder:

—Comprenderás que es difícil saberlo con exactitud. Una pierna por aquí, un brazo por allá, a veces solo manchas de sangre. —Levantó la vista al cielo estrellado—. Podrían ser unos treinta.

Se alzaron murmullos desde los Hermanos de Sangre.

—Esos son muchos muertos, lo que muy probablemente significa muchos vaesen —dijo una voz que no había hablado hasta ese momento, tranquila y sinuosa. Pertenecía a Vol, que estaba de pie junto a Glornir—. Deben haber llegado desde el otro lado de las Dorsales. Eso quiere decir que han encontrado un modo de sortear Grimholt, vuestra torre de vigilancia. ¿Cómo es eso posible?

Skalk volvió su rostro ceñudo para mirar a Vol con unos ojos repentinamente fríos y duros.

—No estoy acostumbrado a responder las preguntas de los thrall, ni a escuchar sus críticas.

Glornir se irguió y Varg advirtió un cambio en su porte, una repentina tensión en el aire que hacía que se le erizara el vello de los brazos.

—No es una crítica —dijo Vol hablando lentamente y haciendo oídos sordos a los insultos de Skalk—, solo una observación. Si los vaesen han encontrado un camino para atravesar las Dorsales…

—Creo que no he sido claro —espetó Skalk mirando con ferocidad a Vol—. Eres una thrall. No me hables a menos que yo te dé permiso para hacerlo.

—Vol ha salvado mi barco y a mi tripulación más veces que las que soy capaz de contar —declaró Glornir con una expresión feroz en los ojos—. Trall, hombres libres, todos los que están en mi barco arriesgan la vida y serán respetados por ello. Si decides viajar en mi nave, con mi tripulación, la respetarás igual que a cualquier otro de mis Hermanos de Sangre. De lo contrario tendremos un problema. ¿He sido claro?

Skalk se puso rígido y sus guardias, Olvir e Yrsa se movieron ligeramente. Los dedos se flexionaron y acariciaron la empuñadura de la espada.

—Es una thrall corrompida —dijo Skalk con desprecio.

Glornir se encogió de hombros.

—No tengo la costumbre de repetir las cosas —declaró.

—Tampoco yo.

—Es mi barco y mi tripulación. Siempre puedes seguir a pie desde aquí —dijo Glornir.

—Es mi dinero —replicó Skalk, ahora con una voz calmada y fría.

—El dinero de la reina Helka —repuso Glornir—. Y si quieres pagar a otros para que vayan a cazar tus vaesen… —Glornir esbozó media sonrisa manteniendo la mirada a Skalk.

Skalk sonrió tras un silencio que se hizo eterno.

—Como desees. Seréis vosotros los que lucharéis, y los que moriréis si se da el caso, así que… —Un movimiento de sus hombros sugirió que el asunto le traía sin cuidado—. No haré caso del collar que rodea tu cuello de thrall. —Paseó la mirada por los Hermanos de Sangre congregados y la sonrisa fácil regresó a sus labios—. Eso es todo lo que sé. Viajaremos allí juntos y exterminaremos a la escoria vaesen. Y la reina Helka os demostrará su gratitud con un cofre lleno de plata.

Skalk pasó junto a Glornir para ir hasta la olla de hierro que

colgaba sobre el fuego y se sirvió un poco de estofado de pescado en un cuenco. Luego se alejó de allí seguido por Olvir e Yrsa.

Varg se sentó y se quedó mirando el cuenco entre sus manos, con un torbellino de pensamientos dentro de la cabeza.

«¡Galdramaðr y vaesen! Voy de cabeza a una aventura para cazar trolls, espectros o lo que sea que se esconde en la cordillera Dorsal. —Un escalofrío recorrió su cuerpo—. La caza de trolls no tiene nada que ver con la granja de Kolskegg.»

La sangre corría con un zumbido por sus venas, pero no sabía si era por el miedo o por la emoción.

CAPÍTULO VEINTISIETE

ELVAR

Elvar se sentó en un ventoso hueso elevado del cráneo de Snaka y contempló el fiordo de Snakavik, que se extendía lejano a sus pies, mientras el sol salía a su espalda. Unas volutas de niebla se enroscaban como si fueran serpientes en torno a los acantilados que delineaban el fiordo. Las gaviotas se arremolinaban como pequeñas motas de polvo y el fiordo resplandecía con el sol del nuevo día.

Grend roncaba a su lado, envuelto en la capa.

Elvar se puso en pie, exhaló un largo suspiro y se abrochó el cinturón de las armas. Notó el peso familiar de la espada y el seax alrededor de la cintura y las caderas.

—Vamos —dijo dándole un puntapié a Grend.

—Podrías haber elegido un sitio más caliente para sentarte a pensar —masculló el veterano guerrero mientras se levantaba. Miró a Elvar—. Espero que por lo menos haya servido de algo.

—Ha servido —dijo ella poniéndose en movimiento.

Llegaron al túnel del cráneo después de subir y bajar por unas gruesas crestas de hueso. Grend saludó con la cabeza a los guardias que empuñaban el escudo amarillo del jarl Störr mientras el humo y la luz de las antorchas los envolvieron y descendían a través del grueso cráneo de Snaka en dirección a la ciudad.

Elvar caminaba en silencio, rumiando todo lo que Hrung había dicho. Como su padre, la cabeza del gigante decía mucho más con lo que callaba, pero en el caso de Hrung Elvar sabía que sus palabras contenían una verdad imparcial que nunca había sido capaz de encontrar en las de su padre.

Grend caminaba a su lado sin decir ni mu. Eso era algo que siempre valoraba de su compañía. Nunca la presionaba ni le metía prisa, siempre la seguía, estuviera de acuerdo o no con sus decisiones.

Doblaron una esquina y la taberna apareció delante de ellos, con un letrero pintado que crujía encima de la puerta. A través de las contraventanas cerradas y de la puerta se filtraba el débil resplandor del fuego.

Grend le puso una mano en el hombro.

—Espera —dijo entre dientes. Se oyó el roce del cuero con la madera cuando el hacha se deslizó en su puño.

—¿Qué pasa? —preguntó Elvar con el ceño fruncido. Pero entonces se dio cuenta.

Llegaban gritos del interior de la taberna. Se oyó un estruendo metálico y un alarido.

Una voz, fuerte, femenina, que gritaba. Una explosión de luz cegadora atravesó la puerta y abrió violentamente las contraventanas. Elvar y Grend se tambalearon, momentáneamente deslumbrados. Elvar se frotó los ojos entrecerrados y rápidamente recuperó la visión, salpicada de puntitos blancos. Echó a correr.

Unas figuras se precipitaron por la puerta de la taberna. Eran cinco, seis, siete personas, una de ellas llevaba algo envuelto sobre el hombro. Todas empuñaban un hierro afilado y algunas iban enfundadas en cotas de malla relucientes. No pertenecían a los Hermanos de Sangre.

Elvar ya estaba cerca. Desenvainó la espada con una mano y blandió el seax en la otra.

Uno de ellos la vio, un guerrero rubio, alto y corpulento, con una espesa barba y anillos de plata en el cuello y los brazos. Llevaba una pluma negra de cuervo en el pelo. Vestía una brynja y empuñaba una espada. Se volvió para encararse con Elvar cuando esta llegaba a ellos.

Sus espadas chocaron y saltaron chispas. El estruendo retumbó en las calles silenciosas. Elvar trabó la espada de su oponente con la suya y arremetió con el seax contra su estómago. Más chispas. El hombre gruñó, aunque las anillas de hierro de su brynja aguantaban. Otro guerrero atacó a Elvar, una mujer que esgrimía un hacha y un seax. El resto echó a correr ladera abajo dejando la taberna a sus espaldas.

La mujer atacó a Elvar, que se apartó tambaleándose al mismo tiempo que desviaba la espada del guerrero rubio con el seax y le golpeaba la pantorrilla con su propia espada. La hoja atravesó las vendas de las piernas y los pantalones y se hundió en la carne.

Grend embistió a la mujer que atacaba a Elvar y los dos se estamparon contra la fachada de la taberna.

El guerrero rubio chilló y se balanceó, la pierna herida le falló e hincó una rodilla en el suelo. Miró a Elvar con una expresión feroz en el rostro desencajado. Le temblaban los músculos de la cara. Separó los labios y dejó a la vista unos dientes irregulares y unos colmillos afilados. Elvar le lanzó una estocada, pero el guerrero reaccionó con una velocidad que Elvar creía imposible y desvió la espada con el brazo. Elvar dio unos pasos desequilibrados que lo acercaron a su oponente y lo miró directamente a los ojos. El guerrero espiró con los dientes apretados cuando sus miradas se encontraron y Elvar se quedó paralizada un momento. Los ojos eran grises, pero su color cambió

como el sol y la lluvia a través de las nubes y la pupila se redujo hasta ser apenas un puntito negro.

«¡Es un corrompido!», pensó.

El guerrero le gruñía mientras intentaba levantarse, pero la pierna herida no se lo permitía. Se tambaleó y Elvar lo apuñaló con el seax con una velocidad y una fuerza que provenían del miedo. La hoja se hundió hasta el fondo en la garganta de su rival. Elvar extrajo el seax y de la herida salió un chorro de sangre arterial, negra en la penumbra. El guerrero se desplomó.

Elvar observó el cadáver, jadeando. Vio que Grend se apartaba de la pared de la taberna asestando un hachazo. Con un chorro de sangre y un alarido ahogado, la mujer se estrelló contra el muro y dejó una mancha de sangre en el barro encalado y el zarzo.

Grend y Elvar se quedaron quietos y se miraron.

Sonaron gritos dentro de la taberna y Elvar entró corriendo por la puerta.

La recibió el hedor de sangre, de intestinos vaciados y de carne quemada.

Trud estaba tendido encima de una mesa, con un tajo en la garganta y otra herida en la espalda, con los ojos abiertos y la mirada perdida. Biórr estaba inconsciente, con la espalda apoyada contra una pared y sangrando por una herida en el hombro. Además tenía sangre en la cara. Uspa estaba tirada bocabajo en el suelo, rodeada por tres o cuatro cuerpos con la ropa humeante y la cara y las manos chamuscadas y ennegrecidas.

Grend echó un vistazo a la sala mientras Elvar corría hasta Biórr y se arrodillaba a su lado.

La escalera del henil se había movido para atrancar la trampilla de manera que no pudiera abrirse. Los golpes que se daban arriba hacían temblar el techo. En otra zona del techo, un hacha atravesó la madera con un fuerte crujido y un cuerpo cayó al suelo de la taberna con una explosión de madera y paja y aterrizó envuelto en una nube de polvo.

Sighvat se puso en pie con el hacha levantada, escupiendo y con un grito de batalla formándose ya en sus labios. Arrugó el ceño cuando vio a Elvar.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Muertos o huidos —respondió Elvar.

Grend apartó la escalera de una patada para dejar libre el pestillo de la trampilla.

Agnar saltó desde el hueco de la trampilla con una expresión furiosa en el rostro y la espada en la mano. Examinó la escena como lo

había hecho Elvar y enfiló hacia Uspa mientras otro Terror de la Batalla bajaba del henil y giraba a uno de los muertos con la punta de la bota. El cadáver todavía despedía calor.

—Escaparon más —gritó Elvar dirigiéndose a Agnar mientras sus dedos buscaban el pulso en el cuello de Biórr. Este gruñó y sus párpados vibraron—. Se han llevado algo.

Elvar frunció el ceño mientras visualizaba mentalmente las figuras que habían huido. En un primer momento había pensado que era uno de los cofres con los que habían pagado a Agnar, pero el bulto que el guerrero llevaba sobre el hombro era flexible.

—Se han llevado al niño —dijo poniéndose en pie y volviéndose hacia Uspa. Esta respiraba y ya se intuía un moratón en la mandíbula cuando Sighvat la levantó.

—¿Quiénes eran? —gruñó Agnar.

—Alimentadores de Cuervos de Ilska —respondió Elvar. Salió de la taberna y regresó al lado del guerrero que había matado. Era un hombre rubio, con una poblada barba ahora cubierta de su propia sangre. Su equipo de guerra era bueno, una espada y una brynja magníficas. Elvar levantó con la boca la pluma de cuervo que llevaba el hombre en el pelo.

—¡Los Alimentadores de Cuervos! —gritó. Aquel era el guerrero que le había hablado cuando acompañaba a Agnar a su encuentro con el jarl Störr.

Agnar llegó a su lado con el gesto ceñudo. No dijo nada, pero Elvar sabía lo que estaba pensando.

«¿Por qué se han llevado al niño?» Se pagaba bien por un niño corrompido, pero no tanto como por un berserkir o un úlfhéðnar adultos. En cualquier caso, un insulto así era intolerable.

Agnar bramó algunas órdenes y en una docena de latidos del corazón, después de haber ido a buscar su escudo, Elvar estaba siguiéndolo por el laberinto de Snakavik, con Grend, Sighvat y el thrall hundur y otra veintena de Terrores de la Batalla a su espalda.

—Es allí —dijo Elvar señalando con la espada la taberna que apareció delante de ellos al doblar una esquina.

Agnar gritó una orden y un puñado de Terrores de la Batalla se separaron del grupo principal y se adentraron, liderados por Sighvat, en las calles laterales para buscar otras entradas y salidas del edificio.

Agnar no esperó y con una sacudida se pasó el escudo de la espalda al puño. Abrió la puerta de una patada, se lanzó al interior de la taberna y se agachó al mismo tiempo que se daba la vuelta con el escudo levantado y la espada presta. Elvar lo siguió cubriéndole la espalda. Grend y el resto de los guerreros entraron en tropel por la

puerta.

Había un hombre encogido sobre el lar, removiendo las brasas con un atizador de hierro.

—¿Dónde están? —gruñó Agnar.

El hombre se quedó paralizado un momento, con la boca abierta. Elvar vio en sus ojos que estaba tomando la medida a Agnar y a los Terrores de la Batalla.

«Todo es una elección —le había dicho su padre una vez—. Decir la verdad o mentir, luchar o huir, amar u odiar.»

—Se han ido —respondió el hombre.

Sighvat irrumpió en la sala por una puerta trasera haciendo añicos la madera, con el thrall hundur a su lado. En la escalera se oían pasos y gritos.

—Nadie, jefe —dijo Sighvat.

—¿Adónde? —preguntó Agnar al tabernero enfilando hacia él con paso resuelto.

—A los muelles —dijo el hombre señalando con el atizador de hierro.

—Como me hayas mentido, volveré, te cortaré la lengua y la tiraré al fuego —espetó Agnar. Dio media vuelta y salió de la taberna.

Sighvat gruñó al thrall, que se paseó por la taberna a cuatro patas olfateando el suelo y los bancos. Luego se puso de pie y corrió detrás de Agnar.

Corrieron por las calles de Snakavik, siempre descendiendo, en dirección al puerto. Las calles ya estaban llenándose de gente, pero todo el mundo se apartaba para ceder el paso a aquellos guerreros con gesto furioso y empuñando aceros desenvainados. El thrall hundur los guiaba y se detuvo al llegar a una intersección en el muelle. Grend se adelantó para hablar con un puñado de guardias del puerto.

—Por ahí —dijo Grend señalando con el dedo cuando el thrall ya salía disparado en esa dirección.

Corrieron. Sus pies repicaban en las piedras del suelo. Dejaron atrás el muelle en el que estaba amarrado el *Jarl de las olas* con una veintena de Terrores de la Batalla a bordo, custodiando la nave y lo que quedaba del dinero que Agnar había recibido del jarl Störr. Los chillidos de las gaviotas sonaban fuertes y el hedor del pescado y de la sal impregnaba el aire.

Elvar divisó un barco que estaba alejándose del muelle, un estilizado drakkar con el mástil levantado y la vela en la verga, pero plegada. Los remos se hundían en el agua e impulsaban la nave hacia los colmillos de Snaka que sobresalían del mar. Agnar y los Terrores de la Batalla corrieron con todas sus fuerzas, y solo se detuvieron

cuando llegaron donde el muelle terminaba en el agua verdosa del fiordo y las olas lamían la madera. Elvar y Grend se pararon al lado de Agnar. Los Terrores de la Batalla se desplegaron formando una fila a sus espaldas y contemplaron el drakkar que dejaba una estela blanca mientras se alejaba del puerto. Unos escudos grises con unas alas negras pintadas en su superficie formaban una hilera a lo largo de la regala del drakkar. En la popa, agarrando la caña del timón, había una mujer. Elvar la vio con claridad, iluminada por los haces de luz que salían de las cuencas oculares y las grietas en el cráneo de Snaka. Ella también los miraba. Tenía el cabello negro como las alas de un cuervo, recogido con plata en la nuca, y vestía una túnica gris. Sobre la cadera llevaba una espada con la empuñadura y la hebilla de oro.

—Ilska —murmuró Agnar al lado de Elvar.

«Ilska la Despiadada. Ilska la Cruel.» Elvar conocía su fama en la batalla, había oído muchas historias sobre ella alrededor del fuego. Ilska era una mujer que había crecido rápido y llegado muy lejos, forjándose una reputación a base de sangre y acero.

Junto a ella había un hombre, alto y corpulento, con una piel de lobo sobre los hombros. Se apoyaba en un hacha larga y llevaba los dos lados de la cabeza afeitados, como Agnar, pero mientras que el cabello de este era rubio como el grano maduro, el de aquel hombre era negro como la sepultura. También él estaba mirando a los Terrores de la Batalla desplegados a lo largo del muelle.

Agnar golpeó rítmicamente el escudo con la empuñadura de la espada. Elvar lo imitó y los corazones de los Terrores de la Batalla latieron en sus escudos con un ritmo de remos, un ritmo de batalla. Una promesa.

Elvar vio el destello de dientes blancos cuando Ilska sonrió y levantó un brazo hacia Agnar. Ya fuera para saludarlo o mofarse de él, Elvar no lo sabía.

—Se arrepentirá de haberme robado —dijo Agnar, y escupió a las olas.

Elvar extendió una manta de lana sobre una mesa y puso encima su botín. Una espada y una vaina, un cinturón, una brynja, una bolsa con dados de hueso y un par de monedas de cobre. Un torques y tres brazaletes de plata. Botas, pantalones y una túnica manchada de sangre. Había cogido todo eso del guerrero rubio que yacía delante de la taberna, como era su derecho.

«Me pagarán bien por la espada y la brynja —pensó—. Y las botas, los pantalones y la túnica parecen de la talla de Grend.»

Más adentro en la taberna, Kráka estaba atendiendo a Biórr mientras Sighvat lo interrogaba, pero el joven guerrero miraba al vacío y apenas podía balbucear. En la mesa de al lado se había envuelto el cadáver de Trud con su capa. Más tarde llevarían el cuerpo al *Jarl de las olas* y lo arrojarían al agua cuando alcanzaran las corrientes marinas. En cuanto a los cadáveres de los Alimentadores de Cuervos, los sacaron desnudos a la calle y allí los dejaron. Una vez que se le había pasado la agitación que siempre se apoderaba de ella después de una batalla, a Elvar se le revolvió el estómago al ver los cuerpos quemados que habían encontrado tirados alrededor de Uspa.

«Nunca había visto este poder en una bruja seiðr —se dijo—. Y eso que crecí con Silrið y luego he convivido con Kráka.»

Uspa seguía inconsciente, tendida sobre una mesa cerca de Biórr y de Kráka.

Agnar estaba hablando con el tabernero y sacaba monedas de una bolsa para pagarle los daños que la presencia de los Terrores de la Batalla había causado en su negocio.

—No es culpa de Agnar —dijo Elvar.

—No, pero se las sabe todas —dijo Grend mientras envolvía su propio botín: un destral y un seax, un cinturón de buena factura, una túnica y unas botas—. Si se corre la voz de que Agnar se ha marchado de Snakavik sin pagar la destrucción de su alojamiento, la próxima vez que los Terrores de la Batalla vengan lo más probable es que tengan que dormir en la cubierta del *Jarl de las olas*.

Elvar reconoció la sabiduría de su jefe con un gruñido. A ella no le importaba dormir en la cubierta de un barco, pero apreciaba los placeres de un jergón y de una chimenea. Ya se disponía a atar la manta de lana que envolvía su tesoro recién conseguido cuando se detuvo un momento y levantó uno de los brazaletes de plata. Era grueso y pesado, y la luz de las antorchas se reflejaba en los torzales del metal. Las puntas representaban un lobo o un perro gruñendo.

Elvar se lo ofreció a Grend. Este miró el brazalete y luego a ella.

—No te sigo para conseguir riquezas y trofeos —dijo con el ceño fruncido.

—Lo sé —repuso Elvar—. Es un regalo, en reconocimiento de tu amistad. Me insultarías si lo rechazaras.

Grend arrugó el ceño, tendió una mano vacilante y cogió el brazalete. Introdujo el puño en él y lo subió por el antebrazo hasta que quedó ceñido al bíceps. Luego miró a Elvar y esta vio un brillo en sus ojos. Grend no dijo nada y simplemente inclinó la cabeza.

Uspa gruñó y se movió encima de la mesa. Elvar corrió hacia ella y vio que Agnar la miraba con una expresión indescifrable en la cara.

Kráka ayudó a Uspa a incorporarse y le ofreció un vaso con cerveza aguada.

—¿Dónde está Bjarn? —graznó la mujer recorriendo la sala con la mirada. Agarró la muñeca de Kráka—. Dímelo, hermana —susurró.

—Se lo han llevado —dijo Kráka.

Uspa lanzó un gemido y se arañó la cara con las manos.

Elvar agarró las muñecas de Uspa y le apartó las manos de las mejillas ensangrentadas.

—¡Te lo dije! —espetó a Elvar con los dientes apretados—. Te dije que teníamos que irnos de Snakavik.

—¿Por esto? ¿Sabías que iba a ocurrir? —preguntó Elvar.

—¿Uspa te dijo algo sobre esto? —inquirió Agnar cuando llegó a su lado, con el ceño arrugado—. Trud ha muerto. Era un buen guerrero, un amigo. —Su mirada saltó de Uspa a Elvar—. Debería haber sido informado.

Elvar parpadeó con los ojos fijos en el cadáver de Trud envuelto en su capa.

«¿Podría haberlo evitado? —se preguntó—. ¿Podría haberle salvado la vida a Trud?»

—Yo… —balbuceó, pero se tragó las palabras que estaban formándose en su boca. Hacía mucho tiempo que había dejado de inventar excusas para su padre. No volvería a tomar ese camino.

—Traed de vuelta a Bjarn. Traedlo de vuelta a mi lado —suplicó Uspa hablando a Agnar pero con los ojos clavados en Elvar.

—Lo intentaremos —prometió Agnar—. Ilska y los Alimentadores de Cuervos lo tienen. Han zarpado en su drakkar. —Se encogió de hombros—. He seguido a tu hijo porque no consiento que me ataquen, me roben y asesinen a mis guerreros. Pero ya no hay manera de seguir el rastro de Ilska. Aunque quisiera, encontrarla sería una empresa larga y difícil, y encima nadie me pagaría por ella. Soy el jefe de los Terrores de la Batalla. Soy el que les da oro. —Sus ojos regresaron a Elvar—. Ir en busca de tu hijo no alimentará a mi tripulación. Si vuelvo a cruzarme con Ilska, haré que me repare este agravio, pero más allá de eso… —Volvió a encogerse de hombros—. La pregunta que me hago, sin embargo, es por qué se han llevado a tu hijo. No les darán mucho por él si lo venden en el mercado de thrall. —Agnar paseó la mirada por los cadáveres desnudos de los guerreros de Ilska que habían muerto en el ataque—. Él no vale todo esto.

Uspa miró a su alrededor y finalmente posó sus ojos en Agnar.

—No querían a Bjarn. Me querían a mí.

—¿Por qué? —quiso saber Agnar—. Eres útil, es decir, una bruja seiðr siempre es útil. Pero correr el riesgo de atacarnos a mí y a los

Terrores de la Batalla y contraer una deuda de sangre… ¿Por qué?

—¿Si te lo digo traerás de vuelta a mi hijo?

—Eso depende de cuánto dinero pueda ganar con lo que digas.

—¿Dinero? ¿Esa es la medida de tu alma, Agnar, líder de los Terrores de la Batalla? ¿El dinero?

El dinero llena los estómagos y es el peso de la balanza que calcula la reputación de un guerrero —contestó Agnar.

Uspa asintió.

—Más dinero del que puedas imaginar y más fama de la que habrías deseado jamás —dijo suspirando.

—Habla, entonces —dijo Agnar.

Uspa miró a otro lado y su rostro se contrajo. En las profundidades de sus ojos asomaba el miedo.

Agnar dio un paso hacia ella acariciando la empuñadura de su espada con la yema de los dedos.

—Mis fieles guerreros murieron por tu culpa. Quiero saber por qué.

—Las amenazas no sirven conmigo, Agnar Buscadinero. No temo la muerte ni el dolor.

—Podría poner a prueba esas afirmaciones —espetó Agnar.

Uspa se encogió de hombros.

—Y malgastarías el tiempo de los dos —replicó.

Agnar suspiró.

—Sin embargo temes que tu hijo muera. Temes una vida separada de él. Por lo tanto, te ofrezco tu hijo a cambio de tu secreto.

Uspa se mordió el labio y luego asintió con la cabeza. Se inclinó para pegar los labios a la oreja de Agnar y le susurró algo. El líder de los Terrores de la Batalla dio un brinco hacia atrás como si le hubiera picado un insecto.

—Mientes —dijo.

Uspa miró fijamente a Agnar.

Elvar sintió que se le iba a salir el corazón del pecho y se le aceleró el pulso porque había oído las palabras de Uspa: «Conozco el camino a Oskutreð».

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ORKA

—¿Por qué querrían a mi Breca? —se preguntó Orka mientras remaba—. ¿Por qué llegarían tan lejos para robar niños? Mi hijo, Harek, los otros de los que habló Virk. ¿Y por qué matarían al espíritu froa?» Orka hablaba consigo misma mientras remaba. Sabía que algunas de esas preguntas no tenían respuesta y que pensar tanto en ellas solo le causaría dolor y la desconcentrarían. Cualquier pensamiento relacionado con Breca le causaba dolor; no saber dónde estaba, si sufría, si lo maltrataban. Pero era incapaz de enterrar esas preguntas dentro de su cabeza. Al contrario, sobrevolaban en círculo su mente y revoloteaban como cuervos atraídos por el olor de la muerte. Y había una última pregunta que se alzaba por encima de todas las demás.

«Torkel dijo que uno era hijo de dragón, un descendiente corrompido de Lik-Rifa. Pero no existen. ¿Fue un error debido a la confusión que precede la muerte? Torkel no solía equivocarse.» Al recordar a su marido sintió como si una mano le estrujara el corazón y Orka gruñó y escupió mientras se imaginaba hundiendo un seax en su enemigo invisible. Se encorvó y remó, se encorvó y remó, mientras las preguntas se arremolinaban dentro de su cabeza.

«El espíritu froa juró que viviríamos en paz en sus tierras porque nos postramos ante ella. Por lo tanto, estábamos protegidos. Por eso tuvieron que destruir su poder antes de llevarse a Breca. Pero ¿por qué? ¿Por qué Breca es tan importante para ellos?» En cierto modo eso no importaba. No cambiaría lo que Orka pretendía hacer: recuperar a su hijo y matar a todas las personas que tuvieran algo que ver con su rapto. Pero tal vez encontrar una respuesta a esas preguntas la ayudarían a dar con Breca, y, por lo tanto, sí importaba. Sin embargo, las respuestas no llegaban.

Levantó la cabeza y pestañeó para secarse el sudor de los ojos. Había estado absorta en el movimiento rítmico de la remadura y en las emociones que embestían en oleadas su mente, y también sus venas; advirtió una figura pequeña y solitaria a la deriva en un mar de dolor. Imágenes de Torkel y de Breca se arremolinaban a su alrededor. El odio la consumía.

—¿Estás bien? —le preguntó Lif, que estaba remando sentado a su lado en el banco. Sudaba por el esfuerzo y el sol estival. Los dos se habían quedado en la saya de lino. La brynja y la túnica de lana de

Orka estaban enrolladas y atadas debajo del banco. Mord estaba en la popa, sentado encima de un cabo enrollado, construyendo una trampa para peces con las ramas de un sauce. Habían visto un montón de truchas y de salmones en el agua mientras remontaban el río, pero no tenían suerte con las lanzas a la hora de ensartar peces para la cena.

—Para ser pescadores, no se os da muy bien eso de pescar —había observado Orka.

—Pescamos en los fiordos y mar adentro —había contestado malhumoradamente Mord—. Nuestras redes son demasiado grandes para este río. Ni siquiera es un río, más bien es un arroyo.

Habían dejado atrás el río por el que habían escapado de Fellur por temor a que la jarl Sigrún enviara snekkar más grandes y veloces en su búsqueda, así que ahora navegaban por una red de ríos más pequeños y arroyos que estriaban la tierra como si fueran venas.

Orka se había encogido de hombros al oír la respuesta de Mord y ahora este estaba construyendo una nasa para meterla en el río cuando acamparan para pasar la noche, con la esperanza de que se levantarían a la mañana siguiente con la cesta llena de pescado fresco que podrían freír para desayunar.

El agua delante de la barca estaba cubierta de espuma blanca y corría a través de un espolón de paredes escarpadas. Las rocas escindían la corriente como los nudillos del puño de un gigante. Orka había sentido en los músculos de la espalda y de los hombros el esfuerzo creciente que le exigía la lucha contra la corriente, pero no se había dado cuenta del todo de lo que eso significaba.

Estaban acercándose a unos rápidos.

—Deberíamos desembarcar —sugirió Orka— y rodear los rápidos a pie.

—¿Por qué caminar si podemos superarlos con los remos? —gritó Mord a su espalda.

Orka miró alrededor. Llevaban dos días remando sin descanso desde su huida de Fellur y el paisaje cambiaba en torno a ellos. Dejaban atrás los acantilados y las cascadas del fiordo y se adentraban en un terreno de colinas ondulantes y bosques densos. A medida que había pasado el día, la velocidad de las aguas del río por el que navegaban había aumentado y la corriente había empezado a arrastrarlos mientras el cauce se estrechaba y las paredes a ambos lados se escarpaban. Ahora estaban rodeados de colinas, el río corría a través de unas profundas gargantas moteadas de acebo y brezo morado y el cielo sin nubes era de un azul deslumbrante. El rugido del agua, un estrépito de cristales rotos, una melodía dulce tocada por el hielo, resonaba en las rocas y ahogaba cualquier otro sonido. Todo

parecía en calma y el mundo parecía un lugar vacío y sereno. Sin embargo, un presentimiento corroía a Orka, que sentía un cosquilleo en la nuca, como la caricia de la escarcha a primera hora de la mañana.

Se acercaron a las primeras rocas y Mord tuvo razón, pues con un poco de cuidado pudieron navegar entre las piedras rodeadas de espuma blanca.

Orka vio algo afilado e irregular que sobresalía detrás de una roca. Parecía la traca destrozada y podrida del casco de un barco.

El rugido del agua aumentó. Algo se escondía debajo de él; Orka creyó advertir una melodía tintineante que evocó en su memoria tiempos mejores, como un olor en un día soleado o el canto de un pájaro. La música era una mano amable pero insistente que la empujaba a los recuerdos del pasado, del sol primaveral, de la voz de Torkel y de la risa de Breca.

La barca cabeceó debajo de ellos.

Orka miró a Lif y vio que este se había quedado paralizado con el remo en las manos, la vista fija al frente y una sonrisa dibujada en los labios. Orka sacudió la cabeza para tratar de sacarse la música que estaba propagándose por su cuerpo y ocultando todo lo demás como si fuera una niebla.

Delante de ellos surgió una roca que había permanecido oculta tras una ola en su trayectoria. Orka le dio una bofetada a Lif y tiró del remo. Lif dio un respingo, la miró con los ojos desorbitados y rápidamente tiró también de su remo. Rodearon la roca y el casco de la barca rozó el granito mientras la superaban. Se produjo una explosión de espuma alrededor de la proa. Orka lanzó una mirada abajo, el agua era cristalina y pura y atisbó algo en el fondo. El destello de un hueso.

—¡Rememos a la orilla! —gritó tirando del remo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lif.

—¡NÄCKEN! —respondió Orka.

Algo golpeó la quilla y la barca se tambaleó. La proa se levantó del río y Orka y Lif salieron disparados del banco. Sonó un grito en la popa y Orka se dio la vuelta y vio las botas de Mord mientras este desaparecía por la borda con un ruido de chapoteo y de borboteo. La proa de la embarcación volvió a caer sobre el agua y chocó con una roca. El agua empezó a entrar a raudales en la barca. Orka se puso de pie balanceándose, sacó el remo de la porta y lo hundió en el río para alejar la barca de las rocas. Luego lo apoyó en el fondo para dirigirla hacia la orilla. Oyó a su espalda los gritos entrecortados de Mord, que sacaba la cabeza del agua y volvía a sumergirse. Orka lanzó una

mirada con el rabillo del ojo y atisbó una figura debajo del pescador, una sombra dentro del agua espumosa, y un brazo grueso y con motas verdes alrededor del cuello de Mord.

—¡Cógelo! —gritó Orka lanzando su remo a Lif—. ¡Lleva la barca a la orilla! ¡Y no te metas en el agua!

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lif cogiendo el remo. Se levantó y afirmó los pies en el suelo.

Orka desenfundó el seax y saltó por la borda.

El agua estaba gélida y le cortó la respiración. Reprimió el impulso involuntario de gritar mientras movía los pies para mantenerse en la superficie. Tenía la mente despejada y la relajante música había dejado de sonar de repente. Vislumbró la sombra verdosa delante de ella, densa como el aceite, envolviendo el cuerpo de Mord, que agitaba brazos y piernas. Orka nadó con todas sus fuerzas hacia allí, rodeó una roca y finalmente los alcanzó. Las burbujas de aire escapaban de la boca del pescador mientras una figura antropomorfa lo arrastraba hacia el fondo del río. Un rostro preñado de odio, un cabello que flotaba como manojos de juncos podridos, unos ojos oscuros que brillaban como el jade, una boca y una mandíbula desencajadas, demasiado grandes para su cara, hileras de dientes largos como agujas lanzando mordiscos. Tenía unos dedos largos que envolvían el cuello de Mord, y unos gruesos brazos recubiertos de viscoso cieno verde. Su cuerpo era una sombra estriada en medio del aceite que parecía enroscarse y arremolinarse en torno a Mord como si fuera humo. Mord forcejeaba en el agua y golpeaba infructuosamente a la criatura.

Orka se impulsó con las piernas, sacó la cabeza del agua para tomar una bocanada de aire y la dulce melodía volvió a filtrarse en su cabeza como si fuera hidromiel, relajante y embriagadora. Se sumergió de nuevo y continuó buceando, y la música desapareció de su cabeza como la niebla en un día soleado.

Debajo de Mord y del näcken, Orka vio un montón de huesos de alce, de oso, de lobo y humanos, y encima de ellos, una enorme lira con largas cuerdas de tripas podridas. Unas gruesas ramas quebradizas y hundidas se entrelazaban alrededor y encima de la guarida de huesos.

El näcken abrió las fauces y mordió el hombro de Mord. Un chorro de sangre se expandió por el agua y Mord abrió la boca para gritar y se produjo una explosión de burbujas.

Orka sacudió las piernas, llegó donde estaban las dos figuras y arremetió con el seax al mismo tiempo que gruñía unas palabras y dejaba escapar una preciosa cantidad de aire.

—*Járn og stál, skorið og brennt* —murmuró a través de las burbujas mientras hundía el seax en el costado del näcken y escindía la carne verdosa. La sangre oleosa de la criatura manó como si fuera un puré de hierba y hojas.

El monstruo se sacudió con espasmos en el agua y su boca soltó a Mord para proferir un grito mudo. Orka agarró al pescador por la túnica para llevárselo, afirmó los pies en el fondo cubierto de huesos para impulsarse y escapó arrastrando a Mord por el agua. Los dos salieron a la superficie jadeando y aspiraron una bocanada de aire fresco. Mord tosía, se agitaba y daba vueltas en el agua. Mientras tanto, Lif llevaba la barca hacia la orilla y gritaba el nombre de su hermano. Orka nadó con los pies tirando de Mord por el agua turbulenta. Pero entonces notó que algo le agarraba el tobillo y empujó a Mord hacia la orilla antes de que fuera arrastrada bajo la superficie. Se dio la vuelta, lanzó un tajo con el seax y la hoja chocó con la piel de escamas verdes de la muñeca del näcken.

«Las palabras y las acciones van de la mano, hálfviti idiota.»

El näcken abrió la boca, una cavidad negra llena de dientes afilados y plateados. Orka forcejeó y pataleó para tratar de huir, presa del pánico, y asestó una puñalada en la boca del monstruo.

—*Skörp járn brenna og bíta* —gruñó Orka al mismo tiempo que la hoja seccionaba piel y carne y se adentraba en la boca de la criatura. Varios dientes salieron despedidos y manó un chorro de viscosa sangre verde—. *Brenna og bíta* —repitió asestándole otra puñalada en el hombro.

El monstruo soltó un alarido que Orka sintió más que oyó, y cuya fuerza aumentó la presión del agua en el cuerpo y en los oídos de Orka y la propulsó, aunque de alguna manera consiguió mantener agarrado el seax. La criatura profirió otro chillido debajo de Orka, de dolor y de rabia, pero ella no volvió la vista atrás y aprovechó el impulso para seguir buceando hacia la orilla, hasta que sus pies tocaron los guijarros del fondo y su cabeza y sus hombros emergieron a la luz del día. Lif corrió por la orilla tendiendo una lanza hacia ella. Orka se agarró al asta y se arrastró hacia la orilla. Volvió la cabeza hacia el agua y vio una oscura mancha que burbujeaba debajo de la superficie, huyendo a toda velocidad hasta que la perdieron de vista. Salió a trompicones del río, tosiendo y escupiendo. Lif la ayudó a mantenerse en pie y fueron juntos donde estaban la barca y Mord tendido sobre la orilla. El pescador estaba pálido y tenía una sanguinolenta herida en el hombro.

—¿Qué era eso? —preguntó jadeando.

Orka clavó el seax en el suelo. Luego cogió la lanza de Lif, le

quitó la funda de cuero y fue al otro lado de la barca y de Mord, donde enterró la hoja de hierro.

—Un näcken —dijo—. Son unos cabrones viscosos y ladinos.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Lif mirando el seax y la vibrante asta de la lanza, ambas hojas enterradas en la orilla.

—A los näcken no les gusta el hierro. Lo huelen, lo perciben a través del suelo —dijo Orka. Luego se dejó caer de rodillas, apoyó las manos en la tierra y vomitó agua y cieno.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

ELVAR

Elvar observó a Agnar cuando echó a andar y les hizo una seña a Uspa, a Sighvat y a Kráka para que lo siguieran. Entraron en la habitación que era la cocina y la cámara privada del tabernero.

—¡Fuera! —oyó Elvar que decía Agnar. El tabernero y su mujer aparecieron en la puerta y entraron en la sala principal del local.

«Oskutreð —pensó Elvar—. Uspa acaba de decir que conoce el camino a Oskutreð. El Gran Fresno, donde más virulenta fue la guerra de los dioses, donde Ulfrir y Berser cayeron.» Era algo tan grande que casi le resultaba inconcebible, o creíble. De repente se dio cuenta de que había seguido a Uspa y a Sighvat. Grend iba detrás de ella. Llegó a la puerta de la cocina y vio a Agnar sentado a una mesa, con Kráka a su lado y Uspa enfrente. Sighvat se había quedado en la puerta. Agnar levantó la mirada cuando vio que Elvar intentaba entrar y Sighvat le cortaba el paso.

—Esto no te concierne —dijo Agnar.

Elvar miró a los ojos al líder de los Terrores de la Batalla.

—La he oído —dijo—. He oído lo que Uspa te ha dicho. —Un instante después de que esas palabras salieran de sus labios, el pensamiento de que quizá debería habérselas guardado para sí le cruzó la mente.

La expresión de Agnar cambió. Una mirada apagada reforzó esa idea. «No confía en mí», se dijo Elvar como si hubiera tenido una revelación.

—Entra —dijo finalmente Agnar.

Elvar entró y Grend hizo el ademán de seguirla, pero Sighvat se puso delante de él.

—Él también —dijo Agnar, y Sighvat se echó a un lado para dejar pasar a Grend.

Era una habitación pequeña, con un ventana y una puerta. La mesa a la que se había sentado Agnar estaba rodeada de hornos de arcilla y había un lar con una olla de hierro colgada encima. Contra las paredes había apoyados un par de docenas de barriles de cerveza y alimentos variados, y se veían jarras de hidromiel en los estantes. Había además una mesa larga con tablas para cortar y cuchillos, y dos jergones tendidos sobre catres.

—¿La oíste? —preguntó Agnar.

Elvar asintió con la cabeza. Abrió la boca para decir algo, pero Agnar levantó una mano.

—¿Te quedas o te vas? —quiso saber el líder de los Terrores de la Batalla.

Elvar frunció el ceño, desconcertada.

—Me refiero a la oferta de tu padre de entregarte una escuadra de guerreros si vuelves a su lado. ¿Te quedas conmigo o con él? Te dije que me avisaras cuando hubieras tomado una decisión, pero esto… —Movió la mano hacia Uspa—. Esto cambia las cosas.

Se respiraba la tensión en la habitación mientras Agnar la miraba intensamente a los ojos. Elvar oyó que Sighvat movía los pies a su espalda.

Elvar respiró hondo. Los sucesos del día habían hecho que olvidara por completo la oferta de su padre.

—Me quedo contigo. Con los Terrores de la Batalla —respondió.

Se hizo el silencio. Todos la miraban. Notó los ojos de Grend clavados en su nuca.

—¿Estás segura? Si vas a participar en esta conversación, no hay vuelta atrás —dijo Agnar—. No permitiré que me dejes para ir a contarle a tu padre lo que averigües ahora aquí.

—Estoy segura —afirmó Elvar—. Un lobo no puede convertirse en un cordero —dijo mirando a Grend. Habían sido las últimas palabras que le dijera Hrung. Había estado toda la noche dándoles vueltas en la cabeza y estaba segura de que había comprendido su significado. Su padre nunca había sido una persona en la que podía confiar. Durante toda su vida la había engañado con palabras bonitas y medias verdades. A pesar de que estaba ofreciéndole todo lo que había soñado, debía haber algo oculto. Su padre no le daría sin más todo lo que pidiera. Eso no era propio de él, y el lobo no podía convertirse en cordero.

Agnar le sostuvo la mirada y el silencio se alargó. Luego asintió con la cabeza.

—Entonces, siéntate —dijo señalándole una silla.

Uspa se miraba las manos con la cabeza gacha.

—Oskutreð —dijo Agnar— es un mito, una fábula que los guerreros como yo contamos alrededor del fuego para llenar de oro nuestros sueños.

—Es real —afirmó Uspa levantando desganadamente la cabeza y frunciendo la boca—. Mira este mundo que te rodea, lleno de berserkir y úlfhéðnar. Mira dónde estamos, sentados en una ciudad y en una fortaleza construida dentro del cráneo de una serpiente. Claro

que Oskutreð es real.

Agnar miró a Kráka.

—Todos los corrompidos saben que Oskutreð es real —dijo Kráka—. El gran árbol estaba en el centro de la caída de los dioses cuando perecieron nuestros antepasados. El Guðfalla es como una canción en nuestra sangre.

Agnar miró alternativamente a una bruja seiðr y a la otra.

—La leyenda dice que se encuentra más allá de la sima de los vaesen y del puente de Isbrún, más allá de las colinas de la Oscuridad de la Luna —dijo Elvar.

—Es verdad —repuso Uspa—. No es ninguna leyenda.

—Y si es verdad, ¿cómo es que tú conoces el camino? —inquirió Agnar—. Se dice que han pasado doscientos noventa y siete años desde el día de la caída de los dioses y nadie lo ha encontrado jamás, a pesar de las leyendas sobre las reliquias, las riquezas y el poder.

—El Graskinna —dijo Uspa—. Piel gris, un grimorio lleno de magia oscura. Muestra el camino a aquellos que poseen el conocimiento.

—¿Aquellos que poseen el conocimiento? —preguntó Agnar.

—Galdramaðr y bruja seiðr —explicó Uspa—. Aquellos que comprenden la tradición antigua, que pueden cambiar el mundo con runas y encantamientos.

—¿Y dónde está ese Graskinna? —preguntó Agnar. Kráka podría echarle un vistazo y confirmar si estás diciéndome la verdad o si solo es una mentira tentadora para recuperar a tu hijo.

Kráka asintió. Elvar reparó en que la otra mujer se ponía tensa y un temblor recorría su cuerpo.

«Está emocionada.»

—Kráka no puede mirarlo. Nadie puede —dijo Uspa—. Lo destruí.

Agnar la miró fijamente. Kráka soltó un bufido agudo con los dientes apretados.

—Cuando nos encontraste en la isla de Iskalt, estábamos allí por una razón. Mientras mi marido luchaba con el troll, yo arrojé el libro a la balsa de lava y pronuncié las palabras de desintegración. El Graskinna ya no existe.

—Yo te vi —dijo entre dientes Elvar.

Uspa volvió la mirada hacia ella.

—Entonces, ¿cómo es que Ilska y sus Alimentadores de Cuervos conocían tu existencia y la de ese Graskinna? ¿Y cómo supieron que te encontrarían aquí? —preguntó Agnar.

—Mi marido y yo les robamos el Graskinna. Llevaban mucho tiempo detrás de nosotros. Ten en cuenta que tú viniste a por nosotros

por el precio que se había puesto a nuestras cabezas. Berak mató a algunos guerreros de Ilska y a otras personas en nuestra huida de los Alimentadores de Cuervos. No tuvo más remedio. Entonces, cuando nos trajiste aquí, vi a algunos guerreros de Ilska delante de la taberna. Todos los vimos. Yo intenté escondernos a Bjarn y a mí. —Se encogió de hombros—. Pero debieron verme y se lo contaron a Ilska. —Miró a Elvar—. Te repetí una y otra vez que tenía que marcharme de Snakavik.

—Sí —repuso Elvar—, pero se te olvidó mencionarme que era porque sabías el camino a Oskutreð, o que Ilska la Cruel y sus Alimentadores de Cuervos te buscaban.

Uspa se encogió de hombros.

—Necesitaba saber si podía confiar en ti antes de contarte esas cosas.

Agnar se recostó en la silla y resopló.

—Esto no me gusta —musitó—. Estás pidiéndome que vaya tras Ilska la Cruel y sus Alimentadores de Cuervos, que los encuentre y que les quite a tu hijo. —Sacudió la cabeza—. Solo dar con ellos ya es una tarea difícil y podríamos tardar meses. Luego hay que arrebatarles a tu hijo. Podría no ser fácil. Los Alimentadores de Cuervos tienen una reputación.

—¿Agnar de los Terrores de la Batalla tiene miedo de Ilska y sus Alimentadores de Cuervos? —dijo Uspa.

Agnar la miró con una sonrisa gélida en los labios.

—Ni se te ocurra intentar provocarme o manipularme. Soy un hombre práctico y me da miedo perder buenos guerreros, sí. Soy el líder de los Terrores de la Batalla. Para ellos soy como un jarl. Soy el que les da el oro. Yo tomo las decisiones, elijo las batallas que luchamos. Y, sí, la muerte se cierne sobre nosotros como un cuervo viejo y todos los miembros de los Terrores de la Batalla están en paz con eso, pero no pienso desperdiciar sus vidas. —Se tiró de la trenza de su barba rubia—. Además, mientras estemos persiguiendo a Ilska no ganaremos oro ni plata.

—Así que el dinero es tu dios —dijo Uspa con una mueca de desdén.

—No seas necia, mujer —espetó Agnar—. El dinero compra comida e hidromiel. Sin dinero nos moriríamos de hambre. Y la plata es un trofeo ganado en la batalla, un símbolo de nuestra fama en la batalla y de nuestra reputación. ¿Por qué crees que llevamos anillos de plata y de oro? Para dejar nuestra huella en este mundo. ¿Qué más hay?

—Si encuentras Oskutreð, tu fama en la batalla será eterna —dijo

Uspa.

—¿Por qué quemaste entonces el libro? —preguntó Elvar.

—Para impedir que necios ávidos de fama como vosotros lo encuentren —espetó Uspa—. Allí hay restos de los dioses. Y otras cosas.

No hizo falta que dijera más. Elvar ya visualizaba dentro de su cabeza los huesos de Ulfrir y de Berser, de Svin, de Rotta y de Hundur, sus equipos de batalla y sus tesoros, y las armas de sus descendientes. Se instaló el silencio en la cámara y Elvar vio esos mismos pensamientos en los ojos de Agnar.

—Vigrið no es una tierra de paz, pero si se conociera el camino a Oskutreð, nuevos poderes surgirían y con ellos muy probablemente estallaría una nueva guerra —dijo Uspa con un estremecimiento—. Es mejor que el camino siga oculto y nadie lo encuentre jamás.

—Entonces, ¿por qué quieres enseñármelo? —musitó Agnar. El encanto del poder y las riquezas se reflejaba en sus ojos.

—Por mi hijo —respondió Uspa—. Por amor. Si pones esta vida en una balanza, te das cuenta de que el amor lo es todo. Lo que buscas… —Sacudió la cabeza.

Agnar se inclinó hacia delante.

—Podría ponerte un collar de thrall y obligarte a mostrarme el camino. Así me ahorraría un montón de trabajo duro y peligroso intentando rescatar a tu hijo.

—Antes moriría que ponerme el collar de thrall —espetó Uspa. Miró de reojo a Kráka—. No es mi intención insultarte, hermana. Los corrompidos que llevan el collar todavía se aferran a la vida. Es propio del ser humano. La supervivencia. Soportar las dificultades y los tormentos con la esperanza de que algún día terminarán. Pero a mí no me importa mi vida. Me importan mi marido, a quien he perdido, y mi hijo, a quien me han arrebatado. Si me pones un collar de thrall, mi vida habría terminado, nunca más volvería a ver a mi hijo. —Se encogió de hombros—. Esa no es una opción para mí. Elegiría morir. Y ya has visto lo que les he hecho a los guerreros de Ilska. No dudes que podría acabar con mi vida si esa fuera mi voluntad.

Hubo algo en la manera como Uspa habló que convenció a Elvar de su sinceridad. Agnar volvió a recostarse en la silla y se mesó la barba.

«Él también la cree.»

—Primero me llevarás a Oskutreð y luego encontraré a tu hijo para devolvértelo.

Uspa soltó una risotada.

—¿De verdad me crees tan tonta? Cuando pongas los ojos en

Oskutreð no te serviré para nada. Primero mi hijo.

—Podríamos tardar un año en encontrarlo, y no tengo el dinero ni la plata para financiar una búsqueda tan larga.

—En ese caso, encuéntralo rápido —sugirió Uspa.

—No hay garantías. Primero Oskutreð —dijo Agnar—. Te haré un juramento.

Uspa abrió la boca, pero entonces se contuvo y su cara cambió.

—Un juramento —masculló—. Tal vez. Hay un juramento que podrías hacer, que todos podríamos hacernos. Pero no se trata solo de palabras. Nuestras vidas estarán unidas e infringir el juramento tendría… consecuencias. Haz el juramento y te llevaré primero a Oskutreð —dijo mirando a los ojos a Agnar—. El blóð svarið.

Elvar sintió un escalofrío al oír las palabras pronunciadas por Uspa a pesar de que ignoraba su significado.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz tronante Sighvat, que seguía junto a la puerta, asegurándose de que nadie oía la conversación.

—El juramento de sangre —aclaró Kráka—. Se hace con sangre, runas y palabras de poder. Al hacer un blóð svarið te vinculas con tu juramento y con aquellos que lo hacen contigo. Es un sello que perdura en tu cuerpo hasta la muerte, y romperlo significa morir. —Kráka miró a todos de uno en uno—. Es doloroso.

—Si todos los que estamos aquí presentes hacemos el juramento, te mostraré el camino a Oskutreð —dijo Uspa paseando la mirada por Agnar, Elvar, Sighvat, Grend y Kráka.

—¿Qué quieres decir con que es doloroso? —preguntó Sighvat con el ceño fruncido. Alzó una mano hacia el colgante de su cuello, la pata con garra de una araña del hielo, la primera criatura que había matado formando parte de los Terrores de la Batalla.

—Haremos el juramento y lo sellaremos con nuestra sangre y magia seiðr —explicó Uspa—. Eso nos mantendrá vinculados mientras corra sangre por nuestras venas.

—¿Doloroso? —preguntó de nuevo Sighvat, mirando con ferocidad a Uspa.

—Si rompes el juramento antes de morir, la sangre hervirá dentro de tus venas. Morirás chillando —dijo Uspa. Miró a todos—. Es el único modo de que acepte llevaros a Oskutreð antes de que busquéis a mi Bjarn.

Sighvat exhaló un largo suspiro.

—No me gusta cómo suena —masculló.

—Ya he hecho un juramento. No haré otro —aseveró Grend rompiendo su silencio. Miró la cicatriz blanca que le cruzaba la palma de la mano izquierda.

—Todos debéis hacer el juramento —insistió Uspa—. Todos habéis oído lo que he contado de Oskutreð. Es el único modo de que confiemos los unos en los otros.

—No —declaró Grend.

—Uspa tiene razón —dijo Agnar recostándose de nuevo en la silla. Miró a Grend y luego a Elvar.

—Grend ya está unido a mí por un juramento —dijo Elvar—. Dondequiera que yo vaya, cualquiera que sea el camino que elija, Grend me seguirá. Se puede confiar en él con juramento o sin él.

—No —dijo Uspa con una voz que sonó como restallido el de un látigo de cuero—. Todos o nadie. Es el mayor secreto de Vigrið. No lo compartiré sin vuestro juramento y vuestra sangre.

Elvar miró a Grend. Conocía las circunstancias y el significado de su último juramento. Él la miró a los ojos y vio la esperanza y el deseo en ellos. Se produjo un leve movimiento nervioso en los músculos de sus mejillas y finalmente asintió con la cabeza.

—Haré ese juramento, pero solo por Elvar. Nada de este asunto me interesa.

Sighvat resopló.

—Cierra la puerta —dijo Uspa volviéndose hacia Sighvat al mismo tiempo que se levantaba y se dirigía a una de las mesas de trabajo.

Agnar asintió y el hombretón obedeció, dejando fuera las luces y el ruido de la taberna. Uspa cogió un tajadero y un cuchillo afilado y volvió a sentarse detrás de la mesa.

—Acercaos —dijo.

Sighvat y Grend se aproximaron a la mesa y Uspa grabó con el cuchillo unas runas en el tajo de madera, tres, luego cuatro, una serie de líneas rectas, algunas con ángulos, todas ellas profundamente grabadas en la madera. Al verlas, Elvar sintió un hormigueo en la sangre y empezó a oír un zumbido dentro de la cabeza.

«¿Es esto lo que quiero? ¿Unir mi destino al de un niño corrompido? ¿Enfrentarme con Ilska la Cruel y sus Alimentadores de Cuervos? —se preguntó Elvar. Le vino a la mente la cara de Bjarn y recordó cuando salió despedido de la cubierta del *Jarl de las olas* y ella saltó detrás de él para rescatarlo—. Ya estoy unido a él.»

Y el pensamiento de Oskutreð se arremolinaba en su interior como el hidromiel por la sangre, embriagador, abrumador. El miedo y la emoción revoloteaban en sus venas y se fundían en una mezcla que le subía a la cabeza.

«Quienes encuentren Oskutreð y todos los tesoros que hay allí… Sus nombres pasarán a la posteridad. Se recordarán mucho después de

que el nombre y los huesos de mi padre sean polvo.»

Un silencio pesado como una capa empapada se instaló en la cámara.

—Vida —susurró Uspa señalando la primera runa. Deslizó el cuchillo por el pulpejo de la mano y dejó que la sangre goteara sobre la runa hasta que colmó el surco del trazo.

—*Líf* —musitó Kráka.

—Muerte —dijo Uspa. Siguiendo con su sangre las líneas de la segunda runa.

—*Dauða* —susurró Kráka.

—Juramento de sangre —murmuró Uspa mientras su sangre fluía por la tercera runa.

—*Blóð svarið* —repitió Kráka.

—Tormento —dijo Uspa llenando de sangre la última runa.

—*Kvöl* —graznó Kráka. La palabra sonó como un tambor en la cabeza de Elvar, como un portazo.

—Ahora todos vosotros unid vuestra sangre a la mía —dijo Uspa.

Se produjo un murmullo de seax saliendo de la funda. Elvar se hizo un corte en la palma de la mano y la tendió. Vio que Grend hacía lo mismo, vio que empezaba a manar la sangre del veterano guerrero y le sujetó la mano, consciente del sacrificio que estaba haciendo por ella, consciente de que él no quería hacer aquello, consciente de que solo lo hacía por el juramento que había hecho a la madre difunta de Elvar.

Agnar tendió la mano goteando sangre. Luego lo hizo Sighvat y finalmente Kráka. Todos sostuvieron la mano encima de las runas mientras su sangre caía y se mezclaba.

Uspa abrió la boca y habló:

«Blóð eið munum við gera,
að binda hver við annan með rúnir af krafti,
hurðir að gömlu leiðunum, innsiglaðar og bundnar með blóði».

Uspa hablaba apenas con un susurro, pero su voz parecía llenar la habitación y resonaba dentro de la cabeza de Elvar.

«Eið okkar innsigluð með blóði okkar, lífi,
dauða og kvalum,
bundin með blóði okkar.»

—Nuestro juramento se sella con nuestra sangre. Vida, muerte y tormento, unidos con nuestra sangre —entonó Kráka.

Una ráfaga de viento barrió la cámara y un escalofrío recorrió a Elvar. Se oyó un silbido y un zumbido procedentes de la sangre que llenaba las runas y ascendió una nube de vapor de ellas. Pero de repente la sangre se elevó de las runas y permaneció suspendida sobre el tajadero, como si fueran largos hilos de tendones o cordones rojos que dibujaban las runas en el aire. Sighvat lanzó un grito ahogado. Las runas de sangre se movieron al unísono con un chisporroteo y se fundieron en un único hilo largo que siguió ascendiendo hasta las manos, que todos mantenían extendidas encima de la mesa. El hilo de sangre las envolvió para ligar fuertemente manos y muñecas. Elvar se estremeció cuando le tocó la piel. Estaba caliente y el dolor le subió por el brazo, pero no podía retirar la mano. Oyó a Grend bufar con los dientes apretados a su lado y vio el temblor del brazo de Sighvat, pero nadie quitó la mano.

Se percibía un olor de carne chamuscada y se oían las crepitaciones de la piel quemada.

—*Svo skal það vera* —gruñó Uspa—. Repetidlo conmigo.

—*Svo skal það vera* —entonaron Elvar y los demás.

—Así sea —dijo Kráka, y el cordón de sangre que ataba sus manos y sus muñecas se consumió con un silbido y se evaporó.

El brazo de Elvar cayó del aire con un verdugón alrededor de la mano y de la muñeca que semejaba un tatuaje rojo.

Se miraron todos y vieron reflejados su miedo y su estupor en los ojos de los demás.

Agnar sonrió.

—¡Rumbo a Oskutreð! —exclamó.

Elvar no pudo detener la emoción que corría por sus venas ni la risa que producía su garganta.

CAPÍTULO TREINTA

VARG

Varg inclinó y recogió el remo mientras la corriente impulsaba el *Lobo del mar* hacia la orilla oriental del río Slågen. Las tracas golpearon la madera y la nave se deslizó rozando el muelle. Svik y Røkia saltaron por la borda a las tablas del embarcadero y trincaron los amarres. En la ribera había una granja. Una empalizada con una sola puerta rodeaba una casa comunal con el techo de tepes y el resto de las construcciones, y más allá de la empalizada de madera los campos de cebada y de centeno se ondulaban por un prado que se extendía hacia las estribaciones cubiertas de bosques.

Habían remado sin descanso río arriba durante cinco días y Varg tenía espasmos permanentes en los músculos de la espalda y de los hombros y las manos en carne viva. Aunque al parecer ya no tendrían que remar más. Glornir había anunciado un poco antes que desembarcarían y continuarían el viaje a pie a través de las estribaciones de la cordillera Dorsal.

Glornir bloqueó el timón y bramó órdenes. Einar Medio Troll las repitió y todos se pusieron en movimiento. Los guerreros guardaron los remos en los soportes y hurgaron en sus baúles. Svik se plantó al lado de Varg, que se había quedado sentado en el baúl y observaba abstraído la granja. Entre el muelle y la empalizada había una zona de terreno moteado de musgo y de terraplenes cubiertos de hierba.

«Túmulos, seguramente de los thrall que murieron al servicio de esta granja. —La imagen desenterró recuerdos en la cabeza de Varg, unos recuerdos siniestros que, ahora que se había librado de ellos, más bien parecían pesadillas con largas garras—. ¿Cómo pude vivir tanto tiempo con el collar?»

Una serpiente de rabia se desenroscó en su estómago y se deslizó por sus venas.

—Date prisa, o te dejarán aquí para custodiar el barco —dijo Svik mientras rebuscaba en su baúl.

Varg pestañeó y sacudió la cabeza con el fin de desterrar los recuerdos de la granja de Kolskegg, pero se aferraban a él como las moscas a un cadáver putrefacto.

—¿Qué debería llevar? —preguntó a Svik.

—Pues el equipo de guerra. Nos dirigimos a una batalla, así que lleva todo lo que puedas. Deja solo lo que no puedas llevar puesto en

el cuerpo. Enseguida te cansarás de cargar un saco a la espalda.

Varg se puso una túnica de lana gris sobre la saya de lino con la que había estado remando y luego sacó el cinturón de las armas, con el seax, el hacha arrojadiza y el cuchillo de carnicero colgados de los lazos del cinto y de las fundas, y se lo abrochó alrededor del cuerpo. Miró el equipo de guerra que había conseguido del druzhina que matara en Liga, el yelmo con el penacho de crines de caballo y la cota de malla de láminas. Por alguna razón le parecía mal usarlos.

«No los obtuve por una gran demostración de habilidad, sino gracias a una puñalada desesperada y afortunada en la espalda con el seax», pensó. De manera que cogió el sencillo casco de hierro que había comprado en Liga, un morral de cuero y la capa de piel de foca. Luego cerró el baúl y corrió el pestillo. Colgó el morral y el casco del cinturón y se puso la capa sobre los hombros, cerrada con una fíbula de hierro. Su casco aguardaba en la rendija de la regala. Lo sacó y se lo colgó a la espalda. Luego guardó el remo en el soporte que había cerca de la fogonadura del mástil y lo cambió por la lanza. Siguió a Svik al muelle. Le temblaban las piernas mientras trataban de acostumbrarse de nuevo al suelo firme. Svik estaba radiante en su resplandeciente brynja. De su cinturón colgaban una espada, un seax y un yelmo abollado. Miró a Varg y negó con la cabeza al verlo con la saya de lino y la capa.

—Te arrepentirás de no ponerte esa magnífica cota de láminas que guardas en el baúl —dijo—. Calculo que medio instante después de que un troll encolerizado te haga un agujero en el pecho.

—Pesa demasiado —dijo Varg mientras se fijaba en que la mayoría de los Hermanos de Sangre se habían enfundado la cota de malla y solo unos pocos vestían lana o cuero. Se sintió idiota y se miró los pies.

—Insensato —repuso Svik, y se encogió de hombros—. Bueno, aprenderás por las malas… si vives lo suficiente.

Sonó un cuerno, profundo y fuerte. Einar estaba en la ribera con el cuerno en los labios. Junto a él se encontraban Glornir y Vol, además de Skalk y sus dos guerreros.

—¡Hermanos de Sangre, seguidme! —bramó Glornir. Se dio la vuelta y se puso en marcha, con el escudo terciado a la espalda y un hacha larga en la mano que usaba como bastón.

Las cotas de malla tintinearon y las botas retumbaron en la madera cuando medio centenar de guerreros enfiló por el muelle, dejando atrás a tres camaradas para que custodiaran el barco.

Marcharon por un sendero de tierra compacta a través del campo de túmulos. Varg mantenía la vista fija al frente, decidido a no mirar

los montoncitos de piedras y tierra, pues temía que volvieran a atormentarle los recuerdos. Einar llamó a la gente de la granja según se acercaban, pero no recibió respuesta ni se veía movimiento. Varg se había dado cuenta de que la granja estaba abandonada nada más verla; faltaba el humo de los lares y de la forja; no había movimiento en los campos cuando deberían haber estado llenos de trabajadores y animales; y las puertas entreabiertas chirriaban con la brisa.

—Formad una línea de escudos —ordenó Glornir a Svik antes de enfilar hacia las puertas seguido por Edel y sus dos perros, Einar, Røkia, Vol, Sulich y un puñado de guerreros. Skalk también lo acompañó con Olvir e Yrsa en su estela. Olvir se había pasado el escudo delante y había desenfundado la espada, mientras que Yrsa sostenía la lanza por encima del borde de su escudo. Varg miró la casa comunal que se alzaba delante de ellos, con el verde tejado de tepes y las puertas cerradas.

Svik gritó una orden y el resto de los Hermanos de Sangre se movieron para formar una fila alrededor de la empalizada, de cara a los campos de cebada y centeno llenos de malas hierbas.

«Estos campos llevan mucho tiempo abandonados.»

Al este de la vivienda de la granja había un potrero vallado invadido por la maleza y con la puerta abierta, desde donde una pareja ponis peludos miraban a los Hermanos de Sangre.

«Han decidido que aquí la hierba es sabrosa», pensó Varg la ver que la puerta estaba abierta y ninguna cuerda los ataba a los troncos de la valla.

El herrero Jökul enfiló hacia los ponis e hizo una señal a unos cuantos guerreros para que lo acompañaran.

Varg permaneció callado. El único sonido que se oía era el del viento meciendo la cebada y el de Jökul intentando capturar los ponis del potrero. Finalmente consiguió engatusarlos con unas manzanas y enseguida los enjaezó con unos arreos que encontró en el establo y los cargó con los barriles de comida y el equipo de los Hermanos de Sangre.

Varg oyó pasos a su espalda, se dio la vuelta y vio que Glornir regresaba de la puerta de la granja con el ceño fruncido.

—Vacía —dijo el líder de los Hermanos de Sangre a Svik—. No he encontrado cuerpos ni cadáveres. —Se detuvo y se frotó la cabeza calva con la mano.

Edel salió por la puerta con una túnica en las manos. Sacó el seax, la cortó por la mitad y le dio los dos trozos a los perros. Estos olfatearon la tela con frenesí.

—¡Hermanos de Sangre! —gritó Glornir. Levantó una mano y

dibujó un círculo estrecho en el aire, con un dedo apuntando al cielo.

Torvik y media docena de exploradores partieron hacia el norte y se detuvieron al llegar a los campos de cebada y centeno. Todos eran hombres y mujeres jóvenes vestidos con lana y cuero, salvo Edel, que llevaba puesta su brynja. Esta adelantó como un rayo a Glornir para unirse a la partida de exploradores y entró en el campo de cebada, con Torvik y los demás a su espalda.

—¡Vamos a ganarnos el sueldo! —gritó Glornir, y se dispuso a seguir a Edel y los exploradores.

Varg respiró hondo. Al otro lado de los cultivos abandonados se divisaban los ondulantes prados que se adentraban en las estribaciones, recorridas por arroyos centelleantes y pobladas de abedules y serbales. Y más allá se alzaban las imponentes montañas Dorsales, con sus cimas nevadas cubiertas de nubes. Varg se puso al lado de Svik, pero antes de alcanzar la cebada, echó un vistazo atrás y vio las expresiones hoscas de los Hermanos de Sangre que los miraban desde el *Lobo del mar*. Se había echado a suertes quién se quedaría en la nave, pues daba la impresión de que nadie deseaba hacerlo. Todos eran Hermanos de Sangre y marchaban hacia el peligro, donde sin duda les aguardaban la fama en la batalla y la plata. Nadie quería oír historias de hazañas tras la victoria.

«Salvo yo. Solo quiero sobrevivir el tiempo suficiente para averiguar cómo murió mi hermana y vengarla», pensó Varg acariciando el morral de su cinturón mientras caminaba hacia la cordillera Dorsal.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

ORKA

—¡Vamos, mátame! —dijo Orka, plantada en la hierba con los pies separados y las manos caídas en los costados.

Lif la atacó con el seax y le clavó la hoja envuelta en un trozo de lana en el estómago.

Orka apartó el cuchillo de un manotazo, dio un paso lateral y propinó un puñetazo en la mandíbula a Lif. Este se tambaleó hacia atrás, le fallaron las piernas y se desplomó. Miró a Orka aturdido.

Mord se echó a reír mientras fileteaba un salmón largo como su brazo, sentado en una piedra.

—Creía que ibas a enseñarnos a luchar con las armas —dijo Mord—. Esto más bien parece zurrarnos por diversión. No nuestra diversión, debo señalar.

—Os estoy enseñando —repuso Orka ofreciendo el brazo a Lif y tirando de él para levantarlo del suelo— que si cometéis una estupidez la consecuencia será el dolor. O la muerte. —Miró ceñuda a Lif—. El paso era demasiado largo, por eso perdiste el equilibrio. Pequeños pasos para acercarte y pequeños pasos para alejarte —añadió—. Nunca te abalances. Nunca te estires demasiado. La regla siempre es la misma, tanto si estás usando los puños, un seax, una lanza o una espada. Y nunca embistas directamente. Eso solo les sirve a los toros y a los jabalíes. —Hizo una pausa—. Y a los trolls. Pasos laterales; busca huecos; encuentra brechas en la defensa de tu oponente. Y ataca en series de dos, tres o cuatro golpes. A menudo el golpe que pone fin al combate es el que tu enemigo no se espera.

Lif se frotó el mentón, donde ya comenzaba a aparecer un moratón.

—El dolor y los moratones refuerzan la lección —dijo Orka.

—Estoy de acuerdo —murmuró Lif.

—¡Entonces ya debemos haber aprendido un montón! —exclamó riendo Mord, mirándola con un ojo hinchado y morado.

Los hermanos tenían otros cardenales en la cara y en el cuerpo, de una gama de colores que iban desde el morado al amarillo pasando por el verde, según la antigüedad del golpe y la duración de las clases que Orka les impartía desde que habían emprendido el viaje al norte. Mord todavía llevaba el hombro vendado con lino, aunque la herida

del mordisco del näcken estaba curándose bien. Además tenía en la cabeza la cicatriz roja del porrazo que le había dado Guðvarr en Fellur. Orka no se lo había dicho, pero estaba impresionada con el ánimo con el que Mord se había lanzado a las clases de lucha con armas a pesar de la gravedad de sus heridas.

—Por el número de moratones que tienes, pronto deberías estar preparado para enfrentarte con Ilska la Cruel en un holmganga —le dijo Lif a su hermano.

—¡Puf! —resopló Mord—. Espero no encontrarme nunca con ella. Se cuenta que una vez se enfrentó en un holmganga con tres hombres a la vez y les cortó las pelotas a los tres. —Se estremeció.

—Ilska ha matado algo más que a un puñado de hombres en los holmganga —repuso Lif—. Vaesen, escuadras de guerreros de Iskidan, un berserkir… Pero ahora que Orka me ha enseñado a usar un poco más las armas, ya no me da tanto miedo. —Sonrió a su hermano—. Ilska la cruel, Agnar de los Terrores de la Batalla, incluso Machacacráneos… Me siento preparado para luchar con todos ellos.

—Entonces eres un hálfviti idiota —murmuró Orka.

—¿Quién es el mejor? —preguntó Lif sin prestar atención a la mueca arisca de Orka.

—No hay uno mejor —farfulló Orka—. Además, Machacacráneos está muerto.

—¡Pues entonces lucharé con Machacacráneos! —exclamó Mord, y Lif se sentó en el suelo riendo y agarrándose la barriga.

—Es hora de marcharse —dijo Orka mirando al cielo con los ojos entrecerrados y sin hacer caso a los hermanos. El sol acababa de salir y estaba bajo sobre el horizonte, el aire era fresco y limpio. Un águila los sobrevoló con las alas desplegadas. Se encontraban en la ladera de una suave colina. Habían escondido la barca en un banco de juncos de la orilla. Habían llegado allí después de remar sin descanso durante quince días y recorrer una distancia mayor que la que separaba Fellur de Darl, ya que habían abandonado el ancho y concurrido río Drammur por temor a que los siguieran. Para evitarlo, habían dado un rodeo hacia el este para volver a poner rumbo al norte, primero remando y luego arrastrando la barca por tierra hasta el siguiente río, para volver a remar un trecho y desembarcar de nuevo para continuar a pie hasta un nuevo río. Había sido duro y doloroso para la espalda, pero nadie los había seguido y el campo estaba casi desierto.

«No hay nadie que pueda vernos, nadie que pueda vender información a un posible perseguidor.»

Solo el día anterior habían empezado a pasar por delante de casas y granjas, con gente que los miraba mientras remaban. Orka siguió con la mirada el resplandor del río, uno de la docena que estriaban las colinas que se alzaban a su alrededor. En el punto más lejano que alcanzaba su vista, una sombra se extendía sobre el terreno elevado que dominaba la ribera del otro lado: una ciudad, el humo de un centenar de lares que se alzaba en el cielo encima de ella.

«Darl.»

Y Breca. Una chispa de esperanza prendió en su corazón, de anhelo; la posibilidad de encontrar a su hijo brillaba con tanta intensidad en su interior que incluso era dolorosa. Acarició uno de los seax en su cinturón, una de las hojas que había encontrado hundidas en el cuerpo de Torkel.

«Y si no lo encuentro, me cobraré venganza. Soy sangre. Soy venganza. Soy muerte.»

Sin mirar a Mord ni a Lif, Orka bajó a la orilla y avanzó caminando por el agua a través de los juncos. Subió de un salto a la barca y agarró un remo. Oyó que los hermanos la seguían, pero ella mantuvo los ojos fijos en el curso del río.

Orka subió el remo a bordo. Mord hizo lo mismo y la barca se deslizó por el río. Los dos contemplaban lo que se levantaba ante ellos, también Lif.

Darl, la fortaleza y sede del poder de la reina Helka.

El río era ancho y profundo, oscuro y marrón, a diferencia de los ríos y los arroyos cristalinos que habían surcado hasta llegar allí. Naves y barcos de todos los tamaños atestaban el cauce y se apiñaban alrededor de un centenar de muelles y embarcaderos. Orka contó al menos una docena de drakkar, estilizados y amenazantes, amarrados en el puerto, con los cascos bajos y las orgullosas águilas talladas en las rodas.

Más allá de los muelles, una masa desordenada de tabernas y edificios trepaba por la ladera de una suave colina hacia una empalizada de troncos, detrás de la cual se erguía la fortaleza. El puerto era un hervidero de actividad, lleno de sonidos y olores, pero Orka, Mord y Lif solo tenían ojos para la fortaleza de la cima. Una sala de hidromiel coronaba la fortaleza, de cuyas paredes surgía el esqueleto de un águila gigante. El esqueleto de dos enormes alas, cada una del tamaño de una pequeña loma, se extendían como unas manos protectoras, y un cráneo con un pico afilado se alzaba por encima del tejado de paja de construcción. Orka sintió la presión incipiente de un

dolor de cabeza en el nudo de músculos del cuello.

«Ningún vaesen molestaría jamás a las gentes de Darl con los restos de Orna protegiendo la ciudad. El esqueleto de un águila de ese tamaño mantendría a los vaesen alejados varias leguas de aquí.»

Detrás de la sala de hidromiel y del esqueleto del águila, Orka atisbó la torre galdur de Darl, donde los galdramaðr aprendían las artes de las runas oscuras. Carraspeó y escupió al río.

—Así que la jarl Sigrún dijo la verdad cuando afirmó que el dios águila protegía la fortaleza —dijo finalmente Lif—. Pensé que solo se lo inventaba para convencer a Fellur para que hiciera su juramento a la reina Helka.

—Ajá —masculló Orka.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lif.

—Buscaremos un sitio para atracar en alguno de esos muelles —respondió Orka.

Volvieron a hundir los remos en el agua y navegaron entre los barcos fondeados en el río. Había tantos que era como trasladar el ganado en un día de mercado.

Por fin encontraron un pequeño amarradero en el margen oriental del puerto. Lif ató las amarras y Orka subió al muelle por una escalera. Nada más desembarcar estaba esperándola un capitán de puerto, un hombre gordo con un gorro de fieltro y una multitud de mentones debajo de la barba rala. Su túnica, ribeteada con un magnífico adorno de tablillas, denotaba riqueza. Su escolta, una mujer alta con la nariz grande y cara de aburrimiento, no iba peor equipada.

—¿Cuánto? —preguntó Orka, y pagó al hombre sudoroso con monedas de su bolsa. No regateó, pues no quería que la recordaran.

Lif soltó un grito ahogado mientras subía por la escalera y vio que las monedas cambiaban de mano, pero el hombre y su escolta dieron media vuelta y se alejaron antes de que él pudiera abrir la boca.

—Tendríamos que pescar en el fiordo durante todo un mes para ganar ese dinero —le dijo Lif a Orka.

Ella no le hizo caso y volvió a bajar por la escalera a la barca. Su brynja estaba enrollada debajo del banco de remar. La sacó y la embarcación se tambaleó mientras se la ponía. Luego se abrochó el cinturón de las armas alrededor de la cintura y sintió el peso del destral y del seax. Finalmente cogió el saco de cáñamo y lo arrojó al embarcadero, agarró la lanza y volvió a subir por la escalera.

Mord la siguió arriba. Lif estaba esperándola.

Sonó un cuerno desde un punto mucho más alto y hasta ellos llegaron las reverberaciones procedentes de los muros de la fortaleza. Se sumaron otros cuernos y su estruendo se propagó por la fortaleza y

la ciudad. La gente que estaba en el puerto se detuvo y miró.

Un cuerno respondió a lo lejos y Orka se volvió a mirar río abajo.

Tres drakkar surcaban el río con sus altas proas. Los remos se hundían y emergían con una sincronía perfecta, y el agua que chorreaba de los remos cuando salían del agua resplandecía a la luz del sol. Según se aproximaban a los muelles, Orka apreció su enorme tamaño, pues cada uno se impulsaba por no menos de setenta u ochenta remos. El puerto entró en ebullición cuando las naves se dirigieron a un gran embarcadero, llamativamente vacío a pesar de que se encontraba en una ubicación privilegiada. Se oyeron gritos y se lanzaron amarras desde el primer drakkar, y los hombres y las mujeres que se encontraban en el muelle las cazaron al vuelo y las ataron a los postes. A continuación se tendió una pasarela sobre la regala del barco hasta el muelle y desembarcaron unos diez o doce guerreros, hombres y mujeres, todos ellos en cota de malla y con los costados de la cabeza afeitados y el cuero cabelludo cubierto de unos tatuajes fluidos y sinuosos. Espadas y seax colgaban de sus cinturones y una capa de lana gris ribeteada con pieles caía desde sus hombros. Se desplegaron a lo ancho del muelle formando un semicírculo, un puño protector.

—Úlfhéðnar —murmuró Orka, y escupió al muelle.

—¡Cómo! —exclamó Lif con los ojos como platos.

—Corrompidos descendientes de Ulfrir, el dios lobo —explicó Orka—. Como Vafri, la guerrera que asesinó a vuestro padre.

Y entonces una mujer enfiló por la pasarela de desembarque. Era alta, con el cabello largo y negro recogido en una trenza hilvanada con hilo de oro. Una capa roja le envolvía los hombros y los brazaletes de oro destellaban con el sol. Sobre la cadera le caía una espada con oro en el pomo y en la guarda y con la empuñadura de cuero recorrida por hilo de oro. La vaina estaba profusamente decorada, con la boquilla y la contera de oro.

—¿Quién es? —susurró Lif al lado de Orka.

—Supongo que es la reina Helka, ya que esa es su fortaleza —respondió Orka.

La reina se detuvo, se dio la vuelta y esperó a que dos hombres cruzaran la pasarela. Uno de ellos era un joven con el cabello azabache, alto y corpulento, vestido con magníficas ropas de lana y seda y anillos de plata en los brazos y en el cuello. El otro llamaba la atención por su peculiaridad. Era tan alto como el anterior, pero llevaba la cabeza afeitada salvo por una gruesa trenza rubia que se precipitaba sobre su espalda; una barba corta y arreglada cubría su rostro de facciones angulosas. En vez de una túnica vestía un caftán de lana y pantalones abombados sobre las rodillas, con unas ceñidas

vendas alrededor de las piernas desde las rodillas hasta los tobillos. Sobre una de sus caderas le colgaba una espada corva, y la funda de un arco y un carcaj con flechas sobre la otra.

—¿Y ellos? —preguntó Mord.

—Helka tiene un hijo llamado Hakon —dijo Lif.

—Entonces seguramente sea él —repuso Orka.

—¿Y el otro? —quiso saber Mord.

—Un invitado extranjero, supongo —dijo Orka—. He visto a otros vestidos de manera similar. Eran de Iskidan.

Lif silbó.

Los tres observaron en silencio a los guerreros que desembarcaban de la drakkar mientras la reina Helka y sus acompañantes enfilaban con paso firme por el embarcadero. La gente que estaba cerca de ella se arrodillaba y hacía reverencias. Se oyó un estrépito de pasos y de una bocacalle salió un grupo de guerreros que se desplegó por el puerto. Era una guardia de honor que acudía para recibir a la reina Helka. Estos guerreros rodearon a la reina y su séquito y todos juntos se adentraron en las calles de Darl y desaparecieron.

La gente que se había postrado a lo largo del puerto volvió a levantarse poco a poco y a ocuparse de sus asuntos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lif.

—Ahora nos despedimos —dijo Orka encorvándose para hurgar en su saco. Sacó el gorro de lana de Torkel y se lo puso en la cabeza. Miró a los dos hermanos, que la observaban boquiabiertos—. ¿Qué pasa?

—No puedes marcharte sin más —dijo Lif.

—Ese era nuestro acuerdo —les recordó Orka—. Vosotros me llevabais a Darl y yo os enseñaba a luchar con las armas. —Miró sus caras llenas de cardenales—. He hecho lo que he podido.

—Pero ¿qué vamos a hacer nosotros? —preguntó Lif.

—Eso depende de vosotros —dijo Orka—. No es mi problema. —Dio unos pasos y se detuvo.

—¿Tenéis dinero? —les preguntó.

—Un poco —respondió Lif.

Orka volvió a su lado, sacó la bolsa del cinturón y abrió el cordón antes de meter la mano.

—Tomad —dijo ofreciéndoles unas monedas—. Con esto podréis comer algún tiempo, el suficiente para conseguir más.

Mord la miró con el gesto ceñudo.

—No podemos aceptarlo —dijo Lif—. Nuestro padre nos enseñó

que…

—No hay que estar en deuda con nadie —concluyó Mord—. Gánate el sustento y no gastes lo que no tienes, decía siempre.

Orka se encogió de hombros.

—No lo cojáis si no queréis. A mí me da lo mismo. Pero pienso que os lo habéis ganado. Me habéis traído aquí con vuestra barca de remos y yo os he enseñado un par de cosas que podrían resultaros útiles en un combate. En mi opinión, la balanza no está equilibrada. —Puso las monedas en la palma de la mano de Lif y se la cerró—. Vuestra vida os pertenece —añadió en voz baja—, como os pertenece vuestra venganza. Ya os lo he dicho, creo que deberíais esperar, ganar algún dinero, instalaros en un sitio tranquilo y dejar que pase algún tiempo. —Se volvió hacia la ciudad y la fortaleza y frunció la boca—. Lejos de este estercolero, si queréis mi consejo. Y cuando llegue el momento, volved a Fellur y hundid un acero afilado en el vientre de Guðvarr. Pero la decisión es vuestra. Si queréis volver ya para cobraros venganza y practicar vuestras nuevas habilidades con Guðvarr, adelante. —Se encogió de hombros.

Mord y Lif se miraron.

—Mantened el ingenio y las armas afiladas —les dijo Orka para acabar. Dio media vuelta y enfiló por el muelle en dirección al puerto sin mirar atrás, con la mente ocupada con la tarea que tenía por delante.

«Hijo mío, si estás aquí, te encontraré. Y cualquiera que se interponga en mi camino deseará no haberlo hecho.»

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

ELVAR

Elvar retiró el remo cuando se desplegó la vela cuadrada de lana del *Jarl de las olas*, que apestaba a sebo de cordero y a grasa. La vela se arrugó momentáneamente y Sighvat bramó unas órdenes. Biórr y un puñado de guerreros tiraron de los cabos y la vela se hinchó con el viento del sureste y los transportó por las olas como una lanza recién arrojada.

Navegaban por el lago Horndal, ancho y profundo como un pequeño mar, negro como la noche e impenetrable. La tierra era apenas una fina mancha lo más lejos que llegaba la vista de Elvar. Esta giró la cabeza sentada en el baúl y lanzó una mirada a la ciudad comercial de Starl, cada vez más pequeña en la distancia. Habían pasado allí dos días, el tiempo necesario para reponer provisiones (barriles de agua y de hidromiel, pescado y carnes ahumadas) y para calafatear con brea de pino y crines de caballo las tracas dañadas por los elementos. También habían aplicado una capa nueva de sebo para proteger las velas y habían limpiado las algas y el fango adheridos al casco. El *Jarl de las olas* cabalgaba sobre las crestas espumosas de las olas como un caballo después de un largo descanso y una buena comida.

Elvar oyó las risas de Agnar y lo vio sentado a la caña del timón, con las piernas abiertas. Se levantó del baúl y dio un paso tambaleante antes de acompasar sus andares con el mar y cruzar la cubierta en dirección al líder de los Terrores de la Batalla. A Agnar todavía no se le habían curado las cicatrices rojas en la mano y en la muñeca, las mismas que tenía Elvar y que les recordaba el juramento que se habían hecho mutuamente y con Uspa. De eso hacía ya doce días, y desde entonces habían recogido sus cosas, abandonado la taberna, cargado el *Jarl de las olas* y remado más de cien leguas.

—Voy a ver al jefe —dijo Elvar con el ceño fruncido al ver los ojos inquisitivos de Grend.

El veterano guerrero asintió y soltó la muñeca de Elvar. Se había vuelto más protector desde que hicieran el nuevo juramento y eso a Elvar no le gustaba.

Enfiló por la cubierta atestada de provisiones para lo que podría ser un largo viaje a pie, dejó atrás un montón de ruedas, ejes y carros desmontados, cinco en total, y ocho ponis de carga que Agnar había

comprado en Starl. Eran unos animales robustos, estaban atados y comían paja, aparentemente indiferentes al hecho de que ya no se encontraban en suelo firme.

Agnar le sonrió cuando se detuvo a su lado.

—Tengo que decirte una cosa, jefe.

—¿Sí? ¿El qué? —Agnar la miró con severidad, una advertencia de que tuviera cuidado con lo que iba a soltar por esa boca. Los que habían hecho el juramento habían jurado mantener en secreto su destino y no contárselo siquiera al resto de los Terrores de la Batalla. «Hasta que lleguemos a la orilla septentrional del lago Horndal —había ordenado Agnar—. Cuando tengamos la cordillera Dorsal a nuestra espalda y la Llanura de la Batalla sea lo único que veamos delante. Entonces no habrá vuelta atrás, ninguna posibilidad de deserción.»

Por lo tanto habían guardado el secreto. Agnar solo les había comunicado a sus guerreros que tenían un trabajo nuevo que podría cambiar por completo Vigrið.

—El día que raptaron a Bjarn… —comenzó a decir Elvar.

—Ajá —repuso Agnar arrugando el ceño. Movió los ojos a un lado y a otro para comprobar si alguien andaba cerca o había interrumpido su tarea para escuchar la conversación.

—Luché con uno de los Alimentadores de Cuervos de Ilska que huían de la taberna con el niño —continuó Elvar.

Agnar asintió, y las arrugas de su ceño se suavizaron al entender que no iba a hablar sobre lo que había ocurrido o se había dicho en la cocina de la taberna.

—Creo que era un corrompido —dijo Elvar—. Él… cambió. Cuando vio que la muerte se cernía sobre él. Sus dientes, sus ojos…

—¿Estás segura?

Elvar reflexionó un momento.

—No —respondió rememorando al guerrero rubio, su barba y su brynja, el combate, que no duró más de una docena de latidos del corazón. Además estaba oscuro; el alba solo era una insinuación en la penumbra perpetua de Snakavik—. Estaba oscuro, todo ocurrió muy rápido. Pero he vivido rodeada de corrompidos, con mi padre y sus thrall berserkir, y los he visto transformarse.

—Ajá —gruñó Agnar—. No lo dudo. —Se mesó la barba—. Corrompidos entre los Alimentadores de Cuervos de Ilska… —murmuró—. Si lo era, de lo cual dices que no estás segura, la pregunta es: ¿Ilska la Cruel lo sabía?

Elvar se encogió de hombros.

—Los corrompidos pueden vivir entre nosotros sin que nos

enteremos —dijo Agnar—. Muchos lo hacen. Es lo más seguro para ellos. Pero ser un guerrero en una banda como los Alimentadores de Cuervos, vivir con las garras de la muerte en los hombros, con su aliento en la nuca, y aun así ser capaz de controlar esa sangre salvaje…

—No es fácil —dijo Elvar.

—Ajá —gruñó Agnar—. Y si Ilska lo sabía, ¿por qué no llevaba un collar de thrall? Sería más fácil para hacerse obedecer y no tendría que pagarle tanto. O podría haberlo vendido. —Miró a Elvar—. No sé si esto es importante o no, pero es bueno saberlo, y me alegro de que lo hayas recordado. Es una cualidad valiosa ser capaz de regresar a los detalles y seguir el hilo de las cosas. —Le dio una palmada en el brazo, vio las cicatrices rojas y blancas entrelazadas en su muñeca y sonrió.

»Mira a tu alrededor, Elvar Störrsdottir. ¿Alguna vez se te pasó por la imaginación que te embarcarías en un viaje como este, en una aventura así?

—No —respondió Elvar, sonriéndole. Cada vez que pensaba en lo que estaban haciendo se avivaba la llama de la emoción que ardía permanentemente en la boca de su estómago. «Oskutreð, el gran árbol, el corazón del reino de los dioses muertos. Participo en una búsqueda que pervivirá eternamente en las canciones y en las sagas.» Se le ensanchó la sonrisa y se volvió hacia la proa del *Jarl de las olas* para pasear la mirada por la superficie negra y verdosa del lago. Un viento frío azotaba la espuma blanca de la cresta de las olas. Al este y al oeste se alzaban las imponentes Dorsales, con sus faldas verdes atestadas de pinos y de resplandecientes cascadas. De vez en cuando se atisbaba la pared amarilla o gris de un barranco, el indicio de huesos colosales y antiguos. Starl se había erigido a la sombra de una costilla corva de Snaka que se alzaba como un arco hasta las nubes, en uno de los pocos lugares donde su esqueleto todavía era visible. La costilla proyectaba una larga sombra que se extendía por la vasta masa de agua. El lago era uno de los dos lugares donde las rocas y la tierra no habían sepultado las costillas de Snaka. Tal vez ya hubiera un lago allí antes de la muerte de la gran serpiente que no permitió la formación de unos cimientos sólidos para los levantamientos geológicos y el posterior asentamiento de las rocas que causó la muerte de Snaka. Eso era algo que Elvar ignoraba, pero, cualquiera que fuera la razón, este era uno de los únicos dos pasos de la cordillera Dorsal a la vertiente septentrional, a la Llanura de la Batalla, donde más cruenta había sido la lucha y donde los vaesen merodeaban ahora en gran número. Elvar alzó la vista y vio las

siluetas de gavilanes pescadores recortadas en el cielo, y un poco más al este la de un águila. El *Jarl de las olas* surcaba el agua y su velocidad hacía ondear la trenza de Elvar a su espalda.

«Esto es libertad, navegar con los hermanos y las hermanas de escudos en un viaje hacia la fama en la batalla y el tesoro amasado por un dragón. En busca del legendario Oskutreð.» El júbilo que le producía esta empresa borboteó en sus venas y Elvar rio a mandíbula batiente.

Elvar se sentó con la espalda apoyada contra el tronco de un espino y un tajadero en las rodillas y usó un pequeño seax de desollar para cortar y pinchar un filete recién salido de la sartén y todavía humeante de bacalao rebozado con avena. Sopló el trozo de pescado y bufó cuando se lo metió en la boca. El pescado y la avena todavía quemaban, pero estaban demasiado deliciosos para esperar a que se atemperaran.

Habían desembarcado poco después del mediodía de la segunda jornada del viaje y buscado un lugar adecuado para fondear el *Jarl de las olas*. Ahora se encontraban en una ensenada apartada rodeada de alisos, abedules y espinos. Habían descargado los carros del barco y los habían montado con mazas y clavijas. Los ponis estaban maneados cerca. Elvar oía el crujido de la nave en el agua y vislumbraba a través de los árboles el reflejo plateado de las estrellas alrededor del barco y en el casco recién calafateado. Se había echado a suertes quién se quedaría custodiando el *Jarl de las olas*, y por una vez Elvar no temió esa posibilidad, pues sabía que todos los que habían hecho el juramento con Uspa estaban obligados a continuar el viaje hasta Oskutreð.

Todos los miembros de los Terrores de la Batalla estaban juntos, salvo Grend y Sighvat, que hacían el primer turno de vigilancia. De todas maneras no se habían alejado mucho y patrullaban por el borde exterior de la arboleda en la que habían acampado. Agnar estaba de pie junto al agujero que se había excavado en el suelo para encender la hoguera; las llamas se agitaban y crepitaban y las ramas de los árboles se mecían encima de él. Sobre el fuego colgaba una olla en la que se cocía a fuego lento un estofado de cebada, y en las brasas calientes había una sartén en la que seguían friendo en mantequilla filetes de bacalao rebozados en avena.

Reinaba el silencio entre los guerreros porque Agnar acababa de comunicarles el motivo del arriesgado viaje al norte a través de la cordillera Dorsal, adentrándose en el corazón de la Llanura de la

Batalla.

—¿Oskutreð? —preguntó Huld. Era el segundo miembro más joven de la escuadra de guerreros después de Elvar, y tenía el cabello negro como la noche. Levantó la mano y acarició la garra de oso que colgaba de un cordón alrededor de su cuello. Elvar vio sus propias emociones reflejadas en el semblante de la joven guerrera: incredulidad, seguida de miedo y agitación.

—Ajá —repuso Agnar.

—¿Cómo? —preguntó otra voz. Pertenecía a la enjuta y canosa Sólín, que había estado quitándose los restos de comida de los dientes con un seax. Ahora el brazo le colgaba sobre el costado.

—Es una historia muy larga —dijo Agnar—. Uspa le robó un libro de magia, un grimorio, a Ilska la Cruel.

—El Graskinna —apuntó Uspa. Su voz llegó como un silbido desde el lugar donde estaba sentada, en los márgenes de la penumbra. Kráka y el thrall hundur estaban sentados con ella.

—Uspa estaba destruyéndolo cuando la encontramos y lo arrojó al fuego líquido de la isla de Iskalt. Pero antes lo había leído y aprendido sus secretos —dijo sonriendo Agnar.

—Entonces, el objetivo del ataque de Ilska no era el niño, sino ella —repuso Huld mirando a Uspa.

—Ajá —dijo Agnar—. Eso es lo que pensamos. Se llevaron al niño con las prisas de la huida. Tal vez con el propósito de ofrecernos un intercambio con Uspa.

—Entonces, Ilska podría estar persiguiéndonos —dijo Elvar, dando voz a una posibilidad que había estado rondándole la cabeza.

Biórr se acercó a ella y se sentó a su lado, con un cuenco de estofado de cebada y un trozo de pan negro en las manos.

—Es una posibilidad —reconoció Agnar—. Pero no hemos visto indicios de ella. —Se encogió de hombros—. Espero que lo haga, porque eso haría más fácil mantener mi juramento. —Se subió la manga de la túnica y mostró las sinuosas cicatrices alrededor de la mano, la muñeca y el antebrazo. El resplandor de las llamas les daba el aspecto de anillos de fuego—. Hice el blóð svarið, el juramento de sangre, a la bruja seiðr Uspa. Ella nos guiará hasta Oskutreð y yo recuperaré a su hijo o moriré en el intento. —Paseó la mirada en derredor—. Otros hicieron el juramento conmigo. Sighvat. Elvar. Grend. Kráka.

Biórr se volvió bruscamente hacia Elvar.

—Aunque vosotros no exhibáis estas marcas en vuestro cuerpo —continuó Agnar, levantando la mano llena de cicatrices—, si me seguís hasta Oskutreð también estaréis atados por él. —Exhaló un largo

suspiro—. Oskutreð, el Gran Fresno, donde los dioses lucharon y cayeron. Ulfrir, Orna, Berser, Rotta…, todos ellos. Sus restos, sus riquezas, su equipo de guerra. Sus capitanes… —Sus palabras tejieron una saga de oro y riquezas, de fama y de fortuna inimaginables. Elvar vio encenderse la llama en los ojos de todos los guerreros que la rodeaban.

—¿Me seguiréis? —preguntó Agnar con un hilo de voz.

—Te seguiremos, Agnar Puño de Fuego —dijo Biórr.

Se produjo un estallido de voces, un coro de hurras, juramentos y ovaciones.

—¡Entonces sellémoslo con hidromiel! —exclamó Agnar, riendo y haciendo rodar un barril de hidromiel por el suelo.

Las ovaciones se volvieron ensordecedoras, se abrió el barril y se llenaron cuernos. Sin parar de reír, Agnar repartió cuernos rebosantes de hidromiel a todos los Terrores de la Batalla. Los guerreros los alzaron y bebieron, por Agnar, por Oskutreð, por los Terrores de la Batalla. Elvar levantó su cuerno y tomó un trago largo, disfrutando de la sensación que le producía el sabor dulce de la miel mientras bajaba por su garganta y le calentaba el estómago. Agnar la miró sonriente y siguió con lo suyo.

Biórr bebía a pequeños sorbos y en silencio al lado de Elvar.

—Así que nos dirigimos a Oskutreð —dijo asintiendo para sí—. No es poca cosa.

—¡Ya lo creo! —repuso Elvar levantando el cuerno y chocándolo con él suyo antes de darle otro trago.

—Un brindis —propuso Biórr—. Por que encontremos Oskutreð y cambiemos el mundo.

Elvar repitió sus palabras y bebieron juntos.

—Me alegro de que hayas… hayamos jurado rescatar a Bjarn —dijo Biórr.

—Hay algo de ternura en ti —dijo Elvar. Le gustaba que Biórr mencionase a menudo al niño.

Biórr se encogió de hombros.

—Es que tengo pendiente una partida de taflcon él. Me ganó la última y quiero la revancha.

Elvar sonrió.

—He estado pensando en aquel día, cuando se llevaron a Bjarn. ¿Por qué huyó Ilska? Huyó de Snakavik, de nosotros. Si quería hacer un intercambio con el niño, ¿por qué se marchó?

—Quién sabe cómo piensa Ilska la Cruel —dijo Biórr—. Dudo que huyera porque nos tuviera miedo. Pero quizá quería evitar una batalla, dejar que las aguas se calmaran antes de intentar negociar con

nosotros. No es fácil hacer negocios con alguien con quien tienes una deuda de sangre.

—Ya —dijo Elvar—. Además habían matado a Trud.

Biórr hizo una mueca y miró a otro lado.

—Era tu amigo.

—Su muerte… fue culpa mía —dijo Biórr suspirando.

—Fue una emboscada y una batalla —repuso Elvar—. Es una suerte que Uspa y tú aún respiréis. —Pensó en las palabras que le había dicho Agnar mientras cruzaban el lago—. Todos vivimos con las garras de la muerte en los hombros y su aliento en la nuca. Trud lo sabía tan bien como nosotros.

—Eso es verdad —dijo Biórr mirando fijamente la hoguera.

Se quedaron callados, dando sorbos a los cuernos de hidromiel.

—No debe haber sido fácil abandonar Snakavik —dijo Biórr al cabo de un rato, haciendo que Elvar se sobresaltara—. Dejar a tu familia —añadió arqueando una ceja.

—No ha sido tan difícil —contestó Elvar—. No es fácil que te caiga bien mi padre y mi hermano Torun es un capullo.

—Pero tienes otro hermano, ¿no?

—Sí, Broðir. —A Elvar se le dibujó una sonrisa—. Él sí me gusta. Pero… se conforma con su destino en Snakavik.

—Y tú no.

—No —dijo Elvar—. Mi padre me habría vendido para que fuera una paridora para el hijo de Helka. Nunca me habría conformado con eso.

—A algunos les parecería una buena vida —observó Biórr—. No les faltaría de nada, tendrían calor, comida y plata en abundancia. Y poder.

—Pues a mí no —gruñó Elvar, y tomó un trago de hidromiel—. Quiero ganarme mi propia fama en la batalla y mi plata, no que me la regalen ni vivir de la reputación de otro. —Pensó en su padre y en los recuerdos cada vez más vagos de su madre, que ya apenas eran unas imágenes incompletas de su sonrisa, su risa, su tacto. Sintió una mirada posada en ella y se estremeció. Miró a Biórr.

Él la miraba fijamente, con los ojos brillantes a la luz de la hoguera.

—¿Qué pasa? —preguntó Elvar.

—Eres rara —respondió sonriendo Biórr. Tendió una mano y acarició las marcas en el dorso de la mano de ella. Un escalofrío recorrió a Elvar. Biórr le apretó suavemente la mano, la levantó y la giró para que la maraña de cicatrices brillara como si fueran los ríos

rojos de Eldrafell, la montaña de fuego—. Yo sigo a Agnar de los Terrores de la Batalla, pero también a ti, Elvar Matatrolls, Elvar Puño de Fuego —dijo en voz baja. Luego se inclinó hacia ella y rozó los labios de Elvar con los suyos. Fue apenas una caricia, pero Elvar sintió un temblor en todo el cuerpo, como si un hilo de agua helada le corriera por la espalda. Se apartó sobresaltada de Biórr y él sonrió.

Sonó un ruido de pasos que se acercaban y un crujido de ramas en la oscuridad que se extendía a sus espaldas. Grend se detuvo delante de Elvar y miró a la pareja con unas arrugas profundas en el entrecejo.

—Te toca —espetó. Sus ojos se desviaron un momento hacia Biórr y regresaron a Elvar.

Elvar se levantó rápidamente, asintió con la cabeza y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

ORKA

Orka estaba sentada en un rincón de una taberna, con una jarra de cerveza aguada y un vaso. No le había ayudado a mitigar el fuerte dolor de cabeza. El agujero en el techo abovedado no daba abasto para evacuar todo el humo que salía del lar y se acumulaba lentamente en la sala. El hedor del aceite de ballena, del lúpulo y de la orina era intenso en el aire. Orka había escogido el rincón más oscuro de la taberna y se había sentado con la capucha puesta y envuelta en la capa nueva que había comprado a uno de los numerosos vendedores que se ponían en las calles del puerto de Darl. La capa era de lana gris con diseño de espiga y ocultaba la brynja y las armas. La capucha era una sencilla prenda marrón también de lana y su sombra escondía el rostro de Orka. Era la undécima taberna que visitaba en el poco más de un día que hacía desde que se despidiera de Mord y de Lif. Pasaba casi todo el tiempo sentada y escuchando; a veces hacía alguna que otra pregunta al tabernero o a la camarera. Hasta el momento, la única respuesta que había recibido era silencio y miradas siniestras.

Había alrededor de una docena de personas sentadas a las mesas, la mayoría marineros de los barcos atracados y un par de prostitutas que sonreían a los hombres con la cara metida en los vasos. El cliente más cercano a ella era un hombre que removía un cuenco de estofado. Tenía la mitad de la cabeza quemada y un destral y un seax colgaban de su cinturón. Orka atisbó la empuñadura de otro seax asomando de su bota.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó una camarera, una chica con un hangerok sucio encima de una saya raída.

—No —respondió Orka.

La chica hizo el ademán de darse la vuelta, pero Orka separó la mano del cinturón y lanzó una moneda de bronce sobre la mesa. El tintineo atrajo la mirada de la camarera como la carroña atrae a los cuervos.

—Si quieres un hombre, o una mujer, puedo conseguírtelo —dijo la chica. Y añadió después de una pausa—: Yo salgo pronto…

—Estoy buscando a alguien.

—¿A quién?

—A Drekr —contestó en voz suficientemente alta para que se

oyera en toda la sala.

La camarera parpadeó. Se volvieron otras cabezas para mirar a Orka un momento.

—No conozco a nadie con ese nombre —musitó la chica dándose la vuelta y alejándose apresuradamente. Lanzó una mirada al hombre con la cabeza quemada cuando pasó junto a él, pero este no alzó los ojos del cuenco de estofado. El hombre levantó lentamente la cuchara y sorbió ruidosamente. La chica llegó a la barra de la taberna, donde el que parecía el tabernero tiró hacia sí de ella y tuvo una conversación en cuchicheos con ella.

Orka dio un sorbo a su vaso.

El tabernero salió de detrás de la barra y enfiló hacia ella. Tenía una calva incipiente, una nariz chata y las mejillas estriadas de venitas rojas. En el cinto llevaba un seax dentro de una gastada funda de cuero.

—Deberías irte.

—No me he metido con nadie —dijo Orka—. Además, aún no me he terminado esta jarra de meado de caballo que he pagado. —Levantó el vaso e hizo una mueca cuando bebió.

—Toma tu dinero. —El tabernero le tiró la media moneda de cobre—. No necesito a gente de tu calaña rondando por aquí.

—¿De mi calaña?

—Fuera —gruñó el tabernero, bajando la mano a la empuñadura del seax.

Orka se puso en pie y la silla chirrió arrastrada por el suelo. Agachó la cabeza para mirar al tabernero a los ojos, pues le sacaba una cabeza y era más corpulenta que él. El hombre dio un paso atrás y una expresión de miedo le cruzó la cara. Miró de reojo al hombre con la quemadura en la cabeza y de nuevo a Orka.

—No quiero problemas —dijo hoscamente el tabernero.

Orka pasó junto a él y salió por la puerta de la taberna. Fuera la esperaba una cortina de lluvia. Estaba oscuro, lo que significaba que era algún momento entre la medianoche y el alba, ya que las noches estivales eran más cortas a medida que se acercaba el solsticio. Orka enfiló hacia la izquierda, caminó veinte o treinta pasos y entró en el penumbroso callejón que separaba la taberna del siguiente edificio. Se detuvo y esperó oculta en la oscuridad, apoyada contra una pared de zarzo y barro y mirando en dirección a la calle en la que estaba la puerta de la taberna. Contó cien y la puerta de la taberna se abrió con un crujido y una figura salió de ella, miró a ambos lados y echó a andar hacia la derecha. Era el hombre con la cabeza quemada.

Orka lo siguió.

Mantuvo la distancia con él y se amparó en las sombras. A pesar de la hora, las calles estaban concurridas y salían canciones y risas de las numerosas tabernas, los borrachos caminaban dando tumbos por la vía, los vendedores pregonaban sus productos, conejos y ardillas espetados daban vueltas sobre fuegos sibilantes bajo la lluvia, y sopas y estofados humeaban en los calderos. El hombre con la quemadura recorrió una serie de calles anchas y llenas de gente, aparentemente rodeando la base de la colina en cuya cima levantaba la fortaleza de Darl. En la tierra se habían excavado canales que se alimentaban del río como sanguijuelas, y el hombre con la cabeza quemada llevó a Orka más allá de una multitud de barcos amarrados, cobertizos para embarcaciones y graneros. El olor acre del taller de un curtidor se aferró a sus fosas nasales y Orka vio un patio con pieles extendidas sobre bastidores, preparadas para ser raspadas. Esa parte de la ciudad era más tranquila. El hombre con la cabeza quemada volvió a girar y enseguida llegaron a otra calle llena de tabernas, alumbrada por antorchas y con callejones sumidos en sombras impenetrables, donde prostitutas y carteristas hacían sus negocios. Las botas de Orka chapoteaban en el barro.

El hombre con la quemadura en la cabeza se detuvo delante de una taberna grande, sobre cuya puerta había un letrero en el que se había pintado un guerrero con heridas rojas y runas. Orka se acercó un par de pasos para escrutar a través de la lluvia, se detuvo en la entrada de un callejón y se fundió con las sombras. La taberna se llamaba El drengr muerto. Delante de la puerta había tres personas. De estas, dos eran hombres altos y corpulentos vestidos con lana y cuero; uno de ellos era calvo y llevaba una porra en la mano. Ambos saludaron con la cabeza al hombre con la quemadura.

La tercera persona era una mujer. Llevaba puesta una brynja y una capa, en la que se notaba el bulto de la espada. Un escudo colgaba sobre su espalda, pintado de negro y con unas alas de águila extendidas doradas.

«Uno de los drengir de Helka.»

La mujer se puso delante del hombre con la cabeza quemada, pero el calvo con la porra dijo algo y la mujer se apartó.

El hombre con la quemadura entró en la taberna.

Orka se quedó en las sombras, observando, esperando, pensando, mientras la lluvia le empapaba la capucha y la capa. Una luz cenicienta comenzó a filtrarse en la calle, el heraldo del alba.

Luego se escabulló por el callejón, vacío salvo por las ratas, y salió por el otro extremo al resplandor de un canal negro como el aceite y aporreado por la lluvia, con barcas amarradas que cabeceaban

suavemente en el agua. Se deslizó pegada a la pared de un edificio hasta que llegó a la parte de atrás de El drengr muerto. Una pared alta de zarzo y unas puertas cercaban un patio, establos y otros cobertizos. Orka oyó los relinchos de los caballos. Una voz.

—Moveos —dijo la voz, y una figura apareció por una puerta abierta. Era un hombre, alto y corpulento como los dos que viera en la entrada de la taberna. Llevaba la cabeza cubierta con una capucha y un bastón de madera en las manos. Detrás de él apareció una fila de niños, unos siete u ocho, todos ellos con capas y encapuchados, con las muñecas ligadas. Orka oyó el llanto de algunos. Otro hombre cerraba el grupo.

El primer hombre llegó a una barca amarrada en el canal y saltó a su interior. Hizo gestos y gritó rudamente a los niños para que subieran con él. En la mitad posterior de la embarcación, detrás del banco de los remos, se había tendido un toldo de lana, y los primeros niños se metieron debajo de él. Una niña se negó a subir a la barca y se tiró de rodillas al suelo, llorando. El hombre que estaba detrás le dio una bofetada, la agarró del pelo y la arrojó a la barca.

Orka se maldijo por haber dejado la habitación que había alquilado, pero había querido pasar lo más desapercibida posible. Revisó el resto de sus armas con las manos. Era una vieja costumbre. Había comprado unas fundas sencillas para los dos seax que había arrancado del cuerpo de Torkel y ahora uno de ellos colgaba del cinturón sobre su cadera. El otro lo llevaba escondido en la espalda. Revisó las dos fundas para asegurarse de que no se atascaban y luego sacó el destral del lazo del cinturón.

No se lo pensó dos veces y atravesó a la carrera el camino embarrado hasta el canal, con el hacha en una mano y desenfundando el seax con la otra.

El hombre que estaba en la barca debió advertir el movimiento, porque dejó de subir niños a bordo y miró en su dirección. Orka levantó el brazo y el hacha surcó el aire girando. Impactó en la cara del hombre con un ruido de succión, como de madera astillándose. El hombre cayó hacia atrás y se precipitó al canal con el estrépito del agua.

El segundo hombre se quedó paralizado un momento mirando a su compañero y luego se dio la vuelta. Ya estaba bajando la mano al hacha que colgaba de su cinturón y abriendo la boca cuando Orka lo embistió. El seax se hundió en su vientre y Orka le rompió la nariz de un cabezazo. El hombre lanzó un gruñido y un grito ahogado mientras Orka le rebanaba el torso antes de darle un fuerte empujón. El hombre retrocedió tambaleándose derramando sangre e intestinos, tropezó con

el bordillo del canal y también desapareció en el agua. Las ondas en la superficie del canal fueron el único rastro de su existencia.

Hubo un momento en el que se detuvo el tiempo. Orka miraba la puerta de la taberna, esperando a ver si alguien había oído algo. Pero no se produjo ningún movimiento, ningún ruido.

—¿Breca? —preguntó con desesperación Orka a los niños que la miraban fijamente desde la barca. Debajo del toldo había más sombras observándola—. ¿Breca? —repitió.

Entonces un niño abrió la boca para gritar.

—¡No! —les suplicó Orka—. No voy a hacerte daño. Se llevaron a mi hijo, Breca. ¿Está aquí?

Silencio. Todos los niños la miraban. Uno de ellos sorbió por la nariz y se puso a llorar.

—Aquí no hay nadie que se llame Breca —dijo un chico con el pelo negro y ensortijado y ojos grandes. Parecía mayor que los demás. Debía de tener doce o trece inviernos.

—¿Estás seguro? —le preguntó Orka subiendo a la barca.

Los niños se encogieron y Orka se quedó parada. Se quitó la capucha empapada de lluvia. Debajo llevaba el gorro de lana de Torkel. Tenía el pelo rubio recogido en una trenza que le caía sobre un hombro.

—¿Alguno de vosotros se llama Breca? —preguntó el chico mirando a sus compañeros. Todos tenían el rostro surcado de mugre y ojeras. Algunos negaron con la cabeza. Otros simplemente miraban.

—Hay otros —dijo una niña—. Como nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Orka—. ¿Dónde? ¿Aquí? Acércate. Te cortaré el cordón —añadió, y se agachó.

La niña dio un paso vacilante hacia ella y estiró los brazos con las muñecas ligadas.

—Oí a Bersi hablar sobre ellos.

—¿Bersi? —dijo Orka levantando el seax para cortar el cordón de cuero alrededor de las muñecas de la niña.

La niña señaló con la cabeza hacia el canal, con la cara arrugada en una mueca de asco, y escupió hacia donde había caído el hombre con el hacha de Orka clavada en la cara. Orka lamentaba la pérdida de su destral.

«Ya encontraré otro.»

—Bersi hablaba de otros como nosotros, a los que guardaban allí. —La niña volvió la mirada hacia la taberna—. Pero ya no están.

Orka cortó el cordón con el seax y liberó los brazos de la niña. Ella se frotó las muñecas y esbozó una sonrisa vacilante.

—Ahora eres libre —dijo Orka.

Otros niños tendieron los brazos hacia Orka, que los fue liberando uno a uno de sus ligaduras de cuero.

—¿Por qué os han raptado? —preguntó al chico mayor—. ¿Para qué os quieren?

—No lo sé —respondió el chico encogiéndose de hombros.

—Una última pregunta. ¿Conocéis a un hombre llamado Drekr?

Expresiones de miedo.

—¿Dónde está? —preguntó Orka con un gruñido.

—Ahí dentro —dijo el primer niño que le había hablado señalando la taberna.

Orka se irguió y bajó de la barca. Luego se volvió hacia el chico mayor.

—Ahora sois libres. ¿Ayudarás a los demás? —le preguntó Orka señalando al resto de los niños, que sorbían por la nariz con los ojos aterrorizados.

—Sí —respondió el chico asintiendo con la cabeza.

—Bien. Si podéis remar, marchaos en esta barca. Si no, corred lo más rápido y lo más lejos que podáis, y no miréis atrás.

Orka enfiló hacia la taberna.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

VARG

Varg se sirvió una cucharada de gachas frías en el cuenco.

—Alegra esa cara —le dijo Svik. El guerrero estaba sentado contra un árbol. La primera luz del alba se filtraba a través de las ramas al claro donde habían acampado y teñía de dorado sus facciones.

—Están frías —se quejó Varg.

—Hay cosas peores que las gachas frías en este mundo —repuso Svik sonriéndole—. Seguramente conocerás algunas muy pronto.

—Eso no me anima, si es lo que pretendías —dijo Varg mirando fijamente las gachas.

Glornir había ordenado que no se encendieran fuegos mientras avanzaban por las estribaciones de las Dorsales.

La verdad era que Varg estaba acostumbrado a comer cosas mucho peores, pues la comida y las raciones que daban a los thrall que trabajaban en los campos de la granja de Kolskegg eran solo un poco mejores que la porquería con la que alimentaban a los cerdos.

«Es extraño lo rápido que nos acostumbramos a las cosas buenas. No hace nada, las gachas calientes con nata y miel eran un banquete sin igual. Ahora son… lo normal.»

—Toma, come un poco de mi queso —dijo Svik cortando una cuña de un queso redondo y duro que había encima del tajadero que tenía al lado—. Por favor, acéptalo, antes de que me infecte de tu mal humor y me abra un tajo en la garganta.

—En ese caso, no te comas el queso —le aconsejó Røkia a Varg dándole un codazo mientras se servía gachas frías en el cuenco—. Mi sueño por fin podría hacerse realidad. —Dedicó una sonrisa fría a Svik.

—En el fondo me ama —dijo Svik agitando el queso delante de Varg, que lo cogió y se sentó al lado del enjuto y radiante guerrero.

—A ti te encanta el queso, ¿verdad? —observó Varg.

—El queso me salvó la vida —dijo Svik.

—¡Ah, no, esa historia otra vez no! —exclamó Røkia poniendo los ojos en blanco—. No le preguntes cómo fue.

—¿Cómo? —preguntó Varg.

Svik sonrió y cambió de postura para ponerse más cómodo. Otros Hermanos de Sangre estaban congregándose a su alrededor. Einar se abrió paso a través de ellos y se sentó cerca de Svik y de Varg.

—Me encanta esa historia —dijo Medio Troll.

—Eso es solo porque aparece un pariente tuyo —apuntó Røkia.

—Yo no soy un troll —protestó Einar lanzando una mirada asesina a Røkia—. Mi problema es que tengo los huesos grandes.

Røkia arqueó una ceja.

Torvik se unió a ellos.

—Svik es un gran contador de historias —le susurró el joven aprendiz a Varg.

—Cuando era joven —empezó Svik—, tenía dos hermanos mayores y vivíamos en una granja en los márgenes de un bosque. Un día, aún temprano, mis hermanos llegaron corriendo del bosque muertos de miedo. Habían salido a cortar leña para las reservas para el invierno, pero un troll los sorprendió y los amenazó con comérselos.

—Los trolls son así de crueles —le susurró Einar a Varg.

—Siendo yo una persona orgullosa y práctica, a pesar de mi juventud, decidí que la situación no era aceptable —continuó Svik—. Necesitábamos la leña para el invierno o nos moriríamos de frío. Además no me gustaba que hubieran amenazado a mi familia. Por lo tanto me dirigí al bosque, y recordé llevar un queso conmigo en un pequeño saco de cáñamo por si acaso se me hacía tarde y me entraba el hambre.

—Muy sensato —comentó Einar.

—Encontré los troncos talados y la leña cortada que mis hermanos habían dejado a medias. Sus hachas, sus sierras y las demás herramientas aún estaban donde las habían abandonado. No había ni rastro del troll, así que cogí un hacha y continué el trabajo duro desde donde lo habían dejado mis hermanos. Al poco tiempo me cansé y paré para descansar. Me senté en un tronco y saqué el queso para comer un poco, pero en ese mismo instante sentí que el suelo temblaba y oí un restallido de ramas. Me di la vuelta y vi al troll enfilando con grandes zancadas directamente hacia mí, con los cuernos y los colmillos apuntándome.

—Como todo el mundo sabe, eso significa que el troll estaba enfadado y quería luchar —susurró Einar a Varg—. Los trolls son muy territoriales.

Varg asintió.

—Debo confesar —continuó Svik— que me asusté cuando vi aparecer al troll. Yo solo tenía catorce o quince inviernos, y aquel troll era más grande que Einar y veía claramente que quería hacerme daño. Tenía tanto miedo que me quedé paralizado mirando a la criatura, con el queso en la mano.

Varg miró en derredor. Había por lo menos una veintena de

Terrores de la Batalla reunidos en torno a ellos y seguían llegando más, comiendo gachas y escuchando sonrientes. Skalk estaba allí, con Olvir e Yrsa, y los tres escuchaban con mucha atención la historia de Svik.

—El troll avanzaba con paso firme hacia mí, pero entonces se detuvo. Se quedó quieto, mirándome. O, para ser más precisos, mirando fijamente mi mano. Bajé la mirada y me di cuenta de que por miedo había cerrado la mano en un puño y dentro estaba el trozo de queso. Estaba estrujándolo. De hecho, lo estrujaba tan fuerte que goteaba y estaba formando un charco alrededor de mis pies. El troll pestañeó desconcertado. «Eres fuerte para ser pequeño —dijo—. Nunca había visto a nadie pulverizar una piedra con las manos.» —Svik sonrió a la gente que lo escuchaba—. Los trolls no son las criaturas más inteligentes del mundo —dijo dándose golpecitos en la sien con un dedo—, y aquel pensaba que había triturado una piedra con la mano. Me di cuenta de que podía aprovechar esa circunstancia y no le revelé la verdad. Por el contrario, le expliqué, muy educadamente, que estaba cortando leña para el invierno y era mejor no hacerme enfadar, ni retrasarme. El troll tenía tanto miedo de que utilizara mis puños capaces de triturar piedras contra él que se ofreció a ayudarme.

Sonaron las risas en el círculo de guerreros. Las más fuertes eran las de Olvir e Yrsa. A Varg se le dibujó una sonrisa.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó Einar, entusiasmado como un niño el día de su onomástica.

—Ya sabes lo que ocurre luego, idiota —espetó Røkia poniendo los ojos en blanco.

—Me gusta cómo lo cuenta Svik —refunfuñó Medio Troll.

—Después de cortar toda la leña, el troll me invitó a comer unas gachas en su cueva —contó Svik—. Yo temía que se sintiera insultado si rechazaba la invitación, así que lo acompañé. Su cueva era grande, oscura y húmeda, pero guardaba en ella un gran tesoro: armas, monedas, anillos de bronce y de plata que había quitado a los guerreros que había matado. El troll puso una olla con gachas encima del fuego y enseguida estuvieron listas. «¿Hacemos una competición? —me preguntó el troll con una expresión astuta en los ojos—. A ver quién come más gachas.» Yo respondí: «Por supuesto.» Porque sabía que si me negaba insultaría al troll y se enfadaría conmigo, pero por dentro estaba temblando, ya que también sabía que, si perdía, el troll se daría cuenta de que era tan débil como la mayoría y probablemente me mataría. —Svik miró a su alrededor. Todos habíamos olvidado el cuenco que teníamos en las manos y estábamos encorvados hacia él.

»Cuando el troll fue a buscar dos cuencos y dos cucharas para comer, rápidamente cogí el saco de cáñamo en el que había llevado el queso y me lo metí debajo de la túnica, con la abertura oculta cerca del cuello. El troll regresó con unos cuencos que eran más grandes que esa olla de ahí. —Svik señaló la olla de las gachas, tan grande como el escudo de Varg. Los guerreros silbaron y negaron con la cabeza—. El troll llenó el mío y me lo dio. Pesaba tanto que ni siquiera podía levantarlo, así que dejé que el trol lo colocara en el suelo, entre mis piernas. Y entonces empezamos a comer. Yo me fijé en que el troll estaba disfrutando de la comida, pues sorbía ruidosamente. Yo enseguida me sentí lleno, así que esperé a que no me mirara y vertí una cucharada de gachas en el saco que escondía debajo de la túnica. Repetí la operación una y otra vez hasta que el saco se llenó, y el troll seguía comiendo. —Svik hizo un mohín—. Estaba perdido. Temía por mi vida. Y además estaba a punto de reventar. Pero entonces se me ocurrió una idea. —Svik levantó un dedo y paseó la mirada por los rostros que lo observaban—. «Estoy tan lleno —le dije al troll— que creo que no puedo comer una sola cucharada más.»

»El troll me sonrió con las gachas chorreándole de los dientes. «Hay un destino para los ganadores y otro para los perdedores», dijo el troll, y yo sabía perfectamente lo que quería decir con eso. Bajé lentamente la mano al cinturón, donde tenía un cuchillo pequeño y afilado, y lo saqué. El troll me miró desconcertado y se puso tenso, preparado para mi ataque. Sin embargo, giré el cuchillo para apuntarlo hacia mí y me lo clavé en la barriga.

Se oyeron gritos ahogados en el círculo de guerreros y Svik representó la puñalada fingiendo clavarse un cuchillo y rajarse el estómago, se plegó hacia delante y puso un rictus de dolor. Luego volvió a sentarse derecho y sonrió.

—Pero en vez de desparramar mis entrañas, lo que cayó sobre mis manos fueron gachas. Había perforado el saco de cáñamo a través de la túnica y lo había rajado para verter las gachas.

Sonaron murmullos de aprobación alrededor del claro.

—«¡Ah, así estoy mucho mejor!», dije, e inmediatamente me puse a comer más gachas de mi olla, vertiéndolas astutamente en la abertura del saco. Por cada cucharada que fingía meterme en la boca, más gachas se derramaban por el agujero de mi túnica.

Einar esbozó una sonrisa más ancha que el sol al mismo tiempo que asentía con la cabeza, rendido a la inteligencia de Svik.

—El troll me miró con los ojos como platos y asintió respetuosamente. «Eres un hombre que se toma en serio las gachas», dijo. Luego suspiró y, negando con la cabeza, continuó comiendo de

su cuenco. En un momento dado me di cuenta de que estaba lleno. Empezó a moverse, a retorcerse y a poner caras raras. «No me lo puedo creer —dijo finalmente—, pero pienso que estoy a punto de perder una competición de comer con un humano. Mi barriga está tan llena que me parece que está a punto de reventar.»

»Yo dije: «¡Ah, comprendo cómo te sientes! A nadie le gusta perder una competición de comer. Sobre todo contra un humano tan pequeño e insignificante como yo». El troll asintió y frunció el ceño, de acuerdo conmigo. «Todo depende de lo grande que sea tu deseo de ganar y de lo lejos que estés dispuesto a llegar», dije, y bajé la mirada a mi túnica rajada y a las gachas que seguían saliendo del agujero.

»El troll me miró y su gesto ceñudo se transformó en un rostro sonriente. «Yo soy tan valiente como tú, hombrecito, y estoy preparado para hacer lo que sea necesario para ganar.» Dicho lo cual, el troll sacó un cuchillo de sílice del cinturón y se rajó la barriga. A día de hoy sigo viendo la expresión de confusión en su cara y sus tripas desparramadas en su regazo en vez de las gachas.

Se hizo el silencio en el claro y de pronto estallaron las risas, entre ellas la de Varg, aunque la de Einar era la más estridente mientras aporreaba el suelo con una mano abierta. Olvir e Yrsa se secaban las lágrimas de tanto reír. Olvir incluso estaba plegado y con las manos en las rodillas.

—He ahí por qué intento no ir a ningún lado sin un queso —dijo Svik mientras las risas cesaban.

—¡Eso es lo que yo llamo astucia! —exclamó Einar, todavía balanceándose adelante y atrás de la diversión.

Glornir entró con paso firme en el claro, con la brynja radiante a la luz fragmentada del sol.

—¿Es que queréis anunciar nuestra llegada a todos los vaesen que hay en cien leguas a la redonda? —espetó con el gesto ceñudo—. En pie. Nos ponemos en marcha.

El campamento se puso en movimiento. Torvik se levantó de un brinco y le tendió la mano a Varg.

—Vamos, hermano, no hay cordero para el lobo perezoso —le dijo sonriendo.

—Yo no soy perezoso —protestó Varg levantándose del suelo, aunque se quedó pensando en el hecho de que Torvik acabara de llamarle hermano. Se le llenó la cabeza de recuerdos de Frøya, que le había llamado hermano durante toda la vida que compartieron. Ella había sido su única amiga, la única persona en la que podía confiar, y ya no estaba. El hecho de que Torvik le hubiera llamado hermano le recordó a ella y le provocó un montón de emociones encontradas. Una

parte de él se sintió culpable al recordar a su hermana y el juramento que aún no había cumplido. Pero a otra parte de él le gustó. Hacía que sintiera que ya no estaba solo en este mundo duro.

Varg ayudó a desmontar el campamento, a recoger el equipo y a cargarlo en los tres ponis. Cuando el sol asomó por el borde del mundo, se pusieron en marcha. Torvik y los demás exploradores siguieron a Edel y se adentraron en las estribaciones por delante de Glornir y los Hermanos de Sangre. Varg caminaba con el escudo terciado a la espalda y la lanza en la mano. Las sombras eran alargadas y oscuras en la colina arbolada y los Hermanos de Sangre marchaban en una columna desordenada por delante y por detrás de Varg. Atravesaban un terreno de colinas pobladas de bosques y valles penumbrosos, de prados inundados de sol y ríos sinuosos y resplandecientes como serpientes tachonadas de piedras preciosas que se deslizaran por el paisaje. El sol recién salido brillaba con intensidad en el cielo cuando Varg alcanzó un prado ondulado y abandonó los bosques. Hacía ocho días que habían dejado atrás el barco y la granja abandonada y ahora la cordillera Dorsal colmaba el horizonte. Las altísimas montañas se extendían a lo ancho hasta donde alcanzaba la vista de Varg. Las cimas nevadas y las faldas verde oscuro tapizadas de pinos semejaban el cabello cano y la capa cubierta de musgo sobre los hombros de un gigante antiguo y colosal. Los días eran más largos a medida que viajaban hacia el norte y el año se aproximaba al solsticio de verano, cuando la luz del sol desterraba la oscuridad durante un mes entero.

Varg divisó a lo lejos a Edel y sus perros a la cabeza de los exploradores, vadeando un arroyo y desapareciendo en el bosque de la otra orilla. También delante de él, pero más cerca, vio a Glornir caminando junto a Vol. Varg apretó el paso por la hierba verde y el brezo morado y, según se acercaba a ellos, vio que Vol se inclinaba hacia Glornir y movía la mandíbula.

—Ya debería habernos alcanzado —estaba diciéndole Vol al líder de los Hermanos de Sangre. Varg oyó sus palabras transportadas por el viento.

Glornir continuó caminando sin decir nada, valiéndose del hacha larga como bastón.

—Deberíamos estar buscándola, no internándonos en las Dorsales con el chulo de Helka —añadió Vol en voz más alta.

Glornir miró a Vol.

—Somos los Hermanos de Sangre, guerreros a sueldo. Es nuestro

trabajo —dijo mesándose la barba—. Yo también lo siento por ella, pero Vigrið es grande y no sabemos dónde buscar. Ella tendrá que encontrarnos. No he mantenido en secreto nuestro rumbo, dónde nos hemos quedado…

Varg resbaló en un poco de hierba que el sol había secado, donde el suelo era polvoriento, pero recuperó el equilibrio. Glornir y Vol se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Glornir.

Varg aumentó el ritmo de sus pasos hasta que llegó a su lado.

—El akáll del que os hablé…

—No —espetó Glornir—. Tal vez algún día, si tienes lo que se necesita para convertirte en uno de los nuestros, pero ese día no es hoy. —Clavó una mirada fulminante en Varg—. Ya te lo he explicado. No vuelvas a pedírmelo.

Varg abrió la boca. El fuego de la rabia crecía dentro de él, avivado por la urgencia que sentía en las tripas, la necesidad que lo atormentaba cada segundo de vigilia: honrar su juramento; honrar y vengar a su hermana.

—No —le dijo Vol levantando una mano. También miró con severidad a Varg, aunque sin la ira de Glornir. Si acaso, Varg creyó ver piedad en sus ojos. Sus pasos se enlentecieron y se quedó atrás, caminando solo y con la cabeza gacha. Bullía de rabia y la frustración azuzaba la llama. Era como una forja adormecida, con las brasas calientes debajo de la ceniza, esperando a avivarse con una ráfaga de aire del fuelle.

«“Tal vez algún día”, dices. Pero ¿cuándo será ese día si alguna vez llega? ¿Estoy perdiendo el poco tiempo que me queda en una empresa que no me importa? ¿Qué más me da a mí el pueblo de Helka? Ni siquiera lo conozco, nunca me ha interesado —pensó. Se le hizo un nudo en la garganta—. Frøya es lo único que siempre ha sido importante para mí.»

Oyó voces a su espalda y se volvió. Skalk caminaba por el prado acompañado por Olvir e Yrsa. Parpadeó para enjugarse las lágrimas de los ojos y haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad enterró la emoción que bullía dentro de él en los rincones oscuros de su alma.

«Un galdramaðr —dijo una voz en su cabeza—. Uno capaz de realizar un akáll…»

Skalk debió notar la mirada de Varg, ya que se volvió hacia él y Varg le sostuvo la mirada.

Esta vez Varg no le pidió a esa insistente voz interior que se callara.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

ORKA

Orka entró sigilosamente en el patio de El drengr muerto. En el cielo, los nubarrones se deshilachaban y deslizaban como banderines ajironados. Las sombras se alargaban y se desvanecían a medida que amanecía en el mundo. En el aire había una quietud silenciosa. Orka oyó a su espalda el chapoteo de los remos mientras los niños que había liberado huían en la barca. Un caballo que la miraba desde la puerta de la cuadra relinchó. Orka siguió el contorno curvo de la valla de zarzo con un seax en la mano y el otro aún enfundado a la espalda. Solo había una puerta para acceder a la taberna y Orka se detuvo junto a ella y aguzó el oído. Oyó el cuchicheo atenuado de voces. Levantó lentamente el pestillo y empujó la puerta para entreabrirla. La luz se desparramó por la rendija y las voces sonaron más fuerte; era el murmullo general de una taberna, algunas canciones de borrachos. Orka atisbó un pequeño cuarto con armarios, un horno de arcilla que brillaba al calor residual de las brasas, mesas y estantes con vasos, tajaderos y platos. Cuchillos y trozos de carne cortados por la mitad. Una puerta en el fondo daba paso a la sala de la taberna. Orka alcanzó a ver mesas y sillas, personas sentadas charlando.

Entró en el cuarto y cerró la puerta a su espalda con cuidado de que el pestillo no volviera a caer. Echó un vistazo alrededor y vio una escalera de madera que subía a un desván. Lanzó otra mirada a la sala de la taberna. Nadie la había oído. Volvió a mirar la escalera.

«Tengo que averiguar si hay alguien en el desván —pensó—. No quiero que aparezca un enemigo por la espalda o que me bloquee mi única salida cuando entre en la taberna.»

Enfiló hasta la escalera y subió poco a poco y con cautela, tanteando con el pie cada escalón antes de subir a él y dejando que su peso se asentara una vez en él, hasta que llegó al desván. Estaba vacío y oscuro; no había ventanas, y la única luz era la de una antorcha de juncos apagada que seguía brillando tenuemente. Había goteras en el grueso techo de paja. Orka se quedó quieta e inspiró. Era una habitación del tamaño de la taberna de abajo, con vigas cruzadas cubiertas de telarañas. Una veintena de pequeños jergones ocupaban casi todo el suelo y el hedor de orines y heces impregnaba el aire. Orka ya se disponía a darse la vuelta cuando algo atrajo su mirada. Era un cordón de cuero entre los juncos del jergón más cercano a ella.

Lo cogió y contuvo el aliento.

Era una diminuta espada de madera que colgaba de un cordón de cuero partido.

El corazón le aporreó el pecho como si tuviera dentro un tambor y se le encogió el estómago.

Recordó haber visto la espada colgada del cordón alrededor de su cuello la última noche que pasaron juntos en casa. Un torrente de recuerdos se precipitó dentro de su cabeza: los dos sentados y comiendo juntos, Breca enfurecido por la muerte de Virk, su deseo de aprender a manejar la espada. Torkel y sus palabras sobre el camino correcto, sobre las elecciones. Sintió una cascada imparable de emociones, se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas le abrasaron los ojos.

«Ha estado aquí. Mi Breca ha estado aquí. Vivo.»

La esperanza volvió a prender dentro de ella.

«¿Dónde estará ahora? ¿A dónde lo han llevado? ¿Qué quieren de él?»

Pensó en qué hacer a continuación, en las opciones que tenía ante ella.

«A veces no hay posibilidad de elegir y una corriente que no hemos elegido nos arrastra.»

Apretó la mandíbula y le rechinaron los dientes.

«Seré esa corriente. Seré el cauce.»

Unas risas atenuadas se filtraron a través de las tablas del suelo desde la taberna. Orka arrinconó las emociones que colmaban su pecho y se enjugó las lágrimas. Cerró la mano alrededor del colgante y sus nudillos se pusieron blancos.

Transformó su corazón en un puño.

Bajó la mirada al suelo. La luz de la sala de abajo se filtraba a través de las grietas en las tablas. Oyó voces y risas.

«Drekr. Los que raptaron a mi hijo. Los que asesinaron a mi marido. Yo seré su muerte.»

Guardó el cordón con el colgante en la bolsa que llevaba en el cinturón. Luego dio media vuelta, bajó sigilosamente por la escalera al pequeño cuarto y se acercó a la puerta que daba a la sala de la taberna.

Detrás de la barra había un hombre con escaso pelo cano y la barba recogida con una anilla de bronce. Estaba llenando unas jarras de cerveza. La mayoría de las mesas estaban vacías. En una que estaba situada cerca de la entrada, debajo de la ventana con contraventanas, había sentadas seis o siete personas, hombres y mujeres, jugando a la taba. El hombre con la cabeza quemada era una de ellas, y sonreía

mientras tiraba los huesos. Tenía una cara fina y angulosa, una boca grande y los dientes superiores demasiado largos para que los cubriera el labio.

Más cerca de Orka había una mujer de pie, de espaldas a ella y de cara a la sala. Era alta y vestía una túnica acolchada, con un hacha y un seax colgados del cinturón. Miraba fijamente una mesa a la que estaban sentadas dos personas que conversaban con las cabezas pegadas. Otro hombre, un guerrero con el pelo oscuro, una malla y un escudo a la espalda, estaba de pie detrás de ellos. Una de las personas sentadas iba envuelta con una elegante capa, cerrada con un broche con la forma del ala de un águila, y una capucha de lana le ocultaba el rostro. La otra era un hombre grande e imponente, con unos músculos enormes en los hombros y en la espalda, hasta el punto de que daba la impresión de que no tenía cuello. Vestía una túnica oscura con un bordado de trenzas alrededor del cuello y del pecho. Llevaba el cabello azabache recogido en una tirante trenza que le caía sobre la espalda y la barba enhebrada en unos anillos de plata. Era apuesto, con unas cejas espesas y afiladas, o lo habría sido de no ser por las marcas de garras que le cruzaban el rostro, cuatro líneas curvas que iban desde la frente hasta el mentón deformándole la cara y la boca. Eran recientes, a juzgar por el color vivo de las heridas, los puntos y las costras.

Orka entró en la sala, agarró del pelo a la mujer apostada como centinela y la arrastró hacia atrás. Le clavó el seax en la garganta y rebanó cartílago y carne para extraer la hoja. La mujer agitó los brazos y por su boca escapó un grito ahogado y un gorgoteo acompañando la explosión de sangre arterial.

El hombre que estaba detrás de la barra fue el primero en ver a Orka. Se quedó boquiabierto y la cerveza rebosó de la jarra y comenzó a formar un charco en la barra mientras él la miraba paralizado.

Se oyó un chirrido de sillas arrastradas y gritos procedentes de la mesa donde estaban jugando a la taba, seguidos por el restallido de aceros saliendo de las fundas de cuero. En la mesa más cercana, la figura encapuchada miró a Orka y luego a la mujer que se desangraba entre sus brazos y se puso en pie, retrocedió y la silla cayó al suelo. La capucha se deslizó hacia atrás y dejó a la vista la cabeza de un hombre con el pelo negro, joven y con un rostro orgulloso.

Orka lo reconoció. Lo había visto en el muelle.

«Hakon, el hijo de Helka.»

Detrás de él, el drengr con la malla se pasó el escudo adelante, desenvainó la espada y se interpuso entre Hakon y Orka.

—¡Es ella, es ella, la mujer que hacía preguntas! —gritó el

hombre con la cabeza quemada señalando a Orka. Las personas que estaban con él se desplegaron a su alrededor empuñando las armas.

El hombre con la cicatriz en la cara se volvió sin levantarse de la silla para mirar a Orka con el ceño fruncido.

—Esa a la que acabas de apuñalar era mi amiga —gruñó. Su voz era áspera como la grava.

Orka sostuvo a la mujer por el pelo, limpió el seax en la túnica acolchada y la dejó caer. Le quitó el hacha del cinturón mientras su víctima se deslizaba hacia el suelo.

—¿Reconoces esto? —espetó Orka sosteniendo en alto el seax para que el hombre con la cicatriz lo viera.

El tipo puso una expresión de confusión y se llevó una mano a la cara. Su boca se torció para componer lo que en otro tiempo habría sido una sonrisa.

—Así que tú eres Drekr —musitó Orka.

—¿Era tu marido? —preguntó Drekr levantándose lentamente, sin despegar los ojos del seax. Era más alto y corpulento que Orka. Parecía lo suficientemente grande para tapar el cielo en aquella taberna tenebrosa. Un hacha colgaba de su cinturón—. Luchó bien. Pero chilló como un cerdo cuando lo apuñalé.

—¿Dónde está mi hijo? —gruñó Orka adentrándose en la sala. Su rabia era una llamarada que ardía en sus extremidades.

El drengr que protegía a Hakon intentó hacer retroceder al príncipe, pero Hakon lo empujó hacia Orka.

—¡Mátala! —gritó el hijo de Helka.

El drengr se encogió de hombros y avanzó para enfrentarse a Orka, con el escudo levantado y la punta de la espada sobresaliendo por encima del borde. A su espalda quedaron Drekr y Hakon.

Orka flexionó las piernas y levantó el seax y el hacha. Se deslizó hacia la derecha cuando el drengr dio un paso veloz hacia ella y la atacó con la espada, sosteniéndola sobre el borde del escudo, como si fuera un aguijón. La hoja cortó silbando el aire junto a la cara de Orka y esta arremetió con el hacha, lo enganchó en el escudo del drengr y tiró del guerrero. Su oponente se tambaleó y asestó un espadazo dirigido a la cabeza de Orka, pero ella se agachó, dio un paso adelante y le clavó el seax en el costado, con la fuerza suficiente para atravesar las anillas de hierro de la cota y hundirlo hasta el fondo en su cuerpo. La sangre comenzó a embadurnar su puño. Giró la hoja dentro del guerrero y este soltó un grito ahogado y se puso rígido. Orka se lo quitó de encima de un empujón y lo lanzó contra una mesa que se hizo añicos debajo de él.

Hakon chilló.

Los hombres y las mujeres que habían estado jugando a la taba cargaron hacia Orka. Eran seis o siete, con el hombre de la cara quemada gritando detrás de ellos. El tabernero saltó por encima de la barra y desenfundó un seax.

Se abrió la puerta de la calle y la silueta de dos centinelas se recortó sobre la luz del día, junto con la de otro drengr.

Drekr empuñaba un hacha y su rostro tenía una expresión que era mitad gruñido y mitad sonrisa.

Orka corrió hacia él, se agachó para evadir el hachazo y lo embistió con el hombro. Lo levantó del suelo y lo estampó contra una mesa vacía en medio de una lluvia de astillas. Luego Orka se abalanzó sobre él y le asestó un hachazo dirigido a la cara, pero Drekr giró el cuerpo y el hacha se hundió en la madera. Advirtió un movimiento a su izquierda, una mujer que corría hacia ella. Orka extrajo el hacha, giró sobre los talones y atacó con el seax. La hoja abrió un tajo en el brazo de la mujer al mismo tiempo que esta le asestaba un golpe. Un alarido retumbó en la taberna, seguido de otro cuando Orka hundió el hacha en el torso de la mujer. Notó cómo se partían las costillas y volvió a girar sobre los talones arrastrando a la mujer. Se oyó un crujido cuando un seax que iba dirigido a Orka impactó en la cabeza de la mujer y un chorro de sangre y huesos la golpeó en la cara. Orka agarró a la mujer antes de que cayera al suelo, la levantó con las dos manos y la arrojó por el aire hacia los guerreros que estaban detrás. Todos salieron disparados contra la ventana cerrada y una explosión de astillas y de luz inundó la taberna cuando se precipitaron a la calle del otro lado.

Alguien golpeó en la espalda a Orka, que oyó el ruido de las anillas de su brynja al partirse y sintió un calor abrasador. Se tambaleó hacia delante, tropezó con una silla y se plegó mientras caía. Advirtió el silbido del aire donde debería haber estado su cabeza. Drekr se alzaba detrás de ella con su hacha. El tabernero también estaba allí, atacándola con el seax. Orka rodó por el suelo, asestó un hachazo y notó que se clavaba en un tobillo. Oyó un grito y el tabernero se desplomó. Orka agitó entonces las piernas para enviar de una patada una mesa contra las pantorrillas de Drekr. Este gruñó, redujo a astillas la mesa con el hacha y avanzó con determinación hacia ella.

Orka se alejó arrastrándose por el suelo, se subió a la barra de la taberna y saltó hacia atrás para esquivar el hacha de Drekr, que trazaba un amplio arco en el aire hacia ella. A continuación dobló el cuerpo y arremetió con el seax. Sintió cómo la hoja atravesaba la lana

y se hundía en la carne.

Drekr gritó y Orka se abalanzó sobre él. Los dos salieron disparados hacia atrás. Drekr tropezó con una mesa y ambos se precipitaron por el hueco de la ventana destrozada. La gente chillaba y se apartaba saltando mientras Orka y Drekr rodaban por la calle embarrada con los cuerpos enredados. Orka terminó encima de su rival, con el brazo en el que empuñaba el hacha apresado debajo del cuerpo de Drekr, pero levantó la otra mano con el seax para apuñalarlo. Sus caras estaban pegadas y se escupían y se gruñían mutuamente.

—¿Dónde está mi hijo? —espetó Orka con los dientes apretados y sosteniendo el seax sobre Drekr.

Drekr le dio un cabezazo y se produjo una explosión de luz blanca dentro de la cabeza de Orka, que sintió que las fuerzas la abandonaban y las extremidades no le respondían. Drekr se la quitó de encima y la tiró rodando por el suelo. Orka se puso de rodillas y con las manos apoyadas en el suelo, escupiendo sangre, y vio que Drekr se levantaba y enfilaba hacia ella con un tajo sanguinolento en el torso. Una punzada de dolor le recorrió la espalda cuando se levantó a duras penas y recogió el seax y el hacha. Afirmó los pies en el suelo y gruñó a Drekr.

El guerrero sonrió y sopesó el hacha en la mano. Ya no era un hacha larga, el arma favorita de Torkel, pero el mango seguía siendo lo suficientemente largo para que Drekr lo empuñara con las dos manos, como si fuera una porra.

Salieron unas figuras de la taberna que corrieron hacia Orka, incluido el hombre con la cabeza quemada.

—Es mía —gruñó Drekr.

Sus compinches se detuvieron y formaron un círculo irregular alrededor de Orka y de Drekr, en el que se integraron otras personas que se encontraban en la calle. Salió gente de otros edificios que engrosó la multitud. Orka oyó gritos, y apuestas. Atisbó a Hakon en la muchedumbre, al lado de su drengr.

—¿Dónde está mi hijo? —gruñó Orka mientras Drekr se acercaba.

—Se ha ido —respondió él encogiéndose de hombros.

Orka avanzó hacia él y amagó con asestarle un hachazo por la izquierda, pero dio un paso lateral y lo atacó con el seax. El hacha de Drekr desvió la hoja con un estruendo metálico. Orka salió del radio de su alcance antes de que él pudiera contraatacar. Caminaron en círculo unos momentos, midiéndose, calculándose. El juego de pies y el equilibrio de Drekr eran buenos, realmente impresionantes para un hombre tan grande. Pero esgrimía un arma y ella dos, y llevaba una

túnica de lana y ella una cota de malla.

«Me dirá dónde está Breca, aunque tenga que arrancarle la respuesta de su carne.»

Orka atacó de nuevo, con sus dos armas convertidas en unas manchas borrosas mientras lo acometía con una serie de rápidos golpes. Saltaron chispas y Drekr retrocedió usando el hacha como si fuera un bastón corto, deteniendo los golpes y arremetiendo. Orka se balanceó y asestó una puñalada detrás de otra con los ojos fijos en él, intentando arrebatarle la vida. Hubo un intercambio de estocadas, golpes, maniobras defensivas y de contraataque, hasta que los contendientes pusieron distancia entre ellos, jadeando. Orka sintió un dolor en la pierna, debajo de la rodilla. Bajó la mirada y vio la venda de la pierna empapada en sangre. El dolor llegó un instante después, agudo, abrasador.

No le prestó atención.

Drekr la miró con el ceño fruncido. Una raya roja le cruzaba el torso y tenía otra herida en el hombro. Los jirones de la túnica desgarrada le colgaban del cuerpo. Orka entrevió un tatuaje que le cubría el hombro y el pecho, una serpiente mostrando los colmillos con la boca abierta y el cuerpo retorcido.

Drekr avanzó hacia ella y Orka acudió a su encuentro con el hacha en alto y el seax en bajo. El guerrero detuvo la acometida del hacha de su rival con el mango de su propia hacha y se produjo un golpe seco de madera; giró la muñeca y la hoja de su hacha se deslizó por el antebrazo de Orka, cuya hacha salió dando vueltas por el aire. Simultáneamente, Orka le lanzó una cuchillada hacia el vientre, pero de algún modo Drekr torció el cuerpo y el seax apuñaló el aire y apenas rozó la túnica de su oponente. Drekr propinó a Orka una coz en la pierna herida y ella se tambaleó, hincó una rodilla en el suelo y Drekr se puso a su espalda y le apretó el cuello con el mango del hacha.

Orka agarró el mango del hacha con la mano libre y golpeó hacia atrás desesperadamente con el seax tratando de acertar en la carne de Drekr, pero solo escindía aire con la hoja. Empezaron a brotar unos puntitos negros en su visión.

—Has luchado bien —gruñó Drekr detrás de ella, con los músculos de su brazo hinchados y tirantes bajo la piel como anguilas dentro de un saco—, pero ya estás muerta. Quiero que sepas una cosa antes de que emprendas el viaje de las almas: tu hijo cambiará el mundo.

Drekr dio un tirón brutal con el mango del hacha. Orka sintió que los músculos y los tendones de su cuerpo se desgarraban y su visión se

nublaba, como si hubiera aparecido un banco de niebla a su alrededor. Las fuerzas abandonaban sus extremidades y su respiración era apenas un resuello abrasador e irregular.

Oyó atenuados unos sonidos lejanos, las notas de un cuerno, el chacoloteo de cascos de caballo, todos ellos desvaneciéndose.

«Torkel, Breca.» Sus caras flotaban en su cabeza y la miraban con una expresión triste y acusadora.

«¡Véngame!», susurró Torkel.

«¡Encuéntrame!», suplicó Breca.

Algo cambió en lo más profundo de Orka y su consciencia y su claridad de pensamiento regresaron abruptamente. Sintió cómo la sangre borboteaba en sus venas y el ardor de la ira se transformó de repente en un frío primigenio que recorría su cuerpo; era fuego mezclado con hielo. Un torrente de fuerza inundó sus músculos y su visión y todos sus sentidos regresaron agudizados.

El cuerno sonaba más fuerte, las voces bramaban órdenes, el estrépito de muchos pies.

Orka soltó el mango del hacha que la estrangulaba y agarró el puño con el que Drekr lo aferraba, tiró de él y sintió el crujido de los huesos de un dedo roto.

Se oyó un grito detrás de ella y Drekr aflojó el estrangulamiento. Orka se echó hacia delante con una sacudida violenta al mismo tiempo que se daba la vuelta y arremetía con el seax. Drekr retrocedió tambaleándose con una herida sangrienta en el muslo y sosteniendo torpemente el hacha, con el nudillo del dedo pulgar hinchado y morado.

Orka recogió el hacha del barro y se puso de pie.

—Vas a decirme dónde está mi hijo —espetó. Un odio salvaje hacía palpitar su cuerpo. Sentía el deseo de desgarrar, despedazar y matar a Drekr, de descuartizarlo y aplastar su cráneo contra el suelo.

Se alzaron gritos y alaridos desde la muchedumbre. Un hombre corrió a interponerse entre Orka y Drekr y rápidamente acudieron más. Hakon, que se encontraba entre la multitud, se puso la capucha, dio media vuelta y echó a correr con su drengr protegiéndolo de la trifulca. Orka lanzó una mirada de soslayo y vio una compañía de drengir que enfilaba por la calle, treinta o cuarenta guerreros con los escudos levantados y golpeándolos rítmicamente con las lanzas. Detrás de ellos marchaba otro guerrero a caballo tocando un cuerno.

—No puedo permitir que salgas viva de esto —dijo Drekr—. Algo me dice que serías un grano en el culo. —Hizo un gesto con la mano y salieron unos hombres de la multitud. Eran los mismos que habían estado en la taberna y la pareja que hacía guardia en la puerta. Se

dirigieron hacia Orka formando un círculo cada vez más estrecho de hachas, porras y seax, todos ellos apuntándola.

Orka afirmó los pies en el suelo y los miró con ferocidad mientras se daba la vuelta lentamente.

—¿Quién quiere ser el primero en morir? —gruñó.

Se oyó un chacoloteo de cascos y un caballo apareció en la multitud apartando a la gente. El animal se acercó relinchando y piafando y el jinete asestó un espadazo a uno de los guardias que formaban el círculo que rodeaba a Orka. El guerrero se desplomó chillando con un tajo rojo en el pecho y el caballo se adentró en el círculo. El otro guardia levantó la porra con la intención de golpear al jinete, pero un segundo caballo apareció de repente, lo embistió y el hombre salió volando.

—¡Vamos! —gritó el primer jinete inclinándose sobre la silla de montar y haciendo un gesto con la mano a Orka.

Orka lo miró desconcertada. La neblina roja que le enturbiaba la visión se disipó ligeramente, lo suficiente para que reconociera a quien le hablaba.

—¡Vamos! —repitió Lif. Agarró a Orka por el cuello de la cota de malla y el caballo continuó galopando arrastrándola con él y atravesaron el círculo que la rodeaba atropellando al hombre con la cabeza quemada. Orka se asió al brazo de Lif y saltó para subir a la silla de montar detrás del joven pescador. Mord los seguía a toda velocidad.

Galoparon por la calle embarrada. La gente saltaba para apartarse de su camino. Lif tiró de las riendas y entraron en un callejón. Orka echó un vistazo atrás y divisó a Drekr de pie mirándola fijamente. Levantó el escudo para saludarla y había una promesa en su gesto. Después Orka se adentró en las sombras.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

VARG

Varg se detuvo y se enjugó el sudor de la frente. El paisaje había cambiado a lo largo de las dos últimas jornadas de viaje, y las lomas suaves y los prados habían dado paso a colinas escarpadas y valles sinuosos. En ese momento estaban ascendiendo por la abrupta pared de un barranco cubierta de pedregal. Los Hermanos de Sangre se extendían en una larga columna a su espalda. Delante de él, Glornir y Vol caminaban juntos, y más allá Varg apenas distinguía las figuras de Torvik, Edel y el resto de los exploradores, que estaban alcanzando el borde de un río seco y desaparecían en un bosque de pinos. Los dos perros lobo de Edel se habían detenido en el borde del barranco y uno de ellos ladraba y agitaba la cola mirando a Edel. Varg tuvo la impresión de que el terreno se nivelaba a partir del borde del barranco.

Esa era al menos su esperanza.

—No te quedes parado, Varg el Insensato —le gritó Røkia—. ¿O es que estás esperando a que un águila baje y te lleve lo que resta de camino?

—Eso mismo desean mis pies doloridos —masculló Varg. Sentía las palpitaciones de las ampollas que tenía en las plantas de los pies. Hizo rotar los hombros y dio una sacudida para mover el escudo que llevaba a la espalda y cambiar la posición de la tira de cuero que se le estaba clavando. Luego reanudó la marcha, usando la lanza como bastón. Sudaba por todo el cuerpo. La temperatura descendía notablemente a medida que ascendían hacia la cordillera Dorsal, a pesar del cielo despejado y del sol estival. Varg por fin llegó al borde del cauce seco del río, que ahora parecía más bien la bajada de una cascada seca, y miró adelante. Vio un espacio abierto y rocoso y luego los altísimos árboles. El olor de la savia de pino impregnaba el aire.

Oyó un gruñido y el ruido de piedras que caían a su espalda. Se volvió y vio que Sulich se tambaleaba; su larga trenza de guerrero se agitaba mientras el pedregal se movía debajo de sus pies. Varg alargó el brazo con el asta de la lanza y Sulich se aferró a ella para equilibrarse.

—Aguanta fuerte —dijo Varg, y tiró de Sulich el resto de la ascensión hasta el borde.

—Te lo agradezco —dijo Sulich cuando llegaron al terreno llano.

—Y yo te pido perdón por insultarte en Liga —repuso Varg—, con lo del equipo de tu compatriota. —Era algo que llevaba rumiando desde hacía tiempo, pero cada vez que miraba a Sulich, este miraba a otro lado o tenía un gesto malhumorado que no invitaba a entablar una conversación con él.

Sulich se volvió hacia él y le dedicó una larga mirada pensativa, con el ceño ligeramente fruncido.

—Yo soy… Yo era un thrall —continuó Varg—. No he sido otra cosa en mi vida. Las reglas de los guerreros todavía son un misterio para mí. No pretendía insultarte.

Sulich le sostuvo la mirada y asintió secamente.

—No le demos más vueltas —dijo finalmente.

—Gracias.

Los dos se quedaron observando los árboles en silencio. Había algo en la penumbra de las sombras que le ponía el vello de punta. El aire era más frío allí; Varg lo sentía en el pecho con cada respiración y atisbaba el resplandor de la escarcha en la corteza de los árboles. Su aliento se condensaba en el aire.

Enfilaron hacia los árboles juntos. El suelo era esponjoso cuando pisaban las hojas secas de los pinos y duro cuando estaba cubierto de hielo. Varg oyó gruñidos a su espalda y vio que Skalk alcanzaba el borde del barranco. El galdramaðr se detuvo y esperó a que Olvir e Yrsa aparecieran por el borde detrás de él. Los tres contemplaron juntos el bosque.

Varg tomó una decisión dentro de su cabeza. Se detuvo para beber agua de la cantimplora y dejó que Sulich se adelantara. Esperó a que Skalk y sus dos guardaespaldas se acercaran. El galdramaðr le lanzó una mirada cuando Varg se colocó detrás de ellos. Olvir lo miró con suspicacia y empezó a caminar un poco más cerca de Skalk. Yrsa, por su parte, escudriñaba la oscuridad del pinar.

—Tu escudo no está terminado —dijo Skalk mientras caminaban juntos—. No tiene las salpicaduras de sangre.

—Acabo de entrar en los Hermanos de Sangre —explicó Varg—. Todavía no soy uno de ellos. No he hecho el juramento.

—Ah, de modo que eso es lo que hacen —repuso Skalk asintiendo para sí—. Como el aprendiz de un herrero, o de un herrador. —Se detuvo un momento y una sonrisa le torció los labios—. O de un galdramaðr.

—Ajá —dijo Varg.

—¿Y qué quieres de mí? ¿Deseas preguntarme o pedirme algo?

—Te gusta ir directo al grano —dijo Varg con un temblor en las venas. Miedo. Esperanza.

—El tiempo es un regalo que no debe desperdiciarse —repuso Skalk.

—Pues vayamos directos al grano. Deseo que se realice un akáll. Es importante para mí.

—Hummm… —Skalk asintió con la cabeza mientras caminaban entre los pinos—. No es poco lo que pides. Los Hermanos de Sangre tienen una bruja seiðr. Eres uno de ellos, o pronto lo serás…, ¿por qué no se lo pides a ella?

—Porque el tiempo es un regalo que no debe desperdiciarse —respondió Varg—, y Glornir no permitirá que Vol realice un akáll hasta que haya hecho mi juramento.

—Entonces haz tu juramento.

—Glornir dice que aún no estoy preparado. Y no ha puesto fecha para mi juramento. Podría ser mañana o dentro de un año. O nunca. Glornir solo me lo dirá cuando estime que estoy preparado —dijo Varg con un rictus de amargura.

—Ah, y el tiempo es como los golpes de un tambor. —Skalk asintió—. Está corriendo. Los juramentos nos atan, nos gobiernan, ¿verdad?

—Así es —repuso Varg con la voz temblorosa.

—Podría realizar ese akáll para ti. Pero tendría un precio. Y sospecho que una parte de él sería que perderías tu puesto en los Hermanos de Sangre. No creo que Glornir sea de la clase de hombres que aplaudan las demostraciones de… impaciencia.

—No es impaciencia —dijo Varg—. Es el cumplimiento de un juramento.

—Ya, para ti es importante. Pero para Glornir… —dijo Skalk encogiéndose de hombros—. Créeme, no le gustará que lo hagas. Debes ser consciente de eso antes de seguir adelante.

Varg asintió y suspiró lentamente.

—Soy consciente.

—Y a Glornir tampoco le gustará que yo realice ese akáll a sabiendas de que será un motivo para expulsarte de los Hermanos de Sangre. Por lo tanto, debo preguntarme: ¿deseo que eso pase? Glornir y los Hermanos de Sangre son aliados de la reina Helka y esta misión es importante para ella.

—A nadie le incumbe este asunto, solo a nosotros dos —dijo Varg.

—Eso es… ingenio —repuso Skalk.

—Puedo pagarte —insistió Varg moviendo la mano hacia la bolsa de su cinturón.

—Por supuesto que te cobraría. No es sencillo realizar un akáll y

conlleva un gasto —dijo Skalk mirando a Varg y la bolsa con las monedas. Frunció el ceño—. No necesito tu dinero. Pero hay otras formas de pagar. Estarías en deuda conmigo y podría exigirte que me la pagaras en cualquier momento. Tendrías que hacerme un juramento. Uno de sangre.

—Entiendo —dijo Varg.

—No me respondas ahora —añadió Skalk—. Es un asunto demasiado importante como para tomar una decisión inmediata. Piensa en ello y, si quieres, volveremos a hablar dentro de algún tiempo. ¿De acuerdo?

Varg asintió. Sentía el peso de su juramento aplastándolo, la necesidad de honrar y vengar a su hermana aumentaba cada día que pasaba. Le corroía el alma. Sabía que las palabras de Skalk eran sabias y le repelía la idea de estar en deuda con ese hombre, con cualquiera. Pero también sabía en lo más profundo de su corazón que no tenía elección. Respiró hondo.

Se abstrajo un momento.

Había cambiado algo a su alrededor. Percibía unas vibraciones en el aire, un silencio, pesado como el hierro sin forjar. No se oía el canto de los pájaros ni el zumbido de los insectos. Frunció el ceño y aminoró el paso. Vio que Glornir y Vol también caminaban más despacio delante de él y Sulich alcanzó al líder de los Hermanos de Sangre y a la bruja seiðr. Todos caminaban despacio y miraban a un lado y a otro escudriñando el bosque.

Desde el interior del bosque llegó un silbido.

«¿Una advertencia de Edel?», se preguntó Varg.

Oyó el chirrido de una espada al salir de la vaina. Yrsa había desenfundado la hoja y empuñaba el escudo.

De la penumbra del bosque surgió una figura. Era Torvik, que regresaba para informar a Glornir. Conversaron en voz baja.

Glornir levantó una mano.

—¡Hermanos de Sangre, seguidme! —gritó el líder de los guerreros.

Varg incrementó el paso y se puso al lado de Sulich. El guerrero se había pasado adelante el escudo y su otra mano descansaba en la empuñadura del sable que colgaba sobre su cadera. Varg agarró instintivamente su escudo, retiró la funda de cuero de la moharra de la lanza y la metió debajo del cinturón.

«Haré que Røkia esté orgullosa de mí», se dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Skalk cuando llegó a su altura.

Olvir e Yrsa empuñaban el escudo y la espada y escrutaban la penumbra que se extendía en torno a ellos. Fueron llegando más

Hermanos de Sangre corriendo a través del bosque; los escudos se deslizaban a los puños desde las espaldas. En veinte latidos del corazón se habían congregado todos, alrededor de cincuenta guerreros, formando una línea irregular detrás de Glornir.

—Enséñanoslo —ordenó Glornir a Torvik.

El joven explorador dio media vuelta y guio al grupo.

Caminaron en silencio, con Glornir a la cabeza, aferrando el hacha larga con las dos manos, y Vol inmediatamente detrás de él. A continuación marchaban Skalk, Olvir e Yrsa, y detrás, el resto de los Hermanos de Sangre, en formación irregular, con los escudos prestos.

Varg avanzaba al lado de Sulich y de Røkia. A su espalda se oían los pasos pesados de Einar Medio Troll.

—El sigilo nunca es una opción contigo, Medio Troll —oyó Varg que murmuraba Svik.

—Hago lo que puedo —gruñó Einar.

Varg miró en derredor con un cosquilleo en la piel. El pinar le transmitía una sensación extraña. Un olor empalagoso flotaba en el aire, se introducía en sus fosas nasales y se pegaba a su garganta.

Glornir aminoró el paso y recorrió con la mirada el tronco de un árbol al pasar junto a él. Varg vio una runa grabada en la corteza. El tronco rezumaba savia y la runa estaba manchada de algo oscuro. A Varg se le erizó el vello de la nuca nada más verlo.

Continuaron la marcha y Torvik los condujo por un sendero que discurría por el cauce seco de un arroyo. A ambos lados de los guerreros se alzaban bancos de tierra de los que sobresalían raíces retorcidas y nudosas como si fueran extremidades artríticas, recubiertas de musgo y liquen.

Varg vislumbró unas figuras penumbrosas delante. Eran Edel, con sus dos perros lobo, y un puñado de exploradores. Había otros en las riberas del arroyo. Todos miraban en la misma dirección.

El miedo penetró en Varg como las algas en las grietas del casco de un barco.

En torno a ellos se alzaban unos árboles altos, gruesos y con la corteza gris. De las copas colgaban unos cuerpos con los tobillos ligados. Hombres y mujeres estaban atados como si fueran cerdos para la matanza, con los brazos caídos como si trataran de alcanzar el suelo. Los habían destripado y desollado y tenían las carnes desgarradas por los animales carroñeros. Sus cuencas oculares estaban oscuras y vacías, picoteadas por las aves, y los labios y las lenguas, mordisqueados. Debajo de cada cadáver había un montoncito de

menudillos cubierto de moscas.

Varg contó veinticuatro.

En el pecho tenían grabada una runa.

Varg sintió que se le revolvía el estómago, se salió de la fila y se encorvó para vomitar sobre el musgo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Glornir a Edel.

—Un mes, tal vez —respondió la jefa de los exploradores con el ceño fruncido—. Es difícil saberlo. El frío los ha conservado.

Algunos exploradores de Edel estaban hurgando en los menudillos con las lanzas. Uno dio la voz de alerta y levantó ensartada en la lanza una bota y luego la funda de un seax. Otro pinchó un trozo de tela y lo levantó en el aire. De él colgaba el cierre de oro de una capa con la forma de las alas de un águila.

Yrsa suspiró con los dientes apretados. Olvir enfiló hacia los cuerpos con los ojos fijos en el broche que el explorador había levantado. Luego alzó la mirada hacia los cadáveres e hizo una mueca, pero no fue miedo lo que Varg vio en ella, sino aflicción.

—Los conocías —le dijo Vol a Olvir. No era una pregunta. Se volvió a Skalk y su entrecejo se arrugó un poco más—. Los enviasteis vosotros.

Glornir miró a Skalk y enfiló hacia él con paso firme. El galdramaðr se apartó y cambió la posición de las manos en el bastón.

—Son drengir de Helka —espetó Glornir—. Dijiste que sus líneas estaban demasiado estiradas para enviar sus guerreros.

Los dos hombres se miraron largamente.

—Me refería a más guerreros —dijo Skalk encogiéndose de hombros, rompiendo el silencio. Rodeó a Glornir, se detuvo debajo de uno de los cadáveres y lo empujó con el bastón para que girara. La cuerda que le ataba los tobillos crujió y se deshilachó, y finalmente se partió y el cuerpo cayó al suelo. Skalk le dio la vuelta con el bastón, gruñendo por el esfuerzo, se agachó y examinó la runa grabada en su torso. Arrugó el ceño.

—*Bannað jörð* —murmuró Vol acercándose a él.

Skalk levantó la mirada hacia la bruja seiðr.

—Terreno prohibido —dijo ella.

«Esto no me gusta», pensó Varg mientras se limpiaba la bilis de la boca y giraba lentamente intentando penetrar con sus ojos las tinieblas del bosque. Oyó pasos a su espalda y Svik se detuvo junto a él. Røkia apareció en el otro lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Svik.

—No —respondió Varg—. Tengo miedo.

—El miedo es bueno —repuso Røkia—. Agudiza los sentidos. Te

hace más rápido y más fuerte. Es lo que forja tu valor y te ayudará a matar enemigos.

Svik la miró con el ceño fruncido.

—A mí el miedo hace que quiera mearme en los pantalones y echar a correr —dijo el guerrero. Miró de nuevo a Varg—. Todos tenemos miedo. —Se encogió de hombros—. Pero luchamos de todas maneras. Y nos cubrimos las espaldas unos a otros. Somos los Hermanos de Sangre.

—Edel —dijo Glornir—. Examina los cadáveres. Inspecciona la zona. Quiero saber todo lo posible sobre la persona o la cosa que estamos persiguiendo.

—Sí, jefe.

—¡Hermanos de Sangre, preparaos para ponernos en marcha! —gritó Glornir. Sus palabras hicieron que los cuervos que estaban posados en las ramas encima de sus cabezas agitaran las alas y graznaran. Miró a Skalk, luego a Vol y finalmente a los Hermanos de Sangre que se congregaban detrás de él—. No nos han contado toda la verdad, eso es evidente, pero eso no cambia nada. Somos los Hermanos de Sangre y estamos aquí. ¡Limpiaremos estas montañas de cualquier criatura que merodee por ellas y nos ganaremos nuestra recompensa!

Esperaron en silencio a que Edel y sus exploradores cortaran las cuerdas de las que pendían los cuerpos y examinaran los cadáveres y el terreno. Enseguida la exploradora señaló una dirección para continuar a través de la oscuridad. Glornir lanzó una última mirada feroz a Skalk mientras levantaba la mano y se ponía en marcha detrás de Edel y sus perros, seguido por los Hermanos de Sangre. Varg volvió la vista hacia los cadáveres, ahora apilados a los pies de los árboles, y vio a Olvir mirando fijamente el primer cadáver que se había bajado al suelo. Skalk bramó una orden y el drengr se puso en movimiento.

Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

ORKA

Orka gruñó y tomó un trago del cuerno de hidromiel cuando Lif le atravesó la piel y la carne de la espalda con el hueso corvo de un anzuelo de pesca.

—Lo siento —masculló Lif mientras le cosía la herida que le había infligido Drekr. Hizo una pausa para verter un poco más de agua en la herida, luego le quitó el cuerno de hidromiel a Orka y también echó un poco. Limpió la sangre con un trozo de lino.

Orka se puso rígida y soltó otro grito ahogado de dolor.

—Lo siento —repitió Lif.

—Solo preocúpate de acabar de una vez —gruñó Orka cogiendo de nuevo el cuerno de hidromiel. Su voz salía como un gemido rasposo por la garganta dolorida e hinchada después de que Drekr hubiera intentado aplastarle la tráquea. El hidromiel mitigaba el dolor. Un poco.

Estaban sentados en una pequeña sala, un henil dividido en la parte superior de la construcción de una granja desde donde se veía una porqueriza y, más allá, campos de trigo y de centeno. Mord había abierto la contraventana para que la luz entrara mientras Lif trabajaba, pero con ella llegaba el hedor de la granja. Orka oyó gritos fuera y el rebuzno de un burro que se negaba a tirar de un carro lleno de heno. Oyó también el restallido de un látigo. Se encontraban en el granero de una granja en las afueras de Darl.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Orka a Lif mientras le cosía la herida—. ¿Por qué no os habéis marchado aún de Darl? Os aconsejé que os fuerais.

—Estábamos buscándote —murmuró Lif.

—Y menos mal —añadió Mord desde la ventana—. A juzgar por el gigante que estaba estrangulándote cuando llegamos. —Mord estaba vigilando el camino que llevaba a la granja por si los habían seguido al mismo tiempo que machacaba unas hojas de milenrama en un cuenco y las mezclaba con miel.

—Lo tenía controlado —masculló Orka.

—¡Ja! —rio Mord—. No me gustaría nada ver qué es lo que tú entiendes por tener controlado.

—¿Qué estabas haciendo? —quiso saber Lif—. Aparte de enfrentarte con media Darl, o eso es lo que parecía.

Orka inspiró hondo. Una pesadumbre se había apoderado de ella y se filtraba a su sangre como si fuera un veneno.

—El gigante, Drekr, mató a Torkel —dijo Orka con un hilo de voz—. Y se llevó a mi Breca. —El hecho de decirlo en voz alta prendió la llama de su ira, y de su vergüenza, por haber estado tan cerca de él y no haber recuperado a su hijo ni haberse cobrado venganza.

—Oh —dijo Lif.

—Si me permites la pregunta, ¿cuál era tu plan? —dijo Mord—. Cuando llegamos estabas rodeada por seis hombres y mujeres, todos ellos empuñando aceros afilados. —Hizo una pausa—. ¿Cómo esperabas salir viva de una cosa así?

—Para empezar, eran más —respondió Orka.

—¿Dónde? ¿En la taberna con la ventana destrozada?

—Sí —espetó Orka.

—O sea, que no atacaste a siete tú sola sino a más. ¿A cuántos en total?

—¿Qué más da eso? —contestó Orka.

—Estoy intrigado. Nos dices que seamos pacientes, que esperemos el momento adecuado para llevar a cabo nuestra venganza. Pero tú entras en una taberna y te enfrentas con…

—Eran doce —suspiró Orka.

Mord se la quedó mirando con perplejidad.

—¿Y cuál era tu plan?

—Matarlos a todos salvo a uno.

—¿Matar a once guerreros?

—Yo no los llamaría guerreros —gruñó Orka.

—Vale, es posible que no fueran drengir. Pero a mí me parecían bastante duchos en peleas. Y tu plan era matarlos a todos salvo a uno.

—Sí, así es.

Mord rompió a reír.

—¿Y cómo pensabas salir viva de allí?

Orka tomó otro trago largo de hidromiel y sintió que el calor del licor se expandía desde su estómago hacia sus extremidades.

—Para mucha gente no es fácil matar —dijo Orka—. Aunque te diga lo contrario. Ah, los fanfarrones como Guðvarr no tienen ningún problema en matar si alguien le sujeta a su víctima. Pero en una pelea… —Se encogió de hombros—. Llegado el momento, casi todo el mundo se preocupa más por sobrevivir. Dudan.

—¿Y tú no? —preguntó Mord.

—Para mí siempre ha sido fácil matar —respondió Orka. Sorbió por la nariz—. No es algo de lo que me sienta orgullosa, pero es así. Y no dudo.

Se instaló el silencio en la sala. Fuera, los cerdos gruñían y las ruedas del carro giraban; al parecer, el burro por fin había decidido moverse. Orka apuró el contenido del cuerno.

—¿Por qué querías matarlos a todos menos a uno? —preguntó Lif rompiendo el silencio mientras cosía.

—Porque ese iba a decirme dónde está Breca. Vería lo que les había hecho a sus amigos y compañeros y sabría de lo que soy capaz. No dudaría en decirme la verdad.

—Entiendo —dijo Lif—. Ya te dije que era astuta.

—A mí no me parece la clase de astucia de un lobo —masculló Mord mirando por la ventana.

«A mí tampoco, ahora que he tenido tiempo para pensar en ello.»

—Ya está —exclamó Lif dejando el anzuelo en el cuenco con agua hervida que ya estaba enfriándose y que habían utilizado para esterilizar el anzuelo antes de coser la herida de Orka. Lif vertió un poco más de agua en la espalda de Orka y Mord le pasó el cuenco con la pasta de milenrama y miel. Lif aplicó el ungüento en la herida de Orka, colocó una gasa de lino encima y después la envolvió con una venda más larga que le pasaba alrededor del hombro y el pecho—. ¿Qué tal?

Orka se puso en pie e hizo rotar el hombro. Sintió una punzada de dolor y los puntos un poco tirantes. Se enjuagó la boca con hidromiel y escupió sangre al cuenco. Se llevó la mano a la nariz y se sonó un pegote de sangre. Tenía el labio y la nariz partidos e hinchados por el cabezazo de Drekr.

—Bien —dijo—. Gracias. —Hizo ademán de coger la túnica de lino, pero Mord le lanzó otra.

—Ponte la mía. La tuya tiene un agujero.

—Mmm… —gruñó Orka, pero aceptó la túnica de Mord y se la puso. Le quedaba un poco estrecha, pero no se sentía incómoda—. ¿Para qué me buscabais? Os dije que os marcharais de Darl.

—Ese era nuestro primer plan —respondió Lif—. Fuimos a comprar víveres a los vendedores del puerto como nos aconsejaste con la idea de remar después hacia el norte y buscar un trozo de tierra para cultivar, pescar en el río y esperar a la primavera para volver a por Guðvarr. —Lif miró a su hermano.

—Y entonces vimos un barco entrando en el puerto de Darl —continuó Mord—. Era el drakkar de la jarl Sigrún y ella estaba en la proa.

—¿Estáis seguros de que era ella? —preguntó Orka con el ceño fruncido.

—Sí —afirmó Lif.

—La herida roja de un tajo le cruzaba la cara —añadió Mord mesándose la barba rubia.

Orka gruñó.

—Eso no explica por qué entrasteis al galope en la calle y me rescatasteis de la refriega —señaló Orka.

—Sigrún debe estar buscándonos a los tres —dijo Lif. Mord asintió con la cabeza—. Por eso está aquí. Así que vendimos la barca y compramos los caballos. Pensamos que si te encontrábamos y huíamos tierra adentro a caballo, lejos del río Drammur, donde es evidente que están buscándonos, podríamos escapar de ellos.

—¿Vendisteis la barca y me buscasteis para salvarme? —preguntó lentamente Orka.

—Sí, claro —respondió Lif—. Tú no sabías que la jarl Sigrún estaba en Darl. Podrías haberte topado con ella y sus drengir por casualidad.

—Entiende que aún no sabíamos que eras feliz intentando matar tú sola escuadras enteras de guerreros —apuntó Mord.

—Además, Guðvarr podría acompañarla —añadió Lif.

—Estábamos pensando en un plan más astuto que entrar en una taberna donde nos superan en número en una proporción de doce a uno para intentar hundir el acero en sus estómagos —señaló Mord esbozando media sonrisa.

—Mmm… En su momento me pareció una buena idea —dijo Orka. Suspiró y se acarició el corte en el antebrazo, otro recuerdo de Drekr y su hacha. Miró su brynja. Estaba tendida encima de una silla, con un desgarrón en la espalda y las anillas partidas y deformadas por el hachazo de Drekr—. Necesito anillas y remaches. Y un martillo y tenazas.

Lif y Mord la miraron con el ceño fruncido.

—¿Para qué? —preguntó Mord.

—No quiero tener la brynja agujereada cuando regresemos a Darl para matarlos —respondió Orka.

—¿Matar a quién? —quiso saber Lif.

—A todos.

Orka esperaba en un callejón oscuro, apoyada en la lanza y con la capucha echada sobre la cabeza. Había regresado furtivamente a la habitación que tenía alquilada junto a un pestilente canal, había trepado por una pared, entrado por una ventana y descubierto con sorpresa que su lanza seguía allí, junto con el resto de su equipo. Aunque tampoco es que fuera gran cosa.

Lif estaba con ella, apoyado contra una pared de zarzo y barro, vigilando una esquina de la calle. Las antorchas de junco ardían a ambos lados de la puerta de una taberna y hacían retroceder las sombras. Las nubes tapaban la luna y las estrellas, así que la noche era oscura. Por la calle pasaba gente, sombras indistinguibles, matizadas de rojo cuando las alcanzaba la luz de las antorchas.

—Vuelve aquí —gruñó Orka a Lif.

—Lleva dentro mucho tiempo —susurró Lif cuando volvió a su lado en la oscuridad—. Demasiado.

Orka no lo escuchó.

Hacía tres días que Lif y Mord la habían rescatado de la lucha con Drekr. Desde entonces, Orka había comprado anillas y remaches al granjero que los alojaba, reparado la brynja, afilado las armas y trazado un plan con los hermanos. En el fondo del estómago le quedaba una semilla de duda sobre la destreza y la dureza de corazón de los hijos de Virk para llevar a cabo lo que tenían que hacer. Además no quería cargar con el peso de su muerte. Ya llevaba suficiente peso sobre las espaldas. A veces le parecía oír en sueños las voces de amigos muertos hablándole en murmullos y se despertaba sobresaltada, con el corazón acelerado y empapada en sudor. En ocasiones era la voz de Torkel, o la de Breca, la que oía.

Y otra voz interior le susurraba que Mord y Lif serían un estorbo, que entorpecerían su plan, que estaba mejor sola.

«Pero se quedaron para avisarme de la llegada de Sigrún. Incluso vendieron la barca para salvarme cuando podrían haberla usado para salvar el pellejo —pensó. En la balanza del honor, Orka estaba en deuda con ellos. Y eso tampoco le gustaba mucho—. Es lo que hay. Iré paso a paso. Los mataré de uno en uno. Ellos han tomado una decisión y ahora forman parte de esto. Saben cómo es el camino que seguimos, conocen sus peligros. Saben que entre la vida y la muerte hay menos espacio que entre dos amantes.»

La puerta de la taberna que estaba enfrente de ella se abrió y Mord salió a la calle. Su pelo y su barba rubios brillaron de color ámbar a la luz de las antorchas. Era la taberna en la que Orka había visto por primera vez al hombre con la cabeza quemada. Mord miró a un lado y a otro y luego enfiló hacia la derecha. Cuando pasó por delante de Orka y de Lif, miró de reojo en su dirección y asintió escuetamente con la cabeza a pesar de que no los veía. Luego continuó caminando por la calle.

Orka esperó.

—No sale —susurró Lif.

Orka produjo un sonido con la garganta, como el gruñido de un

lobo a un cachorro pesado.

La puerta de la taberna volvió a abrirse con un chirrido. Salió una figura que miró a un lado y a otro y fijó los ojos en la espalda de Mord.

Era el hombre con la cabeza quemada.

Siguió a Mord.

Orka y Lif lo observaron cuando pasó por delante del callejón donde se escondían. Orka sujetó del hombro al joven pescador cuando este hizo ademán de moverse y chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

El hombre con la cabeza quemada siguió caminando y desapareció en la oscuridad de la calle.

Orka soltó a Lif y salió a la calle. Se aseguró de que la capa estaba ceñida a su cuerpo y ocultaba el menor destello de la brynja y de que la capucha le tapaba por completo la cara. Enfiló por la calle cojeando ligeramente, más por la coz que le había propinado Drekr que por el corte del hacha debajo de la rodilla. Había lavado y cosido las vendas de las pantorrillas para eliminar todo rastro de sangre y utilizaba la lanza como bastón para aumentar la velocidad de sus pasos.

El gentío que poblaba las calles de Darl disminuía a medida que se acercaban al barrio del canal donde Orka había encontrado a Drekr. Siguió al hombre quemado acortando poco a poco la distancia hasta que distinguió la figura de Mord delante de él. Mord giró para introducirse en un callejón y desapareció. El hombre entró detrás de él.

Orka apretó el paso. Oyó voces. Un ruido de refriega. Echó a correr como se lo permitió la cojera y le hizo un gesto a Lif para que se quedara haciendo guardia antes de entrar en el callejón.

Mord estaba con la espalda pegada a la pared, apretándose el pecho con el brazo derecho y con un seax a los pies. Delante de él tenía al hombre con la cabeza quemada, blandiendo un destral.

—No volveré a preguntártelo —espetó el hombre—. ¿Quién eres?

—Es un amigo mío —gruñó Orka descubriéndose la cabeza.

El hombre del hacha se dio la vuelta bruscamente y sus ojos echaron fuego cuando la reconoció. Al ver que Orka se abalanzaba sobre él, la atacó con el hacha, pero Orka deslizó la hoja por debajo de su brutal acometida y le hizo un tajo en el bíceps. El hombre chilló de dolor, dejó caer el hacha y retrocedió al mismo tiempo que trataba de desenfundar torpemente con la mano izquierda el seax que le colgaba del cinturón.

Orka recogió la lanza y en el mismo movimiento le rajó la mejilla. Mord lo golpeó entonces por la espalda y el hombre hincó las rodillas

en el suelo.

Orka se plantó delante de él, giró la lanza y le asestó un golpe en la mandíbula con el regatón. El hombre se desplomó sobre el barro como un saco. Orka rápidamente alejó el hacha de una patada.

—Cógela —le gruñó a Mord mientras se agachaba y le quitaba el seax del cinturón al hombre quemado. Se lo lanzó a Mord. Luego le ligó las muñecas y los tobillos con cuerda de bramante y arrastró su cuerpo maltrecho para adentrarlo en el callejón. Mord y Lif los siguieron.

»Despierta —dijo Orka después de sentar al hombre contra una pared.

Estaban casi en el otro extremo del callejón. Más allá de la entrada había un espacio abierto y después la superficie encrespada del agua del canal. Las nubes se abrieron y la luz de las estrellas pintó de plata la cara llena de cicatrices del hombre. Sus dientes delanteros eran demasiado grandes para su boca y sobresalían de los labios. Orka le dio una bofetada y el hombre pestañeó.

—No deberías haber vuelto. Eres idiota —dijo el hombre.

—Una idiota que te ha atado como a un puerco —replicó Orka.

—Drekr dijo que serías un grano en el culo —masculló él.

—¿Cómo te llamas?

El hombre le clavó una mirada feroz.

—El hacha —dijo Orka tendiendo la mano hacia Mord. Este le pasó el hacha que le habían quitado al hombre con la quemadura. Orka deslizó la yema del dedo pulgar por el filo y cortó un trozo de lino de la túnica del hombre, lo dobló y lo enrolló. A continuación agarró la cara del hombre y le metió en la boca el trozo de tela. Él se revolvió y forcejeó y le cayeron hilos de baba de la boca, pero Orka lo aferraba con manos de hierro.

Solo cuando tuvo la boca llena a reventar y empezó a hacer ruidos de ahogamiento, Orka paró. Volvió a enseñarle el hacha y le hizo un tajo en la rodilla. Se oyó un crujido y salió un chorro de sangre.

El hombre comenzó a sacudirse con espasmos y a sufrir arcadas, agitaba como podía los brazos y las piernas y profería gritos ahogados, se revolvía como un animal atrapado. Su cuerpo pareció hincharse y su rostro se deformó. Orka vio que los dientes que sobresalían de su boca se transformaban, su tamaño aumentaba y se volvían más afilados. Sus uñas también crecían y se oscurecían.

—¿Qué le pasa? —masculló Mord.

—Está corrompido —dijo Orka—. A veces no pueden controlar a la bestia que corre por sus venas, sobre todo cuando experimentan un

dolor repentino o una fuerte impresión. Es un descendiente de Rotta. —Escupió al suelo.

—¿Rotta? ¿La rata?

—Sí, el traidor.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Mord.

—Esperaremos. No puede escapar. Podría roer las cuerdas, pero le partiré los dientes con su propio hacha como lo intente.

Las sacudidas del hombre quemado se debilitaron y su respiración se volvió anhelosa.

—Dime cómo te llamas —dijo Orka mirándolo a los ojos.

Él volvió a mirarla con ferocidad, negó con la cabeza e hizo amago de morderla con sus afilados dientes de roedor.

Orka levantó el hacha y le golpeó la otra rodilla.

Al hombre se le salieron los ojos de las órbitas y chilló con los dientes apretados y haciendo arcadas. Se retorció, forcejeó con las ligaduras y golpeó la cabeza contra la pared. Unas babas ensangrentadas goteaban de la mordaza de lino allí donde se había mordido el labio inferior con los largos dientes y la sangre corría por su mentón.

Orka esperó.

Lif hizo un sonido con la boca detrás de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Orka volviéndose hacia él—. ¿Viene alguien?

—No —respondió Lif, negando rápidamente con la cabeza. Miraba fijamente al hombre quemado, con los ojos como platos y el rostro pálido.

—Endurece el corazón —le gruñó Orka—. Ya no es un hombre. Solo es un escalón que nos acerca a nuestra venganza. A mi hijo. Ahora ocúpate de tu tarea. —Dio la espalda a Lif y volvió a concentrarse en el prisionero. Estaba llorando y le colgaban mocos de la nariz, pero sus ojos tenían una expresión de odio y desafiante. Orka le mostró de nuevo el hacha, de la que goteaba su sangre, y empezó a quitarle una bota.

Él se agitó, dando patadas y retorciéndose, pero Mord lo sujetó y Orka le quitó la bota y le sostuvo el pie contra el suelo. Se tomó un momento para observar la piel pálida del hombre. Una serpiente tatuada se enroscaba en el tobillo y la pantorrilla. Orka frunció el ceño y levantó el hacha. Luego miró a los ojos al hombre con la cabeza quemada.

—Puedo seguir hasta que salga el sol —dijo. Alzó la vista al cielo —. Me da tiempo a cortarte los dedos, luego el pie y llegar a las pelotas. Responde mis preguntas o será peor.

El hombre sollozaba. Se dejó caer como una vela sin viento y asintió con la cabeza.

—Como grites para pedir ayuda te quedarás sin pie —le advirtió Orka, y sacó la mordaza de lino de su boca.

—¿Cómo te llamas?

—Skefil —respondió el hombre con la voz temblorosa por el dolor, o tal vez por la rabia, o la vergüenza.

«Probablemente por todo eso.»

—¿Dónde está Drekr?

—Va a arrancarte la cabeza de los hombros —resolló Skefil.

—Me gustaría darle la oportunidad de intentarlo —dijo Orka—. ¿Dónde está?

—Se ha ido —masculló Skefil.

—¿Adónde?

Silencio. Una mirada rebosante de odio.

Orka levantó el hacha.

—Al norte —soltó Skefil. Orka giró la muñeca con el hacha—. Al paso de Grimholt.

—¿Por qué? —quiso saber Orka.

Skefil apretó los dientes.

Orka descargó el hacha y sangre y dedos salieron disparados. Skefil tomó una bocanada de aire como paso previo a lanzar un grito, pero Orka le metió el hacha en la boca y la hoja barbuda le hizo unos cortes en las comisuras de los labios. Skefil se quedó paralizado y un estremecimiento sacudió su cuerpo.

—Puedo hacerte más grande la boca, si quieres.

Un largo suspiro, lento y tembloroso.

—Bien. ¿Para qué va al norte Drekr? —preguntó Orka. Sacó el hacha de la boca y la dejó a un palmo.

Skefil tomó aire con una inspiración larga e irregular y más temblores agitaron su cuerpo.

—Lleva más niños corrompidos a Grimholt —respondió finalmente con un gemido.

A Orka se le cortó la respiración.

«Entonces, ¿Breca estaba en Darl? ¿Es uno de los niños que viajan con Drekr?»

—¿Breca, mi hijo, va con él?

—No lo sé.

—Piensa bien tus respuestas. Lo que queda de tu vida se decidirá aquí y dependerá de tus próximas palabras. —Orka levantó el hacha.

—¡Te juro que no lo sé! ¡Yo nunca vi a los niños, solo sus espaldas cuando Drekr se los llevó! Yo solo soy sus ojos y sus oídos en Darl.

Observo. Escucho. Le informo de lo que me entero. Drekr nunca me cuenta nada.

Orka exhaló un largo suspiro mientras estudiaba el rostro de Skefil. Había terror y dolor en sus ojos y todo asomo de desafío se había esfumado. Le creía.

—«Tu hijo cambiará el mundo», eso es lo que me dijo Drekr. ¿Qué significa?

Skefil se encogió de hombros.

—Yo solo sé que Drekr y su banda han estado reuniendo niños corrompidos y enviándolos al norte. Es lo único que sé. Lo juro. No sé nada más.

Orka asintió.

—De acuerdo. —Miró de reojo a Mord, que estaba vigilando por si acaso pasaba alguien por el canal—. ¿Sabías que la jarl Sigrún está en Darl?

—Ajá —respondió Skefil.

—Cuéntame todo lo que sabes.

—Está buscando a unos forajidos de su pueblo. Unos que mataron a la úlfhéðnar de la reina Helka y le han destrozado la cara a Sigrún… ¡Ah! —Skefil asintió y se le dibujó una sonrisa—. Fuiste tú.

—Y nosotros —gruñó Mord—. También nos busca a nosotros.

Skefil lanzó una mirada preñada de desprecio al joven pescador.

—Yo no soy un úlfhéðnar y mira cómo te he dejado el brazo.

—¿Dónde se aloja la jarl Sigrún? —preguntó Orka.

Skefil negó con la cabeza y soltó una carcajada ronca. La baba le colgaba de los labios.

—Tú quieres morir. O estás como una cabra. La jarl Sigrún es la invitada de la reina Helka. Se hospeda en el Salón del Águila. —Skefil sacudió la cabeza hacia la fortaleza alada que se levantaba en la cima de la colina sobre la que se había construido Darl.

Orka suspiró.

—Una última pregunta y te dejaré libre —dijo Orka—. ¿Qué hacía Hakon Helkasson en la taberna con Drekr?

Skefil se encogió de hombros.

—Está metido en lo de los niños corrompidos, pero no sé de qué modo.

—¿Y la reina Helka lo sabe?

—Supongo que no —dijo Skefil—. De ahí lo de las capas y las capuchas y las sombras…

—Eso pienso yo —murmuró Orka. Miró a su prisionero—. Has sido muy útil. Gracias. —Levantó el hacha y le asestó un golpe demoledor en la cabeza. Se oyó un crujido en el cráneo y un grito

ahogado. Espasmos. Cuando Orka extrajo el hacha, sus pies atados tamborilearon en el suelo y salieron despedidos fragmentos de hueso y sesos. Skefil se derrumbó sobre el barro.

Lif y Mord suspiraron con los dientes apretados.

—Le dijiste que ibas a dejarlo libre —farfulló Lif.

—Así es. Lo he liberado de su vida —gruñó Orka.

—¿Por qué lo has matado si ha respondido todas tus preguntas? —insistió Mord.

—Porque una cabeza partida no conspira —respondió entre dientes Orka.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

ELVAR

Elvar se detuvo al lado de una piedra negra y brillante mientras el sol salía por el este, desterraba la oscuridad y aportaba color a un mundo de ceniza y tinieblas. Se secó el sudor de la frente. Era incapaz de creer lo que veía a pesar de que estaba mirándolo con sus propios ojos.

—Así que esta es la sima de los vaesen —dijo Grend a su lado.

Se encontraban en lo que parecía el borde de un precipicio. El suelo estaba cubierto por una fina capa de tierra y hierba amarillenta, aquí y allá afloraban unas rocas negras y brillantes. Y ante ellos se extendía una sima ancha y profunda, en cuyo fondo corría un río de fuego cubierto de costras negras, de un fulgurante color anaranjado y con esporádicas llamaradas blancas. De la sima ascendía una corriente térmica que cubría a Elvar con una capa de sudor. La temperatura no había parado de subir desde hacía días. En un principio, tras partir del lago Horndal en dirección norte, la temperatura había bajado con el paso de los días. El tercer día habían atravesado tierras nevadas y Grend se había despertado con la barba cubierta de escarcha. Pero a medida que transcurría esa tercera jornada la capa de nieve era más delgada, aun cuando marchaban a través de una ventisca. Soplaba un viento frío y seguía nevando, pero el suelo estaba gradualmente más caliente. Elvar lo había sentido a través de las botas. Luego, la nieve y el hielo habían empezado a derretirse, hasta que a última hora del día anterior, Elvar había visto zonas de hierba y roca negra debajo de la nieve fundida. Poco después se había quitado la capa de piel de foca y las pieles de lobo y las había atado a uno de los ponis de carga que ya transportaba su yelmo y su lanza, aunque todavía llevaba puesta la cota de malla, el cinturón de las armas y el escudo colgado a la espalda. Seguía nevando, pero los copos se evaporaban en el aire y el suelo irradiaba el calor de una hogaza recién salida del horno.

—¿Alguna vez habías visto algo así? —preguntó Elvar en voz baja.

—No —murmuró Grend—. Y luego está eso. —Señaló al norte, más allá de la sima de los vaesen, en dirección a una montaña con la cima casi plana, como si un gigante la hubiera decapitado de un hachazo. Unas venas rojas estriaban sus faldas desde los puntos donde los ríos de fuego brotaban de su costra como si fueran el pus de unas

heridas infectadas.

—Eldrafell, la montaña de fuego —dijo Elvar—. Cuando creces en Snakavik y en el cráneo de Snaka te acostumbras a las cosas maravillosas. Nunca imaginé que llegaría a ver algo que me… impresionara.

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso es verdad! —exclamó riendo Grend, cosa rara en él.

La leyenda contaba que Eldrafell se partió con la caída de Snaka, que un océano de fuego manó de su garganta, se extendió por la tierra y se precipitó a la sima de los vaesen, una grieta enorme en la tierra donde moraban los vaesen. Estos huyeron de las llamas. Toda clase de criaturas que habían vivido en las profundidades del mundo treparon con sus garras por las paredes de la sima para salir al mundo de cielo, aire y carne.

En el cielo danzaban y destellaban unas luces que recortaban la silueta de Eldrafell y del horizonte. Con la llegada del sol se atenuaban, pero aún brillaban lo suficiente para que Elvar las viera. Eran luces de todos los colores y tonos: los ámbar, los rojos y los morados se arremolinaban en torno a los azules, los verdes y los rosados. Durante la breve noche todo el horizonte había permanecido iluminado por la incandescencia ondulada de la guðljós, la luz de los dioses. Se decía que eran las almas de los dioses que habían caído en la batalla, incapaces de descansar, todavía librando su guerra eterna.

—Es… hermoso —dijo Elvar con un hilo de voz.

—Sí —repuso Grend. Miró a Elvar—. Seguirte ha sido… —Hizo una pausa mirándola intensamente—. Una aventura llena de sucesos.

Elvar sonrió.

—Mejor que engordar cuidando de la hija mimada de un jarl en Snakavik.

Grend se encogió de hombros e hizo un mohín, como si no estuviera seguro de ello.

Elvar le dio una palmada en el brazo.

—Deberías haber hablado con Gytha cuando estuvimos en Snakavik.

El gesto de Grend cambió y el buen humor y la cordialidad se diluyeron. Una tensión recorrió su mandíbula.

—Solo habría causado más dolor. Habría sido como azuzar las brasas de un fuego que no puede arder.

—Sí puede arder —dijo Elvar—. Gytha podría habernos acompañado. —Miró a Grend y vio cómo esa idea penetraba en su mente. Una luz de esperanza cruzó sus facciones, seguida por la sombra del dolor. El veterano guerrero cerró los ojos.

—No habría venido. Hizo un juramento a tu padre.

—Nunca se lo pediste. Lo habría hecho por ti.

Grend exhaló un largo suspiro.

—Y yo habría sido el motivo para que rompiera su juramento. —Un músculo tembló en su mandíbula.

—Eres más terco que una mula —dijo Elvar—. La vida es para vivirla y la facilidad está ahí para cogerla. —Le vino a la mente la cara de Biórr. No era la primera vez desde que la había besado que pensaba en él durante el viaje al norte.

Grend negó con la cabeza.

Sonaron unos pasos a su espalda y Agnar se unió a ellos. Uspa y Kráka lo acompañaban.

—No se puede negar que es un espectáculo —dijo sonriendo Agnar mientras observaba la sima de los vaesen.

Los Terrores de la Batalla habían acampado en una pequeña loma a unos cincuenta o sesenta pasos del borde de la sima. Habían llegado hacía poco, justo antes de que anocheciera, o mejor dicho, del crepúsculo, porque a medida que se acercaba el solsticio de verano la oscuridad de la noche no era más que un crepúsculo largo y difuso, similar a una niebla. Uspa se había acercado al borde de la sima y luego había enfilado por él seguida por los Terrores de la Batalla. Elvar ya se caía de agotamiento cuando Uspa había anunciado que era el sitio correcto. Y entonces todos se habían puesto a montar el campamento, para frustración de Agnar. Él habría preferido cruzar al otro lado, pero Uspa le había dicho que eso era imposible y que deberían esperar el momento adecuado.

Hoy.

—Debemos encontrar el puente y proseguir el viaje —declaró Agnar mirando el otro lado de la sima y escrutando el horizonte septentrional.

Elvar miró en la misma dirección y se preguntó dónde se encontraría el puente. No veía rastro alguno de él, solo fuego líquido y humo.

—¿Y dónde está Oskutreð? —murmuró Agnar—. Se supone que es el más grande de los árboles, que su copa sostiene el cielo. Ya deberíamos poder verlo…

—Mucho se destruyó durante el Guðfalla —dijo Uspa—. No esperes que aparezca como se cuenta en las historias. —Señaló una serie de colinas ondulantes al este de Eldrafell—. Esas son las colinas de la Oscuridad de la Luna. Estamos cerca.

—Entonces debemos encontrar el puente de Isbrún y seguir —insistió Agnar. Se volvió para mirar al sur.

Elvar siguió su mirada, pero no vio más que cielos azules y, a lo lejos, el resplandor blanco del sol en la nieve. Entrecerró los ojos. ¿Era algo eso que percibía en los márgenes de su visión? ¿Era una mancha moviéndose en el horizonte?

El viaje al norte había transcurrido con una sorprendente ausencia de oposición de los vaesen, teniendo en cuenta que los vaesen que merodeaban por las llanuras que se extendían al norte de la cordillera Dorsal eran mucho más osados que los que se adentraban en las tierras del sur. Los escasos seres humanos que vivían en ese lado de las montañas lo hacían en granjas aisladas, cercadas por empalizadas, protegidas con runas y defendidas por hombres y mujeres resueltos y valientes. Un día antes se habían topado con los cuerpos muertos de una manada entera de alces en la nieve; más de cincuenta animales yacían en la nieve manchada de sangre, con tiras de carne y de piel desgarradas entre los huesos.

Era difícil saber qué los había matado, ya que habían recibido la visita de toda clase de depredadores y carroñeros, incluidos los tennúr, que les habían arrancado todos los dientes. Pero capturar y matar medio centenar de alces requería una cantidad terrorífica de vaesen y no solo de fuerza bruta, también de astucia.

—¿Has encontrado a los asesinos de los alces con tu aguda vista? —preguntó Kráka a Agnar.

—¿Qué son? ¿Espectros? ¿Skraeling? ¿Huldra? —preguntó Elvar con ese temblor que tan bien conocía en el estómago, en la sangre, por el ansia de demostrar su valía, de ganar fama en la batalla. De probar que su padre se equivocaba.

—Bah, podría no ser nada —dijo Agnar pestañeando y desviando la mirada. Se frotó los ojos deslumbrados por el resplandor de la nieve —. En cualquier caso, sea algo o no, tenemos que continuar el viaje.

—Hoy es el día —dijo Uspa alzando la vista al cielo—. Es el sólstöður, el comienzo del día largo, cuando la noche es desterrada del cielo durante treinta días.

—Bien —dijo Agnar riendo y dando palmas—. Pues pongámonos en marcha.

Elvar guardaba silencio, con Grend a un lado y Biórr al otro. Los Terrores de la Batalla formaban una fila en la ladera de la colina en la que habían acampado, en silencio y con el gesto severo a la luz del sol naciente, todos ellos con la mirada fija al norte, hacia la sima de los vaesen y lo que se extendía al otro lado. Uno de los ponis de carga

piafó y relinchó.

Uspa se adelantó y recorrió una veintena de pasos hasta la piedra negra de granito junto a la que había estado Elvar un rato antes. La bruja seiðr desenfundó un seax y deslizó el filo por el pulpejo de su mano. Brotó la sangre. Cerró la mano, volvió a abrirla y apoyó las yemas de los dedos ensangrentados en la superficie de la roca. Apretó lentamente.

—*Isbrú, opinberaðu þig, blóð guðanna skipar þér* —entonó Uspa. Su sangre confluyó en las grietas de la roca y corrió hasta el suelo. La roca vibró como si respirara y entonces apareció la huella de una mano enorme en comparación con la de Uspa. Elvar parpadeó y observó detenidamente la escena.

«No —se dijo—, no es la huella de una mano sino de una zarpa. —En la brillante roca negra había grabadas unas uñas tan largas como el seax de Elvar—. Es la huella de un lobo o de un oso. ¿Será la marca de Ulfrir o de Berser? ¿La marca de un dios?» Sintió un estremecimiento de miedo y de emoción en la boca del estómago.

—*Isbrú, opinberaðu þig, blóð guðanna skipar þér* —volvió a gritar Uspa apartándose de la roca para enfilar hacia la sima de los vaesen. Cinco pasos más y llegaría a su borde, cuatro, tres, dos, y entonces dio la impresión de que iba a superar el borde y precipitarse a la muerte.

—¡No! —gritó Agnar.

Pero Uspa dejó atrás el borde de la sima y caminó por el aire.

Desde los Terrores de la Batalla llegaron jadeos y gritos. Agnar avanzó tambaleándose.

Los pies de Uspa pisaban una superficie sólida.

Delante de la bruja seiðr el aire vibraba como si fuera una niebla caliente, pero colmada de destellos de colores, como si las luces del guðljós que Elvar había visto en el cielo nocturno hubieran caído a la tierra. Los destellos componían una forma ancha y larga, un puente trémulo y retorcido que cruzaba la sima de los vaesen hasta el otro lado.

—¡He aquí el puente de Isbrún! —exclamó Uspa dándose la vuelta para mirar a los Terrores de la Batalla.

A Elvar se le dibujó una sonrisa y sus huesos temblaban de la emoción. Las historias que contaban las sagas estaban haciéndose realidad y ella formaba parte de ellas.

—¡Ja, ja, ja! —rio Agnar lanzando un puño al aire y dando saltos de júbilo—. ¡Terrores de la Batalla, ahí tenéis el puente que nos llevará a Oskutreð! ¡Los últimos pies que lo pisaron pertenecían a los dioses! —gritó sonriendo a sus guerreros.

Los Terrores de la Batalla aclamaron a su líder, patearon el suelo

y lo aporrearon con las conteras de las lanzas. Elvar unió su voz a la de sus compañeros.

Elvar sintió unas vibraciones a través de las botas. Frunció el ceño, bajó la mirada y vio que el suelo de la ladera donde se encontraba se estremecía. La hierba se agitaba y el suelo vibraba. Notó que algo le hacía perder el equilibrio y retrocedió extrañada.

Algo se movió en el suelo que pisaba solo un instante antes y de repente aparecieron unas figuras, un puñado de gusanos pálidos y rosados, brillantes, que se retorcían.

Pero, no, no eran gusanos. Eran dedos. O garras.

Una mano emergió del suelo, pequeña como la de un niño, pero con unos dedos largos, delgados y afilados. A continuación surgió otra, y luego una cara, delicada y con las facciones afiladas: la línea sutil de una nariz y una barbilla, sin pelo y con unos grandes ojos oscuros. Salió del suelo y se irguió. Le llegaba por las rodillas a Elvar. Unas venas negras estriaban su piel rosada y pálida. Agitó las alas que tenía en la espalda y levantó una nube de polvo. Miró a Elvar, abrió la boca, dejando a la vista dos hileras de dientes, los exteriores afilados y los interiores planos como piedras de moler, y le bufó.

«¡Un tennúr!»

Por toda la ladera el suelo temblaba y se movía y aparecían más criaturas. Treinta, cuarenta, cincuenta…, más de las que Elvar era capaz de contar. Y continuaban saliendo más, abriéndose paso por la tierra con las garras. Era como si la colina en la que habían acampado se alzara sobre una especie de nido. Batían las alas y provocaban pequeñas nubes de polvo cuando se elevaban en el aire y se arrojaban hacia los Terrores de la Batalla. Los gritos de estupefacción y de alerta resonaban a lo largo de la fila de guerreros. Elvar retrocedió tambaleándose cuando el tennúr que había salido a sus pies se precipitó hacia ella con las garras por delante y la boca abierta. Su mano buscó a tientas la espada al mismo tiempo que intentaba pasarse adelante el escudo que le colgaba a la espalda. Las garras afiladas de la criatura le arañaron la cara y Elvar chilló con la espada a medio desenvainar. El tennúr le clavó las uñas en las mejillas para aferrarse a ella y acercó la boca abierta con sus dientes demasiado cerca.

Elvar sacudió la cabeza, desenfundó por completo la espada y cayó hacia atrás. El tennúr continuaba asido a ella y la atacó con las fauces abiertas.

Se produjo una explosión de sangre y huesos en la cara de Elvar y el tennúr desapareció de repente. Grend estaba de pie a su lado, empuñando el hacha. Elvar lo miró tendida en el suelo. Pero entonces notó un movimiento debajo de su cuerpo y unas garras surgieron del

suelo para apresarle una pierna. También hubo movimiento alrededor de su brazo. Elvar se revolvió y trató de levantarse en vano. El hacha de Grend subía y bajaba, subía y bajaba, y los tennúr chillaban mientras se formaba una niebla de sangre en el aire. Elvar, liberada, se puso en pie. Grend derribó de un hachazo a otro tennúr que se precipitaba por el aire hacia Elvar, acompañado por el zumbido de sus alas. Elvar se dio cuenta de que el veterano guerrero tenía dos tennúr agarrados a sus piernas, abriendo unos surcos sanguinolentos en los pantalones, pero no les prestaba atención por defenderla a ella. Elvar apuñaló a una de las criaturas y la ensartó en su hoja. El tennúr chilló y soltó la pierna de Grend para agitar los brazos con frenesí. Elvar sacudió la hoja y lanzó la criatura dando vueltas por el aire contra otro tennúr. Las dos criaturas se estrellaron contra el suelo.

Había más tennúr agrediendo a Grend. Uno colgaba de su espalda y se oía el sonido de sus dientes intentando atravesar la cota de malla que le cubría el hombro. Elvar le atravesó un ojo con la hoja y la criatura cayó tiesa.

Elvar ya tenía el escudo en la mano y golpeó con el umbo a un tennúr que volaba hacia ella. La criatura salió disparada por el aire, dando vueltas. Grend gruñó, rodeado por más tennúr. La sangre manaba de sus heridas en las piernas, de los arañazos en el cuello y en el mentón, y corría por su cara desde una herida en la cabeza. Elvar apuñalaba y golpeaba a las criaturas que envolvían al guerrero como si recolectara sangre. Cuando arrancó todos los tennúr de su cuerpo, la pareja se puso espalda con espalda, con los escudos levantados y asestando hachazos al remolino de alas, dientes y garras, protegiéndose mutuamente. Elvar lamentó haber dejado la lanza y el yelmo atados en uno de los ponis de carga.

Agnar bramaba gritos de batalla u órdenes. Elvar no lo sabía con certeza. Atisbó que los guerreros que tenía a su alrededor corrían hacia su líder, formando un pequeño círculo, con los escudos pegados y asestando lanzadas y espadazos. El muro de escudos avanzó hacia el puente de Isbrún. Un caballo relinchó, se empinó y cayó desplomado cubierto de tennúr. Una mujer, a Elvar le pareció que era Sólín, rodó por la hierba y la tierra del convulso suelo mientras bregaba con un trío de tennúr que intentaban abrirle la boca y arrancarle los dientes de las encías.

«Tenemos que movernos. Hay que llegar al muro de escudos de Agnar.»

Grend soltó un gruñido y Elvar se desequilibró al perder el apoyo de la espalda y cayó hacia delante. Se dio la vuelta y vio un tennúr posado en el hombro de Grend, con una piedra negra en las manos de

la que goteaba un fluido rojo. Grend yacía despatarrado en el suelo, con el pelo negro de la coronilla impregnado en sangre. El tennúr intentó girarle la cabeza para meterle los dedos largos y afilados en la boca.

Grend, la única constante en su vida, el hombre que le había hecho un juramento y nunca lo había roto, el hombre que lo había sacrificado todo para protegerla.

Elvar gritó con una mezcla de furia y terror, golpeó con el hacha al tennúr y la cabeza de la criatura salió disparada por el aire. Se acercó al cuerpo inmóvil de Grend con el escudo levantado y liquidó de un espadazo a un tennúr que intentó posarse en él.

Era la única persona que estaba en pie en toda la ladera. Agnar y su muro de escudos habían recorrido la mitad del puente, y más allá, Sighvat, Kráka, Huld y el thrall hundur tiraban de los ponis supervivientes y daban un rodeo para alejarse del enjambre de tennúr.

El terror cundió en Elvar cuando se vio abandonada en medio de aquellas criaturas. Un terror a que le arrancaran los dientes y los ojos. A fracasar cuando estaba tan cerca de Oskutreð.

—¡AGNAR! —gritó a pleno pulmón. Vio que el muro de escudos se detenía en el puente y vislumbró el rostro de Agnar asomándose por encima del borde del escudo para mirarla. El líder de los Terrores de la Batalla gritó algo, pero sus palabras se perdieron en el estrépito de los chillidos de los tennúr. Sin embargo, el muro de escudos comenzó a retroceder hacia ella y Elvar sintió un cosquilleo de esperanza en el estómago.

Muchos tennúr también vieron que el muro de escudos se movía y se pusieron frenéticos. Se arrojaron en tropel sobre Elvar hasta que llegó un momento en que esta no veía nada más que alas, dientes y garras. Sintió el dolor de los arañazos, el fuego abrasador de las uñas desgarrándole la carne y la cota de malla. Su espada y su escudo estaban rojos y abollados, los brazos le pesaban como si fueran de plomo y los músculos le ardían. Las fuerzas abandonaban su cuerpo.

«Por la pérdida de sangre», se dio cuenta vagamente. Sabía que podría tenerse en pie no mucho más tiempo.

Y entonces los tennúr comenzaron a chillar y a gimotear. Caían alrededor de ella con las alas y los brazos tiesos. Una figura surgió de la cortina de alas y de cuerpos, un hombre, blandiendo una lanza con la velocidad de un berserkir, ensartando y golpeando criaturas trazando amplios arcos con el arma. Se abrió un hueco entre los tennúr y Elvar le vio la cara. Era Biórr, con una mueca feroz en los labios mientras se abría paso por las criaturas voladoras valiéndose de la lanza, del escudo y de su fuerza para atravesar el torbellino de

vaesen. El joven guerrero vio a Elvar y sonrió. Pero luego bajó la mirada y vio a Grend.

La aparición de Biórr insufló fuerzas a Elvar, que levantó el escudo y asestó puñaladas y golpes. Biórr llegó a ella y los dos lucharon con el cuerpo de Grend a sus pies, hasta que se abrió un hueco a su alrededor cuando los tennúr se replegaron y miraron a Elvar con una expresión maliciosa y voraz en los ojos. Biórr aprovechó ese breve respiro para colgarse el escudo a la espalda. Luego se agachó, levantó el cuerpo de Grend con un gruñido, se lo echó sobre los hombros y se irguió de nuevo.

Los tennúr volvieron a arremolinarse en torno a ellos, pero Elvar levantó el escudo y abrió un camino a través de los vaesen, protegiendo a Biórr y a Grend como buenamente podía. Tropezó con algo, pero consiguió mantenerse en pie y vio un cadáver ensangrentado en el suelo, irreconocible después de que los tennúr lo hubieran destrozado en su pugna por arrancarle los dientes de la boca. Unos gritos llegaron hasta los oídos de Elvar. De repente, el enjambre de tennúr se hizo menos denso y Elvar vio los escudos que avanzaban hacia ella formando un muro. Llegó a un espacio más despejado cuando abandonó la ladera y el terreno se niveló. Los tennúr seguían zumbando a su alrededor, pero atisbaba el cielo entre sus cuerpos. Vio a Sólín rodando por el suelo, intentando sujetar un tennúr con una mano y apuñalándolo con el seax que empuñaba en la otra. Elvar se desvió bruscamente y golpeó al tennúr en el hombro. El vaesen chilló y cayó al suelo. Elvar agarró por la muñeca a la guerrera canosa y la ayudó a levantarse. En ese momento oyó la voz de Agnar bramando y vio su cara en el muro de escudos. Se abrió un hueco entre los escudos y Elvar empujó a Sólín para introducirla por él y regresó para cubrir a Biórr. Unos latidos del corazón después, Biórr entró a trompicones en el muro formado por los Terrores de la Batalla, con Grend sobre los hombros y Elvar detrás. Los escudos volvieron a juntarse y el muro se puso en marcha en dirección al puente de Isbrún, dejando atrás la colina.

Elvar oyó un zumbido encima de la cabeza y sintió un dolor punzante en el oído y en el cuero cabelludo cuando un tennúr se abatió sobre ella y hundió las garras en su trenza de pelo. Agnar agarró a la criatura por el cuello, evadiendo sus dentelladas, lo arrancó de la cabeza de Elvar y lo tiró al suelo, donde acabó pisoteado. El muro de escudos continuó avanzando y el zumbido de los tennúr se atenuó. Elvar se abrió paso hasta Biórr y puso la mano en el cuello de Grend para buscarle el pulso.

Suspiró aliviada cuando lo encontró, lento y rítmico.

—Gracias —dijo apretando el brazo de Biórr. Él esbozó media sonrisa y gruñó bajo el peso de Grend.

Elvar echó un vistazo por encima del hombro mientras el muro de escudos seguía avanzando y vio una nube de vaesen revoloteando sobre la colina. En el suelo había más criaturas apiñadas, correteando como hormigas sobre lo que debían ser los cadáveres del poni y de un puñado de guerreros.

Y entonces el terreno cambió debajo de los pies de Elvar; la hierba y la tierra dieron paso a una superficie dura como la roca. Elvar miró abajo y vio que estaba sobre el puente de Isbrún. Agnar inspiró con un silbido y el muro de escudos se deshizo. Los guerreros se detuvieron y miraron a su alrededor.

El puente era lo suficientemente ancho para que lo cruzaran cincuenta guerreros en fondo y estaba hecho de hielo, duro y sólido, que crujía bajo los pies de Elvar como cuando caminaba por la hierba cubierta de escarcha. Una luz centelleaba dentro del hielo, capturada y reflejada del río que Elvar podía ver a través del puente, borboteando mucho más abajo.

«¿Cómo es posible que el hielo no se derrita?»

—¡No es un buen sitio para detenerse! —gritó Uspa desde el centro del puente. Detrás de ella se extendía una tierra que el ser humano no había visto ni pisado en trescientos años.

—¡Ja, ja, ja! ¡La bruja seiðr tiene razón! —exclamó Agnar—. ¡Adelante! —bramó—. ¡A Oskutreð!

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

VARG

Varg estaba sentado con la espalda apoyada contra un árbol y masticaba un trozo duro de cordero. Le dolía la mandíbula y estaba convencido de que habría sido más fácil masticar la suela de cuero de sus zapatos. Era entrada la noche, o al menos eso calculaba él, pues había comenzado el sólstöður, el día que duraba un mes, cuando se desterraba la noche durante treinta días. La claridad no era absoluta, más bien era una luz crepuscular en la que flotaban motas de polvo. Habían montado el campamento en un pequeño claro entre los pinos y Varg apenas veía el contorno de la luna en el cielo pálido. Sin embargo, su cuerpo le decía que era de noche y se ciñó la capa.

Estaba solo. Torvik tenía turno de guardia. También Svik y Røkia. Los tres estaban diseminados por el bosque. Glornir estaba sentado al lado de Vol, con su hacha larga en el regazo mientras lo afilaba con una piedra. Einar Medio Troll estaba con Sulich, refunfuñando por el agujero que necesitaba llenar en su estómago mientras el otro guerrero se afeitaba la cabeza con el seax.

—Solo puedo pensar en comida caliente —masculló Einar.

—No se puede encender fuego —espetó Glornir entre los chirridos de la piedra de afilar sin levantar los ojos de la hoja del hacha.

—Todos conocían ya la regla y la comprendían, pero masticar tiras de carne de cordero fría y dura no ayudaba a hacer más llevadera la ausencia de comida caliente.

Skalk estaba sentado cerca de allí, con Olvir e Yrsa a su espalda. Los dos guerreros conversaban en cuchicheos. Olvir tenía una expresión tensa en la cara que no lo había abandonado desde que encontraran los cuerpos mutilados colgados de los pinos. Skalk tenía la cabeza agachada y el rostro oculto por las sombras. Varg seguía inquieto y había soñado con los cuerpos todas las noches desde ese día: cadáveres que se balanceaban en el aire, el crujido de las cuerdas. No hacía más que dar vueltas a la conversación que había mantenido con Skalk antes de encontrar los cuerpos, en la que el galdramaðr le había dicho que podría realizar un akáll, siempre y cuando él estuviera preparado para abandonar los Hermanos de Sangre y hacerle un juramento. Su mano se deslizó involuntariamente hacia la bolsa de su cinturón y pensó en Frøya, su hermana muerta, asesinada. No sabía dónde estaba su cuerpo ni quién la había matado, y eso le roía el alma

como si fuera una rata mordisqueando el tuétano de un hueso.

Sonaron unos pasos y Torvik salió de los árboles, vio a Varg y enfiló hacia él. Se sentó a su lado sonriendo.

Varg le ofreció una tira de cordero.

—¿Qué guardas en esa bolsa? —le preguntó Torvik cogiendo el trozo de carne.

Varg retiró la mano como si lo hubieran sorprendido robando.

—La proteges como si estuviera llena de oro —añadió Torvik. Se encogió de hombros—. Sé que no es asunto mío, pero, si puedo ayudarte, dímelo.

Varg exhaló un suspiró largo y tembloroso. Después volvió a acercar la mano a la bolsa, la abrió, metió la mano y sacó un mechón de cabello negro.

—Es de mi hermana —dijo Varg—. Lo necesito para el akáll que me mostrará quién la asesinó.

Torvik asintió.

—Yo te ayudaré.

—¿A qué? —le preguntó Varg frunciendo el ceño.

—Cuando Glornir te permita realizar el akáll —respondió Torvik—. Te ayudaré a dar caza a los asesinos de tu hermana. Edel me ha dicho que tengo un buen olfato, que seré un buen rastreador de personas. Te ayudaré a encontrar a los que asesinaron a tu hermana, y a matarlos.

Varg miró fijamente a Torvik. Abrió la boca para decir algo, pero sintió una opresión en el pecho y un nudo en la garganta que las palabras no fueron capaces de superar. Durante toda su vida había estado solo. Frøya había sido su única compañía, su única amiga, la única persona en la que había confiado. Mientras estaba sentado, mirando a Torvik, supo que ese muchacho que tenía delante era sincero.

«Si Glornir algún día me considera digno», le dijo una voz dentro de su cabeza.

«El hecho de que Glornir me dé permiso o no para realizar el akáll no cambia el ofrecimiento de Torvik», respondió mentalmente Varg a esa voz.

Miró a otro lado y se secó una lágrima del ojo.

—Gra… gracias —murmuró.

«Será difícil separarse de estas personas. Torvik, Svik, Einar, incluso Røkia —pensó—. He llegado a… apreciarlos.» Pero después de haber hablado con Skalk sabía lo que debía hacer, por Frøya, para cumplir su juramento.

Torvik se encogió de hombros y sonrió.

—*Bannað jörð* —gritó una voz. Varg se volvió y descubrió que era Skalk quien había hablado. El galdramaðr había levantado la cabeza y miraba fijamente a Vol—. Tierra prohibida —dijo Skalk—. Eso significaba la runa grabada en los cadáveres de mis drengir.

—Así es —repuso Vol.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Skalk.

Vol frunció el ceño.

—Suena a advertencia. Para mantener alejados a los intrusos —dijo Vol, y se encogió de hombros—. No lo sé.

—A mí me suena a que unos corrompidos por los dioses están enviándome una advertencia —dijo Skalk—. Soy un galdramaðr, llevo toda la vida estudiando las runas y la ley galdur, he viajado por toda Vigrið y más allá, me he arrodillado en una veintena de torres galdur y nunca había visto esa runa. Y sin embargo tú sabías lo que significaba. Forma parte de una porquería seiðr corrompida, ¿verdad?

Glornir levantó los ojos de la piedra de afilar y del hacha y clavó una mirada severa en Skalk.

—No me amenaces —dijo Skalk agitando la mano—. No soy un niño o un thrall que se acobarde con una mirada o una reputación. —Miró a Einar, cuyo ceño fruncido parecía un nubarrón—. ¿Quieres fuego para tus gachas, Medio Troll? —Extendió un brazo—. *Eldur* —susurró, y una chispa brotó en la palma de su mano y prendió una crepitante llama solitaria.

Un escalofrío recorrió a Varg. Nunca había visto la magia galdur y, ahora que la presenciaba, le pareció que no le gustaba mucho. Sentía el poder que irradiaba en oleadas de Skalk, como el calor de un fuego.

Glornir desvió la mirada hacia la llama que crepitaba en su mano.

—Apágala —dijo.

—Nada de fuego —murmuró Einar.

Skalk cerró la mano y la llama se extinguió.

—¿Esta tierra es sagrada para ti, corrompida? —preguntó Skalk mirando de nuevo a Vol.

Ella se encogió de hombros.

—Estamos caminando sobre los huesos de Snaka. Ahora mismo los estoy sintiendo, como si fueran una canción en el suelo, debajo de nosotros. Él nos creó, creó el mundo. Por supuesto que esta tierra es sagrada. Pero esa no es razón para colgar y destripar a una escuadra de drengir.

Varg reparó en que Olvir se movía y hacía una mueca.

—Sin embargo, la runa no decía «sagrada» —añadió Vol—. Decía «prohibida».

—A veces las dos cosas van de la mano —reflexionó en voz alta Skalk—. En todo caso, ¿por qué es una tierra prohibida? —preguntó de nuevo.

—No lo sé —respondió Vol.

—Seguro que acabaremos averiguándolo, cuando descubramos qué hizo eso a tus guerreros —dijo Glornir.

Se instaló el silencio en el grupo.

—¿Qué diferencia hay entre un galdramaðr y una bruja seiðr? —preguntó Varg rompiendo el silencio. La pregunta había cobrado forma dentro de su cabeza y no se dio cuenta de que la formulaba en voz alta.

Skalk se volvió hacia él y lo miró como si le hubiera proferido el más grave de los insultos.

—He trabajado en una granja toda mi vida —se excusó Varg encogiéndose de hombros—. Para mí, la magia es magia, independientemente de quién la haga.

—La magia galdur es enseñada por los sabios, por los eruditos, por aquellos que son dignos. Son años de estudio y de búsqueda de la verdad. Es un honor que requiere talento y paciencia. La magia seiðr, sin embargo, es una mácula en la sangre de los corrompidos. Un residuo del antiguo Snaka, el dios orgulloso, que pervive en sus venas. No es ningún mérito, como mi poder. —Skalk negó con la cabeza—. No hay honor en ella, ni talento. Simplemente la poseen.

—¿Y qué tiene eso de malo? —quiso saber Varg.

Yrsa resopló e hizo un mohín. Skalk se quedó mirando un momento a Varg sin saber qué decir. Finalmente se enderezó.

—Los dioses estuvieron a punto de destruir el mundo —dijo el galdramaðr como si hablara con un niño—. De destruirnos a nosotros, al ser humano. Y sus descendientes no son mejores. Ellos también participaron en esa guerra.

—También participaron personas —observó Sulich sin dejar de pasarse el seax por el cuero cabelludo.

—Obligadas. No eran muy diferentes de los thrall —dijo Skalk—. Pero los corrompidos decidieron luchar voluntariamente. Quisieron hacerlo. Como sus progenitores malditos. —Miraba fijamente a Vol mientras hablaba—. Por sus venas corre sangre maldita. Por eso, cuando la humanidad surgió de las cenizas del Guðfalla juró exterminar a todos los dioses que sobrevivieron a la caída de los dioses, y a sus descendientes, a los que se habían mezclado con los humanos. Solo cuando se encontró la cadena de Ulfrir empezamos a

convertir a los corrompidos en thrall en vez de ejecutarlos.

—¿La cadena de Ulfrir? —preguntó Varg. Siempre se habían contado historias en la granja de Kolskegg, alrededor de la hoguera y de la mesa, pero desde edad muy temprana Frøya y él aprendieron a mantener las distancias con los demás, así que conocía muy pocas de esas historias.

—Ulfrir, el dios lobo, estaba encadenado el último día —explicó Yrsa—. Era una cadena recubierta de runas y colmada de magia seiðr por Lik-Rifa, la diosa dragón, hermana de Ulfrir. La cadena lo retenía y lo inmovilizaba, y los seguidores de Lik-Rifa se abalanzaron sobre él y le infligieron muchas heridas mortales.

—Sí, esa historia la he oído —dijo Varg.

—Y cuando Snaka fue asesinado y cayó, destruyó el mundo —continuó Yrsa—. La cadena se rompió y los eslabones y las esquirlas salieron disparados en todas direcciones.

—Así es —dijo Skalk volviendo a tomar la palabra—. Y muchos años después, cuando la humanidad comenzó a dispersarse de nuevo por el mundo, encontramos algunos de esos eslabones enterrados en el suelo o sumergidos en ríos y fiordos, y utilizamos la magia galdur para romperlos, para mezclarlos con hierro y forjar los collares de los thrall. Las primeras fortalezas se erigieron en los lugares donde se encontró alguno de ellos. Darl, Snakavik, Svelgarth en el este. Ese collar de thrall en el cuello de Vol está forjado con un fragmento de la cadena de Ulfrir. Gracias a eso se la puede controlar. Lo mismo ocurre con los úlfhéðnar de la reina Helka y con los berserkir del jarl Störr. Y se usa la lengua galdur para darles órdenes. A Glornir debieron enseñarle las palabras de poder cuando compró el collar.

—Es cierto —dijo Glornir.

—Siempre me ha parecido extraño que se juzgue a un hombre o a una mujer por sus antepasados —dijo Sulich. Terminó de afeitarse la cabeza y enfundó el seax—. En mi opinión, habría que juzgarlos por sus actos.

Skalk volvió bruscamente la mirada hacia Sulich.

—Es extraño oír eso de un asesino fugitivo —dijo Skalk—. ¿Quieres que te juzgue por tus actos?

Sulich miró al galdramaðr, se levantó y enfiló con determinación hacia él.

—Yo no soy un asesino —declaró con una voz fría y dura.

Olvir e Yrsa se pusieron en pie y sus manos sobrevolaron la empuñadura de sus espadas.

—No es eso lo que dice el príncipe Jaromir —replicó Skalk, todavía sentado, tranquilo y relajado.

Sulich se detuvo a pocos pasos de él. Olvir e Yrsa estaban preparados.

—No soy un asesino —repitió.

Skalk se encogió de hombros.

—Ese es un asunto que habrá que resolver cuando esto acabe y regresemos a Darl.

—Sulich —dijo Glornir—. Siéntate.

El guerrero de la cabeza afeitada se dio la vuelta y miró a Glornir. Luego volvió junto a Einar.

A Varg se le erizó el vello. Sabía que habían estado a un pelo de que estallase la violencia.

Oyeron un ruido de pasos entre los árboles y todos se volvieron en esa dirección tendiendo las manos hacia las armas, señal de la tensión que se respiraba en el campamento.

Svik salió del bosque y se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando en derredor.

CAPÍTULO CUARENTA

ORKA

Orka avanzaba por el camino de tierra sujetando las riendas de su caballo, un robusto pinto castrado llamado *Trúr*. Mord y Lif la flanqueaban, cada uno con su montura. Mord con la herida que le había hecho Skefil en el brazo. La sangre se filtraba a través de la venda de lino y él mantenía el brazo pegado al cuerpo. El sol trepaba por el cielo y el aire conservaba el frescor del amanecer. Las volutas de niebla se arremolinaban sobre el arroyo que seguían, con la fortaleza y la ciudad de Darl a sus espaldas.

Estaban regresando a la granja en la que se alojaban, que se encontraba en un valle situado más adelante.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Lif. Apenas había hablado desde que interrogaran y mataran a Skefil.

—Pensaremos —respondió Orka—. En nuestras opciones, en lo que es posible y en lo que no, y entonces elaboraremos un plan astuto para pasar por el acero a Guðvarr y a la jarl Sigrún y vengar a vuestro padre.

Lo que Orka deseaba en realidad era meter algunas provisiones en una bolsa, separarse de Mord y de Lif y cabalgar al norte para dar caza a Drekr. Pero estaba en deuda con los hermanos, una deuda de sangre, y eso pesaba en su alma. Sabía que tendría que ayudarles a llevar a cabo su venganza, sobre todo ahora que Drekr había partido de Darl y ya no podía matarlo. Sin embargo, Guðvarr y la jarl Sigrún seguían en la ciudad, así que dentro de su cabeza tenía sentido liquidarlos antes de emprender la persecución de Drekr.

No obstante, Breca era como una astilla que se le clavaba en el corazón cada vez que pensaba en él. Su cara la acosaba y su voz le susurraba en el oído. Su hijo, raptado, asustado, herido. Ese pensamiento hacía que un lobo gruñera en sus venas.

—¿Estás bien? —le preguntó Mord.

—¿Cómo? —dijo Orka.

—Estabas gruñendo y tenías la cara desencajada.

Orka exhaló un largo suspiro.

«Te encontraré, Breca, lo juro», se prometió. Cada segundo separado de él le desgarraba un poco más el corazón.

«Pero estoy en deuda con ellos. Siempre y cuando podamos hacerlo pronto. Tengo que marcharme de aquí lo antes posible.»

—Tenemos que matar a Guðvarr y a Sigrún, y cuanto antes —dijo Orka.

—Ajá. Esa parte ya la conozco —dijo Lif—. Es el cómo lo que aún no tengo claro.

Orka echó un vistazo atrás. Darl se alzaba a sus espaldas y la silueta de la fortaleza se recortaba en la cima de la colina, con sus alas de águila desplegadas, reflejando los rayos del sol naciente que las hacía relumbrar con una luz dorada. El sinuoso río Drammur era como una serpiente dormida a los pies de la ciudad. Entre la fortaleza y la granja en la que se alojaban se extendían praderas y colinas onduladas; las praderas, llenas de campos de cebada lista para la cosecha, y las colinas, moteadas de rebaños de cabras y de ovejas.

Después de arrojar el cadáver de Skefil al canal habían dedicado el resto de la noche a explorar la fortaleza del Águila. Había sido frustrante comprobar lo bien vigilada que estaba, con numerosos drengir apostados en las puertas y patrullando las altas murallas de madera que cercaban la sala de hidromiel de la reina Helka. También se habían acercado al puerto y observado el drakkar de la jarl Sigrún, custodiado por un puñado de drengir de Sigrún, pero también bajo la protección de los oficiales del puerto y de sus guardias.

—Estoy pensando que lo mejor sería sacar a Guðvarr y a la jarl Sigrún de la fortaleza en vez de intentar entrar furtivamente en ella —sugirió Orka.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Cuando quieres cazar un lobo o un zorro, usas una trampa con cebo —respondió Orka.

—¿Un cebo? ¿Qué cebo? —preguntó Lif.

—Yo —dijo Orka. Se encogió de hombros—. Maté a Vafri, la thrall úlfhéðnar que Helka le regaló a Sigrún. Además maté al amante de Sigrún y a ella le he deformado el rostro. Por lo tanto, yo soy a quien más ganas tienen de ver muerta. La ira ciega a algunas personas, las hace más proclives a cometer errores. A precipitarse. Así que buscaremos un lugar concurrido. Tú y Mord os esconderéis en la multitud. Yo sembraré el caos y la jarl Sigrún y Guðvarr intentarán cobrarse su venganza. Entonces vosotros hundiréis vuestros aceros en el vientre de Guðvarr, pero antes le susurraréis en el oído unas palabras para que sepa quiénes son sus asesinos y por qué va a morir. —Se encogió de hombros—. Después desapareceréis en la multitud.

—Me gusta —dijo Mord asintiendo con la cabeza—. Hagámoslo.

Mord había estado malhumorado desde que Skefil lo hiriera, también en el orgullo, pensaba Orka. Había estado ansioso por asaltar la fortaleza de Helka, a pesar de que probablemente ni siquiera era

capaz de trepar por la muralla con el brazo maltrecho.

«Orgullo y vergüenza —se dijo Orka—. Ambos son enemigos de una vida larga. Necesita enfriar un poco la sangre, pensar con claridad.»

—A mí me parece que hay muchas maneras de que ese plan se tuerza —repuso Lif—. Por ejemplo, ¿cómo escaparás tú?

—Todos los planes se tuercen —dijo Orka encogiéndose de hombros—. Y cuando le pase a este, improvisaré.

—Sin vacilación —dijo Mord mirando a Orka.

—Exactamente —gruñó Orka.

Continuaron caminando. Superaron un recodo del camino de tierra, rodearon un espolón y la granja apareció en el valle de abajo. La casa comunal se había construido junto a un río estrecho, y en torno a ella, los graneros y los potreros. Más allá se extendía un campo de cebada. Una brisa suave arrastraba por todo el valle los olores mezclados del humo, la cebada y los excrementos de los cerdos, junto con los graznidos de las ocas.

Orka frunció el ceño y sintió un cosquilleo en las venas.

Se detuvo.

Mord y Lif continuaron algunos pasos, acompañados por el chacoloteo rítmico de los cascos de sus caballos en el suelo. Pero entonces se dieron cuenta de que Orka se había detenido y también se pararon.

—¿Qué pasa? —preguntó Lif.

—Sigamos. Tengo el estómago vacío —rezongó Mord.

Orka olfateó el aire con el ceño fruncido.

Estaban a un par de centenares de pasos de la granja y a primera vista todo parecía en orden. Pero Orka sentía un hormigueo en la piel. El burro no rebuznaba, como parecía ser su costumbre desde la salida hasta la puesta del sol, ni ascendía humo del agujero para el humo en el tejado de tierra y hierba de la casa comunal.

—Montad en los caballos —dijo a los hermanos mientras ponía un pie en el estribo de hierro y se impulsaba para subir a la silla de montar con la lanza en la mano. Acomodó su peso sobre el lomo de *Trúr* y el caballo relinchó.

—¿Por qué? —preguntó extrañado Mord.

—El plan ya se ha torcido —murmuró Orka.

En el patio de la granja aparecieron unas figuras a caballo. Muchas. Diez, doce, quince…, y debía de haber más escondidas. Las armas y las brynja destellaron. Uno de los jinetes fue hasta la entrada de la granja, desenvainó la espada y apuntó con ella a Orka y a los hermanos.

—Es Guðvarr —dijo Lif.

—¿Nos quedamos y luchamos o posponemos la lucha para otro día? —les preguntó Orka. La sangre bullía en sus venas. La inminencia de la batalla la reclamaba, se revolvía en su sangre. Pero una parte recóndita de su mente le susurraba que el enemigo era demasiado superior en número, que Mord y Lif probablemente morirían. A otra parte eso le traía sin cuidado.

—Son una veintena —dijo Lif.

—Drengir de Sigrún y también algunos de Helka —apuntó Orka al ver el destello dorado de las alas de águila de los broches que cerraban las capas. Miró a Mord y luego a Lif y vio el brillo del deseo de venganza en sus ojos mientras observaban a Guðvarr, pero también la duda que sobrevuela como las alas de un cuervo a quien tiene ante sí una batalla inminente, cuando la posibilidad de morir te mira directamente a los ojos. El miedo puede ser hielo o fuego en las venas; helar el cuerpo o incendiarlo.

Guðvarr había empezado a subir por el camino en su dirección. Orka alcanzaba a ver su nariz puntiaguda y goteante. Pegado a él cabalgaba Arild, la drengr que parecía acompañar a todas partes a Guðvarr. Llevaba puesta una brynja que relumbraba a la luz del sol. Hasta entonces, Orka solo la había visto vestida con lana y cuero. Los guerreros que los seguían también lucían cotas de malla y cascos de hierro. Todos ellos eran drengir diestros con la espada y hábiles en el combate.

Orka miró a Mord y a Lif, aún en el suelo, sujetando las riendas de sus caballos, con la mirada fija en la granja. Iban vestidos con lana y cuero y armados con seax y hachas. Mord blandía además una lanza de pesca. Ninguno de los dos tenía casco. Y se notaba su inseguridad.

Tomó la decisión por ellos.

—Nos vamos —dijo Orka sacudiendo las riendas y golpeando las costillas de *Trúr* con los talones. Vio que Lif montaba en su caballo. Mord vaciló un momento, con el gesto contraído, pero finalmente subió al caballo con una mueca de dolor por la herida en el brazo y los tres huyeron al galope por el camino que los había llevado allí.

Un estrépito de cascos de caballo, como un trueno ensordecedor, los seguía, y hasta sus oídos llegó la voz estridente de Guðvarr. Orka rodeó el espolón tras el cual quedaba oculta la granja con su castrado al galope. Mord y Lif la seguían sin quedarse atrás. Delante apareció Darl, con el río convertido en un denso bosque de mástiles. Enseguida el camino de la granja confluía con una carretera por la que transitaba un puñado de personas, con carros tirados por bueyes y otros viajeros.

«Regresar a Darl no es buena idea. Sería como meterse en la boca

del lobo, con los drengir de Helka delante de nosotros y Guðvarr y sus guerreros a nuestra espalda.»

Ante ella apareció un cruce de caminos. Si seguían en línea recta llegarían a Darl, si enfilaban hacia el sur, al río, y hacia el norte…

«La cordillera Dorsal.»

Las montañas se alzaban a lo lejos como una dentadura irregular. Una muesca en su contorno marcaba la ubicación del paso de Grimholt.

Orka tiró de las riendas y golpeó a *Trúr* con la pierna para que el caballo girara y tomara el camino al norte. Mord le gritó a su espalda, pero el viento se llevó sus palabras y Orka no les prestó atención al ver que él y su hermano la seguían. Se oyeron más gritos detrás de ellos cuando Guðvarr rodeó el espolón y los vio. Apenas los separaban doscientos pasos y Guðvarr chillaba y espoleaba a su caballo para ponerlo a un galope desbocado. Los drengir se arremolinaban detrás de él.

Orka levantó su propio peso de la silla y espoleó a *Trúr*. Era un castrado fuerte y con los huesos grandes, más adecuado para arar la tierra o para la batalla que para la carrera, pero tenía un corazón grande y Orka notaba el júbilo con el que galopaba. *Trúr* alargó las zancadas y Orka tuvo la sensación de estar volando, con el viento arrancándole lágrimas de los ojos, mientras se deslizaba por las onduladas praderas de brezo y retama.

«Esto es lo que debieron sentir las hijas de Orna —pensó Orka—. Volar y gobernar los cielos.» Orka gritó jubilosa.

Continuaron al galope. El paisaje cambiaba a medida que se alejaban del río Drammur. La distancia que los separaba de Guðvarr y sus guerreros crecía gradualmente, cuatrocientos pasos, quinientos… Los drengir eran más precavidos sobre los caballos que Orka y los hermanos. El terreno comenzó a empinarse y se alzaban colinas en torno a ellos, cubiertas de helechos y de brezo, con alguna que otra arboleda y estriadas por una miríada de arroyos. El camino se estrechaba y las colinas eran cada vez más altas. Orka podía oír el murmullo de aguas turbulentas. Entonces apareció un puente delante de ellos. Era estrecho y cruzaba un desfiladero. Orka tiró de las riendas, cambió su postura sobre la silla de montar y *Trúr* redujo su velocidad al medio galope. El estruendo de los cascos en las tablas de madera resonaba en sus oídos mientras recorría el puente. Mord y Lif también habían reducido la velocidad y entraron en el puente uno detrás del otro.

Orka miró abajo y vio las paredes verticales del desfiladero y un río espumoso unos cuarenta o cincuenta pasos por debajo de ella.

Llegó al otro extremo del puente y tiró de las riendas, desmontó de un salto y corrió hacia un brezo alcanzado por un rayo. Empuñó el hacha y cortó algunas ramas secas que crujían al partirse.

Mord y Lif llegaron también al otro lado del puente y detuvieron sus monturas. Lif llamó a Orka mientras su hermano miraba atrás. El ruido atronador de los cascos de los caballos de Guðvarr y de sus drengir sonaba mucho más cercano de lo que habría querido Orka.

Orka recogió las ramas cortadas, volvió corriendo al puente y las depositó sobre las tablas de madera. Luego se agachó, sacó la yesca, el pedernal y el eslabón del morral del cinturón. Saltaron chispas de la piedra y brotó una llama en la yesca colocada entre las ramas secas. El fuego crepitó y las llamas se propagaron por las ramas de brezo, la madera del puente comenzó a arder y se alzó una columna de humo. Orka miraba alternativamente el fuego y el otro extremo del puente. Guðvarr apareció por un recodo del camino, vio a Orka y a los hermanos y espoleó a su caballo, que estaba cubierto de sudor y de sal y espumajeaba por la boca. El sobrino de Sigrún profirió un grito de victoria y sonrió mirando a Orka, a Mord y a Lif, pero entonces vio las llamas, que se propagaban rápidamente por la pasarela de madera, los postes y los pasamanos del puente. Las nubes de humo negro ocultaron a Guðvarr y a los drengir que lo acompañaban. Se oyó el atabaleo de los cascos en la madera cuando Guðvarr intentó cruzar el puente, pero la madera crujió, debilitada por el fuego, y a continuación sonó un chasquido de madera que se partía. Guðvarr retrocedió. Sentado en su caballo, el sobrino de la jarl profirió insultos hacia Orka y los hermanos desde el otro lado del puente. Uno de sus drengir arrojó una lanza que se clavó con un ruido seco en el suelo, cerca de la montura de Lif.

—Cógela —le dijo Orka al joven pescador mientras montaba en su caballo. Se encorvó y dio palmadas en el cuello al capón antes de espolearlo.

»Hemos ganado tiempo —añadió mirando al este y al oeste siguiendo el desfiladero mientras Lif cogía su nueva lanza.

El desfiladero se curvaba a lo lejos, lo que significaba que Guðvarr y sus drengir tendrían que recorrer una larga distancia hasta encontrar otro lugar por donde cruzarlo y luego regresar al mismo lugar para seguir su rastro.

—¿Se darán por vencidos? —preguntó Lif.

—Espero que no —respondió Orka.

Desde el otro lado de las llamas y del humo les llegaron los chillidos de rabia y frustración.

—¿Por qué? —quiso saber Lif.

—Porque quiero que Guðvarr nos siga. Así podréis matarlo.

—Me gusta eso —dijo Mord con una sonrisa de oreja a oreja. Frunció el ceño—. ¿Que nos siga a dónde?

—Al norte, para ir tras mi venganza mientras la vuestra va tras nosotros —dijo Orka con una sonría gélida en los labios—. Iremos allí, a las Dorsales. Al paso de Grimholt.

«Para encontrar a Drekr y a mi hijo.»

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

VARG

Varg reptaba por una ladera cubierta de hierba endurecida por la escarcha y una fina capa de tierra, rodeado de Hermanos de Sangre. Edel, Torvik y el resto de los exploradores estaban agazapados detrás de una roca un poco más adelante. Edel le susurraba algo a Glornir mientras miraban desde la cima de la colina. El sol estaba suspendido sobre las cumbres de las Dorsales, pero todavía no había tocado el valle por el que se arrastraban y las sombras se aferraban al suelo del valle como si fueran una densa niebla.

La cima de la colina estaba cerca y Varg buscó un hueco libre mientras los Hermanos de Sangre se desplegaban a lo largo de ella, todos con la mirada fija en el valle que se extendía al otro lado. Ascender por una ladera arrastrándose como un reptil no era una tarea sencilla cuando se llevaba un escudo a la espalda, un cinturón de armas alrededor de la cintura y una lanza en la mano. Einar Medio Troll ocupaba más espacio que una roca en la cima de la colina, pero miró atrás y le hizo una seña a Varg para que se pusiera a su lado, al mismo tiempo que fulminaba con la mirada a otro Hermano de Sangre que pretendía ocupar el espacio que había a su derecha. Varg reptó el último trecho y se colocó al lado de Einar, que le sonrió y se puso un dedo en los labios. Einar parecía haberle cogido cariño desde el baile de los remos y las disculpas de Varg. Incluso se había ofrecido a compartir con él su hogaza de pan en la última comida. Varg lo había aceptado con gratitud, pues cualquier cosa era mejor que el cordero duro como el cuero.

De norte a sur se extendía un valle de paredes escarpadas, atravesado por lo que parecía un camino muy utilizado que se dirigía al este. Una cascada dominaba el extremo septentrional del valle; el agua caía por la pared de un barranco que Varg solo vio cuando retorció el cuello. Una bruma permanente se arremolinaba en la base de la cascada, donde una vasta poza se dividía en un puñado de riachuelos.

Habían pasado tres días desde que Edel encontrara los cuerpos colgados de los árboles, y a cada paso que daba Varg había sentido crecer la tensión. Dentro de su cabeza había librado una guerra interna para decidir si volver a hablar con Skalk sobre la realización del akáll o si debería esperar a recibir el beneplácito de Glornir. La

demostración del galdramaðr al hacer brotar fuego en la mano solo había aumentado su confusión. Solo había sido una llamita, pero a Varg se le había helado la sangre en las venas. Sin embargo, a medida que se adentraban en las Dorsales ese conflicto se había debilitado, superado por otra sensación cada vez más intensa, un temblor en la sangre. Era casi como si pudiera oler o percibir un peligro creciente, como si estuviese acercándose a un cadáver putrefacto.

El fondo del valle estaba sumido en una penumbra crepuscular, pero mientras Varg lo observaba, el sol se alzó lo suficiente para inundar las laderas de oro líquido y las sombras retrocedieron. Los arroyos que surcaban el valle resplandecieron con una luz cegadora. Varg oyó la voz susurrante de Edel mientras hablaba con Glornir y Vol. Sus dos perros lobos estaban tumbados y con las orejas de punta. Uno de ellos gruñó. Edel señaló algo.

Varg advirtió movimiento en el valle y vio aparecer una figura cerca de la cascada. A pesar de la distancia podía asegurar que era grande. Tenía una cuerpo musculoso y cuernos, y unos gruesos colmillos que despuntaban desde su dentadura inferior. Había salido de un pinar y enfilaba hacia la poza.

—¿Qué es? —preguntó en voz baja Varg.

—Un troll —dijo Einar con un susurro retumbante.

El troll se detuvo en el borde de la poza y miró alrededor, escrutando las paredes del valle. Dio la impresión de que olisqueaba el aire y por un momento se apoderó de Varg el miedo de que los viera o de que de algún modo fuera capaz de percibir su olor. Luego se volvió hacia el pinar e hizo unos gestos. Del bosquecillo salieron en fila unas criaturas de menor tamaño que el troll. Eran humanos, y Varg vio los destellos del hierro cuando las cadenas que llevaban alrededor del cuello y de los tobillos que los ligaban unos a otros reflejaron la luz del sol. Unas treinta o cuarenta personas salieron en fila de los árboles y se dirigieron a la poza, todas ellas con cubos en las manos. A continuación aparecieron otras figuras. Algunas tenían aspecto humano, empuñaban lanzas y se protegían con cotas de malla. En cuanto al resto de las criaturas, era evidente que no eran humanas, pues tenían unas extremidades alargadas y musculosas y una espalda encorvada a pesar de que caminaban erguidas, apoyándose en los nudillos de unos brazos extraordinariamente largos. De unos tahalíes que les cruzaban la espalda colgaban distintas armas.

—Skraeling, antes de que me lo preguntes. —dijo Svik desde el otro lado de Varg.

Los thrall se arrodillaron en el borde de la poza y llenaron los cubos. Después, el troll hizo un ruido con la garganta parecido a un

ladrido y las personas se pusieron en pie y regresaron a la arboleda. Al cabo de una docena de latidos del corazón habían desaparecido. El troll, los guerreros y los skraeling las siguieron y un momento después el valle volvió a quedarse vacío, como si nunca hubieran estado allí.

Las órdenes se transmitieron en cadena a lo largo de la línea de Hermanos de Sangre. Glornir quería una reunión con sus capitanes y Svik recorrió la ladera hasta el líder de los guerreros siempre manteniendo la cabeza por debajo del borde de la colina. Røkia y Sulich también acudieron a la llamada. Glornir habló con ellos, señaló el valle una docena de veces y luego Svik regresó. Torvik lo acompañaba.

—Medio Troll, Insensato, Mano de Martillo, seguidme —dijo Svik—. Tú también, Halja Nariz Chata, y tú, Vali Aliento de Caballo —dijo mirando a un hombre y a una mujer que eran hermanos, ambos reservados y con semblante severo. Después Svik se deslizó por la ladera en dirección sur, por debajo del borde de la colina, hacia un grupo de pinos que crecían en la cima.

Varg miró a los demás y Torvik le sonrió antes de ponerse en marcha detrás de Svik. El resto de los Hermanos de Sangre se dividió en grupos similares, cada uno de ellos liderado por uno de los capitanes de Glornir y acompañado por un explorador de Edel. Varg vio de reojo que Skalk y sus dos guardaespaldas permanecían cerca de Glornir, y después Svik los condujo a través del pinar que coronaba la cima y se extendía por la ladera del otro lado. Esta era escarpada y pronto tuvieron que abandonar el amparo de los árboles. Torvik se puso a la cabeza del grupo y eligió un camino de descenso sinuoso utilizando las rocas y los arbustos para ocultarse. La tierra y las piedras se movían bajo los pies de Varg, pero este pisaba con seguridad y seguía sin problema a Torvik. Einar resbaló una vez y su voluminoso cuerpo provocó un pequeño corrimiento de tierras, pero Svik le ayudó a recuperar el equilibrio y el terreno finalmente se niveló cuando alcanzaron el fondo del valle.

Torvik les concedió un momento para que se reagruparan y luego reanudó la marcha a través del fondo del valle. Vadearon chapoteando un arroyo poco profundo y se adentraron en otro pinar que se extendía en la ribera opuesta. A partir de ahí enfilaron hacia el norte siguiendo la línea del valle, en dirección a la cascada. El estrépito de la caída de agua aumentó hasta que Varg alcanzó a ver el resplandor de las escamas de los salmones en la poza. Ya estaban lo suficientemente cerca para ver el sendero a través de los árboles que habían tomado el troll y los thrall. Torvik giró hacia el este y los condujo hacia una posición más elevada en la pared del valle,

rodeando el sendero sin perderlo nunca de vista. Se movían con el sigilo y la velocidad de los lobos por el suelo alfombrado de hojas de pino que amortiguaban sus pisadas. Varg creyó advertir movimiento en el otro extremo del sendero y unas sombras entre los árboles. Apretó el paso para alcanzar a Torvik, le tocó el hombro y señaló en esa dirección.

—Son Hermanos de Sangre —le susurró Torvik después de un breve silencio, y se pusieron en movimiento de nuevo.

Varg se percató de un cambio a su alrededor, casi como una vibración en el aire, en el suelo. Bajó la mirada; no le habría extrañado del todo ver que la alfombra de agujas de pino que estaban atravesando se agitaba, pero estaba quieta. La sensación crecía a medida que avanzaban; era como un cambio en la presión, como si estuviera formándose una tormenta, como un cosquilleo en las venas.

Torvik se detuvo, levantó un puño y el grupo se reunió en torno a él.

El sendero que seguían desembocaba en un claro con el suelo pisoteado y embarrado. En el otro extremo se alzaba la pared de un barranco en la que había una entrada alta y ancha con el dintel arqueado, en cuyo interior se vislumbraban los destellos de las antorchas como si fueran puntitos brillantes. Personas esqueléticas y harapientas entraban y salían caminando por la puerta. El flujo de thrall con el collar de hierro que conducían carros tirados por ponis era constante. Los carros iban cargados de escombros. Enfilaban hacia el norte al salir de la boca de la cueva y conducían los ponis y los carros hasta el otro extremo del claro, donde había una montaña nueva de rocas y escombros. Allí descargaban los carros y después volvían a entrar en la cueva, donde la oscuridad los engullía como si entraran voluntariamente en la boca de una serpiente dormida.

Torvik señaló varios puntos del claro y Varg vio otras figuras: guerreros armados con lanzas y un puñado de skraeling. A Varg no le gustó su aspecto. Vestían unas túnicas gruesas de guerrero y de sus cinturones colgaban armas, aunque parecían rudimentarias y pesadas. Sin embargo, sus brazos eran largos y estaban recubiertos de músculos estriados, y tenían un cuello grueso. A pesar de la distancia, en sus caras había algo que parecía… fuera de lugar.

«He vivido en una granja toda mi vida —pensó—. La peor experiencia que he tenido con los vaesen fue cuando un espectro malvado maldijo la leche un invierno, y una vez que vi un grupo de serpientes recién salidas de los huevos en el río, pero ni siquiera eran más grandes que una anguila.»

No había ni rastro del troll, aunque la entrada de la cueva era lo

suficientemente grande para que pasara él.

—Buen trabajo, chaval —felicitó Svik a Torvik dándole una palmada en la espalda—. A partir de aquí tomo el mando. —Clavó la contera de la lanza en el suelo y se pasó los dedos por la barba roja deshaciendo nudos. Luego se retorció los bigotes y se puso a trenzarlos.

—¿Qué haces? —susurró Varg.

—Me preparo —respondió Svik.

—¿Para qué?

—Para la señal. Va a haber una batalla, por supuesto. Se derramará sangre y quiero tener mi mejor aspecto para la lucha. Es importante. —Svik miró de arriba abajo a Varg—. Te sugiero que tú también te arregles. —Sonrió—. Ha llegado el momento de que nos ganemos la plata y la fama en la batalla.

Después de arreglarse la barba, desenganchó el yelmo del cinturón y se lo puso en la cabeza, se pasó adelante el escudo, asió la empuñadura y lo dejó colgando de la mano a un lado antes de extraer la lanza de la tierra blanda.

A su alrededor, los demás hacían lo mismo. Halja y Vali apoyaron los escudos contra un árbol, se abrocharon la correa de los yelmos, quitaron las fundas de cuero de las moharras y revisaron el seax y la espada para que no se atascaran en las fundas. Una vez satisfechos, volvieron a coger los escudos y se colocaron detrás de Svik. Jökul Mano de Martillo se agachó, recogió un puñado de hojas de pino y tierra, se frotó las manos con la mezcla y dejó que se deslizara entre sus dedos. Luego se irguió, se ajustó el casco en la cabeza y extrajo el martillo del lazo del cinturón. La cabeza de hierro negro del martillo tenía muescas y manchas, y el mango era más largo que el de un martillo normal, semejante al de un hacha. El herrero se pasó adelante el escudo con un movimiento de hombros y miró con el ceño fruncido y una expresión arisca a los skraeling del claro.

El escudo de Einar era tan grande como una mesa. Se lo pasó adelante y lo sopesó. Luego sacó el hacha barbuda del cinturón.

Torvik aflojó el seax en la funda y se pasó adelante el escudo que llevaba a la espalda. Aguardó con el escudo y la lanza prestos.

Varg parpadeó y se dio cuenta de que debería estar haciendo lo mismo. Desenganchó el casco del cinturón, se lo puso encima del gorro de lana que le cubría la cabeza y apretó la correa debajo del mentón. A continuación revisó que el seax, el hacha y el cuchillo de carnicero que colgaban de su cinturón no se atascaran al ir a extraerlos y volvió a dejarlos caer en su sitio. Después quitó la funda de cuero de la punta de la lanza y la metió bajo el cinturón.

Finalmente sacudió los hombros para pasarse adelante el escudo y aferró la empuñadura de madera; el puño y los nudillos se acomodaron detrás del umbo de hierro.

Levantó la cabeza, con el corazón aporreándole el pecho, y vio que Svik estaba mirándolo.

—¿Estamos preparados, hermanos y hermanas? —preguntó Svik sin rastro de su buen humor—. Recordad, somos Hermanos de Sangre. Un vínculo nos une. Vivamos o muramos, nos hicimos un juramento. Esa es nuestra fuerza.

Los demás asintieron y gruñeron.

Svik miró entonces a Varg y a Torvik.

—Bueno, vosotros dos no, pero si sobrevivís hoy… —Se encogió de hombros y sonrió.

«Eso me reconforta», pensó Varg. Sintió la necesidad imperiosa de vaciar la vejiga.

—Seguidme —dijo Svik, y lideró a los guerreros a través de los árboles, ladera abajo en dirección al claro y la entrada de la cueva. Se detuvo cuando la arboleda empezó a ralear, aún en la ladera, a unos cuarenta o cincuenta pasos del terreno llano y del claro embarrado. Svik apoyó el escudo en el suelo y se arrodilló detrás de él. Los demás se agacharon a su alrededor, salvo Einar, que permaneció en pie. Todos vestían brynja a excepción de Varg y de Torvik. Jökul además llevaba puesto un mandil de cuero encima de la cota de malla.

Varg echó un vistazo al claro por encima del borde del escudo. Ahora la sangre vibraba dentro de sus venas con más violencia y sacudía sus huesos como si fueran los golpes de un tambor. Al mismo tiempo el miedo se deslizaba desde su estómago, le robaba las fuerzas de las piernas y le secaba la boca. Observó a los vaesen y a los guerreros, todos ellos con hierros o aceros afilados en los cinturones o en los puños. ¡Iba a luchar con ellos!

Tragó, pero no había saliva en su boca. Quería levantarse y moverse, y una voz le susurraba dentro de la cabeza.

«Lárgate. ¿Cómo vas a cumplir el juramento que le hiciste a Frøya si mueres? ¿Qué te importa esta gente? Deberías esperar a que empiece la batalla y luego huir.»

Sin embargo se quedó donde estaba, esperando a que las alas de la muerte sobrevolaran el claro.

Se produjo un movimiento en el margen del claro y Glornir salió a la luz del día.

—Vamos —dijo Svik con una voz que sonó como un gruñido al mismo tiempo que bajaba a trancos por la ladera. Todos lo siguieron.

Einar y Jökul se situaron en los flancos y Torvik, Halja y Vali justo detrás de Svik. Varg se puso de pie y vaciló un momento, pero rápidamente levantó el escudo y siguió a sus compañeros.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

ELVAR

Elvar, con los dedos entumecidos e hinchados, se puso a deshacer los nudos de la cuerda de piel de morsa que había utilizado para amarrar a Grend a la plataforma de un carro vacío. Imprecó y maldijo mientras se peleaba con un nudo, hasta que por fin consiguió deshacerlo.

—Cuando estés lista, chica —gruñó Sighvat, y entre los dos bajaron a Grend del carro, Elvar cogiéndolo por los tobillos y Sighvat agarrando el cuerpo inconsciente del guerrero por debajo de los hombros. Lo depositaron sobre una capa de lana que Elvar había extendido en el suelo y Elvar le examinó las heridas.

Tras cruzar el puente de Isbrún se habían detenido para curar las heridas y hacer recuento de bajas. Habían perdido dos carros y dos ponis cargados con lanzas y barriles de cerveza, carne de caballo y suero de leche. Tres Terrores de la Batalla habían perecido en la colina por el ataque del enjambre de tennúr.

Casi todos los guerreros tenían alguna herida de mayor o menor gravedad, desde un par de arañazos hasta tajos profundos producidos por las garras de los vaesen. Todos tuvieron que limpiárselas con agua hervida y vinagre; algunos recibieron puntos y a otros se les aplicaron cataplasmas de milenrama y miel y se les cubrieron las heridas con musgo y vendas de lino. Agnar había ordenado que se encendiera un fuego, ya que era necesario cauterizar algunas heridas.

—Gracias, Sighvat —dijo Elvar arrodillada junto a Grend. El hombretón se detuvo a su lado y miró al veterano guerrero. Luego le dio unas palmadas en la espalda que estuvieron a punto de tirarla al suelo y se marchó.

Se había filtrado sangre fresca a través del vendaje que rodeaba la cabeza de Grend. Este tenía arañazos y zarpazos en las piernas y en la cara, pero la herida más grave era el golpe que el tennúr le había propinado con una gran piedra negra encima de la nuca. Uspa había acudido a ayudar a Elvar cuando se detuvieron después de cruzar el puente. Elvar estaba intentando limpiarle la herida y evaluar su gravedad con los ojos empañados por las lágrimas. La bruja seiðr le cortó el pelo rubio y apelmazado por la sangre con un cuchillo afilado y luego ayudó a Elvar a lavar la zona. Durante todo ese tiempo Elvar se había sentido como si el miedo fuera un puño que le apretaba el estómago, le retorcía las entrañas y provocaba que todos su

movimientos fueran demasiado rápidos y espasmódicos. Esa sensación se hizo más intensa cuando Uspa palpó la cabeza de Grend con las yemas de los dedos.

—No tiene el cráneo partido —había dicho Uspa después de lo que a Elvar le pareció una eternidad.

Elvar había dejado caer los hombros aliviada.

Uspa la había ayudado después a terminar de limpiar la herida, aplicar un cataplasma de hierbas y musgo y vendarla.

—Cuando se despierte deberá beber un poco de menta y valeriana —le había dicho Uspa al marcharse para curar las heridas de otros Terrores de la Batalla heridos.

Grend había permanecido inconsciente todo el rato, así que cuando Agnar había dado la orden de que todo el mundo se preparara para partir, subieron su cuerpo a un carro vacío y lo amarraron para que no se moviera.

Después se habían puesto en marcha, con Uspa guiándolos por un mundo ignoto. Elvar no estaba segura de cuánto tiempo habían marchado por esa tierra, ya que la luz perpetua jugaba con su mente, pero calculaba que alrededor de medio día.

—¿Cómo está? —preguntó una voz detrás de ella. Elvar se volvió y vio a Agnar. Tenía marcas de garras en la cara y en un lado del cuero cabelludo afeitado, pero no eran demasiado profundas y habían comenzado a formarse las costras. Se arrodilló a su lado y le ofreció un plato con arenques curados y col frita y un tarro de skyr.

—No se ha despertado —dijo Elvar mientras desataba el vendaje y examinaba la herida. El cataplasma seguía en su sitio.

Agnar se inclinó hacia Grend y olió la herida.

—No huele mal —dijo—, lo cual siempre es buena señal. —Puso la mano en el brazo a Elvar—. Se despertará cuando su cuerpo esté preparado.

Elvar sorbió por la nariz y parpadeó para secarse una lágrima que amenazaba con desprenderse de su ojo.

—Somos los Terrores de la Batalla —añadió en voz baja Agnar—. Nuestra vida es sangre y batalla. Probablemente ninguno de nosotros morirá viejo y con la barba gris en su lecho. —Sus palabras eran afables, y Elvar sabía que eran ciertas, pero luchaba para impedir que un sollozo subiera por su garganta.

—Lo sé —murmuró, hablando muy despacio para que no se le quebrara la voz—. Ya llevo algunos años viajando y luchando con los Terrores de la Batalla y he visto las alas de la muerte cerniéndose sobre nosotros un millar de veces. Sé que a las alas del cuervo no les

importa a quién se llevan, que no distinguen entre ricos y pobres, entre compasivos y crueles. Pero Grend siempre ha estado a mi lado o cubriéndome las espaldas. Nunca lo habían herido, ni siquiera le habían hecho un rasguño, así que verlo ahora así, tan frágil…

—Ya. —Agnar asintió—. La muerte es nuestra compañera inseparable, un susurro en el oído, pero cuando ves caer a un amigo… —Negó con la cabeza—. Nada nos prepara para eso, aunque hayamos caminado por un río de cadáveres. —Miró a Elvar—. Por eso luchamos tan duramente los unos por los otros. No abandonamos a los muertos. No abandonamos a aquellos a quienes hemos hecho un juramento.

—Estabas volviendo para rescatarme —dijo Elvar— cuando Grend cayó y yo cuidaba de él. Pensé que íbamos a morir.

—Así es. Estaba volviendo —dijo Agnar—, pero alguien se me adelantó. —Sonrió—. No podemos elegir a nuestra familia, pero nosotros… —Agitó una mano para señalar a los guerreros que estaban montando el campamento y atendiendo a los heridos y los caballos—. Esta es mi familia. Estoy más unido a ellos que a los que llevaban mi misma sangre. Son mis hermanos de espadas, mis hermanas de escudos. Daría mi vida por ellos, y creo que ellos darían su vida por mí.

—La daríamos —dijo Elvar—. Yo sí.

Agnar sonrió y asintió con la cabeza.

Permanecieron sentados en silencio mientras Elvar continuaba examinando los vendajes y las heridas de Grend.

—Nunca hablas de tu familia —dijo finalmente Elvar.

Agnar miró al vacío y el silencio se alargó, así que Elvar pensó que su comentario no iba a recibir respuesta. Pero entonces Agnar suspiró.

—No hay nada que contar. Mi madre murió de tuberculosis cuando yo tenía diez inviernos. Mi padre me vendió como thrall cuando tenía once porque las plagas habían echado a perder la cosecha y necesitaba comida para el invierno. —Torció la boca de una manera que era en parte una mueca y en parte una sonrisa—. O intentó venderme. Le hundí un hacha entre los ojos al esclavista que quería comprarme y hui. —Rio, aunque no había alegría en su risa—. Estuve huyendo mucho tiempo, hasta que forjé una nueva familia a mi alrededor, una en la que puedo confiar.

Apretó la mano de Elvar y se puso de pie.

—¿Nos pondremos en marcha pronto?

—No. Descansaremos, nos restañaremos las heridas y dormiremos. —Alzó la vista al cielo radiante, solo con algunas nubes deshilachadas y translúcidas como la seda—. No tiene sentido esperar

a que anochezca en este día perpetuo. Marcharemos cuando estemos descansados y pararemos cuando estemos cansados. —Volvió a mirar a Grend—. Se despertará pronto —dijo, y se marchó.

Elvar se quedó sentada junto a Grend y se comió los arenques curados y la col que Agnar le había llevado. El suelo aún estaba caliente, no tanto como en el campamento que habían montado al lado del puente de Isbrún, pero se habían alejado media jornada de marcha del río de la sima de los vaesen y ahora se encontraban junto a un arroyo, a los pies de bosques y colinas. Crecían alisos cerca, también abedules y olmos.

«Las colinas de la Oscuridad de la Luna —pensó Elvar contemplándolas—. He oído a los escaldos cantar sobre ellas en la sala de hidromiel de mi padre. Nunca pensé que las vería algún día con mis propios ojos. La próxima vez que me despierte caminaré por ellas. —A pesar de la fatiga en los huesos y de la preocupación por Grend, sintió ese hormigueo familiar de la emoción—. Caminaré por la tierra de los dioses…»

Se oyó un gruñido y Grend se movió. Elvar dio un brinco y se arrodilló a su lado para acariciarle el rostro arañado. Los párpados del veterano guerrero se despegaron y sus ojos la miraron como si no la vieran. Pero entonces la reconoció.

—Tal vez seguirte a la Llanura de la Batalla —masculló— no haya sido la más sabia de las decisiones.

—¿Sabia? ¡Por supuesto que no ha sido sabia! —exclamó Elvar con la mandíbula dolorida por la repentina sonrisa. Rodaron lágrimas por sus mejillas y cayeron sobre la cara de Grend. Elvar le acarició la frente—. Temía… —susurró.

—¿Qué temías? —balbuceó Grend.

—Una vida sin ti.

Una sonrisa suavizó las rocosas facciones de Grend. El guerrero extendió un brazo para envolver con su mano la barbilla de Elvar de una manera sorprendentemente tierna para aquel hombre capaz de hacer alarde de una violencia terrible.

—¡Ja, ja, ja! Hará falta algo más que unas ratas con alas para que te libres de mí —dijo dejando caer la mano.

—Me alegro —dijo riendo Elvar.

—Tengo sed —murmuró Grend.

Elvar abrió la cantimplora con agua y levantó la cabeza a Grend para vertérsela poco a poco en la boca.

—Me levantaré enseguida —susurró Grend. Luego cerró los ojos y se quedó dormido.

Elvar se apoyó en él, sonriendo, y siguió cenando.

Oyó los pasos firmes de un guerrero que caminaba hacia ella. Era Sólín, con dos cuernos con cerveza en la mano. La mujer canosa se sentó a su lado y le ofreció uno de los cuernos.

—Tengo una deuda de zangre contigo —dijo Sólín ceceando y escupiendo.

—¿Estás bien? —le preguntó Elvar dejando en el suelo el tarro de skyr y sustituyéndolo por el cuerno.

—Ezoz cabroncetez vaezen me quitaron algunoz dientez —respondió Sólín. Abrió la boca para enseñarle las encías rojas y ensangrentadas. Le faltaban tres dientes delanteros.

—Es horrible —repuso Elvar.

—Bueno, eztoy viva. —Sólín se encogió de hombros—. Ez mejor perder un par de dientez que la vida. Y por ello tengo que darte laz graciaz.

—Somos hermanas de escudos —dijo Elvar—. No tienes que agradecerme nada. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Zí, ezo ezpero —dijo Sólín—, aunque ezo no lo zabez hazta que eztaz en plena batalla. En eze momento lo averiguaz. Ez cuando ze conocen de verdad el corazón y loz huezoz de un guerrero. —Miró a Elvar, que se fijó en los sinuosos tatuajes que le recorrían una mejilla y la frente, y le ofreció el brazo para el saludo de los guerreros—. He vizto tu corazón de guerrera, tu fuerza en la batalla, y eztoy orgulloza de poder llamarte hermana.

Elvar estrechó el brazo de Sólín y sonrió.

Continuaron sentadas y bebiendo juntas.

Unas risas atrajeron la mirada de Elvar y vio a Biórr con Uspa, Kráka y el thrall hundur. El guerrero se separó del grupo para acercarse a la olla de acero que colgaba sobre el fuego.

—¿Puedes cuidar un rato de Grend? —dijo Elvar apurando la cerveza del cuerno—. Yo también tengo que darle las gracias a alguien.

—Claro —respondió Sólín.

Elvar se levantó, atravesó el campamento y vio que Biórr ya se alejaba de la olla. Lo siguió serpenteando por el campamento. Pasó junto a un hoyo cavado para encender un fuego alrededor del cual había sentados varios guerreros, charlando, entre ellos Sighvat, que estaba canturreando para sí. Levantó la mano al oír que la llamaban y movió la cabeza para rechazar su invitación a sentarse y beber con ellos y siguió caminado hacia el otro extremo del campamento, que estaba pegado al arroyo. Allí habían reunido los carros y habían quitado los arreos a los ponis supervivientes y los habían atado con una cuerda a unas piquetas.

Biórr estaba entregando cuencos con comida a Uspa, Kráka y el thrall hundur. Los cuatro rieron un chiste que Elvar no oyó. Biórr se sentó y se puso a comer con los demás. Todos levantaron la mirada cuando Elvar se plantó delante de ellos.

—Quería darte las gracias —dijo Elvar. De repente se quedó sin palabras y se le secó la boca.

—Bueno, continúa —dijo Biórr sonriendo.

—Gracias. Nos has salvado la vida a mí y a Grend. Si no hubieras vuelto a por nosotros, ahora seríamos comida para tennúr.

—Ya lo creo —exclamó Uspa.

—Los tennúr se habrían dado un buen festín con tus dientes jóvenes y blancos —dijo Kráka, y todos rieron a carcajadas.

Elvar se quedó allí parada unos instantes, mientras las risas se apagaban y se instalaba el silencio.

—De nada, Elvar Puño de Fuego —dijo Biórr.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Elvar—. ¿Por qué abandonaste el muro de escudos? ¿Por qué arriesgaste la vida por mí?

Biórr sonrió.

—¿En serio me lo preguntas? —respondió Biórr.

Elvar le cogió una mano, lo levantó del suelo y lo acercó a ella para darle un beso largo y delicado con el sabor amargo del skyr en el aliento. Cuando se separaron, Biórr la miró perplejo y ruborizado. Elvar sentía cómo el corazón le aporreaba el pecho. Se dio la vuelta sin soltar la mano de Biórr y lo llevó por la orilla del arroyo, lejos del campamento. Las carcajadas de Kráka los siguieron. Delante de ellos se alzaba un sauce centenario cuyas ramas eran una cortina que flotaba en el arroyo y el suelo margoso. Elvar apartó las ramas para entrar en el espacio escondido que rodeaba el tronco, donde el suelo estaba cubierto de musgo y era blando, y se volvió para mirar a Biórr. Él también la miró. Elvar le apartó de la cara un mechón de pelo negro que se había salido de la trenza y siguió con los dedos el contorno de su mejilla pecosa. Su mano bajó después por el cuello del guerrero y tiró hacia sí de él para volver a besarlo. Estaba vez más fuerte. Y lentamente lo arrastró hacia el suelo.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

VARG

Varg siguió a Svik y a los demás por la ladera arbolada. El terreno se niveló cuando alcanzó al grupo. Oía los latidos de su corazón en la cabeza como si fueran los golpes de un tambor y a su alrededor todo pareció volverse más brillante, nítido y ruidoso. Divisó a Glornir enfilando por el centro del claro. Sus ojos eran dos pozos negros en las grietas de su yelmo. Empuñaba el hacha larga cruzada sobre el cuerpo. Lo acompañaban Edel, flanqueada por su pareja de perros lobo, y un puñado de Hermanos de Sangre. Skalk, Olvir e Yrsa se habían quedado atrás, en el borde del bosque. Alrededor del claro surgieron otros grupos de Hermanos de Sangre, cada uno de ellos liderado por un capitán de Glornir: Røkia, Sulich y Vol.

Los thrall que se encontraban en el claro los miraban boquiabiertos mientras los guerreros que estaban con ellos gritaban, algunos miraban paralizados, otros se movían en grupo. Los skraeling permanecieron sobrenaturalmente inmóviles, moviendo la cabeza a un lado y a otro como aves rapaces mientras observaban a los grupos de Hermanos de Sangre que salían de los árboles. Según se acercaba a ellos, Varg reparó en que tenían un rostro vagamente humano, de hombre o de mujer, con unos ojos pequeños y oscuros, una boca y una nariz, aunque parecían deformados, como velas derretidas. Unos pequeños colmillos les crecían en la mandíbula.

Una mujer enfundada en una cota de malla se llevó un cuerno a los labios y sopló para tocar una nota larga y estridente.

Los thrall chillaron, y muchos de ellos abandonaron los carros y corrieron en todas direcciones acompañados por el tintineo de las cadenas.

Un skraeling desenfundó un arma con la hoja corta y ancha, algo entre una espada y un cuchillo de carnicero, y arremetió contra una thrall. La mujer se desplomó gritando y perdiendo sangre por un tajo entre el hombro y el cuello. Otras criaturas intentaron dirigir a los despavoridos thrall hacia la entrada de la cueva, reagruparse y plantar cara a los Hermanos de Sangre.

Daba la impresión de que la locura se había apoderado del claro.

—¡Seguidme! —gruñó Svik.

Varg se deslizó a la izquierda del líder de su grupo, que formaba una línea irregular pero sin juntar los escudos. Los zapatos de Varg

chapoteaban en el barro. Todos los Hermanos de Sangre entraron en el claro formando una red que se cerraba alrededor de la entrada de la cueva. Superaban en número al enemigo; una veintena de guerreros se movían con frenesí por el claro a los que se sumaban diez o doce skraeling.

Las lanzas surcaron el aire silbando arrojadas por miembros de los Hermanos de Sangre. Se oyeron los alaridos de los guerreros que cayeron con las heridas borboteando sangre. Uno de los skraeling profirió un grito inhumano y se tambaleó con el torso perforado; intentó arrancarse la lanza, pero la sangre manaba a raudales de la herida y le empapaba la túnica de piel. Finalmente consiguió agarrar el astil con una mano de dedos larguísimos y extrajo la lanza. Luego miró a los Hermanos de Sangre y abrió las fauces para emitir un chillido estridente.

«Son duros de matar.»

—¡MURO! —bramó la mujer que había tocado el cuerno. Los guerreros que había a su alrededor se agruparon, levantaron los escudos y los juntaron.

Los guerreros avanzaron formando una línea curva y sus escudos se unieron con un estruendo cuando el último thrall desapareció. Los skraeling se pusieron en movimiento y cargaron hacia los Hermanos de Sangre. Dos corrieron hacia el grupo de Svik.

—¡ESCUDOS! —gritó Svik.

Varg se arrimó a Svik tal como Røkia le había enseñado, con los hombros pegados, y sus escudos se solaparon con un crujido, el de Varg sobrepuesto al de Svik, con el borde pegado al umbo del escudo del otro. Torvik estaba a la derecha de Varg e hizo lo mismo. Los siete miembros del grupo formaron un muro sólido de madera de tilo y hierro. Los dos skraeling se abalanzaron hacia ellos chillando y gruñendo con unas voces que no eran humanas y una velocidad que Varg había creído imposible, saltando con sus cuatro extremidades e impulsándose con los nudillos de los puños.

—¡Preparaos! —bramó Svik. Afirmó los pies en el suelo y apoyó el brazo y el hombro izquierdos en el escudo. Varg lo imitó y miró por encima del borde del escudo, empuñando la lanza en alto con el agarre invertido.

El primer skraeling embistió el pequeño muro de escudos y Svik, Halja y Vali se llevaron la peor parte. Todo el peso de la criatura los golpeó con un estruendo y la fila de escudos vibró y se combó, absorbiendo y distribuyendo la fuerza del impacto. El skraeling salió disparado hacia atrás, repelido por los escudos y cayó despatarrado en el barro. Las lanzas lo acometieron de arriba abajo.

Inmediatamente se arrojó contra ellos el segundo skraeling, esta vez en la parte donde estaban Varg y Torvik. Se oyó un crujido ensordecedor y Varg sintió una explosión de dolor en el hombro. De repente era ligero como una pluma y volaba por el aire. El impacto contra el suelo le vació el aire de los pulmones, rodó enredado en su escudo y perdió la lanza. Se detuvo agitándose en el barro y con dificultades para respirar; se puso de rodillas con las manos apoyadas en el suelo.

Torvik chillaba. Había salido disparado a una veintena de pasos de Varg, pero se había levantado del suelo y esgrimía la lanza. El skraeling estaba entre ellos dos, encorvado, gruñendo, y con los colmillos chorreando babas. Bajó la mano al cinturón y sacó un arma con una gruesa hoja, más corta que una espada pero más larga que un seax, y ancha como un cuchillo de carnicero. Bufó con los dientes apretados a los dos Hermanos de Sangre y movió la cabeza a un lado y a otro como un halcón para mirarlos al mismo tiempo que emitía un chillido agudo.

Una chispa de rabia prendió una llama en el estómago de Varg, pura y ardiente, como cuando estaba en el cuadrilátero de lucha y lo derribaban, como cuando Einar le hizo besar el suelo. Era una reacción instintiva a la derrota. La mayoría de la gente no se habría levantado para seguir luchando.

«La niebla roja», la llamaba Frøya. Lo que quiera que fuera fluía dentro de Varg, inundaba sus venas, su cuerpo y su mente. El dolor en el hombro desapareció. Se levantó del suelo y corrió hacia el skraeling gruñendo amenazas incoherentes.

Torvik paró un golpe del arma del skraeling con el escudo, la madera se astilló y él retrocedió unos pasos balanceándose. A continuación atacó con la lanza y trazó una raya roja en el hombro del skraeling, pero este no le hizo caso y volvió a arremeter con su hoja chillando. Torvik movió el escudo y el arma del skraeling lo golpeó con una explosión de astillas.

Varg se abalanzó sobre la espalda del vaesen, la criatura gruñó y cayeron juntos al suelo. El skraeling corcoveó y se contorsionó debajo de Varg, que le golpeó con el umbo del escudo en la cabeza y el hombro. El monstruo agitó sus largos brazos y lo derribó de un puñetazo en la cabeza. Varg vio que el skraeling se levantaba a trompicones, con la mitad de su rostro derretido cubierto de sangre, y levantaba su arma.

Varg intentó levantarse, pero resbaló en el barro.

El skraeling se plantó delante de él.

La moharra de una lanza emergió de su estómago y la criatura

chilló, arqueó la espalda y el rostro desencajado de Torvik apareció detrás de él. El skraeling agarró la punta de la lanza y tiró de ella para sacársela atravesando todo su cuerpo. Se dio la vuelta para encarar a Torvik, que lo miraba boquiabierto.

Se produjo un temblor en el suelo; apareció una sombra y un hacha se hundió en el cuerpo del skraeling desde el hombro hasta las costillas. Hubo una explosión de sangre y huesos y la criatura se desplomó con un suspiro ahogado.

Einar se alzó por encima de ellos, apoyó una bota en el skraeling muerto y extrajo el hacha.

—Levántate —le dijo a Varg.

—Dame la mano, hermano —dijo Torvik, y ayudó a ponerse en pie a Varg. Los dos jadeaban, tenían los ojos desorbitados y las caras salpicadas de sangre.

El fragor de la batalla era ensordecedor. Varg vio que Svik y los demás estaban obligando a retroceder un muro de escudos formado por seis o siete guerreros. Los escudos chocaban y los aceros apuñalaban. En otro punto del claro, Glornir asestaba hachazos esgrimiendo su arma con las dos manos y un skraeling cayó convertido en una fuente de sangre. Røkia profirió un grito de batalla y encabezó la acometida de su escuadra de Hermanos de Sangre, que había abierto una brecha en otro muro de escudos de guerreros en cota de malla. Røkia hundió la lanza en el vientre de un hombre. La muerte estaba en todas partes e impregnaba el aire del olor metálico de la sangre y las heces. Y allí donde llegaban los Hermanos de Sangre, sus enemigos caían.

—No es un buen momento para descansar —les gruñó Einar mientras enfilaba con paso firme hacia Svik.

Varg y Torvik se miraron, este último sonrió al primero y juntos siguieron a Einar. Varg sopesó su escudo, desenfundó el seax y los dos regresaron a la línea de Svik y se reintegraron en el muro de escudos. Varg trabó su escudo con el de Vali y Torvik se situó en el otro extremo de la fila.

Enfrente tenían siete guerreros, hombres y mujeres que escupían y empujaban, gruñían y arremetían con sus armas por debajo de su muro de escudos. Varg apoyó el hombro en su escudo y empujó con todo su peso. De repente atisbó una barba rubia reflejada en la moharra de una lanza y sacudió la cabeza hacia un lado. Notó la hoja de hierro rascando su yelmo; dentro del casco, el ruido sonó amplificado y ensordecedor. Al mismo tiempo asestó una puñalada con el seax por debajo del escudo y sintió cómo se hundía tras encontrar resistencia; oyó un gruñido y la presión sobre su escudo

disminuyó. Encogió el brazo con el seax, embadurnado de sangre, y empujó con el escudo, asestó otro golpe por arriba y la hoja resbaló por las anillas remachadas de una brynja.

Alguien bramó una orden y los guerreros que se enfrentaban con ellos dieron un paso atrás. A Varg le pesaban demasiado los brazos para sostenerlos en alto, le ardían los músculos y el sudor se le metía en los ojos.

«Esto del muro de escudos es más duro que un combate a puñetazos en un cuadrilátero de varas de avellano.»

—¡A POR ELLOS! —gritó Svik, y dio un paso adelante para pegarse de nuevo al muro de escudos enemigo. El resto de la línea lo siguió.

Al lado de Varg, Vali bufó como una serpiente furiosa a sus enemigos, con el rostro desencajado por la ira. Había dejado la lanza clavada en el cuerpo de un skraeling y ahora blandía un hacha barbuda. Enganchó la hoja del hacha en el borde del escudo que tenía enfrente y tiró. El guerrero que asía el escudo dio un trompicón hacia delante. Era un hombre con el pelo oscuro y la nariz rota que profirió insultos a Vali. Jökul le asestó un martillazo en el casco con el que le hizo una abolladura del tamaño de un puño. Se oyó el inconfundible crujido de huesos partidos y el hombre se desplomó.

Svik pasó por encima del cuerpo del hombre caído, lo ensartó con la lanza y penetró por el hueco que había dejado en el muro de escudos, con Vali, Halja y Jökul pegados a él. El muro de escudos enemigo se rompió como la cáscara de un huevo. Uno de los guerreros siguió luchando y Einar lo ventiló en un santiamén. Los demás huyeron en todas direcciones.

Varg se quedó parado, perplejo. El agotamiento y la furia pugnaban en su interior. Todavía sentía la rabia fluyendo por su cuerpo como un fuego frío, como los golpes de un tambor lejano; su cuerpo vibraba con la necesidad de luchar.

Desde la entrada de la cueva llegó un bramido, más fuerte que el estrépito de un árbol al caer, que retumbó en el claro e hizo estremecerse a Varg.

De la cueva salió una figura que casi ocupaba el hueco de la entrada. Era el troll que habían visto en la cascada, pero entonces Varg no se había dado cuenta de lo grande que era en realidad. Era tan alto como dos hombres y ancho como tres. Irrumpió en el claro como un torbellino, pisoteando el barro y lanzándolo en todas direcciones con las gruesas uñas de los dedos de los pies. Estaba desnudo y era musculoso como un toro. Tenía una piel escamosa con algunas zonas cubiertas de musgo, y en su entrepierna se balanceaban

dos testículos como dos piedras. En la mano blandía una porra revestida de hierro. Unos colmillos amarillentos despuntaban de su mandíbula y unos ojos muy pequeños miraban con expresión furibunda debajo de unas gruesas cejas.

Detrás del troll se movían otras figuras: una docena de guerreros liderados por un hombre con el pelo gris enfundado en una brynja oscura como el aceite. Llevaba puesto un casco de hierro dotado de una malla que le protegía el cuello y la barba cana recogida en una gruesa trenza. Una capa negra ondeaba a su espalda como si fueran unas alas y gruesos anillos de plata y de oro recubrían sus brazos. No portaba escudo, pero empuñaba con las dos manos un espadón con la hoja larga y corva. No era un mandoble de hierro ni de acero, sino que estaba recorrido de unas vetas grises que le daban un tono amarillento, como si fuera un hueso viejo. Y parecía brillar en las manos del hombre; unas ondas de poder emanaban de él como si fueran una niebla caliente. El hormigueo en las venas de Varg se hizo más intenso, más ruidoso y desbocado; le llamaba, le daba vida y energía y al mismo tiempo lo reprimía y lo coartaba, como si se hubiera zambullido en un lago de montaña profundo y el peso del agua que había encima de él lo aplastara.

El hombre avanzó con paso firme y se detuvo delante del troll. Una docena de guerreros se desplegaron detrás de él, todos ellos enfundados en cotas de malla y empuñando aceros afilados. El hombre levantó su espada de hueso por encima de la cabeza y unos ojos rojos destellaron como brasas en las tinieblas de su yelmo mientras paseaba la mirada por los Hermanos de Sangre.

—No deberíais haber venido —declaró, y avanzó.

Glornir se adelantó para recibirlo y los Hermanos de Sangre se desplegaron a la espalda de su líder.

El troll soltó un bramido y avanzó pesadamente.

Las lanzas surcaron el aire, arrojadas por los Hermanos de Sangre contra la monstruosa criatura. Algunas penetraron en su gruesa piel y manó sangre de las heridas; otras salieron rebotadas. El troll rugió y rompió los astiles de las lanzas de un manotazo.

Glornir enarboló su hacha larga y preparó un golpe demoledor contra el hombre de los ojos rojos, que dio un paso al frente para arremeter contra Glornir y cortó el aire con el mandoble de hueso. Las armas chocaron con un estruendo atronador y Glornir salió disparado por el aire. El hombre de los ojos rojos se tomó un momento y luego avanzó con determinación hacia él.

Svik profirió un grito de batalla y corrió hacia el hombre de los ojos rojos a la cabeza de su escuadra. Halja y Vali, Einar, Jökul y

Torvik lo siguieron inmediatamente, pero Varg se quedó rezagado un momento, bregando con las ondas de dolor que emitía la espada de hueso, y después también echó a correr.

Apenas cuarenta pasos separaban a Svik de Glornir, que había vuelto a ponerse en pie y sacudía la cabeza con la nariz ensangrentada. Aún tenía el hacha larga en las manos. Encaró al hombre de los ojos rojos y sopesó el hacha. El desconocido enfiló hacia él levantando el espadón.

Svik gritó y Varg y los demás lo imitaron. Otros Hermanos de Sangre corrían en su misma dirección. Varg oyó el grito de batalla de Røkia y vio con el rabillo del ojo que la guerrera arrojaba su lanza contra el hombre de los ojos rojos. Fue un lanzamiento potente y la lanza se deslizó por el aire bien dirigida y a toda velocidad hacia el pecho de su objetivo.

Sin embargo, el veterano guerrero partió la lanza en pleno vuelo con su espada de hueso y la dos mitades astilladas cayeron al suelo.

Svik y su escuadra atravesó a la carrera el claro cubierto de barro y sangre.

Una sombra se alzó por encima de ellos. Se oyó un rugido y Vali inmediatamente salió disparado por el aire en medio de una explosión de sangre. Halja chilló. El troll se plantó delante de ellos ocupando todo el campo visual de Varg, que perdió de vista a Glornir, y arremetió con su porra revestida de hierro contra Svik. El pelirrojo guerrero saltó hacia delante, rodó por el suelo para pasar por debajo del arco trazado por la porra y volvió a ponerse en pie cubierto de barro. Corrió y arrojó la lanza contra el troll. Antes de que la lanza alcanzara a la criatura, desenvainó la espada. Se oyó un alarido de dolor cuando la lanza se hundió en el muslo del vaesen. Svik cambió bruscamente de dirección para evadir una patada demoledora y asestó un espadazo en la pierna de su oponente. Einar y Jökul rodearon a la colérica criatura y lo golpearon con el hacha y el martillo. Torvik corrió directamente hacia él y arrojó la lanza, que se clavó hasta el fondo en el hombro del troll. El vaesen profirió otro grito de dolor y agitó con frenesí la porra. Todos saltaron hacia atrás para evadirla, incluso Einar, y la porra impactó en Svik y lo lanzó por el aire y rodando por el barro.

Varg saltó sobre las puntas de los pies y atacó. Pasó por debajo de la porra, se desvió para esquivar un puño que acabó provocando una explosión de barro en el suelo y golpeó con el borde del escudo el pie del troll. Fue como golpear piedra, y las vibraciones del impacto subieron por sus brazos. Se le resbaló el escudo de la mano y se agarró al astil de la lanza de Svik, que seguía hundida en el muslo del troll.

Se impulsó para encaramarse al cuerpo de la criatura y lo apuñaló con el seax en el estómago. La hoja perforó algunas capas de la piel dura como el cuero del vaesen y manó sangre de la herida, pero el tajo no fue lo suficientemente profundo para desparramar sus vísceras. El troll rugió a Varg y lo agarró del cuello con una mano como una piedra, lo levantó en el aire y lo estrujó.

Dolor, huesos a punto de partirse, sin aire para gritar… A Varg se le nubló la visión y empezó a ver puntitos brillantes y luego solo oscuridad. Un miedo cerval se mezcló con su rabia e inundó su cuerpo. Varg gruñó, forcejeó, escupió y apuñaló el puño del troll con el seax.

Y entonces sintió una ligereza repentina y se precipitó por el aire. Se le escapó el seax de la mano y se estampó contra el suelo. Rodó por el barro y se quedó inmóvil. Tomó una bocanada de aire y la boca se le llenó de barro. Escupió e intentó levantarse jadeando frenéticamente. Se puso en pie y vio que Svik estaba subido en la espalda del troll, apuñalándolo salvajemente con el seax en el músculo que tenía entre el cuello y el hombro. Einar le propinó un hachazo y le abrió un tajo enorme y sanguinolento en la parte baja del muslo, y Jökul se había arrimado a la criatura y estaba asestándole martillazos en los dedos de los pies. El troll chillaba enfurecido.

Varg sacudió la cabeza. Le dolía la garganta al tragar, pero estaba mejor que muerto.

El troll emitió un aullido atronador y soltó la porra, giró sobre los talones y se dio un manotazo en la espalda con la intención de quitarse de encima a Svik. Su sangre oscura manaba a borbotones de las heridas. Una de las extremidades que agitaba con frenesí impactó en Jökul y el herrero salió volando por el aire y se estrelló contra el suelo con los brazos y las piernas enredados.

Varg oyó un grito a su espalda, se dio la vuelta rápidamente y lo que vio lo dejó paralizado un momento.

Glornir estaba con una rodilla hincada en el suelo y sangraba por una herida que le cruzaba el hombro y el pecho. Su brynja estaba hecha jirones. El hombre de los ojos rojos se alzaba ante él, rodeado de cadáveres, y levantaba su pálido mandoble.

Varg descubrió quién había gritado.

Vol avanzaba con una mano levantada. Se puso delante de Glornir, sacó un seax y se hizo un corte en la mano mientras vociferaba unas palabras que Varg no entendía.

—*Bein af því gamla, þú munt ekki fara framhjá* —gritó echando saliva por la boca al mismo tiempo que su mano ensangrentada dibujaba unas figuras en el aire. En los trazos rectos y angulosos

brotaron las llamas para representar una runa seiðr de sangre y fuego encima de Glornir, que relumbró con un fulgor rojo y anaranjado cuando el espadón de hueso descendió hacia la cabeza del líder de los Hermanos de Sangre. La hoja del hombre de los ojos rojos impactó con la runa y se produjo una explosión de luz incandescente que cegó momentáneamente a Varg. Este parpadeó y recuperó la visión a tiempo para ver que la espada de hueso se movía lentamente, como a través del agua, hasta que finalmente se detenía incrustada en la llameante runa seiðr, como si el hombre de los ojos rojos hubiera golpeado un trozo de madera y no pudiera extraer la hoja. Todo su cuerpo se puso en tensión y los músculos de sus brazos se hincharon. Varg vio que gruñía y espetaba con los dientes apretados unas palabras que no alcanzaba a oír.

Vol le lanzó un gruñido y se encorvó sobre la runa seiðr como si fuera su escudo en un muro de escudos, con la palma de la mano apretada contra él y el rostro deformado por una mueca de dolor. Sus labios se movían mientras vertían un flujo constante de palabras.

Los Hermanos de Sangre luchaban con ferocidad contra el puñado de guerreros que habían seguido al hombre de los ojos rojos para tratar de llegar a Vol y a Glornir.

El mandoble de hueso se movió y emitió ondas de poder. La runa seiðr fluctuó y llameó como si fuera una antorcha alcanzada por una ráfaga de viento cuando la espada comenzó a atravesar el fuego.

—*Guðir bein brjóta þig, kló tæta þig* —bramó escupiendo el hombre de los ojos rojos. Los músculos de su cara se contrajeron y se deformaron, sus venas se hincharon y la runa seiðr explotó. Vol salió disparada hacia atrás y se estrelló contra Glornir. Los dos cayeron al suelo y el hombre de los ojos rojos avanzó hacia ellos con el espadón levantado.

La furia que ardía en el estómago de Varg llameó, azuzada por el miedo, que era un fulgor blanco y cegador dentro de su cabeza. Lanzó un gruñido y echó a correr al mismo tiempo que bajaba las manos al cinturón de las armas y empuñaba el hacha y el cuchillo de carnicero. Saltó.

El hombre de los ojos rojos se quedó parado, con la espada levantada, y echó un vistazo por encima del hombro. Vio a Varg cargando hacia él, fuera de sí.

Varg lo embistió y le asestó una serie de golpes furiosos con el hacha y el cuchillo. Los dos hombres cayeron rodando por el suelo. Varg intentó agarrar a su oponente. El fuego que ardía en sus venas lo dominaba. El hombre de los ojos rojos rugió, se quitó de encima a Varg y se levantó tambaleándose.

Varg dio unas vueltas por el suelo. La niebla roja que inundaba su cabeza palpitaba con los latidos de su corazón y lo espoleaba para que matara y destruyera. Cuando luchaba en el cuadrilátero esa niebla roja le había dado energía, había sido una inyección de adrenalina que multiplicaba su fuerza y su velocidad, que le proporcionaba lucidez y la certeza instintiva de que nunca se rendiría. Pero siempre la había reprimido, pues sabía que si se entregaba a ella acabaría matando a sus rivales. Era como si sujetara un perro de pelea con la correa. Pero ahora se trataba de un combate a vida o muerte. Todo lo que tenía importancia en su vida se concentraba en ese momento único, en los siguientes latidos de su corazón. Sin pensárselo dos veces, soltó al perro de pelea de su alma.

Se quedó agachado en el suelo. Se dio cuenta de que había perdido el seax, pero aún empuñaba el cuchillo de carnicero. Miró al hombre de los ojos rojos. Lo veía con una nitidez extraordinaria. Todo lo demás que había a su alrededor no eran más que unas figuras borrosas que luchaban, chillaban y sangraban. El hombre de los ojos rojos clavó una mirada feroz en él, pero su expresión se tornó una de sorpresa.

Varg le había quitado el yelmo de la cabeza. Era un anciano, con la barba gris trenzada y la cabeza afeitada. La sangre corría por un lado de su cara desde un tajo en la cabeza. Había perdido el espadón de hueso y lo buscó con la mirada. Cuando lo encontró y lo recogió, cargó hacia Varg enarbolando la descomunal hoja. Varg se irguió y volvió a lanzarse hacia el anciano, con el cuchillo levantado por encima de la cabeza para asestarle un golpe de arriba abajo y con un rictus atroz. Le pareció oír el aullido lejano de un lobo.

El hombre de los ojos rojos asestó un espadazo de lado a lado.

El cuchillo de Varg se hundió profundamente en la cabeza de su rival y se produjo una explosión de sangre y huesos. El anciano dio una sacudida y comenzó a sufrir espasmos. Las fuerzas lo abandonaron en un abrir y cerrar de ojos, pero la inercia del golpe mantuvo en movimiento la espada de hueso y la hoja impactó en la cintura de Varg.

Varg sintió un dolor lacerante y un resplandor blanco lo cegó. Chilló. Después llegó la oscuridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

ELVAR

Elvar caminaba por un paisaje de valles cubiertos de niebla y ondulantes colinas salpicadas de bosques. Fresnos, olmos, robles y tilos crecían formando franjas estrechas o pequeñas arboledas. Los arroyos borboteaban, los cuervos graznaban en las ramas y durante la noche los lobos y los zorros chillaban.

«Así que estas son las colinas de la Oscuridad de la Luna que los escaldos han cantado durante trescientos años. El paisaje no es muy diferente del que puede verse al sur de la cordillera Dorsal. Salvo porque aquí no vive gente.»

Habían dejado atrás un montón de excrementos de troll, un macho que marcaba los límites de su territorio, pero aparte de eso apenas habían visto indicios de la presencia de vaesen.

Elvar se sentía un poco decepcionada.

—¿Qué te pasa? —gruñó Grend a su lado.

El veterano guerrero se había despertado hacía casi dos días y ahora parecía que nunca hubiera sido herido. La única prueba que quedaba de sus heridas era el vendaje que asomaba por debajo de su yelmo de hierro y los arañazos que tenía por todo el cuerpo. Todos los Terrores de la Batalla portaban el equipo completo de batalla, incluso durante la marcha, pues la lección que habían aprendido de los tennúr del campamento junto al puente aún estaba fresca en sus mentes. Elvar llevaba el casco abollado colgado del cinturón, un peso sobre su cadera.

—Pensaba que sería más… peligroso —dijo Elvar.

—Ten cuidado con lo que deseas, Elvar Puño de Fuego —le advirtió sonriente Biórr, que caminaba a unos pasos de ella. Ya nunca se alejaba demasiado de Elvar.

—Lo sé, tienes razón —repuso Elvar sonriendo al joven guerrero.

Grend lanzó una mirada arisca a Biórr.

Elvar había acostado todas las noches en su cama a Biórr desde el día del sauce y no lo mantenía en secreto. Grend había evitado hacer comentario alguno, pero el hecho de que podría haber pronunciado las mismas palabras que Biórr acababa de decir y que se hubiera limitado a mirar con gesto ceñudo al joven guerrero demostraba que no aprobaba la decisión de Elvar.

La columna se detuvo. La figura de Agnar, que encabezaba la fila

acompañado por Uspa, Sighvat y el thrall hundur, no se veía desde la posición de Elvar. Estaban siguiendo un camino que ascendía hasta una cresta, pero los carros ralentizaban la marcha. Elvar miró alrededor y frunció el ceño. A primera vista no parecía un lugar adecuado para acampar. De todos modos no llevaban tanto tiempo de marcha como para detenerse a descansar.

—Voy a ver qué pasa —dijo Elvar con el ceño fruncido. Grend la siguió, lo cual no era una sorpresa.

Recorrieron la columna y dejaron atrás carros, caballos y Terrores de la Batalla que escrutaban los bosques que los rodeaban. Diseminados entre los árboles había otras figuras apenas visibles, sus exploradores. La expectativa y la emoción se respiraban en el ambiente y todos los guerreros aguzaban los sentidos. Elvar casi podía sentirlas en aire y en el hormigueo que le recorría la piel, como antes de una tormenta.

«La perspectiva de encontrar Oskutreð. Parece tan cerca que casi puedo percibir su olor, su sabor, oír su llamada susurrante en el viento.»

La cabeza de la columna apareció ante sus ojos. Agnar estaba de pie en el banco del conductor de un carro y miraba hacia la cola de la fila de guerreros, por encima de la cabeza de Elvar.

—¿Qué pasa? —preguntó Elvar según se acercaba.

Sighvat se encogió de hombros.

—El jefe cree haber visto algo.

El thrall hundur estaba sentado con la espalda apoyada contra un árbol. Uspa estaba de pie a su lado, con una expresión tensa y severa en comparación con la de los guerreros que la rodeaban. Su mano daba palmaditas distraídamente en la espalda al thrall hundur, como si fuera un perro fiel.

Elvar puso un pie en la rueda del carro y subió para ponerse al lado de Agnar, que estaba oteando las colinas y los bosques que habían dejado atrás protegiéndose con una mano los ojos del resplandor del sol que brillaba en el cielo despejado. Elvar siguió la trayectoria de su mirada, que se dirigía hacia el paisaje que habían atravesado, un mosaico de bosques y de arroyos radiantes que los recorrían como si fueran hilos de plata. A lo lejos se divisaban bandadas de cuervos en el cielo, recortadas sobre el resplandor de las venas de fuego de Eldrafell, que se alzaba lejano al oeste.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó en voz baja Elvar. Notaba la tensión.

Agnar no respondió inmediatamente.

—Nada —musitó al fin, apartando la mano de los ojos y

mirándola—. Solo es una sensación. —Suspiró y se volvió hacia Uspa.

—¿Queda mucho?

—No —respondió Uspa encogiéndose de hombros.

—Dices lo mismo desde hace dos días —gruñó Agnar.

—Es todo lo que puedo decir —repuso Uspa—. El Graskinna era un grimorio, no un mapa.

—Está bien —gruñó Agnar. Dio una palmada en la espalda al hombre que estaba sentado en el banco del conductor y bajó del carro de un salto.

—¡En marcha! —bramó.

Elvar recorrió con un dedo el hombro de Biórr mientras estaba tendida a su lado, siguió la línea sinuosa de un tatuaje y bajó por su pecho fibroso, donde la densa mata de pelo negro y ensortijado brillaba con el sudor. Unas líneas blancas recorrían su torso en diagonal, de derecha a izquierda, formando un enrejado de cicatrices plateadas.

—¿Cómo te las hiciste? —le preguntó, todavía un poco jadeante tras hacer el amor.

Biórr se puso de lado y la miró a los ojos.

—Son de un látigo. Tenía nudos en las tiras de cuero. —Biórr abrió la boca para decir algo más, pero se contuvo, cambió de postura y miró a otro lado, visiblemente incómodo. Elvar notaba su tensión, que había ido en aumento con el paso del día.

—¿Cuándo? —preguntó, desconcertada por el cambio de humor del guerrero.

El silencio se prolongó.

—Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo —respondió Biórr.

Elvar sabía que mentía. «Eres joven, así que debías ser un niño», pensó. Sintió compasión por él, y una ira súbita contra la persona que le había hecho aquello.

—Cuando tengamos las riquezas de Oskutreð pagaré a una escuadra de guerreros un baúl de plata para que mate a quien te hizo esto. Haré que pague por ello.

—No es necesario —dijo Biórr. El tono definitivo de sus palabras hizo pensar a Elvar que quien lo hizo ya había pagado.

—¿Cuántos años tienes, Biórr?

—Acumulo veintidós inviernos sobre mis espaldas —respondió, y le dio unos golpecitos con el dedo en la frente—. ¿Qué ronda por esa cabeza tuya para que me acoses con este interrogatorio? —Le sonrió.

—Quiero conocerte.

—Creo que ya me conoces —dijo él sonriendo otra vez. Le

acarició el vientre, donde el sudor estaba enfriándose. Ella se estremeció.

—Un poco más —repuso Elvar—. De otras maneras. ¿De dónde eres? ¿Cuál es tu comida favorita? —Hizo una pausa y miró fijamente a Biórr—. ¿Quién es tu familia?

Biórr se puso tenso y giró el cuerpo para darle la espalda.

—Toda mi familia está muerta. —Se incorporó, cogió los pantalones y se los puso. Luego buscó la túnica—. Tengo hambre —dijo levantándose. Miró a Elvar y le tendió una mano.

«Todos tenemos cicatrices, y no todas las llevamos en la piel. Tuvo que pasar mucho tiempo para que yo pudiera hablar con alguien sobre mi padre, y todavía no me gusta hablar sobre mi madre, aunque ella merece mucho más que mi padre que hable de ella.» Elvar rodó por el suelo para levantarse, cogió su ropa y se vistió rápidamente. Finalmente se enfundó la brynja y se abrochó el cinturón de las armas.

Salieron del escondite que habían encontrado entre los carros, pasaron entre los caballos maneados y se adentraron en el campamento. Era de noche, pensó Elvar, a juzgar por el crepúsculo neblinoso que se había instalado encima de ellos. El viento silbaba en las copas de los árboles y traía el frío del norte, a pesar de que los fuegos de Eldrafell aún calentaban el suelo y no dejaban que se formara hielo.

Biórr enfiló hacia la hoguera y sirvió dos cuencos de comida. Le pasó uno a Elvar. Esta miró el contenido y lo olió.

Se oyeron unos pasos y Grend se acercó a la pareja.

—Hambre —dijo el veterano guerrero.

Biórr le sonrió y le ofreció un cuenco.

—Ortigas y ajo —dijo Biórr. Cogió un puñado de tortas de avena frías que había apoyadas en el borde de piedras y se marchó.

Elvar saludó con la cabeza a Grend y siguió a Biórr. Oyó que el veterano guerrero suspiraba a su espalda y luego oyó sus pasos siguiéndola, pues un hombre grande no podía caminar con sigilo.

Elvar cruzó el campamento. Hombres y mujeres reunidos en pequeños grupos comían y bebían, algunos canturreaban, otros contaban historias. Había quien afilaba armas y quien remendaba su equipo. Siguió a Biórr y lo vio con Uspa. Elvar tenía la teoría de que Biórr siempre buscaba a Uspa porque se sentía culpable por lo que le había pasado a su hijo, porque era él quien estaba de guardia la noche que se llevaron a Bjarn. Uspa estaba sentada con Kráka y el thrall hundur, como era habitual. Biórr les ofreció tortas de avena mientras se sentaba con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol caído y

se las aceptaron gustosamente. El thrall hundur olisqueó el aire.

—La sopa huele bien —dijo.

—Es de ortigas y ajo —explicó Biórr—, y está buena, la verdad. —Le ofreció el cuenco al thrall, que lo rechazó agitando la mano con cara de asustado.

—Deberías haber sabido de qué era la sopa —dijo Elvar cuando se unió a ellos—. ¿Qué clase de thrall hundur eres si no eres capaz de distinguir el olor de las ortigas y del ajo?

—Se llama Ilmur —dijo Biórr con una nota en la voz que hizo que Elvar sintiera un poco de vergüenza.

Elvar se sentó mientras se preguntaba por qué nunca había mostrado interés en averiguar el nombre del thrall hundur.

Grend se sentó con ellos y sorbió ruidosamente su sopa.

—¿Te encuentras mal, Uspa? —preguntó Elvar a la bruja seiðr. Estaba demacrada y tenía los ojos hundidos, como si sufriera un fuerte dolor.

Uspa inspiró hondo, aguantó el aire y suspiró.

—Creo que veremos Oskutreð mañana —dijo.

Elvar estuvo a punto de dar un brinco. Se le revolvió el estómago y un hormigueo le recorrió los brazos y las piernas.

—¿Por qué no se lo has dicho antes a Agnar? —quiso saber Elvar.

—Porque no estoy segura. Solo es una sensación —dijo la bruja seiðr—. Como una música en la sangre. Una presión en la cabeza. —Sacudió la cabeza—. Podría equivocarme.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Elvar mirando a Grend y sonriendo. El guerrero la miró por encima de la cuchara y luego sorbió la sopa—. Deberías alegrar esa cara —le dijo Elvar a Grend—. Y tú también, Uspa. ¡Será el momento más importante de nuestras vidas! Veremos el gran árbol, en el lugar donde los dioses libraron la batalla más cruenta. Sus huesos… —Negó con la cabeza—. Será maravilloso.

—Será una maldición —dijo con amargura Uspa.

—¿Cómo puedes decir eso? —espetó Elvar—. Lo que encontremos en Oskutreð nos dará más fama y más riquezas que las que podamos imaginar.

—¿Eso piensas? —preguntó Uspa—. Es posible, pero las únicas consecuencias que yo veo de todo esto son sangre, muerte y desgracia. Los dioses están muertos y olvidados aquí, y así deberían seguir. Los dioses eran unos hermanos caprichosos, egoístas, violentos. Trasladar sus huesos, sus armas y sus tesoros al sur, a las tierras de los hombres… —Hizo un sonido gutural, como de una serpiente—. Serán un veneno que infectará los corazones de las personas. Toda la saga

sangrienta se repetirá. Correrán ríos de sangre.

—No tiene por qué ser así —dijo Elvar—. Eso dependerá de nosotros, de nuestras decisiones.

—Exactamente —espetó Uspa—. Mira a tu alrededor. Hombres y mujeres mezquinos que sueñan con la fama en la batalla, como si eso fuera lo más importante en la vida.

—Bueno, es que lo es —aseveró Elvar con fervor—. Los hombres mueren, las mujeres mueren, todas las criaturas de carne y sangre mueren, pero la fama en la batalla pervive. Para convertirse en una canción, en una saga que pasa de generación en generación. Así viviremos perpetuamente. Es lo que yo quiero, lo que queremos todos.

—Lo sé —afirmó Uspa—. Por eso te compadezco, Elvar Störrsdottir.

Grend se movió y gruñó.

—Tranquilo, Perro de Elvar —dijo Uspa—. Ha sido una palabra afilada, no un arma. —Miró a Elvar con una expresión seria, triste—. La fama en la batalla no vale para nada; es como la paja en el viento. Los vínculos del amor, de la familia, de la pasión, de la amistad… Eso es lo que todos deberíamos anhelar. Lo que Biórr y tú hacéis entre los carros todas las noches, eso sí es real. Si desearas eso por encima de la fama en la batalla, si tu deseo de amar y honrar a la familia fuera más grande que el de gloria y sagas… —Se encogió de hombros—. El mundo sería un lugar mejor.

—A mi familia no —dijo Elvar clavando una mirada feroz en Uspa. Le vino a la mente la cara despreciable de su padre, el semblante desdeñoso de su hermano Torun—. No es fácil amar a mi familia. Y te venderían en cuanto te vieran. Dime, si tienes ese sentimiento tan fuerte, ¿por qué nos llevas a Oskutreð?

—Por mi hijo —respondió Uspa dejando caer los hombros—. Estoy preparada para renunciar a todo lo que amo y considero importante, a todos mis principios, a todas las cosas extraordinarias en las que he creído, por mi hijo. —Sus labios se torcieron en una mueca de desprecio por sí misma—. Ya ves, soy una hipócrita. Porque el amor de una madre es muy poderoso. No existe un instinto igual. Dejaría que el mundo se ahogara en sangre si así pudiera recuperar a mi Bjarn y volver a abrazarlo. —Miró a otro lado.

—Te equivocas —dijo Elvar—. Lo que es una maldición es la familia. No puedes elegirla. Te la imponen. Es un veneno. —Agitó una mano en el aire—. Grend está más unido a mí que mi padre o mis hermanos, y es mal fiel, más leal. Me alegro. Él eligió ese camino, me eligió a mí, como yo lo elegí a él. Y esas elecciones se recompensan con diez veces más de fidelidad y de lealtad. Pero Grend no pertenece

a mi familia, no corre la misma sangre por nuestras venas. Lo que cuentan son nuestras elecciones. Mira a tu alrededor, a Agnar, a Biórr, a Sólín, a los Terrores de la Batalla. Son una familia unida. Mejor aún. Yo los elijo, no porque tengamos la misma sangre, sino porque nos hemos elegido unos a otros. Porque nos hemos hecho un juramento. Nos ponemos hombro con hombro en el muro de escudos, vivimos o morimos juntos. —Elvar se dijo cuenta de que el corazón le martilleaba el pecho y de que apretaba los puños. Inspiró hondo y exhaló un largo suspiro.

»Nuestras elecciones deciden el futuro. En quién confiamos, a quién amamos… Y nuestras elecciones determinarán lo que pase con los tesoros que encontremos en Oskutreð. La familia no es la respuesta. La sangre no es la respuesta.

Uspa la miró con pena y con compasión. Sacudió la cabeza.

—No hay nada como ser joven e ingenua —dijo—. La sangre siempre es la respuesta.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

VARG

Unos sonidos penetraron en la mente de Varg, suavemente, como la claridad del alba cuando inunda el mundo. Las crepitaciones de las antorchas, el murmullo de voces indistinguibles. El goteo rítmico del agua.

Se dio cuenta de que tenía frío. Y de que sentía dolor.

Abrió los ojos.

Un techo de piedra, viscoso por la humedad, por el que se deslizaban unas sombras. Advirtió el movimiento de unas figuras, encorvadas, y oyó el cuchicheo de una conversación en voz baja.

—Se ha despertado. —Una cara llenó el campo visual de Varg. Era Torvik; le sonrió—. Sabía que vivirías. Se lo dije a los demás. ¡Se lo dije! ¡Eres un luchador, hermano!

—Vivir —graznó Varg. En su cabeza se arremolinaban los recuerdos: el hombre de los ojos rojos, Glornir arrodillado, Vol chillando, las llamas en el aire, un espadón pálido…

El dolor arremetía rítmicamente contra su cabeza y notaba entumecido el costado izquierdo.

«Donde me golpeó el espadón de hueso.»

Aparecieron más rostros encima de él: Svik, Røkia, Einar.

—¿Dónde…? —balbuceo Varg. Se movió y notó que se le clavaba la paja en la espalda.

—Estamos debajo del suelo, en unas catacumbas —dijo Torvik—. Este lugar es una maravilla. Está lleno de tesoros. Hay reliquias, plata… ¡Hasta los huesos de un dios!

Varg giró la cabeza, lo cual fue un error, pues una punzada de dolor le recorrió el cuerpo. Descubrió que estaba tumbado en el suelo, sobre un montón de paja. Vio una figura a su lado. Era Jökul, inconsciente, con un vendaje empapado en sangre alrededor de la cabeza. Detrás de Jökul había otras figuras tendidas en el suelo. Dos de ellas estaban cubiertas por un manto de lino desde la cabeza hasta las botas. Halja estaba arrodillada al lado de una de ellas. Las lágrimas habían creado unos canales a través de la sangre y la mugre que le cubrían el rostro.

Varg desvió la mirada. El dolor de la guerrera era tan crudo que le parecía mal contemplarlo.

Røkia apareció ante sus ojos.

—Te acordaste de quitar la funda de la moharra y de abrocharte la correa del yelmo —dijo—. Estoy muy orgullosa de ti.

Varg no estaba seguro de si se había despertado o si solo estaba soñando, porque Røkia le sonrió.

Svik la apartó de un empujón.

—Así que has vuelto, pendenciero —exclamó Svik sonriendo y atusándose un bigote. No tenía el aspecto de alguien que acababa de luchar en el muro de escudos contra skraeling y un troll del tamaño de un granero. El cabezón de Einar apareció detrás de él, con una sonrisa más ancha que la que había mostrado mientras escuchaba las historias de Svik alrededor del fuego.

Varg oyó el ruido de una puerta que se abría y una voz que daba órdenes detrás de Svik y de los demás.

—Lo hiciste bien —susurró Svik. Le sonrió y le dio un cachete en la mejilla. Después lo apartaron y apareció una cara nueva. Era Vol. Lo miró fijamente. Tenía la cara pálida y demacrada y unas grandes ojeras.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Dolorido —gruñó Varg. Se movió y se dio cuenta de que casi todo el dolor provenía del costado izquierdo y se concentraba en las costillas.

—Tienes suerte de sentir algo. La garra de Orna ha dejado una marca en tu cuerpo. —Vol le sonrió y le puso una mano fría en la frente—. Tienes un corazón valiente, Varg el Insensato.

Pero Varg no se sentía valiente. Simplemente había hecho todo lo posible para sobrevivir. Hasta que la niebla roja lo había arrastrado con sus violentas corrientes. Intentó hablar, pero Vol sacudió la cabeza.

—El sueño es tu medicina. Ahora descansa y guarda tus preguntas para cuando te despiertes.

Varg negó con la cabeza. Deseaba hacer ahora las preguntas. Tenía tantas…

—*Sofaðu græðandi svefninn* —susurró Vol acariciándole la frente.

Los párpados de Varg temblaron y su mente se sumergió en el suave remolino de un río.

Varg se despertó con un sobresalto. Parpadeó. Había estado soñando. Con sangre y combates, con trolls y otras criaturas, con osos salvajes y feroces y serpientes de ojos pálidos. Con lobos.

—No pasa nada, hermano —dijo una voz. Una mano le dio unas palmaditas en el hombro y miró. Era Torvik, sentado a su lado, con la

espalda apoyada contra la pared de roca de la cámara en la que se encontraban.

Varg respiró hondo y se dio cuenta de que ya sentía el lado izquierdo de su cuerpo. Hizo una mueca de dolor. Intentó incorporarse.

—No tengas prisa —le dijo Torvik—. Te han golpeado con el hueso de un dios muerto. Te dolerá algún tiempo. —Sonrió y sacudió la cabeza—. Luchaste con un descendiente de la dragona que esgrimía una garra de Orna, la diosa águila, y lo mataste. —Silbó—. Es digno de una saga, eso no puede negarlo nadie. Mejor que la historia del troll de Svik, eso seguro. De una saga capaz de rivalizar con las historias sobre Machacacráneos.

—¿Dónde estamos? —graznó Varg.

—En unas catacumbas —respondió Torvik—. Llenas de maravillas antiguas. Han estado excavando este sitio durante algún tiempo y han desenterrado un lugar ancestral. Vol cree que es la cámara de Rotta.

A Varg le sonaba ese nombre de haberlo oído en las sagas que se contaban alrededor del fuego. Rotta era uno de los dioses muertos, la rata, que había engañado a sus hermanas, Orna y Lif-Rifa, para enfrentarlas y azuzar el odio entre la diosa águila y la diosa dragona que había explotado el día de la caída de los dioses. Rotta había traicionado a Orna demasiadas veces y siempre había escapado de su ira. Pero Orna finalmente persiguió a su hermano hasta que lo encontró y lo encerró para castigarlo en las cámaras que había debajo de las Cascadas de Frang, donde lo encadenó a una roca y lo cubrió de serpientes encantadas que reptarían por su cuerpo hasta la eternidad. Su veneno goteaba en su piel y le quemaba y le laceraba la carne.

—¿Y sabes qué más se esconde en estas cámaras según cuentan las sagas? —susurró Torvik inclinándose hacia él.

—¿Qué? —masculló Varg.

—El Raudskinna, el grimorio de Rotta. Las runas están grabadas en la piel ensangrentada de la hija de Orna.

Varg inspiró hondo. Se decía que el Raudskinna contenía todo el conocimiento sobre la vida y la muerte. Orna había utilizado los propios hechizos rúnicos de Rotta para mantenerlo vivo durante su tormento, para que su dolor se prolongara hasta la eternidad.

—Seguro que solo es una leyenda de las sagas —comentó Varg.

—Ajá, eso mismo pensaba yo sobre la cámara de Rotta, y sobre los descendientes de la dragona, hasta ayer.

Varg no podía discutirle eso.

—Es un lugar extraño —añadió Torvik—. Y mucho más extenso

de lo que podrías imaginar. Hay cámaras y una multitud de túneles. Alojamientos para los guerreros y cocinas. Incluso tienen establos con caballos. Y hay una cámara con centenares de jergones, pero pequeños, como para niños. —Torvik negó con la cabeza.

Varg notó la garganta seca y dolorida. Le dolía tragar su propia saliva. Levantó una mano y se palpó el cuello.

—Ah, ahí debe dolerte de verdad —dijo Torvik—. El troll intentó estrangularte, ¿lo recuerdas?

El recuerdo volvió como una riada.

—Pero le apuñalaste la mano una docena de veces, como si fueras una avispa enfurecida. —Torvik sonrió.

—Agua —resolló Varg.

Torvik destapó su cantimplora y ayudó a Varg a sentarse apoyado en la fría pared de roca. Varg descubrió que su túnica había desaparecido y en su lugar una venda de lino le envolvía el torso. Cada uno de sus movimientos le provocaba una punzada de dolor en el costado izquierdo, pero el agua que descendía por su garganta valía la pena; era balsámica como la plata líquida. Varg paseó la mirada por la cámara. Era una habitación de unos veinte pasos de ancho, con una gruesa puerta de madera en cada extremo. Del techo goteaba agua, que brillaba a la luz de las antorchas. Jökul todavía estaba tendido en una cama de paja cerca de él. Le habían cambiado el vendaje y su pecho subía y bajaba rítmicamente. Detrás de él, los dos Hermanos de Sangre muertos yacían amortajados. Uno era Vali. Varg recordó que había luchado hombro con hombro con él en el muro de escudos.

—Te has ganado tu fama en la batalla, hermano —dijo Torvik—. Seguro que Glornir te invitará a hacer tu juramento. Ojalá también me invite a hacerlo a mí.

A pesar del dolor, Varg se dio cuenta de que había empezado a acostumbrarse a que Torvik le llamara hermano. Es más, le gustaba que lo hiciera.

—Lo hará. Luchaste bien, y con valor —graznó Varg—. Lo vi.

—Ajá. —Torvik miró a otro lado—. Aunque, para serte sincero, estaba muerto de miedo y no recuerdo la mitad de lo que pasó. Pero sigo vivo, y había sangre en mi lanza cuando la batalla terminó. —Volvió a mirar a Varg—. Pero tú me has eclipsado con tu fama en la batalla, Varg el Insensato, como el sol que no permite ver las estrellas. —Su sonrisa se borró mientras miraba a Varg—. Creo que muchos estarán celosos de tu fama en la batalla —añadió. Se encogió de hombros—. Pero yo no. Yo estoy orgulloso de llamarte hermano.

—Me salvaste la vida —dijo Varg recordando al skraeling como si lo tuviera delante—. En lo que a mí respecta, esa es suficiente fama en

la batalla.

Torvik recuperó la sonrisa, afectuosa y franca.

—Y volveré a salvártela, si es necesario y aún respiro.

—Y yo a ti —masculló Varg.

Torvik se echó a reír.

—¡Escúchanos! Pero si parecemos dos guerreros de barba cana.

Varg no pudo evitar reír, y se arrepintió de hacerlo, porque el dolor se cebó en sus costillas.

Una de las puertas se abrió y entró Vol con un plato con pan y un cuenco en las manos. Sonrió cuando vio que Varg estaba despierto y acercó una banqueta para sentarse a su lado.

—Estofado de pescado y pan —dijo ofreciéndole el plato y el cuenco. Miró de arriba abajo a Varg—. No esperaba verte con tan buen aspecto. Ser golpeado por la garra de un dios muerto no es una tontería.

Varg se dio cuenta de que se moría de hambre y se metió una cucharada de estofado en la boca. Bufó y sopló cuando le quemó la boca, así que hundió el pan en el cuenco para que absorbiera el caldo y lo chupó.

—¿Dónde está? —le preguntó a Vol mientras soplaba el estofado.

—Allí —respondió ella señalando con la cabeza la puerta más alejada.

Varg se dio cuenta de que lo sentía. Era como una pulsación que le recorría el cuerpo, como un leve dolor de cabeza. Vol deshizo el nudo del vendaje de lino y lo desenrolló. Asintió y chasqueó la lengua mientras examinaba la herida de Varg. Este miró abajo y vio que todo su costado izquierdo estaba morado y negro y una línea de ampollas le cruzaba la costilla en el sitio donde el espadón de hueso lo había golpeado.

«No me extraña que duela», pensó.

Vol puso la palma de la mano sobre la herida.

—*Sár gömlu guðanna, sára galdrabeins, lækna, laga, ná sér* —murmuró Vol, y Varg sintió que le calmaba el dolor, como cuando se había rascado la rodilla de niño y Frøya le soplaba la herida.

Vol miró fijamente a los ojos a Varg.

—Me salvaste. Salvaste a Glornir. Y te lo agradecemos. —Le sonrió—. Ese akáll que deseas… Háblame de él.

Varg se quedó mirando con perplejidad a Vol. Respiró hondo. Era una responsabilidad que había mantenido en secreto, como si temiera que al hablar de ella se le escaparía como un pájaro cautivo. Tragó saliva.

—No recuerdo todos los detalles de lo que ocurrió. Algunas partes

están… borrosas.

—Entonces dime lo que recuerdas —le pidió Vol.

—Se trata de mi hermana, Frøya. La asesinaron.

—Sí. —Vol asintió con la cabeza—. Eso ya lo sabemos. Su rostro adquirió una expresión de dolor compartido con Varg—. Comprendo lo que es el amor por una hermana —susurró Vol—. Mi hermana está… desaparecida. Estoy preocupada por ella.

—Siento oírte decir eso —repuso Varg.

Vol negó con la cabeza.

—Probablemente solo sea mi cabeza, que hace que las cosas parezcan peores de lo que son en realidad. Uspa es fuerte. Imagino que volveré a verla pronto. —Miró a Varg—. Bueno, estabas diciendo que…

—Está bien —dijo Varg, haciendo acopio de todas sus fuerzas para contar su historia—. A Frøya y a mí nos vendieron a un granjero, Kolskegg, cuando éramos niños. Teníamos cinco o seis inviernos. —Se encogió de hombros—. Kolskegg no era un buen hombre y Frøya y yo solo nos teníamos el uno al otro. Estábamos muy unidos. —Una sonrisa le torció las comisuras de los labios al recordar a su hermana —. Tanto que incluso sabíamos lo que sentía el otro sin tener que decirlo. Bastaba con mirarnos. Según crecíamos, incluso cuando estábamos separados, yo podía… —Levantó los ojos para mirar a Vol —. Sé que dicho así suena como si estuviera loco, pero es real. —Hizo una pausa mientras ponía orden en el torrente de recuerdos—. Un día que yo estaba fuera retirando las piedras de un campo nuevo para que los animales pastaran en invierno, sentí sus gritos. Los sentí en los huesos. Sabía que había ocurrido algo malo. —Otra pausa. Continuó —: Cuando regresé a la granja me dijeron que Kolskegg había vendido a mi hermana. Eso ocurrió hace un año. No sé a quién. Kolskegg me prometió que si seguía luchando para él en el cuadrilátero, le hacía ganar suficiente dinero y conseguía la bolsa para el campeón de nuestro distrito, yo podría comprar mi libertad, y tal vez incluso me alcanzaría para comprar a Frøya. Me dijo que si ganaba la última pelea me daría un saco de monedas y el nombre de los que la habían comprado.

—¿Y ganaste, hermano? —preguntó Torvik.

—Ajá —masculló Varg—. Gané. Aunque me dieron una buena paliza. Después me llevaron al granero de Kolskegg y me tiraron sobre un montón de heno podrido. Podía oír a Kolskegg y a sus hombres libres celebrando su victoria en su casa. Mientras estaba tirado en el suelo… —Se le hizo un nudo en la garganta—. Durante todo el tiempo

que estuvimos separados supe que Frøya estaba ahí, que se encontraba bien. —Se encogió de hombros—. Lo sabía. Pero mientras estaba tendido en el granero sentí que se moría. —Los músculos de su cara temblaron y apretó los puños hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Una lágrima rodó por su mejilla. Torvik le apretó el brazo.

»Me levanté —continuó Varg, ansioso por contarlo todo ahora que había empezado—. Fui a ver a Kolskegg y le pedí mi dinero. Le pedí que me quitara el collar de thrall. Él se echó a reír y me dijo que sería un idiota si se desprendiera de una mina de oro como yo. Entonces… —Varg se miró las manos y sacudió la cabeza—. Lo siguiente que recuerdo son mis manos alrededor del cuello de uno de sus hombres libres, estrangulándolo. Estaban todos muertos… Kolskegg… Todos. Las paredes de la casa estaban cubiertas de sangre y había charcos rojos y brillantes en el suelo. Y yo estaba en medio de los cuerpos, jadeando, empapado de sangre. Encontré la llave de mi collar y la cogí, y una bolsa con dinero, y hui.

Se instaló el silencio en la cámara.

—Por eso te perseguía Leif Kolskegg, por asesinar a su padre —dijo Vol. No era una pregunta.

—No lo asesiné —gruñó Varg.

Vol lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada feroz y despiadada.

—¿Tienes algo de tu hermana? —preguntó Vol desviando la mirada—. Si quieres que intente realizar el akáll necesitaré un vínculo con ella.

—Sí, guardo un mechón de su cabello que encontré en un cepillo que se dejó.

—Bien. —Vol asintió. Miró a Varg. Había compasión en sus ojos —. Sabes que el akáll te mostrará los últimos instantes de su vida, ¿verdad? Podría ser duro. No te aportará felicidad.

—Lo comprendo —contestó Varg—, pero necesito saber lo que le pasó. He jurado vengarme por su asesinato. En un akáll veré quién lo hizo.

Vol le apretó la mano.

—¿Lo harás? —le preguntó Varg.

—Hablaré con Glornir. Él es el jefe. La decisión es suya.

—Pero ¿no me lo he ganado? —dijo sorprendido Varg con una nota de miedo y de rabia en la voz.

—No soy yo quien debe decirlo —respondió Vol vendándole de nuevo el torso. Una ráfaga de aire cruzó la cámara e hizo oscilar las llamas de las antorchas. La puerta crujió y Skalk entró en la cámara, seguido por Olvir e Yrsa. El galdramaðr sonreía y caminaba cojeando y apoyándose en su bastón nudoso de roble.

—Estás aquí —dijo dirigiéndose a Vol—. Estaba buscándote. Tengo una herida en la pierna y esperaba que pudieras ayudarme.

—¿Una herida? —inquirió Vol.

—¿Cómo es posible que tengas una herida si no luchaste? —murmuró para sí Torvik.

—Sí, aquí —dijo Skalk deteniéndose y señalándose la pierna.

—¿Dónde? —preguntó Vol dándose la vuelta para mirar a Skalk.

El galdramaðr asestó un golpe seco y fuerte en la cabeza de Vol y se oyó un crujido. La bruja seiðr puso los ojos en blanco y se desplomó.

Torvik gruñó y se levantó al mismo tiempo que bajaba la mano al seax. Pero Yrsa se adelantó y le hundió la lanza en el cuello, la extrajo y del orificio manó un chorro de sangre de la arteria. Torvik se apretó la herida, pero la sangre se precipitaba a borbotones entre sus dedos; gorjeó y se dejó caer contra la pared, y su espalda se deslizó por la roca hasta que quedó sentado al lado de Varg, que lo miraba paralizado. Varg se movió y gruñó de dolor, pero la espada de Olvir sobrevoló su pecho. Miró con desesperación a Torvik, que lo miraba con la mano tendida hacia él. Varg se la cogió y miró a los ojos a su amigo.

—Hermano —balbuceó Torvik ahogándose en su propia sangre.

—¡Necesita un arma en la mano para hacer el viaje de las almas! —gritó Varg.

—No pienso poner un arma cerca de ti —replicó Skalk—. Te vi luchar con el descendiente de la dragona.

—¡No haré nada! ¡Lo juro! —suplicó Varg—. Por favor —dijo con los ojos todavía fijos en los de Torvik. Veía cómo se le escapaba la vida. Entonces el joven guerrero hizo un gorjeo sibilante y murió.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Skalk mientras Yrsa enfilaba hasta la puerta más alejada de la cámara, la abría y la cruzaba.

—Eres un asesino —masculló Varg. La conmoción, el miedo y la ira bullían en su interior.

—Déjate de esas tonterías —repuso Skalk agitando una mano—. Hacemos lo que tenemos que hacer.

Varg clavó una mirada feroz en Skalk.

—¿Por qué sigo vivo?

—Puedes elegir, Varg. Vi cómo matabas a un corrompido. Un hijo de la dragona.

—Lo ataqué por la espalda —dijo en un susurro Varg—. Lo pillé por sorpresa.

—Siempre se había creído que los descendientes de los dragones eran una leyenda de las sagas —continuó Skalk haciendo oídos sordos

a las palabras de Varg—. Se pensaba que se habían extinguido, si es que alguna vez existieron. Pero entonces vi salir a uno a la luz del día con la garra de la diosa muerta Orna en las manos. Y tú lo mataste. Es una hazaña extraordinaria. Glornir, con toda su fama en la batalla, no pudo hacerlo. Por lo tanto… —Inspiró hondo mirando intensamente a Varg—. Sé que deseas un akáll, y yo puedo hacerlo para ti. Y me gustaría tenerte a mi lado, como uno de los que me juran fidelidad. Esa es mi oferta: ven conmigo, júrame fidelidad y te daré lo que quieres.

Varg miró en silencio a Skalk. El dolor en el costado, el asesino de Torvik, el hedor de la sangre y de los intestinos vaciados colmaban la cámara. Era como una pesadilla provocada por la fiebre.

Yrsa regresó a la cámara cargada con un baúl que depositó a los pies de Skalk. Este se agachó, descorrió el cerrojo y levantó la tapa. Del interior del baúl emanaron unas ondas de poder como si fueran el aire caliente de un horno. Varg vio el brillo pálido del espadón de hueso y un haz de pergaminos enrollados entre otros objetos. Hizo una mueca y miró a otro lado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Skalk—. ¿Lo sientes?

—¿Acaso tú no? —masculló Varg.

—Mmm… —dijo Skalk con un brillo en los ojos. Cerró el baúl violentamente y las vibraciones del poder cesaron. El galdramaðr se puso de pie y levantó el baúl.

Varg miró la mano de Torvik en la suya. Ya estaba enfriándose.

«Torvik está muerto. Era mi… amigo.» Le resultaba extraño pensar eso cuando no había tenido un solo amigo en toda su vida. Pero la sorpresa y el miedo retrocedían poco a poco aplastados por la ira que crecía en su estómago. Miró a Vol, que yacía inconsciente en el suelo.

—Llévatela —ordenó Skalk a Yrsa, que se agachó, se echó el cuerpo de Vol sobre un hombro y enfiló hacia la salida de la cámara. Echó un vistazo fuera.

—Nadie —dijo volviéndose hacia Skalk.

—Llévala a los caballos —dijo Skalk, e Yrsa desapareció. El eco de sus pasos fue debilitándose mientras se alejaba. Skalk observaba a Varg y se dio cuenta de que había seguido con los ojos a Vol—. Ella viene conmigo —dijo Skalk—. Nunca había visto una bruja seiðr tan poderosa. Sería un desperdicio dejarla con los Hermanos de Sangre. Será una buena thrall a mi servicio. —Sonrió—. Bueno, regresemos a mi oferta. Hazme un juramento y te concederé tu akáll. ¿Qué me respondes?

«Mi juramento.» Varg acercó la mano instintivamente a la bolsa

de su cinturón, pero no estaba ahí; debían de habérselo quitado junto con la túnica. Un ataque de pánico. «¡Frøya!» Solo unos instantes antes estaba hablando de ella con Vol. Sus esperanzas eran ahora como las cenizas del fuego. Y Skalk le ofrecía la oportunidad de cumplir el juramento que había hecho a su hermana. «Mi juramento —pensó—. Toda mi vida, todo lo que soy está ligado a ese juramento.» Miró a Torvik y sus ojos sin vida.

—Puedo caminar —dijo. Cambió de postura, hizo una mueca y se impulsó con una mano para levantarse, pero se detuvo cuando la punta de la espada de Olvir le tocó el pecho.

Skalk sonrió y asintió.

—Ayúdale —dijo el galdramaðr.

Olvir bajó la espada y ofreció el brazo a Varg.

Varg se lo agarró y estiró de él. El guerrero perdió el equilibrio y se derrumbó encima de Varg al mismo tiempo que intentaba levantar la espada.

Varg sintió un estallido de dolor cuando Olvir le cayó encima, su cota de malla le raspó la piel y el codo del guerrero se clavó en sus costillas. Los pies de Olvir resbalaron en el suelo rocoso y Varg le sujetó el brazo con el que blandía la espada y le dio un puñetazo en la cara. Olvir gruñó y escupió sangre, pero se revolvió y consiguió zafarse de Varg. Este apoyó los talones en la pared que tenía detrás y se impulsó hacia delante. Los dos hombres cayeron al suelo. Varg no hizo caso a las punzadas de dolor, escupió y gruñó a Olvir. Le mordió mientras estaba derrumbado a su lado. Notó el chorro de sangre en la boca, caliente y metálica, y apretó los dientes en su cuello hasta desgarrárselo. Olvir chilló y Varg percibió el cambio que había experimentado el guerrero; ya no había en él el deseo de luchar sino miedo, se revolvía y corcoveaba aterrorizado, intentando escapar. Varg tenía su sangre en la garganta, en la cara y en los ojos, cegándolo. El cuerpo de Olvir daba sacudidas, cada vez más débiles, y se retorcía. Varg se apartó de él rodando por el suelo, jadeando y escupiendo pegotes de sangre. Se limpió los ojos y vio el rostro desencajado de Skalk y su bota moviéndose hacia él y propinándole una patada en las costillas heridas.

Sintió una explosión de dolor y oyó sus propios gritos, pero la oscuridad los absorbió.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

ORKA

Orka tiró de las riendas de *Trúr* y el caballo redujo la velocidad hasta detenerse, piafando y espirando nubes de aliento caliente. Su pelaje humeaba y estaba empapado de sudor. También el aliento de Orka se condensaba en el aire. La temperatura caía a medida que avanzaban en su ascensión.

Contempló el paisaje que se extendía ante ella.

Se encontraban en las tierras altas, donde las colinas ondulantes daban paso a las faldas de la cordillera Dorsal, cubiertas de tenebrosos bosques de pinos que resplandecían con la escarcha adherida a su corteza. Orka se encorvó y escupió. Luego giró el cuerpo encima de la silla y miró atrás.

Mord y Lif no se habían quedado demasiado rezagados y atravesaban a medio galope una pradera en dirección al bosque. Detrás de los hermanos, el paisaje descendía hasta los valles fluviales que atravesaban sinuosamente el territorio. Orka siguió la línea del río Drammur hasta que se difuminaba y finalmente desaparecía. Sabía que pasaba por Darl y que lo más probable era que sus perseguidores aparecieran por allí. Guðvarr los seguía a caballo, como probaban la columna de humo que se alzaba de su hoguera todas las noches.

«Será idiota.» Orka resopló. Sin embargo sospechaba que también se habían enviado barcos en su persecución por el río Drammur. Esbeltos snekkar, más adecuados para los rápidos y los bajíos del río que los drakkar con la cabeza de dragón en la proa. Al este, las laderas que estaban ascendiendo bajaban hasta el Drammur, en una zona donde el río se estrechaba y era más impetuoso por la proximidad de su cabecera en las Dorsales. Una columna de humo revelaba la existencia de una aldea en la ribera del río, una de tantas que Orka y los hermanos habían evitado durante su viaje hacia Grimholt, si bien el hecho de moverse por caminos menos transitados les había hecho perder tiempo. Orka temía que la distancia con Drekr estuviese ampliándose lentamente.

«Pero si se dirige a donde Skefil me dijo, es probable que pase unos días allí descansando. Entonces lo atraparé.»

En Grimholt. Orka miró al norte y entrecerró los ojos para observar el hueco entre las cimas de las Dorsales que marcaba la ubicación de la torre Grimholt, una fortaleza construida para vigilar

uno de los pocos pasos que había en las montañas. Al norte de las montañas los vaesen merodeaban en gran número, y Grimholt impedía su acceso a las tierras meridionales de Vigrið.

Mord y Lif la alcanzaron acompañados por el chacoloteo de los cascos de sus caballos, cuyo ritmo disminuyó cuando dejaron atrás el suelo blando de la pradera y entraron en el mantillo cubierto de hojas de pino secas que se extendía bajo las copas de los árboles. Los rayos del sol se filtraban a través de las ramas mecidas por la brisa y moteaban el suelo.

—¿Por qué nos detenemos? —le preguntó Lif.

Orka señaló con la cabeza hacia delante. Se habían adentrado un poco en el bosque, siguiendo lo que Orka había creído que era el rastro de un zorro. Delante de ellos había un claro en cuyo centro se amontonaban las ruinas de una piedra de los juramentos, muy parecida a la Roca de los Juramentos en el fiordo de Fellur.

Del suelo se alzaba una roca plana, partida y desmenuzada, y había fragmentos de granito diseminados por todo el claro, cubiertos de hierba y musgo. En lo que se mantenía en pie de la roca había un grabado reciente, un dibujo sinuoso e intrincado con unas fauces abiertas y mostrando los colmillos. Estaba cubierto por una sustancia oscura y agrietada, casi tan negra como el aceite.

Pero no fue eso lo que atrajo la mirada de Orka.

Suspendida sobre la piedra rota había un águila muerta, con una pata atada con un cordón que caía desde una rama que se encontraba encima. El ave era enorme, con una longitud que doblaba la estatura de Orka, y sus gigantescas alas del color del óxido colgaban desplegadas hasta el suelo. El charco de la sangre que había manado de una herida en su cuello de plumas blancas y había goteado desde el pico corvo se había secado. La cuerda crujió cuando la brisa que se filtraba a través de las ramas balanceó pesadamente el águila muerta.

Orka chasqueó la lengua y *Trúr* se adentró en el claro y relinchó para mostrar su descontento. Orka desmontó y cruzó el claro, se agachó para pasar por debajo del águila y se arrodilló delante de la piedra de los juramentos. Tocó el grabado reciente y se dio cuenta de que lo habían cubierto con la sangre del águila, ahora seca, ennegrecida y agrietada como una costra. Se volvió para mirar a los hermanos, que la observaban con evidente inquietud sentados en sus sillas de montar.

—Vi algo parecido en Liga —dijo Orka mientras se erguía y regresaba a su caballo.

—Adoradores de Snaka en el reino de Helka —dijo con incredulidad Mord. Carraspeó y escupió.

—De Snaka no —repuso Orka montando en su caballo—. Míralo bien.

—Tiene alas —señaló Lif.

—Ajá. Quienes hicieron esto adoran a Lik-Rifa, la dragona cautiva.

Orka afirmó los pies en el suelo y esperó.

Mord y Lif se desplegaron a su alrededor, uno por cada lado, empuñando seax con las hojas envueltas en lana. Mord atacó primero y Orka dio un paso a la izquierda, apartó el seax del joven pescador de un manotazo y se dio la vuelta cuando Lif dirigió su seax hacia sus costillas, torció el cuerpo y notó el roce del arma en la cintura. Mord volvió a atacar y Orka se preparó para recibirlo, lo agarró por la muñeca y tiró de él. En los ojos de Mord apareció una expresión de dolor por la herida en el hombro, pero Orka no se compadeció de él y lo giró para colocarlo en la trayectoria de su hermano, que ya había iniciado el movimiento para un nuevo ataque y apuñaló a Mord en el estómago. O eso habría hecho si la hoja no hubiera estado envuelta en lana.

—Mejor —dijo Orka—. Los dos habéis empezado a usar la cabeza y reaccionáis mejor. Cuando lo hayáis repetido unas cuantas veces no tendréis que pensar. Vuestro cuerpo lo hará por vosotros.

—Sin vacilar —dijo Lif.

—Eso es —repuso Orka asintiendo secamente—. Venga, otra vez.

Continuaron luchando. Orka no decía nada mientras los hermanos la atacaban. Siempre los derrotaba, si bien tanto Lif como Mord cada vez se quedaban más cerca de golpearla con sus armas. Sobre todo Lif. Él era más calmado, más reflexivo y más receptivo a los consejos, pues no tenía el orgullo desmesurado de Mord. Este quería ser diestro y peligroso, pero le costaba reconocer que no era lo suficientemente bueno, aún. Mord perdía la paciencia con rapidez y a menudo se precipitaba en el momento de atacar a Orka, lo que inevitablemente terminaba con su culo en el suelo.

—Un momento —pidió Orka levantando la mano. Se quitó el gorro de lana, que había pertenecido a Torkel, y se limpió el sudor de la frente. A aquella altitud hacía frío y salía vapor de las gotas de sudor. Esa misma tarde Orka había visto el revelador resplandor de la tela de una araña del hielo en el bosque—. Ya está bien por esta noche.

Mord y Lif no se mostraron decepcionados por esa decisión.

A pesar de que aún había luz, incluso al amparo de los pinos,

Orka sabía que era tarde y que el descanso era fundamental para evitar que los drengir de Guðvarr y de Sigrún los capturaran.

—Ocupaos de las armas —dijo Orka mientras buscaba en la bolsa el pan y el queso que habían comprado el día anterior. En el camino se habían cruzado con un anciano granjero que se dirigía con un carro y una mula a una aldea cercana para vender sus productos en el mercado. Después de convencerle de que no eran unos forajidos que querían robarle, le dieron unas monedas a cambio de pan, queso, una jarra de leche, una docena de tortas de avena y un trozo de carne de cerdo curada. Orka sacó el pan y el queso de la bolsa y lo cortó en porciones, las repartió y se sentó con la espalda apoyada contra un árbol. Notó la tirantez de la piel que rodeaba la herida que Drekr le había hecho en la espalda cuando se estiró. Lif le había retirado los puntos y Orka sentía que estaba curándose bien. Solo notaba una rigidez, una tensión, cuando hacía algunos movimientos. Se envolvió con la capa, pues el frío había comenzado a filtrarse en su cuerpo después del ejercicio físico y no podían encender un fuego para calentarse los huesos.

El crepúsculo hacía mella en ellos. Los días largos y la ausencia de oscuridad confundían el organismo de Orka. La fatiga se manifestaba con un malestar detrás de los ojos y la separación de Breca la carcomía por dentro.

«Tienes que descansar», le susurró una voz dentro de la cabeza que se parecía mucho a la voz áspera de Torkel.

«Descansaré cuando Breca esté a salvo a mi lado, y cuando te vengue, amor mío», le respondió Orka. Tenía la sensación de que una riada le inundaba la cabeza. Las imágenes del claro con el águila muerta y la runa grabada recientemente en la piedra del juramento la acosaban.

«Runas de Lik-Rifa. Adoradores de la diosa dragona. Justo cuando aparece un hijo de la dragona, a quienes todos consideran simples invenciones de las sagas, y mata a mi marido y rapta a mi hijo. ¿Qué significa todo esto?» Esa pregunta la corroía, como las gotas de agua salada oxidan y corrompen una magnífica espada. Tenía los nervios de punta. El pensamiento de encontrar a Drekr y hundirle una hoja en el estómago, y retorcerla solo para oírlo gritar, se repetía una y otra vez dentro de su cabeza.

«Respuestas antes de la venganza —se dijo—, aunque me conformaré con recuperar a Breca y ver muerto a Drekr.» Se desabrochó el cinturón de las armas, sacó una piedra de afilar del pequeño bolsillo de la funda de un seax y comenzó a deslizar la piedra por la hoja.

Lif fue a echar un vistazo a los caballos, a quienes habían maneado junto a un arroyo cercano. Mord se sentó al lado de Orka, dejó la lanza, el seax y el destral sobre las hojas de los pinos y se puso a revisarlos. Limpió las hojas con arena y un paño de lino y después las afiló. Lif se sentó con ellos y los tres comieron y afilaron las armas en silencio.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Mord alzando la voz por encima del ruido de las piedras de afilar.

Orka no respondió inmediatamente. Todavía estaba dándole vueltas en la cabeza. Después de escapar de Guðvarr había pensando en ir al norte tras Drekr, hacia Grimholt, con la esperanza de alcanzarlo antes de que llegara a la fortaleza o de encontrar un lugar adecuado para tender una emboscada a Guðvarr. Pero de momento ninguna de esas esperanzas se había cumplido.

—Continuaremos hacia Grimholt y ya veremos —murmuró Orka —. Calculo que estamos a un día de viaje, no más de dos.

—¿Qué es Grimholt? —preguntó Lif.

—Una fortaleza. Se construyó para vigilar el paso a través de las Dorsales e impedir que los vaesen del norte cruzaran las montañas —explicó Orka—. Es un edificio, con murallas en el norte y en el sur.

—Entonces ya la has visto —dijo Mord.

—Ajá. —Orka asintió—. Hace mucho tiempo. «En otra vida, al menos esa es la sensación que me da.»

Mord y Lif se miraron.

—Podríamos acabar entre el martillo y el yunque —dijo Mord—. Con enemigos delante y detrás de nosotros.

«Un precipicio delante y los lobos detrás.» A Orka tampoco le gustaba esa idea.

—Ya habéis visto el fuego del campamento del grupo que sigue nuestro rastro —dijo Orka—. Guðvarr es tan tonto que ni siquiera lo oculta. Hemos aumentado la distancia con él. Calculo que les llevamos un día y medio de ventaja. —Se encogió de hombros—. Si llegamos a Grimholt, tomaremos una decisión. Continuar o esperar a Guðvarr para enfrentarnos con él. —Miró a los hermanos—. Se derramará sangre, y pronto.

Lif asintió y Mord sonrió.

—Luchar conmigo no es cualquier cosa —añadió Orka—, y lo estáis haciendo bien.

—Tenemos menos cardenales —dijo sonriendo Lif.

—Ajá. —Orka asintió—. Pero para llevar a cabo vuestro juramento de venganza tendréis que luchar con Guðvarr.

—Es un niðing, una boñiga de troll —gruñó Mord, y se encogió de hombros como si despachar a Guðvarr fuera una tarea sencilla.

—Es verdad —repuso Orka—, es un niðing y una boñiga de troll que lleva puesta una cota de malla y empuña un escudo y una espada. El equipo de un drengr. Y seguramente lo acompañan otros drengir, como Arild, y los guerreros de Helka que estaban con él en la granja. Así que tenéis que estar preparados para luchar con un drengr y, más importante aún, aprender a derrotarlo. Debéis conocer sus puntos fuertes y los débiles. Solo llevaréis encima la túnica de lana, y probablemente no empuñaréis más que un seax o un hacha.

—Ajá —gruñó Lif escuchándola atentamente.

—Así pues, ¿estáis preparados? ¿Cómo se derrota a un guerrero en cota de malla y armado con una espada y un escudo? Está más protegido que vosotros y es más hábil con las armas.

Los dos hermanos reflexionaron en silencio un rato.

—Con velocidad —sugirió finalmente Lif.

Orka asintió.

—Bien. Tenéis que usar lo que tenéis para contrarrestar lo que tiene él. Por lo tanto, seréis ligeros, no cargaréis con una cota de malla. Una brynja roza los hombros y hace más lentos los movimientos. Haced movimientos rápidos, pero nunca un ataque frontal. Acercaos a él con pasos cortos y balanceándoos y entrad en la zona de su guardia; ponedle las cosas difíciles para que no pueda golpearos con la espada ni ensartaros con la lanza. El escudo será un problema. Pero en este caso también atacad por los lados, nunca en línea recta. Si estáis usando un hacha, enganchadla en el borde del escudo y tirad para hacerle perder el equilibrio. Y cuando estéis cerca la cota de malla también será un problema. —Dejó de afilar el seax—. Golpead aquí —dijo tocándose la garganta—. O aquí. —Se puso una mano en la parte interior del muslo, cerca de la entrepierna—. Seccionad esas venas y vuestro oponente morirá. Y una brynja no protege bien esas zonas. —Se encogió de hombros—. Por supuesto, mientras vosotros estáis intentando hacerle eso, él estará tan empeñado como vosotros en apuñalaros donde sea, ya que vuestras túnicas de lana se parten como la mantequilla.

—Es desalentador —dijo Mord frunciendo el ceño.

—Realista —dijo Orka. Se encogió de hombros—. La velocidad os dará la venganza que buscáis. Y recordad, no…

—Vaciléis —dijeron al unísono los hermanos.

Orka sonrió.

—¿Y tú? —preguntó Mord—. La última vez que viste a Drekr estabas arrodillada y él tenía sus manos alrededor de tu cuello. ¿Cómo

piensas matarlo?

Orka miró a Mord.

—Lentamente —respondió, y continuó pasando la piedra de afilar por la hoja de acero.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

VARG

Unos gritos despertaron a Varg. Al principio sonaron apagados, lejanos, pero su volumen creció a medida que volvía en sí, como si lo hubieran sepultado vivo y estuviese excavando con los dedos para salir de debajo de la tierra. Lanzó un grito ahogado, se revolvió, y notó que unas manos lo empujaban contra el suelo.

—Tranquilo, Insensato —dijo una voz.

Varg no hizo caso. Vio unas figuras a su alrededor, forcejeó y se retorció hasta que otras manos lo agarraron y lo sujetaron. Cayó hacia atrás, jadeando, y comenzó a ver con nitidez. Notó un sabor de sangre en la boca y escupió. La primera persona que vio fue Røkia. La guerrera lo sujetaba con un rictus de preocupación.

—Estás con amigos —le dijo Røkia.

Varg exhaló un largo suspiro y se dejó caer entre sus brazos, y entre los de Svik, descubrió. Se encontraba en la misma cámara y el olor de la sangre era intenso y empalagoso. El cadáver de Olvir yacía cerca, con los brazos y las piernas descoyuntados y el cuello desgarrado. Y luego vio a Torvik y sintió el peso de la pena sobre los hombros.

«Torvik está muerto. Vol ha desaparecido.»

Alguien seguía gritando. Se oyó un estruendo de golpes y vio a Einar junto a la puerta de la cámara donde se guardada el espadón de hueso.

«Antes de que Skalk la robara.»

Einar estaba apoyado en la puerta, empujándola con el hombro. Un puñado de Hermanos de Sangre estaba con él, Sulich y Halja entre ellos, todos impidiendo que se abriera la puerta. Varg vio que la puerta temblaba y se combaba, pero Einar la mantenía cerrada. Del otro lado llegaron sonidos de golpes, un gruñido y un rugido desgarrador.

—¿Qué hay ahí? —masculló Varg pensando que habían capturado otro troll.

—Glornir —respondió Svik.

Varg lo miró perplejo.

—Está un poco enfadado —dijo Svik—. Es mejor que esté solo un

rato.

Se oyó otro estruendo de madera astillada en la puerta.

—¿Qué está pasando? —balbuceó Varg. Se frotó los ojos con los nudillos.

—Vol ha desaparecido —dijo Røkia como si eso lo explicara todo.

—Lo sé —masculló Varg—. Pero…

—Vol no es una thrall —dijo Svik—. Es la mujer de Glornir.

Varg tardó unos instantes en asimilar la noticia.

—Skalk se la ha llevado —dijo—. Yrsa apuñaló a Torvik. —Varg sintió que una mano le estrujaba el estómago: ira, pena…—. Yo… —Se detuvo al recordar la oferta de Skalk, cómo se le había pasado por la cabeza aceptarla, aunque solo hubiera sido por un instante. Un sentimiento de vergüenza y de vacío lo embargó. Si Vol ya no estaba, la posibilidad de cumplir el juramento a Frøya se había esfumado con ella—. ¡Tenemos que rescatar a Vol! —exclamó levantándose desmañadamente. El dolor en el costado irradió desde sus costillas y le cortó la respiración, pero no lo detuvo. Se tambaleó y reprimió las ganas de vomitar.

—¡Esa es la actitud! —dijo Svik sonriéndole—. Pero quizá deberías vestirte antes…

Varg bajó la mirada y se dio cuenta de que todavía tenía las botas y los pantalones puestos, pero no había rastro de la túnica ni del cinturón.

Svik le sostuvo una saya de lino en alto y le ayudó a meter los brazos en las mangas. Luego se puso una túnica de lana. Varg apretó los dientes y lanzó un grito ahogado por el dolor. Røkia le alargó el cinturón. El seax, el cuchillo y el hacha colgaban de él. También la bolsa. Sintió que se quitaba un peso de encima al verla y rápidamente le arrebató el cinturón de las manos a Røkia.

Otro porrazo atronador en la puerta. Einar salió disparado hacia el interior de la cámara y volvió corriendo para contenerla.

—Glornir es fuerte, pero no puede hacerle eso a una puerta… —dijo Varg con la mirada fija en la puerta—. Mucho menos con Einar al otro lado.

—Sí puede —dijo Svik.

—¿Cómo?

Svik miró a Røkia y esta asintió.

—Es el momento —dijo la guerrera.

—Yo también lo creo. —Svik se encogió de hombros. Miró a Varg —. Glornir es un berserkir.

Varg se lo quedó mirando con perplejidad. Una carcajada nació y murió en su garganta.

—¿Glornir es un corrompido? —preguntó entre dientes.

—Ajá. Es un tocado por los dioses. La sangre del oso Berser corre por sus venas.

Varg volvió a mirar la puerta con incredulidad.

—Yo también soy un corrompido —añadió Svik—. El zorro Refur sigue viviendo en mi sangre.

Varg miró al guerrero. Un silencio se instaló en la cámara. Incluso los golpes y los gruñidos de Glornir cesaron por un momento.

—Es una de tus retorcidas bromas —espetó Varg.

—No es broma —dijo Svik negando con la cabeza.

Se acercó a Varg y se mesó la barba roja mientras miraba con una intensidad repentina al otro guerrero. Se produjo una transformación en su cara, un sutil cambio en sus facciones, que se volvieron más angulosas; sus ojos, siempre tan azules, giraron como un torbellino y se enturbiaron hasta que adquirieron un color amarillo grisáceo; sus dientes también mutaron, y de repente se hicieron pequeños y afilados.

—Ya ves —dijo Svik mostrando los dientes al sonreír.

Varg retrocedió tambaleándose y chocó con la pared.

—Algún día controlarás a la bestia que corre por tus venas y serás capaz de hacerla aparecer cuando la necesites. Pero aún tienes que recorrer un largo camino —añadió Svik. Hizo crujir los huesos de su cuello y sus ojos recuperaron el color azul y sus dientes volvieron a ser los de antes.

—Esto no puede ser verdad —dijo Varg negando con la cabeza—. Tú y Glornir… corrompidos.

—Es verdad —repuso Svik—. Pero Glornir y yo no somos los únicos. Todos los Hermanos de Sangre estamos tocados por los dioses.

Varg movió los ojos de Svik para mirar a Røkia y después a Einar. Røkia asintió con la cabeza, y Einar giró la cabeza y le sonrió.

—¡Bienvenido, hermano! —exclamó Medio Troll.

—¿Hermano? —musitó Varg.

—Ajá —dijo una voz procedente de la puerta más alejada de la cámara. Era Edel, que estaba de pie junto a la entrada con sus dos perros lobo—. Eres un corrompido, Varg el Insensato. —Sacó un paño de lino manchado de sangre de la bolsa de su cinturón y lo sostuvo en alto—. Lo utilizamos para limpiarte las heridas tras tu pelea con Einar en Liga. El perro Hundur vive en mis venas, y olí el lobo en tu sangre en cuando la derramaste.

—El lobo… —balbuceó Varg.

—Ajá. Ulfrir vive en tus venas —dijo Røkia—. Eres un úlfhéðnar, como yo. —Una sonrisa artera se dibujó en sus labios.

—No —dijo Varg.

—Mira en tu interior —le sugirió Røkia—. Toda tu vida lo has escondido, lo has reprimido, ¿no? Pero siempre ha estado ahí. Un susurro dentro de tu cabeza… Un aullido en tu sangre… Una ferocidad, una niebla roja que te da fuerza y velocidad cuando más las necesitas. —Miró elocuentemente el cadáver de Olvir, con el cuello abierto, y Varg recordó cuando se despertó en la granja de Kolskegg y vio a este y a un puñado de sus hombres libres muertos y sangre por todas partes. Kolskegg tenía el cuello desgarrado—. Sabes que es verdad.

Varg los miró a todos. El mundo daba vueltas dentro de su cabeza, se le revolvía el estómago y tenía dificultades para respirar, como si las paredes lo aplastaran, lo estrujaran y le arrancaran el aire de los pulmones. Se encorvó y vomitó. Se limpió la boca y se alejó dando tumbos, apartó a Edel y salió de la cámara.

Un túnel se bifurcaba, pero él simplemente siguió el camino que tenía delante, tambaleándose. Entró en una cámara más grande y sus pasos resonaron y reverberaron como una bandada de murciélagos. En el centro de la cámara había una enorme piedra plana, hoscamente tallada. Le habían clavado unas grandes cadenas con cuatro grilletes para las muñecas y los tobillos. La piedra estaba llena de agujeros y de arañazos, como el mandil de un herrero. Varg divisó a un puñado de Hermanos de Sangre cerca de la piedra, alrededor de un fuego. Todos levantaron la mano para saludarle.

—Aire —gruñó Varg.

Los guerreros señalaron un túnel y Varg enfiló por él. El camino discurría cuesta arriba. Y entonces vio la luz y salió a la claridad del día, se dejó caer de rodillas y tomó una bocanada de aire fresco. Todavía tenía el cinturón en la mano, con las armas y la bolsa colgadas de él.

«Soy un corrompido. —Sabía que era verdad, pero ese pensamiento era una nube oscura y malvada dentro de su cabeza. No quería creerlo, sentía vergüenza, náuseas, repulsión—. Un corrompido. Menos que un thrall. Solo sirvo para que me persigan, me esclavicen, me utilicen.» Pero sabía que era verdad. Todas las piezas de su vida encajaron y esta cobró sentido, como la llave que encaja en la cerradura.

Levantó la mirada y vio el claro embarrado lleno de Hermanos de Sangre. Ardía un fuego sobre el que colgaba una olla. En otra zona del claro había unos guerreros ensillando y poniendo los arreos a una hilera de caballos. El cuerpo del troll yacía a poca distancia de Varg, donde había caído, pero el resto de los cadáveres se habían trasladado

a un margen del claro y colocado uno al lado de otro: skraeling, guerreros, thrall. Los guerreros habían sido despojados de sus equipos de batalla.

Cerca del fuego había una fila de thrall, a cuya cabeza estaba un hombre con un martillo y un cincel que los liberaba del collar de hierro. Varg reparó en que era Jökul. El herrero vio a Varg y le entregó el martillo y el cincel a otro Hermano de Sangre, enfiló con paso firme hasta el fuego, donde llenó un cuenco con gachas, y se dirigió hacia Varg. Todavía tenía la cabeza vendada.

—Ya te lo han contado —dijo Jökul agachándose al lado de Varg.

Varg gruñó y asintió con la cabeza.

—Ten, tienes pinta de necesitar un buen plato de comida.

Varg se pasó la lengua por la boca. Todavía notaba el sabor de la sangre. No era suya.

El herrero cogió una cantimplora con agua del cinturón y se la pasó.

Varg se enjuagó la boca y escupió. Luego bebió. Le devolvió la botella a Jökul, que empujó el cuenco con gachas hacia él.

—Come. Te ayudará.

Varg olió las gachas y le rugieron las tripas. Se puso a comer.

—Se queda uno de piedra, eso no puede negarse —dijo Jökul—. Aún recuerdo cuando yo descubrí la verdad. Soy un descendiente del tejón Gröfu. —Sacudió la cabeza y se quedó callado un momento. Luego suspiró—. Pero tienes que aceptarlo, y cuanto antes. Tenemos que encontrar a Vol y vengar a Torvik.

Varg miró al herrero y sintió que sus palabras encendían una chispa en su alma.

Svik salió de la cueva acompañado por Edel y Røkia. Vieron a Varg y a Jökul y fueron directamente hacia ellos. Se sentaron alrededor de Varg.

—Anímate —le dijo sonriendo Svik—. Ya sé que seguramente estás celoso y te gustaría descender de Refur el Hermoso como yo, pero no se puede tener todo. —Se encogió de hombros.

Varg le clavó una mirada feroz.

—Todos vosotros me habéis engañado, me lo habéis escondido durante demasiado tiempo.

—Hemos estado observándote de cerca —dijo Edel. Se encogió de hombros—. Tenemos que ser precavidos. Si se descubriera lo que somos seríamos los perseguidos, no los perseguidores. Teníamos que asegurarnos de que podíamos confiar en ti. Si te lo hubiéramos contado y te hubieras ido… —Volvió a encogerse de hombros—. Vigrið no es un lugar seguro para los corrompidos.

—Ser un corrompido no te convierte en un Hermano de Sangre —dijo Svik sin rastro de su sonrisa—. No somos los únicos corrompidos de esta tierra, ni la única escuadra de guerreros de corrompidos. Y no todas son tan… comprensivas como la nuestra. —Se inclinó hacia delante y miró a los ojos a Varg—. Para nosotros no era suficiente saber que eras un corrompido. Necesitábamos averiguar qué clase de hombre eres, aquí. —Clavó un dedo en el pecho de Varg—. Alguien que mantiene un juramento o que lo rompe.

Varg agachó la cabeza y un sentimiento desbordante de vergüenza lo embargó al recordar lo cerca que había estado de aceptar la oferta de Skalk.

«Pero no me fui con él. Estoy aquí.»

—Y ahora lo sabemos —dijo Røkia. Volvió a sonreír, lo que para Varg siempre resultaba desconcertante. No estaba acostumbrado a ver esa expresión en su cara, salvo cuando le había hecho caer de culo o un moratón nuevo.

—Seguro que tienes muchas preguntas —dijo Svik mirándolo fijamente—; intentaremos responderlas todas. Pero antes quiero que escuches lo siguiente: Somos los Hermanos de Sangre. Estamos más unidos que una familia. Somos una hermandad: vivimos y morimos juntos. Aún no has hecho el juramento, pero eres uno de los nuestros. De eso estoy seguro.

Esa era una idea que Varg no alcanzaba a comprender del todo. Durante toda su vida había estado solo, salvo por Frøya. Cada uno de ellos había mantenido encendida la llama de la vida en el corazón del otro. La única familia, el único hogar que tenían, era el otro.

—Pero antes de que empecemos con tus preguntas, tenemos que saber qué pasó con Skalk. Cuéntanos todo lo que sucedió —le pidió Edel.

Varg respiró hondo, arrinconó las preguntas que revoloteaban en su cabeza como las abejas en busca de polen y comenzó a hablar.

—Es todo lo que recuerdo —dijo Varg, y suspiró.

Svik, Røkia, Edel y Jökul permanecieron sentados en silencio.

—Me alegro de que mataras a ese capullo llorón de Olvir —dijo Jökul.

Røkia se levantó y se alejó por el claro cubierto de barro.

Einar salió de la cueva, vio a Varg y a los demás y se acercó a ellos rodeando el cuerpo del troll.

—¡Espero que no fuera pariente tuyo! —gritó Svik al grandullón.

Einar negó con la cabeza.

—Svik solo bromea. En realidad no soy medio troll —dijo mirando a Varg—. Es que tengo los huesos grandes.

—¿Y Glornir? —le preguntó Edel.

—Ha recuperado la cordura —dijo Einar—. Ahora viene.

Svik se levantó y entró en el túnel.

Einar miró a Varg.

—Bueno, Mordedor, ¿te encuentras bien?

Varg miró a Medio Troll sin saber qué responderle.

Røkia regresó. Venía cargada con una cota de malla atada con una cuerda y un yelmo. Cuando llegó al grupo los dejó caer a los pies de Varg.

—Esto es tuyo. Lo has ganado en la batalla con tu sangre y tu valor.

Eran la brynja y el yelmo del hombre de los ojos rojos.

—Estás reuniendo una buena colección desde que vas con los Hermanos de Sangre —comentó Edel. Tiró de la oreja de uno de sus perros y el animal le lamió el brazo.

—Ya lo creo —exclamó Einar—. Creo que te damos buena suerte.

Varg se puso una mano en las costillas, donde el hombre de los ojos rojos le había herido.

—Si esto es lo que consideráis buena suerte, preferiría no averiguar lo que es para vosotros mala suerte —masculló.

—Eso —dijo Røkia señalando los cadáveres desnudos que yacían en el margen del claro, pálidos y con la mirada perdida.

Glornir salió con paso resuelto de la cueva, con el hacha larga y el escudo terciados a la espalda. Svik caminaba a su derecha y le hablaba, mientras que a su izquierda estaba Sulich. El resto de los Hermanos de Sangre que no se encontraban ya en el claro seguían a Glornir. Llevaban puestas las cotas de malla, iban armados hasta los dientes y con el escudo a la espalda.

Glornir llegó a donde estaba Varg y se detuvo. Lo miró. Tenía el borde de los párpados rojos y unos cercos negros alrededor de los ojos. Una vena palpitaba en su sien.

—Así que sabes lo que somos —aseveró Glornir—. Y lo que eres.

—Sí —dijo Varg con un hilo de voz.

—Yo, Glornir Rompeescudos, señor de los Hermanos de Sangre, te invito a unirte a nosotros, Varg el Insensato. A doblar la espalda con nosotros en el banco de los remos, a aguantar con nosotros en el muro de escudos y en la tormenta de la batalla, a beber con nosotros en la sala de hidromiel. ¿Haces el juramento?

Varg se puso en pie y paseó la mirada por los Hermanos de Sangre. Svik, Røkia y todos los demás lo observaban con atención.

—Sí —respondió Varg.

El claro prorrumpió en una ovación.

Glornir desenvainó la espada, miró el acero resplandeciente y se quitó un brazalete del bíceps, un intrincado aro de plata con una cabeza de oso en cada punta. Ensartó el brazalete con la espada y se lo ofreció a Varg.

—Acepta esto. Has de saber que estoy en deuda contigo. Y que eres uno de los nuestros.

Varg se quedó mirando un momento la espada con el brazalete y luego extendió el brazo con la mano abierta. Glornir inclinó la espada y el aro se deslizó por la hoja hasta la palma de la mano de Varg. Este introdujo el brazo izquierdo en el aro y lo apretó para ceñirlo a su bíceps.

Svik esbozó una sonrisa de aprobación.

—Muy pronto pronunciarás las palabras del juramento —dijo Glornir—, pero ahora no hay tiempo. Tenemos que rescatar a mi mujer.

Se elevó otro rugido desde los Hermanos de Sangre, pero esta vez rebosante de rencor y amenaza. Varg unió su voz a la del resto de los guerreros.

«Skalk, los Hermanos de Sangre van a por ti.»

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

ELVAR

Elvar alzó la vista para contemplar los árboles que crecían a su alrededor, un mar infinito de olmos y robles. El cielo encapotado que se extendía encima de ellos era un manto gris y melancólico, cargado de nieve y titilante con los colores apagados del guðljós. Los oscuros árboles parecían centinelas. El silencio reinaba en el bosque; no se oía el canto de los pájaros ni el zumbido o el rumor de los insectos. Solo el silbido del viento gélido que agitaba y hacía crujir las ramas.

De las copas de los árboles colgaban unos cuerpos. Cadáveres antiguos y disecados, con unas cuerdas deshilachadas y apretadas alrededor del cuello. A todos ellos les habían sacado las costillas por un tajo en la espalda de manera que semejaban una sanguinolenta parodia de alas.

—El águila de sangre —musitó Elvar sin despegar los ojos de los cuerpos. Centenares de cadáveres colgaban de los árboles hasta donde la vista alcanzaba a adentrarse en las tinieblas del bosque. El crujido de las cuerdas sonaba como los susurros y los gruñidos de un coro de esqueletos.

—Es el Bosque de la Horca—dijo Uspa.

—Lo podría haber adivinado solo —masculló Sighvat con la mirada alzada y girando lentamente en círculo. Se llevó una mano a la garra de araña del hielo que colgaba de su cuello como si fuera alguna clase de talismán.

Los Terrores de la Batalla se habían agrupado alrededor de la columna de marcha, cuatro carros con sus ponis y cuarenta guerreros en cota de malla. Se habían acercado unos a otros instintivamente mientras atravesaban ese bosque nuevo, con las lanzas prestas y escrutando la penumbra que se extendía entre los árboles. Eso había ocurrido antes incluso de encontrar el primer cadáver.

—Los escaldos lo llaman el mar de los traidores —dijo Kráka—. Es donde Orna respondió a la traición de su hermana Lik-Rifa.

Elvar conocía bien esa saga. Los escaldos la habían cantado en la sala de hidromiel de su padre, y, si era cierto lo que se contaba en ella, esos cadáveres eran descendientes de la dragona, hijos de Lik-Rifa, reunidos y asesinados por Orna, abiertos en canal en respuesta al asesinato de Valkiria, la hija alada de Orna y Ulfrir, perpetrado por Lik-Rifa. A Elvar le vino a la mente la piedra de los juramentos junto a

la que habían acampado durante el viaje de Iskalt a Snakavik. Había visto una imagen de la historia grabada en ella y se había mofado de ella.

«Ahora estamos dentro de las sagas», pensó Elvar.

Agnar avanzó hasta la cabeza de la columna. Llevaba encima todo el equipo de batalla, incluido el yelmo de hierro con los ribetes de bronce abrochado en la cabeza. Tampoco ese día había hablado nadie cuando se despertaron y levantaron el campamento, pero todos habían revisado las armas, se habían puesto la cota de malla (quienes la tuvieran) y abrochado la correa de los yelmos protegiéndoles la cabeza.

—¡Adelante! —ordenó Agnar con una voz fuerte y ronca, pero sonó apagada en aquel bosque y apenas se propagó. Sopesó la lanza y le hizo un gesto a Uspa, que se había adelantado un poco a la columna.

Reanudaron la marcha acompañados por los relinchos de los caballos y los chirridos de las ruedas de los carros.

Elvar estaba en la vanguardia ese día. Agnar cambiaba todos los días la posición de sus guerreros en la columna de marcha, así que Elvar caminaba con Agnar y con Sighvat, con Grend a su izquierda. Biórr también estaba cerca, en compañía del thrall hundur.

Avanzaron en silencio por un camino que atravesaba el bosque en dirección noreste. Los ojos de Elvar escrutaban constantemente a izquierda y a derecha, pues el movimiento de los cadáveres que se balanceaban colgados de las ramas atraía su mirada. Era inquietante. Apretó el paso para ponerse al lado de Agnar.

—¿Lo sientes? —le preguntó.

Agnar le lanzó una mirada. En sus ojos había un brillo de emoción, pero Elvar también alcanzaba a ver un cansancio más profundo en él, casi extenuación. Tenía ojeras, la tez pálida y recorrida de venas rojas y los hombros y la espalda encorvados debajo de la capa de piel de oso.

—Siento algo —respondió Agnar—, aunque no sé lo que es.

—¿La presencia de los dioses? —se preguntó en voz alta Elvar.

—Pero los dioses están muertos —repuso Agnar. Miró alrededor —. O eso espero.

—Ya, pero estamos cerca del lugar donde murieron. Su sangre se derramó en estas tierras, empaparon el suelo que ahora pisamos. Tal vez pervive algo de ellos.

—Eso espero. Sus huesos y su poder, que podemos utilizar o vender —dijo sonriendo a Elvar—. Seremos más ricos de lo que podemos imaginar y nuestra fama se conocerá en toda Vigrið y más

allá.

—Sí —dijo Elvar. La sonrisa y la emoción de Agnar eran contagiosas y desterraron todo el temor y la inquietud que habían estado creciendo en su interior.

Agnar siguió mirándola.

—¿Eres… feliz? —le preguntó titubeando un poco—. Con él. —Lanzó una mirada fugaz a Biórr.

—Sí —respondió Elvar. Se le ensanchó la sonrisa.

—Sonar sí suenas bastante feliz. Vuestros revolcones detrás de los carros no me dejan dormir.

Elvar se ruborizó.

—Me alegra que seas feliz. —Agnar se encogió de hombros—. Y me alegra tenerte aquí, formando parte de los Terrores de la Batalla. Eres una guerrera, de eso no hay duda, pero también una persona que sabe mantener un juramento. Alguien en quien se puede confiar. Y eso es raro en este mundo. —Volvió a mirarla, esta vez sin sonreír, con una expresión seria.

Elvar no supo qué decir. Agnar se limitó a asentir con la cabeza y continuaron caminando en silencio.

Estaban ascendiendo por una suave pendiente y los árboles raleaban a su alrededor. Elvar notó una leve caricia en la mejilla, miró al cielo y vio que estaba empezando a nevar. Uspa caminaba delante de ellos, liderando la columna, y se detuvo cuando coronó la pendiente. Agnar echó a correr hacia ella y se paró a su lado para mirar lo que había al otro lado de la cresta.

—Ahí tienes Oskutreð —dijo Uspa.

A Elvar se le aceleró el corazón y echó a correr. Se detuvo en seco cuando llegó a la cresta y miró.

Ante ella, un vasto valle sin árboles se extendía sinuosamente en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. El ondulante paisaje estaba cubierto de nieve, levantada aquí y allá por un remolino. A lo largo y a lo ancho de la llanura había diseminados unos grandes montículos cubiertos de tierra, musgo y nieve. Elvar advirtió el destello del hierro oxidado y el resplandor de huesos amarillentos. Las ramas retorcidas y ennegrecidas de un árbol, pero más largas y gruesas que un drakkar, también yacían esparcidas por la planicie.

Justo delante de ellos, y situado en el centro de la llanura como si fuera el umbo de hierro de un escudo gigante, se alzaba el tocón de un árbol milenario, más ancho que el fiordo de Snakavik y ennegrecido como si hubiera recibido el impacto de un rayo.

La nieve caía del cielo, delicada y fría como el primer beso del

invierno, y las luces del guðljós titilaban veladas por las nubes. Y detrás de todo eso, o debajo, sonaba un ruido, un rumor sordo (si bien quizá fuera más una sensación que un ruido) que vibraba en los huesos de Elvar.

Se oyeron los gritos ahogados de los Terrores de la Batalla a medida que alcanzaban la cresta y se detenían para contemplar el paisaje, los chirridos de los carros y los relinchos de los caballos.

—Es una saga hecha realidad —dijo con un hilo de voz Sighvat.

Grend permaneció callado al lado de Elvar.

Ilmur y Biórr corrieron un pequeño trecho, ambos sonriendo como si fueran unos niños el día de su onomástica.

Uspa recorrió la llanura con los ojos, con profundas arrugas en el ceño.

—No queda mucho del árbol —dijo Sighvat cuando llegó a su lado.

—Lo quemaron y lo destruyeron en la última batalla —dijo Uspa.

«Esto tiene sentido», pensó Elvar, aunque se había imaginado el Fresno como un árbol de una altura y un grosor inabarcables.

—Adelante —dijo Agnar con los ojos iluminados, enderezando la espalda y sacudiéndose el agotamiento como si fuera una capa que ya no necesita.

Se pusieron en marcha, esta vez con paso ligero, y descendieron la ladera hasta que el terreno se niveló. Elvar miró abajo y se dio cuenta de que lo que cubría el suelo no era nieve sino ceniza. Los copos grises se revolvían y se arremolinaban mientras avanzaban por ellos, se pegaban a las botas de Elvar, que dejaban huellas en un suelo que nadie había pisado en trescientos años. Elvar pasó junto a un centenar de figuras recubiertas de ceniza. El impulso de correr y descubrir lo que había debajo era irreprimible, pero el tocón carbonizado del árbol parecía llamarlos y los arrastraba por la llanura como si la columna de los Terrores de la Batalla fuera un drakkar tirado con un cabo.

Y entonces Elvar divisó un montículo a su derecha, tan grande como una sala de hidromiel, que se extendía sobre el suelo. Una gruesa capa de musgo y ceniza lo cubría, pero un destello atrajo la mirada de Elvar, como el anzuelo en la boca del pez. Se separó de la columna. Grend la llamó y luego la siguió. Elvar se detuvo delante del montículo, clavó la lanza en el suelo y lo recorrió con la mirada hasta que llegó a la parte más alta. La montaña se alzaba muy por encima de ella; era más alta que la sala de hidromiel de su padre en Snakavik e igual de ancha. Enfrente de ella había una abertura muy alta y cubierta de enredaderas. Elvar entró y escrutó la oscuridad. Un olor a

putrefacción le asaltó las fosas nasales y, con él, una sensación de maldad desbocada, de sangre y de brutalidad, tan intensa que se le cortó la respiración. El miedo se apoderó de ella, un miedo real y tangible. Retrocedió para salir a la luz del día, respiró hondo y dejó que la nieve que caía suavemente la purgase.

—¿Lo sientes? —le preguntó a Grend, que estaba a su lado, mirando con cara de pocos amigos la tenebrosa boca que tenían delante.

—Ajá. Violencia, hasta la médula —masculló—. Hace que me tiemblen los huesos y que quiera matar a alguien.

Elvar desenfundó el seax y rascó una sección del musgo y los líquenes que cubrían una viga curva de la abertura, como un hueso de ballena gigantesco y tan larga como dos lanzas. La hoja de Elvar fue retirando lentamente la ceniza, el musgo y las hierbas acumulados durante décadas y dejó a la vista el brillo de algo antiguo y amarilleado.

Elvar retrocedió.

—Es un diente —dijo Grend—. De un lobo, o de un oso, creo.

—Es Ulfrir —farfulló Elvar. Dio un tambaleante paso atrás y miró de nuevo la montaña. Ahora, desde una distancia mayor, podía verlo: el contorno del esqueleto de un lobo gigante tendido sobre un costado, con las patas extendidas y las fauces abiertas en un último aullido o rugido desafiante. El musgo, la hierba y la ceniza lo cubrían como si fuera un nuevo pelaje. Elvar atisbó un resplandor en el suelo y lo tocó con la punta de la bota. Se dio cuenta de que era un trozo de hierro que sobresalía de la tierra. Su curvatura, interrumpida por una fractura que lo había partido, demostraba que era un objeto forjado.

—¿Un eslabón de la cadena de Ulfrir? —dijo Grend con el ceño fruncido.

—Ajá —respondió Elvar, recordando de nuevo la piedra de los juramentos junto a la que habían acampado y la imagen del lobo encadenado, con las fauces abiertas como si aullara mientras los guerreros se arremolinaban a su alrededor y lo atacaban con aceros afilados.

—Aléjate de él —le dijo Grend agarrándola del brazo y arrastrándola de vuelta a la columna de los Terrores de la Batalla. Elvar tropezó y vio en el suelo un destello de hierro oxidado, una espada antigua en la mano de un esqueleto. Grend la sujetó para que no se cayera y la llevó hacia la columna.

—¡Hemos encontrado los huesos de Ulfrir! —soltó Elvar sin poder contenerse, hablando atropelladamente por la emoción y el estupor.

—El Cosechador —repuso Uspa. Se volvió hacia la montaña con

forma de lobo. Sin embargo continuó avanzando por la llanura, guiando a los guerreros a través de los montículos y los terraplenes, hasta que estuvieron cerca del tocón de Oskutreð, el gran árbol.

Agnar levantó un puño y la columna se detuvo. Él se adelantó con Uspa y Sighvat a su lado y Kráka, Ilmur y Biórr a su espalda. Elvar los siguió sin vacilar, con Grend pegada a ella.

Elvar contempló el tocón carbonizado del milenario fresno, ancho como un lago, que se extendía irregular y afilado por el terreno. Los restos del árbol alcanzaban la altura de una sala de hidromiel, lo que equivalía más o menos al doble de la estatura de un hombre. Una mancha verde en el tronco ennegrecido atrajo la mirada de Elvar.

Era savia. En el tronco había brotado un árbol del tamaño de un fresno normal, con las hojas verdes. Vida nueva en el erial de ceniza. Y en el tronco del árbol había grabada la figura de una mujer, con el cabello ondeando al viento, una mandíbula ancha y angulosa y unos ojos sagaces. En la mano tenía un bastón.

Al lado del árbol nuevo había una sección allanada del árbol carbonizado a la que Elvar podría haber subido. Ocupando buena parte de la base, y tan ancha como el salón de los banquetes de su padre, se entreveía el contorno de una gran trampilla, cerrada con un centenar de cerrojos. Mientras la observaba, Elvar advirtió un temblor débil y rítmico en la puerta, como unas palpitaciones, como si el árbol tuviera un corazón que latía en las profundidades del suelo.

El grupo se acercó un poco más, en la dirección del árbol vivo. Rodeó lo que parecían unas enormes ramas destrozadas y Uspa se detuvo delante de la última que se interponía entre ellos y el tocón. Elvar se unió al pequeño grupo mientras sus miembros la observaban.

Elvar se quedó perpleja cuando se dio cuenta de qué era realmente lo que estaban mirando.

No era sino la cabeza de un gigante, muchísimo más grande que la cabeza de Hrung en la sala de hidromiel de su padre. Y parecía tallada en madera. Estaba seca y oscura como el carbón. Una gruesa capa de ceniza rellenaba los orificios de los ojos y de la boca, que estaba abierta como si chillara. Lo que Elvar había tomado por ramas eran en realidad el cuerpo y las extremidades del gigante, destrozados y quemados, retorcidos, con las manos y los dedos arañando el suelo.

—Es Aska, mi madre, la froa de Oskutreð —dijo una voz que sonó como el crujido de las ramas y el rumor de las hojas.

Elvar y los demás se sobresaltaron y miraron a su alrededor deslizando la mano a las armas.

Uspa fue quien primero la vio.

La mujer grabada en el árbol se movía. Se oyó un crujido de

corteza, un ruido de madera que se parte, y la mujer salió del tronco. Se quedó parada un momento y se estiró. Una serie de crujidos salieron de sus extremidades; ladeó la cabeza y sonó otro crujido.

—Estoy esperándoos desde hace mucho tiempo —murmuró. Enfiló hacia ellos. Su cabello se arremolinó en torno a sus hombros como raíces mientras daba pasos cautos por la ceniza. Elvar y los demás la observaban con los ojos como platos. Sighvat sopesaba su hacha barbuda.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Uspa.

—Soy Vörn Askasdottir, el espíritu froa y la nueva guardiana de Oskutreð —respondió la mujer.

Ahora que se había acercado, Elvar reparó en que era muy alta, más incluso que Sighvat. Su piel era gris como el tronco del fresno y unas estrías granuladas la recorrían como si fueran venas. Tenía los brazos y las piernas recubiertos de corteza y el torso amarillento por el liquen.

—¿Y quiénes sois vosotros que habéis venido a perturbar mi sueño? —preguntó deteniéndose a una docena de pasos de los guerreros y mirándolos intensamente, con la cabeza ladeada y unos ojos penetrantes. Su mirada se posó en Elvar, que dio un paso atrás; había sentido como si ramas y hojas le tocaran la piel—. La sangre de los dioses se ha debilitado en un tiempo muy breve —continuó. Su cuerpo tembló cuando inspiró hondo. Sus pies descalzos se retorcieron en el suelo y los dedos se hundieron en la tierra como si fueran raíces —. Aunque aún viven, tenues como un susurro, en las venas de algunos de vosotros. El perro Hundur, Snaka y Orna. También Rotta.

«¿Rotta?», pensó Elvar.

Vörn dio otro paso hacia ellos con una expresión de orgullo y de fuerza en el rostro.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó con una nota de amenaza en la voz.

Agnar se adelantó.

—Para ver Oskutreð y la Llanura de la Batalla —respondió el líder de los Terrores de la Batalla—. En el nuevo mundo se aprecian los restos de los dioses. Son valiosos. Queremos llevarnos algunos.

Vörn resopló y una mueca de desprecio le torció los labios cubiertos de corteza.

—Así que sois unos cuervos carroñeros que habéis venido a picotear a los muertos. —Asintió para sí y luego agitó el bastón—. Qué decepción. Había esperado algo… más. Da igual. Coged lo que queráis, pero no podéis acercaros al árbol muerto. Ninguna mano puede tocarlo, ningún pie puede caminar por él.

Sighvat gruñó y dio un paso al frente.

—Hemos cruzado el puente de Isbrún y luchado contra un enjambre de vaesen —espetó—. Y ahora que por fin estamos aquí no pienso permitir que una rama parlante me diga lo que puedo o no puedo hacer.

—No des un paso más —le advirtió Vörn levantando una mano y agitando hacia él un dedo largo que semejaba una rama, como una madre que regañara a su hijo.

Sighvat levantó el hacha e intentó golpearla. Sighvat era alto, ancho de espaldas y tenía una gran barriga, pero se movía con una velocidad que nadie creería posible viéndolo. Su hacha cortó el aire convertida en una mancha borrosa directamente hacia la cabeza de Vörn.

Una palabra susurrada, un movimiento imperceptible, y el hacha de Sighvat chocó con el bastón de Vörn, en el que se incrustó. Vörn sujetaba el bastón con las dos manos y en sus ojos relumbraba un fuego verde.

Sighvat tiró del hacha para extraerla, pero estaba atascada en el bastón.

Con un giro de muñecas, Vörn le arrancó el hacha de las manos y le golpeó en la cabeza con el bastón. El guerrero se desplomó como si fuera un toro abatido y quedó tendido en el suelo, gruñendo y sangrando. Se movió y trató de girar el cuerpo.

—*Rætur, sinum jarðarinnar, vaxa og binda þennan feita mann* —entonó con voz queda Vörn.

El suelo comenzó a temblar alrededor de Sighvat, se onduló y se removió como si un centenar de serpientes estuvieran deslizándose y cavando agujeros debajo de él. Unas plantas trepadoras brotaron de la ceniza que cubría la tierra y envolvieron el cuerpo del guerrero; se ciñeron a él como si fueran ligaduras hasta inmovilizarlo.

—No me gustan las hachas —dijo Vörn mirando con ferocidad a Sighvat—. Ni los gordos que las empuñan.

Las plantas estrujaron el cuerpo de Sighvat y este gruñó.

Vörn miró entonces a Agnar y los demás.

—¿Quién más desea tocar el suelo sagrado de Oskutreð? —preguntó con un susurro.

Nadie se movió.

—¿Lo liberarás si te juro que no pondremos los pies en ese árbol? —preguntó Agnar agachándose al lado de Sighvat y poniéndole una mano en el pecho.

Sighvat gruñó de nuevo y miró con los ojos desorbitados a Agnar.

—Esto no me gusta, jefe —dijo con la voz ronca el guerrero.

Agnar le dio unas palmadas en la barriga cubierta de plantas.

—Cuando os preparéis para marcharos y hayáis cumplido vuestra palabra soltaré a este gusano gordo —respondió Vörn.

—Está bien —dijo Agnar poniéndose de pie y apartándose de Sighvat—. De todas maneras no queremos nada del árbol. ¿Qué íbamos a hacer con los restos de un árbol muerto? —Hizo una pausa y miró a Vörn—. ¿Por qué sigues custodiándolo? ¿Qué hay que proteger aparte de la ceniza?

Vörn no le respondió.

El rumor lejano sonó más fuerte. Los cerrojos de la trampilla que había en el tocón traquetearon y se alzaron pequeñas nubes de ceniza.

—¿Qué hay ahí abajo, en las entrañas de Oskutreð? —preguntó Agnar.

Kráka se adelantó.

—Es Lik-Rifa —dijo con la voz quebrada—. Las sagas son ciertas. La dragona continúa encerrada en las raíces de Oskutreð.

—¡Claro que son ciertas! —exclamó Vörn mirándolos con desdén—. Y os juro que para poner vuestras manos en Oskutreð tendréis que pasar por encima de mi tronco muerto y astillado. Y no os lo pondré fácil. Y aun en el caso de que me derrotarais y me destruyerais, tendríais que enfrentaros a las tres hermanas. Os advierto que no les hará gracia que la puerta se abra.

—¿Las tres hermanas? —preguntó Elvar con un cosquilleo en todo el cuerpo. El miedo descendió por su espalda al imaginarse a Lik-Rifa, la diosa dragona, la descuartizadora de cadáveres, encerrada en una celda situada justo debajo de sus pies.

—Ajá. Urd, Verdani y Skuld, las hijas de Orna y de Ulfrir, las carceleras de la dragona.

—Eso no suena bien —balbuceó Sighvat desde su calabozo de plantas.

—Tienes mi palabra —prometió Agnar—. Ningún miembro de mi escuadra se acercará al árbol muerto. Vamos —dijo a los guerreros que estaban con él. Dio media vuelta y añadió elevando la voz—: Hagamos aquello para lo que hemos venido y busquemos las reliquias que nos convertirán en los protagonistas de nuestra propia saga.

Los Terrores de la Batalla prorrumpieron en un grito jubiloso y descargaron los carros. Cogieron palas, hachas, sábanas de lino cosidas y palos y se pusieron a excavar los montículos diseminados por la llanura. Las exclamaciones y los gritos resonaban a medida que desenterraban reliquias, huesos y armas, armaduras y joyas, que iban apilando, envolviendo en las sábanas de lino y cargando en los carros.

Elvar y Grend se pusieron manos a la obra y excavaron un

montículo próximo a la cabeza de Aska, la froa muerta. Desenterraron los esqueletos de dos personas abrazadas en la muerte y Elvar se fijó en que los dientes de una de ellas eran largos y afilados. En las manos tenían seax de acero, en cuyas empuñaduras brillaban el oro y la plata. Elvar le dio un golpecito a Grend para enseñárselo y vio que el veterano guerrero había soltado la pala y miraba fijamente un punto en la distancia, en la dirección de la que habían venido. Elvar se irguió y miró con él.

A través de la nieve divisó unas figuras que salían del bosque que cubría la ladera: gente a caballo y carros, muchos carros.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó Vörn, de pie junto al cuerpo aprisionado de Sighvat—. En trescientos años que llevo esperando no viene nadie y de repente aparecéis todos a la vez.

Elvar dejó caer la pala. Las figuras que descendían por la ladera en dirección a ellos portaban unos escudos grises con unas negras alas de cuervo pintadas en su superficie.

Ilska la Cruel había llegado.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

ORKA

Orka cabalgaba por un sendero estrecho, con una escarpada pendiente a su derecha. Abajo, las espumosas aguas de la cabecera del río Drammur se precipitaban rugiendo por una angosta lengua de rocas. Orka podía ver a lo lejos el valle del paso de Grimholt, incrustado entre las escabrosas laderas de las Dorsales, cuyos picos parecían alcanzar el cielo. Orka alcanzaba a distinguir el muro construido a lo ancho del valle, apenas una mancha oscura en la distancia, y detrás de él, una casa y una torre erigidas sobre un afloramiento rocoso. Desde la fortaleza ascendían al radiante cielo estival unas delgadas columnas de humo. Detrás de Orka las piedras se movieron y cayeron por la pendiente, y la montura de Leif relinchó al deslizarse por el pedregal, pero la yegua recuperó el equilibrio por sí misma.

El sendero se alejó del río para ascender por una pronunciada pendiente cubierta de pedregal. Lugo se niveló y Orka se vio obligada a agachar la cabeza para evitar las ramas cuando volvió a discurrir a través de un pinar. Se oyó un estrépito de caída de piedras cuando Lif y Mord espolearon a sus caballos para subir la pendiente y por fin se reunieron todos en el bosque.

—¿Aquello era Grimholt? —preguntó Lif espoleando a su caballo para situarse al lado de Orka.

—Ajá —respondió Orka.

Lif asintió con la cabeza y tragó saliva.

Ella también lo sentía. Se acercaba el momento de ajustar cuentas. La escarcha centelleaba en el suelo y Orka vio un hilo grueso y largo de telaraña, recubierto de hielo y brillante como un rayo de sol, en las ramas que se extendían sobre sus cabezas.

—Estad atentos —dijo Orka escrutando las copas de los árboles.

—¿A qué? —preguntó Mord situándose al otro lado de Orka.

—Arañas del hielo.

—Por el culo peludo de Berser —masculló Mord, girando la cabeza en una docena de direcciones diferentes intentando mirar a toda partes a la vez.

—A Mord no le gustan las arañas —susurró Lif inclinándose hacia Orka.

Orka esbozó media sonrisa mientras cabalgaban por las montañas.

Orka se agazapó detrás de una roca y observó Grimholt.

Se encontraba en el borde de un precipicio, una escarpada pendiente cubierta de pinos que descendía hasta el río Drammur, que discurría unos cincuenta o sesenta pasos por debajo de ella. Al norte se alzaba Grimholt, en el interior de una muralla de madera que cruzaba el valle fluvial, más alta que tres hombres, fijada a las paredes de los barrancos entre los que se extendía el valle. Había una puerta cerrada y se veían hombres y mujeres armados patrullando por el adarve de la empalizada. Las cotas de malla y los yelmos brillaban a la luz del sol. Al otro lado de la muralla había un espacio abierto que semejaba un patio, rodeado de construcciones: establos, graneros, una herrería, barracones, gallineros y corrales. En la cima de una pequeña colina se alzaba una casa de gruesas paredes de madera y con el tejado cubierto de hierba, del que salía una columna de humo. Detrás de ella estaba la torre que abrazaba la pared del barranco, lo suficientemente alta como para otear todo el valle, tanto al norte como al sur.

Más allá de la casa, al norte, otra empalizada cruzaba de lado a lado el valle, aparentemente idéntica a la del sur. También se divisaban unas figuras encima de ella. Un fuego humeaba y brillaba en un brasero en el interior de la entrada, rodeado por unas figuras que se calentaban con él.

El río discurría impetuoso por el valle, pero se había excavado un canal con forma de herradura que lo desviaba de su cauce natural. Era evidente que se había hecho con la intención de que los barcos de remos pudieran llegar cerca de la casa, pues desde el patio partía un embarcadero que se adentraba en el río. En ese momento había dos snekkar amarrados en el muelle y una embarcación comercial de fondo plano.

—¿Y ahora qué? —susurró Mord al lado de Orka.

Orka murmuraba algo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó Mord.

—Cuento dieciséis guerreros —dijo Orka—. En las empalizadas y en el patio. Probablemente haya más en la casa, o fuera de servicio. A ellos hay que sumar los thrall y los artesanos. Y sus familias. Y Drekr y sus hombres.

«Si es que sigue aquí —pensó Orka—. Podría llevarnos cinco o seis días de ventaja por culpa del rodeo que hemos tenido que dar.»

—Por lo menos debe haber cuarenta personas —susurró para sí Orka.

«Yo sola no puedo matar a tantos.»

—¿Y bien? —insistió Mord—. ¿Qué hacemos ahora?

—Es demasiada gente para llevar a cabo mi plan inicial, que era entrar y matar a todo el mundo salvo a una persona.

—Estoy empezando a pensar que ese es siempre tu plan inicial —dijo Mord negando con la cabeza—. Es lo que hiciste en Fellur cuando entraste en la cámara de la jarl Sigrún, y luego en la taberna de Darl.

Orka se encogió de hombros.

—Es el plan que me gusta.

—Pues no rebosa ingenio —señaló Mord.

—Ya —reconoció Orka—. Y es ingenio lo que necesitamos. Seguiremos observando un rato, a ver si vemos algún indicio de Drekr. Algún niño. Vamos a esperar. Quizá entremos mientras duermen.

—¿Cómo? —musitó Lif sin despegar los ojos de la fortaleza.

—Saltando la empalizada, o nadando por el río. —Orka se encogió de hombros—. Eso o tendremos que hacerles salir a estos bosques para diezmar un poco sus filas.

—¿Y cómo lo haríamos? —quiso saber Lif.

—Con alguna distracción —murmuró Orka. Frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Mord.

—Escuchad —dijo Orka.

Un sonido lejano se filtraba a través de los árboles que tenían a su espalda.

—¿Qué es eso? —inquirió Lif.

Era un sonido ronco y áspero, como de una bandada de cuervos incordiados que echaban a volar graznando. Sin embargo, a Orka le pareció distinguir unas palabras en aquel rumor.

«No te distraigas —se dijo—. Tienes otras cosas de las que preocuparte. Grimholt. Drekr.»

El volumen del ruido aumentó.

Orka fijó la mirada en la puerta de Grimholt. Si lo oían en la fortaleza, enviarían a alguien para que lo investigara.

El volumen seguía aumentando.

Orka hizo rechinar los dientes y gruñó. Se alejó furtivamente del borde del barranco para regresar al resguardo del bosque. Cogió la lanza, que había dejado apoyada contra un árbol junto a *Trúr*. El castrado relinchó y Orka le dio unas palmadas en el cuello. Luego se adentró en el bosque siguiendo el ruido.

—¿Adónde vas? —gritó Mord a su espalda.

—A matar a todo aquel que salga de Grimholt para investigar el ruido.

Lif y Mord la siguieron, este último maldiciendo entre dientes.

Orka tuvo que agacharse para pasar por debajo de las ramas cuando el bosque se tornó más denso y notó un roce en la cara, un hormigueo que le recorrió la mejilla. Miró arriba y descubrió una telaraña de una araña de hielo. Giró escudriñando las ramas que había sobre su cabeza, pero estaban vacías. Cambió la posición de la mano en la lanza y continuó caminando.

El terreno descendía suavemente mientras Orka atravesaba el bosque en dirección norte. Una voz dentro de su cabeza le dijo que estaba acercándose a Grimholt y al sendero que discurría hacia el oeste que había visto desde el barranco. Atisbó más hilos de telaraña en los árboles, más gruesos y entrecruzados, que hacían danzar la luz del sol en haces fragmentados. El ruido era ahora ensordecedor, un estruendo de ramas que se agitaban y se partían. A medida que se internaba en el bosque, una palabra en medio de aquel fragor comenzó a distinguirse nítidamente:

—¡SOCORRO! —La voz rebosaba terror y repetía la palabra una y otra vez.

—Orka —susurró Mord. Orka se volvió y vio el miedo en sus ojos —. Parece… peligroso.

—Estamos en Vigrið —respondió ella—. La vida es peligrosa —añadió, y siguió caminando.

Oyó las voces de Mord y de Lif detrás de ella. Tuvo la impresión de que los hermanos estaban discutiendo, pero no les prestó atención. Un momento después oyó sus pasos siguiéndola.

El ruido sonaba cercano: ramas partiéndose, chillidos humanos, un estruendo como si hubiera una tormenta dentro del bosque. Y otros sonidos: un rumor de patitas correteando que resonaba en las ramas de los árboles. Allí estaba más oscuro y las copas de los árboles estaban llenas de telarañas gruesas como la muñeca de Orka.

Orka señaló unos troncos y unos arbustos para que Mord y Lif se escondieran detrás de ellos, luego rodeó un árbol y se quedó paralizada. Necesitó un momento para que sus ojos comprendieran lo que estaban mirando.

Delante de ella había un claro moteado por la luz del sol que se filtraba a través de las ramas de los escasos árboles. En el suelo yacía un alce muerto, rodeado de moscas, con un tajo en el estómago y las entrañas a la vista.

Encima del animal, en las copas de los árboles, había un ave con las plumas negras, tan grande como un caballo, revolviéndose y chillando con las alas y el cuerpo atrapados en los hilos de una telaraña. Cuanto más se movía, más se enredaba en la telaraña, doblando ramas hasta casi partirlas y provocando una cascada de

hojas de pino. Sus plumas negras caían lentamente de los árboles como si fueran hojas secas.

En los árboles acechaban numerosas arañas del hielo del tamaño de un jabalí, con los ojos brillantes y unos colmillos que parecían carámbanos recubiertos de veneno. Aguardaban. Ninguna de ellas era lo bastante valiente para arriesgarse a acercarse a las garras y el pico del cuervo, aún.

Y entonces una de las arañas se movió. Era una criatura con un cuerpo voluminoso recubierto por una costra de hielo, patas largas y delgadas, ojos brillantes y colmillos que goteaban veneno. La criatura correteó por un hilo de la telaraña que envolvía una de las garras del cuervo.

—¡SOCORRO! —graznó el cuervo atrapado, tan fuerte que su voz hizo temblar las ramas y vibrar el pecho de Orka.

De repente se oyó un ruido de ramas que se partían y se produjo un alud de hojas desde las copas de los pinos cuando otra figura negra atravesó los árboles. Era otro cuervo, tan grande como *Trúr*, que graznaba y batía las alas para dirigirse hacia la araña que correteaba por el hilo. El pájaro alargó una garra para capturar a la araña y sus uñas perforaron y desgarraron el abdomen abultado de su presa. Se produjo una explosión de un fluido blanco y viscoso similar al moco que roció el suelo del bosque.

El cuervo dejó caer los trozos de araña que quedaban en su garra y se puso a picotear y a desgarrar la telaraña que atrapaba a su compañero mientras este agitaba las alas y chillaba.

—¡DEJA LAS ALAS QUIETAS, IDIOTA! —graznó el cuervo que acababa de aparecer.

—¡ESTOY ATRAPADO, ESTOY ATRAPADO, ESTOY ATRAPADO! —replicó el cuervo enredado en la telaraña.

—¡YA LO SÉ, YA LO SÉ, YA LO SÉ! —le respondió el otro.

Las arañas se movieron por las copas de los árboles, como si estos hubieran cobrado vida. Una de ellas correteó por una rama que pasaba por encima del cuervo libre, que batía las alas, en parte suspendido en el aire y en parte agarrado con las uñas a las ramas, mientas arrancaba la telaraña que envolvía a su compañero. La araña se dejó caer sobre el cuervo suspendida de un hilo.

Orka notó en los músculos el espasmo del impulso de actuar, de ayudar.

«Estamos en Vigrið —pensó—, un mundo de dientes y garras, donde la vida es una batalla. La naturaleza debe seguir su curso.»

Un recuerdo se coló en sus pensamientos, de su última noche con Breca, cuando le vio rescatar una polilla de una araña. Entonces le

había dicho algo parecido. «No es una buena muerte», le había respondido él mientras la araña se dirigía hacia la polilla, mirándola con ojos suplicantes.

Orka no se lo pensó dos veces y dio un paso adelante, colocó los pies en el suelo y arrojó la lanza, que voló recta y firme, atravesó la cabeza de la araña y salió por el lado opuesto. Se produjo una explosión de fluidos y la criatura cayó como una piedra, con las patas dobladas.

Todas las arañas que estaban en los árboles se quedaron quietas y una multitud de ojos brillantes se volvieron bruscamente hacia Orka.

Mord salió de su escondrijo y se puso a su lado con la lanza levantada. Lif también se adelantó y se colocó a la derecha de Orka.

Incluso el cuervo recién llegado paró de desgarrar la telaraña para mirarlos con un ojo brillante y demasiado inteligente.

Las arañas bufaron y se pusieron en movimiento convertidas en un oscuro manto de patas con múltiples articulaciones.

—¿En qué lío nos has metido? —dijo Mord con la voz temblorosa por el miedo—. Creía que íbamos a esperar para tender una emboscada a los guerreros de Grimholt.

—Todos los planes se tuercen —gruñó Orka—. Daos prisa y aún estaremos a tiempo de ocuparnos de los exploradores de Grimholt. —Miró las arañas del hielo—. Sobre todo evitad que os muerdan —añadió.

—Ese consejo sobra —repuso Mord.

—¿Qué pasa si nos muerde una? —preguntó Lif tragando saliva.

—Se te helará la sangre y circulará más despacio por tus venas —explicó Orka—, hasta que llegará un momento en que no podrás moverte. Entonces te harán un agujero para absorber la sangre helada como si tu cuerpo fuera un cuerno lleno de hielo picado e hidromiel.

Lif se estremeció.

—Entonces, ¿el veneno no es mortal? —preguntó con los dientes apretados Mord.

—Normalmente no —respondió Orka con los ojos fijos en la araña más cercana—. A menos que te inoculen una gran cantidad. Una vez vi a un hombre al que se le partió la mano por la muñeca porque su sangre se había congelado.

—Eso no me anima —farfulló Mord.

—Usad la lanza para impedir que se acerquen —murmuró Orka—. No seáis tan idiotas como para arrojarla —añadió. «Como he hecho yo.»

Orka desenfundó un seax y un hacha y afirmó los pies en el suelo.

Oyó un bufido encima de su cabeza y miró arriba. Una araña se precipitaba hacia ella colgada de un hilo que salía de su cuerpo.

La lanza de Mord se hundió en la boca abierta de la criatura y la de Lif le perforó la cabeza. De las heridas salió un chorro viscoso cuando los hermanos extrajeron las lanzas y la araña cayó al suelo retorciéndose.

El cuervo que había estado desgarrando la telaraña que atrapaba a su compañero reanudó su tarea y el otro cuervo liberó un ala. Una araña se dejó caer sobre su cabeza, pero el cuervo que estaba libre la apresó con el pico y la lanzó por el aire. La criatura acabó espachurrada contra el tronco de un árbol.

Se oyó un estrépito cuando un grupo de arañas se dejó caer al suelo alrededor de Orka y de los hermanos. Eran tres o cuatro, con las patas delanteras levantadas y mostrándoles los colmillos. Lif se puso delante de Mord de un salto y arremetió con la lanza, pero otras dos arañas se abalanzaron sobre Lif agitando las patas delanteras y lo derribaron. Mord gritó y asestó una lanzada, y Orka se acercó, cercenó una pata con el seax y hundió el hacha en un puñado de ojos. La criatura se derrumbó agitándose y bufando.

Lif profirió un grito. Tenía una rodilla hincada en el suelo e intentaba levantarse con una araña en la espalda que le había clavado los colmillos en el hombro. Mord lanzó un chillido que terminó con una nota aguda, pero estaba ocupado defendiéndose con la lanza de dos arañas que lo acorralaban y le bufaban. Lif se derrumbó en el suelo con los ojos desorbitados y los brazos y las piernas azules y rígidos y comenzó a temblar violentamente. Le castañeaban los dientes y una baba escarchada caía de su boca abierta. Orka se lanzó como un rayo hacia él y tajó el abdomen de la araña que seguía instalada en la espalda de Lif. La criatura sacudió las patas y cayó al suelo bufando y espumajeando por la boca mientras manaba un fluido espeso como una sopa de la herida infligida por Orka.

Entonces algo golpeó la espalda de Orka y la tiró al suelo. Seguía empuñando las armas e intentó darse la vuelta, pero un peso aplastante la inmovilizaba contra el suelo. En torno a ella flotaba un repugnante hedor a muerte, a descomposición, a putrefacción. Orka se revolvió y golpeó a ciegas con las armas. Notó que el seax se clavaba en algo y sintió un bufido maligno en el oído y algo húmedo y frío como el hielo que se derrumbaba sobre su mejilla. Atisbó un enorme colmillo curvo de cuya punta goteaba un veneno verde claro y muchos, muchísimos ojos.

Y entonces la araña y el peso que la aplastaba desaparecieron y Orka pudo darse la vuelta y levantarse del suelo.

Uno de los cuervos batía las alas encima de Orka, con la araña apresada en las garras y agitando frenéticamente sus numerosas patas. Mientras Orka miraba, las uñas del cuervo estrujaron la araña y se produjo una explosión de piel, cartílago y fluido. El otro cuervo ya estaba libre y voló hacia las arañas que rodeaban a Lif, les desgarró la espalda y sus uñas dejaron una estela de una sustancia densa y viscosa.

—MUCHAS GRACIAS, MUCHAS GRACIAS —graznó el cuervo a Orka. Y después las dos aves batieron las alas y se elevaron hacia el cielo atravesando las copas de los pinos y provocando una explosión de hojas de pino y de luz del sol.

Aún había un puñado de arañas moviéndose en los árboles y dos en el suelo. Mord estaba de pie junto a su hermano, con una expresión frenética en los ojos, amagando con arrojar la lanza que empuñaba con la mano temblorosa a la primera araña que se moviera.

Orka oyó gritos en el bosque y vislumbró unas figuras entre los árboles.

—Mierda —masculló—. Tenemos que largarnos de aquí —espetó mirando a Mord.

—Esa es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo —replicó Mord con la voz temblorosa al mismo tiempo que ensartaba con la lanza una araña que correteaba hacia él—. ¿Y mi hermano? ¿Vivirá?

—Si nos quedamos aquí no —respondió Orka.

Se oyó un bufido, un ruido como de agua rociada, y Orka alzó la mirada. Encima de ella había una araña colgada de la copa de los árboles, tejiendo una telaraña entre las patas. Orka lanzó un grito de advertencia y se apartó de un salto. La araña dejó caer la telaraña, que se precipitó por el aire para cubrirlos.

La telaraña rozó una pierna de Orka y se adhirió a ella como si fuera brea de pino para calafatear el casco de un barco. Orka cayó al suelo y arremetió contra la telaraña con las armas hasta que consiguió cortarla, si bien algunos trozos se quedaron pegados a su pantorrilla y le quemó y le entumeció la pierna a pesar de los pantalones. Mord se tambaleaba con un brazo y una pierna recubiertos de telaraña mientras agitaba la lanza sobre el cuerpo de su hermano, que se retorcía en el suelo. Mord gritó. Las arañas corrían hacia él.

Orka oyó un ruido de cascos de caballos en el suelo cubierto de hojas de pino. Cada vez sonaba más cercano y de repente dos jinetes irrumpieron en el claro, un hombre alto y rubio con un nudoso bastón de madera de fresno en la mano y una mujer en cota de malla. Ella llevaba las riendas de un tercer caballo que cargaba un cuerpo inconsciente y tapado tendido sobre la silla de montar y un gran baúl

sujeto con correas.

Orka sentía unas palpitaciones en la cabeza, como los latidos de un segundo corazón.

La mujer se llevó un cuerno a los labios y la nota que tocó resonó entre los árboles.

El hombre rubio paseó brevemente la mirada por el claro. Después desenfundó un pequeño seax, se hizo una incisión en la mano y aferró el bastón. Esperó a que la sangre se deslizara entre sus dedos y llegara a la madera. Entonces levantó el bastón en el aire y dijo voz en grito:

—*¡Starfsfólk valds, forn aska, brenna þessa frostköngulær, þessar fölsku álfar!*

Unas llamas brotaron en la punta del bastón como si fuera una antorcha, y el hombre rubio espoleó su montura empuñando el bastón como si fuera una lanza. La primera araña tembló y se agitó en cuanto la tocaron las llamas, y las venas azules que recorrían su abdomen se volvieron de color naranja y luego rojas; la piel de su espalda comenzó a llenarse de ampollas y a derretirse y se produjo una erupción de llamas. La araña chillaba y bufaba mientras agonizaba.

Orka corrió hacia Mord, cojeando a causa de la pierna entumecida y tocada por el hielo. El joven se dio la vuelta bruscamente y la apuntó con la lanza.

—¡Vamos! —le apremió Orka enfundando el seax y tratando de acercarse a Lif para levantarlo y echárselo a los hombros. Mord la miró un momento con los ojos desorbitados—. Mord, tenemos que irnos —le dijo intentando mantener un tono calmado, como si eso bastara para arrancarle el miedo y el pánico de las venas a Mord.

«Está aterrado. Aun así ha luchado y se ha quedado al lado de su hermano.»

Mord respiró hondo con el pecho tembloroso y bajó la lanza.

Orka se agachó y cogió en brazos a Lif, se lo puso sobre los hombros y se dio la vuelta para correr.

Pero entonces salieron unas figuras de los árboles: una mujer vestida con lana y cuero acompañada por un perro y unos guerreros detrás de ella, algunos en cota de malla. Mord levantó la lanza y atacó a un guerrero. La moharra subió deslizándose por el pecho del guerrero y se hundió en su cuello. El guerrero se balanceó haciendo un ruido de gárgaras y se desplomó. Mord se quedó quieto, observando al resto de los guerreros mientras entraban en el claro y se desplegaban en torno a él.

Orka sopesó el hacha y gruñó antes de moverse para abrir una brecha entre los guerreros que rodeaban a Mord. Sin embargo oyó un

ruido de cascos a su espalda y se dio la vuelta. El jinete rubio cargaba hacia ella con el bastón levantado. El impacto que recibió en la cabeza la puso a girar y el cuerpo de Lif salió disparado de sus hombros. El suelo acudió rápidamente al encuentro de Orka.

CAPÍTULO CINCUENTA

ELVAR

Elvar sacudió los hombros para pasarse el escudo adelante y lo sopesó. En torno a ella, todos los Terrores de la Batalla hicieron lo mismo mientras los Alimentadores de Cuervos de Ilska se precipitaban desde la cresta.

—¡Conmigo! —bramó Agnar.

Los guerreros se pusieron en movimiento, revisaron las armas y se abrocharon la correa de los cascos. Elvar se fijó en que Agnar estudiaba el terreno. Luego bramó unas órdenes y los guerreros subieron de un salto a los bancos de los carros y sacudieron fustas y riendas para cambiar la posición de los vehículos.

—¡AQUÍ, CONMIGO! —gritó Agnar colocándose entre los carros y la montaña que Elvar creía que era el lobo Ulfrir.

Los Terrores de la Batalla se desplegaron detrás de su líder formando dos líneas de una veintena de guerreros, con Agnar en el centro de la primera fila. Elvar se abrió paso para colocarse al lado de Agnar y Grend ocupó su posición junto a ella, sosteniendo el escudo con indiferencia. Elvar vio a Huld y a Sólín en la primera fila, empuñando una espada y un seax largo, y notó en el hombro la mano de Biórr, que se había puesto detrás de ella. Echó un vistazo atrás y le sonrió, aunque el guerrero estaba serio y la mezcla de miedo y de ira que expresaban sus ojos delataba la inminencia de la batalla. La lanza temblaba en su mano. Los guerreros con hachas largas y lanzas formaban la segunda fila, donde tenían más espacio para ensartar y asestar golpes al enemigo por encima de las cabezas de los compañeros que ocupaban la primera.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó a voz en grito Sighvat, revolviéndose en la maraña de plantas que lo apresaban y tratando de girar la cabeza.

Agnar se desabrochó la capa de piel de oso, la dobló sobre el brazo y fue hasta el carro más cercano para depositarla cuidadosamente en el banco. Después regresó al centro de la línea.

Elvar oyó que Vörn se movía detrás de sus filas, con el rumor de hojas y el crujido de ramas que tanto la inquietaban. El espíritu froa estaba subiendo a la cabeza de su madre muerta.

—¿Una batalla? Excelente —dijo Vörn mientras se sentaba y se ponía cómoda en su posición elevada—. No tenéis ni idea de lo

aburridos que han sido los últimos trescientos años.

—¡Una batalla! —exclamó Sighvat—. ¡Deja que me levante! —suplicó revolviéndose, retorciéndose y contorsionándose.

—¡Cállate, gordo! —espetó Vörn desde su atalaya. Pronunció una palabra entre dientes y una planta se deslizó por encima de su boca y lo amordazó.

Ilska y sus guerreros ya estaban cerca. Los Terrores de la Batalla aguardaban en silencio mientras el enemigo recorría la llanura de ceniza y huesos a través de la nieve. Quince jinetes cabalgaban a la cabeza, todos ellos enfundados en brillantes brynja ungidas con aceite y el cabello negro como los cuervos. Alrededor de sesenta guerreros venían detrás, seguidos por una docena de carros, con más guerreros sentados en los bancos y unas telas de lino extendidas sobre las plataformas para ocultar lo que transportaban.

Ilska encabezaba el contingente, con su cabello negro agitado por el viento, como su estandarte con las alas de cuervo. Llevaba puesta una magnífica brynja y empuñaba una lanza. La espada y el yelmo colgaban de su cinturón y de sus hombros caía una capa oscura, sobre la que portaba un escudo redondo terciado a la espalda. La flanqueaban dos hombres, ambos en cota de malla y con el pelo oscuro, como el de Ilska, con la que guardaban cierto parecido.

—¿Hermanos de Ilska? —se preguntó en voz alta Elvar. A uno de ellos lo había visto antes, en la popa del drakkar de los Alimentadores de Cuervos mientras se alejaba del puerto de Snakavik: un guerrero alto y corpulento, con los costados de la cabeza afeitados como Agnar y empuñando un hacha larga. Ahora llevaba el hacha a la espalda. El otro guerrero tenía el pelo negro y unos músculos abultados; también llevaba puesta una cota de malla y de su cinturón colgaba un destral. Cuatro cicatrices recientes le cruzaban el rostro, como si un oso le hubiera dado un zarpazo.

Ilska levantó una mano y los jinetes tiraron de las riendas. La escuadra de guerreros y los carros que la seguían se detuvieron. Los guerreros se desplegaron detrás de su líder formando una línea irregular, más ancha y profunda que la de los Terrores de la Batalla. Ilska desmontó, le dio las riendas de su caballo a un guerrero que estaba en la línea detrás de ella y continuó avanzando a pie. Los dos jinetes que la flanqueaban también desmontaron y la siguieron.

Agnar se adelantó para encontrarse con ella.

Elvar frunció el ceño. Estaba acostumbrada a ver a Sighvat al lado de Agnar, así que no le pareció bien que su jefe caminara solo. No se lo pensó dos veces y salió de la línea para seguirlo. Un instante después oyó los pasos de Grend a su espalda, e inmediatamente oyó

otra serie de pasos. Echó un vistazo atrás y vio que Biórr también la seguía, con una expresión de preocupación en la cara. Eso le gustó.

Ilska se detuvo y esperó.

Al verla de cerca, a Elvar le pareció que no era tan joven como pensaba. Tenía unas arrugas profundas alrededor de los ojos.

—Ríndete y dejaré que tú y tus guerreros viváis —dijo Agnar cuando llegó a ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ilska lo miró con una expresión severa y cruel y soltó una carcajada en la que no había ni rastro de regocijo.

—Tus días han terminado, Agnar Broksson, líder de los Terrores de la Batalla —replicó con el gesto inexpresivo y sin la menor emoción en la voz—. Apártate si no quieres morir. —Se encogió de hombros.

—Yo he llegado antes —repuso Agnar sin perder la sonrisa, como si estuviera hablando sobre una partida de tafl—. Además, me alegra que hayas venido. He hecho un juramento de sangre que me obliga a encontrarte, así que me has facilitado el trabajo. —Levantó la mano mirando la sinuosa cicatriz blanca. Luego se volvió hacia sus guerreros —. ¡Hoy cumpliré el juramento que te hice! —gritó dirigiéndose a Uspa.

La bruja seiðr asintió con la cabeza, luego rodeó las filas de guerreros y caminó hasta ellos.

—Ilska —dijo con una cierta familiaridad en la voz, y también odio—. ¿Mi hijo?

—Está vivo, Uspa —respondió Ilska.

—Devuélvemelo.

—No. Él cambiará el mundo. Como podrías haberlo hecho tú.

—Ese no es el modo —dijo Uspa con profunda tristeza en la voz —. Por favor, no lo hagas.

—Basta —espetó Agnar a Uspa—. No habrá súplicas ni negociación. Rescataremos a tu hijo de estos niðing robaniños —afirmó ya sin rastro de su sonrisa. En su voz había hierro y acero. Miró detrás de Ilska, a los guerreros desplegados a su espalda, y aspiró por la nariz—. Mis Terrores de la Batalla compondrán una bonita canción con esto. Contigo y con tus Alimentadores de Cuervos.

—Una canción que nunca se cantará —gruñó uno de los hombres que estaban al lado de Ilska, el del hacha larga—. Tú y tus Terrores de la Batalla pronto seréis comida para los cuervos.

Agnar desvió la mirada hacia él y se tomó su tiempo para mirar de arriba abajo al corpulento guerrero.

—Harías mejor en estar callado cuando personas mejores que tú hablan.

El guerrero dio un paso al frente bajando la mano al hacha. Pero Ilska levantó una mano, le dio una palmada en el pecho y el hombre se contuvo.

—Tenemos un trabajo que hacer y no podemos perder el tiempo — dijo Ilska lanzando una mirada fugaz a Vörn, el espíritu froa, que seguía subida en la cabeza de su madre. Miró de nuevo a Agnar—. Te propongo un holmganga para resolver este asunto, Agnar Broksson.

—¿Estás dispuesta a arriesgarlo todo en un duelo cuando sois tan superiores en número? —inquirió Agnar arqueando una ceja.

Elvar también recibió la propuesta con sorpresa. A pesar de las palabras de Agnar, era evidente que estaban en una situación de desventaja. Los Alimentadores de Cuervos los superaban en número y su reputación era formidable, de manera que sugerir un duelo en el que las fuerzas se equilibraban parecía una locura.

—Conozco el valor de mis guerreros, como estoy segura de que tú conoces el de los tuyos —dijo Ilska—. Mis Alimentadores de Cuervos ganarían, de eso no hay duda. Pero de esta manera la única muerte que habría en este campo sería la tuya. —Se encogió de hombros.

—¿Quieres luchar conmigo? —preguntó Agnar.

—Yo no —respondió Ilska—. Mi hermano Skrið me ha suplicado tener ese placer.

El guerrero con el hacha larga sonrió.

—¿Él? —dijo Agnar frunciendo la boca. Luego se echó a reír—. ¡Acepto!

—Bien —repuso Ilska girando sobre los talones—. Skrið, hazlo rápido. Drekr, vamos —espetó al hombre con las cicatrices en la cara.

Drekr aún permaneció un momento donde estaba y paseó la mirada por los rostros de Agnar, Elvar, Grend y Biórr. Luego le dio un apretón en el brazo a su hermano y siguió a Ilska.

Elvar vaciló un momento y luego se inclinó hacia Agnar.

—Mata a este capullo —le susurró—. Una saga nos espera.

—Luego nos vemos —dijo Agnar sin mirarla, con los ojos fijos en el cuerpo musculoso de Skrið.

Elvar se dio la vuelta y se alejó seguida por Grend y Biórr. Cuando llegó a las filas de los Terrores de la Batalla ocupó la posición de Agnar en la primera fila.

Skrið sacudió los hombros para pasarse adelante el hacha que le colgaba a la espalda, la empuñó con las dos manos e hizo un molinete por encima de la cabeza mientras desentumecía los músculos de los hombros. El arma cortó el aire silbando y la nieve se arremolinó en su estela. Su brynja oscura centelleó.

Elvar recorrió con la mirada las filas de los Terrores de la Batalla

y vio reflejadas en ellos la tensión y la emoción que la embargaban. Huld aferraba la garra de oso que colgaba de su cuello; Sólín apretaba tan fuerte la empuñadura de su espada que tenía los nudillos blancos; Biórr se mesaba la arreglada barba; los demás se movían con nerviosismo.

Detrás de ellos, Vörn fruncía el ceño y olfateaba el aire.

Agnar tenía el escudo en la mano, pero sin levantarlo. Desenfundó la espada casi sin hacer ruido. La hoja resplandecía por el aceite y la grasa de la piel de oveja que forraba el interior de la vaina. Se volvió para mirar a los Terrores de la Batalla, vio a Elvar y le guiñó un ojo. Luego fijó la mirada en Skrið y afirmó los pies en el suelo, levantó el escudo e hizo girar perezosamente la espada con un movimiento de la muñeca.

—Vamos, hombretón —dijo Agnar—. A ver si te ganas hoy tu fama en la batalla y resistes ante Agnar el Terror de la Batalla.

Los labios de Skrið se torcieron para gruñir y Agnar rio al oír lo que fuera que le dijera el corpulento guerrero. Elvar se sintió orgullosa de su jefe, de su audacia y de su ingenio, incluso cuando seguramente estaba sintiendo cómo se agitaban las alas de cuervo de la muerte encima de él. Agnar no era un hombre pequeño, más bien era alto y corpulento, pero Skrið se alzaba por encima de él como si fuera un oso delante de un lobo.

Elvar musitó una plegaria a pesar de que ya no había dioses a los que rezar.

Salvo la dragona encerrada debajo de sus pies.

«Haz que gane Agnar. Haz que gane Agnar. Haz que gane Agnar.»

Las vibraciones subterráneas continuaban como si fueran un tambor de guerra marcando el ritmo, ahora más rápido, como si percibiese la inminencia de la violencia, la proximidad de la sangre y la muerte.

Skrið dio un paso adelante y trazó un arco amplio con su hacha larga.

Agnar se apartó y dejó que cortara el aire inofensivamente. Sonrió a su oponente.

Skrið no paró. Avanzó directamente hacia Agnar, sorprendentemente rápido para un hombre de su tamaño, estrechó el espacio que los separaba y enarboló el hacha por encima de la cabeza para asestar otro golpe, esta vez más bajo. En esta ocasión Agnar tuvo que saltar para evadirlo, tropezó con un esqueleto cubierto de ceniza y Skrið lo atacó aferrando el hacha con las dos manos. Agnar levantó el escudo gruñendo y bregando para mantener el equilibrio. El mango del hacha impactó en el escudo con la fuerza suficiente para arrancar

una puerta de los goznes y Agnar salió lanzado hacia atrás un par de pasos. Skrið lo siguió, enganchó su hacha barbuda en el borde del escudo de Agnar y tiró. Agnar dio unos pasos tambaleantes hacia delante, se inclinó hacia la izquierda y el filo del hacha le acarició la mejilla. Manó sangre de la herida y Agnar asestó un espadazo en el pecho de Skrið.

Saltaron anillas de la brynja y brotó sangre, pero Skrið se limitó a gruñir y volvió a aporrear el escudo de Agnar con el mango del hacha larga. De nuevo Agnar salió rebotado y retrocedió unos pasos acompañado por el crujido de la madera astillándose. El hacha giró sobre la cabeza de Skrið y descendió silbando hacia Agnar, que dio un paso a la derecha al mismo tiempo que levantaba el escudo. Se produjo un estruendo metálico cuando Agnar desvió la hoja del hacha con el umbo del escudo y el arma de Skrið se hundió en el suelo.

Elvar sonrió al verlo. Era un movimiento que Agnar había practicado mil veces en el campo de entrenamiento. Lo había ejecutado a la perfección. Supo lo que su jefe Agnar iba a hacer a continuación desde el mismo momento en el que la hoja del hacha se clavó en el suelo con una explosión de ceniza y tierra.

Agnar se acercó a su oponente girando sobre un talón para machacarle la cara con el escudo al mismo tiempo que deslizaba la espada por su muslo y el mismo movimiento lo sacó de su radio de acción.

Skrið retrocedió tambaleándose y escupiendo sangre por la boca ensangrentada.

Desde los Alimentadores de Cuervos se alzó un grito ahogado, y desde los Terrores de la Batalla, una ovación.

—Ya casi oigo la canción de los escaldos —dijo Agnar sonriendo mientras seguía a Skrið, que retrocedía cojeando y con los pantalones manchados de sangre por la herida en el muslo, justo debajo de las anillas de su cota de malla—. Sobre la muerte de Skrið el Estúpido, el gigante que creía que podría matar a Agnar Puño de Fuego.

Avanzaba hacia Skrið con pasos cortos, hacia la izquierda y hacia la derecha, siempre acortando la distancia entre ellos, mientras Skrið retrocedía.

Elvar agarró el brazo de Grend. La victoria de Agnar estaba muy cerca. Lanzó una mirada a Ilska y a su otro hermano, Drekr, que observaban el combate, ella casi con desinterés.

Skrið dejó de retroceder y se irguió. Sonrió con los dientes ensangrentados. Elvar frunció el ceño. Algo… había cambiado en él. El Alimentador de Cuervos miraba a Agnar y sopesaba el hacha. Sus ojos irradiaban un resplandor rojo.

Agnar vaciló.

—Es un corrompido —masculló Elvar.

Skrið salió disparado hacia delante convertido en una mancha que Elvar fue incapaz de seguir con los ojos y asestó un hachazo demasiado veloz para que Agnar pudiese esquivarlo y demasiado potente para que se defendiera de él. Agnar levantó el escudo y este se llevó la peor parte del golpe. El hacha atravesó la madera de tilo con una explosión de astillas y se hundió en el brazo de Agnar. Skrið extrajo la hoja del brazo de Agnar en medio de una lluvia de astillas y sangre y arrastró al líder de los Terrores de la Batalla con ella. Agnar, con el escudo destrozado en la mano, asestó un espadazo, un golpe corto y potente, pero Skrið ya estaba apartándose y la hoja de Agnar hizo saltar chispas de la cota de malla de su rival. Skrið le propinó un hachazo sin apenas levantar el arma empuñada con las dos manos y la hoja se clavó en el hombro y en el pecho de Agnar. Las anillas de la cota de malla saltaron por los aires y Agnar se derrumbó sobre las rodillas con la sangre saliendo a borbotones del tajo. Se le resbaló la espada de la mano y el brazo con el que sostenía el escudo colgaba sin fuerzas en su costado. Alzó los ojos hacia el hombre que se erguía delante de él, con el hacha levantada.

—Comida para los cuervos —gruñó Skrið, y se preparó para asestar el hachazo.

Agnar desenfundó el seax y le apuñaló un pie. El hombretón gritó, perdió el equilibrio y el hacha cortó el aire silbando junto al hombro de Agnar. Al mismo tiempo, Agnar golpeó hacia arriba con el maltrecho escudo y las largas astillas se hundieron en el cuello de Skrið y emergieron por su nuca.

Skrið lanzó un grito ahogado e hizo unos ruidos de atragantamiento con el cuello convertido en una fuente de sangre. Agnar lo embistió rugiendo y lo derribó. Skrið se derrumbó de lado y la ceniza que levantó con su caída se posó sobre su cuerpo mientras él jadeaba y se retorcía al lado de Agnar.

El silencio se instaló en la llanura. Seguía nevando y se formaban remolinos de ceniza.

Elvar gritó y levantó la lanza en el aire. Los Terrores de la Batalla prorrumpieron en un rugido triunfal y aporrearon los escudos con las armas.

—¡AGNAR! —gritaron—. ¡AGNAR!

Agnar se movió y se levantó a medias del suelo, pero volvió a derrumbarse sobre las rodillas, jadeando.

Ilska lo miraba pálida y con los músculos de la cara temblorosos. A su lado, su hermano también miraba a Agnar con la boca abierta,

perplejo. Ilska dio un paso hacia el líder de los Terrores de la Batalla.

Elvar salió de la línea de guerreros y caminó hacia Agnar. Luego comenzó a correr.

A su espalda, Vörn gritó algo.

Elvar oyó pasos detrás de ella. Grend y Biórr la seguían.

—¡HIJOS DE LA DRAGONA! —gritó el espíritu froa.

Elvar vaciló y finalmente se detuvo para volverse a mirar a Vörn.

El espíritu froa estaba de pie en la cabeza de su madre, señalando el cadáver de Skrið, con el cabello agitándose a su espalda como ramas al viento.

—¡HIJOS DE LA DRAGONA! —repitió—. HUELO VUESTRA SANGRE. ¡HIJOS DE LIK-RIFA, NO OS ACERQUÉIS!

Elvar la miró, al principio sin comprender lo que decía, pero entonces recordó los ojos rojos de Skrið, su velocidad y su fuerza sobrenaturales.

«Era un corrompido… Un hijo de la dragona … ¡Pero los hijos de la dragona no existen!»

Grend llegó a su lado y se detuvo. Biórr siguió corriendo hacia Agnar.

Elvar se dio la vuelta y miró el cuerpo sin vida de Skrið tendido en la ceniza junto a Agnar. Luego miró a Ilska y a Drekr, que caminaban hacia Agnar.

«Ilska, Skrið y Drekr son hermanos —pensó. Miró a los jinetes que se habían adelantado con Ilska, otra veintena de guerreros, todos ellos con el pelo negro como las plumas de un cuervo—. Son todos hijos de la dragona.»

Ilska se detuvo y miró a Vörn. Luego se dio la vuelta e hizo una señal con la mano. Los carros que se habían quedado en la retaguardia de su escuadra de guerreros se pusieron en movimiento y rodearon a los guerreros para dirigirse hacia Vörn y los restos carbonizados del gran árbol. Mientras los carros traqueteaban en dirección al Gran Fresno, retiraron las sábanas que cubrían las plataformas y dejaron a la vista decenas de personas sentadas en los bancos. Eran niños. Los collares de hierro centellearon alrededor de sus cuellos.

—¡Bjarn! —gritó Uspa.

Biórr se detuvo al lado de Agnar y este levantó una mano hacia el joven guerrero y le dijo algo.

Biórr levantó su lanza y la hundió en la boca abierta de Agnar. La extrajo y un chorro de sangre salió de la garganta del líder de los Terrores de la Batalla, que se tambaleó y cayó desplomado hacia atrás.

Elvar gritó.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

ORKA

Un balanceo rítmico despertó a Orka. Parpadeó y miró a su alrededor intentando dar un sentido al mundo. El estrépito del agua turbulenta, una empalizada, voces. Un dolor punzante y persistente en la cabeza, un lado de la cara húmedo. El olor a hierro de la sangre. Intentó moverse, pero descubrió que tenía las manos y los pies ligados. Entonces se dio cuenta de que estaba tendida de través sobre el lomo de *Trúr*, como si fuera un ciervo capturado.

Giró la cabeza y vio al hombre rubio que la había golpeado con el bastón.

«Un galdramaðr —pensó—. Pronunció unas palabras de poder y brotaron llamas en su bastón.» Percibió un olor a pelo quemado y pensó que probablemente era el suyo, de la zona donde la había golpeado.

Otras figuras se movían a su alrededor, guerreros a caballo y otros a pie. Junto a ellos caminaban perros. Oyó unos gritos y el chirrido de una puerta. Luego cambiaron la dirección de la marcha. Sonó el chacoloteo de los cascos de los caballos en un suelo de tierra compactada y cruzaron una puerta que daba paso a un patio.

«Grimholt —se dijo Orka—. No es la manera más astuta de entrar en la fortaleza.»

Ascendieron por una pendiente suave siguiendo el meandro de un canal que desviaba el curso del río. Había dos snekkar amarrados en el embarcadero, con los cascos recién pintados de color amarillo y negro, los colores de la reina Helka. Alrededor del patio había una serie de edificios: graneros, una forja (de donde llegaba el estruendo de los martillazos), establos, gallineros, porquerizas. Las cabras balaban y las gallinas correteaban y cloqueaban alrededor de la partida mientras atravesaban el patio. Entonces *Trúr* se detuvo, descargaron a Orka de su lomo y la dejaron en el suelo. Vio a Mord, inconsciente y ligado, y a Lif, todavía tiritando y con las venas azules por el veneno de la araña del hielo, aunque tenía los ojos abiertos y se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¿Si te corto las ligaduras serás una buena prisionera y caminarás? —le preguntó una voz a su espalda—. Pesas mucho y yo ya no soy joven.

Orka giró la cabeza y vio a un hombre casi anciano mirándola,

con el poco pelo que le quedaba en la cabeza muy corto y una barba blanca. Una cicatriz le cruzaba la nariz grande y deformada.

Orka asintió. Oyó cómo salía un seax de la funda y le cortaron la cuerda que le ataba los pies. Unos brazos la pusieron en pie.

Orka se estiró, hizo crujir los huesos del cuello y miró a su alrededor.

El galdramaðr estaba desmontando. La guerrera que lo había acompañado estaba con él. Era una mujer también rubia que cogió las riendas del caballo del galdramaðr y continuó hacia los establos, llevando también de las riendas el tercer caballo, sobre que el había el cuerpo inconsciente de una mujer y un baúl atado a la silla de montar. Orka se estremeció mientras los miraba. El dolor de cabeza se hizo más intenso.

—No hay tiempo para contemplar las vistas —dijo el hombre canoso tirando de la cuerda que le ligaba las manos.

Orka caminó a trompicones. La sangre regresó torrencialmente a sus pies ahora que le habían cortado la cuerda y sintió un hormigueo doloroso. Otros guerreros se unieron a ellos, transportando los cuerpos de Mord y de Lif, mientras la conducían hacia la casa de madera y la torre. La casa tenía un tejado de corteza de abedul y hierba, mientras que la torre tenía unas tejas de madera fijadas a las vigas torneadas.

Hombres y mujeres, thrall y artesanos, interrumpían sus tareas para mirar a Orka y a los dos hermanos. Desde un granero situado cerca del río llegó un sonido estridente.

La voz de un niño. Un grito.

Orka se detuvo y miró el granero.

—Breca —graznó. Y descubrió que tenía la garganta seca e irritada.

El hombre canoso tiró de ella para que continuara caminando. Otro guerrero le dio un empujón en la espalda.

—¿Breca? —dijo más fuerte.

—No te pares, zorra —espetó el guerrero que tenía detrás y volvió a empujarla.

Se oyó una bofetada y el niño volvió a gritar.

Orka forcejeó para liberar las manos que le sujetaba el anciano y se dio la vuelta, asestó un cabezazo al guerrero que estaba detrás de ella y le partió la nariz. El hombre cayó al suelo y se le resbaló el hacha larga de las manos. Orka dio entonces una patada en la rodilla a una guerrera que miraba a su compañero tirado en el suelo y la mujer se plegó por la mitad gimiendo. Luego Orka levantó las manos ligadas y golpeó en la cabeza a la mujer, que cayó despatarrada al suelo.

Un golpe en el hombro hizo que Orka se diera la vuelta. El hombre canoso la miraba con una expresión feroz y le asestó un estacazo con la contera de la lanza en el estómago. Orka sintió otro golpe en las pantorrillas, se derrumbó sobre las rodillas y oyó los golpes y los gruñidos de los guerreros que se habían apelotonado a su alrededor y la golpeaban con las conteras de las lanzas, le daban puñetazos y patadas. Una bota le dio de lleno en el mentón y se produjo una explosión de luz blanca dentro de su cabeza.

Orka se despertó de golpe, jadeando y con agua helada chorreando de su cara. Estaba colgada de las muñecas, dolorosamente ligadas encima de su cabeza y atadas a una anilla de hierro clavada a la pared, y los pies le caían como unos pesos muertos sobre el suelo. Hizo un esfuerzo para levantar su peso y apoyó los pies en el suelo, lo que alivió la presión en sus muñecas. Parpadeó, sacudió la cabeza y salieron disparadas gotas de lluvia en todas direcciones.

Se encontraba en una cámara de la torre, a juzgar por lo que se entreveía por la ventana tapada con una piel de animal estirada y raspada. Atisbó tejados de hierba abajo y el resplandor del agua helada del río. Mord y Lif estaban atados como ella a unas anillas de hierro clavadas a la pared. Un fuego ardía en un brasero de hierro y había una mesa larga pegada a la pared, llena de toda clase de herramientas afiladas y de aspecto desagradable. En el brasero había unas pinzas calentándose. El hombre canoso estaba allí, junto con el tipo a quien Orka había partido la nariz. Este estaba apoyado en la pared con el hacha larga en las manos. La mujer a quien había dado una patada en las rodillas estaba delante de ella; se dio la vuelta y se alejó cojeando con un cubo vacío en las manos. Había otras personas en la cámara: un hombre calvo, arremangado y con un mandil de cuero lleno de agujeros estaba junto al fuego, y el galdramaðr rubio estaba sentado en una silla al lado de la puerta.

—¿Qué hacíais merodeando por los bosques que rodean Grimholt? —le preguntó a Orka el hombre canoso.

—Solo… estábamos de paso —masculló Orka.

—De paso por las Dorsales, a media legua de cualquier camino, en medio de un nido de arañas del hielo…

—Nos… perdimos —gruñó Orka. Se pasó la lengua por la boca y notó que tenía un diente suelto. Escupió un pegote de sangre—. Soy vendedora.

—Una vendedora… —dijo sonriendo el hombre canoso—. Enfundada en una magnífica brynja y armada con una lanza, un hacha

y dos seax, y eso solo tú. —Levantó su cinturón de las armas y lo agitó en el aire—. ¿Y qué vendes? ¿Guerra?

—Vigrið es un lugar peligroso —respondió Orka—. Hay que estar preparado.

El hombre canoso se echó a reír y miró a Orka de arriba abajo.

—He visto a otros como tú, pero nunca en un mercado. Casi siempre por encima del borde de mi escudo, durante una batalla.

Orka se encogió de hombros.

—Mi padre era un hombre grande.

—Has matado a uno de mis guerreros. Bueno, tú no, él. —El hombre canoso señaló a Mord—. Haga, despiértalo.

—Sí, jefe —dijo la mujer. Volvió a llenar el cubo en un barril que había en un rincón, se acercó a Mord y le tiró el agua en la cara.

Mord se despertó escupiendo y jadeando. Sacudió la cabeza, miró alrededor y vio a Lif, que colgaba temblando y semiinconsciente de las muñecas en un rincón de la cámara.

—Hermano —balbuceó Mord con preocupación en los ojos.

—Vivirá —dijo el hombre canoso—. A esas arañas pálidas les gusta la carne viva, pero que no patalee. Pero, bueno —añadió cogiendo las pinzas que habían estado calentándose en el fuego y enfilando hacia Lif—, puedo derretir el hielo en sus venas, si quieres. —Acercó las pinzas a Lif y el calor emanó de ellas formando ondas en el aire. Miró de nuevo a Mord—. Ahora, dime, ¿quiénes sois?

—Pescadores —respondió Mord todavía aturdido.

—¡Ah! —exclamó riendo el hombre canoso—. Así que la misma pregunta y dos respuestas diferentes. ¿Cuál es verdad? ¿Sois pescadores o vendedores? —Miró a Mord y luego a Orka—. Creo que le sacaré un ojo, solo para convenceros de que voy en serio. Y luego os lo volveré a preguntar. ¿Quiénes sois y por qué estáis aquí?

El hombre canoso movió las pinzas hacia la cara de Lif, que se apretó contra la pared, gimoteando y con los dientes castañeteando.

Mord chilló y forcejeó con la ligadura.

—Drekr —dijo Orka.

El hombre canoso se detuvo y miró fijamente a Orka. Frunció el ceño.

—Busco a un hombre llamado Drekr —añadió Orka—. Raptó a mi hijo y quiero recuperarlo. Me dijeron que Drekr se dirigía aquí.

El hombre canoso y el resto de las personas que estaban en la cámara se miraron.

El galdramaðr se puso derecho en la silla.

—Nunca he oído ese nombre —dijo el hombre canoso.

—He oído gritar a un niño en el patio —repuso Orka.

—Solo era uno de los mocosos de Rog —soltó el tipo con la nariz rota. Demasiado rápido, pensó Orka, quien vio que miraba de reojo al galdramaðr.

—Drekr —repitió Orka—. Seguí su rastro hasta Darl, y desde allí hasta aquí. Mi informante me dijo que comercia con niños corrompidos y que pasan por Grimholt.

—Cállate —le espetó el hombre del pelo cano—. Haz que se calle —dijo, y el hombre arremangado cogió un martillo de la mesa y enfiló hacia Orka.

—Vi a Drekr en una taberna en Darl —continuó Orka con la mirada fija en el galdramaðr—. El drengr muerto. Estaba reunido con Hakon Helkasson.

El hombre calvo levantó el martillo.

—Espera —ordenó el galdramaðr, y el martillo quedó suspendido en el aire—. ¿Skapti? —El galdramaðr se levantó de la silla y miró con el ceño fruncido al hombre canoso.

—No sé de qué habla, lord Skalk —dijo Skapti, aunque no pudo sostener la mirada del galdramaðr.

—Luchaste en Svelgarth, ¿verdad? —le preguntó Skalk.

—Sí, señor. Y de manera ejemplar —respondió Skapti—. Me recompensaron por mi valor —añadió señalando un anillo de plata en su muñeca.

—¿Quién te lo dio? ¿Quién era el líder de tu escuadra de guerreros?

Skapti volvió la mirada hacia los otros guardias que estaban en la cámara.

—El príncipe Hakon —respondió.

Se instaló el silencio en la cámara, un silencio pesado. El tipo con la nariz rota se movió y sopesó su hacha.

Skalk lo vio.

—Intenta alguna tontería y te quemaré la carne en los huesos —gruñó volviéndose hacia el guerrero con la nariz rota. Este le sostuvo la mirada un momento, movió un poco los pies y miró a otro lado—. De acuerdo —dijo mirando de nuevo a Skapti—. Dime, ¿en qué anda metido Hakon de espaldas a su madre?

Otro silencio. Luego Skapti respiró hondo.

—Solo dejamos que Drekr traiga sus… productos aquí. A veces… los almacena aquí una temporada, a veces los lleva al oeste, a veces al norte. El príncipe nos dio la orden de que dejemos que Drekr haga lo que quiera.

—Mmm… —Skalk se mesó la barba rubia con el ceño fruncido.

—¿Mi hijo está aquí? —gruñó Orka. Necesitaba

desesperadamente verlo. La posibilidad de tenerlo tan cerca hacía bullir su sangre como el calor hierve el agua.

—¡Cállate! —espetó Skapti.

Llegó un alboroto de gritos desde fuera y un estruendo de cascos de caballos cruzando la puerta de la empalizada. Voces en el patio. Haga fue cojeando hasta la ventana y se asomó.

—Jinetes —dijo—. Drengir, algunos con el águila de Helka.

—Tráelos aquí —ordenó Skalk, y un guerrero que estaba junto a la puerta salió de la cámara.

Orka sabía quién estaba en el patio, o lo suponía. Tanteó la cuerda que le ataba las manos; era muy gruesa y estaba demasiado apretada. Si se ponía de puntillas podía llegar al nudo con los dientes.

—Estate quieta, zorra —le dijo el hombre con la nariz rota.

Se oyeron pasos abajo y luego subiendo por la escalera. Se abrió la puerta de la cámara y el guerrero que había salido hacía un momento volvió a entrar delante de los recién llegados. Lo seguía un drengr, un hombre joven en cota de malla y con una espada sobre la cadera, con el pelo negro y una nariz puntiaguda que moqueaba.

Mord produjo un ruido gutural, un gruñido feroz.

—Guðvarr —masculló Orka.

Arild apareció en la puerta detrás de él, seguida por otros drengir.

Orka oyó el grito lejano de un niño.

—¿Es mi hijo? —gruñó. La sangre bullía en sus venas y una niebla roja comenzaba a filtrarse en su cabeza.

Guðvarr se detuvo y paseó la mirada por la cámara. Sus ojos se detuvieron en Mord y en Lif, sonrió y enfiló hacia ellos desenvainando la espada.

—¡Espera! —bramó Skalk.

Pero Guðvarr ya estaba levantando el brazo y hundió la espada en el estómago de Mord. Hasta el fondo. La punta de la espada salió por la espalda del joven pescador con un chorro de sangre. Guðvarr giró la hoja y Mord chilló y se retorció.

Lif gritó horrorizado, echando por la boca trozos minúsculos de hielo.

Guðvarr agarró del pelo a Mord y le levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Soy un niðing y un excremento de comadreja? —dijo mientras giraba la espada de nuevo. El grito de Mord se hizo más agudo.

Lif chillaba y se revolvía con las manos ligadas. Guðvarr extrajo la espada y un torrente de sangre salió de la herida. Mord se derrumbó

gimiendo y sollozando.

Desde el patio llegó otro grito de un niño.

Algo cambió dentro de Orka. Su consciencia y su lucidez se agudizaron entre un latido del corazón y el siguiente. Sintió que la sangre se agitaba en sus venas y que el ardor de la ira se transformaba de repente en un frío primigenio que le recorría el cuerpo, fuego y hielo mezclados. Una fuerza nueva inundó sus músculos, su vista y todos sus sentidos se agudizaron. Se impulsó hacia arriba y mordió y desgarró la cuerda que le ataba las muñecas con unos dientes repentinamente afilados. La cuerda cayó al suelo.

Orka aprovechó que todos estaban mirando a Guðvarr y a Mord para acercarse a la mesa y coger su cinturón de las armas.

Haga fue la primera en verla, dejó caer el cubo y fue corriendo a coger la lanza que había dejado apoyada contra la pared al mismo tiempo que abría la boca para dar la voz de alarma.

Orka rugió, desenfundó el seax y el hacha de su cinturón y se abalanzó sobre Haga, alejó la lanza de una patada y le asestó una puñalada con el seax en el vientre. La sangre manó alrededor del puño de Orka hasta que empujó a la mujer para extraer la hoja. Orka se irguió, consumida por la rabia y el poder y convertida en una atronadora tormenta de hierro.

En torno a ella, todos los guerreros chillaban y desenfundaban las armas. Guðvarr gritó y se alejó corriendo de Mord y de Lif para llegar a la puerta abierta, donde había más guerreros congregados. Orka hundió el hacha en la cabeza del hombre calvo y la extrajo cuando su víctima ya caía de espaldas sobre el brasero. Las brasas se avivaron y se produjo una erupción de llamas. Los guerreros cargaron hacia Orka, que se abrió paso a través de ellos riendo y aullando mientras sus oponentes chillaban y morían. De repente se encontró al lado de Lif y cortó la cuerda que le ataba las manos.

El joven pescador recogió un arma del suelo.

—¡No! —gruñó Orka—. ¡Quédate detrás de mí! —Soltó un rugido que era una advertencia y volvió a ponerse en movimiento para embestir a los guerreros que llenaban la cámara, aunque ahora estos tenían dudas.

—*¡Eldur logar björt!* —gritó una voz. Era el galdramaðr, Skalk, y unas llamas brotaron en su bastón.

Orka le arrojó el hacha. La hoja giró por el aire y lo golpeó en el hombro. Skalk salió despedido hacia atrás y se estrelló contra los guerreros que estaban en la puerta. El bastón escapó de su mano.

Los guerreros formaron una línea para enfrentarse con ella. Espadas, hachas y lanzas la apuntaban. Siete, ocho hombres y mujeres

estaban en la cámara, y había más en la puerta y en el pasillo del otro lado. Orka se quedó quieta y afirmó los pies en el suelo, a pesar de que el lobo que corría por sus venas sabía que no tenía ninguna posibilidad de derrotar a tantos enemigos.

Les sonrió con una mueca lasciva manchada de sangre.

Pero entonces se produjo un estruendo encima de sus cabezas, un ruido de algo que se partía y se desgarraba. Los guerreros que estaban en la cámara se pusieron a chillar y a gritar y miraron arriba.

La luz del sol inundó la cámara cuando una sección del tejado desapareció arrancado por las garras de un cuervo gigante, cuyas batidas de alas enviaron unas rachas de viento huracanado al interior de la cámara que avivaron las llamas del brasero. El fuego se propagó por las vigas y la madera comenzó a crepitar y a despedir humo.

—¡FAVOR POR FAVOR! —graznó el cuervo.

Y entonces apareció una segunda ave que se abatió en picado desde el cielo, arrancó otro trozo de tejado y apresó con las garras a un guerrero que corría hacia Orka, lo levantó en el aire y lo soltó, y el hombre cayó dando vueltas y gritando desde lo alto de la torre.

—¡HEMOS ENCONTRADO A UNOS AMIGOS TUYOS QUE TE BUSCAN! —graznó el primer cuervo mientras se elevaba agitando las alas. Dos figuras pequeñas entraron en la cámara por el agujero en el tejado acompañadas por el zumbido de unas alas que no se veían de lo rápido que se movían.

Una de las figuras se posó en el hombro de una guerrera. Tenía un cuerpo quitinoso y segmentado y un rostro sorprendentemente humano, con unos ojos saltones debajo de una piel llena de pliegues y una boca rebosante de afiladísimos dientes. Una cola se curvaba sobre su espalda, terminada en un aguijón semejante a una aguja que la criatura agitó hacia delante para clavárselo en la mejilla a la mujer.

—Por fin Spert ha encontrado a su señora —dijo Spert mientras la mujer se tambaleaba ahogándose, soltaba la espada y se llevaba las manos a la cara. Las venas de la mujer comenzaron a ponerse negras desde el aguijonazo en la mejilla, como si fuera una telaraña que se extendía por su cuello. La guerrera intentaba hablar, gritar, pero ya tenía la lengua negra e hinchada. Finalmente se desplomó y Spert se mantuvo suspendido en el aire agitando las alas antes de lanzarse hacia su siguiente víctima.

Otra figura pequeña volaba como un rayo de un lado a otro de la cámara batiendo unas alas delgadas como el pergamino. Era Vesli, con sus afiladas garras, que golpeaba los rostros de sus adversarios con la lanza de Breca mientras volaba.

Orka sonrió y gruñó, y buscó otros guerreros a los que matar.

El hombre con la nariz rota avanzó hacia ella sacudiendo los hombros y blandiendo su hacha larga y el resto de los guerreros se apartaron para dejarle sitio. El hombre asestó un hachazo demoledor hacia Orka, pero esta se agachó debajo del arma y se acercó a su oponente de un salto para hundirle de abajo arriba el seax en el mentón. Empujó con una fuerza brutal el seax, hasta que la hoja rascó la parte interior de su cráneo, y el hombre se derrumbó retorciéndose y dejó caer el hacha larga. Orka dejó el seax alojado en el cráneo de su víctima y cogió el hacha larga con las dos manos antes de que tocara el suelo. Su presencia familiar y largamente añorada hizo que se estremeciera, como al contacto con un antiguo amante.

Apartó de una patada el cuerpo del hombre con la nariz rota y encaró a los guerreros que se amontonaban en la puerta. Spert y Vesli se colocaron a su lado, suspendidos en el aire.

Se hizo el silencio. Lo único que se oía mientras una docena de guerreros miraban fijamente a Orka eran las crepitaciones de las llamas, los gruñidos de los moribundos y la respiración jadeante de los vivos.

Y entonces los guerreros dieron media vuelta y huyeron.

Orka salió detrás de ellos asestando hachazos y derramando sangre. Los cuerpos se precipitaban rodando por la escalera de la torre mientras Orka seguía repartiendo golpes. Su hacha subía y bajaba como un torbellino mientras se abría paso a través de los guerreros. Cuando parpadeó, levantó la vista y sacudió la cabeza para limpiarse la sangre de los ojos, descubrió que estaba en la escalera del salón de los banquetes. Delante de ella se extendía el patio, pero no tenía ni idea de cómo había ido a parar allí. Estaba rodeada de cadáveres y empapada en sangre, jadeando y gruñendo, con el único deseo de matar.

Allí había más gente. Algunos guerreros corrían para enfrentarse con ella y casi todos para huir de ella. Otros saltaban a los barcos atracados en el muelle y cortaban frenéticamente las amarras. Orka distinguió entre estos últimos a Skalk y a Guðvarr.

Una rabia y una fuerza nuevas la invadieron mientras miraba a todas esas personas con una expresión feroz, tanto a los vivos como a los muertos. Era la gente que la había separado de su hijo.

«Mátalos, descuartízalos, destrúyelos», pensó.

Echó a correr gruñendo y echando espuma por la boca, con el hacha larga levantada por encima de la cabeza.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

ELVAR

Elvar permaneció inmóvil, mirando. Oía sus propios gritos como desde lejos; no daba crédito a lo que veía.

Biórr estaba de pie junto a Agnar mientras este se desangraba tirado en la ceniza y la nieve de la llanura de Oskutreð. Agnar tembló con un último espasmo que sacudió todo su cuerpo y luego se quedó inmóvil.

Biórr se agachó, arrancó una bolsa del cinturón de Agnar y hurgó en su interior. Luego se levantó y sostuvo en alto unas llaves.

—¡Ilmur, Kráka! —gritó—. ¡Ya no tenéis que ser thrall! ¡Uníos a nosotros! ¡Aceptad vuestra libertad!

Elvar miró atrás y vio que Ilmur salía de detrás de las filas de los Terrores de la Batalla y corría dando saltitos por la planicie de ceniza. Detrás de él apareció Kráka, corriendo también. Ilmur pasó como un rayo por delante de Elvar y de Grend y llegó junto a Biórr, que introdujo la llave en la cerradura de su collar de thrall y la giró. El collar se abrió con un ruido metálico y Biórr se lo quitó del cuello y se lo ofreció. Ilmur lo observó un momento, lo agarró y lo lanzó lejos. Kráka se unió a ellos y Biórr hizo lo mismo con su collar.

Elvar oyó el ruido seco del collar al golpear el suelo.

—¡TRAIDOR! —bramó.

Biórr se volvió hacia ella.

—Únete tú también a nosotros —dijo él tendiéndole una mano.

—¡Agnar! —gritó Elvar.

—Recibió su merecido —gruñó Biórr—. Era un esclavista que comerciaba con la desgracia de los demás.

—¿Por qué? —preguntó Elvar.

Biórr abrió los brazos.

—Porque yo también soy un corrompido —respondió—. Ilska nos protege, nos da un hogar. —Su rostro era la viva imagen de la rabia y la angustia. Habían brotado lágrimas en sus ojos—. Los corrompidos también somos seres humanos, personas de carne y hueso, podemos sentir alegría, felicidad y dolor y nos pueden romper el corazón. No somos animales para que nos cacen y nos vendan.

«La sangre de Rotta que Vörn percibió entre nosotros… —pensó Elvar—. Rotta, la rata. Rotta, el traidor, el mentiroso, el impostor.»

—Tú mataste a Trud —dijo Elvar recordando la herida en la

espalda del guerrero. Había encontrado a Biórr inconsciente en el suelo de la taberna.

La cara de Biórr adquirió una expresión de vergüenza y culpa.

—Yo no quería hacerlo —dijo.

Elvar dio un paso hacia él, levantó la lanza y la arrojó contra él. La lanza voló firme y bien dirigida. Biórr levantó su escudo y dio un paso lateral con una velocidad sobrenatural, y la lanza surcó el aire del espacio que acababa de abandonar.

Elvar desenvainó entonces la espada y avanzó hacia el guerrero con paso resuelto. Pero Grend le agarró el brazo y tiró de ella.

—Mira —dijo el veterano guerrero señalando con el hacha.

Los Alimentadores de Cuervos situados detrás de Biórr estaban avanzando formando líneas y con los escudos levantados.

—Deja que vengan a por nosotros—añadió Grend.

Elvar se revolvió para zafarse de él. Estaba furiosa por lo que Biórr les había hecho a Trud y a Agnar, por haberla engañado. Gruñó y escupió. La idea de ver su sangre derramada en aquel suelo cubierto de ceniza hacía que le hirviera la sangre.

—¡Quédate aquí y jamás vengarás a Agnar! —le gritó Grend con los nudillos blancos mientras le sujetaba la muñeca—. Quédate aquí y morirás. —Volvió a tirar de Elvar—. Enfréntate con él en el muro de escudos, rodeada de los Terrores de la Batalla.

Elvar miró fijamente a Grend y asintió. Corrieron juntos para regresar al lado de los Terrores de la Batalla y se integraron en la primera fila. Se dieron la vuelta para encarar a los Alimentadores de Cuervos.

Ilska marchaba a la cabeza de su otro hermano y del resto de los jinetes hacia los carros y Vörn. El espíritu froa había bajado de un salto de la cabeza de su madre y aguardaba en silencio. Elvar vio a Uspa a su lado.

Los Alimentadores de Cuervos que habían seguido a Ilska, alrededor de sesenta guerreros, avanzaban con paso firme hacia los Terrores de la Batalla.

Elvar envainó la espada y sacó el seax, cuya hoja era casi tan larga como su antebrazo.

«Será un combate hombro con hombro, escudo con escudo. Es el momento del cuchillo, del seax. Empujar y apuñalar. No hay espacio para blandir la espada.» Tenía una respiración jadeante y el corazón palpitaba en su cabeza, no por un esfuerzo físico, sino por la conmoción de todo lo ocurrido.

«Agnar está muerto.» Agnar siempre había sido un hombre con una vitalidad, un valor y una energía desbordantes. Y había ganado;

había matado a Skrið, el hijo de la dragona, en un duelo. Era una hazaña que merecía una canción. Estaban pasando demasiadas cosas y su cabeza no daba abasto; la rabia y una pena desgarradora la embargaban. Apretó los dientes y levantó el seax con el filo cortante como una cuchilla, como también estaba afilada la parte del lomo que se estrechaba hasta la punta.

—¡TERRORES DE LA BATALLA! —bramó una voz. Era Grend, a su lado—. ¡Preparaos para la tormenta de escudos, para la batalla! ¡Esos gusanos sin agallas son unos traidores, unos alimentadores de carroñeros que quieren robarnos nuestro oro y nuestra gloria! ¡Han matado a nuestro líder como los niðing cobardes que son! ¡Ha llegado el momento de enseñarles lo que es el verdadero valor y la verdadera fama en la batalla!

Los Terrores de la Batalla prorrumpieron en un rugido implacable.

—¡MURO DE ESCUDOS! —gritó Grend.

Los Terrores de la Batalla cerraron la línea como si fueran un solo hombre, levantaron los escudos y los unieron con un crujido de madera de tilo para formar un muro, borde revestido de piel contra umbo de hierro, como si fueran las escamas superpuestas de una serpiente. Elvar golpeó el escudo con el pomo de hierro de su seax. Grend hizo lo mismo con su seax y todos los guerreros siguieron su ejemplo para ofrecer una marcha fúnebre a los Alimentadores de Cuervos mientras se acercaban.

Treinta pasos los separaban, veinte, diez, y entonces los Alimentadores de Cuervos se detuvieron. Elvar buscó a Biórr entre ellos, pero no vio su cara entre los rostros que tenía delante y que gruñían, escupían y proferían insultos por encima del borde de sus escudos mientras trataban de reunir todo su valor. Elvar vio en sus ojos orgullo, ira y también miedo. Es difícil luchar en el muro de escudos, donde la muerte está más cerca que un amante y el mundo se reduce al guerrero que empuña un acero delante de ti: es un lugar de una furia desbocada y un miedo que revuelve el estómago, de sangre, heces y dolor.

Elvar oyó unos gritos a su derecha. Reconoció la voz de Vörn, a la que se sumó la de Uspa. Atisbó un destello de llamas y un centelleo de luz incandescente. El suelo tembló y se oyeron más gritos, el relincho de un caballo y el estrépito de madera partiéndose.

«¿Un carro?» Elvar no tuvo tiempo para mirar. Los Alimentadores de Cuervos rugieron y atacaron.

—¡PREPARAOS! —bramó Grend.

Elvar advirtió un brillo en sus ojos y un temblor en sus brazos

cuando la furia de la batalla se apoderó del veterano guerrero. Plantó los pies en el suelo, apoyó el hombro en el escudo y echó hacia atrás la mano con el seax.

Se produjo un estruendo ensordecedor cuando los Alimentadores de Cuervos chocaron con ellos. El escudo de Elvar recibió un golpetazo y Grend gruñó a su lado. Elvar notó que la línea se combaba y sintió unas vibraciones en el brazo del escudo. Sus pies resbalaban y se deslizaban por el suelo cubierto de ceniza mientras ella intentaba con todas sus fuerzas mantener la posición y empujaba para contrarrestar la presión aplastante que estaban soportando. Sabía que los Alimentadores de Cuervos los superaban en número y que su muro de escudos estaba formado por lo menos por tres líneas en fondo, y todo ese peso la empujaba, le gruñía y la presionaba. Entre su escudo y el de Huld, que estaba a su lado, se abrió un hueco y Elvar asestó una puñalada. Notó que la hoja se hundía en la carne y luego la sangre caliente y viscosa en la mano. Empujó más fuerte, giró la hoja y oyó un alarido. Recogió la mano con el seax y volvió a cerrar rápidamente el hueco con el escudo.

A su derecha, Grend gruñía mientras asestaba hachazos por encima de su escudo. Elvar oyó el ruido metálico del hierro y vio desplomarse un cuerpo, luego cambió el pie de apoyo y asestó una puñalada de arriba abajo en la piel desprotegida que atisbó justo encima del cuello de una brynja, blanca, y encima, unos ojos aterrorizados y una barba. Otro alarido que cesó bruscamente, seguido por el crujido de un hueso cuando extrajo la hoja.

Detrás de ella, un escudo la sostuvo derecha y uno de los Terrores de la Batalla asestó una lanzada por encima de su cabeza. La presión que recibía su escudo disminuyó de repente y Elvar empujó, afirmó los pies en el suelo y echó un vistazo por encima del escudo. Delante de ella se abrió un hueco en el muro enemigo cuando un guerrero se desplomó tapándose un agujero en el cuello con las manos, pero antes de que Elvar pudiera aprovecharlo, el guerrero desapareció, apartado por un compañero de la segunda línea que ocupó su sitio. Este era una mujer, con un yelmo agujereado en la cabeza y un hacha en la mano, que gritaba prometiendo muerte. Elvar se balanceó para evadir el hacha barbuda que la mujer dirigió hacia su cara, se agachó y empujó al mismo tiempo que asestaba una puñalada por debajo del escudo y atravesaba las vendas de las piernas y la carne de su oponente. Notó cómo el seax rascaba la tibia de la guerrera, lo extrajo y la apuñaló otra vez, ahora por encima del escudo, mientras la mujer que empuñaba el hacha chillaba de dolor y se tambaleaba con la pierna herida. Elvar le metió el seax en la boca abierta y la guerrera se

atragantó con su propia sangre cuando quiso chillar.

—¡AGNAR! —bramó Elvar—. ¡TERRORES DE LA BATALLA!

Oyó que su grito era coreado a su alrededor y se sintió colmada por el júbilo de la batalla; la fuerza salvaje que recorrió sus brazos y sus piernas y la furia ardiente que estalló dentro de su cabeza la impulsaban para continuar. Delante de ella aparecían más rostros, de hombres y de mujeres que gruñían y caían chillando mientras su seax y el hacha de Grend hacían estragos. La batalla era feroz a su alrededor y los sonidos se fundían para crear un estruendo ensordecedor, un fragor, un estrépito atenuado que resonaba dentro de su casco mientras los aceros chocaban, los escudos se astillaban y los guerreros gritaban. Todo era sangre y muerte. Las fuerzas la abandonaban lentamente, el dolor irradiaba de una veintena de cortes y moratones, las extremidades le pesaban, tenía entumecido el brazo del escudo tras tantos golpes, los músculos le ardían. Respiraba con jadeos irregulares y continuaba asestando puñaladas, empujando y aguantando. A su lado, Grend rugía con los ojos desorbitados y la saliva salía despedida de su boca mientras embestía, golpeaba y mataba.

Algo golpeó a Elvar en el hombro. Pensó que había sido un puñetazo. Se tambaleó. Vio a un hombre, en diagonal a ella, que la insultaba con una lanza de madera de fresno en la mano. Intentó asestarle un golpe con el seax, pero su brazo no se levantó, no la obedecía. Bajó la mirada y vio que la lanza del hombre había atravesado su brynja y le había hecho un tajo en el hombro. Entonces Elvar empujó fuerte con el escudo, hizo retroceder medio paso al guerrero que tenía delante y el hombre con la lanza echó el brazo hacia atrás para asestarle el golpe definitivo.

Elvar le escupió, pues sabía que no podía hacer nada.

Pero entonces el hacha de Grend machacó la cara del hombre y le partió la nariz y la boca por la mitad. Cuando Grend extrajo el hacha con una explosión de sangre, cartílago y dientes, el hombre se desplomó lanzando un grito ahogado por la boca destrozada.

Elvar se tambaleó, dio un paso atrás y le fallaron las piernas, pero un brazo la envolvió rápidamente y la arrastró hacia atrás. La segunda línea de los Terrores de la Batalla se abrió para que pasara y un guerrero la sustituyó en el muro de escudos.

—Suéltame —gruñó a Grend, que estaba llevándosela del muro de escudos casi en volandas hacia el espacio despejado que había detrás. Elvar intentó levantar el seax; lo veía todavía en su mano recubierta de sangre, pero su brazo no hacía caso de lo que le ordenaba el cerebro.

Grend la dejó en el suelo para que se sentara en la ceniza y el barro. Ella lo miró. Reinaba una quietud extraña allí, a una docena de pasos del muro de escudos, donde la batalla era cruenta. Elvar vio que los Terrores de la Batalla estaban aguantando. Aquí y allá había un cuerpo postrado o un cadáver inmóvil retirado por la segunda línea, pero comprobó que los Terrores de la Batalla estaban ganando terreno. De medio paso en medio paso y recibiendo muchos golpes, pero estaban haciendo retroceder a los Alimentadores de Cuervos. Agnar había elegido bien el lugar donde posicionar a sus guerreros, ya que el montículo de Ulfrir protegía el flanco izquierdo y los carros se habían colocado estratégicamente para proteger el derecho.

Grend se arrodilló a su lado y le ofreció la cantimplora.

—Bebe —gruñó.

Elvar se dio cuenta de que tenía la boca seca y pastosa por la ceniza y la sangre, así que dio un trago a la cantimplora, se la enjuagó y escupió el agua. Luego bebió. Grend también tomó un trago de agua y vertió el resto en la herida de Elvar.

—Hay un corte en el músculo —masculló Grend—. Tendrás que luchar con la mano izquierda.

Elvar asintió. Grend la había entrenado desde que era una niña en el salón de armas de Snakavik hasta que fue capaz de utilizar las dos manos sin apenas diferencia. Sin embargo no podía empuñar el escudo y el seax a la vez.

—Busca una lanza y quédate en la segunda línea —le sugirió Grend.

Se oyó un chillido agudo detrás de ellos y Elvar giró la cabeza para mirar.

Vörn y Uspa, hombro con hombro, estaban impidiendo que nadie se acercara a los restos de Oskutreð. Uspa tenía las manos levantadas y una runa de fuego brillaba en el aire delante de ella. A sus pies yacían un puñado de guerreros, algunos con el cuerpo carbonizado, otros parecían haber sido separados en piezas, pues tenían plantas trepadoras alrededor de las muñecas, los tobillos y el cuello. También había otros ensartados en ramas que parecían haber brotado en ese mismo momento del suelo. Ilska y sus guerreros se habían detenido y formaban una línea delante de Vörn y de Uspa, todos ellos con los puños ensangrentados. Estaban cantando y ante ellos se formaron unas runas de llamas que se fundieron y brillaron. El fuego cayó al suelo y se propagó en línea recta directamente hacia Vörn. Las llamas pasaron junto a Sighvat, que seguía inmovilizado en el suelo por la plantas, y el orondo guerrero se revolvió y gritó.

—*Greinar vernda mig* —bramó Vörn.

El suelo delante de ella se movió y borboteó. Unas plantas trepadoras brotaron de la tierra y se entrelazaron como si fueran una valla de zarzo en el camino del fuego, pero las llamas las envolvieron crepitando y rugiendo y las atravesaron como una gran ola de fuego que se agarró a las piernas de Vörn como si fueran unos menesterosos famélicos.

Sonaron unas crepitaciones y unos silbidos y Vörn chilló cuando sus pies comenzaron a arder. Las llamas treparon por sus piernas despidiendo densas nubes de humo negro y un hedor se propagó por la llanura. Vörn intentó sofocarlas con las manos, pero lo único que consiguió fue propagar el fuego por sus dedos y su cabello. Sus gritos eran cada vez más agudos y su boca se deformó intentando respirar, hasta que se tambaleó y cayó con un fuerte estrépito al suelo, con las llamas devorándola.

Ilska se adelantó con la capa negra ondeando a su espalda.

—*Farðu frá* —dijo agachándose y dando un puñetazo al suelo.

Se produjo una explosión de ceniza y apareció una elevación en el terreno que se extendió alejándose de ella como si fuera una serpiente deslizándose por debajo de las olas. Golpeó a Uspa, explotó debajo de ella y la lanzó por los aires. La bruja seiðr aterrizó con un golpetazo y rodó por el suelo. Cuando se detuvo ya no se movió.

Ilska se levantó y continuó avanzando, seguida por los guerreros que le quedaban, ya no más de siete u ocho, incluido Drekr. En los carros había otros guerreros que saltaron de los bancos, bajaron a los niños de las plataformas y los llevaron atados con cuerdas y cadenas hacia el árbol muerto. Había setenta, ochenta, noventa niños en total, todos con un collar de hierro. A Elvar le pareció ver a Bjarn entre ellos.

Ilska llegó al tocón carbonizado de Oskutreð y subió hasta la zona llana donde estaba la enorme trampilla con los cerrojos. Unas nubes de ceniza colmaban el aire y los golpes rítmicos que se producían en el subsuelo hacían vibrar la puerta.

Los guerreros que habían seguido a Ilska también subieron al árbol destruido, y detrás de ellos lo hicieron los niños. Algunos lloraban y gemían; otros caminaban en silencio, como guerreros que han aceptado su destino.

—¡Bjarn! —gritó Elvar con la voz ronca. Vio subir al niño con el collar en el cuello y colocarse con los otros sobre la gigantesca trampilla.

Ilska y sus guerreros gritaron a los niños, los arrastraron y les dieron órdenes hasta que formaron un círculo con los pies pegados al borde del hueco de la trampilla. Los guerreros de los carros se unieron

al grupo de Ilska y engrosaron sus filas. Ilska hurgó debajo de su capa y sacó un libro. Era grueso y estaba encuadernado con alguna clase de piel roja. Lo abrió y empezó a leer.

—*Réttu upp hendurnar, þú verður að hlýða. Spillað blóð í saklausu barni, sameinast og vaxa af krafti. Brotið rúnir og innsigli töfra* —recitó a voz en grito, y todos los collares de thrall de los niños brillaron con una luz roja, una llamarada. Los niños gritaron y sus ojos se empañaron, y todos tendieron la mano derecha abierta, con la palma hacia arriba.

Ilska sacó un pequeño seax de una funda que tenía a la espalda y se hizo una incisión en la mano con la que sostenía el libro. Luego hizo un corte en la mano del niño que tenía enfrente y a los que había a cada uno de sus lados. Los niños no dijeron nada, no se movieron, no lloraron.

Todos los compañeros de Ilska imitaron a su líder, se hicieron un corte en la palma de la mano y luego en las manos de los niños que tenían a su alrededor, hasta que todos tuvieron la mano tendida para que la sangre goteara sobre la trampilla de madera que había bajo sus pies.

—*Blóð drekans, lík rífa, voldugur, sameina og binda, brenna þessa hindrun, opna leið fyrir herra okkar* —declamó Ilska agitando la mano y esparciendo gotitas de sangre a su alrededor.

—*Blóð drekans, lík rífa, voldugur, sameina og binda, brenna þessa hindrun, opna leið fyrir herra okkar* —entonaron todas las personas que estaban en el gran árbol, repitiendo las palabras de Ilska y agitando las manos. La sangre con la que rociaron la trampilla ancestral formó charcos en la madera y se introdujo por las grietas para caer a las tinieblas del otro lado.

Elvar y Grend observaban la escena como hechizados mientras la batalla proseguía detrás de ellos.

La constante vibración subterránea cesó abruptamente, como si un gigante hubiera tomado aire y lo estuviese reteniendo.

Y entonces se produjo un estruendo y la enorme trampilla del árbol dio una sacudida. Ilska se tambaleó y algunos niños cayeron al suelo.

Un atronador rugido amortiguado salió por las grietas de la puerta e hizo temblar el suelo con más violencia que una tempestad. Se oyeron otras voces, más agudas pero igual de feroces y orgullosas. Gritos. Rugidos. Un estrépito cada vez más fuerte.

—¡CORRED! —gritó Ilska recuperando el equilibrio. Echó a correr y bajó saltando del tocón del gran árbol. Toda la gente que había a su alrededor hizo lo mismo, y tanto sus seguidores como los niños

huyeron en tropel del árbol.

Algo golpeó la trampilla y sonó un estruendo demoledor de madera partida, un crujido, y se levantó una nube de polvo y de ceniza que envolvió a todo aquel que seguía en el tocón cuando salió disparado por el aire. Ilska perdió el equilibrio, dio con sus huesos en el suelo y se le escapó de las manos el libro con la cubierta roja.

De repente se hizo el silencio. Elvar contuvo la respiración sin dejar de mirar. Pero entonces sonó otro estruendo debajo de la trampilla y se produjo una erupción de astillas descomunales. El suelo se movió como si fuera un barco en medio de una tormenta.

Elvar y Grend salieron despedidos por unas vibraciones que zarandearon el suelo como si fueran las ondas del agua al tirar una piedra y sembraron el caos en la batalla entre los muros de escudos; hombres y mujeres se tambaleaban y caían.

Siguió otro silencio, como una respiración contenida, y entonces la trampilla explotó. Astillas y cuerpos saltaron por los aires y desaparecieron engullidos por una nube de polvo, ceniza y escombros que se expandió rápidamente. Elvar salió volando como si fuera ligera como una pluma y la nube la envolvió. Se estrelló contra el suelo y continuó rodando hasta que chocó con algo sólido. El impacto le arrancó el aire de los pulmones y quedó tendida, tosiendo y jadeando mientras el polvo se posaba a su alrededor. Buscó a Grend con la mirada, pero no vio ni rastro de él, solo cuerpos por todas partes, diseminados como la paja por el viento.

Desde el centro de la tormenta de polvo, procedentes de las profundidades de la tierra, llegaron unos chillidos. Alaridos de dolor. La tierra tembló. Otras voces gritaron.

Una figura salió disparada por el hueco de la trampilla destrozada, dio unas cuantas vueltas en el aire, cayó con un estruendo a un centenar de pasos de Elvar y rodó por el suelo hasta detenerse. Era una mujer alada, con el pelo rojo y las alas del color del óxido plegadas alrededor del cuerpo. Iba enfundada en una cota de malla que resplandecía como las escamas de un pez y de la cintura le colgaba una espada envainada. La mujer gruñó. Elvar la observó boquiabierta.

De la trampilla salió otro rugido que se propagó por toda la llanura y Elvar tuvo que taparse los oídos, seguido por una nueva nube de polvo. Se intuía algo enorme moviéndose dentro de esa nube, y una sombra más oscura emergió de la tierra.

Así pues, Lik-Rifa, la descuartizadora de cadáveres, la dragona, la última de los dioses muertos, salió a la superficie.

Elvar, que seguía tendida en el suelo, se destapó lentamente los

oídos y se incorporó sin dejar de mirar.

Un hedor se extendió por la llanura, un olor repugnante a algo que lleva mucho tiempo muerto, a muerte y destrucción, a corrupción antigua. Lik-Rifa batió sus alas ajironadas y las turbulencias que provocaron derribaron de nuevo a Elvar y a toda la gente que había a su alrededor. La dragona tenía un cuerpo enjuto y demacrado. Las costillas se le marcaban en las escamas pálidas, casi blancas y translúcidas, con manchas oscuras de putrefacción y de pus amarillento. Su boca era grande y estaba recorrida de dientes afilados y largos como lanzas, y en la cabeza tenía una hilera de cuernos curvos. Sus ojos rojos brillaban con una intensidad febril, como el fuego de una forja, y tenían una expresión frenética.

Estaba en el aire y era difícil calcular su tamaño, pero cuando desplegó las alas tapó el sol que brillaba débilmente detrás de las nubes. Unas pequeñas figuras colgaban de sus alas y de su cuerpo, enganchadas y atrapadas en sus escamas, y Elvar se dio cuenta de que eran cadáveres descompuestos y putrefactos.

Otras dos figuras más pequeñas salieron por el hueco de la trampilla, ambas aladas, como la mujer que se había estampado contra el suelo cerca de Elvar. Una tenía las alas doradas, una ondulada melena rubia y empuñaba una lanza. Las alas de la otra eran de plumas blancas y ella llevaba el cabello recogido en unas trenzas con hilo de plata. En la mano portaba un arco flechado y sobre la cadera le caía una espada. Las dos batieron las alas y ascendieron en espiral por el cielo siguiendo a la dragona. La mujer con las alas blancas disparó una flecha detrás de otra, y cada vez que un proyectil se clavaba en la piel de la dragona brotaba una llama blanca. La dragona lanzó un rugido de dolor, plegó un ala y dio una voltereta en el cielo. Asestó un coletazo con su enorme y afilada cola, pero las mujeres aladas esquivaron el golpe y continuaron perforando la piel de la dragona con la lanza y las flechas.

La mujer con las alas doradas chilló como un águila y voló hasta la dragona, deslizó la lanza por el vientre de Lik-Rifa y provocó una lluvia de escamas y sangre. La dragona lanzó un gruñido de dolor, se retorció en el aire y sacudió la cabeza que había al final de su cuello serpentino con las fauces abiertas hacia la mujer, que viró bruscamente. Se produjo una explosión de plumas cuando los dientes de la dragona apresaron un ala y la mujer se estrelló contra la dragona y le hundió la lanza hasta el fondo en el cuello. De la herida salió un chorro de sangre. Lik-Rifa profirió un alarido que volvió a obligar a Elvar a acurrucarse en el suelo y taparse los oídos. La dragona se revolvió y giró en el aire y con un ala ajironada golpeó a la mujer del

arco. El arco voló en una dirección y la mujer en otra. La guerrera con el ala herida se aferró a la lanza clavada en el cuello de Lik-Rifa, cogió un cuchillo largo del cinturón y apuñaló repetidamente la garganta de la dragona. Lik-Rifa lanzó otro rugido y se precipitó girando hacia la superficie. Se estrelló contra el suelo con una erupción de tierra y ceniza y se deslizó abriendo un surco profundo, se llevó por delante un carro que acabó reducido a astillas y al caballo ligado a él, que cayó de costado relinchando enloquecidamente y con las patas rotas. Una gran nube de polvo envolvió a la dragona y a la mujer alada.

La guerrera de las alas blancas reapareció en el aire y sobrevoló la nube de polvo mientras desenfundaba la espada.

El polvo se asentó y Lif-Rifa se irguió desde las cenizas. La mujer con las alas doradas estaba delante de ella, con el cuchillo largo en la mano.

La mujer que los sobrevolaba plegó las alas y se abatió en picado como si fuera una lanza perfectamente arrojada. Impactó en el lomo de Lik-Rifa y le hundió la espada. La dragona alzó la cabeza y profirió un grito ensordecedor. La mujer que estaba en el suelo corrió hacia la dragona con un ala dorada caída y el cuchillo radiante en la mano, se elevó de un salto y clavó la larga hoja en el pecho de la dragona. La sangre manó a borbotones de la herida y Lik-Rifa lanzó otro grito de dolor.

«Van a matarla», se dijo Elvar.

De una masa imprecisa de gente surgió Ilska, que corrió hacia la batalla que estaban librando la dragona y las dos mujeres aladas seguida por el corpulento Drekr. Los dos hermanos arremetieron con seax y hacha contra la mujer de las alas doradas. Volaron plumas y la mujer gritó y se revolvió mientras intentaba extraer el cuchillo del pecho de la dragona, que estaba corcoveando para sacudirse del lomo a la mujer de las alas blancas.

Drekr embistió a la mujer de las alas doradas y los dos cayeron al suelo y rodaron juntos. Ilska fue tras ellos y los alcanzó cuando la mujer agarraba la mano con la que Drekr empuñaba el hacha, lo inmovilizaba y levantaba su cuchillo. Ilska le asestó un espadazo en el cuello. La mujer chilló empapada en sangre. Ilska levantó la espada y volvió a golpearla. La mujer se desplomó y roció el suelo de sangre.

Lik-Rifa rugía mientras la mujer de las alas blancas giraba en el aire batiendo las alas para evitar que la dragona la tirara, pero no fue lo bastante rápida. Se estrelló contra el suelo y se deslizó por la capa de ceniza. Se puso de rodillas cuando se detuvo y la dragona la pisó con uno de sus pies de largas garras, abrió las fauces y le agarró la cabeza con los dientes. Una sacudida brutal del cuello de Lik-Rifa

interrumpió bruscamente un grito.

La dragona levantó el cuello y se tragó la cabeza, luego lanzó un rugido que hizo temblar el suelo y pisoteó el cuerpo decapitado de la mujer una y otra vez hasta triturarlo: plumas, sangre y huesos machacados y convertidos en una tenue niebla.

Ilska y Drekr observaron la escena en silencio.

Lik-Rifa disminuyó el ritmo de los pisotones y finalmente paró. Miró a su alrededor y vio el caballo del carro que seguía tendido sobre un costado, con los ojos abiertos y blancos, cubierto del sudor que había segregado por el miedo y el dolor. Batió las alas para elevarse en el aire, se precipitó sobre el caballo y lo descuartizó con las garras y los dientes. Arrancó trozos de carne, partió huesos y la sangre manó a borbotones mientras se daba un festín después de tanto tiempo encerrada.

Elvar la contemplaba en silencio, perpleja y horrorizada.

Entonces Lik-Rifa levantó la cabeza con la mandíbula chorreando sangre y vísceras. Se relamió y se estremeció, enorme, orgullosa y terrible, agitando la cola afilada mientras paseaba sus ojos rojos y brillantes en derredor. Inspiró hondo y su pecho vibró. Su mirada se posó en Ilska y Drekr, que estaban de pie delante de ella, dos criaturas minúsculas e insignificantes en comparación con su gigantesco tamaño.

—Ay —suspiró la dragona con un estruendo que sacudió los huesos de Elvar y reverberó en su pecho.

Elvar oyó un ruido a su espalda y vio que Grend se arrastraba hacia ella cubierto de ceniza y sangrando. Reptó por el suelo impulsándose con su brazo sano y los dos se derrumbaron juntos y observaron a Lik-Rifa tendidos en la ceniza.

Se instaló un silencio interrumpido solo por los gruñidos y los gritos de los heridos y los moribundos y el llanto de los niños que se habían dispersado con la aparición de la dragona.

De la ceniza emergieron más figuras: otros descendientes de la dragona y Alimentadores de Cuervos de Ilska se ponían de pie en el lugar donde habían caído a lo largo y a lo ancho del campo de batalla como figuras de madera en un tablero gigante de tafl.

Ilska se acercó a Lik-Rifa, cuyo tamaño doblaba el de la sala de hidromiel de Snakavik, y se arrodilló ante ella. Drekr y los demás siguieron su ejemplo.

La dragona los contempló, bajó su sinuosa cabeza y agitó cabellos, túnicas y ceniza cuando inspiró profundamente.

—Mis hijos —gruñó con una voz que sonó como un corrimiento de tierras, como una tormenta eléctrica de verano, y cuyas

reverberaciones llegaron muy lejos. Un temblor recorrió las escamas de la dragona desde el hocico hasta la cola, y entonces su cuerpo vibró, se agitó y se retorció como la niebla, se transformó y cambió, se contrajo y menguó, hasta que una mujer apareció ante Ilska y los suyos. Era alta, más que cualquier hombre, al menos tan grande como el troll macho que Elvar había matado en la isla de Iskalt. Su cuerpo era enjuto y musculado y su piel, pálida, en carne viva y con costras que rezumaban pus y heridas que manaban sangre. Vestía una túnica gris con el cuello y el dobladillo rojos. Un cinturón tachonado de oro y una capa oscura que se hinchaba en torno a ella como si fueran unas alas completaban su indumentaria. Llevaba el cabello, negro como el azabache y con vetas grises, peinado con tirantez hacia atrás y con algunos mechones trenzados. Su rostro poseía una belleza salvaje y sus ojos eran dos brasas rojas.

—¿Qué ha sido de mi mundo, hijos míos, guerreros míos? —preguntó con una voz dura como el viento del norte, recorrida por un temblor. Paseó la mirada por la llanura, donde las figuras de los que llevaban largo tiempo muertos se habían convertido en parte del paisaje. Sus ojos rojos se posaron en Ilska—. ¿Qué ha hecho Orna? —gruñó haciendo una mueca y retorciéndose las manos—. Oí gritar a mis hijos, a mis fieles, pero no pude ayudarles por culpa de esa ZORRA ALADA. ORNA ME ENGAÑÓ Y ME ENCERRARON —dijo, pronunciando estas últimas palabras con un rugido que parecía demasiado potente para haber sido creado por sus pulmones, pero Elvar lo sintió en los huesos y notó cómo el suelo temblaba bajo sus pies.

—El mundo ha cambiado, mi señora —respondió Ilska—. Pero nosotros somos tus fieles, los puros. Hemos trabajado largos años para liberarte. Somos pocos, pero vendrán más ahora que has sido liberada de tu cárcel.

—Mmm… —rugió Lik-Rifa. Extendió un brazo y acarició la mejilla de Ilska. Su mano era lo suficientemente grande para aplastarla si quería. Volvió a mirar alrededor. Sus ojos se detuvieron en el tocón destrozado de Oskutreð y se estremeció—. Tengo que marcharme de este sitio. Quiero ver mi casa de Nastrandir.

Se agitó y un temblor recorrió su cuerpo. De pronto estaba cambiando, transmutando, creciendo, expandiéndose. Brotaron unas alas en su espalda y volvió a ser una dragona, más grande que dos salas de hidromiel. Una ventolera nauseabunda barrió la llanura cuando desplegó las alas, pálidas y ajironadas, y las batió para elevarse en el aire.

—He pasado tres años languideciendo en un agujero y

alimentándome de cadáveres —dijo con una mueca de asco—. Quiero volver a sentir el viento en la cara y cazar —declaró con voz tronante mientras ascendía en espiral por el cielo agitando las alas.

Ilska y sus seguidores se pusieron en movimiento. Giraron los carros volcados que seguían de una pieza y reunieron los caballos, que se habían dispersado despavoridos. Algunos guerreros hicieron una batida por la llanura para traer de vuelta a los niños con los collares de thrall y subirlos a los vehículos. Elvar y Grend permanecieron tendidos en el suelo, paralizados, como si el fin del mundo hubiera llegado y ellos no pudieran hacer nada salvo observar su destrucción.

Los Alimentadores de Cuervos pasaban junto a ellos, pero estaban tan ocupados en encontrar a los niños y rodear a los caballos que no les prestaban atención. Elvar vio a otros Terrores de la Batalla repartidos por la ladera, tendidos en la ceniza, aturdidos, observando la escena con la cara pálida.

Y entonces Ilska bramó órdenes y las fustas restallaron. Los carros traquetearon y los guerreros, a caballo o a pie, iniciaron la marcha.

Y encima de ellos, Lik-Rifa hacía piruetas en el aire. La dragona abrió las fauces y su rugido sacudió el cielo. Luego batió las alas y surcó el pálido firmamento en dirección sur, con cadáveres colgando de sus alas.

Elvar contempló cómo la dragona desaparecía en la distancia. Ilska y su escuadra de guerreros corrompidos seguían a Lik-Rifa como una serpiente que reptara por el suelo. Se volvió hacia Grend.

—Sangre, muerte y desgracia serán lo único que obtendremos de esto —dijo recordando las palabras que le había dicho Uspa solo unos días antes. En aquel momento no había creído a la bruja seiðr, la había tomado por una loca. Ahora la creía—. ¿Qué hemos hecho?

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

VARG

Varg corría por el bosque con una lanza en la mano. El olor de las hojas y de la savia de los pinos era intenso. El frío crepitaba en su pecho cada vez que respiraba y su aliento se condensaba. Una punzada de dolor en las costillas acompañaba todas sus inspiraciones y le recordaba el golpe del hijo de la dragona, pero la intensidad del dolor ya había disminuido y era tolerable. Además se confundía con el dolor del centenar de cardenales y cortes que le había dejado la reyerta en la cámara de Rotta.

Varg corría delante de los Hermanos de Sangre, algunos a caballo y otros a pie. Oía a su espalda los pasos pesados de Einar y los cascos de las monturas. Delante de él veía el contorno de Edel y de sus perros mientras se deslizaban por el bosque moteado, corriendo con pies ligeros y silenciosos por el esponjoso y grueso mantillo de hojas de pino.

«Soy un corrompido.» Ese pensamiento daba vueltas en su cabeza. Era lo primero que pensaba cuando se despertaba todos los días, y ya no lo abandonaba hasta que apoyaba la cabeza en la capa para dormir por la noche. «Soy un corrompido.» ¡Qué claro lo veía ahora! Por eso había sido capaz de correr más rápido y más distancia que cualquier otra persona de la granja de Kolskegg. Y de ahí la velocidad y la brutalidad que había demostrado en el cuadrilátero, si bien siempre controladas. Toda su vida había estado solo, aislado. Había sido un extranjero en una tierra hostil.

«Salvo por Frøya. Mi hermana. Ella también era una corrompida. ¿Por eso podía sentirla en los huesos, en las venas? ¿Por eso oí sus gritos de agonía en mi cabeza?»

Pestañeó y sacudió la cabeza.

«Soy un corrompido.» Cuando Svik y Røkia se lo dijeron, se sintió como si estuviera maldecido y avergonzado. Pero ya no se sentía así. Sabía cómo lo veía el mundo: como una criatura inferior, un producto sin voluntad que se podía esclavizar y explotar. Estaba familiarizado con ese sentimiento, pues había sido thrall toda su vida, así que comprendía por qué los Hermanos de Sangre no se lo habían dicho desde el principio. Tenían que observarlo y esperar hasta que confiaran en él.

«Confían en mí.» Eso era… raro para él. Le hacía sentir ligero.

Tener la confianza de alguien, ser considerado parte de una familia… Lo llamaban hermano. Y por muy rara y desconcertante que fuera esa sensación, también hacía que se sintiera… satisfecho. Era como si tuviera una sonrisa permanente en el pecho.

Edel aminoró el paso delante de él y silbó. Luego se detuvo y esperó, con sus dos perros lobo sentados a su lado y con la lengua fuera. Varg también dejó de correr y se acercó a la exploradora caminando, se detuvo y se apoyó en la lanza. A izquierda y a derecha aparecieron otras figuras entre los árboles, los exploradores de Edel, que se dirigieron hacia ellos.

—Torvik me dijo que serías un buen explorador —comentó Edel mientras Varg recuperaba el aliento con una mano apoyada en la rodilla—. Me dijo también que viste a nuestros exploradores en el bosque que rodeaba la cámara de Rotta antes del ataque.

El recuerdo de Torvik era como una puñalada en el estómago, un dolor agudo. Le causaba pena y rabia. Echaba de menos a su amigo. Solo se había dado cuenta de que Torvik era su amigo ahora que ya no estaba.

Varg asintió.

—Tienes todas las cualidades necesarias para ser un buen explorador de los Hermanos de Sangre —dijo Edel—. Todos encontramos nuestro sitio.

Røkia surgió de entre los árboles, jadeando y con el sudor brillante y evaporándose por el frío. Llevaba la lanza en la mano y la cota de malla puesta, con el escudo terciado a la espalda, como Varg. Le saludó con la cabeza cuando lo vio.

—Te queda bien tu nueva cota de malla —dijo acercándose a Varg.

Varg se encogió de hombros. Todavía no se había habituado al peso de la brynja recién adquirida y del escudo a su espalda. El cinturón le ayudaba a liberar los hombros de una parte del peso de la cota, y una vez puesta, lo cual era más sencillo decirlo que hacerlo, no parecía tan pesada como cuando estaba enrollada. No obstante, la cota de malla, las armas y el escudo eran un peso adicional que no estaba acostumbrado a cargar.

—¿Por qué nos hemos detenido? —le preguntó a Edel.

—¿No oléis algo raro? —preguntó ella a Varg, Røkia y el resto de los exploradores que iban saliendo de entre los árboles para unirse al grupo.

—Humo —dijo Røkia.

—Y sangre —masculló Varg.

Detrás de ellos, el estrépito de cascos y de pies sonó más fuerte,

más cercano. Varg se volvió y vio a Glornir montado en su caballo, con Svik y Sulich cabalgando a su lado y Einar corriendo con ellos. El resto de los Hermanos de Sangre llegaban detrás. Glornir estaba furioso y rezumaba peligro. Tiró de las riendas para detener el caballo y Edel le informó del olor a humo y sangre que llegaba de más adelante.

—Revisad los equipos. Estad preparados —ordenó el líder de los Hermanos de Sangre.

Varg sacó un gorro de lana del cinturón y se lo puso en la cabeza a pesar del sudor, desenganchó el yelmo del cinturón, el mismo que había obtenido del hijo de la dragona en la cámara de Rotta, se lo puso encima del gorro y se abrochó la correa debajo de la barbilla. Los sonidos cambiaron, se hicieron más tenues y sordos, pero aún oía bien. Revisó el manto de cota de malla que le protegía el cuello y los hombros y luego empuñó la lanza y esperó. Vio a Jökul agachado, cogiendo un puñado de hojas de pino y de tierra y frotándose las manos con él. El herrero se irguió, sacó el martillo del cinturón e hizo rotar los hombros y crujir el cuello.

—Adelante —dijo Glornir, y espoleó a su caballo.

Edel tomó la delantera del grupo, seguida por Varg, Røkia y los exploradores, que se desplegaron detrás de ella como una bandada de gansos. A continuación avanzó Glornir, rodeado por los Hermanos de Sangre. Varg sintió el primer aviso de peligro, un cosquilleo en las venas. Se movían en silencio salvo por el repiqueteo de los cascos y los pies. Hacía dos días que seguían el rastro de Skalk y sentían que estaban cerca de su presa.

Siguieron un camino ancho a través del bosque. Las montañas de las Dorsales se alzaban a su izquierda tan altas como el cielo. Varg oyó el rumor del agua delante, una corriente turbulenta, y el olor a humo y a sangre se hizo más intenso. El viento transportó un grito, débil pero claro, que a Varg le erizó el vello de la nuca. Rebosaba terror.

El camino se ensanchaba y a su derecha se alzaba una colina cubierta de árboles. Después entraron en un valle, en cuyo extremo izquierdo se alzaba la pared vertical de un barranco, y ante ellos apareció una empalizada, construida pegada a la pared del barranco y en paralelo al camino. Atravesaron una nube de humo negro y Varg contuvo la respiración. Cuando la dejaron atrás, Varg divisó al otro lado de la empalizada una casa y una torre construidas contra la ladera. La torre ardía como si fuera una antorcha de junco y las llamas crepitaban con voracidad y arrojaban nubes de humo. Ahora el olor a sangre y a muerte impregnaba el aire. Aparte de las crepitaciones y los rugidos del fuego no se oía ningún otro sonido.

—¡Escudos! —bramó Glornir.

Varg sacudió los hombros para pasarse el escudo adelante, lo levantó y siguió corriendo. Todos los Hermanos de Sangre hicieron lo mismo en torno a él.

Edel levantó un puño delante de Varg y aflojaron el paso para seguir avanzando al trote y luego, cuando delante de ellos aparecieron la puerta de la empalizada y un río detrás de la muralla de madera, caminando. La puerta estaba abierta. Edel enfiló hacia ella lentamente, con sus perros lobo corriendo delante. Los animales llegaron antes a la puerta y se detuvieron, se agacharon y gruñeron con el pelo del lomo erizado.

Glornir llegó a la puerta y tiró de las riendas para que su montura la cruzara caminando. Edel, Røkia y Varg entraron a su lado y se desplegaron por un patio en pendiente, seguidos de cerca por el resto de los Hermanos de Sangre.

El suelo estaba cubierto de cadáveres, al principio diseminados, luego más cerca unos de otros a medida que Varg se adentraba en el patio. Delante de él, la pendiente ascendía hasta una casa y una torre. Se oyó un estruendo cuando una sección de la torre cedió y se desmoronó encima del tejado de hierba de la casa con una explosión de chispas y ceniza.

Encontraron más cadáveres en el patio, apilados alrededor de la escalera de la casa: cuerpos retorcidos, con grandes tajos y mutilados. Y en la escalera, en medio de todo, había una mujer sentada. Estaba cubierta de sangre desde la cabeza hasta las botas y un hacha larga descansaba en su regazo. Posada en su hombro había una fea criatura con un aguijón de aspecto peligroso en la cola. Otro vaesen estaba sentado en los escalones delante de la mujer. Era pequeño, con unas garras afiladas semejantes a lanzas en los finos dedos de sus manos diminutas. Un tennúr. A sus pies había un montoncito de lo que parecían nueces recubiertas de sangre y estaba masticando una cuando miró a Varg, a quien recorrió un escalofrío de repulsión cuando se dio cuenta de que no eran nueces sino dientes humanos. Tampoco le gustó la manera en que los ojos del tennúr se fijaron durante unos instantes en su boca. Los dos vaesen miraron a Glornir y los Hermanos de Sangre con una expresión de desconfianza y de violencia en los ojos.

Alrededor de las piernas de la mujer también había sentados unos niños, doce o quince. Eran lo único en aquel lugar que no estaba cubierto de sangre. No parecían asustados de la mujer, lo cual extrañó a Varg, ya que él sentía un hormigueo en las venas y notaba el miedo y el peligro que emanaban de ella. Si hubiera tenido un lomo con pelo

como los perros de Edel, se le habría erizado.

Varg oyó que Glornir daba un grito ahogado delante de él.

La mujer levantó los ojos para mirarlos cuando enfilaron hacia ella y sus ojos se clavaron en el líder de los Hermanos de Sangre. Varg vio el brillo del reconocimiento en ellos.

—No está aquí —dijo la mujer negando con la cabeza—. No está aquí. —El dolor era palpable en su voz. Las lágrimas habían abierto unos surcos limpios a través de la sangre y los fragmentos de vísceras y hueso que recubrían sus mejillas.

Glornir tiró de las riendas y desmontó. Dio unos pasos hacia la mujer y se detuvo.

—Orka Machacacráneos —musitó.

La mujer se puso en pie.

—¿Y mi hermano? —preguntó Glornir.

—Lo han matado y han raptado a mi hijo —respondió. Unas lágrimas nuevas rodaron por sus mejillas.

Glornir se acercó a ella, abrió los brazos y la envolvió con su abrazo.

GLOSARIO

Guía de pronunciación

ð: como el dígrafo «th» en la palabra inglesa «they»; Guðvarr se pronuncia «Guthvarr».

j: como la «y» en la palabra inglesa «yellow»; Jord se pronuncia «Yord».

Títulos, términos, objetos nórdicos

akáll – una invocación, ceremonia para mostrar los últimos momentos de una persona fallecida mediante la magia.

althing – reunión, asamblea de personas libres.

berserkir – persona descendiente de Berser, el dios oso. Capaz de emplear grandes fuerza y brutalidad.

blóð svarið – juramento de sangre.

bruja seiðr – mujer con poderes mágicos.

brynja – cota de malla.

byrding – embarcación costanera.

escaldo – poeta, autor de las sagas, a menudo a sueldo de un jarl o de un jefe para que cantara sus hazañas.

drakkar – barco vikingo con una figura esculpida en la proa, normalmente un dragón.

drengr (pl. drengir) – guerrero experto en el manejo de las armas que ha jurado fidelidad a un noble.

druzhina – guerrero a caballo de élite.

galdramaðr – hechicero, concretamente de magia rúnica.

Graskinna – piel gris. Grimorio escrito en piel.

Guðfalla – la caída de los dioses.

guðljós – la luz de los dioses.

hangerok – vestido femenino.

hird – guerreros que estaban al servicio de un señor.

holmganga – duelo reconocido por la ley. Era una manera de resolver disputas.

jarl (pl. jarlar) – señor o conde.

knarr – barco para el comercio.

niðing – «nada», «nadie». Un insulto que significa «sin honor».

niño maður – niño humano.

Raudskinna – piel roja. Grimorio encuadernado en piel de un dios muerto.

seax – cuchillo de un solo corte, a menudo con un contrafilo. Su tamaño variaba mucho y tenía múltiples usos, desde para cocinar y afeitarse hasta para el combate.

seiðr – una clase de poder mágico, heredada de Snaka, el padre de los dioses.
skál – buena salud.
snekke (pl. snekkar) – versión más pequeña del drakkar.
tafl – juego de estrategia que se jugaba con figuras en un tablero.
thrall – esclavo.
úlfhéðnar – persona descendiente de Ulfrir, el dios lobo.
vaesen – criaturas creadas por Lik-Rifa, la diosa dragona.
veregildo – deuda de sangre.

AGRADECIMIENTOS

Me he divertido mucho escribiendo este primer libro de la saga de Hermanos de Sangre. La historia y la mitología nórdicas me fascinan desde que alcanzo a recordar y esta saga es mi canción de amor a ellas. Desde que abrí las páginas de una adaptación de Beowulf, debía tener nueve o diez años, he vivido cautivado por esa identidad nórdica única, por sus misterios, su tragedia y su visión oscuramente cómica de los dioses y la humanidad, y, naturalmente, por sus batallas épicas y brutalmente pragmáticas. Eso podría explicar por qué ahora participo en recreaciones históricas vikingas y me lo paso en grande cuando estoy en un muro de escudos rodeado por mis hijos. En su esencia, este libro está inspirado en Beowulf y en el Ragnarök, esa batalla del fin del mundo en la que cayeron los dioses y el mundo se formó de nuevo.

Como siempre, una auténtica escuadra de guerreros ha contribuido a que este libro sea una realidad.

En primer lugar debo dar las gracias a mi esposa Caroline, por la miríada de maneras en que me apoya, de las cuales la menos importante no es aguantar mi mirada ausente cuando mi cabeza está perdida en otros mundos. Ella es la sala de máquinas de la familia y la razón por la que me levanto todos los días.

Mis hijos, James, Ed y Will, siempre están tan involucrados en mis mundos imaginarios que hacen que escribirlos sea divertido.

Y, por supuesto, mi hija, Harriett, que con su sonrisa y sus ojos risueños trae el sol todos los días.

Un agradecimiento enorme para mi agente, Julie Crisp, legendaria por sus sangrientas sugerencias. Podría ser un punto a favor de este libro el hecho de que después de leerlo no me sugirió que matara a un solo personaje más. Ha sido la primera vez. Le estoy profundamente agradecido por su fe y su duro trabajo para dar vida a este mundo. Es una auténtica profesional y una amiga querida.

James Long, mi editor en Orbit UK, con quien ha sido un placer trabajar en este libro, nuestra primera aventura juntos. Su pasión y su entusiasmo por esta historia han sido un gran estímulo y estoy impaciente por volver a recorrer la Llanura de la Batalla con él.

Mi agradecimiento también para Priyanka Krishnan, mi editora en Orbit US, por el constante trabajo duro que hizo por mí, y para los equipos de Orbit, tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos.

También quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que leyeron el primer borrador de la novela y me ayudaron a dar forma al libro que ahora tienes en las manos. A mis hijos Ed y Will, que leyeron el libro cuando apenas había escrito el primer capítulo, y por su pasión por el universo y los personajes de los Hermanos de Sangre. Sospecho que se imaginan formando parte del muro de escudos junto a hombres como Glornir Barbagrís y Einar Medio Troll.

A Kareem Mahfouz, un gran amigo con un entusiasmo desbordante y una mirada aguda, gracias por tu espíritu indomable. Nuestras conversaciones telefónicas están convirtiéndose en una tradición muy querida.

A Mark Roberson, a quien debo agradecer su apoyo, sus conocimientos históricos y su capacidad para disfrutar con mis mundos inventados, porque siempre son extraordinariamente útiles. Nunca me cansaré de nuestras conversaciones delante de un buen desayuno.

Y, por supuesto, te doy las gracias a ti, lector, porque sin ti no habría más viajes por mundos fantásticos.

Espero que disfrutes con este libro y te unas a mí en esta nueva aventura mientras sigo a los Hermanos de Sangre por el camino sangriento que van abriendo a través de Vigrið, la Llanura de la Batalla.

John Gwynne

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

Título original: *The Shadow of the Gods*

© 2021 by John Gwynne
Todos los derechos reservados.

Publicado por primera vez en inglés en Reino Unido en 2021 por Orbit, sello de Little, Brown Group.

Citas de “Seeress’s Prophecy”, *The Poetic Edda* traducidas por Carolyne Eddington (OUP)

Mapa de Tim Paul

Diseño de cubierta: Bekki Guyatt – LBBG
Ilustración de Marcus Whinney Foto del autor: © Caroline Gwynne
Traducción: © Simon Saito Navarro
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

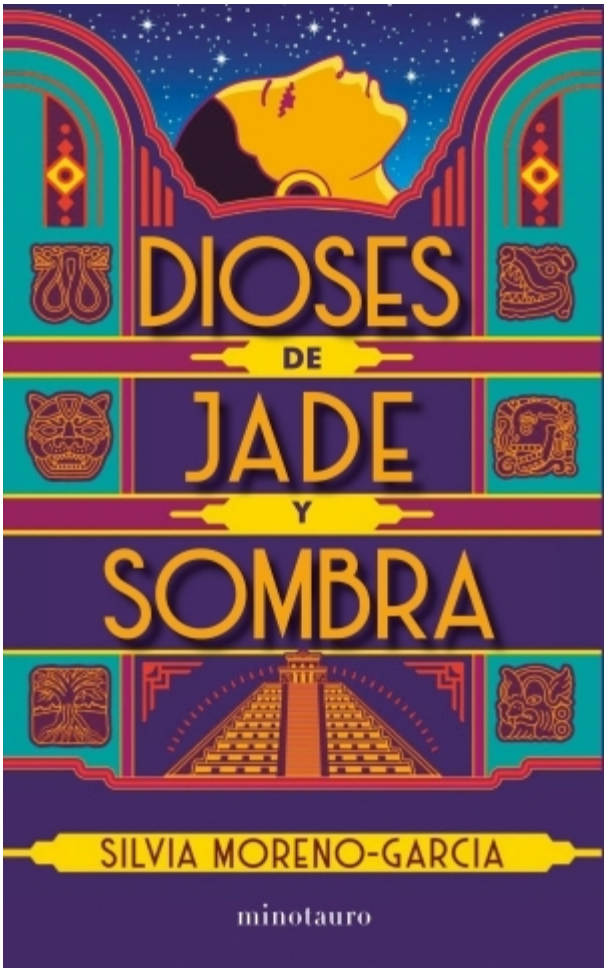
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-450-1422-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!



Dioses de jade y sombra

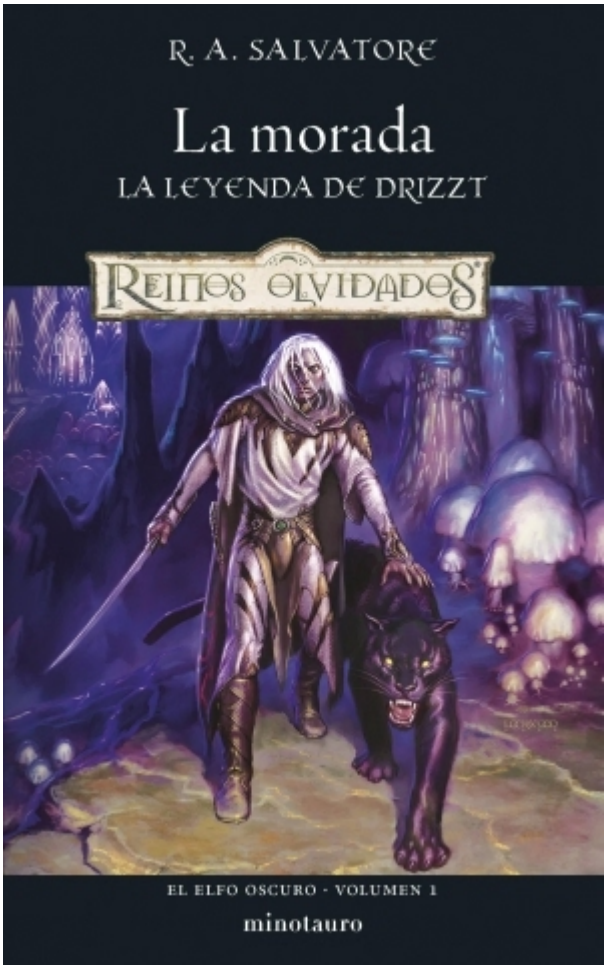
Moreno-García, Silvia
9788445014042
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La Era del Jazz está en pleno apogeo, pero Casiopea Tun está demasiado ocupada fregando suelos en casa de su rico abuelo como para prestar atención a las nuevas melodías. Sueña, de todos modos, con una vida lejos de su pequeño y polvoriento pueblo en el sur de

México. Una vida que pueda calificar de propia. Sin embargo, esta nueva vida parece tan remota como las estrellas, hasta el día en que encuentra una curiosa caja de madera en la habitación de su abuelo. La abre y libera sin querer el espíritu del dios maya de la muerte, que le pide ayuda para poder recuperar su trono, que está actualmente en manos de su traidor hermano. El fracaso significaría la muerte de Casiopea, pero el éxito podría hacer realidad sus sueños. En compañía de un dios extrañamente seductor y armada con su ingenio, Casiopea comienza su aventura, una odisea que la llevará por las selvas de Yucatán, las brillantes luces de Ciudad de México, hasta sumergirla en las oscuras profundidades del inframundo maya. «Un fascinante cuento de hadas que encuentra sus raíces en la mitología mexicana […] Dioses de jade y sombra es un cuento de hadas mágico que gira en torno a la identidad, la libertad y el amor, y que no se parece a nada que hayas podido leer hasta ahora. » —Bustle «Calificado como uno de los mejores libros del año por NPR» —Tor.com

Cómpralo y empieza a leer



Elfo Oscuro nº 01/03 La morada

Salvatore, R. A.
9788448008116
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La extraña y exótica Menzoberranzan, la gran ciudad de la Antípoda Oscura, fundada hace milenios por los elfos oscuros tras su marcha del mundo exterior, es la morada del héroe de "El valle del viento helado", Drizzt Do'Urden. Drizzt, el joven príncipe de una de las casas

regentes, llega a la madurez en el mundo cruel y despiadado de su raza, donde el único rayo de esperanza es su maestro de armas, Zaknafein, quien le enseña cómo -y para qué-usar una espada. Dotado de un honor incomprensible para la sociedad sin principios que lo rodea, atenta únicamente a satisfacer los viles caprichos de la reina Araña, el joven Drizzt se enfrenta a un dilema inevitable: ¿podrá vivir en un mundo que rechaza la integridad?

Cómpralo y empieza a leer

La puerta de los huesos

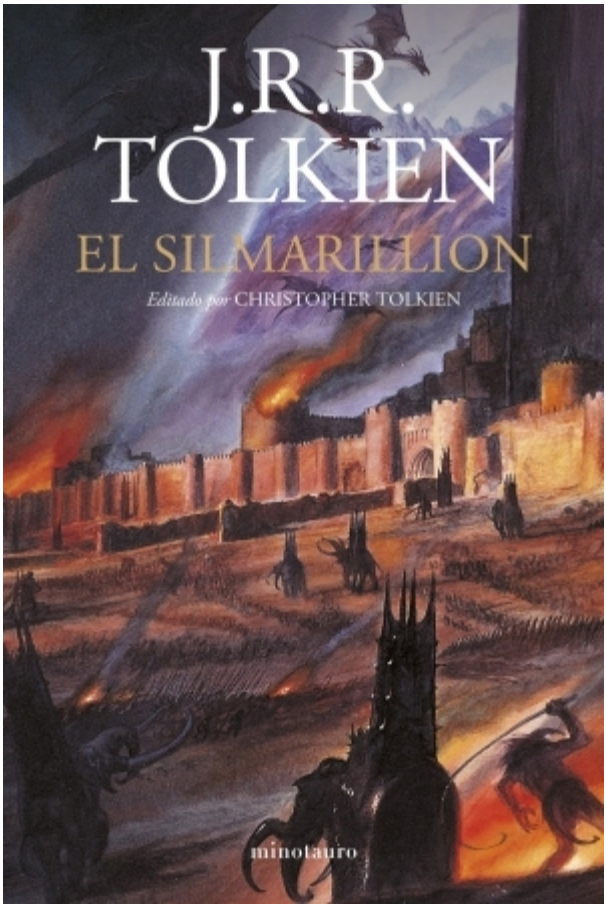
Clark, Andy
9788445014288
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Flotas de naves colosales abandonan Terra en pos de una misión vital: estabilizar el Imperium Sanctus tras la aparición de la Gran Fisura. El Primarca Resucitado, Roboute Guilliman, dirige una gran fuerza al mundo santuario de Gathalamor, donde las rutas que

atraviesan la disformidad son lo suficientemente estables como para permitir que la flota acuda al rescate de la mitad sur del Imperio. Pero el Regente Imperial recibe graves noticias. Las advertencias en torno a la existencia de una antigua civilización, sumadas al inquietante silencio de las tropas encargadas de guardar Gathalamor hasta su llegada, lo llevan a enviar una avanzadilla para reconocer el terreno. Al frente, Achallor, Capitán Escudo del Adeptus Custodes. Una vez allí, Achallor descubre un mundo al borde de la destrucción, donde las fuerzas imperiales han sido derrotadas y los siniestros secuaces de Abaddon el Saqueador han desenterrado un antiguo mal: un arma que podría amenazar al Primarca e incluso al Trono de Terra...

Cómpralo y empieza a leer



El Silmarillion (edición revisada)

Tolkien, J. R. R.
9788445077955
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El Silmarillion cuenta la historia de la Primera Edad, el antiguo drama del que hablan los personajes de El Señor de los Anillos, y en cuyos acontecimientos algunos de ellos tomaron parte, como Elrond y Galadriel… Una obra de auténtica imaginación, una visión inspirada, legendaria o mítica, del interminable conflicto entre el deseo de poder

y la capacidad de crear. EDICIÓN REVISADA

Cómpralo y empieza a leer

The Horus Heresy nº 54/54 La daga enterrada

Swallow, James
9788445014455
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El firmamento se oscurece sobre Terra conforme la batalla final por el Trono está cada vez más cerca… Conforme los primarcas traidores se

reúnen bajo el estandarte del Señor de la Guerra, Mortarion recibe la orden de avanzar para encabezar la vanguardia de las fuerzas rebeldes. Sin embargo, mientras él y sus guerreros se abren paso, se pierden en la disformidad y les azota una terrible plaga. Los miembros de la legendaria Death Guard, quienes otrora se consideraban inquebrantables, acaban postrados de rodillas. Para salvar a su legión, Mortarion debe sellar un pacto brutal que condenará a sus hijos para toda la eternidad. Mientras tanto, en los confines de la sagrada Terra, un plan se pone en marcha para sembrar la sedición y la matanza antes de la llegada de los ejércitos de Horus. Malcador el Sigilita toma las riendas de la situación y trata de detener cualquier intento de insurrección, pero acaba descubriendo un ardid que le hará recurrir a toda su astucia e ingenio bélico si pretende ponerle fin.

Cómpralo y empieza a leer